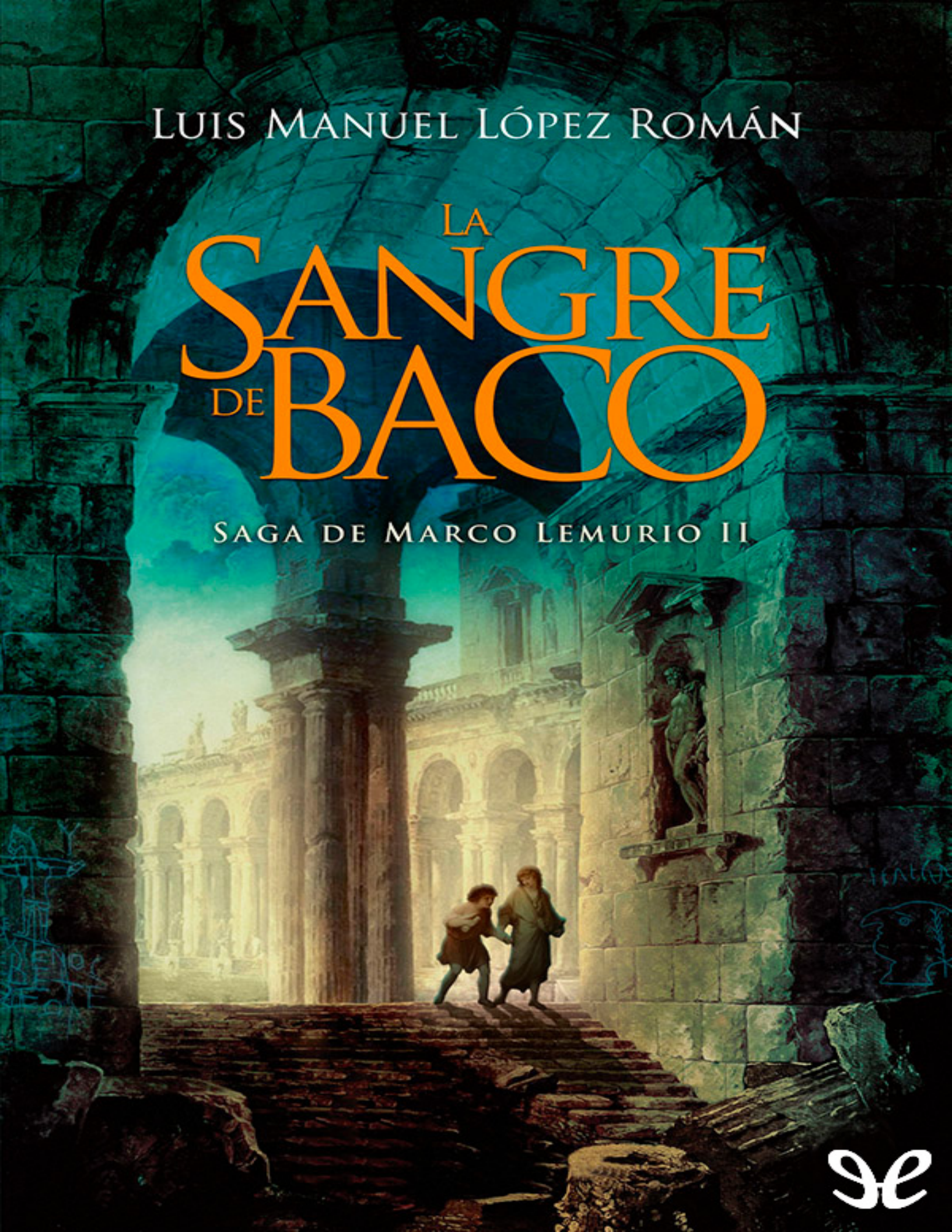

Luis Manuel López Román
La Sangre de Baco
Saga de Marco Lemurio II

Las tinieblas se ciernen de nuevo sobre Roma. Inquietantes sombras se deslizan por los callejones en medio de la noche. Los niños de la plebe están desapareciendo de forma misteriosa. Solo un hombre tiene la clave para desentrañar el peligro que acecha a los habitantes de la Subura: Marco Lemurio. ¿Será capaz de llegar al fondo del misterio?

La sangre de Baco nos sumerge de nuevo en el corazón de Oscura Roma. Mientras nuestro personaje lucha contra los demonios de su pasado y combate a todo tipo de criaturas ocultas para salvar a los niños, los enfrentamientos políticos entre grupos de senadores y las luchas entre bandas amenazan con sumir a la ciudad en el caos más absoluto. Brujería y política; misterios y revelaciones; espadas y dagas; sangre y vino. Todo ello se combina en una trama apasionante enmarcada en la crisis de la República.

OceanofPDF.com



Luis Manuel López Román

La sangre de Baco

Marco Lemurio - 2

ePub r1.0
Titivillus 26-09-2021

OceanofPDF.com

Título original: *La sangre de Baco*
Luis Manuel López Román, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

I. Via Apia
II. Invitados inesperados
III. Un encuentro en las termas
IV. Filtros amorosos
V. El precio del pan
VI. La bruja
VII. Los peligros de la noche
VIII. Aristóbulo
IX. El portero y el escriba
X. Un amigo en la oscuridad
XI. Discursos y multitudes
XII. El discurso de Gabinio
XIII. Una emboscada y un sueño
XIV. Un nuevo compañero
XV. La bestia del Aventino
XVI. Defensor del pueblo
XVII. El triunfo del amor
XVIII. El veterano
XIX. Un encuentro en la noche
XX. El mensaje
XXI. Céfiro
XXII. El estudio de Neóbula
XXIII. Un hombre vivo y un hombre muerto
XXIV. La voz de los muertos
XXV. El río
XXVI. Prisionero
XXVII. Rescate
XXVIII. La sangre de Baco
XXIX. Las huestes de Hécate

XXX. Tres visitas y un ajuste de cuentas
Epílogo. El maestro
Nota del autor
Sobre la autora

OceanofPDF.com

Para ti, que con tu vida diste una nueva
dimensión a la palabra generosidad.
Que fuiste el mejor tío para mis hermanos
y para mí, y el mejor amigo para mis padres.
Para Raúl.

OceanofPDF.com

I

Via Apia

El jinete enderezó el rumbo de la mula tirando de las riendas con energía. El animal, tozudo y poco dispuesto a obedecer órdenes, resopló fastidiado y se resignó a dejar pasar los jugosos brotes tiernos de hierba que crecían a un lado del camino. El hombre lanzó una maldición a los dioses y juró por enésima vez en aquel viaje que no volvería a salir a los caminos en una buena temporada. No, aquello de viajar no estaba hecho para él. En un verano tan caluroso como aquel, viajar resultaba molesto, incómodo y, sobre todo, terriblemente aburrido. Durante el día, el sol caía a plomo sobre su cabeza, sin que hubiera suficientes sombras en el mundo para ocultarse de aquel astro empeñado en abrasarle la piel. Durante la noche, los mosquitos y otros insectos le atosigaban y le impedían conciliar el sueño y disfrutar de la tregua térmica que llegaba con la desaparición del sol.

—Maldito el momento en el que acepté este trabajo —dijo en voz alta, a sabiendas de que no había nadie en los alrededores que pudiera escucharle.

Se consoló pensando en la bolsa de monedas que le esperaba en el pequeño apartamento de la Subura que consideraba su hogar. Una cantidad de dinero que le permitiría vivir de forma desahogada durante un tiempo sin tener que preocuparse por llenar la despensa ni pagar el alquiler. Una cantidad que, ante todo, le permitiría dedicarse a lo que de verdad le interesaba, a la misión que le quitaba el sueño por las noches. Encontrar al hombre que había ordenado la muerte de su madre.

El encapuchado azuzó de nuevo a la mula con las riendas para que aligerara el paso. Se encontraba a escasa distancia de Roma, pero el sol

comenzaba ya a caer hacia el horizonte. Lo último que deseaba en aquellos momentos era tener que pasar otra noche en el camino y ser atacado de nuevo por la nube de mosquitos que parecía haberle seguido desde que se subiera en la mula varios días atrás. Tenía que llegar a Roma antes de que el sol se pusiera, aunque aquella tozuda bestia reventara por el camino y tuviera que ser él quien la llevara a cuestas.

Marco Lemurio se retiró la capucha de la cabeza. Tenía una mata de pelo espeso y abundante que clamaba por la intervención de la tijera de un barbero. Los mechones de cabello castaño le caían sobre la frente y el rostro, obligándole a tener que retirarlo constantemente. Sus mejillas estaban cubiertas de una barba descuidada de varias semanas sin utilizar la cuchilla. Aquel sería el primer asunto que atendería una vez llegara a Roma. Un buen baño en las termas y una visita al barbero para que le devolviera su rostro habitual, despejado y cómodo.

Frente a él y a sus espaldas, la vía Apia se extendía a lo largo de millas y más millas de camino empedrado y lleno de baches y obstáculos. Aquel camino, que ya había cumplido varios siglos de vida, era la principal arteria de comunicación de Roma con las comunidades del sur de Italia. Una vía clave en el dominio del Samnio y la Campania, que había visto centenares de veces desfilar a las legiones rumbo a la batalla y regresar, victoriosas o derrotadas. El viejo Apio Claudio el Ciego había entendido la importancia de contar con una vía de comunicación rápida y segura para que los legionarios pudieran moverse con celeridad en caso de guerra y para que los comerciantes llevaran y trajeran sus mercancías en tiempos de paz. Había promovido la construcción de aquella calzada muchos siglos antes del nacimiento del propio Marco, y su ejemplo había cundido entre la clase alta de Roma. Si había algo que gustara a los nobles romanos era mandar construir carreteras y presumir con orgullo de ellas como el símbolo que eran del poderío de Roma.

En lo que atañía a Marco Lemurio, todas aquellas vías podrían haber desembocado en el Hades o en los mismísimos Campos Elíseos. Si estaba en su mano, no pensaba volver a poner un pie en ninguna de ellas en una buena temporada. Por qué gente que vivía en Roma, donde tenía todo lo que necesitaba al alcance de la mano, se lanzaba a viajar resultaba todo un

misterio para él. El mundo de Marco Lemurio comenzaba en las murallas de Roma y tenía su centro en el templo de Júpiter del Capitolio. No necesitaba más.

La mula resopló fastidiada, y el jinete respondió con su propio bufido. Era evidente que amo y bestia estaban cansados el uno del otro y los dos se mostraban deseosos de perderse de vista.

A medida que el paso de la mula le acercaba a su adorada Roma, Marco observó que a los lados del camino se hacían más abundantes las tumbas y los panteones familiares. Enterrar a los muertos o depositar sus cenizas junto a las calzadas era una vieja costumbre romana que se perdía en la noche de los tiempos y que se había conservado hasta aquellos días. Quienes tenían una parcela o una finca que cultivar solían buscar el descanso eterno en sus propias tierras, junto a sus propios antepasados, pero los habitantes de las ciudades optaban por erigir sus monumentos funerarios, tanto los humildes como los más fastuosos, junto a los caminos. Por aquel motivo, los mensajes que podían leerse en las tumbas solían hacer referencias a los caminantes que pasarían durante mucho tiempo junto a la tumba. Detente viajero y eleva una plegaria a mis dioses manes. Donde hoy me veo, caminante, tú te verás. Estas y otras muchas fórmulas podían leerse en centenares de estelas y piedras que cubrían sencillas tumbas o coronaban el frontón de los grandes templos funerarios de las familias adineradas.

A Marco no le gustaban las tumbas. Sabía muy bien qué tipo de criaturas solían rondar por las necrópolis cuando se ponía la noche. Brujas y curanderos buscando ingredientes para sus siniestros hechizos, profanando las tumbas cuando tenían la ocasión y llevándose con ellas trozos de cuerpos, cenizas, cabellos… Además de estos, estaban los simples saqueadores, a los que no les importaban los cuerpos ni las cenizas, sino únicamente las joyas u objetos valiosos que se depositaban en las sepulturas. Marco odiaba a las brujas que practicaban la necromancia y a los saqueadores de tumbas; y, sin embargo, no eran aquellas las criaturas a las que más temía cuando se veía obligado a visitar una necrópolis durante la noche. Sabía que había otros seres más peligrosos que se movían entre los sepulcros y los nichos bajo la luz de la luna y las estrellas. Seres con

cuerpo físico y seres que carecían de él. Seres capaces de arrancar la vida a un hombre con una sola mirada gélida.

Marco alejó aquellos pensamientos de su cabeza. Ni las brujas ni los saqueadores ni aquellas criaturas más peligrosas se habrían aventurado nunca en tumbas tan cercanas a la vía Apia, sin duda la calzada más transitada de toda Italia. No, no había mucho que temer siempre que se mantuviera en el camino o sus inmediaciones.

Se cambió de postura sobre la mula para acomodar sus nalgas, doloridas tras varios días de viaje. Leyó las inscripciones de algunas de las tumbas para distraerse. A Cecilia, de su marido que la amaba. A Lucio, hijo de Lucio, amo bondadoso, de sus esclavos y libertos. Consagrado a los manes de Cayo Turanio, de parte del *collegium* de taberneros. Letras grabadas con amor en la piedra por encargo de aquellos a los que el difunto había querido en vida. Buenos deseos para una vida más allá de la muerte.

Como siempre que pasaba frente a un grupo de tumbas y leía sus inscripciones, Marco pensó en su madre, Neóbula, y en su padre, llamado Marco Lemurio como él mismo. Neóbula, cuyo cuerpo jamás fue encontrado y que, como tantos otros asesinados durante la dictadura de Sila, no había podido disfrutar de una sepultura adecuada. Su padre, desaparecido en la guerra civil sin que nadie hubiera podido darle razón de su paradero o de la suerte corrida durante aquel cruel conflicto. Marco no tenía lugar alguno al que acudir a hacer libaciones o sacrificios en honor de sus difuntos padres. Ninguna piedra marcaba el lugar de descanso de aquellos dos desgraciados que habían muerto engullidos por el vendaval de violencia y sangre de las guerras civiles.

Suspiró. Hacía mucho tiempo que había renunciado a tener una tumba a la que ir a llorar. Pero, si todo marchaba bien, en poco tiempo tendría al menos una pista con la que seguir el rastro de los asesinos de su madre. No lloraría a Neóbula frente a una lápida con su nombre. Pero vengaría su muerte.

La mula continuó avanzando a buen paso. Unas millas más adelante, se encontraron con un siniestro recordatorio de un acontecimiento del pasado reciente. Una enorme estaca de madera que se alzaba varios pies sobre el suelo, clavada profundamente y apuntalada por varias piedras de aspecto

pesado. Sobre ella un enorme cuervo negro contemplaba la vía Apia y sus transeúntes.

Marco, como todos los viajeros que recorrían aquel camino, sabía muy bien qué era aquella estaca solitaria. Eran los restos de una cruz sobre la que había sido torturado y había muerto un esclavo rebelde siete años antes. Uno de los miles de esclavos que se habían sumado a la rebelión de Espartaco, soñando con la libertad, con el regreso a su patria, con una vida mejor, y que había acabado clavado sobre un madero con las piernas rotas, muriendo en una lenta agonía hasta que su propio peso había acabado por asfixiarlo. Tras la rebelión de los esclavos, la vía Apia había sido el escenario elegido para crucificar a todos los esclavos supervivientes. Un ejemplo para todos aquellos siervos que pudieran llegar a pensar en algún momento en levantarse contra sus amos. Cada cierta distancia se había alzado una cruz, y en ella se había ejecutado a un prisionero.

Como si el animal fuera capaz de percibir el dolor y el sufrimiento que habían marcado aquel lugar, la mula relinchó al pasar junto a la estaca. Marco pronunció una fórmula de invocación a los dioses del inframundo. La muerte en la cruz era uno de los suplicios más horribles que el ser humano había inventado para castigar a los criminales. Una muerte muy lenta en la que el condenado caía preso de la desesperación, el hambre y la sed. El dolor de las heridas causadas por los clavos que atravesaban sus muñecas y tobillos se sumaba al de las heridas de otras torturas anteriores. Los más afortunados veían cómo el verdugo les quebraba las rodillas con una maza, ya que aquel gesto impedía que el condenado pudiera luchar contra su propio peso y alzar el cuerpo en busca de un oxígeno que cada vez llegaba a los pulmones con más dificultad. Finalmente, agotado, exhausto y enloquecido, el condenado moría por asfixia. Pero solo tras varios días de agonía y sufrimiento.

La estaca había perdido el madero superior, y nada quedaba ya del cuerpo del esclavo ejecutado en aquella cruz. Marco miró el enorme palo de madera y no pudo evitar un escalofrío. Desafiar a Roma podía tener unas consecuencias terribles.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, obligó a la mula a acercarse al madero. El animal se resistió, pero acabó por ceder. Una vez junto a los

restos de la cruz, Marco sacó su daga e hizo uso de su filo para arrancar un trozo de madera. Aquellos restos en apariencia inertes guardaban todo tipo de poderes que solo los iniciados podían utilizar por medio de diversos rituales. Las cruces en las que había muerto un condenado quedaban impregnadas de sufrimiento, de dolor, de muerte. De magia. Marco no se sentía muy cómodo haciendo uso de aquel tipo de materiales que de algún modo habían estado relacionados con la muerte de un ser humano. Sin embargo, eran piezas muy valiosas en las manos adecuadas. Y si no lo usaba él mismo, conocía compradores que pagarían por aquel pedazo de madera un buen precio, en forma de monedas o favores.

Guardó el trozo de cruz en las alforjas y azuzó de nuevo a la mula. El animal resopló con fastidio y enfiló de nuevo por la vía Apia, hacia el norte.

Cuando acometieron el último tramo de su viaje, el sol ya se acercaba al horizonte. Marco tuvo que reconocer que la vía Apia lucía espléndida bajo aquella luz anaranjada de un atardecer de verano. El ocaso se derramaba sobre las piedras del camino, sobre las lápidas y monumentos funerarios, como si cubriera todo con una suave pátina de miel pura. Los cipreses se mecían con una brisa suave, casi imperceptible, que era una promesa del final del calor del día y de la llegada de la tregua nocturna. Al caer el sol y comenzar a descender el calor, la mula pareció revitalizarse y aceleró el paso, como si la visión de los alrededores de Roma le recordara que ya estaba cerca de su establo y del merecido descanso.

A medida que se acercaban a Roma, las granjas aisladas y muy separadas entre ellas daban paso a poblaciones más densas que habían nacido y crecido fuera de las murallas desde siglos atrás fruto de la enorme cantidad de campesinos de toda Italia que se habían desplazado a Roma, atraídos por la prosperidad de la Urbe. El camino cada vez estaba más transitado por personas, animales y carros que salían de la ciudad o se dirigían a ella. Muchos giraban la cabeza al cruzarse con Marco, ya que su aspecto, con la capucha cubriendo su rostro, no resultaba muy tranquilizador ni invitaba ala conversación. Marco no le daba importancia;

estaba acostumbrado a que sus propios vecinos de la Subura le evitaran cada vez que se cruzaba con ellos.

Finalmente, llegó a la puerta Capena, la gran puerta de las murallas de Roma que servía de punto de entrada y salida para todos aquellos que se dirigían o regresaban desde el sur. Aquel punto era uno de los más transitados de toda la ciudad. Al sur de Roma estaban las humildes tierras del Lacio, pero más allá se encontraba la fértil Campania, donde los campos de trigo producían una gran cantidad de los alimentos que la ciudad consumía y donde las grandes ciudades como Capua o Cumas servían de foco de atracción para comerciantes y mercaderes. La puerta Capena estaba abarrotada de personas desde que salía el sol hasta los últimos momentos del ocaso. Comerciantes que introducían sus productos en Roma, viajeros ocasionales llegados de diversos puntos de Italia y del Imperio, legionarios y veteranos. Y, sobre todo, una nutrida pléyade de mendigos que se lanzaban sobre cualquiera con aspecto de portar una bolsa llena de monedas o una cesta con alimentos que pudiera compartir con los más necesitados. Marco no se dejaba ver mucho por las puertas de la ciudad, pero tenía la impresión de que en los últimos años el número de indigentes que vivían de la caridad había aumentado en las calles de Roma. ¿Fruto de las proscripciones de Sila y las confiscaciones de tierras que las habían acompañado? Marco no habría sido capaz de jurarlo, pero pensaba que era muy probable. Había muchas historias de personas que habían perdido sus tierras a manos de los partidarios del dictador y que se habían visto obligadas a marchar a la ciudad para sobrevivir mendigando o aprendiendo un oficio.

Marco no tenía en absoluto el aspecto de un acaudalado comerciante. De hecho, parecía más un sicario capaz de clavarle a uno una daga entre las costillas que un hombre dispuesto a dar un as de bronce a un mendigo. A pesar de todo, un hombre cubierto de harapos y con el rostro casi oculto por una espesa barba canosa se fijó en él y se le acercó. Marco observó que en el lugar donde tendría que haber estado el brazo derecho había un muñón cubierto a la altura del codo.

—¿Una ayuda para alguien que lo perdió todo por defender a Roma de sus enemigos? ¿Una ayuda para un veterano de los ejércitos de Mario? —

Marco no detuvo el paso de la mula. Eran tantos los mendigos que había en Roma que desde niño uno se acostumbraba a su presencia y desarrollaba una cierta indiferencia ante sus palabras y sus peticiones. El hombre insistió. Tenía una voz agrietada que delataba su afición al vino y a las noches en vela—: ¿Una ayuda para alguien que combatió contra los cinabrios y teutones? Hoy yo podría tener mi brazo en su sitio, pero entonces tal vez los bárbaros estarían cagando sobre la estatua de Júpiter Óptimo Máximo y en las tabernas solo se serviría su apestosa cerveza en lugar de buen vino. Sí, tú, hablo contigo, el de la mula. ¿Te crees mucho mejor que yo por llevar un manto que te cubre la cabeza y tener el culo dolorido por ir a lomos de ese animal? Seguro que eres un hijo de puta de esos que se enriquecieron saqueando las tumbas de las víctimas de Sila. ¿Compraste a buen precio alguna esclava de un condenado a muerte? ¿Una casa, tal vez? Tu cara de cabrón te delata. Eres un cerdo seguidor de Sila y por eso te tapas con la capucha, para que los dioses no vean lo hijo de puta que eres. —El mendigo había ido subiendo su tono a medida que Marco trataba de alejarse de él, ignorando sus palabras—. Vamos, no tienes ni siquiera una mirada de compasión para alguien que salvó el culo de tus padres cuando los bárbaros iban a arrasar Roma. De no ser por mí y otros como yo ahora serías un bastardo rubio con trenzas en la barba, porque a tu madre se la habrían follado quince…

Marco se retiró la capucha del rostro y frenó a la mula en seco.

—Una palabra más sobre mi madre y te meto ese muñón por el culo tan dentro que te asomará por la boca.

Marco no quería dejarse llevar por la ira. Al fin y al cabo, aquel hombre no era más que un loco borracho que sin duda importunaba a todos los viajeros que pasaban por aquella zona y tenían la mala fortuna de cruzarse con él. De todos modos, a medida que su furia aumentaba, podía sentir cómo el colgante que colgaba de su pecho comenzaba a calentarse, al principio de forma leve, y de forma evidente después. La pequeña lágrima negra había reaccionado. La lágrima de Perséfone comenzaba a despertar.

El mendigo, lejos de arredrarse ante las amenazas, prorrumpió en carcajadas.

—Vaya, el cachorro de Sila tiene dos cojones bajo la túnica. Eres muy valiente desde ahí arriba. Baja aquí y deja que pruebe mi muñón en tu cara de niño bonito.

Marco respiró hondo y dejó salir el aire. Trató de poner la mente en blanco. Poco a poco, se controló. No podía dejarse llevar. El colgante dejó de calentarse y volvió a ser una simple piedra que pendía de una cadena barata.

—Por mi parte puedes usar tu muñón para dar placer anal a una cabra pulgosa. Tengo prisa.

—Por los dioses, el hijo de puta se pone digno. —El hombre volvió a prorrumpir en carcajadas—. Vamos, no te enfades. Dame una moneda y olvidaremos las palabras que ambos hemos pronunciado. ¿Qué me dices? Una moneda para Lucio Escapcio y todo arreglado. La usaré para hacer un sacrificio a los dioses en tu nombre, si es que me lo dices. Hubo un tiempo en el que conocía a todos los oficiales que combatían a las órdenes de Mario. Desde los legados a los centuriones. Nombre por nombre, cara por cara. Pero mi memoria ya no es lo que era…

Marco volvió a frenar la mula. El animal protestó ante tanto cambio de opinión. Una idea se había abierto paso en su cabeza. Una idea sin duda absurda y que tenía visos de acabar con ningún resultado y su bolsa más vacía. Pero merecía la pena intentarlo.

—¿Dices que conocías a todos los oficiales que sirvieron a las órdenes de Mario? —preguntó, haciendo que la mula se diera la vuelta y se acercara al mendigo.

—El hijo de…, quiero decir, el muchacho ha oído algo que le ha interesado de la boca de Lucio Escapcio. ¿Qué quieres? ¿Escuchar los nombres de los oficiales de Mario para ver si queda alguno con vida y poder llevarlo ante los tribunales? Esos tiempos ya pasaron, chico. El nombre de Mario ya no es garantía de que alguien acabe con la cabeza cortada, aunque te joda escucharlo.

—No me molesta escucharlo. Tenía apenas trece años cuando Sila llegó al poder. Sus secuaces mataron a mi madre. Vivo en una casa en la Subura casi tan pequeña como tu *mentula*, aunque por suerte huele mucho mejor. Como vuelvas a insinuar que soy partidario de Sila…

—Sí, sí, me meterás el muñón por el culo. Ya te he oído antes. Para vivir en la Subura te das muchos aires de grandeza a lomos de esa mula…

—Lo que haga yo o deje de hacer y los aires de grandeza que tenga son cosa mía. Has dicho que llegaste a conocer a todos los oficiales del ejército de Mario. ¿Es verdad o era una fanfarronada como todo lo que ha salido de tu boca infecta?

El mendigo sonrió, dejando relucir la ausencia de uno de sus dientes delanteros, que dejaba un hueco negro y llamativo imposible de no mirar.

—A todos y cada uno de ellos, sí señor. Por Juno que los conocí. Fui durante años *optio* de la primera centuria de la decimoprimera legión, una de las que combatió en Vercelas contra los putos bárbaros del norte. Aquella sí que fue una batalla. Enemigos altos como torres. Te cagabas de miedo solo de verlos aullar con sus caras pintadas y esos pelos largos y llenos de…

Marco dejó de escuchar. Sabía que su padre había combatido en la batalla de Vercelas contra los cimbrios y los teutones que habían estado a punto de invadir Italia décadas atrás. Fue uno de los éxitos militares que alcanzó bajo las águilas de Mario, y uno de los motivos por los que había desarrollado una admiración sin fisuras por el general. Marco Lemurio padre también había alcanzado el rango de *optio*, pero su hijo ignoraba tanto la centuria como la legión en la que había servido. A Neóbula no le gustaba hablar de aquel tema y nunca le había dado detalles al respecto. ¿Habría conocido aquel borracho a su padre antes de que desapareciera? ¿Habrían compartido campamento, legión, centuria en algún momento? Marco había estado tan obsesionado con encontrar pistas que le llevaran hasta los asesinos de su madre que se había olvidado por completo durante años de indagar acerca del paradero de su padre.

El mendigo había continuado desgranando todo tipo de detalles acerca de la batalla de Vercelas y cómo el genio de Mario permitió a las legiones romanas acabar con una amenaza que podía haber supuesto el fin de la ciudad de Roma de haber triunfado los bárbaros. Ya no insultaba a Marco, y en sus ojos parecía haber renacido un brillo que antes no se percibía. Marco Lemurio le dejó terminar su historia. Era evidente que aquel hombre no tenía muchas oportunidades de contar sus hazañas bélicas y se llenaba de pasión cuando encontraba un oído dispuesto a escuchar sus historias.

—Una gran batalla, ciertamente. Pero lo que me interesa es saber si realmente eres capaz de recordar a todos los oficiales junto a los que combatiste. Son muchos nombres y muchas caras…

—El *optio* de la primera centuria es la mano derecha del centurión *primus pilus*. ¿Qué mierda de oficial habría sido un tipo incapaz de recordar las caras y los nombres de los oficiales con los que tenía que reunirse casi cada día para organizar la vida del campamento? Por supuesto que me acuerdo del nombre de todos los oficiales que combatieron en Vercelas… O de casi todos, por Plutón y su puta mujer infernal. Han pasado muchos años.

—¿Qué te parece si te invito algún día a una jarra de vino, Lucio Escapcio? Y me hablas de esos viejos tiempos.

—Si lo que pretendes es sacarme información para perseguir a viejos oficiales de Mario no te servirá de nada. Los que no cogió el mismo Sila los mató Pompeyo en Hispania al derrotar a Sertorio. Y los que quedamos… ya puedes ver en qué nos hemos convertido. —El mendigo alzó el muñón cubierto de mugre—. Nadie te daría ni un as de bronce por mi cabeza, muchacho.

—Ya te he dicho que no me interesa denunciar a nadie. Solo quiero que compartas tus recuerdos conmigo. Y, tal vez, hacerte algunas preguntas.

El hombre volvió a sonreír con su dentadura mellada. A Marco le parecía imposible creer que aquel saco de huesos, vello y harapos hubiera sido un orgulloso oficial de las legiones años atrás. ¿Qué historia habría detrás de aquel muñón y de las otras muchas cicatrices que tendrían su cuerpo y su alma?

—El vino me suelta la lengua. Y si al vino le añades una buena comida, podría hablar durante horas.

—Hoy no puedo quedarme. Pero te buscaré algún día si me dices cómo encontrarte.

—Durante el verano estoy siempre por aquí —dijo, señalando con un gesto la gran puerta que daba acceso a la ciudad—, y nunca me alejo mucho del pozo de Mercurio.

Marco miró al lugar que el hombre indicaba. Era un pozo de piedra, muy cerca de la puerta Capena, casi cubierto por la hiedra y los hierbajos.

Creía recordar que era la fuente de la que se sacaba el agua para las Mercuralia, las fiestas en honor del dios Mercurio, pero Marco, poco versado en los rituales religiosos romanos más arcaicos, no estaba muy seguro de ello. Los rituales que a él le interesaban eran otros muy distintos.

—Tal vez venga a verte alguna tarde. Tú procura no hacerte matar hasta entonces. Con esa lengua que tienes podrías acabar ensartado en una espada cualquier día de estos.

—Si no me mataron los teutones ni los hijos de puta de los legionarios de Sila tampoco lo hará un comerciante afeminado con su daga de latón.

—Cuídate, Lucio Escapcio —dijo Marco, y le arrojó al hombre una moneda de bronce, que este atrapó al vuelo con su mano izquierda—. Cena caliente esta noche y brinda a la salud de Marco Lemurio. Ese es mi nombre.

Al terminar de hablar, Marco creyó que los ojos del mendigo se habían abierto más de lo habitual, como si al escuchar aquel nombre le hubiera acudido a la mente un recuerdo del pasado. Pensó que había sido impresión suya y prefirió no preguntar. El sol comenzaba a ponerse y aún tenía una tarea que realizar antes de regresar a casa. No tenía tiempo que perder.

—Un placer haberte conocido, Marco Lemurio. Ven a verme cuando quieras. —El tono de voz del mendigo había cambiado ligeramente. Como si, por un instante, el oficial romano que había sido tiempo atrás hubiera vuelto a enseñorearse de aquel cuerpo roto y maltratado por la desgracia y la pobreza—. ¡Y trae más de estas!

El hombre alzó la moneda y volvió a reír a carcajadas. El *optio* de la primera centuria había desaparecido y había vuelto a convertirse en uno de tantos mendigos borrachos que rondaban la puerta Capena.

Marco sonrió, obligó a la mula a dar la vuelta y entró finalmente en Roma cuando la noche casi había caído sobre la ciudad.

Marco se bajó de la mula con un suspiro de alivio. Tenía las nalgas doloridas y un palpitar sordo en la rabadilla que tardaría varios días en desaparecer por completo. Cogió de las alforjas su pequeña bolsa de cuero y

se la echó al hombro. Había viajado muy ligero de equipaje propio, y todo lo que no era estrictamente suyo lo dejó colgando de los flancos del animal.

Un esclavo tomó a la mula por las riendas y se dispuso a llevarla hasta las cuadras. Sin embargo, el animal se revolvió y se zafó del sirviente para acercarse a Marco y darle un suave cabezazo en el hombro.

Marco sonrió sorprendido.

—Al final acabaremos siendo amigos —dijo con cariño, y acarició al animal con vigor desde las orejas hasta los ollares. Se volvió hacia el esclavo^: Trata bien a este animal. Tal vez lo vuelva a necesitar en el futuro.

El siervo, un chico joven que apenas había llegado a la veintena, asintió. Volvió a tomar a la mula por las riendas y condujo al ya sí resignado animal a su establo, donde le aguardaba una generosa ración de avena y un cubo de agua fresca.

Marco se sacudió la túnica y la capa y aguardó a que alguien se presentara para informarle de que su presencia era requerida. Aquel era el procedimiento habitual que seguía cuando tenía que entrevistarse con Marco Terencio Varrón, el aristócrata que se había convertido en lo más parecido a un patrón que Marco Lemurio había tenido en su vida. Dado que Varrón no quería que nadie supiera nada de la relación entre ambos, Marco no podía simplemente entrar en el atrio de su casa y aguardar a ser recibido como hacían el resto de los clientes que acudían a aquella casa en busca de consejo, recomendaciones o limosna. Varrón le había dejado muy claro el procedimiento. Él debía entrar por la parte trasera de la *domus*, la que daba acceso directo a las cuadras y las cocinas, y una vez allí esperar a ser llamado. Los esclavos de la casa se encargarían de anunciar su presencia y de atender las necesidades que se le presentaran a Marco durante su espera. La primera vez que había acudido a la casa de Varrón, Marco no entendía muy bien a qué se refería con necesidades. ¿Qué necesidades podían surgirle en una breve espera? Pronto comprendió que cuando se trataba de Marco Varrón, el tiempo de espera podía ser desesperadamente largo. Si estaba sumergido en la lectura o la escritura de uno de sus libros, el amo de la *domus* daba orden estricta de que nadie le molestara, salvo que fuera el mismo Pompeyo quien llamara a su puerta. No importaba cuál fuera el asunto, que ardiera la curia o que los ejércitos de Mitrídates del Ponto

estuvieran a las puertas de Roma. El tiempo de lectura y escritura era sagrado en aquella casa.

Marco se acomodó en un banco de madera pegado a la pared del patio y se limitó a disfrutar de la llegada de la noche a Roma. Tras el largo y caluroso día que había pasado a lomos de la mula trotando por la vía Apia, sentarse en aquel lugar fresco y tranquilo resultaba un alivio para su alma y para sus doloridas nalgas. Lo único que faltaba, pensó Marco, era un buen vaso de vino. De inmediato, como si los dioses hubieran escuchado su plegaria, apareció una esclava llevando una jarra y un vaso de barro que le tendió a Marco Lemurio. Tras varias visitas, los sirvientes de Varrón ya conocían los gustos de aquel huésped tan especial.

Marco dio las gracias a la esclava, que llenó el vaso de vino y se dispuso a retirarse.

—Deja la jarra —pidió—. Así te ahorras tener que volver.

La mujer sonrió con indulgencia. Por algún motivo que los esclavos no alcanzaban a comprender, el atriense había dado orden de satisfacer todos los deseos de aquel hombre que estuvieran dentro de lo razonable. Una jarra de vino entraba dentro de lo normal, a juicio de aquella esclava, de modo que no puso pegas.

Marco, que sentía como si todo el polvo de la vía Apia hubiera acudido a refugiarse en su garganta durante el viaje, apuró de un trago el contenido del vaso. Sonrió y asintió satisfecho. Le habían traído una vajilla de esclavos, pero el contenido de la jarra era digno de una corte oriental. Un vino de una calidad extraordinaria, sin duda el mismo que el propio Varrón bebía. Aquello compensaba las molestias del viaje al sur. O casi, pensó Marco, palpándose las nalgas doloridas.

Cuando le indicaron que Varrón le recibiría, la noche ya había caído por completo sobre Roma y Marco había vaciado la jarra de vino. Como no quería presentarse ante Varrón ebrio y apestando en exceso a vino, se había contenido al beber y había hecho que el contenido de la jarra le durara más de lo que en otras circunstancias habría sido habitual en él. De buena gana habría pedido una más, o todo un ánfora para llevarse a su casa. Tendría que preguntar a los esclavos qué vino era aquel. Como si pudieras permitírtelo, dijo una voz en su interior. Por soñar que no quede, respondió otra.

Siguió al esclavo por un camino que ya le era familiar, el que conducía desde las dependencias de los esclavos hasta la zona noble en la que se encontraba la enorme biblioteca de Varrón. Si había algo en aquella casa que Marco envidiara más que la bodega, era la biblioteca. Centenares, puede que miles de volúmenes, en latín, en griego y otras lenguas. Ordenados de forma pulcra por temática, por autores, por criterios geográficos. La biblioteca de Varrón era famosa en toda Roma. El propio Varrón había confesado a Marco que aquella era solo una pequeña parte de su colección: la mayoría de los rollos de papiro los guardaba en su casa de campo en Formia, a la que se retiraba cuando el ocio se lo permitía o cuando las temperaturas en Roma se hacían insoportables por el calor del verano. Un grupo de esclavos se dedicaban en exclusiva a traer y llevar volúmenes de una biblioteca a otra a medida que Varrón los iba necesitando o ya no precisaba disponer de ellos. En cada viaje que hacían los esclavos, se hacían acompañar de una escolta de varios hombres armados hasta los dientes. Varrón siempre decía que prefería que lo asaltaran a él y lo mataran antes de que un grupo de bandoleros pudiera poner las manos sobre sus preciados libros.

Marco no podía ni imaginarse cómo sería la biblioteca de Formia si la que tenía en Roma era solo un pequeño muestrario que contenía las obras con las que Varrón trabajaba en aquel momento. Él mismo poseía un pequeño tesoro en forma de rollos de papiro heredados de su madre, la mayoría encerrados bajo llave en el local que ocupaba la planta baja de la *insula* en la que vivía. La colección de Marco Lemurio era, no obstante, un triste montón de papiros en comparación con la biblioteca que Varrón había conseguido atesorar a lo largo de su vida. A pesar de ello, Marco estaba convencido de que entre sus propios libros había algunos que Varrón no poseía ni llegaría a poseer nunca. La biblioteca personal de Neóbula, aunque modesta en comparación con la de muchos aristócratas, ocultaba más de un secreto.

Al llegar al estudio de Varrón, el esclavo indicó a Marco que pasara al interior. La escena que se encontró una vez dentro no difería un ápice de la que se había encontrado en sus anteriores visitas. Varrón estaba sentado tras su enorme escritorio, trabajando sobre un papiro a la luz de varias lucernas.

Su cabeza, rapada al cero con pulcritud meticulosa, lanzaba destellos cada vez que la luz se reflejaba en ella. Tras él, un esclavo aguardaba en silencio con una bandeja en la que había material de escritura de recambio, arena, piedra pómez para raspar los errores… Marco se acercó y aguardó con paciencia a que Varrón terminara su tarea. En aquella casa, la paciencia era una virtud más que necesaria para tratar con el patrón.

Cuando Varrón hubo terminado de escribir, tendió el papiro al esclavo, que se apresuró a llevarlo a otra mesa y extender arena para secar la tinta y fijar lo escrito.

—Marco Lemurio, bienvenido a Roma. Toma asiento, por favor. Estoy deseando escuchar los resultados de tus investigaciones. ¿Cómo te ha ido por las tierras del Samnio?

—Calor y mosquitos. Tabernas incómodas, vino aguado o avinagrado. Una mula testaruda y un culo dolorido. Ese es mi balance del viaje.

Varrón sonrió. En los últimos meses había aprendido a tolerar, valorar e incluso apreciar la descarada sinceridad de aquel extraño personaje.

—Por suerte para ti ya estás de vuelta en Roma, donde encontrarás las mismas tabernas incómodas, beberás el mismo vino barato, hace incluso más calor y te picarán los mismos mosquitos. Tu culo al menos encontrará algo de descanso.

—Me conformaré con eso.

Marco se sentó frente a Varrón mientras este daba instrucciones a su esclavo.

—Trasíbulo se quedará con nosotros para tomar nota de todo lo que me cuentes. Yo quiero escuchar con atención; tomar notas restaría frescura a la conversación. No escribo todo lo deprisa que me gustaría. Trasíbulo, en cambio, es un experto en tomar apuntes a toda velocidad. Entre él y Tirón, el esclavo de mi amigo Cicerón, están desarrollando un sistema de anotaciones magnífico, digno de conocerse. Pero no quiero aburrirte con detalles. Escuchemos lo que tienes que contarme. ¿Hay o no hay un hombre lobo en los campos de Caudio?

Marco Lemurio miró con disimulo el rostro del esclavo. Normalmente, cuando la gente escuchaba hablar de hombres lobo y otras criaturas semejantes torcía el gesto con incredulidad o esbozaba una sonrisa burlona.

Marco estaba acostumbrado a ver aquellas reacciones en todos aquellos que escuchaban alguna faceta más o menos real de su trabajo. El esclavo de Varrón, por el contrario, permaneció impasible mientras comenzaba a tomar notas con habilidad y rapidez en un pedazo de papiro. Era evidente que estaba bien entrenado para limitarse a transcribir lo que su amo le ordenara, sin que ni sus palabras ni sus gestos dieran indicio alguno de su opinión al respecto.

—Como te dije, *domine*, no hay licántropos en toda Italia. Ya no. Tal vez en Hispania o en el norte, en las tierras de los celtas, pero no aquí.

—¿Y todos esos rumores de los que te hablé? Una criatura enorme que aúlla a la luz de la luna y ataca los rebaños y a los campesinos. Uno de mis clientes que pasó por la región me dijo que se contaban ya varios muertos entre las familias de los agricultores. Todo el mundo en la zona hablaba de un hombre de las montañas que se convierte en un enorme lobo por causa de una maldición. No me digas que todo eran habladurías. Había puesto grandes esperanzas en esta historia.

—Como en casi todas las habladurías de la gente, esta también tiene un fondo de verdad. Cuando llegué a Caudio nadie quería hablar conmigo. Allí todo lo que huela a Roma o a romano despierta recelos entre los samnitas.

—¿Todavía con viejos rencores de tiempos de las guerras samnitas? ¿Cuántas generaciones han pasado desde aquello? —preguntó Varrón, sorprendido.

Marco negó con la cabeza. Nunca dejaba de sorprenderle lo ciegos que estaban los aristócratas ante la realidad del pueblo, tanto del de Roma como de los muchos sometidos a ellos que existían en Italia y en el resto del Mediterráneo.

—No, no es el viejo recuerdo de aquellas guerras lo que les hace odiar el nombre de Roma. El motivo es mucho más reciente. Sila. El maldito Sila, sus proscripciones y sus confiscaciones de tierras. Los samnitas de Caudio cometieron el error de tomar partido por Mario y los suyos. Incluso después de morir el viejo general siguieron combatiendo bajo las águilas de su hijo. Y pagaron caro este error. Sila y los suyos ejecutaron a todos los líderes políticos y militares que no murieron en la guerra. Confiscaron sus tierras y las entregaron como recompensa a unos soldados que nunca habían cogido

una azada en su vida. Caudio y las aldeas de los alrededores están llenas de hombres y mujeres que eran orgullosos propietarios de sus fincas, hacendados que trabajaban los campos con esfuerzo, y que hoy no tienen nada. Y no solo eso. Esos pobres desgraciados tienen que ver cómo los veteranos de Sila destruyen todo lo que sus abuelos y sus padres levantaron. Dejan morir las vides, no cuidan los olivos, agotan los campos y permiten que las acequias se llenen de barro y mierda. Soldados que juegan a ser campesinos y campesinos que se ven obligados a mendigar. ¿No te parece suficiente motivo para odiar a Roma y todo lo que Roma representa, *domine*?

—¿Y qué tiene que ver todo eso con los rumores de que un hombre lobo está asolando los campos? —preguntó Varrón, visiblemente incómodo ante las palabras de Marco. Él mismo era uno de aquellos aristócratas que se habían enriquecido con las proscripciones y que habían medrado a la sombra de Sila como en aquellos momentos lo hacía a la sombra de Pompeyo.

—Tiene mucho que ver. Ese supuesto hombre lobo no ha atacado jamás a un samnita. Ni una sola vez. Sus víctimas son siempre los colonos de Sila, sus esclavos, sus trabajadores, sus familias. En cuanto llegué a Caudio y comencé a investigar, pude ver el patrón que había detrás de los ataques. Si todos los muertos eran colonos llegados a aquellas tierras hace unos años no era difícil suponer que no era una bestia quien estaba detrás de los ataques.

—¿Y quién era entonces?

El esclavo de Varrón tomaba notas a toda velocidad. Marco se sorprendió de su aspecto tranquilo y frío. No perdía detalle de la conversación, y con apenas unos trazos era capaz de recoger tanta información como salía de las bocas de los dos interlocutores.

—Un samnita muy enfadado, por supuesto. No hay ningún hombre lobo en Caudio. Es solo un campesino, grande como un oso y con casi el mismo pelo cubriendo su rostro y su cuerpo. Un hombre que enloqueció al descubrir, tras varios años de servicio en el ejército y de deambular escapando de los cazadores de fortunas, que su familia había sido asesinada por los hombres de Sila y que sus tierras estaban en manos de un centurión borracho que no sabía distinguir un grano de trigo de un piojo de su cabeza.

El samnita se volvió loco de dolor y se refugió en las montañas, donde su locura aumentó aún más. Vivió durante un tiempo de lo que era capaz de cazar y recolectar, pero en su desesperación comenzó a atacar las granjas de los veteranos. Sospecho que al principio solo buscaba comida, pero más adelante… descubrió lo dulce que era la venganza. Matar con sus manos desnudas, e incluso con sus dientes, a aquellos que habían contribuido a destruir su vida y la de su familia. El loco probó el sabor de la sangre romana, y le gustó.

—Así que era solo un hombre…

—Como en la mayor parte de los casos. Un hombre enorme, cubierto de pelo y vestido con pieles salvajes. Con los ojos inyectados en sangre y con la boca cubierta de saliva. Tan enloquecido que es posible que haya olvidado hasta la lengua de sus padres. Un monstruo que ataca las granjas y mata a todo el que se cruza en su camino, sea hombre, mujer o animal. Efectivamente es un hombre. Pero tan peligroso como un hombre lobo real.

O casi, pensó Marco, pero no lo dijo en voz alta.

—Es una pena —dijo Varrón—. Estaba seguro de haber encontrado una prueba definitiva de la existencia de esas criaturas.

Marco sostuvo la mirada de su interlocutor. Él mismo habría podido darle pruebas de la existencia de hombres lobo. No en Italia, al menos no en aquellos tiempos, pero sí en otras tierras. Sin embargo, no quería dar a Varrón más información de la estrictamente necesaria para mantener su relación en niveles cordiales. Prefería guardarse algunos secretos hasta que aquel noble romano se hubiera demostrado completamente digno de su confianza.

—De cualquier modo, es una amenaza para la estabilidad en la zona —continuó Varrón—. Supongo que acabarías con ese hombre o alertarías a los magistrados de Caudio para que le dieran caza.

—Me pagaste para que confirmara los rumores de la existencia de un hombre lobo y para que te trajera su cuerpo o pruebas de que las historias eran ciertas. Nada se me dijo de dar caza a un campesino enloquecido. Yo no mato seres humanos por dinero.

Por un instante, Marco pudo sentir en su boca el sabor ferroso de la sangre. Al hablar de matar seres humanos, le vino a la mente la imagen del

cuerpo de Marcia, la mujer de Tito Pomponio. Un cuerpo desgarrado, roto, casi desangrado, sobre las losas de su propio patio. Y había sido Marco el causante de aquella muerte brutal. Marco con ayuda de alguna entidad demoníaca que se había apoderado de su cuerpo gracias al peculiar colgante que llevaba sobre el pecho, la llamada lágrima de Perséfone. Marcia había resultado ser una hechicera, con unos poderes nada desdeñables, y Marco había tenido que actuar de aquella manera para salvar su propia vida. A pesar de estar convencido de que, de no haber recurrido a la magia del colgante, habría sido él quien habría acabado muerto aquella noche, no podía evitar rememorar el sabor de la sangre en su boca cada vez que hablaba de la posibilidad de matar a un ser humano.

—¿Tampoco alertaste a las autoridades de Caudio? —preguntó Varrón, molesto por la actitud de Marco.

—Como ya sabes, mi familia murió por culpa de Sila y los suyos. Me importa poco la suerte que corran sus veteranos. Lo único que siento por ese campesino samnita al que las habladurías han convertido en hombre lobo es una profunda simpatía.

Varrón se llevó las manos a la cabeza rapada y se aplicó con energía un masaje a las sienes.

—No deja de sorprenderme que con esa forma de opinar sigas vivo, Marco Lemurio. Tu cabeza habría acabado clavada en una pica si hubieras hablado así hace no mucho tiempo…

—Sé delante de quién puedo hablar y delante de quién debo callar. Tú me has pedido sinceridad y sinceridad es lo que te ofrezco. Si lo que prefieres es disimulo y mentiras, dímelo; sé representar ese papel muy bien. Pero si lo que quieres es servilismo, busca a otra persona para hacer este trabajo.

—Solo tú puedes hacer este trabajo. Lo sabes.

—Entonces solo te queda elegir entre escuchar la verdad o pedirme que te mienta y te oculte mis motivaciones. Por el dinero que me pagas y el vino que me sirves, estoy dispuesto a ambas cosas.

Varrón resopló y con un gesto indicó al esclavo que dejara de escribir y que se marchara. La parte de la charla que podría utilizar para sus escritos hacía rato que había terminado. El siervo obedeció sin rechistar. Recogió

sus instrumentos de escritura, incluidos los apuntes que había tomado, y abandonó el estudio de Varrón.

—Hablaré con los pretores. No podemos permitir que siga habiendo ataques a granjas de veteranos en Caudio. Les guste más o menos a los samnitas, esas tierras ya no son suyas. Eligieron mal el bando en la guerra, y tienen que asumir las consecuencias. Enviaremos un destacamento a capturar a ese campesino peludo. Lo bueno de haber confirmado que no se trata de un hombre lobo es que podemos manejar el caso de forma más directa.

Varrón tomó un pedazo de papiro y garabateó unas palabras antes de derramar un poco de cera caliente y estampar su sello en ella.

—Entrega esto a mi atriense. Te dará lo que acordamos. Supongo que te ha sobrado algo del dinero que te di para el viaje… Guárdalo y no te lo gastes en vino. Ahora puedes marcharte.

Marco no se movió de la silla.

—No fue solo dinero lo que acordamos a cambio de mis servicios, *domine*.

Varrón volvió a resoplar.

—Por los dioses, Marco Lemurio, que eres como un grano en el culo. ¿Aún sigues empeñado en reabrir esa vieja herida? Ya te lo dije. Deja el pasado tranquilo. Hay cosas que es mejor que caigan en el olvido. Vive tu vida. Busca una esposa. Compra una casa. Ten hijos. Sé un romano feliz.

—Con lo que me pagas no podría comprar ni una caseta de pastores en la Galia. No me interesa tener hijos y Juno aún no me ha llamado por la senda del matrimonio. Hay otros asuntos que me interesan más. Asuntos en los que prometiste ayudarme, *domine*.

Varrón dio un golpe en la mesa. Sobre su frente, internándose hacia su calva brillante y cuidada, apareció una vena palpitante.

—¿Es que quieres morir, Marco Lemurio? Lo único que pretendo es mantenerte a salvo. Tal vez Sila esté muerto, pero su legado está muy vivo. Te lo he dicho muchas veces. No son pocos los que se hicieron ricos en aquellos tiempos, y no quieren que se agiten los fantasmas de aquel pasado. Deja las cosas como están.

Una vez más, Marco ocultó sus pensamientos. Varrón no quería protegerlo a él. Quería proteger a su valiosa fuente de información, vital para sus investigaciones sobre temas paranormales. Quería proteger a su hechicero, a su cazador de licántropos. Marco sabía que en el momento en que Varrón considerara que su información o sus habilidades ya no le eran útiles, su vida le importaría menos que un grano de trigo en una mierda de caballo.

—Mi muerte es asunto mío. Llegará cuando tenga que llegar. Necesito encontrar a Crisógono. Tú sabes qué fue de él. O conoces a gente que lo sabe. Por favor, Marco Terencio. Es algo de vital importancia para mí.

Varrón suspiró, resignado.

—Está bien. Vas a meterte en un pozo del que ni el mismísimo Júpiter podría sacarte. No dirás que no te lo advertí lo suficiente.

—Cuando esté en el Hades condenado a limpiar la mierda de Cerbero durante una eternidad, me acordaré de ti y de tus buenas intenciones.

—A veces me pregunto por qué aguanto tus impertinencias… —dijo Varrón, sin poder evitar que una sonrisa muy leve aflorara en las comisuras de sus labios.

—Porque soy el único camino que tienes hacia un mundo que desconoces y que te fascina. Y porque, en el fondo, disfrutas de nuestras conversaciones.

—Maldito petulante… Más vale que algún día me traigas algo que compense estar aguantando estas insolencias.

—Crisógono —insistió Marco—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Sí, Crisógono. El maldito Crisógono. No tengo la más remota idea de dónde puede estar ese griego malnacido. Te diré una cosa, Marco Lemurio: Lucio Cornelio Sila no era un mal hombre. Era orgulloso, obcecado, terrible en sus enfados… Pero también era razonable y podía ser compasivo. Mucho de lo que ocurrió tras la guerra, mucha de la sangre que se derramó, fue por culpa de Crisógono, no de Sila. Desde que se convirtió en dictador, Sila solo veía por sus ojos. Firmaba todo lo que Crisógono le ponía delante. Y, por norma general, todo lo que le ponía delante eran proscripciones y penas de muerte… Ese griego es una de las personas más malvadas que he conocido en toda mi vida. Hasta Pompeyo, que por aquel entonces no era

más que un joven militar sobrado de talento y falto de todo tipo de escrúpulos, le tenía miedo a Crisógono. Su ambición sin límites le llevó a granjearse enemigos incluso entre los seguidores del propio Sila. Por ese motivo, poco tiempo después de que el dictador decidiera abandonar la política y se retirara a disfrutar de sus vicios de viejo verde, Crisógono desapareció de la faz de la tierra. Había amasado una fortuna tal que podría haber comprado el trono de un reino oriental de haberlo querido. Un día vendió su enorme mansión en el Palatino y desapareció de Roma. En el ambiente de miedo que se vivía durante aquellos años el alivio por ver que ese hijo de mala madre desaparecía fue tal que nadie se preocupó de seguirle la pista. ¿Acaso habrían seguido a la esfinge los habitantes de Tebas si esta hubiera decidido abandonar la ciudad voluntariamente? No. Solo un loco habría seguido a la maldita esfinge hasta su nueva guarida para pedirle que rindiera cuenta de sus crímenes. —Marco Lemurio sonrió. Él era ese loco—. ¿Conoces a Marco Tulio Cicerón? —preguntó Varrón.

—Me suena su nombre —respondió Marco Lemurio.

—Cicerón fue el único que tuvo el valor para plantar cara a Crisógono en un tribunal. Ocurrió hace ahora trece años. Sila acababa de retirarse a su finca en el campo tras renunciar a todos sus poderes. Pero las proscripciones continuaban produciéndose… Un hombre de Ameria, un tipo muy rico, fue asesinado al regresar a casa tras una cena. Dos parientes codiciosos lograron que Crisógono incluyera al muerto en las listas de las proscripciones, de modo que sus bienes, en lugar de ser heredados por su hijo, fueran confiscados y sacados a subasta pública. Se habrían salido con la suya si Roscio, el hijo del muerto, no hubiera tenido la fortuna de contratar a Cicerón como su abogado.

—¿Qué ocurrió?

—Por norma general, los juicios me aburren profundamente. Casi tanto como las sesiones del Senado… Pero cuando es Cicerón el que habla ante el tribunal… Dudo que Roma haya conocido un orador igual desde que Rómulo trazó el *pomerium* de la ciudad. Juega con las palabras, controla los tiempos, se mueve, lanza miradas, conduce al público donde quiere que vaya, como si el mismo Demóstenes se hubiera reencarnado en él. Cicerón era muy joven cuando asumió la defensa de Roscio. Imagínatelo, un

abogado recién llegado de Arpiño, al que nadie conocía y cuya única carta de presentación consistía en una cierta amistad con Pompeyo que el mismo Pompeyo no habría sido capaz de confirmar. Un leguleyo con la bula casi aún colgando de su cuello defendiendo a un tipo de Ameria con menos conexiones entre la aristocracia que un perro callejero de la Subura. Contra dos hombres de Crisógono y con el mismo Sila aún vivo. Nadie habría apostado un as cubierto de estiércol por Roscio y Cicerón. Pero Cicerón se subió a la tribuna… y hasta los dioses enmudecieron. Qué oratoria, Marco Lemurio. Aquel día Cicerón habría hecho llorar a las piedras de haberlo querido. El tribunal absolvió a Roscio de todos los cargos y este pudo heredar la hacienda de su padre. Fue la primera derrota que los silanos sufrieron en los tribunales desde la guerra.

Marco Lemurio, a quien las capacidades oratorias de los aristócratas le interesaban tanto como la cría de las ovejas en la Hispania Ulterior, había ido perdiendo interés en la historia a medida que Varrón se entusiasmaba más y más hablando del tal Cicerón. Levantó una ceja al escuchar que su interlocutor hablaba una vez más de los silanos como si fueran un grupo que le era totalmente ajeno y como si él mismo no hubiera combatido a su lado en la guerra.

—¿Y qué hizo Crisógono? ¿Le cortó los cojones a Cicerón y se los hizo tragar para que no volviera a dar un discurso?

—Eso le habría gustado. Pero no hizo nada. Su poder ya estaba declinando. El fallo del tribunal en contra de sus hombres fue un duro golpe para él, y la señal definitiva para que comprendiera que tenía que poner tierra de por medio. Pero antes intentó vengarse de Cicerón. Desconozco los detalles del asunto, pero Cicerón tuvo que huir de Roma durante una buena temporada. Disfrazó su huida bajo un viaje de estudios a Grecia… Pero la realidad es que se mantuvo lejos de Italia y de los tentáculos de Crisógono hasta que este dejó de ser una amenaza.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Si hay alguien que haya seguido la pista a Crisógono, ese es Cicerón. Cuando se sube a una tribuna es un titán. Pero en el día a día es un hombre miedoso, casi tímido, que teme perder todo lo que ha conseguido en los

últimos años. Marco Tulio Cicerón sabrá qué fue de Crisógono y dónde encontrarlo, si es que aún sigue vivo.

—Bien —dijo Marco levantándose—, hablaré con ese Cicerón.

—No vayas tan rápido. No es tan sencillo hablar con él. Y mucho menos en esta época. Cicerón presenta su candidatura a pretor para el próximo año y anda muy ocupado de banquete en banquete convenciendo a los nobles para que le ofrezcan su apoyo. Cicerón es un hombre de Pompeyo, pero no le hace ascos a los votos de los senadores más conservadores. De hecho, creo que traicionaría a Pompeyo si Cátulo, los Lúculo, Hortensio y esas otras viejas con toga le guiñaran un ojo… Pero ese es otro asunto. Cicerón es un hombre ocupado y muy requerido en todo tipo de eventos. Yo te conseguiré una reunión con él. Pero no puedo prometerte nada más que una corta conversación. No puedo asegurarte que te dé las respuestas que necesitas, aunque trataré de ablandarlo para que esté receptivo.

—No necesito tener una larga conversación con él. Me basta con que me dé nombres. Personas, lugares. Pistas que me lleven hasta ese malnacido de Crisógono que tanto mal ha causado.

—¿Y qué harás una vez le encuentres? ¿Crees que Crisógono estará desprotegido? Cuando abandonó Roma era el hombre más odiado de la ciudad, y era muy consciente de ello. Apostaría mi cabeza a que se ha escondido en alguna finca del sur, rodeado de esclavos y guardaespaldas armados hasta los dientes. No podrás acercarte a él.

—Me ocuparé de ese problema cuando toque. De momento solo quiero encontrarle.

—Allá tú con tus locuras. Eres un hombre muy valioso para mí, y tengo la firme intención de protegerte para seguir contando con tus servicios una buena temporada. Pero si decides meterte en la boca de la bestia, es asunto tuyo. —Marco Lemurio se puso en pie, dispuesto a marcharse—. Te mandaré llamar cuando consiga una cita con Cicerón. Mientras tanto, mantón los ojos abiertos. Se acercan tiempos turbulentos en Roma. El asunto del hombre muerto en el Aventino fue solo el principio. En las próximas semanas los enfrentamientos entre los hombres de Pompeyo y sus enemigos se recrudecerán. Ten cuidado.

—No tengo nada que ver con esos temas políticos —dijo Marco, convencido.

—Por supuesto que tienes algo que ver con esos temas. Todos lo tenemos. Porque todos somos parte de Roma.

Varrón ofreció a Marco una litera para desplazarse hasta la Subura, el populoso barrio de Roma en el que vivía. Nunca antes había tenido esa deferencia con él después de sus entrevistas, y Marco supuso que sus palabras acerca de la escalada de violencia en la ciudad eran más que una hipótesis. A Varrón no le costaba nada enviar a Marco en su litera, pero era todo un símbolo de que su preocupación por él era real. Y de que había motivos por los que preocuparse. De todas formas, Marco, tras agradecer el gesto, se negó. Prefería regresar a su casa paseando por las calles y disfrutando de la calurosa noche de verano. Tenía muchas cosas en las que pensar.

A pesar de que ya había caído la noche, las calles de Roma en verano estaban llenas de vida. Los comerciantes aprovechaban las horas nocturnas para descargar sus mercancías en los almacenes y tiendas, por lo que el trasiego de carros y esclavos portando sacos y cajas era constante. Ni los comerciantes ni sus esclavos se preocupaban demasiado por no hacer ruido en exceso y respetar el descanso de los vecinos. Los que vivían en los pisos más bajos simplemente tenían que asumir que sus noches de verano no eran ni serían nunca tranquilas. Uno de los muchos males que sufrían quienes tenían que permanecer en la ciudad durante el estío: el ruido se sumaba al calor insoportable.

Marco descendió hasta el foro, donde el silencio de los templos y los edificios oficiales contrastaba con el trajín de almacenes y tiendas. Observó la gran mole del *Tabularium*, el enorme edificio que Sila había hecho construir con el objetivo de almacenar todos los archivos y documentos de la administración de la República. Antes se guardaban dispersos, en templos y otros lugares, lo que complicaba cualquier consulta de un documento y hacía que para ello se necesitaran en ocasiones semanas de búsqueda. Muchos admiraban a Sila por haber tomado aquel tipo de

medidas que habían hecho de Roma un estado más eficiente. Marco no estaba entre ellos. Para él, el *Tabularium* era un símbolo más de la tiranía que había costado la vida de miles de romanos e itálicos.

Atravesó el foro y se internó en la Subura por su vía principal, el llamado *clivus Suburanus*. Era a partir de aquel punto cuando su paseo podía complicarse. La zona baja de Roma era el hogar de miles de familias honradas que luchaban por ganarse el pan cada día, pero también era un nido de criminalidad, donde ladrones, sicarios, estafadores y todo tipo de personajes peligrosos solían desarrollar sus actividades y tenían sus guaridas. Pasear por la Subura por la noche sin tomar precauciones suponía siempre un riesgo. El mismo Marco había visto cómo un grupo de hombres asaltaba a otro a plena luz del día en el *clivus Suburanus*, la vía principal que articulaba las calles y callejones del barrio, ante la mirada pasiva, e incluso divertida, de decenas de personas. Por la noche, por supuesto, todo era mucho peor.

Marco había nacido en la Subura y conocía todos y cada uno de sus rincones. Sabía qué callejas había que evitar, qué camino tomar para llegar a salvo a su casa. Sabía a quién había que sostener la mirada con desafío y ante quién convenía bajarla con humildad. Conocía los resortes que movían la compleja sociedad de la Subura, y se movía por sus vericuetos como un pez en el agua. Además, él también era un personaje conocido por muchos de los habitantes de aquel barrio de Roma. Y los que le conocían sabían que no era conveniente arriesgarse a tener un mal encuentro con Marco Lemurio. Muchos le consideraban un simple estafador que se había creado un personaje de peligroso hechicero y curandero para encontrar víctimas a las que sacar unos cuantos ases. Pero incluso estos preferían no arriesgarse… por si parte de las habladurías sobre aquel extraño hombre eran ciertas.

Marco echó mano a la daga que llevaba oculta bajo la túnica, pegada a la pierna por unas correas de cuero que se abrían en cuanto daba un tirón. El puñal que había perdido cuando los hombres de Pompeyo le habían dado una paliza meses atrás había sido sustituido por una hermosa pieza de buen hierro, con una empuñadura dorada, cómoda de sostener y fácil de manejar.

Un capricho que Marco se había permitido con parte de las monedas que Varrón le había pagado por sus servicios.

Con su fama, su conocimiento y su daga bajo la túnica, Marco se sentía seguro.

Dejó atrás el *clivus Suburanus* y se internó por las sucias callejas sin empedrar que desembocaban en su propio callejón. Se cruzó con algunas personas, hombres en su mayoría, encapuchados todos ellos a pesar del calor. Marco no les dedicó ni una mirada. Estaba deseando llegar a casa.

Por el camino, pensó en todo lo que le había ocurrido aquel día. Un veterano de los ejércitos de Mario que podía conocer el destino corrido por su padre. Aquello abría ante él una puerta que creía cerrada desde mucho tiempo antes, cuando había dado a su padre por muerto y por imposible el averiguar qué le había ocurrido tras la guerra. Por otro lado, Varrón le había ofrecido otro hilo del que tirar para encontrar a Crisógono, el hombre que había dado la orden de asesinar a Neóbula, su madre. Si aquel Cicerón resultaba tener información al respecto… Marco no estaba seguro de qué haría en ese caso. ¿Presentarse en la casa en la que Crisógono se escondía y entrar a sangre y fuego hasta dar con él? Cuando pensaba en ello, la lágrima de Perséfone que colgaba en su pecho se calentaba ligeramente, como si la idea de la violencia y la sangre excitaran a la piedra inerte. Marco desechó la idea de inmediato. Si llegaba el momento de tener que atacar a Crisógono, necesitaría un plan para hacerlo. No podía dejarse llevar por la pasión.

Y sobre todo no podía permitirse usar de nuevo la lágrima de Perséfone de forma impulsiva e inconsciente. Cardixa, la anciana númida del *collegium* del Tritón en el Aventino, ya se lo había advertido. Jugar con determinados poderes resultaba peligroso.

Su callejón estaba en silencio y sumido en una penumbra solo rota por la luz de la luna en el cielo y el resplandor de alguna ventana. Era una calle estrecha y sucia, que en aquella época del año no estaba embarrada sino cubierta de un polvo seco que se levantaba cada vez que un carro o una montura pasaban por ella. En las raras ocasiones que esto ocurría, ya que el callejón de Marco, aquella calleja sin nombre en la que había nacido y vivido toda su vida, no daba a ninguna parte.

Llegó al portal de su *insula* y se dispuso a subir los largos tramos de escaleras que conducían a su pequeño apartamento, en la última planta. Al comenzar el ascenso se dio cuenta de lo cansado que estaba. Había pasado varios días viajando en mula, durmiendo poco y mal. Ya entrado en la treintena, Marco no tenía las energías que había podido desplegar con veinte años. A aquella edad, pensó, había sido capaz de volver a casa borracho como una rata, subir los escalones de cuatro en cuatro, dormir tres horas y estar fresco como una rosa al día siguiente para continuar con sus negocios. Aquella noche, el vino bebido en casa de Varrón, no mucho, hacía algo de efecto en su cabeza, pero era sobre todo el dolor en las nalgas y las piernas después de sufrir la dureza del lomo de la mula durante días lo que lo atormentaba. Subió los escalones de uno en uno, parándose en cada rellano a respirar.

Tal vez debería mudarme a un piso más bajo, pensó, pero de inmediato alejó la idea de su mente. Su apartamento era mucho más que una simple casa en una *insula* pobre de la Subura. Neóbula lo había dotado de todo tipo de protecciones mágicas y encantamientos para que ella y su familia pudieran dormir a salvo de cualquier ataque sobrenatural que pretendiera hacerles daño. Marco, a pesar de sus conocimientos, no habría sido capaz de repetir aquellos hechizos ni de copiar los símbolos necesarios que había en las jambas de la puerta de madera. Sus habilidades como hechicero distaban varios estadios de las que su madre había desarrollado a lo largo de su vida.

Cuando llegó ante la puerta de su apartamento, Marco se detuvo, aún con la llave en la mano. Se escuchaban ruidos en el interior. Pasos. Voces apagadas. Algún golpe. Risas lejanas.

Sacó el puñal de su escondite y lo sujetó con fuerza. Si habían entrado a robar en su casa, pagarían caro aquella osadía. Los papiros y objetos que guardaba en su dormitorio eran muy valiosos, mucho más de lo que cualquier ratero podía sospechar. Sin duda, si se llevaban sus pertenencias acabarían vendiéndolas en un puesto de mercado, ajenos al peligro que corría cualquiera que manipulara aquellos objetos.

Pensó también en Céfiro, el pequeño esclavo que vivía con él y al que quería como un hermano menor. ¿Qué habrían hecho con Céfiro aquellos

salteadores de casas? Marco elevó una plegaria a los dioses para que el niño no se encontrara en el interior de la vivienda aquella noche y hubiera optado por dormir en alguno de los múltiples escondites que él y sus amigos conocían en la ciudad de Roma.

Determinado a defender su hogar, Marco abrió la puerta de una patada y dando un bramido ensordecedor entró en ella de un salto, con el puñal por delante.

OceanofPDF.com

II
Invitados inesperados

Ante Marco se desarrollaba una escena que no habría podido predecir ni en sus peores pesadillas. Algo para lo que ni todos los conjuros y símbolos mágicos de Neóbula le habrían podido proteger. Aquella invasión de su hogar era totalmente diferente de lo que se esperaba.

Un grupo de niños y niñas de edades comprendidas entre los seis y los doce años correteaban y jugaban por la casa. Tres niños, sentados sobre la mesa de madera, estaban enfrascados en una partida de dados. Una niña mayor que el resto había organizado un corro a su alrededor formado por varios infantes que escuchaban embelesados algún tipo de narración. Otros dos rebuscaban en el mueble que servía de despensa, con los carrillos llenos de comida.

Al oír que la puerta se abría, seguida del bramido de Marco, todos se pusieron en pie y comenzaron a gritar. Los niños mayores, los que habían estado jugando a los dados, se lanzaron hacia la entrada y, tras empujar a Marco sin miramientos, echaron a correr escaleras abajo. Los más pequeños se pusieron a llorar, mientras la niña mayor trataba de consolarlos y protegerlos en un abrazo que apenas podía cubrir a todos. Los ladrones de comida se llenaron los bolsillos con lo primero que sus manos pudieron coger y escaparon también ante la atónita mirada del legítimo inquilino de aquella casa.

Marco asistió a aquella escena sin ser capaz de reaccionar. El puñal fue bajando lentamente a medida que se convencía de que no había amenaza alguna para él. Un grupo de niños de la Subura organizados y armados con palos podían ser letales para un caminante sorprendido en las sombras. Pero

era evidente que aquellos pequeños no tenían ganas de pelea. Habían sido sorprendidos haciendo algo que sabían que era incorrecto, y su primera reacción había sido ponerse a salvo de posibles represalias.

Cuando solo quedaron en el salón del apartamento el propio Marco y la niña mayor que abrazaba a cuatro sollozantes pequeños, la puerta del dormitorio se abrió. Céfiro salió de la estancia con cara de enfado, como si estuviera dispuesto a reprender a los responsables de montar aquel jaleo.

—¿Qué ocurre aquí, por los dioses? Os dije que por la noche no quería ruidos. Los vecinos podrían…

Y en aquel momento descubrió a Marco en el umbral de la puerta. Marco con la boca entreabierta y el puñal en la mano. Marco, cuyo rostro comenzaba a enrojecer por momentos como consecuencia de la ira. Marco, que consideraba aquella casa un templo sagrado en el que nadie podía penetrar sin su permiso…

—Marco, has vuelto —dijo Céfiro, apenas con un hilo de voz. Era evidente que no contaba con que su amo regresara aquella noche.

—Céfiro… —comenzó a decir Marco, pero la ira le cerró la garganta. No entendía qué estaba ocurriendo en aquel lugar. ¿Había decidido Céfiro montar una pequeña fiesta en casa aprovechado su ausencia? ¿Cuánto tiempo llevarían aquellos niños instalados en su salón? ¿Habrían entrado en el dormitorio y tocado sus cosas? ¿Qué quedaría de lo que era una bien surtida despensa antes de partir de viaje?

—Puedo explicarlo —repuso el esclavo, dando un paso adelante y alzando las manos—. Pero primero guarda el puñal. Estás asustando a los niños.

—¿Qué estoy asustando…? —Marco sentía que su ira podía explotar en cualquier momento. Sentía ganas de arrojar a Céfiro y a sus amigos rodando escaleras abajo, pero logró controlarse y devolvió la daga a su escondite. No tenía sentido seguir esgrimiéndola.

Céfiro se dirigió a la niña, que debía ser algo mayor que él, y le susurró algo al oído. La niña asintió y, con gran delicadeza, condujo a los niños hacia la puerta de la casa sin dejar de cobijarlos bajo su abrazo. Marco los dejó pasar sin poder reprimir una mirada de cólera. A pesar de su enfado, pudo observar que tanto la niña como los más pequeños iban vestidos con

unos ropajes muy pobres incluso para lo que solía ser habitual en la Subura. El propio Céfiro a su lado iba vestido como un príncipe, con su túnica de lana sin agujeros y sus sandalias de cuero.

Marco no esperó a que Céfiro le diera explicaciones. Apartó al niño de un empujón y entró en su dormitorio. En un primer vistazo pudo comprobar que todo parecía estar en su sitio. Cualquiera que hubiera entrado en aquella estancia habría pensado que el caos más absoluto reinaba en ella, aunque Marco sabía muy bien dónde estaba cada cosa. O eso se decía a sí mismo. Dentro de aquel desorden, él tenía su propio y personal orden que no parecía haber sido alterado. Solo la cama estaba deshecha y con las sábanas y mantas revueltas, a pesar de que estaba seguro de haberla dejado hecha antes de partir en su viaje hacia el sur. Se acordaba porque era posiblemente una de las tres o cuatro veces que había hecho la cama en todo aquel año.

—Nadie ha entrado en tu dormitorio. Solo yo. Deja que te lo explique antes de que te empiece a salir espuma por la boca.

Céfiro había entrado a la habitación detrás de su amo, aunque se mantenía a una distancia prudencial para evitar ser objetivo de algún capón u otra represalia física.

—Me marcho una semana de casa. Una semana al sol, aguantando mosquitos, bebiendo orines de perro a los que llamaban vino en tabernas de mala muerte, con el culo en carne viva por el roce con la silla de montar… Y cuando vuelvo a casa me encuentro que has montado aquí una especie de bacanal infantil con juegos de dados y acceso libre a mi despensa. Dame una sola razón para que no te arrastre hasta la calle y te crucifique en la estaca más próxima.

Céfiro no pudo reprimir un escalofrío. Sabía que Marco no hablaba en serio cuando le amenazaba con condenarlo a la cruz, pero como a todos los esclavos la sola idea le producía pavor.

—Te daré más de una. Pero la primera y la más importante es que todos esos niños están en peligro de muerte. Todos los niños de la Subura lo estamos.

—Menuda novedad… Todos los días mueren niños, en la Subura, en el Aventino… hasta en las casas de los nobles los niños se mueren. De hambre, de enfermedades que solo los dioses conocen y que nadie puede

curar. Ser niño es una mierda. ¿Por qué tengo yo que dar cobijo y alimento a todos los niños vagabundos de la Subura?

—Esto es diferente. Está pasando algo raro, Marco. De hecho, estaba deseando que volvieras para contártelo… Tú puedes ayudarnos. Y no creo que pueda hacerlo nadie más.

—¿Soy el único desgraciado con una mesa sobre la que jugar a los dados y una despensa que saquear? Los dioses me sonríen, cuán grande es mi fortuna…

—No estoy bromeando. Siéntate y te contaré lo que ha ocurrido durante tu ausencia.

Marco asintió, más tranquilo. La casa volvía a estar vacía y no había daños graves más allá de una despensa saqueada. Todo se había reducido a una de las habituales travesuras inocentes de Céfiro.

—Tú delante —indicó al esclavo.

Céfiro se disponía a salir por la puerta de la estancia cuando Marco le propinó un fuerte coscorrón en la coronilla con los nudillos de la mano derecha. El niño protestó y se giró furioso, llevándose la mano a la cabeza dolorida.

—Eso por dormir en mi cama —dijo Marco.

Marco, más calmado, se sirvió un poco de vino de un ánfora que guardaba en la despensa. El nivel, observó, había bajado de forma considerable desde el día en el que se había marchado de viaje. Probó el vino y descubrió que estaba aguado. Céfiro había mezclado lo que quedaba con agua para tratar de disimular el saqueo. A Marco no le escandalizaba que los niños bebieran vino. Al fin y al cabo, era una práctica habitual entre las clases bajas, ya que el vino proporcionaba un complemento a una dieta bastante pobre donde carnes y pescados solo hacían aparición en momentos muy puntuales. No le parecía extraño que bebieran vino; pero sí le molestaba que bebieran su vino.

—Cuéntame tu fabulosa historia. Y después irás a pedir un látigo a un vecino y subirás para que te saque la piel a tiras.

—Salvo Periandro, dudo que ningún vecino nos abriera la puerta.

—Cuenta —le apremió Marco, dando un trago del brebaje que su esclavo había intercambiado por su amado vino.

Y Céfiro le contó su historia. Al principio, Marco escuchó de forma distraída, como si lo que salía de la boca de su pequeño esclavo fueran solo excusas más o menos reales mezcladas con inventos que aderezaran la narración y le quitaran a él mismo responsabilidad en los hechos. Sin embargo, a medida que la historia iba avanzando, Marco cambió por completo su semblante. Del ceño fruncido por el enfado y la postura relajada e indolente de quien no tiene especial interés en lo que le están contando pasó a estar inclinado sobre la mesa con los ojos muy abiertos.

Los niños estaban desapareciendo de las calles de Subura. Un fenómeno que en otros momentos podía resultar más o menos habitual estaba creciendo de forma alarmante, hasta el punto de que la gente en las calles comenzaba a hablar de ello. Que los niños de las clases bajas de Roma desaparecieran era una realidad con la que las madres y padres romanos convivían cada día de sus vidas. Roma era una ciudad violenta, en la que cada cual miraba únicamente por sus propios intereses y los de sus allegados. Un niño solo era una presa fácil para un mercader de esclavos que anduviera detrás de conseguir mercancía barata para vender lejos de la ciudad. Por supuesto, era algo que estaba penado por las leyes. Reducir a la esclavitud a un ciudadano romano era un crimen que se habría castigado con dureza, con independencia de la riqueza del ciudadano. Por desgracia para la plebe, los tribunales rara vez admitían denuncias de alguien que no tuviera un patrón poderoso que intercediera por él. Los niños esclavos tampoco eran en principio una presa fácil, ya que se consideraban parte del patrimonio de su amo, y secuestrar a uno de ellos era tan grave como robarle una mula o una obra de arte.

A pesar de todo, los niños desaparecían. Había un mercado de esclavos que siempre demandaba ese tipo de mercancía infantil. Minas, amos que querían entrenar a sus siervos desde niños, y prostíbulos estaban siempre dispuestos a comprar un niño sano con independencia de cuál fuera su origen.

Lo que Céfiro le contaba se salía de lo normal. Dos de sus conocidos y amigos habían desaparecido sin dejar ni rastro. Uno de ellos era un niño de

la calle, un huérfano que malvivía robando y durmiendo entre las ruinas de algún edificio quemado o en templos en los que los sacerdotes fueran compasivos. Aquel tipo de niños eran las víctimas habituales de los secuestradores, ya que nadie preguntaba por ellos y no había posibilidad alguna de que trataran de buscarlos. El otro era un caso muy diferente. El hijo de un panadero de una calle cercana a la casa en la que vivían Céfiro y Marco. Un hombre sencillo, pero con contactos en la Subura y conocido por sus vínculos con diversos *collegia* del barrio. Su desaparición sí había creado un gran revuelo, ya que el padre había jurado de forma solemne ante los dioses que cortaría la cabeza a cualquiera que estuviera implicado en el secuestro de su hijo. El hombre tenía tres hijas, y aquel era el único heredero varón, motivo por el cual su cólera había sido mayor aún de lo que cabía esperar. El panadero había movilizado todos sus contactos, y los *collegia*, las asociaciones que servían tanto de sindicato profesional como de cofradía religiosa, habían removido casi cada piedra de la Subura para tratar de encontrar al niño. Sin éxito.

Otros muchos niños, a los que Céfiro solo conocía de vista, habían desaparecido, aunque ninguno había ocasionado tanto jaleo como el hijo del panadero. Las madres de la Subura habían comenzado a no dejar salir a sus hijos de las casas si no era bajo su estricta vigilancia. Calles y callejones que unas semanas antes habían estado llenos de niños hasta que la oscuridad caía sobre la ciudad, e incluso después, estaban en aquellos días casi desiertos de presencia infantil.

—¿Y por ese motivo convertiste mi casa en un asilo de niños asustados? —preguntó Marco. Seguía molesto, pero su tono había cambiado. En aquellos momentos estaba preocupado de verdad. Preocupado por Céfiro y por la suerte que podía haber corrido. Por primera vez era consciente de los peligros que corría el pequeño esclavo en las calles de Roma y a los que él no había prestado ninguna atención.

—Espera, hay más —dijo Céfiro, y continuó su historia.

Ante el súbito aumento de desapariciones de niños, los adultos habían tomado decisiones de adultos. Los *collegia* de la Subura habían hablado con los dueños y responsables de los prostíbulos del barrio y con los principales mercaderes de esclavos. Ninguno en su sano juicio se habría atrevido a

secuestrar a un niño del barrio para ponerlo a trabajar en sus establecimientos, pues sabían las consecuencias que eso habría tenido para sus negocios e incluso para sus propias vidas. Sin embargo, muchos de ellos tenían contactos con sus homólogos en otras partes de la ciudad, e incluso con algunos que llevaban sus negocios hasta otras urbes del Lacio o más allá. Todas las indagaciones, todos los esfuerzos habían sido en vano. Ningún mercader de esclavos había observado movimientos sospechosos ni había escuchado rumores de venta de niños procedentes de la propia Roma en aquellas semanas. Los proxenetas de la Subura, a su vez, habían preguntado a sus colegas de otros puntos de la ciudad sobre si habían recibido ofertas para contratar los servicios de algún joven esclavo, pero los resultados habían sido los mismos. Silencio total. Nadie sabía nada de los niños desaparecidos en la Subura.

Los propios niños habían ido más allá de aquellas indagaciones. A pesar de que muchos de ellos habían sido retenidos en casa por sus angustiadas madres, otros no tenían una familia que se preocupara por ellos o sencillamente habían conseguido escaparse y regresar a las calles para continuar con sus juegos. Y en las calles los niños habían visto cosas que los adultos no habían logrado apreciar.

—Algunos hablan de extraños encapuchados rondando por los callejones —continuó Céfiro—. Hombres cubiertos por capas, hombres sin rostro, silenciosos, que se acercan a los niños cuando estos regresan a casa al caer la noche. Y se los llevan bajo sus mantos.

—¿Tú los has visto? —preguntó Marco. Por su trabajo y sus conocimientos, estaba mucho más abierto a creer aquellas historias infantiles que la mayor parte de los adultos de Roma, más apegados a una realidad material que consideraban el único mundo existente.

—Hace tres noches, al regresar a casa. Estaba con mis amigos en la zona del foro… Estábamos… Digamos que estábamos jugando. Yo fui de los últimos en volver. Cuando entré en el callejón ya era de noche. No había nadie en la calle. Fue entonces cuando lo vi. Salía de uno de los portales, el que está junto a la tienda del zapatero. Creo que era un hombre, pero no estoy seguro. Llevaba una enorme capa oscura, y una capucha que le ocultaba el rostro, a pesar de que hacía mucho calor aquella noche. Esa cosa

me oyó llegar y se ocultó en las sombras de un pórtico. Pero cuando pudo verme mejor, dejó de tratar de ocultarse, como si al descubrir que yo era un niño perdiera el miedo.

—Tal vez fuera uno de los vecinos —conjeturó Marco.

—No lo creo. La mayoría de los vecinos me conocen y suelen saludarme con cariño. No me odian como a ti.

—Eso es porque no te conocen como yo. Continúa.

—El hombre, o la cosa, comenzó a caminar muy despacio hacia mí. Supongo que se pensaba que yo era uno de esos niños ricos y tontos del Palatino y que iba a dejarme coger fácilmente. Ya sabes, los que se dejan robar la bolsa y se mean encima en el momento en el que les enseñas un cuchillo.

—Sé a qué tipo de niños te refieres y espero que eso de enseñarles el cuchillo no lo digas por experiencia propia, sucio ratero.

Céfiro negó con la cabeza.

—No, no, me lo han contado unos amigos. El caso es que eché a correr hacia aquí y no paré hasta que estuve arriba con la puerta bien cerrada. Para serte sincero, Marco, me cagué de miedo. Me hizo acordarme de aquella sombra que vino hasta nuestra puerta, la que tú mataste con ese truco de las luces…

—Si hubiera sido una sombra, estarías muerto. ¿Escuchaste algo aquella noche? ¿Ocurrió algo más?

—No. Me metí debajo de tu cama y me quedé dormido. Por cierto, tendrías que limpiar un poco ahí abajo, no te imaginas la cantidad de…

—Eres tú el responsable de limpiar ahí abajo. No te desvíes del tema. ¿Qué más sabes de esas figuras encapuchadas?

—Muchos niños las han visto. Siempre por la noche, o por la mañana muy temprano, cuando el sol aún no ha salido del todo. Todos cuentan historias parecidas a la mía. Esas cosas desaparecen si hay adultos cerca. O si los niños van en grupo. Atacan a los niños solos. Y por ese motivo…

—Por ese motivo has convertido mi casa en un refugio para los niños del barrio —concluyó Marco. El enfado se había ido diluyendo a medida que Céfiro había ido hilvanando su historia. La ira había dado paso primero a la preocupación, y después a una sensación de afecto y orgullo por aquel

pequeño esclavo. ¿Cuántas personas en Roma habrían abierto las puertas de su casa para que un desgraciado pudiera refugiarse? ¿Cuántos les habrían ofrecido su despensa? ¿Lo habría hecho él mismo? Céfiro le había dado una lección de humanidad.

—Sí y no —respondió el esclavo—. En realidad, les ofrecí quedarse a un módico precio. Todos tenían que traerme un as de bronce por cada dos noches. A los más pequeños no, claro. No soy un monstruo sin sentimientos. Solo a los mayores.

—Un as por cada dos noches. —Marco prorrumpió en carcajadas—. Maldito fenicio, y yo que pensaba que lo habías hecho todo por tu buen corazón y no es más que otro de tus negocios. A ver esas ganancias.

Céfiro puso cara de fastidio. Era evidente que confiaba en no tener que compartir aquellas monedas con nadie. Se llevó la mano al bolsillo y sacó cuatro piezas de bronce viejas y gastadas.

—¿Esto es todo lo que has podido conseguir? —preguntó Marco—. Aquí había muchos niños. No me salen las cuentas.

—Gasté algo en comprar comida. Y ya te he dicho que a muchos no les he cobrado nada.

—Haremos una cosa —dijo Marco—. Yo voy a meterme en mi habitación a dormir. Tú puedes bajar a buscar a esos niños. Que pasen esta última noche aquí. Sin hacer ruido. Nada de partidas de dados ni cuentos ni cenas a mi costa. Solo dormir. Ya pensaremos algo por la mañana.

Céfiro sonrió y se levantó de un salto.

—Menos mal, por Júpiter. Alguno podría haberme pedido que le devolviera el dinero de esta noche.

El esclavo desapareció corriendo escalera abajo.

Marco, que hasta hacía apenas un rato se moría de ganas de tomar una cena caliente, decidió que se iría a dormir con el estómago vacío. Estaba demasiado cansado y no quería comprobar el estado real de su despensa después de varios días a merced de una horda de niños hambrientos. Entró en su habitación y cerró la puerta. No podía quitarse de la cabeza la historia de Céfiro. Hombres encapuchados secuestrando niños en las calles de la Subura. Si es que se trataba de hombres…

OceanofPDF.com

III

Un encuentro en las termas

Cuando Marco se despertó, no había rastro de los niños ni de Céfiro. La noche había transcurrido sin sobresaltos. A pesar de que le había costado un buen rato dormirse debido a los calambres y dolores resultado del largo viaje en mula, Marco no había escuchado más que algunas voces apagadas y algún sollozo ocasional sofocado de inmediato por una reprimenda hecha en voz baja. Lo que temía, no poder dormir por los gritos y peleas de los niños, no se produjo. Pudo descansar su mente y su cuerpo, y al despertar comprobó con regocijo que el sol estaba alto en el cielo.

Antes de marcharse, Céfiro y sus compañeros habían dejado la sala principal del apartamento bien recogida, limpia y ordenada. Incluso, descubrió Marco, le habían preparado unas gachas de trigo con un poco de miel que, aunque ya estaban frías, le sentaron de maravilla a su hambriento estómago. Marco se preguntó si todos aquellos gestos eran fruto de la amabilidad o un intento de lograr que permitiera que los niños se quedaran en su casa mientras el misterio de los hombres encapuchados siguiera sin resolverse.

Los misteriosos encapuchados. ¿Qué debía hacer con aquella información? Marco recapacitó mientras daba buena cuenta de las gachas. La descripción de aquellas misteriosas figuras que acechaban a los niños en las sombras bien podría responder a simples secuestradores que buscaban enriquecerse vendiendo a los más indefensos habitantes de la Subura. Pero él sabía muy bien que aquellas extrañas criaturas podían ser otra cosa menos habitual, más peligrosa. Eran muchos los seres que se deleitaban especialmente con la carne y la vida de los niños. Marco había visto a

algunos con sus propios ojos, y había leído acerca de muchos en los papiros de su madre. Marco sentía una especial repugnancia por las criaturas de la noche que se cebaban con los más inocentes. Siempre que había sabido de la existencia de alguna en las cercanías de Roma, había hecho todo lo posible por acabar con ella.

¿Debía investigar qué había detrás de la historia de Céfiro o limitarse a meterse en sus propios asuntos? Varrón iba a facilitarle una entrevista con Cicerón, y había posibilidades de que este le diera algún dato para ponerle sobre la pista de Crisógono, el hombre que había ordenado el asesinato de su madre. Si se metía a investigar el tema de los encapuchados, tendría que posponer sus propias pesquisas, su propia y personal venganza.

Terminó las gachas y se sirvió un vaso de vino, constatando que el nivel del ánfora estaba incluso más bajo que la noche anterior. Alguno de aquellos niños había decidido desayunar un buen vaso de aquella bebida. Marco alabó su buen gusto y decidió que aquella misma tarde trasladaría el ánfora al interior del dormitorio. Una cosa era dar techo y seguridad a un grupo de niños y otra financiarles las prematuras borracheras a aquellos rateros de la Subura.

Con el estómago algo más lleno y el espíritu satisfecho tras dos vasos de vino aguado, Marco salió de su casa. Se sentía sucio tras varios días de viaje, y decidió hacer una visita a las termas para lavarse, relajarse y hacer algunas indagaciones sobre la actualidad en la ciudad. No había ningún lugar en Roma mejor para enterarse de las últimas novedades y pulsar el ritmo y el sentir de la Urbe que alguno de los muchos establecimientos de baños que ofrecían sus servicios a ciudadanos y extranjeros.

Marco palpó su bolsa de monedas. El atriense de Varrón le había pagado por su trabajo en el Samnio la noche anterior, y la bolsa estaba bastante llena. De haberlo querido, habría podido permitirse la entrada de algunas termas lujosas de los barrios altos de Roma, lugares a los que asistían los caballeros e incluso algunos senadores para bañarse y disfrutar de su tiempo de ocio. De todas formas, la entrada a los baños no dependía solo de cuántas monedas llevara uno en la bolsa. Las termas, como tantos otros espacios de Roma, eran un fiel reflejo de la muy estratificada sociedad romana. Algunas solo permitían el paso a personajes de clase alta y

prohibían que los miembros de la plebe, ya fueran comerciantes acomodados o simples jornaleros, utilizaran sus instalaciones. Muchas sí autorizaban la entrada a todo aquel que pudiera pagar el acceso, siempre y cuando fueran ciudadanos libres. Esclavos y libertos no podían acceder a ellas. Otras, las más humildes, no preguntaban por el origen ni por la hacienda de los clientes. Uno depositaba una moneda de bronce en mano del portero y podía disfrutar de sus piscinas y salas de vapor. Marco era cliente habitual de un establecimiento de este tipo.

Los servicios que ofrecían un tipo de baños y otros variaban tanto como distintas eran las casas de los ricos y las chozas de los pastores. Mientras las termas de los senadores y caballeros estaban dotadas de salas decoradas por esculturas, piscinas con agua de diferentes temperaturas y legiones de sirvientes y sirvientas atentos a las necesidades de los clientes, los establecimientos más baratos y permisivos eran simples salas de baños que con suerte tenían el agua limpia y templada. La seguridad en las termas era además un elemento a tener en cuenta a la hora de escoger un lugar u otro. Al entrar, el cliente debía despojarse de todas sus ropas y dejarlas en una cesta mientras accedía a la sala de baños totalmente desnudo o cubierto con un simple lienzo. Muchas termas de Roma eran célebres por los muchos robos que se producían en su interior, hasta el punto de que no pocos clientes salían del baño y se encontraban con que todas sus ropas habían desaparecido. Los ciudadanos que podían permitírselo llevaban con ellos a un esclavo para que vigilara sus pertenencias mientras ellos se relajaban y limpiaban sus cuerpos. Los más humildes solo podían confiar en que los dueños de las termas fueran rigurosos con la seguridad y encomendarse a los dioses para que cuando salieran sus ropas siguieran en su lugar.

Siempre que podía, Marco se hacía acompañar por Céfiro. En ocasiones, cuando podía pagarlo, para que el pequeño esclavo se diera un baño y se quitara la mugre de la piel y los cabellos. Otras veces, simplemente para que el niño vigilara la ropa. Con el esclavo o sin él, Marco confiaba en la seriedad del establecimiento al que solía ir y en el cuidado que su propietaria ponía en que no se colaran rateros o clientes más interesados en sisar unas monedas o unas prendas ajenas que en su propia higiene personal. La dueña era una mujer extremadamente gruesa llamada

Fulvia que pasaba el día sentada en un taburete junto a la entrada de las termas. Era la responsable de cobrar a los clientes el medio as que costaba un baño, y como portera era más implacable que el mismísimo Cerbero. Si Fulvia decidía que una persona no entraba a sus baños, ya podía jurar el individuo en cuestión ser descendiente del rey Numa o prometer varios áureos: aquellas puertas no se le franqueaban. Fulvia era testaruda como una mula, y nunca olvidaba una cara. Si un cliente montaba escándalo, era sorprendido robando o, peor aún, orinando en una de las piscinas, sus esclavos le ponían en la calle y quedaba expulsado de aquellos baños para siempre. Su fama de dura y su físico portentoso le habían granjeado a aquella mujer extraordinaria el apodo de Escila, la monstruosa criatura femenina que había acabado con la vida de los compañeros de Ulises al pasar estos en sus barcos frente a la guarida de la bestia. Naturalmente, nadie en su sano juicio se habría referido a Fulvia como Escila delante de ella.

Era la presencia de Fulvia, que gobernaba aquellas termas con mano de hierro con la ayuda de un grupo de tres esclavos y dos esclavas, lo que aseguraba que no hubiera robos ni trifulcas en aquel establecimiento ubicado en el corazón de la Subura. Por aquel motivo, Marco trataba de ser especialmente simpático con la oronda mujer, mostrando con ella su tono más amable y sus frases más zalameras. Pese a sus esfuerzos, Marco nunca había recibido de ella nada más agradable que un gruñido y una mirada de desconfianza. Pero al menos le permitía el paso, pensaba él cada vez que depositaba el medio as en la mano de Fulvia.

Aquella mañana no fue distinta de otras. La enorme mujer estaba sentada en su taburete, detrás de un mostrador de piedra. Las termas de Fulvia estaban en una calle llena de tiendas y tabernas, pero aquella mañana la entrada estaba desierta. Marco se acercó a la propietaria del establecimiento, le dedicó una sonrisa y dejó sobre el mostrador la moneda de bronce. Ella la cogió con su gran manaza y se apresuró a hacerla desaparecer en una caja de madera, donde hizo un ruido sordo que denotaba que había pocos clientes en las termas. La moneda no había hecho el habitual tintineo del choque del metal contra el metal, sino el de una pieza de cobre solitaria chocando contra la madera del fondo de la caja.

—Ya conoces las normas —dijo.

—Las conozco tan bien como Júpiter conoce el culo de Ganimedes —respondió él. Fulvia no dijo nada.

Marco entró en las termas, feliz de comprobar que el lugar estaba casi vacío. Le llamó la atención que los vestuarios, una sala austera en la que solo había un banco de piedra junto a un muro desnudo y una pared llena de nichos donde los clientes podían dejar sus ropas y objetos personales, estuvieran completamente vacíos. Solo dos de los muchos nichos estaban ocupados, cuando lo habitual a aquellas horas era que la mitad como mínimo estuvieran en uso. Marco, distraído como estaba en otras cavilaciones, no se paró a reflexionar en aquella extraña situación.

Se desnudó por completo y dejó su ropa arrugada en una de las cavidades más altas del muro. Siempre que podía, escogía uno de aquellos huecos en la zona más alta de la pared para guardar sus pertenencias. Al menos, se decía, que los ladrones más bajitos no puedan robarme. Sabía que como medida de precaución era totalmente absurda, pero la fuerza de la costumbre le hacía repetir aquel lugar siempre que lo encontraba libre; Junto a la puerta que daba acceso a las piscinas había un enorme balde de madera lleno de toallas de aspecto más limpio de lo que se podía esperar en un establecimiento humilde como aquel. Marco cogió una y entró en las salas de baños.

Las termas de Fulvia, a diferencia de las que estaban diseñadas y construidas para los más ricos, tenían solo dos piscinas, una de agua fría y otra de agua templada. Completaban esta oferta con una pequeña sala de vapor que la mayoría de las veces estaba cerrada por alguna avería en el mecanismo. Marco seguía las recomendaciones de algunos físicos griegos que decían que el paso del agua caliente al agua fría y de esta de nuevo a la caliente era bueno para la piel y la circulación de la sangre. Siempre comenzaba relajándose un rato en la piscina tibia para después pasar a la de agua fría y nadar un rato para estirar los músculos.

El *tepidarium* de aquellas termas era una sala de tamaño mediano con una piscina de diferente profundidad en la que se podía nadar unos pies o limitarse a descansar sentado cerca del borde. No había esculturas decorando la sala, ni más pinturas en las paredes que alguna mancha de

humedad de formas cambiantes y caprichosas. Aquella mañana no había nadie en el *tepidarium*. Marco sonrió. Tenía la piscina para él solo. Un placer del que rara vez podía gozar.

Con lentitud, disfrutando del primer contacto con el agua templada, se metió en la piscina y se sumergió hasta el cuello. Pudo ver cómo la mugre acumulada en su cuerpo durante varios días de viaje y de dormir a la intemperie comenzaba a desprenderse de su piel y a diluirse en el agua. Alejó de su mente la idea de que en aquel líquido de apariencia clara habían limpiado su suciedad cientos de romanos solo aquella semana. Introdujo la cabeza, se mojó el pelo y buceó unos cuantos pies. Salió al otro extremo de la pequeña piscina, donde el nivel del agua era más bajo y uno podía sentarse a disfrutar de la temperatura.

Uno de los esclavos de Fulvia pasó junto a la piscina con un montón de toallas húmedas en los brazos.

—El agua está fría —dijo Marco.

—La leña está muy cara y hay pocos clientes —respondió el esclavo, y salió de la estancia.

—Maldita Escila tacaña…

Marco volvió a meter la cabeza. El agua no estaba a la temperatura acostumbrada, pero aun así resultaba agradable estar sumergido en ella. Apoyó la cabeza en el borde y se dejó flotar con los ojos cerrados.

Aquel día había comenzado bien. Se sentía relajado, en calma, y los dolores en las nalgas y las piernas fruto del largo viaje en mula comenzaban a remitir. Tenía muchas cosas en las que pensar y varias decisiones que tomar, pero ninguna con carácter de urgencia. El tema de los encapuchados que acosaban a los niños de la Subura parecía serio, pero bien podía aguardar unas horas. Marco decidió que, después del baño y de ponerse en manos de un barbero, haría una visita a la taberna de Quelidón. Comería algo, bebería vino y tal vez contratara los servicios de una esclava.

Con los ojos cerrados y el suave balanceo de su cuerpo flotando en el agua, comenzó a adormecerse. La figura y el rostro de Alda, la esclava hispana que prestaba sus servicios en la taberna de Quelidón, se presentaron ante él. Marco se encontraba en ese momento entre el sueño y la vigilia en el que aún se es consciente de la realidad pero esta se mezcla con las

primeras imágenes oníricas. La joven hispana le sonreía con una mueca burlona, entre seductora y desafiante. No había vuelto a ver a Alda desde varias semanas antes de marcharse de viaje al Samnio. El resto de las esclavas de la taberna no le decían dónde estaba ni le facilitaban datos acerca de su estado. Aquello era habitual en la taberna de Quelidón, cuyo misterioso propietario disponía de sus trabajadores para otros servicios de cuando en cuando. ¿Estaría Alda de vuelta en la taberna aquella tarde? Averiguarlo bien merecía una visita y gastar unas monedas.

En el momento en el que comenzaba a quedarse dormido, sintió que alguien movía el agua junto a él. Eso lo sacó de su sopor. Había llegado otro cliente de las termas, quebrando su maravillosa soledad.

Marco abrió los ojos y descubrió que alguien se había sentado junto a él en el borde de la piscina. Era un hombre maduro, con un pelo casi blanco que escaseaba en la frente y la coronilla. A pesar de su edad tenía un cuerpo fornido y esbelto propio de alguien acostumbrado a una vida frugal y a una actividad física constante. El hombre había metido las piernas en la piscina y chapoteaba lentamente con los pies, salpicando a Marco.

No tendrá piscina este hijo de Plutón para salpicar que tiene que venir a sentarse a mi lado, pensó Marco, disimulando el gesto de fastidio y las ganas de echar a patadas de allí a aquel inoportuno bañista. Si hubiera hecho algo así, Fulvia le habría puesto a él mismo en la calle en menos de lo que Júpiter tardaba en lanzar uno de sus rayos. Marco supuso que se trataba de algún visitante ocasional de la Subura en busca de sexo, ignorando que en aquellas termas no se ofrecían aquel tipo de servicios y que de hecho la dueña era muy estricta en su rechazo a que los clientes tuvieran relaciones entre ellos en las piscinas. A follar a la calle, había dicho alguna vez tras echar a patadas a dos amantes sorprendidos en flagrante unión carnal.

Estaba a punto de marcharse nadando de forma disimulada al otro extremo de la piscina cuando el recién llegado se dirigió a él, cortando cualquier posibilidad de huida que no fuera abiertamente grosera.

—No está muy caliente el agua —comentó el hombre. Tenía un tono amable y suave. Marco pensó que ya no cabía duda alguna. Aquel hombre quería sexo.

—Uno de los esclavos me ha dicho que el precio de la leña ha subido. Supongo que Fulvia mantiene las calderas al mínimo. No sea que se vaya a arruinar…

—Sí, la verdad es que la madera ha subido de precio. La madera y todo lo demás. Y subirá más aún antes de que termine el verano. En la calle dicen que es por culpa de los piratas, que atacan los barcos que llegan desde África y Egipto cargados de grano. Todo el mundo sabe que, si sube el precio del trigo, también lo hace el resto. ¿No es así, amigo?

—No entiendo de esas cosas —dijo Marco, que comenzaba a sentirse incómodo en una conversación que no deseaba mantener.

—Oh, bueno. Nadie entiende de esto realmente. ¿Quién sabe por qué suben y bajan los precios al fin y al cabo? Puede deberse a los piratas, malas cosechas, aumento de la demanda. O puede deberse a que algún hijo de puta está almacenando trigo en algún lugar para conseguir con ello que el hambre se cebe con los romanos y haya disturbios en la ciudad. Hay mucho miserable por ahí dispuesto a todo con tal de ganar un millón más de sestercios. ¿Lo crees posible?

—Como te he dicho, ni entiendo de estos temas ni me interesan lo más mínimo.

Marco se incorporó para echarse hacia adelante y nadar hacia el otro extremo de la piscina. Un viejo verde que quisiera coquetear e intentar meterle su *mentula* en el culo podía tener un pase. Pero una conversación sobre política era más de lo que estaba dispuesto a soportar aquella mañana.

—Ah, pero yo creo que sí te interesan estas cosas, Marco Lemurio.

Se quedó clavado en su posición al escuchar su nombre. Aquel personaje le conocía. Había estado fingiendo hasta aquel momento, pero sabía cómo se llamaba. Y aquello solo podía significar una cosa. Problemas.

Marco, desnudo como estaba, se sentía totalmente indefenso. Pensó en su daga, oculta entre sus ropas en el vestuario. Miró a su alrededor y valoró la situación. El hombre parecía estar solo. No tenía acompañantes que pudieran ayudarle en caso de algún tipo de pelea. Por otro lado, no era más que un anciano más o menos fornido, tan desnudo como él mismo y sin

portar ningún arma visible. Decidió que mantener la calma era la mejor opción.

—No sé quién es ese Marco Lemurio —dijo. El hombre prorrumpió en carcajadas y chapoteó con los pies en el agua con más fuerza—. Y no me salpiques —añadió—. Odio que me salpiquen.

—Por supuesto que eres Marco Lemurio —continuó el hombre—. Una de las muchas ratas al servicio de Pompeyo que corretean por esta alcantarilla a la que llaman la Subura. Un sucio pompeyano que está dispuesto a ver cómo su gente muere de hambre con tal de conseguir que el gran hombre alcance el poder absoluto. ¿Eso es lo que eres, Marco Lemurio? ¿Una rata de Pompeyo?

—No sé de lo que me hablas. Pero tu tono empieza a molestarme.

El hombre bajó a la piscina de un salto y se encaró con Marco.

—Hay gente muy poderosa que se ha interesado por ti, Lemurio. Tuviste algo que ver en la muerte de la mujer de Tito Pomponio y en el saqueo de su casa por los hombres del Aventino. Mis superiores quieren mandarte un mensaje: vigila a quién sirves. Tito Pomponio no olvida las ofensas fácilmente…

Marco reaccionó con rapidez. Con la mano derecha agarró los testículos del hombre y los estrujó con fuerza. Este, sorprendido y dolorido, echó la cabeza hacia delante, momento que Marco aprovechó para agarrarle el cuello con la mano izquierda. Así, con los testículos y el cuello aferrados firmemente, acercó su rostro al oído del hombre.

—No quiero montar aquí un espectáculo. Me gusta este establecimiento y no quiero tener problemas con la dueña. Si gritas, si haces cualquier movimiento agresivo hacia mí, despídete de estos colgajos de carne que tienes entre las piernas. Ahora eres tú quien va a escuchar.

El hombre trató de protestar y de apartar la mano de Marco que se aferraba con fuerza a sus genitales. Marco respondió con un fuerte apretón, y el hombre desistió en su resistencia. Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Mucho mejor. No sé si pensabas que ibas a intimidarme. No sé si creías que me iba a echar a llorar al escuchar tus amenazas. Ten una cosa clara: no sé quién es ese Tito Pomponio del que me hablas. Y la verdad es

que me importa una mierda que mataran a su mujer y se cagaran sobre su cadáver esos hombres del Aventino. No es mi problema. Como tampoco lo son Pompeyo ni ninguno de esos nobles cuyas *mentulae* tanto os gusta chupar. Pero te diré algo, y solo te lo diré una vez. Si me amenazas, si me hablas en un tono que no me gusta, entonces tú te conviertes en un problema para mí. Y yo los problemas los soluciono de una forma muy radical. —Volvió a apretar los testículos del hombre, con más fuerza en aquella ocasión—. Si vuelvo a verte, si vuelvo a cruzarme contigo, haré mucho más que apretarte los cojones. Te los cortaré y te los haré tragar. Y después me aseguraré de que acabes tus días trabajando como eunuco en un prostíbulo del Foro Boario, donde varios marineros númidas se turnen para disfrutar de tu culo viejo y seco. ¿He sido lo bastante claro? —El hombre volvió a asentir—. Ahora quítate de mi vista.

Soltó los testículos y hundió la cabeza del hombre en la piscina. Él braceó y pataleó para alejarse de Marco y volver al borde del agua. Una vez allí, salió de un salto y echó a correr sin mirar atrás.

—Odio que me salpiquen —dijo Marco, y se dejó caer hacia atrás en el agua caliente.

Marco pasó un buen rato dejándose acunar por las mansas aguas de la piscina. En pocas ocasiones había podido disfrutar de aquel establecimiento en soledad, ya que por norma habitual estaba bastante lleno de hombres de la Subura que buscaban relajarse o limpiar su piel por el módico precio que costaba la entrada. Aquella mañana, tras el incidente con el hombre de Tito Pomponio, Marco pudo aprovechar un largo rato de soledad empañado únicamente por una temperatura en el agua no tan caliente como a él le habría gustado. Nadó, flotó, buceó, se restregó y se masajeó todas las zonas del cuerpo que seguían entumecidas por el largo viaje en mula por la vía Apia. Cuando su piel adoptó un sano tono rosáceo y comenzó a arrugarse en manos y pies, decidió que ya había tenido suficiente agua caliente por aquel día.

Salió del *caldarium* y se dirigió a la piscina de agua fría, que en invierno solía estar desierta pero que en los meses de verano atraía a una

mayor cantidad de usuarios deseosos de refrescarse. Aquella mañana, sin embargo, la piscina de agua fría también estaba vacía. No podía creerse que la diosa Fortuna le sonriera de aquella manera. Sí, le había enviado a un estúpido sicario de Tito Pomponio para tratar de amedrentarlo. Pero en contrapartida… toda aquella paz, aquel silencio. Tener que agarrarle de los cojones a un viejo era un precio muy bajo a cambio de aquella tranquilidad en las termas.

Dado que estaba solo y no había ningún esclavo de Escila presente, Marco se permitió una licencia que en otras circunstancias jamás se habría atrevido a cometer. Cogió carrerilla y saltó a la piscina salpicando las paredes y los suelos, algo que estaba totalmente prohibido en aquel establecimiento y que, de haberse enterado Fulvia, bien le podría haber costado una expulsión de por vida. Sacó la cabeza del agua y sonrió, feliz.

Nadó un rato para terminar de desentumecer los músculos y, una vez más, se dejó flotar con la cabeza apoyada en el borde de la piscina. Marco se dijo a sí mismo que si alguna vez lograba tener una gran casa lo primero que haría sería instalar una piscina privada de agua fría en la que poder nadar y relajarse cada día.

—Ni a Céfiro voy a dejarle que se bañe. Solo para mí —murmuró, dejándose llevar por el ensoñamiento.

—Vaya, sí que está mojado el suelo —comentó una voz tras él.

Marco se giró con rapidez. Se había confiado demasiado. Que el tipo al que había conseguido amedrentar con un buen tirón de testículos regresara con más hombres no era del todo descabellado. Lo más probable era que la enorme Escila les impidiera el paso, pero si los sicarios de Pomponio le ofrecían una buena cantidad de dinero tal vez la enorme mujer se plegara a sus peticiones.

Frente a él, cubierto con un lienzo que le tapaba la entrepierna desde la cintura hasta las rodillas, había un hombre de aspecto inofensivo. Debía rondar los cincuenta años, y todo en su físico emanaba inocencia e incluso bondad. Tenía una barriga prominente, dura y tersa, propia de alguien que ha hecho de la buena mesa uno de sus principales vicios. Su rostro, de carnes flácidas y sonrosadas, se curvaba en una sonrisa sincera que iba acompañada por una mirada limpia de ojos verdes muy oscuros. Marco

pensó que era el tipo de hombre al que uno le confiaría su dinero sin temor a ser estafado.

—Buenos días. Disculpe que quiebre su tranquilidad.

El hombre se sentó en el borde de la piscina, introduciendo en el agua las dos piernas hasta las rodillas y sin quitarse el lienzo que le cubría los genitales.

—No se preocupe. Yo ya me marchaba.

—Tal vez me meta donde no me llaman, pero yo esperaría un poco. La señora que cobra las entradas estaba teniendo una trifulca con un grupo de hombres de aspecto poco amigable que querían entrar. Y no creo que quisieran darse un baño, no sé si me entiende. —Marco asintió. Los hombres de Pomponio habían regresado finalmente—. Creo que aquí podemos estar tranquilos. Esa mujer parecía inamovible. Un hombre de pelo blanco estaba amenazándola con todo tipo de consecuencias si no les dejaba pasar. ¿Y sabes qué es lo que hacía ella? Reír y reír en su cara. Qué mujer esta Fulvia. Qué mujer.

—Sin duda —admitió Marco, con pocas ganas de conversación—. Creo que pasaré a la sala de vapor, entonces. Hasta que se aclaren las cosas ahí fuera.

—Buena idea —dijo el hombre, entendiendo las palabras de Marco como un ofrecimiento a acompañarle—. Siempre hay que empezar el circuito por la sala de vapor. Es lo que siempre digo. Te purifica por dentro y te permite nadar sin fatigarte durante más tiempo. No creo en las mentiras de esos médicos griegos, los dioses me libren, pero que hay que atender al bienestar del cuerpo es una realidad que nadie puede negar. Descanso, higiene, mantener la mente ocupada y comida frugal. Esas son las claves para tener una vida larga. Mi padre, que la tierra le sea leve, decía siempre que…

Marco trató de disimular su fastidio. Tuvo que reprimir las ganas de retorcer los testículos también a aquel personaje que, pese a su aspecto inofensivo, comenzaba a resultar tan molesto. Retorcer los huevos a todo aquel que le molestara, como lema, como forma de vida. Marco sonrió. No sonaba tan mal.

Mientras se dirigían a la sala de vapor, el hombre no paró de parlotear, hilvanando unos temas con otros. En apenas unos pasos de camino habló de alimentación, de estreñimiento, del estado de las letrinas en Roma, de la Cloaca Máxima, de los viejos reyes romanos… y de algún modo acabó disertando acerca de si la leyenda de Rómulo, Remo y la loba no ocultaba en realidad una alegoría sobre una prostituta y sus hijos bastardos. Terminó todo ello con una risotada.

—Que Júpiter me perdone, pero, si fuera así, resultaría que todos los romanos son unos verdaderos hijos de puta en el estricto sentido de la palabra.

Entraron a la sala de vapor. La estancia, cosa extraña, funcionaba a pleno rendimiento. Era apenas un cubículo de forma cuadrada con unas pequeñas gradas de piedra en tres de las cuatro paredes, sobre las cuales los visitantes podían sentarse o tumbarse, dependiendo de la cantidad de personas en su interior. Marco, completamente desnudo, ocupó un lugar en una de las esquinas, confiando en que su acompañante hiciera lo mismo y se situara en el otro extremo. En vez de eso, el hombre tomó asiento muy cerca de Marco, de forma que bastaba con alargar un poco la mano para que ambos pudieran tocarse.

Estás pidiendo a gritos un tirón de huevos, amigo, pensó Marco. Inhaló hondo para que sus pulmones se llenaran del aire cargado de vapor y exhaló lentamente. Aguantaría un rato en aquella sala y se marcharía de las termas. Prefería enfrentarse a los hombres de Pomponio en la calle que aguantar a un parlanchín empalagoso como aquel.

—No me he presentado, qué despiste el mío. Me llamo Cneo Popilio. Comerciante de aceite, padre de familia y poeta en algunas ocasiones. Por mi acento habrás notado que no soy de Roma, y así es. Mis antepasados abandonaron esta cloaca y se establecieron como colonos en Nápoles. ¿Conoces la Campania? Ah, es el paraíso aquello. Esa luz, esa brisa, esa tierra en la que clavas una cuchara de madera y echa raíces de tan fértil como es… Vivo en Roma por motivos de trabajo. Pero es en el sur donde está mi corazón. ¿Has estado alguna vez en el sur, amigo?

—He estado en el sur —dijo Marco, seco, cortante, intentando que su interlocutor viera que no buscaba conversación.

—¿Y no te has enamorado de esa tierra? Francamente, no entiendo cómo los senadores y otros ricachones prefieren vivir aquí en lugar de pasar todo el año en sus fincas de la costa… Esta ciudad me mata…

—¿Y qué hace un rico comerciante en unas termas como estas? Hay otros establecimientos más adecuados para gente de tu clase…

El hombre prorrumpió en carcajadas.

—No he dicho que yo sea rico, ni mucho menos. Comercio con aceite, pero ni tengo fincas en el sur ni una gran casa en Roma… Y francamente prefiero invertir mi dinero en otros asuntos en lugar de gastarlo en esas termas ostentosas para supuestos ricos. Fulvia mantiene esto limpio, seguro de robos y tranquilo. No necesito más, amigo… Disculpa, he olvidado tu nombre.

—Será porque no te lo he dicho —dijo Marco—. Disfruta de tu baño.

Lemurio se levantó, cansado de la cháchara del tal Cneo Popilio. Si le daba la ocasión le contaría su vida, la de sus padres, la de sus abuelos y la de media población de Nápoles. Y Marco no se sentía con humor para escuchar la genealogía de una familia de colonos romanos de la Campania. Sin dar oportunidad a su interlocutor de decir nada, salió de la sala de vapor y se dirigió a los vestuarios.

OceanofPDF.com

IV
Filtros amorosos

—Muchos días sin venir. ¿Has estado enfermo?

—Peor. He estado fuera de Roma Tito, el portero de la taberna, respondió con un gruñido y siguió dormitando, sentado en una silla con el respaldo apoyado en la pared, junto a la puerta de la taberna. Su enorme estaca de madera descansaba junto a él, al alcance de la mano. Un eterno recordatorio de lo que le esperaba a cualquiera que quisiera buscar problemas en la taberna de Quelidón.

Marco tomó asiento en su mesa habitual, al fondo, cerca de la puerta que daba al almacén de leña y de allí al callejón. Se acercaba la hora del mediodía, pero la taberna no estaba muy llena. Algunos hombres comiendo en las mesas y un par de borrachos que formaban parte del paisaje habitual de aquel local que no cerraba nunca sus puertas. El lugar estaba razonablemente limpio, no hacía demasiado calor y rara vez se organizaban peleas y trifulcas. En comparación con otras tabernas de Roma por las que Marco había deambulado durante años, la de Quelidón era un remanso de paz y tranquilidad.

Pidió vino y algo de comer. Una esclava le sirvió con celeridad, sin intentar entablar conversación ni de llevarse a Marco a la cama. El vino era de calidad, sin aguar, y el estofado de verduras que le sirvieron era consistente y calmaba el estómago hambriento. Marco se reclinó satisfecho sobre la silla. Tras la visita a las termas, se había puesto en manos de un barbero, que por una moneda de bronce le había librado de la molesta barba de varias semanas, dejándole un rostro terso y suave. Estaba limpio, tenía la barriga llena y una jarra de vino delante de sus narices. Más de lo que

muchos romanos podían aspirar a disfrutar. Había llegado el momento de tomar decisiones.

Calculó mentalmente el dinero que le quedaba. Varrón le había pagado con generosidad por su trabajo en el Samnio, a pesar de que no había obtenido los resultados esperados. A la cifra se sumaban las monedas que no había gastado durante el viaje. El total era una suma nada desdeñable que le permitiría vivir de forma holgada durante al menos un mes. Sus gastos fijos incluían llenar la despensa y pagar el alquiler de su casa y del estudio de Neóbula, y ambas cosas estaban cubiertas con aquel dinero. Marco no recordaba otro momento de su vida en el que hubiera disfrutado de una tranquilidad financiera semejante.

Antes de que Varrón le encargara el siguiente trabajo, y quisieran los dioses que fuera en la propia Roma, podía centrarse en sus propios asuntos.

En su búsqueda del asesino de Neóbula estaba en punto muerto. Hasta que Varrón le consiguiera la cita con el tal Cicerón, no había mucho que pudiera hacer él. Tal vez visitar a la anciana Cardixa en el *collegium* del Tritón, en el Aventino, y tratar de sacar algo de información acerca de su madre. No había vuelto a verla desde la noche en la que se había enfrentado a Marcia. La anciana númida había sido muy escueta en sus palabras, tanto acerca de su madre como acerca del colgante en forma de lágrima que colgaba en el pecho de Marco. Pero era evidente que sabía más de lo que decía.

Por otro lado, el asunto de los misteriosos encapuchados del que Céfiro le había hablado tenía todos los ingredientes para resultar un caso interesante. Era posible que se tratara solo de mercaderes de esclavos tratando de enriquecerse con los niños de la Subura. Aunque tenía la impresión de que aquella historia escondía algo más. Tendría que hacer algunas averiguaciones, y sabía el lugar exacto por el que empezar a buscar.

Iba a pedir una segunda jarra de vino cuando divisó en la puerta de la taberna un rostro conocido. Un rostro al que trataba de evitar por todos los medios desde hacía semanas. Lucio Apuleyo Saturnino. El hombre que le había ayudado a desentrañar la maraña de pistas que enredaban el caso del asesinato en el Aventino y que le había conducido hasta Marcia, la esposa de Tito Pomponio que había resultado ser una hechicera. Saturnino le había

permitido abrirse paso en el escabroso mundo de las alianzas entre familias de la nobleza y los caballeros, y sin su colaboración jamás habría conseguido avanzar en la investigación.

Pero en Roma todo tenía un precio, y en aquellos momentos Marco le debía un favor a Saturnino.

Trató de escabullirse antes de que le viera. Se agachó todo lo que pudo, dispuesto a arrastrarse hasta la puerta trasera si era necesario, pero no fue lo bastante rápido. Saturnino preguntó algo a una de las esclavas, y esta señaló la mesa en la que Marco estaba agazapado antes de que él pudiera dejarse caer al suelo. Su mirada se cruzó con la de Saturnino. Ya no tenía escapatoria. Para tratar de disimular su extraña postura, fingió que recogía algo del suelo y se lo guardaba en la bolsa.

—¿Buscas algo? —preguntó Saturnino antes de tomar asiento junto a Marco.

—Una moneda que se ha ido rodando. Ya la he recuperado —respondió él, disimulando su fastidio.

—Tenemos una conversación pendiente. Pero me da la impresión de que has estado evitándome…

—¿Por qué piensas eso? He estado de viaje en el Samnio. Asuntos personales. Negocios.

—Supongo que se te ha acabado la mierda de rana samnita para tus hechizos y has ido a recogerla en su lugar de origen. Pero ya has regresado, hablemos. ¿Has pensado en mi propuesta, Marco Lemurio?

Marco resopló, sin poder ocultar lo mucho que le molestaba sacar aquel tema. Saturnino le había abordado unas semanas antes, pocos días después de que el asunto de Tito Pomponio y su esposa hubiera concluido. Había cogido desprevenido a Marco, que tras la muerte de Marcia se había entregado a la bebida con más tesón incluso del acostumbrado. Una noche, estando él bastante bebido, Saturnino le había hablado de devolverle el favor que le había hecho abriéndole las puertas de la casa de un joven caballero que aspiraba al cargo de cuestor. El propio Saturnino desconocía hasta qué punto aquella entrevista había sido clave para relacionar a Tito Pomponio con el hombre asesinado en el Aventino, pero aun así era muy consciente de que Marco había aprovechado su amistad para alcanzar su

objetivo, y quería algo a cambio. Algo que le había expuesto sin muchos rodeos.

Lucio Apuleyo Saturnino, que se hacía llamar así por estar convencido de ser el hijo nunca reconocido del célebre tribuno de la plebe asesinado por los senadores hacía ya más de tres décadas, vivía obsesionado con ascender socialmente. A pesar de sus andares majestuosos y sus ropas caras y cuidadas, Saturnino formaba parte de la plebe urbana que malvivía en las calles de la ciudad y no eran pocos los días en los que a duras penas conseguía comer y dormir bajo techo. No tenía patrimonio alguno, y debía ganarse la vida ofreciendo sus servicios como *nomenclator* para algunos nobles o caballeros que quisieran organizar una campaña electoral con pocos medios económicos. Un trabajo que le permitía vivir de forma modesta y llegar a tener relaciones con las capas más bajas de la nobleza senatorial, pero que en ningún caso le proporcionaría la posibilidad de dar el salto para ser él mismo un miembro de la *nobilitas*. Convertirse en parte de la nobleza senatorial pasaba por desempeñar alguna magistratura, como mínimo la de cuestor, y para ello se requería de un considerable patrimonio, del que había que realizar un fuerte desembolso para poder organizar una campaña electoral que concluyera con una victoria en las urnas. Todo ello muy por encima de las posibilidades económicas de Saturnino. Él se mortificaba con aquella realidad, sufría viendo a hombres poco capaces pero bien relacionados y con bolsas muy llenas obtener el derecho a entrar en la curia y vestir las ropas propias de los senadores. Estaba atrapado en la pobreza en la que había nacido, y no había nada que pudiera hacer para solucionarlo.

Con una excepción. Saturnino no podía esperar heredar nada de una familia que era más pobre incluso que él mismo, de modo que la única vía que le quedaba para el ascenso social era el matrimonio. Conseguir casarse con una mujer acaudalada que pusiera su riqueza al servicio de la carrera política de su esposo. Aquella era una maniobra muy habitual entre la nobleza: un hombre ambicioso de una familia no muy rica buscaba una mujer con una dote generosa y empleaba el dinero de la esposa para lanzar su propia carrera. La mujer sabía que, si su marido tenía éxito, su propia

condición social y la de sus hijos también mejoraría, por lo que, de salir bien, podía ser una jugada ganadora para ambos.

El problema que tenía Saturnino era que ningún *paterfamilias* acaudalado habría aceptado casar a una de sus hijas con un hombre de su categoría social. Saturnino no podía aportar al matrimonio más que una oscura reivindicación de paternidad en la que nadie creía y una enorme ambición. Poca cosa para un padre rico que quisiera un futuro seguro y honorable para su hija. Saturnino era consciente de esto, de modo que en su caza de un buen matrimonio se había centrado en un grupo de mujeres que ya no dependieran de sus padres para escoger marido: las viudas. Una viuda rica con ganas de dejarse seducir por un hombre que, aunque ya no era un muchacho, seguía resultando atractivo, era el único camino que Saturnino veía viable para ascender socialmente.

Tras muchos meses de búsqueda, Saturnino había encontrado a su viuda. Atia la Mayor. Una mujer de casi cuarenta años, sin hijos, que había estado casada con un comerciante de aceite fallecido una década atrás. Tenía una *domus* en la zona más humilde del Palatino, un barrio en el que vivían muchos caballeros y algunos senadores de familias poco conocidas. Atia la Mayor era célebre por las fiestas que organizaba, por su generosidad y por su gusto exacerbado por la poesía amorosa griega. Una mujer madura a la que los años habían dejado una impronta en forma de cintura algo ancha y pómulos algo caídos, pero que continuaba cuidándose y vistiéndose a la última moda, a sabiendas de que su cuerpo seguía resultando atractivo para muchos hombres.

Saturnino estaba convencido de que seducir a Atia resultaría una tarea imposible para alguien como él. De no haber sido por alguna casualidad afortunada, ni siquiera habría tenido acceso a las fiestas que ella frecuentaba. Atia alguna vez le había dedicado una mirada en la que Saturnino había creído encontrar algo de interés, pero no el suficiente como para infundirle el coraje necesario para tratar de seducir a una mujer que, hasta donde él sabía, era codiciada por muchos cazafortunas como él mismo. Desesperado y pesimista como era, Saturnino había acabado por asumir que Atia estaba fuera de su alcance.

Pero Marco Lemurio había entrado en escena. Marco Lemurio con su fama de hechicero, del que se decía que era capaz de invocar demonios, controlar a las bestias y hablar con todo tipo de monstruos. Saturnino conocía a Lemurio desde hacía años, habían sido ocasionales compañeros de borrachera, y pensaba de él que era un personaje curioso a medio camino entre un curandero y un estafador. Nunca antes había pensado en contratar sus servicios, pero estando sumido en plena desesperación por seducir a Atia el propio Marco le había pedido un favor. Y los dioses habían encendido una lucerna en la cabeza de Saturnino. Si había algo de cierto en lo que contaban acerca de Marco Lemurio, tal vez él podría ayudarle a conseguir su objetivo. Si los medios habituales no eran suficientes, ¿por qué no pedir una pequeña ayuda de una magia en la que él mismo no creía mucho pero a la que estaba dispuesto a dar una oportunidad?

—Lucio, ya te lo dije, no puedo ayudarte. No me dedico a ese tipo de cosas —dijo Marco.

En la primera conversación que habían tenido sobre el tema, Marco había sido tajante. No le proporcionaría a Saturnino una pócima y mucho menos ejecutaría un hechizo que le ayudara a seducir a aquella viuda del Palatino. Saturnino había insistido tanto que finalmente Marco, bastante borracho, había acabado diciéndole que se lo pensaría. Y fue a partir de ese momento cuando comenzó a evitar encontrarse con él.

—No me tomes por estúpido, por los dioses, Marco Lemurio. He hablado con tres personas a las que les has vendido algún tipo de filtro amoroso en los últimos años. ¿Por qué no quieres hacer uno para mí?

—¿Te han contado los resultados de esos filtros amorosos? —preguntó Marco. Recordaba vagamente a las personas a las que había vendido aquellas pociones, que no eran más que una infusión de hierbas inofensivas aderezadas con algunas especias para darles un color más llamativo y un olor convincente. Una de las muchas estafas que le habían permitido pagar el alquiler y llenar la despensa desde que la muerte de Neóbula le había dejado solo en el mundo.

—Por supuesto. Uno de ellos no funcionó. El tipo en cuestión me ofreció una moneda de plata si le llevaba tus cojones en una bandeja. Estaba

bastante cabreado y mencionó a todos tus ancestros de forma no muy respetuosa.

—Ahí tienes tu respuesta. Esos filtros no funcionan. A ti no quiero engañarte.

—Muy considerado por tu parte. Pero resulta que también hablé con los otros dos hombres a los que vendiste uno de esos filtros. ¡Y me hablaron maravillas de ti! Uno de ellos está felizmente casado con la mujer a la que tu magia ayudó a enamorar. Y el otro consiguió follarse al muchacho con el que llevaba meses soñando. ¡Tus filtros funcionaron, Lemurio!

Marco dejó caer la cabeza sobre la mesa. En el único momento en el que le habría gustado que sus estafas hubieran salido mal, los dioses le daban la vuelta a todo y le hacían tener éxito.

—¿Por qué no quieres compartir conmigo tus conocimientos? No te pido más que un frasco de ese filtro que le diste a esos hombres. Y nuestra deuda quedará saldada. Es más, si todo sale bien seré yo quien estaré en deuda contigo. Imagina las posibilidades. Podré ser cuestor, o tribuno de la plebe. ¡Y estaré en deuda contigo! Todo a cambio de una miserable poción que seguro que puedes preparar en menos de una hora.

—¿Crees que yo seguiría soltero si supiera preparar esos filtros? ¿O que pagaría por tener sexo con esclavas?

Saturnino rechazó aquellos argumentos con un gesto. Estaba convencido de que Marco tenía la solución a sus problemas, y estaba dispuesto a todo con tal de conseguir su objetivo.

—Hay algunas esclavas de esta taberna que follarían contigo gratis si fueran dueñas de sus cuerpos y pudieran elegir. Algo que nunca he entendido, pero a muchas de ellas les gustas. Y seguro que tiene algo que ver con esos filtros de amor que preparas.

—¿Y no puede tener algo que ver que yo sea atractivo, suela ir aseado y en la cama no me comporte como un jabalí en celo como hacen la mayoría de sus clientes?

—No, no lo creo —respondió Saturnino—. ¿Qué me dices? Si lo consigo, las puertas de mi nueva *domus* estarán siempre abiertas para ti.

Marco volvió a dejar caer la cabeza sobre la mesa. Reflexionó unos instantes con los ojos cerrados. Él sabía a ciencia cierta que los filtros de

amor que había vendido no tenían más efecto en quienes los tomaban que provocar una pequeña diarrea que duraba unos días. Pero no cabía duda de que contar con aquella pócima ayudaba a los enamorados a sentir seguridad en ellos mismos para actuar con más determinación en el juego de la seducción. Marco lo había experimentado muchas veces con sus clientes. Vendía amuletos sin más poderes mágicos que el vaso de vino que sostenía en aquellos momentos en sus manos y que pese a ello hacían que sus portadores se convirtieran en elocuentes oradores, sigilosos ladrones o hábiles bailarines. Eran habilidades que ya estaban dentro de las personas, pero que aquellos objetos o pócimas ayudaban a potenciar. Marco, en las escasas ocasiones en las que sentía remordimientos de conciencia por las muchas estafas que había cometido, se decía a sí mismo que, en el fondo, estaba ayudando a aquellos desdichados a ser mejores y alcanzar sus objetivos. ¿Por qué no hacer lo mismo con Saturnino? Si no funcionaba, su amigo no podría decirle que no se lo había advertido. Además, no iba a cobrarle nada por el filtro amoroso, por lo que tampoco podría reclamarle una suma de dinero. Si, por el contrario, Saturnino lograba seducir a su viuda, pensaría que el filtro había tenido éxito y estaría en deuda con Marco, algo que siempre resultaba beneficioso.

—Está bien. Te prepararé ese filtro amoroso que me pides. Dentro de dos días la luna estará en su fase adecuada, y tendré que hacer la mezcla de los ingredientes precisamente en ese momento. La mezcla tiene que reposar en condiciones especiales un día más después de la cocción. Nos vemos aquí dentro de cuatro días. Y tendrás tu maldito filtro.

Saturnino dio una palmada en la mesa, con una sonrisa en los labios.

—Por Júpiter que no te arrepentirás. Estoy convencido de que va a funcionar y antes de que acabe el año estaré casado con mi Atia. Mientras tanto voy a disfrutar de mi soltería. Nos vemos en cuatro días, Marco Lemurio.

Saturnino hizo una seña a una de las esclavas que deambulaban entre las mesas. La chica no necesitó escuchar nada. Agarró a Lucio Saturnino por la cintura y le condujo escaleras arriba, a las habitaciones donde las chicas y chicos de la taberna ofrecían sus servicios sexuales.

—Sí, se te ve muy enamorado de esa Atia —murmuró Marco, y vació de un trago el vaso de vino.

OceanofPDF.com

V
El precio del pan

La tarde estaba ya muy avanzada cuando Marco abandonó la taberna. Entre la conversación con Saturnino y los dos platos de estofado que se había comido, el vino apenas había hecho efecto en su cabeza. Se sentía descansado, con el estómago lleno y con fuerzas para abordar el primero de los asuntos que tenía entre manos. Pensó que en algún momento tendría que informar a Varrón de que los hombres de Tito Pomponio estaban tras su pista y habían llegado a amenazarle en las termas. Por el momento habían sido solo amenazas por parte de un hombre de apariencia inofensiva, pero Marco no se aventuraba a decir si aquellas bravatas pasarían a un nivel mayor o se quedarían en eso. También podía pasarse por la sede del *collegium* del Tritón en el Aventino para contarles que los hombres de Pomponio volvían a moverse por las calles de Roma. Dado que la versión oficial de la muerte del miembro del *collegium* había culpado a Pomponio y los suyos de todo lo ocurrido, aquel grupo de hombres tardarían poco en movilizar sus efectivos y los de otros *collegia* para terminar de vengar a su compañero muerto. Marco decidió pasarse por el Aventino al día siguiente para charlar con Flavio, el magistrado del *collegium*.

Aquella tarde la dedicaría a otro asunto.

El sol se alzaba implacable sobre los tejados de Roma, arrojando sus rayos con inclemencia y haciendo que la temperatura de la ciudad se asemejara a los hornos de la fragua de Vulcano. Todo el que podía evitar salir al exterior se refugiaba en sus casas o en rincones oscuros y frescos hasta que la furia del maldito Apolo diera una tregua a la Urbe y el dios se llevara su carro de fuego al antro en el que descansaba durante la noche.

Los pocos transeúntes que se atrevían a moverse por las calles a aquellas horas lo hacían buscando la sombra de los pórticos y columnatas. Muchos de ellos eran esclavos, obligados a hacer recados y tareas encargadas por sus amos, indiferentes a las altas temperaturas.

Marco pensó en su propio apartamento. A aquellas horas regresar a casa sería como meter la cabeza en un horno. Al estar en la última planta de la *insula*, su apartamento recibía de forma directa los rayos del sol, y la temperatura en el interior se convertía en algo insoportable durante las horas de más calor. No tenía sentido regresar antes de la caída de la noche. Tenía tiempo para hacer algunas visitas y avanzar en sus investigaciones.

La mayoría de las calles de la Subura eran muy estrechas, por lo que se podía pasear por ellas sin problema ya que la elevada altura de algunas *insulae* impedía la llegada al suelo de los rayos del sol, creando agradables espacios a la sombra. Lo que resultaba un peligro mortal en caso de incendio, pues el fuego se propagaba con facilidad de edificio en edificio, era una bendición en aquellos días de verano. Marco caminó con paso apresurado. El lugar al que se dirigía estaba muy cerca de su propia casa, y no muy lejos de la taberna de Quelidón.

Se cruzó con un par de vecinos, un hombre y una mujer, que ignoraron sus saludos. Marco creyó recordar que aquella mujer había requerido sus servicios en una ocasión porque estaba convencida de que su marido era víctima de un mal de ojo lanzado por un compañero de profesión que envidiaba su éxito. Marco les ayudó, o fingió ayudarles, cobró por su trabajo, y en el momento en el que dejaron de necesitar sus servicios, la mujer volvió a retirarle la palabra. Marco era un personaje del que todo el mundo en la Subura hablaba, en el que muy pocos confiaban y a cuyos servicios muchos recurrían de forma discreta. No se ofendió. Estaba más que acostumbrado a aquellos desprecios.

Llegó a su destino. Un establecimiento humilde, con una fachada llena de desconchones que hacía tiempo que necesitaba una mano de pintura. En el muro se abría un mostrador de piedra que daba directamente a la calle, de forma que el propietario podía despachar a sus clientes sin necesidad de que estos accedieran al interior. En la pared, junto al mostrador, podían leerse un gran número de inscripciones, como era habitual en la mayor parte de los

muros de los barrios humildes. Alabanzas e insultos a Pompeyo, chistes eróticos, peticiones de voto para diversos candidatos, caricaturas, recomendaciones de prostíbulos cercanos… Los romanos habían ido dejando en aquella pared un registro de sus opiniones y sus pasiones a lo largo de los años, y el propietario del establecimiento no se había molestado en eliminar las pintadas, a sabiendas, tal vez, de que a las pocas semanas el muro presentaría el mismo aspecto. Una de las inscripciones destacaba sobre el resto, por el tamaño de las letras y su color rojo sangriento. Marco leyó varias veces la frase, escrita en el latín vulgar de las calles de la Subura: «Están matando a nuestros niños».

Una oración sencilla y contundente. Marco no supo si interpretarla como un grito de socorro de un padre desesperado, como una advertencia a las madres del barrio o como una simple nota informativa para quien paseara por aquella calle. Pensó que la frase podía haber sido escrita con una mezcla de las tres intenciones. Era una oración muy semejante a la que Céfiro había pronunciado la noche anterior. Alguien estaba matando a los niños de la Subura.

El establecimiento al que había llegado Marco era una de las muchas panaderías que había en el barrio. El pan era la base de la alimentación de los romanos pobres. Un alimento que no faltaba en ninguna despensa y que se incluía en desayunos, comidas y cenas. Por su bajo precio, por sus valores nutritivos, por su versatilidad, los romanos pobres amaban el pan, y lo consumían de muy diversas maneras. Algunos compraban el pan directamente en las panaderías, mientras otros llevaban la harina ya molida para que, a cambio de un cierto precio, el panadero se lo preparara y horneara. En algunas ocasiones, los políticos hacían repartos de trigo gratuitos o a muy bajo precio entre la plebe. Todos sabían que era una forma de ganarse su favor y asegurarse sus votos. Los interesados, que eran prácticamente todos los romanos de clase baja, recogían el trigo, en grano o ya convertido en harina, y después lo hacían elaborar por parte de los profesionales. Pocos eran los que tenían un horno de pan en sus propias casas. De este modo, las panaderías eran centros esenciales en cada barrio, casi en cada calle, tanto como lo podían ser las sedes de los *collegia* o los templos y capillas dedicados a los dioses.

Aquel establecimiento era la panadería regentada por el padre del niño que había desaparecido hacía ya unos cuantos días. Marco había pensado que aquel era el mejor lugar por el que comenzar la investigación. Tendría que ser discreto para no levantar sospechas, pero confiaba en que el padre o alguna de las hermanas del niño pudiera responder algunas preguntas y ofrecerle algunas pistas para dar con los misteriosos encapuchados. Tenía en mente otro lugar al que ir a investigar, pero para ir a aquel segundo sitio tendría que esperar hasta la caída de la noche.

Marco no conocía al panadero más que de vista. Él nunca se ponía a la cola de los repartos de trigo cada vez que algún magistrado o un político ambicioso decidía ganarse los votos de los humildes en las calles de la Subura, de modo que nunca necesitaba que le hornearan o le prepararan su propio pan. El encargado de hacer las compras y llenar la despensa era Céfiro, y Marco desconocía si el esclavo compraba el pan en aquel lugar o en otro.

Dado que el sol caía a plomo sobre la fachada y el mostrador de la panadería, a aquellas horas todos los clientes eran atendidos y despachados en el interior de la tienda. Marco entró, y sintió de repente el golpe de calor procedente de los hornos de la parte trasera, encendidos y funcionando a pleno rendimiento. Estuvo tentado de marcharse de aquel infierno ardiente, pero logró controlar el impulso. Dos muchachas atendían a un hombre que estaba guardando varias enormes hogazas en una bolsa de lona. El hombre, un esclavo por lo que se podía deducir de sus ropajes, estaba tan acalorado como el propio Marco. Sudaba copiosamente y miraba hacia la salida con desesperación, deseando terminar aquel trámite para poder abandonar aquel infierno. Las chicas, en cambio, no parecían estar afectadas por el calor. Ni una sola gota de sudor perlaba su frente o sus mejillas. Las muchachas ayudaron al esclavo a meter todas las hogazas en la bolsa y le indicaron el precio. El hombre, que por un instante pareció olvidar el calor, abrió los ojos sorprendido e indignado.

—¿Ese precio por ocho hogazas de pan? ¿Las ha horneado la propia Ceres? ¡Hace una semana me cobrasteis la mitad!

—El precio de la harina ha subido. No llega trigo a Roma, y sin trigo no hay harina —dijo la que parecía la mayor de las dos—. Pregunta por ahí el

precio de un saco de harina si no nos crees.

—Mi amo me va a crucificar… Me he gastado en el pan la mitad del presupuesto que me había dado para organizar toda la cena. ¿Qué van a comer sus invitados? ¿Pan con aceite? Más os vale que no me estéis estafando o…

—Si tu amo tiene algún problema que venga a verme en persona —bramó una voz desde el interior del local. Al instante, de una puerta trasera que daba a los hornos y los almacenes, apareció un hombre fornido, con una barba negra y espesa y unos brazos extraordinariamente peludos. Iba cubierto de harina desde la cabeza a la barriga, y sus manos lucían, en contraste con sus negros y velludos brazos, completamente blancas—. Que pregunte por Aulo el panadero. Yo mismo le puedo dar el precio al que he comprado la harina esta mañana en el Foro Boario. Y de paso podemos hablar del precio de la sal y de otros productos. Y si sigue teniendo algún problema con el precio de mi pan, le invitaré a que busque en otras panaderías de la Subura. Si encuentra una más barata que venga de nuevo y me cuente cuál es. A lo mejor a tu amo, un hombre libre, le consiento que cuestione mi honestidad delante de mis hijas. Pero dile también de mi parte que, si uno de sus esclavos vuelve a insultar a esta casa en mi presencia, le corto la cabeza y la meto al horno para hacer con ella un pastel de Saturnalia. ¿Te ha quedado claro, esclavo?

El cliente pareció palidecer ante las palabras y la imponente presencia del panadero.

—Mis disculpas, *domine*, no pretendía ofenderte ni a ti ni a tus hijas. Pero estarás de acuerdo conmigo en que el precio del pan se ha disparado en las últimas semanas…

—Trigo caro, harina cara. Harina cara, pan caro. No hace falta ser uno de esos comepollas griegos para entender la relación. Ahora paga o deja el pan, y márchate. Ya tenemos bastantes problemas en esta casa como para ponernos a discutir con esclavos descontentos.

El panadero se cruzó de brazos, indicando que no tenía nada más que añadir. El esclavo dudó unos instantes y finalmente se llevó la mano a la bolsa y depositó unas monedas en el mostrador mientras murmuraba una maldición a los dioses. Sin duda tendría que dar muchas explicaciones al

atriense o a su propio amo cuando regresara a casa con muchas menos provisiones de las que se le habían encargado.

Mientras contemplaba aquella escena en silencio, Marco recordó las palabras del hombre que le había amenazado en las termas. Antes de revelarse como un hombre de Pomponio, había dicho algo acerca de una subida del precio del pan por culpa de algunos nobles que estaban acaparando el trigo en sus almacenes para enfadar a la población. Era evidente que la subida de los precios no era solo un rumor. ¿Estaría también en lo cierto respecto a los nobles que estaban escondiendo el trigo para forzar esta subida de precios?

El esclavo recogió la bolsa, se la cargó al hombro y salió del establecimiento, sin dejar de murmurar. Marco se quedó solo con el panadero y sus hijas.

—¿Cuánto cuesta hoy una hogaza de pan? —preguntó Marco a una de las chicas, haciendo uso de su mejor sonrisa de ciudadano respetable.

Las dos chicas miraron a su padre, con rostro alarmado. Una de ellas incluso dio un paso atrás, asustada. Marco borró la sonrisa de inmediato. Aquello sí que no se lo esperaba. Las dos muchachas le miraban como si hubieran visto a un monstruo a plena luz del día. Marco se preguntó si había dicho o hecho algo que pudiera haber motivado aquella reacción.

No pudo ver el gesto que les hizo el panadero, pero entendió que de alguna manera les había indicado que regresaran al almacén. Ellas agacharon la cabeza y salieron de detrás del mostrador para ocultarse en las habitaciones interiores de la tienda. Marco se disponía a darse la vuelta en busca de una explicación, cuando sintió un estallido de dolor en el costado que le hizo doblarse sobre sí mismo. Antes de que pudiera reaccionar, sintió que una enorme mano se cerraba en torno a su cuello y lo lanzaba contra la pared. El impacto le obligó a expulsar de golpe todo el aire de los pulmones. Marco se llevó de forma automática la mano derecha a la pierna para tratar de sacar la daga que ocultaba allí, pero el panadero, tan acostumbrado a las peleas callejeras como el mismo Marco, se la apartó de un golpe. La presa de la mano sobre el cuello se cerró con más fuerza. Marco intentó respirar, pero apenas un hilo de aire logró llegar a sus

pulmones. Si no se libraba de la mano del panadero no tardaría en perder la conciencia.

—Te atreves a venir a mi casa, tú, hechicero, envenenador, hijo de una estirpe de brujas. Tendríamos que haber ido a sacarte de tu casa a rastras y haberte torturado hasta que confesaras dónde están los niños. Solo para después arrancarte los brazos y las piernas y tirarles a los perros tus restos. Si me hubieran escuchado ya no estarías vivo, rata griega.

Marco hizo un esfuerzo por hablar a pesar de estar quedándose sin aliento. No entendía nada de lo que aquel hombre enloquecido le decía. No entendía el motivo de su furia, ni por qué la vertía contra él.

—Soy tan romano como tú, pedazo de mierda.

En un último acto desesperado, Marco lanzó su rodilla hacia delante. Era una maniobra en la que ningún romano criado en las calles habría caído en medio de una pelea, pero el panadero estaba tan enfurecido y convencido de que su rival estaba derrotado que no se cuidó de proteger su entrepierna. El rodillazo surtió el efecto deseado. El panadero se dobló y se llevó las manos a los testículos, soltando a Marco, que en cuanto cayó al suelo se apresuró a tomar aire y alejarse hasta el fondo de la panadería.

Sin embargo, el panadero se recuperó casi al instante, y, tras ponerse de nuevo en pie, se dirigió al mostrador, tras del cual sacó un enorme cuchillo con una hoja de sierra, empleado con seguridad para cortar el pan.

—Voy a cortarte el cuello, hechicero. Y voy a mearme después en la herida. ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde están los niños?

Marco, aún confuso y aturdido por los golpes y la falta de aire, comenzó a entender la situación. Y se sintió profundamente estúpido por no haberlo entendido antes. Estaban desapareciendo niños en la Subura. Los rumores hablaban de extraños encapuchados que atacaban a sus presas por las noches, cuando estaban solas. ¿Quién en la Subura podía estar relacionado con la noche y las sombras? ¿De quién, de todos los vecinos de la Subura, se podía sospechar que estuviera secuestrando niños para oscuros fines? Del hechicero, del mago, del fabricante de pociones con el que pocos habían mantenido una conversación y del que se contaban todo tipo de historias, a cada cual más siniestra. Los vecinos del barrio no habían tardado en atar cabos y habían decidido que, si había alguien en la Subura que podía estar

relacionado de alguna manera con la desaparición de los niños, ese era Marco Lemurio.

Pensó en la suerte corrida por su madre. Sacada a golpes de su casa, acusada de brujería y linchada por una turba furiosa. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Cómo podía haberse confiado hasta el punto de no darse cuenta de que, ante cualquier fenómeno extraño, él sería el elegido como chivo expiatorio por unas masas asustadas y sedientas de venganza?

—Escucha, panadero. Yo no sé dónde está tu hijo. Pero tal vez pueda ayudarte.

El hombre no escuchó las palabras de Marco. Se lanzó sobre él dando cuchilladas al aire y gritando enfurecido. Por suerte para Lemurio, el panadero era un hombre fuerte y robusto, pero también lento y torpe. Sus movimientos eran muy predecibles, y Marco pudo apartarse a tiempo antes de que el cuchillo alcanzara su piel.

—Me marcharé y volveré en otro momento —dijo Marco, tratando de aplacar al enfurecido panadero.

—Te marcharás. Pero lo harás a trozos, en un saco, después de que hayas confesado dónde está mi hijo.

Marco sintió que el colgante que llevaba en el pecho comenzaba a calentarse. La extraña fuerza que habitaba en la lágrima de Perséfone bramaba y pedía ser liberada. Estuvo tentado de tomar la piedra en su mano y abandonarse a su poder, dejando que la oscura criatura que usaba el colgante como puerta de entrada al mundo se adueñara de su cuerpo y diera su merecido al hombre que trataba de ensartarlo con un cuchillo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no invocarlo. Cardixa tenía razón. Aquel amuleto tenía algo seductor, algo que hacía que uno se viera empujado a deleitarse con sus poderes y abandonarse a sus fuerzas. No podía dejar que la lágrima de Perséfone le controlara con sus cantos de sirena. Por lo menos no antes de haber averiguado más acerca de los efectos que tenía en él. Tenía que solucionar aquel problema con sus propios medios.

Aulo el panadero volvió a lanzarse contra Marco de forma torpe y pesada. Marco volvió a zafarse de la carga y se libró del cuchillo por poco, aunque subestimó a su rival. Confiado en que el panadero se limitaría a tratar de alcanzarlo, incapaz de desarrollar una estrategia más refinada,

Marco no se percató de que había cogido un puñado de harina de uno de los sacos apilados al fondo del establecimiento. Cuando se lanzó de nuevo contra él, se limitó a hacerse un lado con agilidad, momento que fue aprovechado por el panadero para lanzarle la fina harina a la cara. Marco se llevó las manos al rostro de forma inmediata. Estaba completamente ciego y a merced de su rival. Se frotó los ojos con fuerza, logrando retirar algo de harina, pero incluso así apenas podía abrirlos sin sentir un terrible escozor. El panadero aprovechó la situación para darle una fuerte patada y derribarlo. Marco rodó por el suelo, tratando de buscar un lugar seguro donde recuperarse, pero Aulo se dejó caer sobre él, inmovilizándolo con su peso.

—Despídete de la luz, brujo. Esta noche cenarás con tu amigo Plutón.

Al mismo tiempo que el panadero alzaba el cuchillo, Marco se metió la mano bajo la túnica, en busca de la lágrima de Perséfone. No tenía opción. Si quería sobrevivir, debía recurrir de nuevo a la magia.

Sin embargo, ni él llegó a tocar el colgante ni el panadero descargó el cuchillo sobre su cuerpo. Alguien intervino en la pelea, haciendo que Aulo se desequilibrara, cayera al suelo y dejara libre a su presa. Marco, al sentir que el peso del panadero sobre su pecho desaparecía, se deslizó hasta detrás del mostrador, tanteando el suelo con las dos manos ante la imposibilidad de poder ver por dónde iba.

—Grandísimo estúpido. ¿Es que mis palabras no tienen ningún valor para ti? ¿Acaso todo lo que te dije no entró en tu cabeza de piedra? Eres tan bruto como tu padre, que los dioses guarden su memoria.

Marco apenas escuchó aquellas palabras. El calor sofocante del interior de la panadería, sumado al esfuerzo de la pelea, le había hecho romper a sudar a chorros. La harina que Aulo le había arrojado al rostro se le había pegado a la piel, y por mucho que se restregaba la cara no conseguía retirarla para poder abrir de nuevo los ojos sin sentir un escozor abrasador.

—¡Te dije que no iríamos a buscarlo! ¡Pero él se ha presentado aquí, provocando, lanzando sus miradas de serpiente a tus nietas! ¿Qué pretendes? ¿Que le deje llevarse a una de ellas? ¿Que le regalara además unos pasteles y le dé mis bendiciones? ¿Y qué más? ¿Dejarle que me dé por el culo mientras prepara una de sus pociones en mi espalda?

Marco escuchó el sonido inconfundible de una sonora bofetada propinada con fuerza. Una bofetada como solo una matrona romana era capaz de dar a uno de sus hijos, con independencia de la edad de este.

—¡Ese lenguaje, por Juno! Yo no te eduqué para que me hablaras en ese tono ni para que usaras esas expresiones. ¿Eres acaso un estibador del puerto de Ostia? Muestra más respeto a mis canas o te enseñaré a comportarte como lo hacía cuando eras un niño. Todavía guardo en casa la vara de sauce. ¿Quieres que vaya a por ella?

Marco escuchó unos pasos junto a él y se encogió, tratando de retirarse hasta el fondo del mostrador. Ciego y confundido, estaba a merced de cualquiera que quisiera atacarlo. Una vez más se llevó la mano al colgante del cuello, pero lo encontró completamente frío, como si se tratara de una pequeña piedra ordinaria pendiendo de una vulgar cadena.

En lugar de golpes, sintió el contacto de un paño húmedo en el rostro que con cuidado le iba retirando los restos de harina pegados por el sudor. El agua fría y la sensación de alivio en el escozor de los ojos fueron como un bálsamo que le tranquilizó y relajó sus músculos. ¿Quién era aquella mujer y por qué le había salvado de la ira del panadero?

Mientras se abandonaba a los cuidados de la recién llegada, pensó en lo cerca que había estado una vez más de hacer uso de la lágrima de Perséfone. El enorme panadero no era consciente de que había estado a punto de perder la vida a manos de un demonio que habría desgarrado su carne y se habría bebido su sangre sin dudar ni un instante. Marco no era capaz de decir si la matanza se habría detenido en el panadero o habría continuado con el resto de su familia. Sus hijas permanecían ocultas en el interior del almacén, aguardando a que su padre las avisara de que no había peligro. ¿Habría sido capaz el demonio de seguir su rastro y cebarse con sus cuerpos tras acabar con el panadero? Marco no habría podido asegurarlo. Había tantas cosas que desconocía acerca de aquel misterioso colgante…

—Ya puedes abrir los ojos, Lemurio. Tranquilo, mi Aulo no te hará nada. No, si no quiere que le parta en el lomo la vara de sauce. Por muy grandote que se haya hecho, sigo siendo su madre. Y eso todavía importa algo, hasta en estos tiempos de locos que vivimos.

Marco obedeció. Seguía teniendo los ojos irritados por el contacto con la harina, pero su visión se iba aclarando poco a poco.

Frente a él pudo discernir el rostro arrugado de una mujer con el cabello recogido en un moño muy apretado sobre la cabeza. Le sonreía, mostrando una dentadura a la que le faltaban varias piezas. La mujer lo tomó de la mano y le ayudó a ponerse en pie. Le tendió el paño para que él mismo acabara de limpiarse.

—Perdona a mi hijo. Estamos pasando por una racha muy dura. Los dioses nos han impuesto un castigo muy severo con la desaparición de mi nieto…

Marco comenzó a comprender. Aquella mujer era la madre del panadero. La miró de arriba a abajo, sorprendido de que un cuerpo tan menudo y de aspecto frágil hubiera podido engendrar a un hombre tan grande como Aulo. Terminó de quitarse la harina, tosió y buscó con la mirada al hombre que había estado a punto de matarlo hacía tan solo unos instantes.

El panadero estaba sentado en el suelo, con el rostro oculto entre las manos. En un primer momento, Marco pensó que trataba de recomponerse tras un golpe. Tal vez la madre de aquel hombre había hecho realidad su amenaza de golpearle con la vara de sauce. Marco entendió de inmediato que estaba equivocado. El panadero no se dolía por un golpe. Estaba llorando desconsoladamente.

No pudo evitar un nudo en la garganta. El gigante que había estado a punto de trincharlo con un cuchillo como si fuera un pollo de corral se mostraba ante él en aquellos momentos con su verdadero rostro. Y era un rostro terriblemente humano. El rostro de un padre que había perdido a su hijo y que se había abandonado a la desesperación ante la ausencia de pistas o indicios que le ayudaran a mantener viva una llama de esperanza. Aulo lloraba desconsolado, y su enorme cuerpo se agitaba con los sollozos. Su madre acudió a proporcionarle algo de consuelo. Se sentó junto a él y lo acarició. Hizo que el hombre sacara la cabeza de entre las manos y la apoyara en su regazo, y entonces empezó acunarlo, tal y como había hecho varias décadas atrás, cuando ella era una madre joven y él un bebé de

pecho. Marco se dio la vuelta. Era una escena de una intimidad tal que solo el hecho de estar mirando le hacía sentirse un miserable.

El recuerdo de Neóbula le vino a la mente de golpe. Qué no habría dado él, a sus más de treinta años, para que su madre regresara para consolarlo de aquella manera. No era capaz de recordar el último abrazo que su madre le había dado. Recordaba de forma vaga algunos momentos cotidianos con ella, enseñándole a leer, regañándole, cenando juntos y charlando. ¿Pero escenas de ternura? No había atesorado recuerdo ninguno de ese tipo. No pudo evitar que una lágrima pugnara por caer desde uno de sus irritados ojos. Marco se la enjugó al instante e hizo un esfuerzo por hacer desaparecer el nudo que le cerraba la garganta. No podía permitirse abandonarse al dolor y la nostalgia. No delante de extraños.

—Voy a echar el cierre un rato. Con el precio que tiene el pan y el calor que hace en las calles no creo que vengan demasiados clientes. Así podremos charlar con tranquilidad nosotros tres. —La mujer movió la enorme puerta corredera que servía para cerrar el acceso a la panadería durante las noches. La penumbra invadió el local, pues la única luz que entraba procedía de dos pequeños ventanucos en la parte alta del muro—. Vayamos arriba. Nosotros estamos acostumbrados al calor de estos hornos, pero Marco debe de estar a punto desmayarse. Entre los golpes y el calor… Valiente bruto estás hecho, hijo mío.

La mujer acompañó sus palabras de una caricia al enorme panadero. Él no dijo nada. Mantuvo el rostro muy serio y se limitó a asentir.

—Niñas, vuestro padre ya ha dejado de hacer el tonto. Subid a casa y servidnos algo de beber. Y tú, Marco Lemurio, sígueme. Tenemos cosas que contarte. Cosas que te tendríamos que haber contado hace tiempo, si no fuéramos una panda de asnos ignorantes.

—*Domina*, ¿por qué me has ayudado? —preguntó antes de dar un paso. No entendía por qué aquella mujer había frenado a su propio hijo y le había cubierto de insultos y amenazas solo por defender a alguien del que apenas sabía el nombre.

—Oh, eso tiene fácil explicación. Sube con nosotros y te lo contaré, Lemurio. Por Juno que tengo motivos para no dejar que mi hijo te convierta en relleno de empanada. Ya lo creo que los tengo.

Marco siguió a la anciana y su hijo hasta el almacén de detrás de la panadería, donde la temperatura era incluso más elevada que en la propia tienda. El almacén era una estancia enorme que estaba significativamente vacía. Solo unos pocos sacos de lo que parecía ser harina y otros productos estaban apilados en algunas de las esquinas. De uno de los rincones salía una escalera de madera que comunicaba con el piso superior. Subieron por ella y atravesaron un pasillo oscuro hasta llegar a una sala con divanes de aspecto rústico pero cómodo en torno a una mesa baja. La casa del panadero demostraba que el negocio funcionaba y su familia podía permitirse vivir con cierta holgura en comparación con el resto de los vecinos de la Subura.

—Toma asiento, Marco —dijo la mujer—. Y tú también, Aulo, hijo mío. Y deja de mirarme así. Te he librado de matar a un hombre inocente, deberías darme las gracias en lugar de echarme esas miradas de reproche, por Juno. Tener hijos para esto…

El pandero gruñó y se dejó caer sobre uno de los divanes.

—Mis disculpas, Lemurio. Si de verdad no has tenido nada que ver con la desaparición de esos niños… supongo que me he excedido contigo.

Marco se sentó en otro de los divanes.

—Si a estar a punto de clavarme un cuchillo en los riñones lo podemos llamar excederse, entonces supongo que sí, te has excedido. Pero acepto tus disculpas.

El hombre no respondió.

—Eso es, por los dioses, ahora sí reina la armonía. Esta noche liaré un pequeño sacrificio a los lares de este hogar para agradecerles que no haya ocurrido una desgracia. Menos mal que llegué justo a tiempo… En fin, hablemos, que es para lo que hemos venido.

La mujer, en la más pura línea de comportamiento de las mujeres romanas, acercó una silla a los divanes y se sentó en ella. Una matrona romana respetable, ya fuera de clase alta o de la plebe, jamás se habría tendido en un lecho en presencia de otros hombres.

—Me llamo Caieta, Marco Lemurio. Como no frecuento las tabernas y los prostíbulos en los que vives cuando no estás en tu propia casa, no me conoces. Nos hemos cruzado muchas veces por las calles, pero vas siempre

tan encerrado en tus pensamientos… Casi da miedo decirte hola. Pues bien… ¿dónde están esas niñas con la bebida? Me has preguntado por qué te he ayudado y he impedido que mi hijo te clavara su cuchillo. No tengo muy claro que ese hubiera sido el resultado final de la pelea, pero en fin… Lo he hecho porque le debo mucho a tu familia, Lemurio. Y mi hijo Aulo también, aunque como tiene el entendimiento de un jabalí y menos memoria que una sardina no lo recuerda. Mi hijo, y seguramente yo misma, le debemos nuestras vidas a tu madre. Neóbula, sí. Por Juno que se las debemos. —Marco alzó las cejas sorprendido. Otra persona que conocía a Neóbula y que la recordaba con afecto—. ¿Te sorprendes, Marco Lemurio? Éramos muchos los que queríamos a tu madre. Y más aún los que maldecimos el nombre de los que la asesinaron de aquella forma tan vil. —Caieta hizo como si se escupiera en la palma de la mano—. Que las Furias se lleven las almas de aquellos hijos de mil perras. Sila y los suyos no trajeron más que desgracias a este barrio y sus gentes. Y el asesinato de tu madre fue una de las peores. Muchos respetábamos a Neóbula, aunque nunca lo dijéramos en voz alta. Por miedo. Por ese cochino miedo que nos roe las entrañas y nos hace parecer más comadrejas que hombres. Tu madre siempre estaba dispuesta cuando la necesitábamos. Un enfermo terminal. Una plaga de hormigas. Una pierna rota. Una muela podrida. O una mujer embarazada cuyo parto se complica… Ese fue mi caso. Aulo vino de espaldas, con las piernas por delante. Por más ofrendas y más plegarias que hicimos a Juno Lucina, el niño se empeñó en venir al mundo al revés. Cuando llegó el momento, en medio de aquellos terribles dolores, escuché a las matronas decir que el niño moriría y la madre no tardaría en seguir su camino. Ordené que las echaran de allí y que mandaran llamar a tu madre. Mi marido, que los dioses le perdonen, trató de disuadirme. Pero yo insistí. Quería a Neóbula a mi lado, porque sabía que ella era la única en este maldito agujero al que llamamos Subura con la ciencia y el conocimiento suficientes para sacar mi parto adelante. Finalmente, tu madre llegó a mi habitación. No sé qué hizo, Marco Lemurio. Me dio de beber una infusión que me calmó los nervios y alivió mis dolores. Con sus manos y sus palabras logró sacar al niño sin que yo apenas me desgarrara. Cuando escuché sus llantos, fuertes, sanos, supe que el niño saldría adelante. No

quiso aceptar ni un as de bronce a cambio de sus servicios. Pero mi marido, que era panadero como hoy lo es mi hijo, se aseguró de que el pan no faltara en vuestra casa, durante unos meses al menos. Después… la memoria y el agradecimiento de los hombres son tan frágiles como un diente de león expuesto al viento. Frente a ti tienes al niño, hoy ya un hombre, al que tu madre ayudó a venir a este mundo. Y a una mujer que, de no haber sido por ella, habría muerto aquel día. Creo que son razones sobradas para estar agradecidos a tu familia, por Juno.

Marco escuchó toda la historia en silencio. Sabía tan poco de la vida de su madre y de sus relaciones con los vecinos de la Subura… Tras su asesinato, él mismo se había convertido en un adolescente hosco y cerrado en sí mismo, con todas las energías centradas en sobrevivir y cultivar en su corazón el odio hacia los asesinos de su madre. Marco no había favorecido las relaciones con sus vecinos, todo lo contrario. Siempre se había mostrado antipático y había alimentado todas las leyendas que corrían por las calles acerca de sus misteriosas habilidades y su tétrico oficio. En su propia ceguera, había pensado que su madre había sido también así. Que había vivido de espaldas a las calles de esa Roma que la había visto morir. Pero la Neóbula que dibujaban las palabras de Caieta era una mujer muy diferente de la que él siempre había imaginado. Una mujer integrada en la Subura, dispuesta a ayudar a sus vecinos, respetada por muchos de ellos.

—Desconocía que mi madre hubiera hecho tal cosa —dijo Marco en voz muy baja—. Era una mujer extraordinaria.

—Lo era —confirmó Caieta—. Y por eso, porque Neóbula era extraordinaria, me niego a creer ni por un instante que su hijo, al que todos hemos visto crecer en estas mismas calles que hoy pisamos, se haya convertido en un secuestrador de niños. Por Mercurio que no aceptaré algo así, salvo que lo vea con mis propios ojos.

—Tal vez sea mejor empezar desde el principio… —intervino por fin Aulo—. Vuelvo a pedirte disculpas, Marco Lemurio. Pero estoy desesperado. Mi hijo, mi pequeño Aulo, ha desaparecido. Nadie en toda la Subura sabe nada de él. Nadie en toda Roma. He movilizado todos mis recursos. He recurrido a los *collegia*. Los de la Subura, los del Aventino, los del Foro Boario… Nadie sabe nada. Nadie dice nada.

—Mi esclavo me ha contado lo que está ocurriendo. Los niños desaparecidos —dijo Marco.

—Sí, esos otros niños… Niños de la calle. Hijos de esclavos y de libertos. Vagabundos y rateros. Mi hijo no era uno de esos. Era… es un muchacho trabajador, obediente, piadoso. Se levantaba antes del alba y me acompañaba a cargar la mercancía. Encendía los hornos. Amasaba el pan. Atendía a los clientes. Con diez años… era todo lo que un padre podía soñar. No, mi Aulo no es como uno de esos rateros de la calle. Es normal que esos niños desaparezcan. No lo es que mi hijo, un buen romano, de una buena familia, haya desaparecido sin dejar ni rastro.

Toda la simpatía que Marco había comenzado a sentir por el panadero desapareció de un plumazo. Solo le importaba su hijo. No le preocupaba en absoluto que estuvieran desapareciendo otros niños en la Subura. Solo su propio hijo. Marco desvió la mirada hacia el suelo para evitar que sus interlocutores advirtieran el gesto de desagrado en su rostro. Si los nobles romanos y sus aires de superioridad le generaban un profundo rechazo, ese sentimiento se convertía en repugnancia cuando veía cómo simples artesanos y comerciantes de los barrios bajos de Roma se comportaban exactamente del mismo modo, despreciando a aquellos que estaban incluso más abajo que ellos mismos en la escala social romana. Aquel presuntuoso amasador de bollos se creía mejor que los hombres y mujeres que trataban de sobrevivir en las calles de la ciudad. Solo porque su propio padre le había dejado un negocio, un local y una vivienda en propiedad. Solo porque tenía un techo, una despensa y una bolsa de monedas oculta bajo alguna baldosa pensaba que era descendiente de una de las cabras que se follaba Rómulo antes de ser rey. Por un momento, Marco lamentó no haber dado una lección con su daga a aquel patán presuntuoso.

Pero una vez más fue Caieta la que se adelantó a sus deseos. La mujer propinó un fuerte pescozón en la nuca de su hijo.

—Para hablar así es mejor que no digas nada, grandísimo asno. Los niños son niños. Da igual que sean los hijos de un senador o del esclavo que limpia las letrinas públicas. Son niños, inocentes. Tu hijo, mi nieto, ha desaparecido, igual que todos esos otros niños que también tienen madres, padres y abuelas que hoy están sufriendo y llorando su pérdida.

—Sea como sea —continuó Aulo tras lanzar una mirada furiosa a su madre—, hay alguien que se está llevando a los niños dela Subura. A mí me parece una locura, pero algunos hablan de encapuchados que rondan las calles durante la noche. Figuras silenciosas que acechan esperando a que algún niño se quede solo para lanzarse sobre él y meterlos en un saco. Esas historias ya se contaban cuando yo era pequeño. Para meternos miedo y que no saliéramos de casa por la noche. Yo creía que eran cuentos de viejas, pero ahora… no sé qué creer. Un niño como mi Aulo no desaparece sin dejar rastro. Salvo que haya algo extraño de por medio. Y por ese motivo…

—Por ese motivo pensaste que yo tenía algo que ver —terminó Marco.

—Sí. Lo de intentar matarte ha sido excesivo, pero estarás de acuerdo conmigo en que tu modo de vida no contribuye precisamente a que confiemos en ti en momentos como este.

—Podrías haberme preguntado antes de golpear. Suele resultar bastante eficaz cuando uno no tiene nada que esconder, como es mi caso. Más aun cuando mi intención era precisamente ofreceros mi ayuda.

—No todo el mundo en la Subura piensa como mi madre, Lemurio. No eres un personaje popular precisamente. Yo no conocí a Neóbula, y como yo muchos otros.

—Y muchos que sí la recuerdan fingen no hacerlo —observó Caieta en tono de disgusto.

—Sé que no soy el romano más popular. Posiblemente nunca me elegirán tribuno de la plebe ni me levantarán una estatua cuando muera. Pero de ahí a querer apuñalarme media un buen trecho.

—Apuñalarte es lo más generoso que algunos quieren hacerte. El otro día tuvimos una asamblea en el almacén de Ificles, el vendedor de perfumes. Para decidir qué íbamos a hacer con el asunto de los niños. Fuimos todos los dueños de negocios de esta parte de la Subura, además de los magistrados de los *collegia*. Apareció por allí incluso algún hombre de Gabinio, ese tribuno de la plebe que quiere enviar a Pompeyo a luchar contra los piratas. Tu nombre salió varias veces en la asamblea, Marco Lemurio. Y no para bien. Algunos hablaron de ir a tu casa y sacarte de allí a palos para lincharte en una plaza, delante de todo el mundo.

—¿Y tú, Aulo el panadero? ¿Qué dijiste tú? —preguntó Marco, que comenzaba a perder la paciencia.

—Yo hablé poco y escuché mucho. Pero te mentiría si te dijera que no creí en ese momento a quienes te señalaban a ti como el culpable del secuestro de los niños. Esas extrañas actividades tuyas… Tu costumbre de salir durante las noches…

—Las actividades con las que me gano la vida son asunto mío. Pero te aseguro que ninguna de ellas incluye secuestrar o hacer daño a niño alguno. Sea de la Subura, del Palatino o de la mismísima Cartago. Y mi costumbre de salir por la noche tiene una explicación sencilla: vino y putas. Dos vicios que tampoco creo que sean incumbencia de nadie.

—No tienes que explicarme nada. Si mi madre confía en ti, yo también. —Confías tanto en mí como Vulcano confía en la zorra de Venus, pensó Marco. Pero no dijo nada. El panadero continuó—: Durante aquella asamblea, el hombre de Gabinio habló con los representantes de algunos *collegia*. En voz baja, con discreción. Algo debió de decirles, algo sobre ti, porque algunos hablaron a tu favor y se rechazó cualquier propuesta que incluyera hacerte daño. Por lo que se ve, tienes amigos poderosos que cuidan de ti, Lemurio.

—Ni conozco a ese Gabinio ni me relaciono con ninguno de sus hombres —mintió Marco. Había conocido al tribuno de la plebe en la extraña y forzada reunión a la que había sido invitado a palos en casa de Pompeyo, unos meses atrás. No había vuelto a ver al tribuno de la plebe, pero era evidente que el papel de Marco aclarando la muerte de uno de sus seguidores en el Aventino había tenido cierto peso para que los hombres del tribuno de la plebe no olvidaran que les había sido de ayuda. Marco se preguntó si Varrón estaría también detrás de aquellas extrañas maniobras para protegerlo. Recordó sus palabras de advertencia en la última reunión que habían tenido. ¿Sabía Varrón más cosas de las que le contaba? Todo apuntaba a que sí—. Le mandaré una nota de agradecimiento por evitar que mis amados vecinos me convirtieran en abono para sus huertos.

—No todo el mundo salió satisfecho de aquella asamblea. Yo que tú me andaría con cuidado hasta que este asunto de los niños se aclare. Si es que se aclara algún día…

—Tendré cuidado. No querría acabar como mi madre. Esa mujer a la que debes la vida, por lo que parece.

—Ya te he pedido disculpas. ¿Qué más quieres que haga? —preguntó Aulo, dando un golpe con el puño en la madera del diván. En ese momento entró una de las hijas del panadero llevando una bandeja con higos secos y una jarra de vino. Marco evitó mirarla para no incomodar a la joven. Dejó que le sirviera el vino en una pequeña copa y lo probó con poco entusiasmo. La muchacha sirvió vino también a su padre, mientras Caieta se limitaba a coger un higo de la bandeja. El panadero prosiguió con su explicación—: En aquella reunión también se presentó un personaje al que nadie conocía. Repartió sonrisas y sospecho que deslizó alguna moneda en más de una bolsa agradecida. Cuando vio a los hombres de Gabinio, se escabulló a toda prisa. Alguien me comentó que representaba a un tal Tito Pomponio, y que junto a sus sonrisas y sus monedas dejó caer tu nombre en los oídos de quienes quisieron escucharlo. Tienes amigos poderosos, pero también enemigos. Enemigos mucho peores que un panadero destrozado por la desaparición de su hijo.

Marco ocultó su rostro tras la copa de vino. ¿Se trataba del mismo hombre que le había abordado en las termas? Si era así, debía extremar las precauciones. Tito Pomponio no estaba buscando que sus hombres lo apuñalaran en un callejón oscuro: estaba intentando que sus vecinos lo lincharan como culpable de un asunto en el que Marco no tenía nada que ver.

—Ese Tito Pomponio fue el responsable de la muerte de un importante miembro de un *collegium* del Aventino. Yo ayudé a esclarecer el asunto, y aunque tuvo que escapar de Roma para evitar que le arrancaran la cabeza, está decidido a cobrarse su venganza conmigo. Y aprovechará cualquier circunstancia para lograrlo. Incluso tu dolor como padre.

—Aclarado todo esto —intervino Caieta—, pasemos a lo más importante. Al motivo por el que he insistido en que subieras a esta casa. Marco Lemurio, yo estoy convencida de tu inocencia, y así se lo he dicho y se lo diré a todo el que quiera escucharme. Pero lo que me importa ahora es si además de ser el hijo de Neóbula en carne y sangre eres también su hijo en el espíritu. Aquella noche en la que me salvó la vida, tu madre no quiso

cobrarme nada. A menudo usaba sus habilidades para ayudar a sus vecinos, a la comunidad en la que vivía. —A la comunidad que no movió un dedo para evitar que la reventaran a palos hasta la muerte, pensó Marco—. ¿Nos ayudarás tú, su hijo, como ella sin duda habría hecho? ¿Usarás tus habilidades para averiguar quién está detrás de la desaparición de mi nieto y el resto de los niños de la Subura?

Marco se terminó la copa de vino. Había temido que la conversación derivara en ese punto. Una cosa era investigar por su cuenta y calmar los miedos de Céfiro y otra muy diferente echarse a la espalda la responsabilidad enorme de solucionar un problema que afectaba a todo el vecindario. Por otro lado, aquella mujer le había salvado de acabar él mismo trinchado como un capón, además de, de ser ciertas sus palabras, haber logrado calmar los ánimos de una turba furiosa que pedía la cabeza del brujo.

—No sé a qué te refieres cuando hablas de mis habilidades, *domina*. Además, soy el hijo de Neóbula, no Neóbula misma. A mi madre de poco le sirvió toda su bondad cuando alguien la denunció a los hombres de Sila. Ser bueno, ayudar a los demás, te granjea muchas sonrisas. Pero a la hora de la verdad… estás solo. Nada debo a las gentes de la Subura, y nada me deben, me debéis, vosotros a mí. Agradezco de corazón tus palabras, y reconozco que tu forma de hablar de mi madre ha encendido en mi corazón sentimientos muy dulces. Agradezco también que hayas hablado a mi favor para evitar que nuestros amados vecinos se hayan presentado en mi casa con antorchas y puñales. Pero no quiero llevarte a engaño, ni a ti ni a tu hijo. Haré lo que pueda para averiguar quién está detrás de esas desapariciones de niños, pero no lo haré por vosotros ni por el resto de los habitantes de la Subura. No lo haré por un puñado de vecinos que escupen en la tierra que yo he pisado, que llenan la cabeza de mi esclavo con mentiras y con insultos. No, no lo haré por una comunidad a la que no debo nada más que desprecio y miradas torvas y sombrías. Lo haré porque esta es mi voluntad, por los niños de Roma, que ninguna culpa tienen de la estupidez que demostramos los adultos. Y lo haré, por supuesto, a cambio de un precio. Marco Lemurio no trabaja gratis.

El panadero frunció el ceño y se aferró con fuerza al brazo del diván. El rostro de Caieta pasó de la amabilidad y la dulzura a la dureza y la decepción.

—¿Y cuál es el precio que pondrá Marco Lemurio a la desesperación de una familia? —preguntó ella.

—Pan —respondió él al instante—. Mi precio es pan. Vosotros habéis requerido mis habilidades y yo os pido a cambio que me ofrezcáis las vuestras. Mi esclavo vendrá cada mañana a por una hogaza de pan, durante un año.

—¿Pan? —preguntó Caieta, abriendo mucho los ojos por la sorpresa—. ¿Trabajarás para nosotros a cambio de pan?

—No trabajaré para vosotros. Os ayudaré a encontrar al pequeño Aulo, o al menos a averiguar quién está detrás de su desaparición. Y sí, pan. Tengo la muy romana costumbre de comer pan todos los días. Y al precio que está una hogaza últimamente me parece un pago más que suficiente.

Caieta prorrumpió en carcajadas.

—Te aseguro que mi hijo y mis nietas prepararán para ti el mejor pan blanco de toda Roma, Marco Lemurio. Tú encuentra a mi nieto y no tendrás pan un año. Tendrás tanto pan que no podrás comerlo en todos los días de tu vida.

—Me parece justo —dijo él.

Aulo el panadero no dijo nada. Su rostro mostraba una expresión a medio camino entre la confusión y la ira. Su madre confiaba en aquel peculiar personaje que a él mismo le parecía que no era más que un simple estafador. Pero si el precio de encontrar alguna pista que le llevara hasta su pequeño Aulo eran unas cuantas hogazas de pan, lo pagaría con gusto.

—Dos cosas más. La primera, discreción, por favor. No quiero que nadie más sepa que estoy trabajando en esto. Bastará con que sigáis hablando bien de mí y evitando que me arrojen desde la roca Tarpeya.

—¿Y la segunda? —preguntó el panadero.

La segunda, pensó Marco, era la más difícil de decir con palabras.

—No quiero llevaros a engaño. Trabajaré en este asunto, pero las posibilidades que tenemos de encontrar con vida a vuestro niño son muy escasas. Encapuchados o no, fantasmas o mortales, cuando un niño

desaparece en esta ciudad suele hacerlo para siempre. Os aseguro que haré todo lo que pueda. Pero jamás me perdonaría haber sembrado en vuestro corazón una semilla de esperanza de la que puede que no brote nada.

Aulo se puso en pie.

—Tu sinceridad te honra, Lemurio. Hace días que perdí toda esperanza. Soy un hombre práctico, con los pies en la tierra. Mi esposa, mis hijas y mi madre siguen confiando en que volverán a abrazar a nuestro pequeño Aulo. Yo solo espero poder mirar a los ojos a quien se lo llevó antes de cortarle el cuello y regar con su sangre el altar de nuestros lares. ¿Crees que eso es posible, Marco Lemurio? ¿Crees que es posible que encontremos a ese malnacido y le hagamos pagar?

—Sí —asintió—, lo creo.

Antes de abandonar la panadería, Aulo entregó a Marco una enorme hogaza de pan recién horneado.

—El primer pago —había dicho sin sonreír—. Mantenme informado. Y no dudes en pedir ayuda si crees que la necesitas. Puedo reunir a un pequeño ejército en menos de lo que tardes en decir Júpiter se quiere follar a mi mujer.

—De momento, me conformo con que no reúnas ese ejército para darme caza a mí y colgarme de la puerta Capena.

Aulo gruñó, y Marco no supo decir si aquel gruñido había sido una risa o una protesta.

Marco Lemurio salió de la temperatura insoportable del interior de la panadería a la temperatura casi insoportable de las calles de Roma. El abrasador mediodía comenzaba a quedar atrás, y el sol empezaba a ser algo más clemente, aunque aún pasarían varias horas antes de que se pudiera pasear sin buscar las sombras como refugio.

La entrevista con el panadero había empezado con una pelea a muerte y había acabado con una fructífera conversación. No se sentía del todo a gusto con la idea de estar colaborando con sus vecinos en una investigación que habría preferido llevar él mismo desde la discreción, tal y como estaba acostumbrado a trabajar. Se lo había dejado muy claro al panadero y a su

madre: él no debía nada a nadie y no quería que nadie le debiera nada. Y así debía seguir siendo. En su mundo, depender de otras personas era el primer paso hacia la decepción y el sufrimiento. Marco consideraba que ya había sufrido bastante en su vida. No arriesgaría más de lo necesario.

Caminó por las calles de la Subura, observando con disimulo a todas las personas con las que se encontraba. ¿Habrían asistido aquellos hombres y mujeres a la asamblea de la que Aulo le había contado un rato antes? ¿Habían sido de los que habían hablado bien de Marco o por el contrario de los que habían propuesto o jaleado con entusiasmo la idea de lincharlo para acabar con el problema de los niños desaparecidos? Supuso que nunca lo sabría a ciencia cierta. La falsedad y el disimulo formaban parte de la vida cotidiana de los habitantes de Roma, desde los mendigos que se peleaban por un mendrugo de pan hasta los nobles que hacían sus sacrificios en el templo de Júpiter Óptimo Máximo.

Fuera como fuera, tendría que andarse con cuidado. Nunca antes en su vida se había sentido tan expuesto como en aquellos momentos. Los hombres de Tito Pomponio lo buscaban. Como contrapartida, los de Varrón y Gabinio lo protegían de forma discreta. Y su nombre sonaba demasiado en demasiados lugares. No era una situación en la que se sintiera cómodo. Su trabajo, tanto el real como el que le daba de comer, precisaba de la discreción. Si su anonimato se rompía… tendría problemas más pronto que tarde.

Tenía que hacer un esfuerzo por solucionar el problema de los niños de la Subura de forma que el barrio regresara a su relativa calma y él pudiera dar un paso hacia atrás y sumirse en las sombras durante un tiempo. Hacer que todo el mundo se olvidara de Marco Lemurio. Tal vez podría pedirle a Varrón que le encargara un trabajo lejos de Roma. Por mucho que le repugnara la idea de volver a los caminos, debía desaparecer una temporada.

Pero antes había que resolver el misterio de los niños desaparecidos. Y Marco sabía muy bien por dónde comenzar a buscar.

OceanofPDF.com

VI
La bruja

Marco regresó a su casa y, aliviado de encontrarla vacía y sin presencia infantil alguna, decidió descansar un rato antes de dar el siguiente paso. Hasta que no cayera la noche no podía hacer nada, de modo que se tumbó en su cama, intentando ignorar el calor que reinaba en la habitación. Cerró los ojos y trató de relajarse, pero había demasiadas imágenes que acudían a su cabeza y se negaban a dejarle dormir. Una cita con Marco Tulio Cicerón para averiguar qué había sido de Crisógono, el hombre que había ordenado el asesinato de su madre. Un mendigo tullido que afirmaba haber conocido a todos los hombres del ejército de Cayo Mario, incluido su padre. El filtro amoroso que tenía que preparar para Saturnino. Y la desesperación de un padre cuyo hijo había desaparecido en extrañas circunstancias. Demasiadas cosas. Demasiados compromisos para un hombre que se había acostumbrado a vivir sin dar explicaciones a nadie. Marco se masajeó las sienes. Tal vez un trago de vino le ayudara a dormir… Alejó de su cabeza la idea. Aquella noche necesitaba estar fresco para hacer lo que tenía que hacer. El vino tendría que esperar.

Tardó un buen rato en conseguirlo, pero al fin Marco se quedó dormido.

Cuando despertó, la habitación estaba sumida en penumbras. Se sentía pegajoso y sucio por el sudor y los restos de harina de su pelea con el panadero. Al día siguiente tendría que hacer una nueva visita a las termas. Odiaba sentirse de aquel modo. Bajo la puerta del dormitorio entraba una tenue luz procedente de la estancia principal de la casa. El griterío que

podía escucharse no dejaba lugar a dudas. Céfiro y sus amigos habían regresado a casa al caer la noche.

Marco se sentó en la cama y buscó a tientas junto al catre una jarra que, si Céfiro estaba haciendo bien su trabajo, tendría que estar llena de agua. Sin muchas esperanzas, Marco alzó la jarra… y descubrió que no solo estaba llena, sino que el agua que contenía tenía aspecto de haber sido traída desde la fuente aquel mismo día. Bebió con ganas hasta casi vaciar su contenido. El pequeño esclavo se había esmerado, en la esperanza de que su amo no cambiara de opinión respecto a que los niños y niñas de las calles de la Subura pudieran quedarse en la casa a pasar las noches.

Tras estirar los músculos y recomponer algo sus ropas, Marco salió de la habitación, tratando de que su entrada en la estancia contigua fuera lo más repentina y violenta posible. Tenía que poner orden en aquel lugar si pretendía que la situación no se le fuera de las manos.

Su entrada tuvo el efecto deseado. Todos los niños y niñas que había en la habitación se quedaron quietos y guardaron silencio al instante. Marco tuvo tiempo de inspeccionar la escena antes de empezar a hablar. A simple vista parecía haber más niños que la noche anterior. Estaban la niña mayor y su cohorte de pequeños, y Marco creyó reconocer a los jugadores de dados y los que habían estado saqueando la despensa. Pero también pudo ver a un par de niñas que no recordaba haber visto antes, así como a un muchacho que ya iba camino de abandonar la infancia. Céfiro estaba sentado en una silla y contaba unas monedas de pequeño tamaño antes de disponerlas en cuatro torres. Al ver a Marco, el esclavo guardó todas las monedas con habilidad en una bolsa que ocultó rápidamente bajo su túnica.

—Aquí hay más gente que anoche —dijo Marco, con una voz pretendidamente cavernosa y dura.

—Contarías mal —dijo Céfiro al tiempo que daba un salto para bajar de la silla—, somos los mismos que estábamos ayer. Están Secunda y sus niños, Flavio, el Rata, Mercurio, Primo el Negro…

—No me interesan sus nombres —interrumpió Marco, a sabiendas de que Céfiro pretendía enredarle con su palabrería y con una lista de nombres y apodos que no podría recordar—. Te dije que podían pasar aquí la noche, y estoy dispuesto a mantener mi palabra. Pero esto no es el lupanar en el

que trabajan vuestras madres. ¿Entendido? Esta es mi casa y aquí existen unas normas. Necesito saber si todos vosotros estáis dispuestos a cumplir estas normas y necesito saberlo ya. No voy a perder el tiempo con estupideces ni lloros. El que no obedezca, se irá a la calle. Sin avisos, sin amenazas. Directamente a la calle. ¿Ha quedado claro, pequeños hijos de una gorgona?

—Marco, no es necesario que… —intervino Céfiro.

—Tú a callar. Estas normas también van por ti, Céfiro. Con la diferencia de que, si eres tú el que no las cumples, serán todos los demás los que se marchen. ¿Alguien tiene algo que decir? ¿Alguno tiene un problema a la hora de obedecer normas?

Marco trataba de que su discurso de centurión veterano sonara creíble, pero no pudo evitar sentir cierto asco de sí mismo a medida que iba hablando. Algo le decía que si él mismo hubiera sido un niño escuchando aquella perorata habría saltado con alguna grosería y se habría marchado a la calle con dignidad. Confiaba en que ninguno de aquellos niños y niñas tuvieran el mismo espíritu rebelde y contestatario que él mismo había tenido a su edad. En el fondo, quería que todos ellos se quedaran bajo su techo. A salvo.

Pero resultó que uno sí tenía aquel espíritu rebelde.

Si a Marco le hubieran preguntado cuál de todos aquellos niños sería el primero en presentar resistencia a sus normas, él habría jurado que sería el chico casi adolescente al que no recordaba de la noche anterior. Era con diferencia el más alto, y en su rostro ya aparecían las primeras sombras de lo que algún día sería una barba espesa, pero este muchacho permaneció en silencio y con la cabeza gacha.

Fue uno de los dos niños que estaban jugando a los dados sobre la mesa la noche anterior el que dio un paso al frente. Era un chico de la edad de Céfiro, rondando los diez años, con un pelo oscuro muy rizado y la piel del rostro tostada por el sol. Por sus rasgos, Marco pensó que debía tener antepasados africanos no muy lejanos. Tal vez su padre o su madre fueran de Mauritania o Numidia, pensó. Miró a Marco a los ojos con cara de desafío.

—Yo no obedezco normas —dijo—. No las obedecía de mis padres y no las obedeceré de nadie. Nadie me habló de estúpidas normas cuando me cobraron por dormir aquí.

El niño miró a Céfiro de reojo, y este se removió inquieto.

—Si no obedeces normas, entonces no tiene sentido que las escuches. Céfiro, devuélvele su dinero. Tu amigo se marcha.

—Pero Marco… —Céfiro puso la cara de súplica que tantas veces le había funcionado en el pasado con su amo. Marco no sabía si estaba más preocupado por el hecho de que su amigo tuviera que dormir en la calle o por tener que devolver una moneda con la que ya contaba.

Marco no tuvo que insistir. Fue el propio niño el que tendió su mano hacia Céfiro, exigiendo la devolución del pago.

—Esto ha sido una tontería desde el principio. No hay nada en las calles. Solo los maricones viejos de siempre en busca de algún culo que follarse. Prefiero que me den por el culo en la calle a que me lo haga este chalado en su propia cama. Dame mi dinero. Cuidaré de mí mismo, como siempre he hecho.

Marco se asombró del vocabulario y las expresiones tan soeces saliendo de la boca de un niño tan pequeño. ¿Hablaban así los niños de la calle en sus tiempos? A él desde luego Neóbula le habría cortado la lengua por usar cualquiera de aquellas palabras en su presencia.

—Aquí nadie se va a follar el culo de nadie. Y el tuyo menos que el de ninguno, porque te marchas ahora mismo. Céfiro, el dinero.

El esclavo refunfuñó y metió la mano en la bolsa. Sacó una moneda de cobre gastada y la depositó en la palma de la mano de su amigo, que continuaba mirando a Marco muy serio y con cara de desafío. El niño se guardó la moneda en un bolsillo.

—¿Sabéis lo que creo? Que lo que cuentan por ahí es verdad. Es este tipo raro el que está secuestrando a los niños. Y vosotros, pedazo de tontos, le habéis ahorrado el trabajo de salir a buscaros. Veréis mañana cuando despertéis en una jaula, o mejor aún, sin nariz o sin lengua. Porque las habrá usado este brujo en uno de sus hechizos.

El resto de los niños asistía a la escena en silencio, sin hacer el más mínimo movimiento.

—Vamos, Primo, sabes que eso no es verdad… —Céfiro, que ya había perdido cualquier esperanza de conservar la moneda, trató de mediar para no cerrar la puerta a que aquel chico cambiara de opinión y deseara regresar y pedir disculpas a Marco.

—Tú cállate, esclavo. Seguro que eres su cómplice. Te da comida y techo a cambio de que le traigas otros niños. ¿Qué más le haces? Estoy seguro de que le chupas la…

Marco no estaba dispuesto a escuchar más. Agarró al muchacho de los hombros y lo alzó con facilidad. El niño era apenas un saco de huesos y piel, con un cuerpo castigado por el hambre y la penuria, por lo que pudo dominarlo con facilidad. Primo el Negro se retorció, pero Marco no lo soltó hasta que hubieron llegado a la puerta de salida. Una vez allí la abrió y arrojó al enfurecido muchacho al exterior.

—Desaparece de mi vista si no quieres que me enfade de verdad. No quieres enfadar a un brujo. Créeme que no quieres.

Marco pudo ver que los ojos del niño estaban llenos de lágrimas. Por un momento estuvo tentado de ceder y permitir que se quedara a cambio de una disculpa, aunque fuera forzada. Después vio la mirada de odio que el muchacho le lanzó y cambió de idea. Si dejaba que aquel niño durmiera en su casa después de aquel enfrentamiento, se despertaría con un puñal en la garganta. Primo el Negro era un niño, sin duda. Pero era un niño de la Subura. Una criatura acostumbrada a robar, engañar y pelear para conseguir llegar con vida al día siguiente. No era el infante inocente que su rostro y su cuerpo podían dar a pensar.

—Te mataré, brujo maricón.

—Lárgate de aquí. Y que no escuche ni un ruido en la escalera. Como algún vecino se queje de ti, haré una poción con tu sangre y me comeré tus ojos. No me pongas a prueba.

Marco cerró la puerta, dejando al niño en el umbral. Supuso que Primo dormiría allí mismo, en el descansillo. No le importaba. Siempre que hubiera una puerta cerrada entre aquella bestezuela y su propia cama estaría tranquilo.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —preguntó tras girarse de nuevo hacia el grupo de niños que seguían en la estancia. Ninguno respondió.

Hasta Céfiro parecía compungido por la escena que acababa de presenciar. Marco sonrió para sus adentros. La cosa no podía haber ido mejor. En lugar de a una tropa de criminales en potencia alojada en su salón en aquel momento tenía un rebaño de dóciles corderos dispuestos a obedecer órdenes a cambio de disfrutar de su hospitalidad—. Entonces escuchad bien. Estas son las normas. Pocas y sencillas. Primera norma, prohibido venir a esta casa o permanecer en ella mientras el sol brille en el cielo. Venís al anochecer, os marcháis al amanecer. Segunda norma, nada de gritos ni ruidos molestos. Tercera norma, está terminantemente prohibido entrar en mi dormitorio. Céfiro, esto no va por ti: tienes mucho que limpiar y una jarra de agua que llenar. Cuarta norma, solo vosotros podéis dormir aquí. Si se corre la voz y mañana aparece algún niño más, os vais todos a la calle. Me he aprendido vuestras caras de memoria, así que no tratéis de engañarme. Quinta norma, este usurero que dice ser mi esclavo no os cobrará ni un as más por pasar la noche aquí. Con lo que hayáis pagado hasta el momento será suficiente. —Céfiro, al ver que su lucrativo negocio se desmoronaba, volvió a poner cara de fastidio y lanzó una mirada cargada de reproche a su amo. Pero tampoco él dijo nada—. ¿Ha quedado todo claro?

Los niños asintieron. Marco pudo ver en el rostro de alguno de ellos una sombra de alivio. Con seguridad, aquellos niños acostumbrados a la dureza de la calle esperaban unas condiciones mucho más crueles a cambio de poder pasar la noche en aquel lugar a salvo de los peligros de la calle. No armar jaleo y no entrar en una habitación eran cosas que todos ellos podían asumir sin problemas. Además, el no tener que volver a pagar les daba a todos una gran tranquilidad. Muchos de ellos dudaban si podrían encontrar otra moneda con la que satisfacer el ansia recaudatoria del pequeño Céfiro al día siguiente.

—Bien, dicho esto, todos a cenar.

Habría sido demasiado generoso llamar cena al más que modesto ágape que Céfiro y Marco pudieron ofrecer a los niños con su poco surtida despensa. La hogaza de pan que Marco había conseguido aquella tarde de manos de

Aulo el panadero, sumada a otros mendrugos duros, higos secos, aceitunas, restos de pescado en salazón y unas gachas que Céfiro preparó con algo de harina, leche y agua. Una comida humilde que no habría saciado el estómago de un hombre adulto pero que aquel grupo de niños, acostumbrados a dormir con la punzada del hambre en su estómago la mayor parte de las noches, devoró con ansiedad. Algunos lanzaban miradas de reojo a Marco mientras comían, como si no pudieran creerse que aquella generosidad fuera real y estuvieran esperando que la trampa se cerrara sobre ellos en cualquier momento. Los más pequeños fueron los primeros que perdieron el miedo y la vergüenza y se acercaron a Marco para tirarle de la túnica o para preguntarle cosas. A diferencia del resto de los niños de más edad, ellos no habían escuchado las muchas historias que se contaban en la Subura acerca de aquel misterioso hechicero que estafaba a los desesperados y engañaba a los incautos con sus artes oscuras.

Marco se limitó a probar las gachas que había preparado Céfiro y a juguetear en su boca con un par de aceitunas. Sospechaba que algunos de aquellos pequeños no habían comido nada en todo el día. Él podría cenar algo más consistente en una taberna si más tarde seguía teniendo hambre. Siempre y cuando sus planes para aquella noche salieran como estaba previsto.

Mientras los niños cenaban, Marco tomó a Céfiro de un hombro y se lo llevó a una esquina de la habitación.

—Voy a salir esta noche, Céfiro.

—Qué novedad… —comentó el esclavo entre dientes, todavía molesto por que su amo le hubiera cercenado su lucrativo negocio.

—Hoy no voy a la taberna. Es un asunto profesional, y está relacionado con el tema de los niños desaparecidos, así que no te pases de listo. Asegúrate de que todas las normas que he enumerado antes se cumplen. Que no hagan ruido y sobre todo que no entren en mi habitación. Tú mejor que nadie sabes que hay cosas ahí dentro que son muy peligrosas…

Céfiro asintió. Recordaba demasiado bien alguna experiencia propia con los misteriosos objetos y papiros de Marco.

—Voy a hacer todo lo posible por solucionar esta situación cuanto antes. Hoy he tenido una entrevista con Aulo, el panadero. Parece ser que hay

gente en la Subura que trata de inculparme a mí de la desaparición de esos niños.

—Algo he oído, sí.

Marco dio un pescozón al esclavo.

—¿Y si lo has oído por qué no me comentaste nada ayer cuando hablamos de este tema?

Céfiro torció el gesto, enfadado.

—Porque si te contara de todo lo que se te acusa en la Subura estaríamos todo el día hablando de ello. De envenenar las fuentes y los pozos, de agriar la leche, de seducir a las viudas, de ser un borracho, de ser una mujer fea y peluda disfrazada de hombre…

—¿Eso dicen? ¿Que soy una mujer peluda disfrazada?

—Bueno, esto me lo acabo de inventar. Pero todo lo demás, y otras cosas, sí lo he escuchado. Desde que tengo uso de razón he oído esas historias de ti, y aquí seguimos.

—Esta vez parece que la cosa iba en serio. He llegado a un acuerdo con el panadero. Tratarán de hacer desaparecer esos rumores a cambio de mi ayuda. Pero aun así debemos tener cuidado. Sé discreto y mantén los ojos muy abiertos. Y sobre todo no te guardes información para ti, enano presuntuoso. Cuéntame todo lo que escuches en las calles.

—Sí, ama —respondió Céfiro en tono de burla, y esquivó con habilidad el segundo pescozón de Marco.

Marco respiró una vez más el aire fresco de la noche romana. Tras un día tan caluroso como el que había dejado atrás, visita a la panadería incluida, era un alivio sentir en la piel una brisa suave. Roma en verano era un lugar insoportable, por la temperatura, por los olores, por el mal humor de la gente. Pese a todo, él mismo estaba convencido de que sería incapaz de imitar a los ricos aristócratas que se ausentaban de la ciudad en cuanto apretaba el sol y se marchaban a sus villas de recreo en el sur. Marco necesitaba sentir Roma bajo sus pies, saber que tenía una taberna a escasa distancia. Una vez más, volvió a pensar en la idea de marcharse durante un tiempo, hasta que el maldito Tito Pomponio se olvidara de él y renunciara a

cobrarse venganza. Era una buena idea, pero Marco sabía que se quedaría solo en eso, en una idea. Aunque Varrón le facilitara el marcharse a algún sitio, encontraría una excusa para regresar a los pocos días.

Había dejado a los niños bajo la vigilancia y la supervisión de Céfiro. Cuando Marco había salido por la puerta, algunos ya se disponían a tumbarse en el suelo, aprovechando viejas mantas raídas que Céfiro les tendía. Marco confiaba en que el muy fenicio no les hubiera cobrado un suplemento por su uso… Tendría que investigar al día siguiente. En aquel momento tenía que hacer un esfuerzo por olvidarse de la manada infantil que había dejado en su casa y concentrarse en la tarea que tenía por delante.

A pesar del calor, Marco se echó una capucha sobre la cabeza y ocultó su rostro. El lugar al que se dirigía no tenía precisamente muy buena fama, y no era conveniente que le vieran ni en él ni dirigiéndose hacia él durante la noche. Pensó que el hecho de que le vieran recorrer las calles de la Subura a aquellas horas con el rostro cubierto en plena oleada de pánico por la desaparición de los niños tampoco era la mejor opción, pero Marco prefirió arriesgarse en ese sentido. Sus miedos se mitigaron cuando se cruzó con un par de personas que iban también encapuchadas. Con niños desaparecidos o sin ellos, quien se atrevía a lanzarse a las calles de Roma por la noche lo hacía habitualmente con una finalidad poco lícita, por lo que se aseguraba de que su rostro no se reconociera.

Marco recorrió las calles a toda velocidad, esquivando los pocos viandantes con los que se cruzaba y evitando la luz de las antorchas que iluminaban la entrada de algunas casas. Como era habitual, frente a algunos comercios varios hombres se afanaban en cargar y descargar sacos de mercancía, aprovechando el menor tráfico en las calles durante la noche. En algunas esquinas, mujeres y hombres ligeros de ropa ofrecían sus favores sexuales a los transeúntes. Aquellos profesionales del sexo que trabajaban en la calle ocupaban el escalón más bajo en la pirámide social de la prostitución de Roma. No ofrecían cama, ni tan siquiera un techo. Solo sus cuerpos y un encuentro rápido y barato en un callejón oscuro o un portal abierto. Eran los que menos cobraban, y también, debido a la edad o a algún tipo de malformación, los que menos tenían que ofrecer, una condición que les llevaba a ser rechazados en tabernas y prostíbulos y a verse obligados a

trabajar en la calle. Marco sentía auténtica compasión por aquellos hombres y mujeres que se ofrecían a la intemperie, ya fuera invierno o verano. Siempre a merced del clima, de la lluvia o el frío, y siempre sujetos a un destino incierto que podía mostrarse en forma de cliente violento y acabar con ellos muertos en el callejón o el portal donde ejercían la prostitución.

A medida que Marco caminaba, los edificios, las grandes *insulae* que dominaban el paisaje urbano de la Subura, fueron dando paso a casas más bajas, aunque igualmente humildes. Cuando ya hubo andado un buen rato y los pies comenzaban a dolerle, incluso estas casas dieron paso a huertos y parcelas sin urbanizar. Marco se dirigía más allá de las murallas viejas de Roma, a un lugar que la gente de bien solo visitaba cuando no le quedaba más remedio y las Parcas les obligaban a ello.

El cementerio de las Esquilias. Un lugar a las afueras de Roma, más allá del antiguo *pomerium*, donde los habitantes de la ciudad llevaban enterrando e incinerando a sus muertos desde tiempos de los reyes. Un lugar tan viejo que incluso el origen de su propio nombre había caído en el olvido hacía mucho tiempo. En las Esquilias coexistían los grandes panteones en ruinas de familias patricias de antiguas raíces junto con enterramientos más modestos y recientes. Por norma general, los romanos ricos ya no llevaban los restos de los suyos a las Esquilias, pues el lugar tenía fama de sucio y decadente, y existían otras necrópolis más de moda desde hacía varias décadas. Solo los más humildes, aquellos que apenas podían pagar la incineración del difunto y en el mejor de los casos una pequeña lápida en piedra de mala calidad con una inscripción muy simple, confiaban a los suyos a la tierra de las Esquilias. Pese a su poderío y su gloria, Roma seguía siendo una ciudad habitada ante todo por familias humildes, motivo por el cual aquel seguía siendo un cementerio muy concurrido.

Concurrido, sí, pero solo durante el día. Antes de que cayera la noche, todos los romanos temerosos de los dioses abandonaban el lugar a paso ligero, dejando incluso piras funerarias a medio consumir y rituales concluidos a toda prisa. Nadie quería que la salida de la luna le sorprendiera en las Esquilias. Las historias que se contaban sobre aquel lugar, sobre aquella ciudad de los muertos, eran demasiado terribles, incluso para

aquellos romanos que se jactaban de no creer en nada que no pudieran ver con sus ojos o tocar con sus manos. Según la tradición, las Esquilias eran un lugar por el que, en medio de la oscuridad, las brujas y los fantasmas, los temidos *lemures*, así como otras criaturas más terribles aún, deambulaban en busca de víctimas.

Marco conocía todas y cada una de aquellas historias. La propia Neóbula se las había contado cuando él era un niño. Pero lo que para otros pequeños romanos habrían sido simples cuentos de miedo para evitar que salieran a la calle de noche, para Marco habían constituido parte de su aprendizaje. Neóbula le había dejado muy claro qué parte de las leyendas eran meras invenciones y que porte tenían una base real. El propio Marco, ya de adulto, había comprobado las palabras de su madre con sus propios ojos. E incluso él, que estaba curtido en las artes de Hécate y familiarizado con la mayoría de las criaturas de la noche, evitaba las Esquilias durante las horas de oscuridad siempre que le era posible. Nada podía salir de un paseo por aquellos parajes más que un mal encuentro o una sorpresa desagradable. Una sorpresa que, si no tenía la fortuna de su lado, podía tener graves y peligrosas consecuencias.

Marco había tenido que visitar las Esquilias durante la noche en más ocasiones de las que le gustaba recordar, todas ellas por obligación profesional. Algunas, para solucionar algún problema por encargo. Otras, por voluntad propia, para evitar que algún problema que estaba surgiendo en el cementerio llegara a mayores. En todas ellas había logrado salir bien parado, aunque tenía una cicatriz en uno de sus hombros que daba fe de los riesgos que había corrido. Los fantasmas no dejaban cicatrices, y las brujas rara vez se dejaban ver y mucho menos atrapar. Pero, como Marco sabía muy bien, en las oscuras noches de las Esquilias acechaban seres con cuerpos físicos y garras afiladas a los que no les importaba hincar sus dientes en carne viva.

Aquella noche Marco iba a la busca de uno de aquellos seres. Uno que le resultaba especialmente desagradable, pero que, si todo salía como él tenía planeado, le podría ofrecer alguna pista para empezar a buscar a aquellos misteriosos secuestradores de niños.

Cuando llegó al cementerio hacía un buen rato que no se cruzaba con nadie. Las casas de los alrededores de las Esquilias estaban abandonadas. Todas ellas databan de un tiempo en que aquel paraje no tenía una fama tan tétrica y hacía mucho que nadie vivía bajo sus techos hundidos. Como si el poder de los muertos se hubiera extendido poco a poco hasta las zonas antaño habitadas, las leyendas de la necrópolis habían hecho huir a los vivos de aquel barrio. Marco sentía los pies hinchados de tanto caminar. Pensó en el trayecto de vuelta que aún le aguardaba y lanzó un suspiro. Cuando quisiera llegar de nuevo a la Subura, ya estaría a punto de amanecer.

Al pasar junto a las primeras tumbas, sintió que el colgante que pendía de su pecho, la lágrima de Perséfone, comenzaba a calentarse de forma súbita. Aquello solo ocurría en dos tipos de ocasiones: cuando el propio Marco estaba en peligro físico o cuando acechaba algún tipo de ser sobrenatural en los alrededores. Antes de su enfrentamiento con Marcia, la lágrima de Perséfone solo se había calentado en alguna ocasión muy levemente, de forma apenas perceptible. Pero desde aquella noche en la que Marco se había abandonado por completo al poder de la piedra, el colgante parecía haber adquirido una energía viva y poderosa. Si en aquel momento el mineral negro se estaba calentando, quería decir que había elementos en los alrededores que no entraban dentro del orden natural de las cosas.

Marco ignoró las ganas de llevarse las manos a la piedra y, en su lugar, buscó la daga que guardaba atada junto a la pierna. La desenfundó y la esgrimió frente a él. Aquel hierro afilado sería útil contra algunas criaturas, pero contra otras no tendría más efectividad que el tallo de un junco. Para esas otras criaturas, Marco tenía siempre otros recursos a mano.

Como siempre que caminaba por lugares semejantes, pensó en la figura de su madre. Altiva, poderosa, segura de sí misma. Neóbula se habría adentrado en aquel lugar haciendo que todos los seres, con o sin cuerpo físico, se apartaran a su paso. Marco desconocía hasta dónde llegaban los poderes y los conocimientos de su madre, pero a medida que habían ido transcurriendo los años desde la muerte de ella los había ido mitificando en su mente. Ella habría sabido solucionar aquel problema de los niños desaparecidos de forma rápida y taxativa. Él, en cambio, no tenía ni una

pequeña parte de sus conocimientos, de sus poderes ni de su aplomo, por lo que se veía obligado a tener que recurrir a otras tretas.

Dejó a derecha e izquierda lápidas, nuevas y viejas, altares y restos de piras funerarias, algunas de las cuales todavía presentaban brasas encendidas y a punto de apagarse. Entre ellas había crecido una vegetación salvaje compuesta por hierbas altas y arbustos leñosos de hoja resinosa. Aquella noche brillaba en el cielo una luna casi llena, y no había rastro alguno de nubes, por lo que la visibilidad era especialmente buena.

Marco iba observando sobre todo las piras funerarias, especialmente aquellas que resultara evidente que habían sido encendidas ese mismo día. Los rituales funerarios de los romanos eran muy variados, pero la mayor parte de las familias quemaban a los difuntos sobre montañas de madera y hierbas secas, y posteriormente recogían las cenizas para depositarlas en una tumba o en un nicho. Cuando la familia podía permitírselo, las piras funerarias eran enormes estructuras de madera que producían el calor y el fuego suficientes para asegurarse de que el cuerpo del difunto se consumía en su totalidad. Otros no podían pagar tanta madera, por lo que se limitaban a quemar a los suyos en piras más modestas, recogiendo algunas cenizas de forma simbólica y no quedándoles más remedio que dejar parte del cuerpo medio quemado en aquel lugar. Eran ese tipo de piras funerarias las que le interesaban a Marco aquella noche.

Por fin, Marco encontró lo que buscaba. Un montón de maderas casi consumidas por las llamas cuyos restos le llegaban hasta la cintura. Algunas de las ramas aún tenían pequeños fuegos devorando la corteza seca, y en el suelo había una capa de brasas que demostraba que aquella pira se había apagado poco antes de ponerse el sol. Marco observó en el suelo, frente a la hoguera ya muerta, un charco dejado por un líquido oscuro, y supuso que eran los restos de un ritual en el que algún sacerdote o un miembro de la familia del difunto había vertido vino en el suelo para ganarse el favor de los dioses infernales, los temidos *dei inferí*. Era justo el lugar que estaba buscando.

Marco se alejó unos pasos y se agachó tras una enorme lápida, de forma que podía ver los restos de la pira, pero, si se mantenía muy quieto, él difícilmente podía ser visto. Con la capucha sobre la cabeza y el manto

oscuro cubriendo su cuerpo, se dispuso a esperar. Con ayuda de la diosa Fortuna, tendría suerte y aquella misma noche encontraría a quien buscaba. Si Fortuna le daba la espalda tal vez tuviera que volver otra noche, y otra más… Marco desechó la idea. Estaba seguro de que su plan no podía salir mal.

Mientras esperaba, forzó la vista para leer la inscripción en la lápida detrás de la que estaba escondido. Solo eran un puñado de iniciales, apenas había palabras completas, pero Marco, como cualquier romano con un conocimiento mínimo de las letras latinas, supo desentrañar la inscripción con facilidad. «*Dis Manibus Sacrum. Lucrecia Tertia. Annorum XII. Hic sita est. Sit tibi terra levis*». «Consagrado a los dioses manes. Aquí yace Lucrecia Tertia, de doce años. Que la tierra te sea leve». Marco estaba sobre la tumba de una niña de doce años, muerta, a juzgar por el estado de la lápida, en los tiempos en los que Aníbal aún paseaba su púnico culo por los campos de Italia. Puso la palma de su mano sobre la tierra y musitó una plegaria a los dioses de los muertos en memoria de Lucrecia. Muerta demasiado pronto, como tantos otros niños. Al menos, pensó Marco, aquella Lucrecia tenía una lápida que recordaba su paso por el mundo de los vivos. Otros muchos —la mayoría, de hecho—, no habían gozado ni de ese privilegio.

A medida que la luna se iba moviendo en el cielo y nada ocurría a su alrededor en el cementerio, Marco sintió que el sopor se adueñaba de él. Había dormido toda la tarde, pero la temperatura agradable y el cansancio acumulado de varios días de viaje pesaban como una losa sobre él en aquellos momentos. Marco se movió y estiró los músculos para tratar de permanecer despierto. De nada le habría servido aquel largo paseo hasta las Esquilias si se quedaba dormido y el sol le sorprendía tumbado junto a aquella lápida. Si es que llegaba a ver la luz del sol, claro. Dormirse en aquella necrópolis era una apuesta segura para terminar siendo víctima de alguna criatura extraña. Marco se dio tortas en las mejillas, respiró con profundidad, e incluso llegó a pincharse en las puntas de los dedos con su propia daga para alejar la sombra del sueño.

Cuando estaba a punto de caer derrotado, en el momento más oscuro de la noche, algo se movió junto a la pira que estaba vigilando. Abrió los ojos

y se puso en tensión. Tal vez no se trataba de la criatura que había ido a buscar, pero, aunque no fuera ella, tenía que permanecer alerta. Forzó la vista y descubrió, bañada bajo los rayos de luna, una masa amorfa que se movía de forma errática, tan pronto sigilosa y lenta como rápida y ruidosa. Iba cubierta por varias capas de ropas andrajosas de color oscuro, pero bajo aquellos mantos podía entreverse que había una persona de estatura pequeña que caminaba muy encorvada. Marco pudo escuchar su voz, agrietada, aguda, cruel y profundamente desagradable. La criatura hablaba consigo misma en voz muy baja. Decía algo, parecía responderse a sí misma y prorrumpía en carcajadas huecas y chirriantes.

Aquí estás, pensó Marco. Había tenido suerte.

La criatura se acercó a la pira funeraria y comenzó a apartar, con habilidad para no quemarse, palos y maderas a medio consumir, como si buscara algo entre ellos. No era el combustible que había alimentado el fuego lo que le interesaba. Era lo que allí se había quemado lo que motivaba su visita. Con manos fuertes y dedos secos como sarmientos de una vid, la criatura rebuscó entre las maderas hasta dar con lo que buscaba. Finalmente, tras una risotada de triunfo, extrajo lo que parecían ser los restos de una calavera, con la carne quemada aún pegada al hueso humeante. La criatura se pasó la pieza de hueso de una mano a otra, feliz ante aquel hallazgo fortuito. Como si lo que sostenía en sus palmas fuera un tesoro de valor incalculable. En cierta forma, para ella lo era.

—Canidia —dijo Marco tras ponerse en pie súbitamente—, veo que sigues teniendo predilección por los cadáveres recientes.

La criatura dio un salto hacia atrás y ocultó su botín a toda prisa detrás de la espalda, como si temiera que se lo pudieran arrebatar. De inmediato, sin hacer ni un solo ruido, se encogió sobre sí misma y trató de esconderse entre los arbustos de los alrededores, con la segura intención de escurrirse entre ellos y desaparecer sin dejar rastro.

—En nombre de Neóbula, mi madre, te ordeno que te quedes donde estás. Te liga un juramento, Canidia. Honra tu palabra y las cadenas que con ella te ataste, o rinde cuentas a Hécate por tu blasfemia.

La criatura se quedó muy quieta al escuchar las palabras de Marco. Lentamente, se dio la vuelta. Del interior de los mantos que cubrían su

cuerpo se escuchó una risa, creciente, muy suave al principio, una carcajada abierta e histriónica al final. Una mano delgada, casi tan descarnada como la calavera que había sostenido unos instantes antes, retiró dos capuchas y dejó salir a la luz de la luna una cabeza pequeña en la que unos cuantos mechones de un pelo fino y muy blanco hacían pensar que su propietario podía ser una persona. Canidia alzó el rostro y miró a Marco.

Lemurio no pudo reprimir un escalofrío. Se había encontrado con la vieja Canidia pocas veces en su vida. La primera de ellas siendo aún un niño que, obligado por Neóbula, había acompañado a su madre a las Esquilias como parte de su aprendizaje. Aquel fue el primer día que había visto el rostro de la vieja bruja. Veinte años después de aquel primer encuentro, Marco sintió la misma mezcla de miedo, repugnancia y compasión que había sentido la primera vez. La bruja no había cambiado nada. Su rostro era el mismo. Su cuerpo era idéntico. Sus ropas eran calcadas a las que él recordaba. Parecía como si el tiempo no hubiera pasado para aquella criatura de las sombras que antaño había sido una mujer.

Canidia tenía la cara deformada en un rictus que podía ser tanto de diversión como de ira o pena. Su nariz larga y curvada casi tocaba con su punta el labio superior. Tenía un ojo completamente cerrado, y el otro, siempre abierto, sin parpadear nunca, era gris como el mar en invierno. Su boca hacía mucho que había perdido su último diente, por lo que los labios de la bruja se introducían en el interior de la cavidad bucal. Pero era la piel de Canidia lo que siempre llamaba la atención de Marco de forma poderosa. Pese a su edad, la bruja no tenía ni una sola arruga. Su piel era lisa, tersa como un pergamino recién raspado, y parecía a punto de quebrarse con el más mínimo roce. A Marco aquella piel le recordaba al pellejo tostado de los cochinillos recién sacados del horno. Suave, sin arrugas, pero quebradiza y seca.

—Hijo de Neóbula —susurró la anciana mientras se balanceaba de un lado a otro—. Un antiguo juramento que nadie recuerda. Una mujer que ya está muerta y bien muerta, mientras Canidia sigue viva y bien viva. ¿Por qué habría de hacer honor a ese juramento? Dime, niño. ¿Por qué habría de obedecerlo la vieja Canidia?

—Porque un juramento ante Hécate no se rompe nunca. Tú misma lo sabes bien. Neóbula te perdonó la vida, pese a que hubieras merecido la muerte más horrible por tus muchos crímenes, anciana. Neóbula te perdonó, y a cambio te arrancó el juramento. ¿Debo recordarte cuáles fueron tus palabras, qué juraste con la palma extendida sobre el altar de Hécate? Yo mismo, aunque era un niño, estuve presente aquel día. Aquel día en que mi madre pudo haber mandado tu alma con tu dios Plutón, pero decidió permitirte vagar por el mundo de los mortales. ¿Debo recordarte esas palabras?

—Palabras, palabras… Las palabras se las lleva el viento, niño. Como se llevó hace tiempo las cenizas de tu madre, si es que alguien se molestó en quemar su cuerpo.

Marco ignoró la provocación. Sabía que Canidia era una experta en el engaño y el fingimiento, y que trataría de provocarlo para que su ira estallara y, de aquella manera, poder escapar ella misma.

—Hay palabras que se pierden en el aire. Y hay otras que permanecen en la memoria. No haré daño a los vivos, dijiste. Honraré a Neóbula y a los de su sangre, juraste. Esas palabras no se me han olvidado a mí, como tampoco se te han olvidado a ti. Y estoy convencido de que aquel día la diosa Hécate las grabó en una tablilla de plomo, y las guarda a buen recaudo, a la espera de que la vieja estúpida y malvada que las pronunció finja haberlas olvidado. ¿Quieres arriesgarte, Canidia?

La anciana frunció el ceño sobre el único ojo sano que tenía. Marco sabía que aquella mujer, que había hecho de las artes de Hécate su sucio y corrupto modo de vida, jamás se atrevería a romper aquel juramento hecho años atrás.

Recordaba muy bien aquella noche en la que Neóbula le había arrastrado hasta las Esquilias contra su voluntad. Marco era por entonces un niño con tendencia a la desobediencia y la rebeldía, más interesado en deambular por las calles de Roma con sus amigos que a escuchar las largas lecciones de su peculiar madre. Aquella noche, sin embargo, Neóbula no le había dejado opción. Le había obligado a vestirse después de la caída del sol y le había hecho caminar el largo trayecto que mediaba entre la Subura y las Esquilias. Una vez allí, un muy asustado Marco había notado algo muy

extraño. Al entrar en el cementerio, su madre había ganado aplomo, como si de pronto hubiera crecido varios palmos y su voz sonara más potente. En aquel lugar, aquella noche, Marco había dejado de ver a Neóbula, su madre, para ver por primera vez a Neóbula, la hechicera. Habían encontrado a Canidia junto a un gran panteón en ruinas, y la anciana se había arrojado a los pies de Neóbula, suplicando. Ella había ordenado a Marco que permaneciera al margen, que viera lo que viera y escuchara lo que escuchara no interviniera. Pero que mantuviera toda su atención puesta en lo que iba a suceder. Neóbula había obligado a Canidia a poner sus manos sobre una piedra y, tras haber recitado ella misma unos ensalmos, había hecho que la bruja pronunciara su juramento. La anciana lo hizo, entre lágrimas y maldiciones, y solo cuando el ritual hubo terminado, Neóbula permitió que se marchara. Canidia se había ocultado a toda prisa entre las ruinas del panteón, no sin antes lanzar a la silenciosa noche varios gritos y expresiones malsonantes.

Pese a las preguntas de Marco durante la caminata de regreso a casa, Neóbula había sido muy parca en sus respuestas. Canidia había sido una bruja de escaso poder, poca habilidad y casi nulos conocimientos sobre las artes de la magia. Pero en su afán por aumentar sus poderes, había cometido crímenes terribles. Acciones que Neóbula se negó a narrar a Marco pero que, por lo que él pudo deducir de las escasas palabras que arrancó a su madre, estaban relacionadas con rituales en los que varias personas inocentes habían perdido la vida. Neóbula había puesto fin a sus fechorías y, tras demostrar a Canidia los poderes de una auténtica hechicera, la había atado con un juramento que la impediría volver a las andadas. Cuando Marco le había preguntado a su madre por qué no había matado a aquella vieja bruja, ella le había mirado de arriba a abajo con el semblante muy serio y había respondido de forma escueta.

—Eres tan romano como tu padre, y como un romano piensas y hablas, Marco. Hay criaturas que, por muy malvadas que sean, aún no han cumplido sus funciones en el mundo de los mortales. Canidia aún puede sernos útil en el futuro. No lo olvides.

Y Marco no lo había olvidado. Había recurrido a Canidia en varias ocasiones tras la muerte de Neóbula, y en todas ellas la bruja había

intentado sin éxito sacudirse el juramento realizado años antes. A Marco no le gustaba tener que pedir ayuda a la vieja bruja. Le desagradaban las Esquilias y le desagradaba aquella extraña mujer que siempre parecía dispuesta a arrancarle las entrañas para hacer con ellas algún tipo de ritual, pero, en ocasiones, no le había quedado más remedio. Canidia vivía al margen de la sociedad romana, era una criatura de la noche, y como tal resultaba una fuente perfecta de información acerca de algunos temas que, de no haber podido recurrir a ella, Marco no habría podido indagar. La desaparición de los niños de la Subura parecía uno de aquellos temas. Si existía una criatura en Roma que supiera algo de extraños encapuchados que atacaban a los niños en las sombras, esa tenía que ser Canidia.

Marco estaba casi seguro de que la anciana no tenía nada que ver con el asunto. O no de forma directa. Desde que Neóbula le había arrancado el juramento, la bruja se había limitado a profanar tumbas y realizar sus hechizos y rituales con trozos de cadáveres, hierbas y cuerpos de animales. No había vuelto a molestar a los vivos, pues sabía que aquello habría supuesto la ruptura del juramento, con terribles consecuencias para ella. De todos modos, que la bruja no estuviera detrás de la desaparición de los niños no significaba que no supiera quién podría ser el responsable. Si algo había aprendido Marco de sus anteriores entrevistas con Canidia era que la bruja tenía ojos en todas partes y parecía enterarse de cualquier acontecimiento sobrenatural que sucedía en Roma. Naturalmente, siempre pedía algo a cambio de la información que ofrecía.

—¿Qué quieres de la vieja Canidia, hijo de Neóbula? ¿No puedes pagar una puta joven y quieres que te alivie tus pasiones con mi boca desdentada?

La anciana se echó a reír ante su ocurrencia, pero era evidente que seguía estando muy furiosa. A Marco no le resultaría sencillo sacarle la información que buscaba. Por suerte, ya había contado con la resistencia de la vieja bruja.

—Una oferta tentadora, pero no vengo en busca de tus encantos sexuales, anciana.

—Uy, uy, desprecia mi cuerpo… ¿Sabes que puedo nublar tus sentidos hasta hacerte creer que mi carne es la de una joven de veinte años? No

serías el primer muchacho que cae rendido a mis pies y me suplica una segunda noche en mi cama. No, no lo serías, Lemurio.

La bruja volvió a reír y Marco no pudo reprimir un nuevo escalofrío. Algo le decía que Canidia no estaba bromeando cuando hablaba de haber seducido a algún hombre haciendo uso de sus malas artes. Solo de pensar en yacer junto a ella, Marco notó que sus testículos se encogían. Su madre siempre le había dicho que los poderes de Canidia eran muy limitados. Pero al mismo tiempo le había aconsejado que nunca subestimara a una discípula de Hécate, por muy pequeñas que se le antojaran sus habilidades.

—Otro día, tal vez… Hoy lo que necesito es tu lengua, pero no entre mis piernas, sino derramando palabras en mi oído. Necesito información, Canidia. Información que solo tú puedes proporcionarme.

La bruja sacó la calavera de su escondite y volvió a juguetear con ella en las manos. Había comprobado que Marco no pretendía reprenderla por profanar las piras funerarias y llevarse con ella partes de los cuerpos medio calcinados. Al fin y al cabo, hurgar en una pira y llevarse material e ingredientes para sus hechizos no estaba prohibido según el juramento que le había hecho a Neóbula.

—¿Información? El sexo te lo ofrezco gratis, pero la información tiene un precio, Lemurio. Hasta un chico estúpido como tú sabe eso. Canidia puede ser vieja y fea, pero no tiene un pelo de tonta. ¡Y eso que me quedan pocos pelos!

La anciana, riendo a carcajadas, se arrancó un cabello de su ya casi calva cabeza para dar énfasis a sus palabras. Sin soltar la calavera, se dejó caer sobre una enorme plancha de piedra, una antigua lápida caída y olvidada siglos atrás, y se quedó sentada sobre ella.

—Sé que no puedo apelar a tu bondad, porque no hay bondad alguna en tu corazón, más podrido que tus dientes. Por supuesto que te ofreceré algo si la información que me das me resulta de interés.

—Ah, trampas a estas alturas de mi vida… Lemurio, ¿crees que soy una vestal de coño intacto a la que puedes engatusar con tu palabrería barata de buhonero? No, la vieja Canidia ha visto ya muchos inviernos. ¡Y muchos más que pretende ver, por Plutón! Una palabra dicha ya no puede recuperarse, aunque el pago por ella sea injusto. Si respondo a tus preguntas

y tu obsequio no me satisface, habré perdido mi tiempo. No, no enfades a Canidia, Marco Lemurio. Me ata a tu sucia estirpe griega un juramento. Ningún daño puedo hacerte, pero nada me obliga a ayudarte a cambio de nada. ¡Por Mercurio que no!

Marco sonrió bajo su propia capucha. La anciana era un hueso duro de roer. Engañarla sería tanto como engañar al mismísimo Caronte. Marco no tenía intención alguna de hacerlo. Sabía que perder la poca confianza que Canidia podía tener en él supondría perder para siempre una fuente de información muy valiosa para su trabajo. Debía cuidar su relación con aquella bruja, por mucho que le repugnasen su presencia y sus crímenes pasados.

—¿Te he engañado alguna vez, abuela? Hemos hecho tratos muchas veces, y siempre has sido pagada de forma justa. Más que justa diría yo. ¿Alguna vez he intentado golpearte? ¿Alguna vez te he amenazado con denunciarte al pretor por saquear las tumbas de los romanos honrados?

—No hay romanos honrados como no hay griegos a los que no hayan dado por el culo de niños. ¡Y me gustaría ver cómo intentas golpearme! Ahora me llamas abuela, y antes me llamabas vieja y bruja. Tu boca derrama miel cuando antes vomitaba vinagre. Adelante, Lemurio, haremos un trato. Tú pregunta, y yo te diré si conozco la respuesta. Después me ofrecerás tu pago, y si me satisface hablaré tanto tiempo que la luna dará la vuelta en el cielo y la noche doblará su tiempo de duración.

Marco asintió, satisfecho. Sabía que el pago que se disponía a ofrecer a Canidia era suficiente, por muy interesante que fuera su respuesta.

—Alguien está llevándose a los niños de la Subura —dijo—. Necesito saber quién está detrás de esto.

El rostro de la anciana no cambió en absoluto. Siguió pasando la calavera descarnada de una mano a la otra.

—Los niños siempre desaparecen en Roma. Es una ciudad que devora niños, por si no lo sabías.

—Sí, y de eso sabes tú mucho, Canidia. Desde que mi madre te sometió, los niños romanos duermen más tranquilos en sus camas.

—Oh, sí, indudablemente insultar y ofender a la vieja Canidia hará que su lengua se suelte. No, no tengo nada que ver con esos niños desaparecidos

de los que hablas. Tu madre me obligó a limitar mi magia, y ya no puedo emplear los tiernos ingredientes que usara antaño…

El cuerpo de la bruja tembló sacudido por un escalofrío, como si al recordar el pasado le hubiera acometido un súbito placer.

—¿Quién se está llevando a los niños? ¿Lo sabes?

—Tal vez el viento me haya traído algunos rumores. Gritos y cánticos que se escuchan en la noche. Sonidos que hacía mucho tiempo que no se deslizaban hasta los oídos de un mortal en esta parte del mundo. Sí, tal vez pueda ayudarte, Lemurio. No te daré nombres, ni te señalaré lugares, pues mis ojos no han querido ver y mis oídos no han querido escuchar más de lo que es seguro para esta anciana. Pero te daré buenas pistas para que empieces tu búsqueda de esos niños. O de lo que quede de ellos, mejor dicho. —Canidia prorrumpió en carcajadas como si la imagen de los niños muertos fuera algo terriblemente divertido—. Ahora muéstrame mi recompensa antes de que mi lengua se suelte del todo. No me decepciones, Lemurio. Sé que guardas muchos tesoros en ese almacén de tu madre. Comparte alguno con la vieja Canidia.

Marco sacó dos objetos del interior de su túnica. Uno era una pequeña redoma de vidrio opaco que contenía un líquido espeso. El otro era una pequeña bolsa de cuero atada con una tira.

—Dos tesoros te ofrezco, anciana. Una botella con sangre de un cordero sacrificado en el santuario de Trofonio. Y un saco con granos de trigo consagrados en los misterios de Eleusis. No son dos baratijas precisamente. —Canidia se removió inquieta, cambiando el peso de una pierna a la otra. Dejó caer la calavera al suelo y caminó hacia Marco con las manos extendidas, como si hubiera perdido todo miedo a ser agredida. Él guardó de nuevo los dos objetos—. Pero antes tienes que ganarte esta recompensa, abuela. ¿Qué sabes de los niños que han desaparecido?

La anciana chasqueó la lengua fastidiada.

—Sangre de Baco, Lemurio. Sangre de Baco es lo que debes buscar. Viejos cultos venidos de Oriente, ritos que fueron muy populares en los tiempos en los que el nombre de Aníbal aún asustaba a los romanos más recios. Ritos viejos, odios viejos. Roma no permitió que la sangre de Baco manchara sus campos, y sus acólitos se retiraron a sus cuevas. Pero no

murieron, ya lo creo que no. Siguieron adorando a su dios en las sombras, en los páramos, en las montañas y los bosques, pero no en las ciudades. Hoy la sangre de Baco vuelve a correr, y los sacerdotes y las bacantes se bañan en ella. Sangre de un dios, sangre de niños. Mucho odio a Roma hay en sus corazones. Los hijos de Rómulo pagarán por el sufrimiento de los hijos de Baco. Eso es lo que me cuenta el viento de la noche. Eso es todo lo que sabe la vieja Canidia.

—Hablas en enigmas, vieja bruja. Sé más clara.

La bruja dio otro paso al frente, sin retirar las manos.

—Lo que nace de las sombras no puede ser puesto a la luz. Si quieres discursos claros búscate a un filósofo griego. Te dirá bellas palabras y luego te chupará la *mentula* si se lo pides. Lo que sé es lo que te he dicho. No hay mentira en las palabras de Canidia, aunque ahora te parezcan oscuras. Cumple con tu parte del trato, Lemurio.

El romano sacó de nuevo los objetos y se los lanzó a la bruja. Por nada del mundo quería tener contacto físico con ella. La anciana demostró una sorprendente agilidad y atrapó tanto la redoma como el saquillo en sus manos sin dejar que cayeran al suelo. Cogió la pequeña botella y la lamió con avidez.

—Disfruta de tu premio, Canidia. Tal vez vuelva dentro de unos días.

—Oh, volverás, ya lo creo que volverás. Pero no será dentro de unos días.

La anciana prorrumpió en carcajadas antes de echar a correr y perderse entre las sombras de la necrópolis.

Marco tuvo que hacer un esfuerzo para memorizar los puntos esenciales de las palabras de Canidia. Por muy errático y confuso que hubiera sido su discurso, tenía que haber en él algo que se pudiera aprovechar. La vieja bruja podía ser malvada y estar loca como un fenicio lejos del mar. Pero sabía que no le convenía mentir a Marco Lemurio o ponerle sobre una pista falsa. Estaba convencido de que en aquellas palabras habría indicios para avanzar en su investigación.

Mientras regresaba a la Subura desde las Esquilias, recapituló. Sangre de Baco. Odio contra Roma. Un culto viejo de sacerdotes y bacantes que había pervivido pese a su prohibición. Marco maldijo su ignorancia en cuestiones de historia y de política. ¿Qué cultos habían sido prohibidos y perseguidos en Roma? Que él supiera, la República romana daba libertad religiosa total a los ciudadanos siempre que sus ritos no atacaran la estabilidad del sistema y la paz social. Tendría que consultar a alguien que supiera del tema. Tal vez Saturnino pudiera ayudarle. Aunque eso supondría tener que aguantar sus presiones para que le fabricara cuanto antes el dichoso filtro amoroso…

Tras la larga caminata, Marco sentía que el estómago rugía pidiendo una cena caliente. Lo poco que había comido mientras compartía su despensa con los niños refugiados en su casa no le había saciado en absoluto. No faltaban muchas horas para la salida del sol, pero en la taberna de Quelidón las cocinas nunca cerraban. Marco decidió que aquella noche se había ganado el derecho a una buena cena y, cómo no, una jarra de vino tinto. Algo que le ayudara a olvidar el olor a muerte y bruja vieja que se le había metido en las fosas nasales y casi hasta el mismo cerebro.

Entró en la taberna, casi vacía a aquellas horas cercanas al alba. Tito, el portero, dormitaba en su taburete junto a la puerta. Al notar que entraba un cliente abrió un ojo, pero lo volvió a cerrar al comprobar que se trataba de Marco. Aquel hombre pequeño y fornido rara vez se retiraba de su puesto en la puerta. Marco podía contar con los dedos de una mano las veces que en los últimos años había ido a la taberna de Quelidón y Tito no había estado en aquel lugar con su enorme porra junto a él.

Un par de borrachos dormían sobre las mesas, abrazados a sus jarras de vino. Tres hombres jugaban a los dados con entusiasmo, cambiando de manos varias pilas de monedas de bronce según las tiradas favorecían a uno u a otro. Marco se sentó en su mesa y esperó a que le atendieran. Se sentía muy cansado. A pesar de la larga siesta que había echado tras su conversación con el panadero y su familia, el sueño había acabado por apoderarse de él. El hambre era lo único que lo mantenía despierto y alerta.

A pesar del sopor que le invadía, sintió que todo el vello de su cuerpo se erizaba cuando vio el rostro de la esclava encargada de atenderle. Su

corazón comenzó a latir desbocado, y las palmas de las manos se le llenaron de un sudor frío.

—Buenas noches, cazador de licántropos.

—Alda… —respondió él, tratando de mantener la calma. Cada vez que tenía que tratar con aquella esclava hispana, Marco acababa odiándose a sí mismo. Siempre se comportaba como un adolescente enamorado. No podía evitar mostrarse o demasiado dulce con ella o demasiado soberbio si veía que no podía conseguir su atención o sus favores. ¿Qué tenía aquella joven que conseguía sacarlo de sus casillas y hacerle perder la compostura de forma tan lamentable?—. Hacía mucho tiempo que no coincidíamos aquí.

—Cosas del amo, ya sabes. Este no es el único negocio que tenemos que atender.

—Algún día tendrás que hablarme de ese amo y esos negocios.

Ella sonrió, dejando claro con su silencio que aquello no ocurriría jamás. Como Marco sabía muy bien, ningún esclavo de aquella taberna hablaba jamás del misterioso amo ni de los lugares a los que en ocasiones los trasladaba para utilizar sus servicios.

—¿Quieres una jarra de vino? —preguntó ella.

—Sin que sirva de precedente, esta noche es algo de comer lo que vengo a buscar. ¿Qué tenéis en la cocina? Sea lo que sea, lo acompañaré solo con un vaso de vino.

—Queda algo de estofado de judías, con carne de cerdo y verduras.

—Suena bien. Tráeme una escudilla.

La esclava asintió y se dirigió a la cocina.

—Aunque, pensándolo mejor, la carne de cerdo suele estar muy salada. Tráeme la jarra de vino en lugar del vaso.

Alda rio y desapareció detrás de la barra. Regresó al poco tiempo con una bandeja sobre la que había dispuesto un enorme cuenco humeante, media hogaza de pan y una jarra de vino. Marco se abalanzó sobre la comida y dio buena cuenta de ella en silencio. A diferencia de otras ocasiones en las que tras servirle había desaparecido a toda prisa, Alda permaneció a su lado, viéndole comer.

—No te preguntaré si buscas compañía, porque sé que por algún motivo ya no deseas estar conmigo. Y no será por falta de dinero. Sé que has estado

con algunas compañeras, y sé que has pagado generosamente sus servicios.

Marco se quedó de piedra, con un trozo de pan mojado en el caldo del estofado a medio camino entre el cuenco y la boca. Alda nunca le había hablado con tanta franqueza. Solo habían compartido la cama en una ocasión, y, desde entonces, Marco, obsesionado como estaba con ella, no había vuelto a pagar por sus servicios sexuales. Las veces que había ido a la taberna con intención de hacerlo, Alda estaba ausente o se encontraba ocupada con otro cliente. Cuando la esclava le había ofrecido subir al piso de arriba con él, había sido Marco el que, por un motivo o por otro, había renunciado a ello. Él ardía en deseos de volver a acostarse con ella, de sentir de nuevo lo que había sentido aquella noche. Una sensación de abandono, de tranquilidad, de una pasión que casi parecía real a pesar de saber que eran las monedas las que habían hecho de motor de aquel encuentro. Quería sentir a la esclava a su lado, su piel suave, y quería que se durmiera sobre su pecho después de quedar los dos saciados. Y, sin embargo, sabía que cada vez que aquello ocurriera, su obsesión con Alda aumentaría más y más, haciéndole caer en una espiral en la que él, más tarde o más temprano, acabaría mal parado.

—Tengo mis motivos —dijo Marco Lemurio—. Por mucho que me agrade tu compañía, es mejor que no ocurra nada entre nosotros.

—Es tu dinero, Lemurio. Gástalo como consideres oportuno.

La esclava le dio la espalda y comenzó a caminar para regresar a la cocina. Marco pensó en ignorarla, en dejar que desapareciera, terminar de comer y regresar a casa. Seguir con su filosofía de no permitirse a sí mismo caer en las redes de una esclava. Usar la cabeza e ignorar al corazón. A pesar de todo, fuera el sueño que embotaba sus sentidos, fuera el recuerdo de las lápidas del cementerio de las Esquilias o fuera que Venus aquella noche se sentía con ganas de enredar la vida de aquellos dos mortales, Marco se levantó de la mesa.

—Espera, Alda. No te marches. —La esclava se dio la vuelta de nuevo y lo miró—. Nada me apetecería más en este mundo que tomarte de la mano y llevarte arriba. Y precisamente por eso no puedo hacerlo. Yo… Lo cierto es que nunca…

Ella dio dos rápidas zancadas y puso su mano en la boca de Marco, para hacerlo callar.

—Siéntate y habla más bajo. En esta taberna hay muchos oídos, demasiados, incluso cuando está vacía. Habla en voz baja. Y continúa. Por favor, continúa. ¿Qué es lo que nunca has hecho?

Marco se sentía muy confuso. ¿Por qué le había interrumpido de aquella manera? ¿A quién podía importarle lo que él sintiera por una esclava hispana más que a algún curioso o a alguien que pretendiera burlarse de él por su mala cabeza?

Marco volvió a sentarse y Alda ocupó un taburete a su lado. Acercó mucho la cabeza a la de él, en un gesto de complicidad que a nadie le habría parecido extraño o sospechoso ya que era muy habitual entre las esclavas de la taberna y sus clientes.

—Yo nunca había sentido esto por una… Ya sabes lo que quiero decir.

—Sé lo que soy, Marco Lemurio. Soy una esclava hispana. Una cautiva que cuesta menos que un animal de tiro. Una puta que vale tanto como la firmeza de sus tetas. No te andes con rodeos. No es tu estilo.

Y tenía razón. No era su estilo. Marco nunca había sido un hombre dado a derramar palabras de amor, sinceras o no, en los oídos de una mujer.

—Estoy obsesionado contigo, Alda. Desde aquella noche, tu rostro me acompaña cada vez que cierro los ojos. Sé que todos los besos que me diste eran comprados y que no hubo sincero afecto en tus caricias. Cumpliste con tu cometido, hiciste lo que se esperaba de ti. Pero aun así… No puedo evitar echar de menos aquella noche, aquel amanecer en que te dormiste entre mis brazos. Estoy loco y me merezco que me azoten o que me cuelguen de la cruz por esto. Pero quería que supieras que, si rechazo estar contigo, es precisamente porque lo deseo con todo mi ser.

—Tienes razón, Lemurio. Estás loco. Mis besos no me pertenecen, y por ese motivo no puedo dártelos. Solo vendértelos, y el dinero que pagas por ellos tampoco es para mí. Sabes cómo funcionan las cosas. Especialmente en esta taberna. Mi amo es muy celoso de sus posesiones.

—Tu amo. Tu maldito amo. Ojalá supiera quién es.

—Ya te lo dije en alguna ocasión. Deja a mi amo en paz. Bastantes problemas tienes ya para meterte en otros nuevos.

—¿Y qué hago con esto, Alda? ¿Qué puedo hacer con estos sentimientos que me abrasan?

—Ahogarlos. Todos los esclavos lo hacemos. —Alda acarició el rostro de Marco—. Si mis besos te hacen daño, es mejor que me los guarde. El tiempo lo cura todo, cazador de licántropos. Espero que no te perdamos como cliente en la taberna. Tendríamos que cerrar en unos meses por falta de ingresos… —Alda besó con ternura la punta de la nariz de Marco y se dispuso a levantarse, pero él la agarró con firmeza de la cintura y le devolvió el beso, en la boca—. Creía que mis besos te hacían daño.

Marco volvió a besarla.

—Más que cualquier golpe que me hayan dado. Y me han dado muchos. Mañana empezaré a olvidarte, hispana. Pero esta noche te necesito a mi lado.

Alda sonrió y se dejó llevar escaleras arriba.

OceanofPDF.com

VII
Los peligros de la noche

Primo el Negro deambuló por las calles de la Subura para tratar de controlar su enfado. En su imaginación se veía a sí mismo clavando un puñal en el cuello de aquel brujo maricón que le había echado de su casa y le había humillado delante del resto de los niños. Marco suplicaba clemencia, pero un Primo más alto y de rostro implacable no se la concedía. Le apuñalaba sin piedad hasta que sus brazos estaban manchados de sangre. Imaginaba aquella escena mientras paseaba por las calles polvorientas, haciendo aspavientos y amagos con el brazo derecho como si en realidad tuviera a Marco frente a él. Concibió todo tipo de venganzas contra el hechicero y contra Céfiro, que era el responsable último de lo que había sucedido. Tal vez el tal Lemurio se escapara de sus planes. A fin de cuentas, era un adulto, y los adultos siempre podían ser peligrosos. Pero Céfiro pagaría por la humillación que había sufrido.

A medida que se alejaba de casa de Marco y su venganza imaginaria adquiría tonos más épicos, el enfado se iba diluyendo, dejando paso en su lugar a otras sensaciones. Sensaciones que habían acompañado a Primo desde que un año antes hubiera abandonado la casa de sus padres, cansado de las palizas y el hambre. Soledad. Tristeza. Miedo. Rabia. Sensaciones que nunca había confesado a nadie pero que formaban parte de él como si estuvieran pegadas a su propia piel. Ante el resto del mundo, Primo era un ratero cruel e implacable que se movía con soltura por las peores calles de la Subura. Por el contrario cuando estaba solo, en medio de la noche, volvía a ser un niño que añoraba el amor y el calor de un hogar que nunca había conocido.

Con lágrimas en los ojos, Primo siguió paseando hasta que las piernas y los pies doloridos le obligaron a parar. Entonces se dejó caer en el suelo y se echó a llorar.

Se encontraba en uno de los extremos orientales de la Subura, casi en los límites del barrio. Una zona especialmente humilde incluso para los parámetros habituales de la que era la zona más pobre de Roma. A su alrededor había una gran cantidad de casas bajas construidas con materiales baratos. Tanto estas como los escasos edificios de varias plantas estaban en ruinas y amenazando con desplomarse en cualquier momento. Primo había escuchado tiempo atrás que aquella región de la Subura había sufrido uno de los temidos incendios que de cuando en cuando asolaban alguna parte de Roma. Después de que las llamas devoraran los edificios, las familias que habían sobrevivido se habían marchado, dejando tras de ellos los esqueletos medio derruidos de sus viviendas. Los propietarios de las parcelas y las *insulae*, nobles y caballeros que jamás ponían un pie en aquella parte de la ciudad, habían visto más rentabilidad en olvidarse de ellas que en tratar de reconstruirlas para atraer inquilinos. Primo y el resto de los niños solían buscar en aquellas ruinas un refugio cuando apretaba el frío o cuando querían esconderse de los adultos.

Cuando logró controlar el llanto, el muchacho se puso de nuevo en pie. Sentía una punzada en el estómago por el hambre acumulada de una jornada entera sin comer nada más que los restos de una hogaza de pan duro como la piedra que había encontrado la noche anterior. La subida de precios en los alimentos se cebaba sobre todo en los más pobres, que veían cómo incluso sus fuentes de provisiones habituales, la caridad o la rapiña entre la basura, quedaban mermados ante la incapacidad de la gente para dar de comer a sus propios hijos. Primo no sabía nada de especuladores que almacenaban trigo en enormes silos para desestabilizar la situación política. No sabía nada de piratas que atacaban las naves mercantes, ni de guerras en Oriente, ni de tribunos de la plebe. Él sabía que tenía hambre, que tenía miedo y que estaba muy enfadado con el tal Marco Lemurio. Ninguno de aquellos tres problemas los podría solucionar aquella noche, de modo que, con el espíritu pragmático de quien sobrevive en las calles a duras penas, decidió buscar un lugar en el que dormir y aguardar a que saliera el sol. Al

día siguiente buscaría algo de comer, aunque tuviera que colarse en las cocinas de alguna casa noble. No sería la primera vez que lo hacía, y, aunque el riesgo era elevado, el botín merecía le pena. Con el estómago lleno podría planear mejor su venganza contra Céfiro y su amo. Y en cuanto al miedo… Había vivido con miedo casi toda su vida, y este se había convertido en un compañero de viaje habitual.

Como todos los niños de la calle, Primo sabía que dormir a la vista de cualquier transeúnte era el primer paso para acabar esclavizado en un prostíbulo o en una mina, por lo que decidió buscar un lugar escondido en el que descansar sin sobresaltos. No era la primera vez que le sorprendía la noche en aquella parte de la ciudad, y conocía algún edificio en ruinas lo bastante bien conservado como para ofrecerle refugio sin correr el riesgo de que un muro se desplomara sobre él en medio del sueño.

Se trataba de una *insula* que, aunque en su momento había llegado a tener cinco pisos de altura, había quedado reducida a los tres primeros debido al fuego y el abandono. Para acceder a ella había que deslizarse entre unas vigas de madera carcomida y atravesar un patio lleno de zarzas. Primo y otros niños solían entrar a aquel patio para comer las moras del zarzal, que en aquellos momentos estaba completamente desnudo de sus frutos y solo conservaba algunos ejemplares pequeños, verdes y aún no comestibles. Esquivó las zarzas con habilidad logrando hacerse solo una pequeña raspadura en el brazo derecho. Aquel zarzal resultaba una magnífica barrera que los adultos no podían atravesar sin salir muy magullados, por lo que la *insula* era un refugio ideal para los niños que querían pasar desapercibidos. Primo llegó hasta el portal y subió con cuidado las escaleras, evitando los peldaños de aspecto más endeble. En algún tramo estos habían desaparecido por completo, por lo que el niño se vio obligado a saltar con cuidado agarrándose a las paredes. Finalmente, llegó al primer piso, que estaba prácticamente sumido en una penumbra solo rota por algunos rayos de luna que se colaban allí donde el techo había desaparecido. Entró en un viejo apartamento, muy semejante al que habitaban Lemurio y su esclavo, y tras coger del suelo una manta vieja y raída, se hizo una almohada con ella y se tumbó en una de las esquinas. El apartamento estaba completamente vacío, y solo quedaban en el suelo los

restos de lo que pudo haber sido el humilde mobiliario de madera de cuando la casa estaba habitada. Una ventana en una de las paredes comunicaba con el patio, y por ella se colaba una ligera brisa que en verano hacía de aquella estancia una de las más agradables de la vieja *insula* en ruinas.

El niño cerró los ojos, confiando en dormirse pronto para poder olvidarse del vacío que sentía en el interior de su vientre. De haberse quedado en casa de Marco Lemurio habría podido cenar algo, pensó, pero desechó de inmediato aquel pensamiento de su cabeza. Lo más probable era que aquel brujo hubiera acabado cenándoselo a él después de descuartizarlo y meterlo en una olla. Se contaban cosas terribles de aquel personaje. Tal vez su venganza podría consistir en contar a algún magistrado alguna de aquellas historias. Nada le habría gustado más a Primo que ver a aquel hijo de puta de hechicero arrojado desde la roca Tarpeya. Podría ser incluso que el magistrado le diera una recompensa por haber colaborado con las autoridades…

En aquel momento, escuchó un ruido en el exterior del apartamento. Un crujido en las maderas del suelo, y el sonido de algo deslizándose contra la piedra. El niño se puso en pie y sacó de su raída túnica un pequeño cuchillo. Como todos los niños que vivían en las calles de la Subura, iba siempre armado. En Roma, un arma afilada podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte para un niño sin familia. Primo había usado aquel cuchillo para amedrentar a sus rivales, e incluso en una ocasión se lo había clavado a un hombre que pretendía robarle. No era un arma espectacular, pero él la mantenía afilada para que fuera lo más letal posible.

—Lárgate de aquí, quienquiera que seas. Tengo un cuchillo —dijo—, y como quieras joderme te lo clavaré en un ojo antes de que puedas parpadear.

Nadie respondió. Primo avanzó por la habitación, con el cuchillo delante de él y el ceño fruncido en el gesto más fiero que su cara aún de niño podía esbozar. Sabía que en aquellas circunstancias era preferible tomar la iniciativa que esperar a que le sorprendieran a uno agazapado en un rincón.

—Que salgas, me cago en Plutón —dijo, fingiendo una voz más grave. El niño salió al pasillo de un salto, apuñalando al aire. El intruso estaba ante

él, mirándole con unos ojos claros que brillaban a la luz de la luna—. Por la puta Juno, qué susto me has dado.

El intruso que había atemorizado a Primo no era más que un perro famélico con las costillas muy marcadas y cara de no haber probado la carne en los últimos meses. Comenzó a gemir, con la cabeza agachada y el rabo entre las piernas. Un perro callejero acostumbrado a las patadas y los golpes de todo aquel que se cruzaba con él. Un animal de color canela, orejas de punta y hocico alargado. Un bastardo canino de las calles de Roma.

—Lárgate de aquí. No tengo nada que darte. Si tuvieras algo más que huesos te comería yo a ti.

Primo no sintió ninguna lástima por el animal. La vida en las calles de Roma le había hecho inmune ante este tipo de sensiblerías.

El perro ladró, primero como una súplica, y después como una amenaza, ridícula, habida cuenta del tamaño y el estado del animal. El pequeño dio un grito acompañado de una patada en el suelo y el perro desapareció, corriendo escaleras abajo.

El niño se dio la vuelta, satisfecho de haber hecho frente a tan temible adversario, y se dispuso a regresar al rincón en el que había intentado dormir.

Sin embargo, al volver a mirar hacia la habitación, se quedó clavado en el sitio en el que se encontraba. Sobre la vieja manta que había utilizado como almohada había un hombre, completamente cubierto por una túnica que le llegaba hasta los pies y con una gran capucha que ocultaba todo su rostro. El hombre estaba en pie, muy quieto. Y en su mano derecha llevaba un enorme cuchillo de mango corto y hoja curvada.

Primo reaccionó al instante. No tuvo tiempo de relacionar aquella figura encapuchada con las recientes desapariciones de niños en la Subura. Tampoco le hizo falta. Cuando vivías en las calles, aprendías a detectar una amenaza, y aquel hombre lo era con toda certeza. Nadie que tuviera buenas intenciones se deslizaba en un edificio como aquel en mitad de la noche armado con un puñal. Sin dudarlo, Primo echó a correr.

Con dos largas zancadas alcanzó los primeros peldaños de la escalera que conducía al patio inferior. El hambre había desaparecido. También sus

deseos de venganza contra Marco Lemurio. En su cabeza solo había espacio para una idea: sobrevivir. Tenía que alcanzar la calle y una vez allí correr hasta algún lugar concurrido.

Aunque era de noche no le resultaría difícil conseguirlo, ya que muchos comerciantes de la Subura empleaban precisamente aquellas horas en las que las calles estaban más vacías para cargar y descargar sus mercancías. Un grupo de fornidos trabajadores disuadirían a aquella figura de hacerle daño.

Saltó de un escalón a otro, notando cómo uno de ellos se quebraba bajo sus pies y amenazaba con dejarlo caer al sótano. Por fortuna para él, pudo impulsarse con la pared y llegar al siguiente tramo. Una persona con más peso no lo habría logrado. Primo llegó al portal de la *insula*, y solo entonces se atrevió a mirar hacia atrás.

Nadie le seguía. Detuvo su carrera y tomó aliento. ¿Y si la figura que creía haber visto no había sido más que un producto de su imaginación? Tal vez el hambre y el sueño, sumados al susto que le había dado el perro famélico, le habían empujado a imaginar cosas.

Fuera como fuera, ya no conseguiría descansar tranquilo en aquel lugar. Decidió dormir en algún portal de la zona más habitada de la Subura. Prefería arriesgarse a que algún vecino le diera una patada a encontrarse de nuevo con aquel misterioso encapuchado. Primo se deslizó con habilidad entre las zarzas del patio y se coló entre los dos enormes maderos caídos.

En la calle, respiró aliviado. Había conseguido escapar.

En ese momento, una mano se cerró en torno a su cuello, empujándolo contra la pared y dejándolo sin respiración por el golpe. El muchacho alzó la mirada y se encontró con la figura encapuchada frente a él. Y no estaba sola. Junto a ella, había otro hombre, cubierto con la misma túnica y la misma capucha.

—Hijos de…

No pudo acabar la frase. Algo le golpeó por detrás en la cabeza, y el mundo de Primo se diluyó en un estallido de dolor y luz blanca.

OceanofPDF.com

VIII
Aristóbulo

Con la luz del alba, la magia que había hecho que una esclava y un hombre libre se sintieran legitimados para amarse se diluyó por completo. Cuando abrió los ojos después de un breve sueño sobre el pecho de Marco, la dulzura de Alda dio paso a su habitual distancia cínica y profesional. Marco no se lo pudo reprochar. Al fin y al cabo, ella misma se lo había advertido antes de subir a la habitación. Si mis besos te hacen daño, es mejor que me los guarde. Había sido él quien había insistido en meterse en la cama con ella, empujado por el cansancio y la sordidez de lo que había visto y vivido en el cementerio de las Esquilias. Necesitaba el calor de un cuerpo para quitarse el frío de los muertos en la piel, y Alda desde luego había conseguido hacerle olvidar el repugnante rostro de Canidia. Pero la mañana suponía el fin de aquella ilusión. Ella tenía que regresar a su vida de esclava, y él a su agujero de rata de la Subura.

—Puedes saldar tu cuenta en la barra, cazador de licántropos —dijo Alda, forzando una sonrisa que parecía esconder un cansando y una tristeza infinitos.

La esclava se vistió rápidamente y salió de la habitación sin mirar de nuevo a su cliente.

Marco suspiró y se vistió también él. Tenía muchas cosas que hacer aquel día. Comenzando por asegurarse de que todos los niños se habían marchado de su casa al llegar el sol. Necesitaba que Céfiro hiciera algunas averiguaciones en las calles. La bruja Canidia no le había dado demasiada información. Lo poco que había conseguido sonsacarle habían sido palabras crípticas y misteriosas. Sangre de Baco. Odio hacia los hijos de Rómulo.

Sangre de niños. Según se podía interpretar de sus palabras, había algún tipo de culto relacionado con el dios Baco cuyos fieles secuestraban a los niños de las calles de Roma.

Cuando bajó a la sala principal de la taberna, Alda ya había desaparecido. La vida en aquel lugar nunca se detenía. Los clientes entraban y salían, se emborrachaban, comían, reían, discutían, fornicaban y vomitaban, solo para reiniciar el ciclo de nuevo al día siguiente. Y mientras tanto, el dinero no dejaba de afluir a las arcas del propietario de la taberna.

—¿Quieres desayunar, Marco Lemurio? —preguntó la esclava tras la barra.

—No, solo quiero pagar mi cuenta y marcharme a casa.

—Hasta esta noche, supongo.

Marco no respondió. Podría haber dicho que no, que no volvería a pisar aquel establecimiento que vaciaba su bolsa y, desde que había descubierto a Alda, envenenaba su corazón. Podría haber intentado engañarse a sí mismo, incluso a la esclava que le miraba con ojos cargados de burla, pero en su interior sabía que, si no era aquella misma noche, regresaría a la taberna a la noche siguiente. La taberna de Quelidón era su hogar tanto como lo era su propio apartamento.

Pagó lo que la esclava le indicó, sin molestarse en comprobar una cifra seguramente inflada, y salió a la calle, sintiendo de golpe el calor que, pese a lo temprano de la hora, ya comenzaba a azotar a la ciudad de Roma. Al estar situada en una calle estrecha y contar con gruesos muros de piedra, el interior de la taberna era bastante fresco, ya que se mantenía aislado de la acción devastadora de aquel sol estival. Otro motivo para regresar pronto, maldijo Marco. Con el paso decidido y un tanto avergonzado del borracho que ha pasado la noche fuera de su casa, emprendió el camino hacia su callejón. Cuando llegara dormiría un rato, visitaría de nuevo las termas para quitarse los restos de sudor y el olor a cementerio que aún notaba adherido a su piel. Y después, con calor o sin él, comenzaría a indagar acerca de ese misterioso culto a Baco del que le había hablado Canidia.

Esquivó mercaderes y charlatanes, literas de ricos y carros tirados por bueyes, y finalmente giró hacia su pequeño callejón. Una calleja tan humilde que, por no tener no tenía ni los habituales pórticos que protegían a

los transeúntes del sol y la lluvia en otras zonas de la ciudad. Marco confiaba en que Céfiro hubiera llenado de agua fresca el cántaro de la casa y hubiera cambiado su jofaina, aunque dudaba de que se hubiera acordado de hacerlo con el trajín de sacar a todos los niños de la casa al amanecer. Si no había agua fresca, Marco estaba dispuesto incluso a renunciar a su pequeña siesta mañanera y se marcharía a las termas directamente.

Caminó sobre el polvoriento suelo del callejón, mirando de reojo a los portales en penumbra que había antes de llegar al suyo. No había comercios, ni almacenes, ni establos en aquella triste calleja. Solo casas de varios pisos en las que vivían familias e individuos tan humildes como el mismo Marco. Cuando llegó a su propio portal, Marco se encontró con el cuerpo de un hombre atravesado en medio del camino que llevaba a la escalera. El tipo en cuestión era un joven con el pelo negro y rizado que dormía mirando hacia la pared, con el rostro oculto por uno de sus brazos. Marco sonrió con indulgencia y pensó en lo poco que tardaría alguno de sus desagradables vecinos en encontrarse aquella escena y poner el grito en el cielo. Con la solidaridad del borracho reincidente que se ha visto en numerosas ocasiones en aquellas mismas circunstancias, Marco pasó por encima del hombre con cuidado de no interrumpir su sueño, aunque, al alzar su pierna sobre el cuerpo del yaciente, descubrió dos cosas. El personaje estaba tumbado sobre un charco de lo que parecía sangre. Y, lo que era aún más alarmante, Marco conocía a aquel hombre.

A sabiendas de que la puerta no estaría cerrada, Marco irrumpió en la pequeña casa con el cuerpo del hombre herido a cuestas. No tenía tiempo ni fuerzas para subir con él hasta su propio apartamento, en la última planta de la *insula*, de modo que tuvo que tomarse la libertad de invadir el hogar de la única persona que habitaba en aquel edificio con la que tenía confianza para hacerlo. La casa de Periandro y su hija Antígona. Marco confiaba en que ella no se encontrara en la casa, pues no se sentía con fuerzas para enfrentarse a un encuentro con la mujer que antaño había creído amar. Habían pasado varios meses desde su última y tormentosa discusión, pero Marco sabía que si había algún sentimiento que Antígona era capaz de

atesorar durante mucho tiempo sin que disminuyera un ápice ese era el rencor. De todos modos, el hombre que llevaba sobre sus hombros no disponía de mucho tiempo. Tenía que entrar en casa de Periandro y atender sus heridas o moriría de forma irremediable.

—Periandro, soy yo, Marco. No te asustes. Tengo una emergencia que resolver y necesito usar tu…

Marco se encontró cara a cara con Antígona, que, escoba en mano, barría la estancia que hacía de sala de estar en el piso que compartía con su anciano padre. La mujer le miró primero con asombro, para dar paso casi de inmediato a un rostro cargado de ira. Marco no pudo evitar recordar que, en su último encuentro, Antígona le había amenazado con clavarle un puñal entre las costillas si volvía a faltarle al respeto.

—¿Cómo te atreves? —dijo, alzando el mango de la escoba—. ¿Entras en mi casa con uno de tus amigos borrachos, gritando a mi padre que tienes una emergencia? De todas las canalladas que te he visto hacer, Marco Lemurio, esta es…

—Antígona, no tengo tiempo para explicaciones. Este hombre no está borracho, está malherido. Si no le atendemos pronto, morirá. Por favor, despeja la mesa y ayúdame a tenderle en ella.

Antígona dudó un instante, pero al comprobar que no había rastro alguno de burla en el rostro de Marco, su propia cara mudó por completo de aspecto. De la ira pasó a la determinación. Dejó caer la escoba y apartó con rapidez todos los objetos que había en la mesa de madera para que Marco pudiera depositar el cuerpo sobre ella.

—¿Quién es? —preguntó.

Marco dejó el cuerpo en la mesa y estiró los doloridos músculos de la espalda antes de responder.

—Se llama Aristóbulo. Es un esclavo… un liberto que conozco desde hace tiempo. Me lo he encontrado así en el portal. No sé lo que le ha pasado, pero temo que tenga algo que ver conmigo.

Antígona contempló el rostro de Aristóbulo. Poco quedaba de aquella bella cara que había logrado acelerar los corazones de más de un invitado de la casa de Tito Pomponio. Sus rasgos, antes hermosos y proporcionados, eran un amasijo de jirones y carne desgarrada por diversos tajos realizados

con un instrumento afilado. Quienquiera que le hubiera hecho aquello a Aristóbulo se había ensañado a fondo con el joven. Aunque era difícil de decir debido a la abundancia de sangre y la hinchazón general en toda la cara, Marco habría jurado que los cortes más profundos tenían dos grandes surcos, uno desde la frente a la barbilla, atravesando la nariz, y otro uniendo las dos mejillas en perpendicular al primero. Era una cruz, una señal que los esclavos reconocían, ya que era el instrumento con el que los de su clase eran torturados y ejecutados en caso de ser hallados culpables de un crimen. Alguien había marcado a Aristóbulo con una cruz de sangre, como queriendo decir que aquel liberto era un esclavo criminal que debía ser castigado como tal.

—Ha perdido mucha sangre, apenas tiene pulso —dijo Antígona—. ¿Crees que podrás hacer algo por él?

—Lo intentaré —respondió Marco, analizando con habilidad las heridas de la cara y examinando el resto del cuerpo por si existieran más heridas que hubieran pasado desapercibidas—. Pero no sé si mis conocimientos estarán a la altura.

—Siempre lo han estado y lo estarán esta vez.

Marco y Antígona se miraron, y por un instante ambos recordaron por qué se habían enamorado hacía ya muchos largos años. Por un momento, él vio a la Antígona que le había fascinado y le había llevado a la locura, y ella reconoció en aquel hombre al joven por el que había suspirado desde niña. Fue un breve espejismo, pues en cuanto ella apartó la mirada, la sensación se rompió. No tenían tiempo para nostalgias y ensoñamientos. Tenían que salvar la vida de Aristóbulo.

—Tengo que subir a mi casa a por unas cosas. Tú busca unos paños limpios y un recipiente con agua.

—Nada de tus hechizos en esta casa, Marco. No quiero cosas raras.

—Ojalá pudiera arreglar esto con lo que tú llamas mis hechizos. Tal vez mi madre habría podido, pero yo desde luego no. Serán otras las artes que salven la vida de este chico.

Marco echó a correr escaleras arriba, confiando en que dejaba a Aristóbulo en buenas manos. Antígona podía ser una auténtica hidra si se la retaba a una pelea, pero en circunstancias como aquellas la joven dejaba

todo de lado para poner el foco en lo que era de verdad importante. Subió los peldaños de tres en tres, de cuatro en cuatro, empujando con violencia a un vecino con el que se cruzó y provocando con ello una amenaza de muerte que Marco ignoró por completo. Al llegar a su propia casa, abrió la puerta y se dirigió a su dormitorio. No había rastro allí de los niños ni de Céfiro. La casa estaba completamente desierta y con la temperatura en su interior subiendo por momentos a medida que el sol golpeaba con inclemencia el tejado de la *insula*.

Mientras buscaba en su dormitorio los objetos que necesitaba para tratar de sanar las heridas de Aristóbulo, se paró a pensar por primera vez con detenimiento en lo que estaba ocurriendo aquella mañana. Desde que había logrado que Varrón comprara al esclavo de Tito Pomponio y lo convirtiera en un liberto, Marco no había vuelto a saber nada de él. No obstante, aquella mañana, un día después de que un tipo le amenazara a él mismo en las termas, se encontraba al joven tirado en su propio portal con heridas de gravedad nada menos que en el rostro. En un lugar donde, si Aristóbulo sobrevivía, todo el mundo pudiera ver que había sido marcado como consecuencia de algún tipo de crimen. Marco tenía pocas dudas de quién estaba detrás de aquella agresión. Tito Pomponio estaba reorganizando a sus hombres para vengarse de aquellos que habían ocasionado su ruina. Había comenzado con Aristóbulo, el esclavo que había traicionado su confianza, pero no tardaría en golpear a Marco con todas sus fuerzas. No habría más advertencias.

Apartó frascos y saquillos llenos de hierbas de las muchas estanterías que había en su dormitorio. Movió pilas de papiros, estuches de madera y cuero, grandes recipientes de cerámica y pequeñas redomas casi transparentes. Maldijo varias veces el desorden de aquella habitación, maldijo a Céfiro por descuidado y a sí mismo al recordar que el niño tenía orden estricta de no tocar nada de aquello. Por fin, detrás de una túnica sucia y hecha jirones, encontró un pequeño frasco con un líquido amarillento y dio un grito de alegría. De todas formas, no era suficiente. Aquel aceite traído de más allá de las ciudades de los partos era solo uno de los ingredientes que necesitaba para curar las heridas de Aristóbulo y tratar

de minimizar las cicatrices que estas le dejarían. Pero lo que buscaba no aparecía por ninguna parte.

Sabes dónde encontrar más, dijo una voz en su cabeza.

Marco negó con un gesto, como si tuviera a alguien frente a él tratando de convencerle.

—No voy a entrar ahí. No estoy preparado —dijo.

No tienes más remedio que hacerlo.

—Hoy no.

Tarde o temprano. Es tu destino, continuó la voz.

Marco se dio un golpe en la frente para acallar el susurro que retumbaba en su mente. Sí, con certeza en el estudio de Neóbula, situado en la planta baja de aquella misma Ínsula podría encontrar lo que buscaba. Y también muchas otras cosas que aumentarían sus poderes de forma exponencial. Pero también había objetos, papiros, materiales, que despertarían en él unas ansias infinitas de poder y conocimiento. Unas ansias que todavía no era capaz de afrontar ni controlar. Y, sobre todo, en aquel estudio le aguardaba el doloroso recuerdo de su madre. El fantasma silente de Neóbula, listo para reprocharle que su muerte aún no había sido vengada y que sus asesinos continuaban campando a sus anchas por el mundo de los vivos. No, Marco no entraría en el estudio aquel día.

Trató de serenarse. Respiró con profundidad para aclarar sus ideas. Pensó en la última vez que podía haber usado lo que buscaba. Tras unos instantes se recordó a sí mismo curando a Céfiro una fea herida en la cabeza que se había hecho al caer desde un tejado al que se había subido, según él, para rescatar a un cachorro de perro atrapado bajo unas tejas. Marco le había consolado y le había aplicado el emplasto que en aquellos momentos quería preparar. Y lo había hecho… junto a la despensa. Salió corriendo, con el pequeño frasco en la mano, y se lanzó hacia el estrecho armario en el que guardaban los habitualmente escasos alimentos que había en la casa. El armario estaba mucho más vacío que las estanterías de su dormitorio, sin duda por los muchos ataques que había sufrido durante las dos noches en las que los amigos de Céfiro habían dormido en la casa. Movió dos recipientes de barro y unas escudillas de madera, y allí estaba. Un pequeño saquito lleno de un extraño polvo gris verdoso. Marco lo cogió y, tras tomar

en sus manos otros dos cuencos con hierbas secas machacadas, echó a correr de nuevo escaleras abajo.

En casa de Periandro todo seguía como lo había dejado. Aristóbulo continuaba inconsciente sobre la mesa mientras Antígona le limpiaba con enorme cuidado y precaución las manchas de sangre, intentando no abrir las heridas que ya se habían cerrado para no hacer más difícil el trabajo de Marco. Cuando él llegó, revisó el trabajo hecho por la joven y asintió complacido. No era la primera vez que Antígona le ayudaba en una tarea como aquella. La joven no había olvidado lo poco que Marco le había enseñado en sus tiempos como pareja.

—Ya sigo yo —dijo, tomando de manos de Antígona el paño—. Necesito un cuenco grande y el aceite de oliva que puedas traerme. Veremos si la ciencia de mi madre es capaz de ayudarnos una vez más.

Tras más de una hora de trabajo intenso y preciso, Marco suspiró y se incorporó. No había nada más que pudiera hacer por Aristóbulo. Su madre o un curandero de mayor habilidad habrían podido lograr un resultado mucho mejor, pero él, tras contemplar el destrozado rostro del liberto griego, pensó que, teniendo en cuenta sus escasos conocimientos, podía sentirse satisfecho. Aristóbulo al menos parecía fuera de peligro y, tras hacerle tragar con cuidado una infusión de hierbas, respiraba con calma. Hasta que se despertara…

Marco no conocía bien a Aristóbulo, pero por lo poco que había tratado con él se había dado cuenta de que el joven valoraba su propia belleza por encima de cualquier otra cualidad de la que pudiera estar dotado. Era un hombre acostumbrado a vivir de sus encantos físicos, a ganarse la buena voluntad de su amo gracias a sus rizos negros, su rostro hermoso y sus nalgas prietas. Marco no podía ni imaginarse cómo reaccionaría Aristóbulo cuando descubriera que su hermosura, que el rostro que le hacía asemejarse a un dios del Olimpo, había sido sustituido por una piel hinchada y surcada de cicatrices. La hinchazón pasaría con el tiempo, y él creía que la cara del joven no quedaría tan afectada como se pudiera pensar en aquellos momentos. Pero las cicatrices, los dos largos cortes que formaban una cruz

de su frente a su barbilla y de una mejilla a otra, le acompañarían hasta el día de su muerte. No había magia que Marco conociera que pudiera revertir un daño como aquel.

Antes de retirarse para dejar descansar al joven, Marco inspeccionó por última vez su cuerpo. Tenía un fuerte golpe en la parte trasera de la cabeza que era lo que había hecho que cayera inconsciente. El golpe, no obstante, no parecía ser muy grave. Además, presentaba contusiones en las piernas, los brazos y el abdomen. No había querido llevar sus exploraciones más allá, pero sospechaba, por restos de sangre y lo que parecía semen seco en los muslos y las nalgas, que los que habían atacado a Aristóbulo lo habían violado antes de hacerle las heridas en el rostro. Una experiencia que probablemente habría marcado al joven tanto o más que las heridas de la cara.

Marco se lavó las manos en la palangana cuya agua Antígona había ido cambiando cada cierto tiempo.

—No hay nada más que yo pueda hacer por él. Ahora hay que dejarle descansar.

—La mesa no es el lugar más apropiado —respondió ella—. Puedes llevarlo a mi cama si quieres.

Marco asintió. Con las pocas fuerzas que le quedaban y con ayuda de la joven, trasladó a Aristóbulo al pequeño y oscuro cuarto interior en el que dormía la joven. Hacía años que Marco no entraba en aquella habitación de la que tantos recuerdos guardaba. Había sido allí, en ese pequeño camastro, donde había hecho el amor con Antígona por primera vez, una tarde de primavera en la que el viejo Periandro, por aquel entonces todavía en posesión de unas ya escasas fuerzas, había salido a la calle. Dejaron al maltrecho joven en el lecho y salieron a la sala de nuevo.

—Supongo que te debo una explicación —dijo Marco.

—No te preocupes. Me acostumbré a este tipo de cosas al poco tiempo de conocerte. Espera aquí. Mi padre querrá saber a qué se debía tanto alboroto.

Marco asintió. Periandro habría escuchado el jaleo, pero, impedido como estaba para salir de la cama, no había podido moverse para intentar echar una mano, que era lo que su generoso corazón le dictaba. Escuchó a

Antígona hablar con su padre en tono afectuoso. La voz del anciano se mostraba preocupada, pero también comprensiva. Así era Periandro. Un hombre excepcional que jamás le había reprochado a Marco ni la relación con su hija ni su súbito y tormentoso desenlace. Ella regresó a la sala, con un rictus de seriedad en el rostro. Si en algún momento, en el tiempo que ambos habían colaborado para lavar y tratar de sanar las heridas de Aristóbulo, se había producido un acercamiento entre Antígona y Marco, aquel acercamiento ya se había desvanecido. Se sentó en una de las dos sillas que había junto a la mesa, y con un gesto invitó a Marco a que tomara asiento en la otra.

—Te escucho. Pero sin rodeos y sin mentiras, por favor. No quiero excusas, solo pretendo saber qué hace en mi cama un muchacho que ha estado a punto de desangrarse.

—Sin mentiras, Antígona. Pero tampoco puedo contarte todo, porque yo mismo desconozco una parte de esta historia y parto solo de suposiciones.

Marco contó a la joven de forma breve la historia de cómo había estafado a Tito Pomponio gracias a la ayuda de Aristóbulo y cómo aquel trabajo había acabado enredándose con la muerte misteriosa de un miembro del *collegium* del Aventino. Como solía hacer, Marco omitió toda referencia a los elementos sobrenaturales, como las sombras que habían estado a punto de acabar con su vida y el hecho de que Marcia, la esposa de Tito Pomponio, fuera una hechicera a la que él mismo había matado gracias al poder del colgante que lucía en su cuello. Se limitó a narrar una historia de intrigas políticas y luchas de bandas en las que él mismo se había visto envuelto por accidente.

—Así que lo que le han hecho a este chico es una advertencia para ti.

—No. O no solo es eso. Aristóbulo también fue culpable de la desgracia de Tito Pomponio, así que es probable que este llevara tiempo queriendo vengarse del muchacho. Era su esclavo favorito. No debió de resultar agradable para él descubrir que le estaba engañando.

—Y ahora todo el mundo sabrá que lo ha hecho… Pobre muchacho. Cuando despierte y vea su rostro… ¿Qué vas a hacer ahora, Marco Lemurio? ¿Ir a emborracharte a la taberna y esperar a que caigan sobre ti los mismos matones que han estado a punto de matar al chico?

—Sí, esa es una opción —respondió con sarcasmo al tono de Antígona —. Pero, como no tengo intención de acabar con el cuello rebanado o los cojones cortados, creo que buscaré alguna otra. Antes de ser libre, Aristóbulo pasó de ser esclavo de Tito Pomponio a serlo de Marco Terencio Varrón, que fue quien lo liberó. Un liberto tiene obligaciones con su antiguo amo, pero el amo también las tiene con él. Sospecho que a Varrón no le hará ninguna gracia que hayan atacado y desfigurado a uno de sus libertos. La *dignitas* de los nobles se irrita muy fácilmente con estos temas.

—Más intrigas políticas… —murmuró Antígona. Por un momento pareció que iba a añadir algo más, como si tuviera una propuesta que hacer a Marco, algún tipo de sugerencia o plan. Finalmente negó con la cabeza y se lo guardó para ella—. Sube a tu casa a descansar un rato. Todavía hueles a sudor de puta. A saber dónde has pasado la noche… Si el chico se despierta antes que tú, mandaré a buscarte.

Marco, a sabiendas de que si se quedaba en aquella casa con Antígona acabarían discutiendo tarde o temprano, aceptó su propuesta.

—Gracias por tu ayuda —dijo, y se marchó sin esperar respuesta.

Marco subió las escaleras, maldiciendo su suerte por no poder ir aquella mañana a las termas como habría deseado. Tenía demasiados asuntos entre manos. La desaparición de los niños de la Subura, su propio problema con Tito Pomponio, la búsqueda de los asesinos de su madre… Por si aquello fuera poco, tenía que preparar un filtro amoroso para Lucio Apuleyo Saturnino. Muchas preocupaciones para una mente embotada por el calor y la resaca. Marco se quedó dormido, con el cuerpo cubierto de sudor y la boca completamente seca. Como era de esperar, Céfiro se había olvidado de cambiar el agua de su palangana.

Cuando una mano sacudiéndolo por el hombro le despertó, Marco pensó que aquello no era posible. Acababa de cerrar los ojos hacía tan solo un instante. Sin embargo, la luz de la habitación era completamente diferente. El calor sofocante era el mismo, pero la luminosidad blanca que entraba por el pequeño tragaluz del techo se había mitigado hasta convertirse en una tonalidad anaranjada.

Se dio la vuelta en la cama y se encontró con Céfiro, que era quien le sacudía por el hombro.

—Ya estoy despierto —dijo con voz pastosa.

—Siempre dices lo mismo. Y siempre te quedas dormido otra vez. Hasta que no estés en pie no paro de menearte.

Marco gruñó y se incorporó.

—No has cambiado el agua —protestó, recordando de pronto la sequedad de su boca fruto de la sed y la resaca.

—Prueba a mirar otra vez —replicó Céfiro en tono sarcástico—. Y después baja a casa de Periandro. Antígona me ha pedido que te avise. Hay alguien que se ha despertado. ¿Quién es, Marco? ¿Es el nuevo novio de Antígona? ¿Vas a pelearte con él? Ya sabes que no eres muy bueno en el cuerpo a cuerpo…

—No, no es el nuevo novio de Antígona. Y tampoco creo que te importe la identidad de ese nuevo novio. Es otra persona.

Marco no pudo evitar sentir una punzada de celos. ¿Tenía Antígona una nueva pareja? ¿Sabía algo Céfiro al respecto? Prefirió no preguntar nada por el momento. Ya habría tiempo de hacer hablar a su indiscreto esclavo.

Se levantó de la cama y se dirigió a la palangana que, tal y como Céfiro había dicho, contenía agua limpia. Metió la cara en ella, sin poder evitar dar un buen trago para paliar su sed. Se lavó a conciencia y se mojó el pelo, pasando después a refrescarse otras zonas del cuerpo. Necesitaba un baño con urgencia, pero al menos ya no se sentía como si se hubiera zambullido en una montaña de estiércol.

—¿Te pones guapo para Antígona? —bromeó Céfiro a su espalda.

—Según tú, Antígona ya tiene quien se ponga guapo para ella. Ahora quédate aquí y no salgas de casa. Cuando termine este asunto tengo que hablar contigo.

—Los chicos vendrán en cuanto se ponga el sol, ¿recuerdas? Es el trato que hicimos.

—No, es el trato que yo hice. Tú eres un sucio estafador que pretendías sacarles un dinero que no tienen a cambio de dormir bajo un techo que no te pertenece. Así que, pequeño usurero cartaginés, más te vale que no me entere de que les has cobrado ni una moneda de bronce más.

Céfiro se sentó en la cama, fastidiado al recordar su negocio frustrado.

—No les cobraba tanto —murmuró.

—No salgas de casa —repitió Marco—. Y fuera de mi habitación.

Marco se disponía a abandonar la casa cuando escuchó que Céfiro echaba a correr tras él.

—Marco, espera. Tengo algo que preguntarte. —Marco se dio la vuelta, intrigado—. ¿Crees que de verdad puedo ser de origen cartaginés? Eso explicaría muchas cosas. Como por ejemplo que nunca…

Cerró la puerta dejando al pequeño esclavo con la palabra en la boca.

Marco entró en casa de Periandro sin llamar a la puerta, suponiendo que ya se le esperaba. Antígona estaba en la sala, tomando una bebida caliente de un cuenco. Él pensó que con aquellas temperaturas había que estar loco para acercar la boca a aquel plato humeante. Ella alzó los ojos al verle y señaló a su dormitorio.

—Está despierto. Pero aún no sabe nada de su…

Él la mandó que guardara silencio. No quería que Aristóbulo conociera el estado real de sus heridas antes de haber podido hablar con él. No sabía cómo reaccionaría y le necesitaba tan sereno como fuera posible.

Entró en la pequeña habitación y se encontró con que el aspecto del liberto era bastante mejor que cuando lo había dejado en aquel mismo lugar unas horas antes. La hinchazón había disminuido de forma considerable, dando a la cara de Aristóbulo un aspecto más humano. De algún modo, y a pesar de las dos enormes cicatrices que se cruzaban sobre el puente de su nariz, continuaba siendo un rostro hermoso. El joven estaba tumbado boca arriba con los ojos cerrados.

—Aristóbulo —dijo Marco.

El liberto abrió los ojos. Al ver a Marco, su rostro se contrajo por la ira e instantes después por el dolor que le produjo fruncir el ceño.

—¡Tú! —gritó—. ¡Tú, maldito estafador, hijo de mil putas sarnosas! Tú tienes la culpa de lo que me ha pasado.

—Cálmate. Tus heridas aún no se han cerrado del todo. Si te mueves y gesticulas de esa manera volverás a sangrar y la cicatriz será peor.

Marco se sentó en una silla junto a la cama, a sabiendas de que, por mucha que fuera la ira que Aristóbulo sintiera hacia él, el liberto no suponía ninguna amenaza que no pudiera hacer frente.

—¿Cicatrices? —Aristóbulo se llevó la mano a la cara y no pudo reprimir un grito de sorpresa y dolor—. Tengo que verme la cara. Necesito un espejo. Algo para mirarme. ¡Tráeme algo para que pueda ver cómo está mi cara!

—Tendrás tiempo de ver cómo está tu cara cuando estés curado del todo. Ahora te pido que te calmes, vuelvas a tumbarte y dejes que vea en qué estado están esas heridas. He sido yo quien las ha curado, por cierto.

—¡Es como si tú mismo me las hubieras hecho, pedazo de mierda seca! Esos hombres querían venganza por lo que ocurrió con Tito Pomponio. Por la muerte de su mujer y por todo lo que yo… lo que nosotros hicimos.

—Te recuerdo que la estafa fue cosa de los dos. Lo que ocurrió después sirvió para comprar tu libertad. No te engañé en ningún momento. Te ofrecí un pago por tu ayuda y lo aceptaste.

—¡Claro que me engañaste, hijo de perra! Me prometiste protección y ahora mírame. No estoy muerto de milagro…

Aristóbulo rompió a llorar, ocultando la cara entre las manos.

—Vayamos por partes. En primer lugar, no te prometí protección. Te dije que conocía personas que podían protegerte. Es evidente que han fallado en su cometido, y tendrán que darme una explicación por ello. En segundo lugar, si vuelves a insultarme una vez más te tiro por las escaleras de la *insula* y te dejo pudrirte en la calle con tus heridas abiertas. ¿He sido claro? —Aristóbulo siguió llorando. Marco se arrepintió al instante de su dureza. Aquel joven había estado a punto de morir la noche anterior. Era lógico que tratara de descargar su ira contra alguien—. El ungüento que he aplicado a tus heridas en la cara es bastante eficaz. No las eliminará por completo, pero ayudará a que cicatricen rápidamente y de forma limpia. Es todo lo que puedo hacer por el momento en lo que respecta a tu cuerpo, pero, estoy convencido de que, si conseguimos que los hijos de puta que te han hecho esto se traguen sus propios dientes uno a uno, tu alma se quedará más tranquila. ¿Me equivoco?

—No te equivocas —admitió el liberto entre sollozos—. Aunque tampoco me importaría que te los hicieran tragar a ti.

—Si les damos tiempo, tal vez lo consigan. Pero a mí me gustan mis dientes donde están, así que es mejor que nos movamos cuanto antes para evitar que esos cabrones vuelvan a golpear. ¿Conocías a alguno de los que te atacaron?

—No llegué a verlos. Fue en la calle, cuando salía de la… de la taberna en la que trabajo. Era de noche, y ellos iban encapuchados. —Más encapuchados, pensó Marco. ¿Es que nadie en Roma actuaba a rostro descubierto?—. Me dieron un golpe en la cabeza y me arrastraron hasta un callejón. Y allí… bueno, hicieron lo que quisieron conmigo. Grité y pedí ayuda, pero nadie se detuvo. Pasaron varios grupos cerca de allí, y nadie se acercó a ayudarme.

—Esto es Roma. Y era por la noche. Da gracias a que esos grupos no se acercaran y se unieran a la fiesta para terminar de rematarte.

—Cuando acabaron, uno de ellos, el que parecía el jefe se acercó a mí y sacó su puñal. Yo estaba casi inconsciente, pero sentí cómo rajaba mi cara varias veces. Fue entonces cuando me dijo que actuaban en nombre de Tito Pomponio. Recuerdos de tu amo, o algo parecido. Me dijo también que volverían. Pero que antes te cazarían a ti y que me obligarían a follarme tu cabeza cortada antes de matarte. Por eso vine a tu casa.

—¿A follarte mi cabeza cortada?

—No, estúpido, a comprobar si seguías vivo. —Aristóbulo volvió a prorrumpir en llantos.

—De acuerdo. —Marco dio unas torpes palmadas en la espalda de Aristóbulo para tratar de calmarlo—. Por desgracia para ellos, sigo vivo. Tengo algunos asuntos entre manos, pero me ocuparé también de este problema. Yo también tuve un encuentro con uno de los hombres de Tito Pomponio, en las termas. Por suerte, era solo uno y se acobardó en cuanto le apreté un poco los cojones.

—¿Quieres decir que le amenazaste?

—No, no. Le apreté los cojones de verdad. Estábamos desnudos, en una piscina. La situación lo pedía a gritos. —Por primera vez en toda la conversación, Aristóbulo dejó de llorar y rio en voz baja—. Hablaré con

Varrón, tu patrón. No creo que a él ni a los suyos les guste saber que Pomponio sigue rondando por Roma. Y si Varrón no hace nada, seré yo mismo quien ponga fin a esta situación.

—¿Y qué hago yo mientras tanto? No puedo trabajar con la cara así. No creo que pueda volver a trabajar nunca.

—Tal vez no me creas, pero existen otros trabajos además de vender tu culo a viejos sátiros. Sobre todo ahora que eres un hombre libre. ¿Sabes que la ley prohíbe a los ciudadanos romanos ejercer la prostitución?

—¡Oh, por el capullo de Príapo, lo que me faltaba! Marco Lemurio dándome sermones de legalidad. Tranquilo, buscaré un trabajo más digno de mi nueva condición. General de una legión o cónsul, tal vez. ¿Sabes si hay algún puesto libre en el Senado?

Aristóbulo se dejó caer de nuevo sobre el camastro.

Marco sonrió.

—Descansa ahora. Vendré a verte esta noche y comprobaré el estado de tus heridas.

Salió de la pequeña estancia y se encontró con Antígona, que seguía sentada en la misma silla.

—He escuchado toda la conversación —dijo ella.

—No he tratado de ocultártela. ¿Puede quedarse Aristóbulo hasta esta noche?

—Puede quedarse hasta mañana si quieres. No hay prisa.

—¿Y dónde dormirás tú? —preguntó Marco, dándose cuenta de pronto de que había cometido un error al hacer aquella pregunta.

—Donde duerma yo no es de tu incumbencia, Lemurio. ¿Alguna pregunta más?

—Pasaré esta noche a ver a Aristóbulo. Gracias por tu hospitalidad.

Y salió de la casa sin mirar atrás.

OceanofPDF.com

IX
El portero y el escriba

Cuando Marco llegó a la lujosa *domus* en la que vivía Marco Terencio Varrón, la noche ya había caído sobre la ciudad. Otra noche calurosa en la que apenas una leve brisa corría por las calles de Roma, más una promesa de frescor que un alivio real para los cuerpos abrasados durante el día. La larga caminata desde la Subura hasta la parte alta del Palatino, la colina en la que vivía Varrón, en un barrio exclusivo de la nobleza, no ayudó precisamente a combatir su temperatura corporal. Marco llegó sudando y deseando arrojarse en cualquier corriente de agua, aunque fuera la mismísima laguna Estigia.

No sabía si Varrón le recibiría a aquellas horas, pero tenía que intentarlo. Si no solucionaba el problema de Tito Pomponio y sus hombres, no podría dedicarse a investigar las desapariciones de niños en la Subura. Y si no podía resolver lo de los niños desaparecidos, no podría continuar con sus propias pesquisas sobre los asesinos de su madre. Por ese motivo, Marco quería dejar solucionado el primer problema aquella misma noche. Si Varrón no podía, o no quería, ayudarle con aquella cuestión, la atajaría él mismo. Y aunque le llevara un tiempo, se aseguraría de que Tito Pomponio no volviera a tener ocasión de cruzarse en su camino. Mientras pensaba en aquellos temas, subiendo con dificultad las empinadas calles del Palatino, Marco notaba cómo el colgante en forma de lágrima se calentaba contra su pecho. La ira que sentía hacia Pomponio despertaba la esencia de aquel objeto. Un motivo más para delegar en Varrón la solución. Era preferible dejar que el colgante durmiera hasta que no quedara más remedio que despertar sus poderes.

Dado que tenía terminantemente prohibido usar la puerta principal de la casa, que era la empleada por las visitas nobles y los clientes formales de Varrón, Marco dio un rodeo por las calles de las inmediaciones de la inmensa *domus* y llegó al portón de entrada al gran patio trasero en el que se descargaban las mercancías y por el que entraban y salían los carruajes y las monturas. Al haber caído la noche, la puerta estaba ya cerrada, pero él sabía que un esclavo hacía guardia hasta el alba junto a ella por si había algún tipo de emergencia. Golpeó con fuerza la madera con el puño y aguardó una respuesta.

De inmediato se abrió un pequeño ventanuco por el que asomó la cara de un hombre maduro con el rostro y los ojos oscuros. Marco no le reconoció. A pesar de que no podía ver su cabeza entera, parecía que llevaba el pelo rapado muy corto.

—¿Qué quieres? —dijo con tono firme—. No son horas de repartir mercancía. Esta es una casa seria.

—Soy Marco Lemurio. Necesito hablar con Marco Terencio Varrón. Con urgencia.

—Y yo necesito cagar y echar un polvo. Con urgencia y en este orden. Pero la vida es dura y los dioses no nos conceden todo lo que necesitamos. Vuelve mañana.

El hombre cerró el ventanuco con fuerza.

Mierda, pensó Marco, un esclavo nuevo. A aquellas alturas, tras varios meses trabajando al servicio de Varrón, la mayor parte de sus esclavos ya le conocían y sabían de la prioridad absoluta que daba su amo a todo lo relacionado con él. Varrón había dado orden estricta a su atriense de que se le permitiera entrar en aquella casa sin importar la hora ni el estado en el que Marco se presentara. Pero aquel tipo no parecía tener noticia alguna de aquellas órdenes.

—Soy Marco Lemurio —dijo, alzando algo la voz, pero sin llegar a gritar. Varrón le había pedido estricta confidencialidad en sus negocios, y vocear su nombre en pleno Palatino a la primera hora de la noche no era precisamente una muestra de discreción.

—Y yo soy el puto Lucio Cornelio Sila. No me molestes. Estoy cenando.

La ira de Marco explotó. Llevaba mucho tiempo conteniendo el enfado, y aquel patán iba a pagar por todos los que en aquel día habían contribuido a enfadarle.

—Escucha, carne de cruz, si no me abres ahora mismo, el atriense te va a dar tantos latigazos que vas a desear estar en el inframundo con la puta de tu madre comiéndole mano a mano la polla a Plutón. O a Cerbero, si eso te gusta más. Ve a buscar al jodido atriense y que decida él si se me abre la puerta o no.

—Puedes insultarme lo que quieras. Mi madre era mucho más puta de lo que tú te puedas imaginar. Así sacó adelante a siete hijos. Y sí, supongo que si está en ese inframundo estará chupando alguna polla. Pero lo que es esta puerta… va a seguir cerrada. No es nada personal, Lemurio.

Marco volvió a golpear la puerta, esta vez con los dos puños. Aquel portón era casi tan grueso como el muro. Podría aporrearlo hasta romperse todos los huesos de la mano sin obtener absolutamente nada.

Había tenido la mala suerte de dar con el único esclavo de toda la casa que no le conocía y que además era tan malhablado y cínico como él mismo. Cualquier otro centinela habría abierto la puerta para tratar de dar una paliza a Marco, momento que él habría aprovechado para escurrirse en el patio y hacerse ver por algún esclavo que diera parte al atriense. Pero no, el tipo continuaba al otro lado de la puerta, cenando y haciendo tanto ruido al masticar que Marco podía escucharlo desde donde estaba.

Respiró profundamente y decidió intentar otra estrategia.

—¿Cómo te llamas?

—Quinto —gruñó con la boca llena.

—¿Quinto qué más?

—Solo Quinto. Esa madre a la que antes has insultado no tenía mucha imaginación. Y como cada hijo era de un padre distinto… Pues nos ponía como nombre el orden de nuestro nacimiento. Dicen que en tiempos de Rómulo lo hacían todas las familias así. ¿Tú qué crees?

Marco resopló. Lo último que deseaba era enzarzarse en una conversación de historia de las costumbres romanas en tiempo de los reyes.

—Quinto, escúchame. Sé que llevas poco tiempo en esta casa. Porque de lo contrario me conocerías. Trabajo para tu amo Varrón. Hago para él…

unos servicios especiales. Y tengo permiso para entrar en esta casa cuando yo considere oportuno.

—Lo siento. Nunca me han hablado de ti. Así que te quedas fuera. ¿Qué servicios especiales son esos? ¿Le traes mujeres? ¿Hierbas raras? Varrón no parece muy dado a esos vicios… Todo el día con sus rollos de papiro. Sí, supongo que lo que haces con él está relacionado con las cosas que lee y escribe. ¿Me equivoco?

—No te equivocas —dijo Marco, esperanzado—. Le traigo información. Y él la escribe en sus obras. Por eso es tan importante que me dejes pasar.

—No, lo siento. No es nada personal. Seguro que lo que me dices es verdad. Pero yo cumplo órdenes. Nadie puede entrar ni salir desde que el atriense se va a la cama. Y ese vejete ya está soñando con tetillas jóvenes desde hace un rato. Te quedas fuera. Pero si quieres podemos seguir charlando. La noche se me hace muy larga aquí solo.

Marco volvió a golpear la puerta.

—¡Maldita sea tu estirpe de ratas bastardas!

Quinto se echó a reír.

—Algún día te van a cortar esa lengua tan sucia, Lemurio. No deberías hablar así.

Cuando se disponía a lanzar por la boca una nueva retahila de insultos que habrían hecho enrojecer a un legionario veterano, Marco escuchó una voz al otro lado de la puerta. Alguien había llegado y charlaba con Quinto.

—¡Soy Marco Lemurio! ¡Decidle a este trozo de madera con piernas quién soy! ¡Soy Marco Lemurio! ¡Marco Lemurio!

En la desesperación de verse fuera, había perdido toda prudencia y había comenzado a gritar su nombre con toda la fuerza de sus pulmones.

La conversación en el interior duró unos instantes, y entonces, tras escucharse el sonido de un pesado cerrojo descorriéndose, el portón se abrió. Marco apretó los puños, dispuesto a estrellarlos en la cara del tal Quinto. Sin embargo, quien se asomó fue una de las esclavas que trabajaba en las cocinas. La misma que le había servido la jarra de vino el día en el que había regresado a Roma tras su viaje por el Samnio.

—Disculpa a Quinto, Marco Lemurio. Es nuevo en la casa. El atriense ha debido de olvidar hablarle de ti.

—¿Sí? Pues a mí no se me va a olvidar hablarle de él. Vamos a ver, pedazo de animal…

Marco entró en el patio y se quedó parado al instante. Quinto estaba ante él, de pie, todavía con la escudilla de comida en la mano, sonriendo. Era un hombre descomunal, con una altura que superaba, como mínimo, en dos cabezas la del propio Marco. Aunque lucía una barriga descuidada que presionaba su túnica en la parte del abdomen, sus brazos eran gruesos como remos de una nave de guerra. Solo con una de sus manos habría sido capaz de agarrar el diámetro de la cabeza de Marco para lanzarlo contra el muro.

—Disculpa la confusión, Marco Lemurio. Soy Quinto. Encantado de conocerte —dijo, y extendió la mano hacia él.

Marco, incapaz de articular palabra y sintiendo cómo sus amenazantes puños se convertían en pacíficas y blandas manos, asintió y devolvió el saludo. Buscó restos de enfado o de cólera disimulada en el rostro de Quinto, pero no los encontró. Su cara, de nariz ancha y ojos grandes y redondos, era la viva expresión de la cordialidad. ¿Cómo podía aquel hombre encajar todos aquellos insultos y no sentir ni un poco de rabia?

—Que no vuelva a pasar —dijo, apenas con un hilo de voz. De pronto sintió en su cabeza la voz de Céfiro riendo a carcajadas. Si el pequeño esclavo hubiera presenciado aquella escena habría tenido un tema de burlas para varios meses.

—Por supuesto que no, por Júpiter. Ahora ya te conozco.

Quinto volvió a sentarse con la espalda apoyada contra el muro y continuó devorando su cena.

—Marco Varrón no está en Roma —le informó la esclava—, y el atriense ya se ha retirado a descansar. No sé muy bien cómo podemos ayudarte, Marco Lemurio. ¿Un poco de vino, tal vez?

—Lo cierto es que… sí, un poco de vino me vendría bien después de mi conversación a gritos con este… con el portero. —Se abstuvo de seguir catalogando a Quinto con su más que amplia lista de calificativos ofensivos —. Pero antes escúchame. ¿Hay alguna forma de ponerme en contacto con Varrón? ¿De enviarle un mensaje?

—Supongo que sí. Pero el que puede confirmártelo es Trasíbulo, el escriba. Acompáñame. Te llevaré a una estancia donde podrás hablar con él.

—Y no te olvides del vino.

—Y no me olvido del vino.

Marco sonrió satisfecho.

Marco aguardó en una estancia de la parte de la casa habilitada como vivienda y espacio de trabajo para los esclavos. En ausencia del amo y del atriense, ninguno de los sirvientes se atrevió a conducirle a la zona noble de la *domus*, donde habitualmente era recibido por Varrón. Le llevaron una jarra de vino y le pidieron que esperara a que alguien pudiera localizar a Trasíbulo, el escriba de Varrón. Cuando el esclavo se presentó ante él, Marco apenas había podido degustar un par de tragos del magnífico caldo salido de aquellas ricas bodegas.

—Marco Lemurio, buenas noches —lo saludó el joven esclavo—. Tengo orden de mi amo de escuchar y anotar cualquier información que me traigas. Espero que no te importe que lo hagamos en esta humilde estancia.

Marco cayó en la cuenta de que era la primera vez que oía hablar a aquel esclavo. Lo habitual era que permaneciera junto a Varrón, en absoluto silencio, concentrado en tomar notas de todo lo que su amo y él hablaban. No solo no intervenía en las conversaciones, sino que no hacía el más mínimo gesto de sorpresa, aprobación o desagrado cuando escuchaba las palabras que salían de la boca de Marco. Era un escriba muy bien entrenado y a la altura de lo que Varrón esperaba de él.

—No vengo a traer información de mis investigaciones. Necesito hacer llegar un mensaje a tu amo, con urgencia. Cuestión de vida o muerte.

—Marco Terencio también me dijo que esto podría ocurrir. Dime cuál es el problema y escribiré una carta para él. Esta misma noche un jinete saldrá hacia la villa en la que se encuentra mi amo.

Trasíbulo se acomodó en una silla y desplegó ante él el material de escritura. Preparó tanto una tablilla doble con cera, el soporte habitual de los mensajes informales, como un pedazo de papiro y un juego de botes de tinta. Era evidente que tenía intención de copiar la misiva dos veces, algo que sin duda era una costumbre de aquella casa fruto de la obsesión de

Varón por archivar una prueba escrita de cualquier dato para poder consultarlo más adelante.

—Lo escribiré yo mismo, si no te importa.

El rostro de Trasíbulo cambió por completo de la serenidad a la indignación. Aquella cara expresaba, en primer lugar, sorpresa, seguramente ante el hecho de que alguien como Marco supiera escribir, y, en segundo lugar, enfado ante la idea de que alguien pudiera tocar su preciado instrumental de trabajo.

—Las órdenes del amo fueron muy concretas. Yo escribiría la carta. Por duplicado. Como es norma en esta casa.

Marco suspiró. No tenía fuerzas para un nuevo enfrentamiento con un esclavo testarudo. Ya arreglaría cuentas con aquel tipo cuando regresara Varrón.

—De acuerdo. Toma nota.

Tratando de ser breve y conciso para no dar demasiados detalles, Marco dictó una carta en la que explicaba a Varrón el ataque sufrido por Aristóbulo y su propio encuentro en las termas con uno de los hombres de Pomponio. Suponía que si Varrón confiaba todos sus documentos a aquel esclavo no podía haber ninguna sombra de sospecha de que pudiera filtrar información a algún oído indiscreto. De hecho, Trasíbulo, como era habitual en él, no cambió en momento alguno el gesto. Actuaba igual cuando copiaba una carta, un poema erótico o un tratado de agricultura. Como si lo que copiaba en las tablillas de cera o en el papiro no fueran más que garabatos vacíos de contenido.

—¿Algo más? —preguntó.

—Con eso debería bastar. ¿Cuánto tardará Varrón en recibir la carta?

—Dos días, como mucho. Siempre da prioridad absoluta a lo relacionado contigo. Entregaré las tablillas a uno de nuestros hombres de confianza y cabalgará toda la noche y todo el día de mañana si es necesario. Mientras tanto, puedes quedarte en esta casa si lo deseas. El amo también se lo dijo al atriense. Manteniéndote en la zona de los esclavos, por supuesto.

Marco valoró la posibilidad de quedarse en aquella lujosa *domus* un par de días, dejándose mimar por las esclavas de Varrón y disfrutando de lo mejor de sus bodegas sin tener que levantarse del lecho. Incluso la zona de

la casa habitada por los esclavos era una residencia de lujo en comparación con una *insula* de la Subura.

—Te lo agradezco, pero tengo otros asuntos que atender.

Era cierto. No podía dejar solo a Aristóbulo, y el asunto de los niños desaparecidos en la Subura también requería su atención. Por mucho que el cuerpo le pidiera a gritos unos días de descanso, no podía permitírselo.

Por no hablar del peligro de dejar solo a Céfiro y sus amigos en casa durante varias noches, pensó.

—Lo entiendo, pero mi amo se sentiría muy… frustrado si te ocurriera algo. Y, por lo que cuentas en tu carta, tu situación dista mucho de ser segura. ¿Nos dejarás al menos que te pongamos una escolta discreta?

—Sé cuidarme solo. Ya tenía enemigos antes de que Varrón empezara a preocuparse por mi culo. Y mira, lo tengo aquí mismo, debajo de la espalda. Sin que nadie me lo haya rozado nunca.

—Celebro que tu trasero esté en buenas condiciones, pero aun así creo que deberías reconsiderarlo. Aguarda aquí mientras entrego la carta para que el jinete parta al punto. Bebe un poco más de vino y piénsalo.

—Esperaré, pero no tengo nada que pensar. La decisión está tomada.

Trasíbulo salió de la habitación y Marco aprovechó para servirse otra copa de vino. Poco más podía hacer respecto al tema de Tito Pomponio, más allá de andarse con cuidado para no tener él mismo un mal encuentro. En caso extremo siempre podría recurrir a la lágrima de Perséfone, aunque desconocía qué efectos podría tener hacerlo en una lucha contra muchos hombres en plena calle.

La ausencia de Varrón le dejaba sin posibilidad para consultarle su otra gran duda. La información que la vieja Canidia le había dado acerca de un culto a Baco y unos viejos deseos de venganza por parte de sus fieles. Varrón probablemente habría podido ilustrarle acerca de la historia de aquellos cultos en Roma, algo de lo que el propio Marco lo ignoraba absolutamente todo. Tendría que buscar otra fuente de información.

En aquel momento, Trasíbulo regresó a la habitación, y Marco tuvo una súbita idea.

—¿Has pensado mejor lo de la escolta? Serían solo un par de hombres, muy discretos. No te enterarías de su presencia.

—Gracias, pero no. Ya tengo bastante mala fama en mi barrio como para presentarme con dos matones pegados a mis espaldas. Aunque sí hay algo en lo que podrías ayudarme.

—¿De qué se trata? —quiso saber el esclavo, con un tono solícito que no pudo ocultar un deje de fastidio por tener que permanecer fuera de la cama a aquellas horas de la noche.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para Marco Terencio?

—Casi diez años.

—¿Y siempre has sido el encargado de escribir sus cartas y tomar notas de sus conversaciones?

—Entre otras tareas, todas relacionadas con la escritura. Sí, esa ha sido mi labor casi desde el día en que entré a esta casa.

—Tal vez puedas responderme a una pregunta. Es sobre la historia de Roma, tranquilo, no me interesan los trapos sucios de tu amo.

—Si está en mi mano responderte, lo haré.

—¿Sabes algo acerca de un culto al dios Baco que haya sido perseguido en Roma? ¿Algún motivo por el que los fieles de este dios puedan guardar rencor a Roma o a los romanos?

Trasíbulo abrió los ojos, sorprendido ante la pregunta. Casi inmediatamente los cerró, como si tratara de encontrar las palabras para responder a Marco.

—Sí, sé algo de ese tema. ¿Lo necesitas para alguna investigación?

—Interés personal únicamente.

—Tal vez pueda indicarte los libros que hablan sobre ello en la biblioteca de mi amo. Sabes que tienes acceso a ella siempre que lo desees.

Marco pensó en la cantidad de tiempo que perdería tratando de moverse entre los miles de volúmenes que Varrón atesoraba en aquella casa y decidió que no podía permitírselo. En cualquier momento podía desaparecer otro niño en la Subura. El asunto requería respuestas rápidas. No podía permitirse el tiempo que requeriría una larga investigación de biblioteca. Necesitaba hacer algún avance si quería conservar la confianza del panadero y su familia.

—No tengo tiempo para lecturas profundas. Pero estoy seguro de que tú podrías hacerme un buen resumen.

Trasíbulo suspiró, fastidiado.

—Está bien. ¿Te importa que nos sentemos?

—¿Te importa a ti que beba mientras hablas?

Marco y el esclavo se acomodaron.

—El culto a Baco estuvo muy extendido por toda Italia desde tiempos de la guerra con Aníbal. Se cree que las fiestas en honor de este dios comenzaron a celebrarse en las ciudades griegas del sur, pero nadie está seguro de ello. La presencia de Aníbal y sus ejércitos llevaron a muchos a buscar consuelo en los ritos báquicos. Incluso en Roma se desarrolló una importante comunidad de fieles que celebraban sus ritos en la propia ciudad.

—¿En qué consisten esos ritos? —preguntó Marco.

—Lo siento, no puedo ayudarte en eso. Como en otros misterios, solo los fieles iniciados conocen los detalles de lo que ocurre durante las celebraciones. Lo que yo sé es lo que está escrito en los anales de la ciudad. El culto a Baco se extendió tanto que comenzó a causar inquietud en el Senado. Mientras Aníbal permaneció en Italia no se hizo nada. El Senado tenía bastante labor con reclutar hombres cada año para enviarlos a morir en las legiones. ¿Quién se habría preocupado de unos cuantos hombres y mujeres danzando y bebiendo vino de forma inocente mientras miles de ciudadanos y aliados morían en Cannas?

—Ahórrate la retórica, Trasíbulo. No estás escribiendo un discurso.

El esclavo volvió a resoplar.

—Iré al grano, si tanta prisa tienes. Cuando Aníbal fue derrotado, el Senado tuvo tiempo para resolver otra vez los problemas internos de Italia. Y los cultos de Baco se habían convertido en un problema para algunos. Eran muchos, cada vez más, y sus ritos eran secretos. Los fieles recaudaban dinero, los sacerdotes tenían cada vez más poder, y aquello asustó a los dirigentes de las ciudades del sur y el norte de Italia. Latinos y aliados pidieron ayuda a Roma para acabar con algo que ellos consideraban un problema. Y el Senado reaccionó. Hubo un par de delaciones, algún asunto turbio con líos amorosos de por medio. No recuerdo los detalles. El Senado finalmente aprobó un senadoconsulto por el que todos los ritos báquicos quedaban prohibidos. Se proscribió el sacerdocio, las reuniones, las

asociaciones de cualquier tipo relacionadas con este dios. Todo el que incumpliera aquel mandato sería condenado a muerte de forma fulminante.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Marco, cada vez más interesado.

—Algunos obedecieron. Otros muchos no. En varias comunidades se siguieron practicando los cultos de forma discreta. De nada les sirvió la discreción. El Senado aplicó la ley con toda la dureza que pudo. Centenares de hombres y mujeres de toda Italia fueron condenados a muerte. Y ya sabes lo que ocurre en estos casos… Las propiedades de los que no tenían herederos fueron repartidas entre los que habían denunciado los cultos. Algunos se hicieron muy ricos en el proceso.

—Me suena de algo… —comentó Marco, pensando en las todavía recientes proscripciones de Sila, que habían costado la vida a miles de ciudadanos romanos en toda Italia—. ¿Qué pasó con los cultos de Baco?

—Desaparecieron. Desde entonces, que se sepa, no se ha vuelto a formar ninguna comunidad de importancia en torno a este dios. Han pasado cien años… pero el miedo sigue vivo.

Marco apuró la copa de vino.

—Si te soy sincero no entiendo muy bien las motivaciones del Senado. En Roma hay capillas y templos dedicados a todos los dioses del mundo. Hay hasta uno pequeño dedicado a un dios rata que adoran en unas montañas de Siria… Y nadie les molesta, por muy ridículas que puedan ser sus prácticas.

—Eso te lo tendría que explicar Marco Terencio mejor que yo. La política romana me resulta extraña. Mi amo no me confía detalles sobre este tema. Solo tengo en la memoria los datos desnudos. Pero si quieres mi opinión, lo que buscaba el Senado era un golpe de efecto, una demostración de fuerza en toda Italia después de que los ejércitos de Aníbal hubieran puesto en tela de juicio su autoridad. La sangre de los bacantes sirvió para dar lustre a los dientes de la loba romana. Una advertencia para todas aquellas ciudades que siguieran albergando ideas contrarias a los intereses de Roma.

—El Senado ha sido una reunión de hijos de puta desde la noche de los tiempos, por lo que se ve.

—No entro en valoraciones de ese tipo —dijo Trasíbulo, recuperando su habitual compostura neutra.

—¿Y sabes si hubo algún incidente relacionado con secuestros o asesinatos de niños por parte de los seguidores de Baco? ¿Algo que justificara la intervención del Senado de Roma?

—No que yo sepa —respondió Trasíbulo, tratando de mantener el rostro sereno. Sin embargo, hubo algo en su mirada, un leve desvío, un parpadeo más rápido de lo habitual que llamó la atención de Marco—. Aunque… ahora que lo dices… Puede que haya algo.

—Te escucho.

—La creencia más común es que el dios Baco nació de la unión de Sámele y Zeus. Seguro que conoces la historia. Los poetas la han cantado muchas veces. Pues bien, esa no es la única versión del mito. Hay otra, menos conocida, recogida solo por parte de algunas sectas, según la cual Baco o Dioniso nació de la unión entre Zeus y Perséfone. El niño, muy querido por su padre, fue atraído a una trampa por los titanes. En su afán de hacer daño a Zeus raptaron al niño, lo torturaron y lo desmembraron, dejando de él tan solo el corazón. Zeus destruyó a los titanes con su rayo, y logró resucitar a su hijo a partir de los restos de su corazón. Los que creen esta versión del mito afirman que de las cenizas de los titanes nacieron los primeros seres humanos, que de algún modo heredaron así la culpa de haber matado al niño Baco.

Marco se quedó sin habla. Era el primer indicio directo que tenía de la relación entre el dios Baco y el secuestro y tortura de un niño. ¿Estaba aquel mito detrás de la desaparición de los niños de la Subura?

—Los que creen en esa versión del mito… ¿qué más sabes de ellos?

—Lo que te he dicho es todo lo que sé. Según tengo entendido son, o eran, grupos muy cerrados, y solo los iniciados pueden acceder a sus secretos después de haber pasado una serie de rituales. Ciertamente mi amo sabrá más sobre estas cosas. Le apasionan los cultos extraños, ya lo sabes. Y ahora, si me disculpas, tengo asuntos que atender antes de retirarme a dormir. Insisto en que la biblioteca de mi amo está a tu entera disposición.

Marco dudó unos instantes sobre si seguir interrogando al esclavo o permitir que se retirara. ¿Hasta qué punto podía presionar a aquel sirviente

en una casa que no era la suya? Trasíbulo no le dio ocasión. Se dio la vuelta y abandonó la habitación, como acometido de una súbita prisa.

Casi al momento de desaparecer Trasíbulo, regresó la joven esclava.

—¿Deseas que te preparemos una habitación para pasar la noche, Marco Lemurio?

—No —contestó—. Ya he abusado bastante de vuestra hospitalidad. Y me da miedo que el portero se olvide de mi cara y decida abrirme la cabeza con un mazo. Dormiré en mi casa.

—Como quieras —respondió ella—. Te acompañaré hasta la puerta. Para evitar que Quinto te confunda con un ladrón.

—Ya hablaré con tu amo de ese Quinto…

Marco siguió a la esclava por los pasillos de una casa en la que la tranquilidad de la noche ya había sustituido al trajín constante de las horas de luz. Con excepción de algunos siervos, que se apuraban en terminar sus tareas, todos en la *domus* de Varrón dormían plácidamente. En el patio, Marco y la esclava se encontraron con Quinto, que sonrió al verlos llegar.

—Marco Lemurio —dijo—. No voy a olvidar tu nombre.

—Más te vale —respondió él, pero se aseguró de hacerlo cuando ya estaba fuera de la casa, lejos de la posible reacción violenta del, en apariencia bonachón, portero.

OceanofPDF.com

X

Un amigo en la oscuridad

Marco se adentró de nuevo en las calles de Roma. Debido a su forma de ganarse la vida y a su afición por las tabernas, estaba más familiarizado con la Urbe en su faceta nocturna que diurna. Aquella Roma sin luces, sumida en la penumbra, aquella ciudad de prostitutas en los soportales, sicarios en las sombras y extrañas criaturas deslizándose hacia las bocas de las cloacas. Y, por muy acostumbrado que estuviera a ella, Marco sabía que aquella Roma era tan sugerente y cautivadora como letal. Detrás de la misma esquina en la que podías encontrar el placer absoluto en los brazos mercenarios de una mujer, podías acabar con un puñal entre las costillas. Uno nunca estaba seguro en aquellas calles una vez se había puesto el sol. Salvo que fueras un senador o un caballero que pudiera pagar una escolta armada, los riesgos siempre estaban presentes.

Resistió la tentación de parar en algunas de las muchas tabernas por cuya puerta pasó. Desde su interior se escuchaban risas, cánticos, la promesa de un trago de vino fresco, una buena conversación o un espectáculo entretenido. Aquella noche tenía otras tareas que atender. Aristóbulo ya estaba fuera de peligro, pero si quería reducir los efectos de la horrible cicatriz que atravesaba su rostro tendría que cambiar sus vendajes y aplicarle una nueva dosis de su ungüento. Había pasado casi todo el día durmiendo, y no sentía nada de sueño. Pero sus energías tendrían que dirigirse aquella noche a otros objetivos que no incluían vino ni mujeres.

Tenía que darse prisa si quería llegar a casa de Antígona a una hora prudente. No tenía intención de molestar a Periandro y a su hija más de lo estrictamente necesario. La salud del anciano era muy precaria, y tener a un

liberto herido en la habitación de al lado no contribuiría a mejorar su situación. Cuando caminaba de noche por Roma, Marco siempre elegía las grandes avenidas, más iluminadas y concurridas, y en consecuencia menos apetecibles para ladrones o asesinos potenciales. No obstante, aquella noche las ganas de llegar rápidamente a su casa le hicieron cometer una imprudencia: eligió acortar el camino por callejas estrechas y oscuras por las que incluso de día resultaba peligroso pasear. Se aferró a la lágrima de Perséfone y sintió cómo el objeto le transmitía su calor. Iba armado solo con su pequeña daga, pero sentir aquel objeto entre sus dedos le hacía sentirse seguro. Casi invulnerable.

Demasiado tarde comprendió su error. Caminaba por una calle estrecha cuyas aceras estaban cubiertas por soportales sostenidos por gruesas columnas cuando, en una esquina, una fuente llamó su atención. Era apenas un caño que salía de una pared de roca, dejando caer el líquido claro y fresco en una pileta de aspecto gastado y pulido. La noche era muy calurosa, y el vino de Varrón le había dejado un regusto amargo en la boca, por lo que Marco, seducido por el sonido del agua, decidió hacer una parada para refrescarse. Tras agacharse junto al manantial, metió las manos bajo el chorro, formando un cuenco con ellas, y bebió hasta saciarse. Después se llevó las manos mojadas al pelo y se lavó la cara, para quitar los restos del sudor y alejar la sombra del cansancio tras la larga caminata. Se disponía a incorporarse de nuevo cuando un fuerte golpe le impactó en un lateral de la cabeza, y se vio arrojado contra el muro de la casa más cercana.

No le dieron tiempo a incorporarse. Sin saber qué sucedía, Marco comenzó a recibir golpes en todo el cuerpo. Solo acertó a cubrirse el rostro y la cabeza con los brazos. La cantidad de golpes era tal que le resultaba imposible usar una de sus manos para buscar la lágrima de Perséfone que colgaba de su cuello.

Marco pudo abrir los ojos de forma fugaz y descubrió a cuatro hombres que se turnaban para propinarle patadas y puñetazos. Aunque los golpes eran brutales, observó que al menos por el momento no trataban de causarle un daño real. Tres de los hombres llevaban espadas cortas en sus manos, sin utilizarlas. De haberlo querido, habrían podido matarlo en aquel preciso momento.

—Parad —ordenó una voz—. El amo dejó muy claro que antes de morir tenía que saber quién nos enviaba.

Los cuatro individuos se apartaron y dejaron que una quinta figura diera un paso al frente y se parara frente a Marco. Lemurio giró sobre sí mismo y se quedó sentado, con la espalda apoyada en el muro. Exceptuando el primer golpe que le había arrojado contra la pared, el resto de los impactos habían caído en piernas y brazos, sin causar heridas serias. Alzó la vista, sin poder reprimir una sonrisa. Si aquellos hombres querían matarlo, habían perdido su oportunidad. Sin que los atacantes le vieran, se llevó la mano derecha lentamente hasta el pecho, aferrando bajo la túnica el colgante en forma de lágrima. Sintió su calor en la piel, y de inmediato, un irrefrenable deseo de dejarse llevar. De permitir que la fuerza que habitaba en aquella joya de aspecto inofensivo se adueñara una vez más de su cuerpo y su mente.

El hombre que había dado la orden de parar el ataque se mantuvo a una distancia prudente de Marco. Este lo reconoció al instante. Era el mismo personaje que le había abordado en las termas dos días atrás para amenazarlo de parte de Tito Pomponio.

Aquel matón se había llevado como recuerdo de aquel día un buen dolor de testículos. En aquel momento miraba a Marco con una sonrisa cruel en el rostro.

—Veo que ya no estás en condiciones de andar apretando los cojones a nadie —comentó con sorna. Confiaba en que el miedo ante una muerte inminente hubiera aplacado la insolencia de Marco. Se equivocaba.

—Acércate un poco más y haré algo más que estrujártelos. Esta vez te los arrancaré y te los meteré por tu culo de gallina famélica.

La sonrisa del hombre se borró de improviso.

—Guárdate tus amenazas para Plutón. Seguro que tiene unos huevos bien grandes para que intentes apretárselos a él.

—Vas a ser tú quien tenga los cojones de Plutón en tu boca antes de lo que piensas —dijo Marco, dispuesto a dejarse llevar por el poder de la lágrima de Perséfone.

—Alguien viene —anunció uno de los sicarios—. Tenemos que darnos prisa.

—Yo lo distraeré. Vosotros encargaos de él. Recordad: no le toquéis el rostro. Cortadle la cabeza y dejad su cuerpo cerca de la casa de Marco Terencio Varrón. Que reciba el mensaje.

Marco aflojó la mano en torno a la joya. Con el rabillo del ojo pudo observar que lo que el sicario había dicho era cierto. Una figura se acercaba caminando por la calle. La oscuridad, solo rota por la débil luz de la luna, impedía ver con precisión si se trataba de un hombre o de una mujer. Fuera como fuera, pensó Marco, aquel desdichado había elegido un mal momento para dar un paseo por aquella parte de la ciudad. Si activaba el poder de la lágrima de Perséfone, perdería el control de sus propios actos. El demonio de ojos negros que se adueñaba de su cuerpo no distinguiría entre los atacantes y el recién llegado. Se cebaría con su sangre hasta saciarse, sin importarle que fuera sangre inocente o no.

Marco decidió aguardar unos instantes para ver cómo se desarrollaba la escena. Si el que parecía ser el jefe de aquel grupo conseguía alejar de allí a aquella misteriosa figura, él podría desatar el poder de la joya sin temor a dañar a un inocente. Si no lo conseguía o si los cuatro hombres armados con espadas decidían actuar antes de tiempo… entonces Marco tendría que elegir entre su propia vida y la del misterioso paseante.

—Amigo, no es un buen momento para estar en estas calles. Da la vuelta si no quieres…

La voz del líder de los sicarios se convirtió en un gorjeo entrecortado. Sus cuatro acompañantes se volvieron hacia él, dejando a Marco sin vigilancia. El propio Marco quedó tan sorprendido que no acertó a aprovechar la oportunidad. En medio de la oscuridad, no podía ver más que unas siluetas, pero aquello fue bastante para entender qué es lo que estaba ocurriendo.

El recién llegado no había dejado que su interlocutor acabara la frase. De una certera estocada, había hundido una enorme espada en su cuello, de frente, haciendo que la punta saliera por la nuca y desgarrando músculos y garganta. De un movimiento igual de seco y preciso, extrajo el arma y dejó caer a la víctima, que tardó apenas unos instantes en ver cómo la vida se le escapaba por la herida mortal en el cuello.

Los cuatro hombres se lanzaron contra el recién llegado. Marco se puso en pie, agarrándose a la pileta de la fuente. El sentido común le dictaba que saliera corriendo y se alejara de aquel lugar, pero había algo en su interior que le decía que tenía que quedarse. Al fin y al cabo, aquel recién llegado había liquidado a uno de los hombres que se disponían a acabar con su vida. Dejarlo ahí, a merced de cuatro mercenarios armados con espadas, sería una jugarreta bastante sucia. Por otro lado, pensó Marco, poco podía hacer él armado con su pequeña daga en medio de una pelea a espada. Pelea que, a juzgar por la situación, duraría poco, ya que las posibilidades de resistir de un individuo solo contra cuatro se le antojaban a Marco bastante escasas.

Marco sacó la daga y se dispuso a tomar partido, aunque fuera apuñalando por la espalda a alguno de los atacantes. Sin embargo, la escena que comenzó a desarrollarse frente a él lo dejó clavado en el sitio, con la daga en la mano y la boca abierta.

El recién llegado hizo un par de movimientos con su espada que se saldaron con dos de sus atacantes en el suelo. Uno, con la mano que sujetaba el arma cercenada. El otro, con una estocada mortal en el vientre. Mientras sus compañeros gritaban de dolor, los otros dos intentaron lanzarse a la vez sobre aquel misterioso personaje. De poco les sirvió. La figura esquivó sus ataques con unos movimientos que a Marco le recordaron a las contorsiones de algunas bailarinas a las que había visto actuar en alguna ocasión. Observó por primera vez que el tamaño de aquel hombre era colosal, con una talla muy superior a la de sus rivales. Y a pesar de ello, sus movimientos eran extraordinariamente ágiles, impropios de alguien de su tamaño.

Tras esquivar los ataques, el hombre volvió a la carga. Hizo una finta con la espada que provocó que uno de sus adversarios perdiera el pie y cayera de espaldas al suelo. Una situación que el recién llegado aprovechó para caer sobre él de un salto y, tras aplastarle las costillas con uno de sus pies, clavarle la espada en la garganta, acabando con su vida de inmediato. El cuarto espadachín, observando a sus tres acompañantes y su jefe muertos o moribundos en el suelo, optó por tomar la decisión más sensata. Arrojó su propia espada hacia su rival, con el objetivo de distraerlo y ganar tiempo, y echó a correr calle abajo sin mirar atrás.

Habían pasado apenas unos instantes, pero la lucha había terminado.

Marco dio un paso hacia atrás. ¿Qué tipo de monstruo era capaz de usar la espada con aquella habilidad? Y lo que era más importante… ¿se volvería contra él una vez muertos sus primeros rivales? Con su daga en la mano, Marco se sentía ridículo e impotente ante un hombre que había hecho semejante demostración de destreza.

—¿Quién eres? —preguntó, apenas con un hilo de voz.

El hombre no respondió. Tenía aún un trabajo que rematar. El sicario al que había cortado la mano había dejado de lamentarse y, debilitado por la pérdida de sangre, trataba de ponerse en pie para escapar, apoyando su único brazo sano sobre una columna de los soportales. El recién llegado caminó hasta él con pasos lentos. Alzó su espada y la dejó caer sobre el cuello de la víctima. La cabeza del pobre desgraciado rodó por los adoquines de la calle hasta detenerse, por capricho de la diosa Fortuna, junto a la mano que le había sido amputada unos momentos antes en el fragor de la pelea.

Solo entonces, cuando se hubo asegurado de que todos sus rivales estaban muertos, el hombre se volvió hacia Marco.

—¿Quién eres? —preguntó él de nuevo, llevándose la temblorosa mano izquierda a la lágrima de Perséfone mientras la derecha seguía sosteniendo la daga.

—Hola otra vez, Marco Lemurio. Te dije que no me olvidaría de tu nombre.

Finalmente, y pese a todos los esfuerzos realizados en el camino de regreso a casa, Marco Lemurio acabó la noche en una taberna. Los golpes recibidos habían sido muchos, pero ninguno de ellos de gravedad. La paliza que le habían dado meses atrás los hombres de Pompeyo había sido mucho peor. Aquella noche, Marco salió del lance solo con algunas contusiones y un buen chichón en la parte trasera de la cabeza. Quinto, el esclavo de Varrón que de forma tan oportuna había aparecido en aquella calleja, le había saludado de forma efusiva, como si llevaran un tiempo sin verse en lugar de haberse despedido hacía apenas una hora. Marco, que no salía de su

asombro, se dejó atrapar en un abrazo colosal que a punto estuvo de causarle más daños que todos los golpes recibidos a manos de los hombres de Pomponio. Antes de dar ninguna explicación acerca de por qué le había seguido hasta aquel lugar, Quinto insistió en entrar en alguna taberna cercana para remojarse la garganta y descansar después de una pelea que, lejos de haberle dejado exhausto, apenas le había agitado ligeramente la respiración. Marco había intentado resistirse alegando un compromiso ineludible. Al fin, presa de la curiosidad y de las ganas de sentarse de nuevo ante un vaso de vino, había acabado por ceder.

Atrás quedaron los cuerpos de los cuatro hombres, mutilados, ensartados, desangrándose lentamente. Marco echó hacia ellos una última mirada y se preguntó cuánto tardaría Tito Pomponio en sustituir a aquellos mercenarios por unos nuevos. Quinto ni se molestó en mirar una segunda vez los cuerpos de los hombres a quienes acababa de dar muerte.

Frente a frente en una mesa sucia que cojeaba de una pata, Marco y Quinto se dispusieron a dar buena cuenta de una cena consistente en un plato de estofado de verduras con trozos de carne que según el tabernero era conejo y según Quinto sabía sospechosamente a rata. Marco no preguntó a su acompañante cómo conocía tan bien el sabor de la carne de rata, y prefirió pasar a otros asuntos que le intrigaban más. Comenzando por el motivo que había llevado al gigante a salvarle la vida.

—Trasíbulo el escriba salió al patio en el momento en el que se cerró la puerta tras de ti. Me ordenó que te siguiera y me asegurara de que llegaras sano y salvo a casa. Se suponía que tú no debías enterarte de que yo te estaba siguiendo… pero cuando vi que aquellos hombres se te echaban encima, no supe muy bien cómo quitarlos de en medio sin que te enteraras. Tal vez si me hubiera puesto una capucha en la cabeza…

—Créeme, te habría reconocido —dijo Marco mientras masticaba un trozo de carne que era puro nervio y cartílago. Al final, Trasíbulo había tenido razón. Marco había necesitado esa escolta que le habían ofrecido. De no haber aparecido Quinto, habría tenido que usar la lágrima de Perséfone, con las consecuencias imposibles de prever que ello habría llevado consigo —. ¿Dónde has aprendido a luchar así? Parecías el mismísimo dios Marte repartiendo palos.

—Oh, no tiene mucho misterio. La verdad es que lo que has visto es lo único que sé hacer. No tiene nada de especial. Nací en una familia muy pobre de un pueblo cerca de Túsculo. Eramos siete hermanos, y la última pareja de mi madre murió poco después de dejarla embarazada de mi hermana pequeña. El viejo cabrón tampoco era de mucha ayuda. Lo que recuerdo de él es su aliento a vino y las palizas que nos pegaba a todos cada vez que tenía un mal día, lo que ocurría a menudo. Cuando se quedó sola, mi madre tuvo que recurrir a la única herramienta que sabía usar: su coño. Nos mudamos a Roma y ella comenzó a prostituirse para salir adelante. Mis hermanas mayores no tardaron en seguir sus pasos. Los chicos teníamos dos opciones, o robar o unirnos al ejército. Yo preferí enrolarme en las legiones. Se comía mejor. Mentí acerca de mi edad y me marché de casa. Para mi madre fue un alivio no tener que alimentarme. Como mucho.

Quinto vaciaba un vaso tras otro de vino sin que los vapores del alcohol parecieran tener efecto alguno en él. Cuando hubo rebañado a fondo el contenido de su plato de estofado, pidió más al tabernero, que se lo sirvió sin dudarlo. Marco sospechaba que aquella cena correría de su cuenta. Un precio bajo a cambio de que le hubiera salvado la vida.

—¿Aprendiste a luchar así en el ejército? —preguntó Marco.

—Sí y no. En las legiones me enseñaron a usar la espada, el *pilum* y el escudo, pero de una forma que serviría de poco para una pelea en las calles. Los legionarios son letales cuando están juntos y en formación. Pero ese estilo de lucha no sirve de mucho en otros contextos. Además, no duré mucho en el ejército…

Marco no quería que la conversación derivara en tener que contar él su propia vida a aquel curioso personaje, y prefirió seguir haciendo preguntas para centrar la charla en el propio Quinto.

—¿Qué ocurrió?

—Maté a un centurión. Y por el culo de Venus que no me arrepiento de ello. Aquel hijo de puta había roto más varas en mi espalda y las de mis compañeros que estacas había en la empalizada del campamento. Era un tipo gordo y cobarde que había comprado con buenas monedas su ascenso. Un tipo repugnante que solo tenía dos pasiones: el vino y los culos de los reclutas más jóvenes. No tengo nada en contra de que cada hombre haga lo

que considere con su culo y su *mentula*. Pero que un oficial obligue a sus soldados a hacer ciertas cosas… Ese sátiro no merecía estar al frente de una centuria de los ejércitos de Mario. Que me lleven las Parcas si miento, Marco Lemurio. El mundo está mejor sin ese montón de mierda caminando entre los vivos.

Otro veterano de los ejércitos de Mario, pensó Marco. Como su propio padre.

—Por aquel entonces yo era muy joven. Apenas llevaba tres años en la legión. El viejo Mario ya había muerto, y sus sucesores no le llegaban a la suela de las *caligae*. Cuando Sila desembarcó en Italia, cundió el pánico. El hijo de Cayo Mario se puso al frente de las legiones que habían servido con su padre, confiando en que su nombre le granjearía popularidad. Pero el genio militar no se hereda de padres a hijos… El joven Mario nos llevó a las inmediaciones del lugar donde acampaban las tropas de Sila, recién llegadas de Asia. En Sacriporto, Mario pretendía derrotar a sus adversarios aprovechando el factor sorpresa. La noche antes de la batalla, el centurión del que te hablaba se presentó borracho en nuestra tienda de campaña. Todos sabíamos que la mayor parte de los oficiales tenían poca confianza en la victoria. Algunos habían empezado ya a desertar. Tenían miedo de Sila, y no les culpo. El centurión llegó borracho y ordenó a uno de mis compañeros que saliera fuera y le acompañara. Era un chico muy joven, recién reclutado en una aldea del sur de Italia. El centurión se había obsesionado con él, y pensando en que al día siguiente todos estaríamos muertos, decidió darse un último capricho. Solo que aquel día yo no pude resistir más.

Quinto hizo una pausa. Miraba por encima del hombro de Marco, como si estuviera viendo algo en el fondo de la estancia. Algo que solo él podía ver.

—Me puse en pie y le dije que si quería salir de la tienda con alguien que lo hiciera conmigo —continuó su relato—. El muy cerdo se echó a reír, y me dijo que no le interesaba nada un tipo feo y grandote como yo. Trató de apartarme para llegar hasta el muchacho. El chico temblaba de puro miedo. Llevaba en la legión solo unas semanas, y aún no se había acostumbrado a la brutalidad cotidiana que se vive en el ejército. La idea de la batalla al día siguiente no contribuía a calmarlo. Y menos todavía el ver a

un sátiro borracho acercarse a él con la espada en la mano… Yo no me aparté. Me mantuve firme. El centurión no se lo pensó dos veces. Trató de ensartarme con su espada. Pero su poca habilidad con las armas y el vino que había bebido hacían que sus movimientos fueran muy torpes. Pude esquivarlo sin esfuerzo. Él volvió a atacarme. Parecía haber perdido el interés en el chico, y eso estaba bien. El problema es que había encontrado un nuevo objetivo en el que descargar su rabia. Matarme a mí. Le esquivé tres veces. A la cuarta saqué mi propia espada. Con su quinto ataque, yo devolví la estocada. Mi arma se clavó en su vientre hasta la empuñadura. Tardó un rato en morir, el muy cerdo. No me arrepiento de lo que hice. Por Plutón que no me arrepiento.

Marco ya había terminado con su plato de estofado. No era tan bueno como el que preparaban en la taberna de Quelidón, pero le había llenado el estómago.

—¿Qué ocurrió después?

—Se montó un jaleo considerable. Uno de los tribunos mandó que me detuvieran. Era un buen hombre. Un oficial veterano que había combatido junto al viejo Mario en África, o eso es lo que decían. Como no quería molestar al general antes de la batalla, fue el tribuno el que decidió mi sentencia. Condena a muerte. No le culpo, hizo lo que se supone que se tiene que hacer con un legionario que mata a uno de sus oficiales. Me retuvieron en una celda, pero con el jaleo de la preparación de la batalla, se olvidaron de mí. No participé en el combate, por suerte para mí, porque fue una auténtica masacre. Muchos oficiales se pasaron a las filas de Sila, y los hombres desertaron en masa. Los pocos que permanecieron fieles al joven Mario fueron exterminados. Por la tarde, los soldados de Sila llegaron a saquear nuestro campamento. Me encontraron en la celda y me liberaron, con la condición de que me uniera a sus filas. ¿Qué podía hacer? Acepté y pasé a formar parte de los ejércitos de Sila, que se disponían a marchar sobre Roma. Pero yo ya estaba cansado de las legiones… Deserté y escapé al sur. Pasé unos meses de penurias, ocultando mi condición de legionario fugitivo. Lo cierto es que con el caos de la guerra nadie se fijaba mucho en mí… Cuando me harté de deambular por los caminos, me dirigí a Capua, y una vez allí hice lo único que me quedaba para no morir de hambre: me

vendí a mí mismo como esclavo a un lanista que entrenaba gladiadores para los juegos. Y ahí pasé los siguientes años, aprendiendo a usar las armas, pero de una forma muy diferente a como me habían enseñado en la legión. No fui lo bastante estúpido como para unirme a Espartaco y los suyos, aunque algunos de mis compañeros sí lo hicieron. Claro que ellos no habían visto nunca combatir a las legiones, y yo sí. No tenían ninguna posibilidad. Pobres desgraciados…

Marco asintió. La forma en la que Quinto había luchado contra los hombres de Pomponio era, en efecto, la propia de un gladiador que no solo busca derrotar a su rival, sino que además lo hace de una forma espectacular para que el público disfrute con la liza. No había duda de que Quinto había aprovechado bien su tiempo con aquel lanista. Sin duda debía de ser un rival formidable en la arena.

—¿Cómo acabaste en casa de Varrón? —preguntó.

—Me compró hace unos meses para vigilar una de sus fincas. Marco Terencio vio de casualidad mi forma de luchar durante un espectáculo en Pompeya, y le hizo una oferta a mi amo. Ya no tengo veinte años, Marco Lemurio, y los años pesan en el cuerpo de un gladiador como una losa. Nos hacemos lentos y torpes. Mi amo aceptó la oferta. Al fin y al cabo, ya me había sacado suficiente rendimiento. Estuve un tiempo encargado de la vigilancia de una casa de campo de Varrón. Un tiempo muy aburrido, créeme. No sé cómo a la gente puede gustarle la vida lejos de la ciudad… Hace unas semanas, el amo ordenó que viniera a Roma para vigilar su casa. Y ahí nos hemos conocido, Marco Lemurio. Los dioses te han puesto en mi camino. Y ya puedes darles las gracias, porque de no haber sido por mí, esos amigos tuyos te habrían dado una buena…

—Por los dioses y por sus sabias intervenciones —dijo Marco, alzando su vaso. Quinto le imitó y ambos bebieron—. Quiero pedirte disculpas por la forma en la que he hablado antes… No se debería mencionar a la madre de uno de esa forma.

Marco pensó en su propia madre, Neóbula, y en cómo habría reaccionado él si alguien se hubiera atrevido a insultarla.

—No te preocupes. Como gladiador, te acostumbras a escuchar todo tipo de cosas del público que te jalea y te insulta desde las gradas. Tampoco

es que tu insulto fuera muy original… He escuchado que mi madre chupa pollas desde que tengo uso de razón. Está olvidado, Lemurio.

Marco asintió y volvió a beber.

—Deja al menos que pague yo esta cena…

—Tanto tu dinero como el mío salen de la bolsa de Marco Varrón —respondió Quinto con una sonrisa—. Así que tanto da quien pague. ¡Por Varrón!

Y ambos alzaron sus vasos.

Marco siguió bebiendo con Quinto un buen rato, escuchando las viejas historias de las legiones y los cuarteles de gladiadores. Le resultaba increíble que aquel hombre enorme hubiera entrado en su vida hacía tan solo unas horas. Su conversación era tan amena y su trato tan cercano y sencillo, que resultaba fácil creer que uno lo conocía como a un viejo amigo.

Fue Quinto el que, varias jarras de vino después, se levantó de la mesa y declaró que había llegado la hora de marcharse. Con el atriense dormido no tendría problemas por llegar oliendo a vino, pero no convenía tentar demasiado a la diosa Fortuna. Marco cobró conciencia entonces del tiempo que había transcurrido. La noche estaba ya muy avanzada, y aún tenía que pasar por la casa de Periandro a cambiar los vendajes del pobre Aristóbulo.

—Ha sido un placer beber contigo, Marco Lemurio. Ahora, con tu permiso, voy a la letrina. Te acompañaré a casa para asegurarme de que llegas sano y salvo.

Cuando el enorme portero se alejó camino de las letrinas, otra figura ocupó su lugar frente a Marco, para sorpresa y fastidio del ya somnoliento Lemurio. De todos los habitantes de Roma, aquel personaje era el último que esperaba encontrarse aquella noche y desde luego con el que menos ganas tenía de tener una conversación.

—Qué sorpresa, amigo mío. Con lo grande que es Roma y no paramos de encontrarnos.

Cneo Popilio, el contumaz conversador con el que Marco se había encontrado en las termas de Fulvia días atrás, saludó a Marco y llenó su vaso con una jarra que llevaba con él.

—¿Un mal momento el otro día en las termas? Supongo que tuvo algo que ver con la trifulca que se montó en la puerta. No te culpo por marcharte de aquella manera, amigo… Vaya, sigo sin recordar tu nombre.

—Lemurio —dijo él—. Marco Lemurio.

—Marco Lemurio. Por Juno que es un nombre extraño. ¿Heredado de tu padre o eres el primero con este curioso *cognomen*?

—Heredado de mi padre —respondió Marco, deseando que Quinto regresara de su visita a las letrinas para poder marcharse de aquel lugar cuanto antes—. Era muy aficionado a lo sobrenatural. Y los vecinos comenzaron a llamarlo así…

Era cierto, hasta donde Marco sabía. Aunque él mismo desconocía si su padre había recibido aquel *cognomen* antes o después de casarse con Neóbula. Si el viejo Marco había tenido alguna relación con lo sobrenatural antes de conocer a la hechicera tesaba que se convertiría en su esposa era algo que su hijo desconocía. Neóbula rara vez hablaba de los tiempos anteriores al nacimiento del propio Marco.

—Oh, es una bonita afición. A mí, personalmente, no me gustan nada esos temas. ¡Me cago de miedo, por Júpiter! —Popilio prorrumpió en carcajadas que hicieron que sus carnosos carrillos se movieran arriba y abajo—. La primera vez que asistí a una representación de la *Mostelaria* de Plauto casi salgo corriendo *cavea* abajo. ¡Y eso que el público estaba partiéndose de risa a mi alrededor! Como te digo, no me gusta jugar con esas fuerzas, no señor. Como decía mi abuelo, las cosas de los muertos que se queden en su lugar, y las cosas de los vivos…

—No tengo una buena noche, Cneo Popilio. De hecho, estaba a punto de marcharme cuando…

—Claro, claro, lo entiendo, Marco Lemurio. Soy un charlatán impenitente, lo sé. De niño mi madre me amenazaba con arrojarme a un barril de agua si no me callaba. —Nuevo estallido de carcajadas—. Supongo que los del sur somos así. Ciudadanos romanos, sí, pero muy diferentes de vosotros, que preferís los largos silencios a una buena conversación.

—Tal vez en otro momento, con una buena jarra de vino delante, conozcas otra faceta mía más amable.

—Seguro que sí, amigo Lemurio. No dudo de que volveremos a encontrarnos. Como te he dicho, Roma no es tan grande como tendemos a creer.

En aquel momento regresó Quinto, abrochándose el cinturón sobre la túnica y con la expresión satisfecha de quien acaba de soltar un gran lastre.

—¿Listo, Lemurio? Te acompañaré a casa. No queremos más sustos esta noche.

—Vaya, vas bien acompañado —dijo Popilio mientras contemplaba de arriba a abajo la enorme mole del cuerpo de Quinto—. Con un tipo así a tu lado no me extraña que no tengas miedo. Ni de fantasmas ni de licántropos ni de nada.

—No te creas. Si puedo agarrarlo del cuello o clavarle la espada, todo controlado. Pero cosas extrañas a las que no pueda golpear… Con esas cosas prefiero no mezclarme.

—¡Un hombre sensato! —dijo Popilio, alzando el vaso a la salud de Quinto.

Marco se puso en pie, temeroso de que Popilio enredara a Quinto en la conversación y no consiguiera arrancar de allí al sirviente de Varrón en un buen rato. Se acercó a la barra y pidió al tabernero que le indicara cuánto se debía. Finalmente, saliera el dinero de la bolsa de Varrón o no, fue Marco quien pagó las consumiciones de aquella noche.

Que él pudiera recordar, Marco nunca había paseado por las calles de Roma sintiéndose tan seguro. Caminar junto a aquella mole musculosa que ocultaba una enorme espada bajo su túnica y sabían los dioses cuántas armas más, le hacía sentir casi invulnerable. Había derrotado a cuatro hombres armados con una facilidad pasmosa. ¿Qué no sería capaz de hacer contra un ratero que tratara de asaltarlos para quitarles la bolsa? Recorrieron con rapidez la distancia que faltaba hasta la Subura y la casa de Marco.

—Ah, la vieja Subura. Yo también viví aquí, de niño. Nunca he vuelto a ver un montón de mierda tan apestoso como este barrio. Pero por los dioses que lo echo de menos. Tal vez algún día, si puedo comprar mi libertad, regrese a vivir aquí.

—No me vendría mal tenerte como vecino —dijo Marco—. Últimamente tengo muchos malos encuentros.

—Y eso que antes rechazaste que fuera tu escolta…

—Bueno, uno tiene su orgullo —respondió Marco con una sonrisa sarcástica—. Y con ese orgullo intacto, muchos se van a la tumba antes de tiempo. Esta es mi casa. —Habían llegado al portal de su *insula*—. No es mucho lo que puedo ofrecerte. Pero quiero que sepas que en la última planta de este edificio tienes un hogar siempre que lo necesites. Te debo la vida, Quinto.

Marco sabía que aquello no era del todo cierto. De no haber aparecido Quinto, habría hecho uso de la lágrima de Perséfone y aquellos hombres habrían muerto bajo sus manos transformadas en las garras de un demonio de ojos negros.

—Como te he dicho antes, Lemurio, ha sido un placer beber contigo. Los esclavos de Varrón son bastante aburridos… Que pases buena noche.

Marco estrechó el brazo de Quinto con afecto, y Quinto le devolvió el apretón, dejando a Marco una buena señal con la forma de sus dedos. Lemurio aguardó a que el hombretón desapareciera por la esquina del callejón antes de entrar él mismo en el portal.

Tras echar la habitual mirada de miedo y deseo a la puerta del estudio de Neóbula, Marco inició la subida por la escalera, tratando de hacer el menor ruido posible. Sus pasos eran más inseguros de lo que le habría gustado. Quinto había marcado un buen ritmo a la hora de vaciar jarras de vino. Pero mientras el antiguo gladiador apenas había acusado los efectos de la bebida, Marco, que se jactaba de ser un bebedor resistente, ya sentía los brazos y el rostro entumecidos y los movimientos torpes y lentos. Una sensación familiar que no resultaba preocupante cuando el final del camino era su propia cama, donde no recibía más reproches que alguna burla ocasional de Céfiro y un buen dolor de cabeza por la mañana. Sin embargo, aquella noche tenía algo que hacer antes de echarse a descansar.

Llegó ante la puerta de la casa de Periandro y, como había hecho muchas veces en el pasado, respiró hondo, en la esperanza de ocultar el olor del vino en su aliento, y se peinó la espesa cabellera con los dedos. Trucos que, por otro lado, nunca habían funcionado antes. Antígona no se dejaba

engatusar por sus mañas de borracho, por muy encantador que pudiera llegar a ser. Estaba a punto de llamar a la puerta con los nudillos, cuando esta se abrió de par en par.

Por un instante, Marco creyó encontrarse ante las mismísimas puertas del reino de Hades. Una Furia de ojos llameantes había salido a su encuentro, sin duda para arrastrarle a presencia del señor del inframundo. Marco parpadeó para aclarar su visión.

La Furia no era otra que Antígona, que, plantada en el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, le impedía el paso.

—¿Qué quieres? —dijo ella.

Marco, a sabiendas de que no serviría de nada, no pudo evitar esbozar una sonrisa para tratar de calmar los ánimos de Antígona. Aquella escena, él regresando borracho y más tarde de lo acordado, se había repetido muchas veces, demasiadas, durante el corto tiempo que había durado la relación entre ambos, años atrás.

En algunas ocasiones, la mayoría, ella le cerraba la puerta en las narices y pasaba varios días sin dirigirle la palabra a Marco, tras jurarse a sí misma que no volvería a caer en las redes de aquel embaucador. Otras, en cambio, él lograba enternecer su corazón y ambos acababan besándose en aquella misma escalera, tratando de no hacer demasiado ruido para no despertar al anciano Periandro.

—Vengo a cambiar los vendajes de Aristóbulo —dijo él, sin poder evitar que su voz sonara pastosa y agrietada.

—Los vendajes de Aristóbulo están cambiados. Tu amigo duerme desde hace horas. No conozco tus artes ni sé preparar tus ungüentos, pero sé atender a un herido.

—Antígona…

—¿Quieres algo más, Marco Lemurio? Estoy cansada y me gustaría dormir.

—Tengo que ver las heridas de Aristóbulo…

—Tu aliento sería capaz de cauterizar una herida mortal de espada. Pero esta es una casa seria, no uno de tus lupanares, en los que puedes entrar y salir a placer a la hora que se te antoja. Si te queda algo de respeto por mi

padre, márchate y vuelve mañana. Cuando tu boca no hieda a vino barato y a coño de puta.

Antígona no le dio ocasión de responder. Cerró la puerta con fuerza. Él se pegó a la madera para tratar de hacerse oír.

—Vamos, Antígona… Siento haber tardado tanto. Unos… asuntos me han retenido.

Elaboró todo tipo de argumentos, susurrándolos o diciéndolos en voz más alta junto a la madera de la puerta. No obtuvo respuesta ninguna del otro lado. O Antígona se había retirado a dormir o no quería continuar con aquella conversación. La respuesta llegó de la puerta del apartamento contiguo al de Periandro. Una voz irritada de mujer anciana.

—¡Vete a tu casa, brujo borracho!

Marco se volvió hacia la puerta de la que salía la voz.

—¡Cállate, vieja cotilla!

—Tu puta ya no te quiere, hechicero. Vete a la cama a dormir la borrachera.

—¡Me iré a la cama! Pero yo mañana ya no estaré borracho, y tú seguirás siendo igual de vieja, gorda y fea. ¡Arpía!

Marco echó a andar escaleras arriba, furioso con Antígona, consigo mismo y con aquella vecina entrometida. Cuando llegó a su propio apartamento, abrió la puerta con furia, sin recordar que aquella noche no estaba solo. La escena que vio ante él le hizo detenerse y contener la respiración. En un instante, el enfado se esfumó.

En el pequeño espacio de la sala principal de su apartamento, los niños a los que Céfiro había acogido dormían en diferentes posturas. Unos se habían acurrucado bajo la mesa. Otros, los dos más pequeños, habían encontrado su espacio en una de las esquinas de la habitación, apoyados en las piernas de una niña mayor que descansaba sentada y con la espalda apoyada en la pared. Aquellas criaturas estaban acostumbradas a la dureza de las calles de Roma. Todos ellos sobrevivían gracias al robo y la picaresca, y Marco sabía que más de uno de ellos habría tenido que usar la violencia en más de una ocasión para defenderse o poder comer. Sin embargo, al verlos en aquel lugar, sintiéndose seguros, durmiendo plácidamente, se podía apreciar que seguían siendo niños, asustados y

perdidos. Marco recorrió la estancia con la vista, haciendo recuento de niños y niñas. Al menos no había ninguno nuevo.

No había rastro de Céfiro, y Marco se temió lo peor. Con cuidado de no despertar a sus pequeños refugiados, atravesó la habitación, caminando casi de puntillas, y entró en su propio dormitorio. La temperatura allí era incluso superior a la de la sala. La trampilla que comunicaba con el tejado estaba abierta y dejaba pasar una suave brisa, tan ligera que apenas aliviaba el calor. Pasó por encima de rollos de papiro y demás instrumentos y llegó a su camastro. Como había sospechado, Céfiro estaba dormido allí, con el rostro hacia el techo y la boca abierta.

—Maldito esclavo desobediente —murmuró mientras se despojaba de sus propias ropas. Se lavó la cara con el agua de la pequeña jofaina y regresó junto a la cama. De una simple sacudida logró que Céfiro se despertara. El pequeño tenía un sueño muy ligero desde que era un bebé—. Fuera de mi cama —le ordenó.

—Cabemos los dos —respondió Céfiro, dejándose caer de nuevo sobre el colchón fino y raído—. Además, la pequeña Paula ronca como un palafrenero borracho. No hay quien duerma ahí fuera.

—No es problema mío. Fuera de mi cama. Hace mucho calor para dormir los dos juntos.

Céfiro ignoró las órdenes de su amo y se sentó en la cama.

—¿Has averiguado algo sobre la desaparición de los niños?

Marco resopló fastidiado. Tenía dos opciones. Sacar a Céfiro a patadas de su dormitorio o resignarse a que durmiera con él. No se sentía con fuerzas de emprender una persecución y de coger al niño por las axilas para arrojarlo al salón. Además, aquello habría despertado al resto de los niños, y él quería silencio y tranquilidad para poder descansar y poner en orden sus ideas. Solo le quedaba la resignación de compartir lecho.

—Ponte en un lado —dijo—, y no te muevas de él.

—Sabes que cuando duermo soy como un muerto —respondió Céfiro con una sonrisa de triunfo.

Marco pensó que dormir con aquel esclavo era más bien como meterse una lagartija debajo de la túnica. Se tumbó junto a Céfiro y cerró los ojos.

—¿Vas a contarme alguna novedad del tema de los secuestradores o no?

—Mañana —respondió Marco tajante.

—De acuerdo. Pero yo también he averiguado algunas cosas que tal vez…

—Mañana.

En aquella ocasión fue el turno de Céfiro de resoplar fastidiado. Se tumbó en un lado del camastro, tratando de ocupar poco espacio y guardó silencio. Pasó un rato y Marco pensó que el esclavo se había dormido.

—Amo —dijo Céfiro de pronto.

—¿Qué quieres?

—Hueles a vino.

Marco estiró la pierna y de una patada en las nalgas sacó a Céfiro del colchón. El esclavo, en el suelo, se echó a reír.

OceanofPDF.com

XI

Discursos y multitudes

Marco fue el último en despertarse aquella mañana. A pesar de ello, tuvo que salir de la cama mucho antes de lo que le habría gustado. Alguien aporreaba la puerta de su apartamento con fuerza, haciendo imposible el continuar durmiendo.

Miró a su alrededor y descubrió que Céfiro ya no estaba en la habitación.

—¡Céfiro, abre la puerta! —gritó, y se dejó caer de nuevo sobre el colchón. ¿De qué servía mantener a un esclavo si no era capaz ni de abrir cuando alguien llamaba? Marco rara vez recibía visitas. Seguro que se trataba de algún vecino molesto por los gritos en la escalera la noche anterior. Una discusión de vecinos era lo último que le apetecía aquella mañana. Las sienes le palpitaban y sentía la boca pastosa, como siempre que se despertaba después de una noche entregado al vino en alguna taberna. Solo quería beber agua para aplacar su sed y dormir hasta que el sol estuviera bien alto en el cielo y la temperatura de la habitación fuera tan insoportable que no le quedara más remedio que arrastrarse hasta la calle. Los golpes en la puerta continuaron, sin que nadie acudiera a abrirla—. Maldito Céfiro. Hasta Espartaco era mejor esclavo que tú… —rezongó.

Se levantó de la cama malhumorado y salió de la habitación. A la resaca se le unía el recuerdo de la pelea con Antígona. En algún momento tendría que bajar a comprobar cómo se encontraba Aristóbulo y cómo evolucionaban sus heridas… y enfrentarse de nuevo a los dardos verbales de la hija de Periandro.

En la sala, los golpes se escuchaban con más fuerza. Marco comprobó que los niños aún no se habían marchado. Frunció el ceño, furioso, al comprobar que no habían cumplido el pacto al que habían llegado. Los pequeños estaban todavía en la estancia a pesar de brillar ya el sol en el cielo, pero Marco no fue capaz de reprenderlos. Todos estaban visiblemente asustados. Algunos se habían escondido en la despensa o bajo la mesa, mientras los pequeños se ocultaban detrás de los mayores.

—¿Qué pasa? —preguntó Marco, sorprendido.

—Viene a por nosotros… —respondió una de las niñas mayores, apenas con un hilo de voz.

—Tonterías —respondió Marco—. Nadie va a haceros daño mientras estéis en esta casa.

Céfiro apareció entonces de debajo del montón de mantas que hacía las veces de su cama.

—¡Lo encontré! —dijo, enarbolando una pequeña daga que Marco no había visto nunca antes—. Vosotros saldréis por la trampilla que da al tejado. Los mayores ayudad a los pequeños a que lleguen hasta la escalera que os enseñé el otro día. Nos encontraremos en la fuente de…

—Céfiro —interrumpió Marco.

—Marco, tú puedes acompañar a los niños por el tejado. Yo abriré la puerta en cuanto estéis a salvo y…

—Vamos, Leónidas, suelta la espada —dijo Marco, haciendo que el esclavo bajara el pequeño puñal y reprimiendo un bostezo—. Deja de asustar a estos niños con tus delirios. Que nadie se mueva de su sitio.

—Pero, Marco, puede que sea el secuestrador de niños que ha descubierto nuestro escondite…

—Salgamos de dudas.

Marco abrió la puerta, convencido de que al otro lado se encontraría a una vecina enfurecida y no a un misterioso encapuchado hambriento de carne de niño.

Su sorpresa fue mayúscula cuando no se encontró ni lo uno ni lo otro. En lugar de un rostro de vecina molesta o una sombra bajo una capucha, se vio cara a cara con el ceño fruncido de un hombre de su misma edad y altura.

—Saturnino —dijo, sin ocultar su sorpresa.

—Lemurio, por los dioses, tienes el sueño más pesado que el jodido Endimión. Estaba a punto de marcharme ya.

—¿Cómo has averiguado dónde vivo?

Marco consideraba a Saturnino un conocido bastante cercano, lo más parecido a un amigo que podía tener en su mundo de tabernas y callejones oscuros. Aun así, jamás le había invitado a su casa ni habían hablado de dónde vivía él. Su modo de vida y, sobre todo, la mala experiencia vivida con la muerte de su madre, le hacían muy receloso de su intimidad. Solo sus vecinos sabían dónde vivía Marco Lemurio, y estos, con excepción de Antígona y Periandro, desconocían casi todo acerca de su forma de ganarse la vida. O eso creía él.

—En Roma puedes llegar a cualquier sitio preguntando. Y en la Subura todo el mundo te conoce, Marco Lemurio. Fue fácil encontrar esta *insula*. Y una vecina tuya bastante desagradable me indicó en qué piso estaba tu apartamento. Por cierto, cuando escuchó tu nombre se escupió en la palma de la mano y pronunció una maldición. No eres un hombre muy popular en el vecindario, amigo mío.

—Saturnino, no pretendo ser desagradable, pero me duele la cabeza y me encantaría volver a la cama…

—No te quitaré mucho tiempo. ¿Qué te parece si me dejas pasar y…?

Antes de que Marco pudiera evitarlo, Lucio Saturnino se deslizó en el interior de la casa y se plantó ante la pequeña sala, quedándose clavado en el sitio ante la visión de varios niños medio ocultos entre las sillas y el resto del escaso mobiliario.

—Vaya… Esto sí que no me lo esperaba. —Marco cerró la puerta, fastidiado por aquella inesperada y poco deseada visita—. No sabía que te gustaban tanto los niños, Lemurio. ¿Te dedicas a venderlos como esclavos? Porque no quiero pensar que tienes aquí montado un negocio incluso más sórdido…

—Estos niños son tan libres como tú, Lucio. Pasan aquí la noche para ocultarse. Hay alguien secuestrando niños de las calles de la Subura y aquí están seguros.

Saturnino se dio la vuelta y miró a Marco con los ojos muy abiertos.

—¿Marco Lemurio abriendo las puertas de su casa a un grupo de niños de la calle? Por los dioses que cada día me sorprendes más. Te imaginaba más usando sus ojos para preparar alguno de tus hechizos. Cuando lo cuente en la taberna no me van a creer.

—Si lo cuentas me aseguraré de que la lengua se te derrita tras esos dientes tuyos tan blancos. —Saturnino sonrió. Marco no—. Además, ellos ya se marchaban. Se supone que tenemos un trato: se largan de aquí en cuanto sale el sol… Trato que no han cumplido.

—¡Nos marchamos! —gritó Céfiro, todavía con el puñal en la mano, pero más relajado al comprobar que el que aporreaba la puerta no era más que uno de los compañeros de borrachera de su amo. El esclavo echó a correr hacia la escalera, y el resto de los niños le siguieron, creando un gran alboroto.

—¡No molestéis a los vecinos! —gritó Marco, tratando de imponer su voz sobre los alaridos de algunos de los niños—. O encuentro pronto al que secuestra a los niños o los caseros me echan de esta casa…

—¿Qué es eso del secuestro de niños en la Subura? Me pareció oír algo en la taberna el otro día, pero no presté mucha atención…

—Nada que deba preocuparte —respondió Marco, aliviado ante la marcha de sus pequeños inquilinos y deseoso de librarse también de aquella visita inesperada—. Y ahora que estamos solos, ¿en qué puedo ayudarte, Lucio?

—¿Ya lo has olvidado? Eso me pasa por pedirte ayuda con una jarra de vino delante… El filtro amoroso, Marco. Quedamos en que me prepararías algo para ayudarme con mi… problema. ¿No lo recuerdas? Me dijiste que esperara tres días, que necesitabas que los ingredientes reposaran bajo la luna llena o algo así. Y que nos veríamos en la noche del tercer día en la taberna de Quelidón. Estuve esperándote hasta bien avanzada la noche, jodido Lemurio. Pero no te presentaste.

Marco se llevó la mano a la cabeza. El filtro amoroso. Había convenido con Saturnino que le ayudaría a seducir a la tal Atia, la viuda rica que prometía ser la salida a todas las preocupaciones de su ambicioso amigo. Marco había olvidado por completo aquel asunto. Con los problemas de los hombres de Pomponio y las investigaciones sobre las desapariciones de

niños en las calles no había tenido tiempo de pensar en nada más en los dos días que habían transcurrido desde su último encuentro con Saturnino.

—Me surgió un asunto imprevisto.

—Por tu dolor de cabeza y la expresión de tu cara sospecho que ese asunto imprevisto surgió del fondo de una jarra de vino. Pero, en fin, no importa. Tampoco es que te estuviera esperando en la calle. Hay una esclava nueva en la taberna, una egipcia… Marco, Marco, tienes que conocerla. Hace una cosa con los pies que…

—Me hago a la idea, Lucio. No me echaste mucho de menos.

—Lo cierto es que no. Pero el caso es que esta noche estoy invitado a una fiesta en casa de Atia, y necesito tener ese filtro amoroso para que mi plan surta efecto. Esta fiesta es mi última oportunidad, Marco. Necesito ya esa poción. Dime que la tienes. Dime que no te olvidaste de prepararla.

—La tengo, la tengo —mintió Marco con la habilidad propia de quien durante años ha hecho de la mentira y el disimulo el medio de llenar la despensa—. Espera aquí. Te la traeré.

Marco regresó al dormitorio y cerró la puerta tras él. No le gustaba la idea de estafar a alguien a quien consideraba casi un amigo, pero Saturnino no le había dejado más remedio. Si quería un filtro amoroso, lo tendría. Cogió de una de las estanterías un pequeño frasco de tosco barro. Era una pieza que cabía en la palma de la mano y que imitaba una bonita ánfora con dos pequeñas asas y una boca redondeada. Marco se las compraba vacías a un fabricante de perfumes, y las llenaba con sus propios inventos para venderlas a incautos que, como Saturnino, creían que con una simple poción encontrarían la solución a todos sus problemas. Sujetó el ánfora diminuta con la mano izquierda y, con gran cuidado, vertió en ella, gota a gota, el contenido de una botella más grande. Se trataba de un líquido espeso y aceitoso en el que Marco había mezclado varios ingredientes para otorgarle una textura y un olor que llamaran la atención del incauto cliente. El resultado era una poción de color rosado y olor semejante a las flores, agradable al olfato y capaz de satisfacer las necesidades del cliente más exigente. En alguna ocasión Marco se había planteado vender aquella sustancia como perfume, pero había llegado a la conclusión de que era más

rentable como filtro amoroso. Los enamorados desesperados resultaban clientes más fáciles de manipular y con mayor tendencia a abrir sus bolsas.

Una vez el ánfora estuvo llena del líquido, cogió un pedazo de cera, lo redondeó y lo encajó en la boca del pequeño recipiente para que hiciera las veces de tapón. Con todo fisto, regresó a la sala.

—Aquí tienes —dijo, tendiendo a Saturnino con solemnidad el ánfora. La sostenía entre sus dedos con un teatral cuidado, como si su contenido abrasara o fuera peligroso, y no quisiera tener más contacto con él del absolutamente necesario. Como profesional de la estafa que era, sabía que la puesta en escena era tan importante como la credibilidad del producto que vendía. Si el cliente entraba en el juego, las posibilidades de que la estafa quedara al descubierto se reducían de forma considerable.

Saturnino agarró el ánfora con cuidado y la observó con auténtica veneración.

—¿Es la misma que le vendiste a los hombres de los que te hablé?

—Es el único filtro amoroso que conozco. Pero ya te dije que no estoy muy seguro de que funcione en todos los casos…

Marco se sentía atrapado entre su papel de estafador, un personaje con el que se sentía cómodo y con el que daba lo mejor de sí mismo, y el remordimiento por estar engañando a su compañero de borracheras.

—Los dos hombres con los que hablé del tema estaban encantados con los resultados, así que me arriesgaré. ¿Cómo se utiliza? ¿Tengo que hacer que se lo beba o es una especie de perfume que tengo que aplicar en mi cuello?

Marco pensó unos instantes. En alguna ocasión algún cliente había bebido una dosis demasiado alta de aquel brebaje y había estado una semana sin poder alejarse de la letrina más de tres pasos. No quería arriesgarse a que le ocurriera lo mismo a la viuda de la que Saturnino estaba enamorado.

—Que se lo beba, pero solo tres gotas. Mezcladas con el vino. Y tú también debes beber una dosis igual. En una fiesta no te será difícil ofrecerle una copa en la que hayas vertido la cantidad necesaria. Brinda con ella, que se beba el vino y caerá rendida a tus pies. Pero recuerda, solo tres gotas. Si toma una dosis mayor los resultados serían… fatales.

—¿Qué ocurriría? —preguntó Saturnino, entre la curiosidad y el miedo.

—No quieras saberlo. Venus es una diosa a la que no hay que enfadar. Solo tres gotas y será tuya. Más de tres, y tal vez esa Atia tuya esté compartiendo el lecho con Plutón antes de que salga el sol de nuevo. No estoy bromeando.

Marco tuvo que reprimir una carcajada. Si tomaba más de tres gotas, Atia no visitaría el mundo de los muertos, pero se pasaría una buena temporada cagando algo muy parecido al fuego y deseando que alguien enviara su alma al inframundo.

—Gracias, Lemurio. Eres un buen amigo. Si esto da resultado, las puertas de mi nueva casa siempre estarán abiertas para ti.

—Me conformo con que me abras las puertas de tu bodega. Recuerda. Tres gotas. Ni una más.

—Así lo haré.

Saturnino dio un beso al pequeño recipiente y salió de la casa con una sonrisa en los labios.

Marco suspiró. Incluso aquellos hombres a los que consideraba inteligentes, y Saturnino era uno de ellos, resultaban presas fáciles del engaño cuando se metían en asuntos amorosos. Él mismo habría hecho uso de aquellos filtros en más de una ocasión de haber sabido que eran eficaces. Con Antígona en el pasado. Con Alda en aquellos momentos. Pero la realidad era que, por lo que Marco sabía, no existía forma de torcer la voluntad humana en asuntos del corazón. La diosa Venus no se dejaba engañar por pociones o sortilegios.

Se disponía a cerrar la puerta y, una vez reinstaurada la tranquilidad del hogar, regresar a la cama, cuando un ruido le detuvo. Alguien subía la escalera a toda velocidad. Marco volvió a suspirar y esperó. En unos instantes, Céfiro se plantó en el rellano, jadeando por el esfuerzo realizado.

—¿Qué pasa ahora? ¿Alguno de tus amigos se ha olvidado algo en casa?

—Hay una niña abajo preguntando por ti. Una de las hijas del panadero ese grande de barba negra. El padre del chico desaparecido… Era un niño bastante tonto, con muchos aires de grandeza. Más de una vez le tuve que…

—Sí, Céfiro, sé de quién hablas. Dile que me espere abajo. Voy a asearme un poco.

Marco suspiró por tercera vez. Sus esperanzas de volver a la cama se acababan de desvanecer por completo.

—Mi padre quiere verte, Marco Lemurio.

La niña había obedecido las instrucciones de Céfiro y había aguardado hasta que Marco hubo terminado de asearse. Era la hija mayor de las dos que había conocido días atrás, en la panadería, donde Marco había tenido con su padre un intercambio de palabras y de golpes.

—¿Hay algún problema?

—No me lo ha dicho. Desde que desapareció mi hermano, padre habla muy poco.

Marco asintió.

—Adelántate tú. Yo iré enseguida. No es buena idea que te vean conmigo por la calle.

La niña hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si entendiera perfectamente el motivo. Era ya casi una adolescente, y sin duda había escuchado las historias que se contaban de Marco Lemurio en las calles de la Subura.

Marco dejó un tiempo suficiente para que la niña se alejara de su casa y echó a andar él mismo por el callejón. El sol ya estaba bastante alto en el cielo, y la temperatura comenzaba a ser insoportable.

—Maldito verano —murmuró.

En su deambular por las calles, camino de la panadería, observó que había más movimiento del habitual. Grupos de hombres y mujeres que charlaban en cada esquina, buscando la sombra de los soportales o la cercanía de una fuente. Muchos hacían gestos y hablaban en voz muy alta, como si estuvieran enfadados. Pudo escuchar algunas palabras sueltas. Pan. Hambre. Trigo. Pompeyo. Frunció el ceño. Algo se estaba gestando en las calles de Roma. Recordó las palabras de Varrón cuando, tras su regreso del Samnio, le había advertido de la inminencia de desórdenes y enfrentamientos.

Cuando llegó a la panadería se encontró con Aulo en la puerta de su establecimiento, con los brazos cruzados en torno al pecho y una actitud desafiante ante un grupo de hombres y mujeres que se habían agolpado frente a él.

—No hay más pan. Ya lo he vendido todo —dijo el panadero con su voz grave.

—No puede ser. Es muy temprano —respondió una mujer menuda y gruesa, alzando el puño—. Seguro que tienes más pan ahí escondido y estás esperando para subir el precio.

—Sí, Aulo. No nos mientas, amigo. Nos conocemos de toda la vida. —Un anciano desdentado, con un tono más suave que el de la mujer, se dirigía al panadero protegido tras el cuerpo de uno de sus acompañantes.

—He dicho que no hay pan. Marchaos o por los dioses que os lo haré entender de otra manera.

El grupo miró a Aulo con mezcla de miedo y timidez. La mujer pareció dudar si insistir o no hacerlo. Uno de ellos vio que Marco Lemurio se acercaba y se dirigió hacia él.

—Seguro que para ese brujo sí que tiene pan. Eh, tú, Lemurio, haz uno de tus hechizos para convertir estas piedras en pan. Mis hijos tienen hambre.

Dos hombres respondieron con risas. Marco se detuvo. No estaba dispuesto a intervenir en aquella disputa. El panadero parecía el tipo de hombre capaz de solucionar sus propios problemas sin ayuda de nadie.

Al ver que Aulo no se movía de la puerta de la panadería y que Marco Lemurio no les daba motivos para seguir hablando de él, el grupo comenzó a disolverse. El anciano fue el primero en marcharse, cabizbajo, seguido de otros hombres. La mujer rechoncha fue la última en retirarse, y antes de hacerlo escupió al suelo y amenazó a Aulo con su dedo.

—No me das miedo, panadero. Si nos enteramos de que estás ocultando el trigo para ganar más dinero, te colgaremos a ti y a tus hijas de una viga. Por Ceres que lo haremos.

Aulo hizo un amago de golpear a la mujer, pero ella se mantuvo firme, desafiante, y solo cuando el panadero volvió a cruzarse de brazos, ella comenzó a caminar de espaldas, sin dejar de mirarle. El grupo se alejó un

poco, pero volvió a reunirse frente a un portal, calle abajo, murmurando y señalando a Aulo y su tienda.

—Los ánimos están muy encendidos —comentó Marco tras acercarse a la puerta de la panadería.

—El precio del trigo sigue subiendo. Apenas puedo comprar harina, y el poco pan que hago lo tengo que vender a un precio absurdo solo para no perder yo dinero. Mi clientela se limita ya a los más ricos del barrio… y créeme que es algo que no me gusta nada. Esa gente está enfadada, y no les culpo. Tienen hambre. Pero no seré yo quien pague por ello. Si vendo el pan más barato que el trigo que yo compro, serán mis hijas las que pasen penurias. Por Ceres que no voy a convertirme en el salvador del barrio. Tengo bastantes problemas propios como para preocuparme de los ajenos. Si tengo que pelear para defender mi negocio y defender a los míos, lo haré. Y que Júpiter proteja a esos desgraciados si llegamos a eso. —Marco miró al grupo que cuchicheaba calle abajo. Algunos transeúntes curiosos se unían a ellos y aportaban sus propias opiniones, caldeando cada vez más el ambiente—. Al final habrá problemas —sentenció Aulo—. La gente está muy enfadada.

Marco pensó por un momento pedirle al panadero la hogaza diaria que le habían prometido como contrapartida por investigar el asunto de su hijo, pero, viendo el panorama, decidió que por el momento era más seguro prescindir del pan.

—¿Querías verme? —preguntó.

—Tengo información para ti sobre la desaparición de los niños. Solo rumores. Pero supongo que cualquier pista es buena.

—Te escucho —respondió Marco. Los dos hombres hablaban sin perder de vista al grupo creciente reunido más abajo.

—Un amigo afirma haber oído una historia en una taberna. De boca de un borracho con mucha imaginación.

—A veces los borrachos imaginativos son una buena fuente de información. Continúa.

Aulo carraspeó. Por el rabillo del ojo vio que sus hijas trataban de escuchar la conversación desde el interior del local desierto, pero bastó un simple gesto con la mano para que las niñas salieran corriendo al almacén.

—El que me lo contó es una persona de confianza. Un hombre trabajador, ciudadano romano de varias generaciones. Un buen tipo. Pero le gustan demasiado las tabernas, no sé si me entiendes… —Marco le entendía a la perfección—. Tuvo una conversación con un tipo extraño, un veterano, con un muñón en lugar de brazo derecho. Según mi amigo, el tipo aquel olía como si hubiera dormido varios días bajo una montaña de estiércol fresco. Y en el momento de la conversación se había bebido ya varias jarras de vino barato. ¡Si conozco a mi amigo los dos debían de estar borrachos como ratas en un barril!

Un veterano con un muñón en lugar de brazo derecho. Un tipo de aspecto mugriento y penetrante olor. Marco pensó en el hombre con el que había hablado junto a la puerta Capena el día en que había regresado de su viaje al Samnio. El que había afirmado conocer a todos y cada uno de los oficiales que algún día combatieron en las filas de Cayo Mario. ¿Se trataría del mismo personaje? ¿Cuántos soldados veteranos había en Roma que respondieran a aquella descripción? Marco supuso que seguramente muchos encajarían en aquel patrón. El panadero continuó con su relato:

—La conversación tuvo lugar en una taberna llamada Las Tres Nereidas, junto a la muralla de la puerta Capena. El veterano afirmó haber visto a dos encapuchados remando río abajo, a la altura del Campo de Marte. Una barca pequeña, en la que llevaban varios bultos. Sacos. Al alba, cuando el sol comenzaba a salir.

—Comerciantes llevando sus productos al Foro Boario. ¿Qué tiene de especial?

—Según aquel tipo, los sacos se movían. Como si llevaran varios animales metidos en ellos tratando de salir.

Marco asintió, muy serio.

—Entiendo.

—Puede ser que el borracho viera una alucinación o que se tratara de verdad de comerciantes honrados llevando gallinas o cochinos al mercado. Pero encapuchados, a una hora tan temprana, llevando unos sacos que se movían de forma sospechosa… No lo sé, Lemurio. Tal vez el dolor por la ausencia de mi hijo me esté volviendo loco y haga que esté dispuesto a creer cualquier cosa. Pero algo me dice que podría ser una buena pista.

—Podría serlo. Lo investigaré. Gracias por tu confianza, Aulo.

—Mi hijo podría ser uno de los niños atrapados en esos sacos. Ya no tengo esperanzas de encontrarlo vivo… Solo quiero poder darle una sepultura digna. Y hacer que los culpables paguen con su sangre. ¿Has conseguido tú alguna pista?

Marco no quería compartir aún con Aulo las pistas que él mismo había conseguido. Si el panadero se enteraba de que la desaparición de los niños podía estar relacionada con algún antiguo culto al dios Baco podría tratar de movilizar a sus compañeros delos *collegia*, y aquello haría que los secuestradores estuvieran en guardia, perdiéndose cualquier posibilidad de cogerlos por sorpresa. Estaba preparando una excusa cuando algo ocurrió al final de la calle. Un muchacho llegó corriendo y se detuvo unos instantes ante el grupo de personas allí reunido.

—¡Hay un hombre hablando del precio del pan en la plaza de los curtidores! ¡Dice saber el motivo de la subida de precios y la escasez de trigo!

El muchacho dijo aquellas dos frases y salió corriendo calle arriba, deteniéndose de nuevo ante otro grupo de personas para los que repitió las mismas palabras.

—Así es como empiezan los problemas —dijo Aulo—. ¡Niñas, voy a cerrar las puertas! Subid a casa con la abuela y no salgáis hasta que yo regrese. ¡Y no abráis la puerta a nadie!

El panadero cerró la puerta de su comercio y la atrancó con una enorme barra de hierro que se encajaba en los dos lados del quicio de piedra.

—Vamos a escuchar qué tienen que decir del precio del pan. ¿Quieres acompañarme, Lemurio?

Marco estuvo tentado de romper su norma habitual de no meterse en asuntos políticos y acompañar al panadero hasta el lugar donde el misterioso orador se dirigía a la muchedumbre. Sentía una fuerte curiosidad por enterarse del motivo de aquella súbita subida de los precios del trigo. Sin embargo, finalmente, fueron la pereza y el desinterés los que vencieron en su mente.

—Lo cierto es que no me interesa demasiado.

—¿No te interesa que el pueblo se muera de hambre? —dijo Aulo, casi ofendido.

—El pueblo se muere de hambre desde que el mundo existe. Lo que me preocupa es no morirme de hambre yo, y escuchar a un tipejo a sueldo de algún noble no me va a llenar el estómago. Prefiero seguir investigando el asunto de los niños, gracias.

El panadero resopló fastidiado, pero no quiso insistir. Se despidió con un gruñido y echó a andar calle arriba, siguiendo a los grupos que se dirigían hacia la plaza de los curtidores. Marco se quedó mirando cómo se marchaba y movió la cabeza mientras sonreía sarcástico. En Roma, las aglomeraciones de gente siempre acababan con altercados y enfrentamientos. Cuanto más lejos de aquellas reuniones masivas, mejor.

Se disponía a dar media vuelta para regresar a su casa, cuando vio un rostro conocido en medio de la multitud que avanzaba hacia la plaza. Céfiro, sonriente y acompañado de un grupo de niños de su misma edad, se había unido a la comitiva, movido por la curiosidad y la novedad.

—¡Céfiro! —gritó Marco, pero el pequeño esclavo no le oyó. El griterío era cada vez mayor a medida que más y más gente bajaba desde sus casas o llegaba desde otros puntos de la Subura—. Maldito niño…

No podía dejar a Céfiro solo en aquel lugar. Por mucho que confiara en las habilidades del esclavo para salir airoso de situaciones complejas en las calles de Roma, lo que se estaba gestando aquel día le parecía a Marco que podía llegar a tener un desenlace más violento que las simples trifulcas habituales en la Subura. La gente estaba enfadada y tenía hambre. De no haber sido Aulo tan alto como Áyax y haber tenido unos brazos dignos del mismo Marte, Marco estaba seguro de que el grupo que le increpaba habría intentado asaltar y saquear la panadería. Si se quedaba en aquel lugar, Céfiro estaría en peligro.

Marco, en lugar de caminar calle abajo como habría sido su deseo, se unió al río de cuerpos que ascendían hasta la cercana plaza. La creciente multitud le impedía acercarse a Céfiro lo suficiente como para hacerse oír. Además, el esclavo y sus amigos, muy versados en moverse por las calles de Roma sin ser vistos y aprovechando su pequeño tamaño, se escurrían entre las piernas de la gente, avanzando mucho más rápido de lo que Marco

era capaz. Se llevó codazos, empujones y algún que otro insulto, cosas a las que estaba más que acostumbrado. Por fin logró llegar hasta la plaza de los curtidores, un espacio en el que los trabajadores del cuero de la Subura tenían sus talleres y tiendas, y que siempre despedía un fuerte olor a animal muerto y a las sustancias que empleaban para trabajar y embellecer sus materiales. Marco, un poco más alto que la media de habitantes del barrio, pudo ver sobre el mar de cabezas y puños alzados que alguien había dispuesto una pequeña tribuna en un extremo de la plaza, realizada con barriles y cajas de madera. Descubrió la figura de Aulo el panadero situado junto a la tribuna, todavía con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Seguramente había conseguido abrirse paso en medio de la muchedumbre gracias a su complexión fornida y a su prestigio personal en el barrio. Dos cosas de las que Marco carecía por completo.

En otro extremo de la plaza, subidos sobre el pedestal de una vieja estatua de piedra, se encontraban Céfiro y sus amigos. Marco trató de avanzar hacia el lugar donde se encontraba su esclavo, pero tras varios intentos de abrirse paso comprobó que era imposible moverse ni un solo paso. La gente había seguido llegando a la plaza desde las diversas calles que desembocaban en ella, de modo que el espacio se había abarrotado en muy poco tiempo. Los gritos que se escuchaban hacían pensar que aún había personas intentando acceder a la plaza, obligando a los que ya estaban en ella a apretarse más y más. Marco respiró hondo. Se encontraba atrapado en el último lugar de Roma en el que habría querido estar.

—Maldito Céfiro —murmuró.

A su alrededor, la gente comenzaba a ponerse nerviosa. Una mujer abofeteó a un hombre y le acusó de haberle tocado un pecho. Un grupo de hombres alrededor comenzó a reír, hasta que la mujer los silenció sacando de su túnica un enorme cuchillo de aspecto amenazante. En otro lugar, un anciano pugnaba por respirar, casi aplastado por la presión de los cuerpos que le rodeaban. Los padres que habían ido con sus hijos los llevaban a hombros, tratando de elevarlos sobre la muchedumbre cada vez más alterada.

Marco pensó que si aquella masa de gente no se dispersaba pronto de forma ordenada la jornada se saldaría con algo más que unos cuantos

heridos.

Un griterío llamó su atención en el extremo de la plaza en el que se había alzado la tribuna. La gente daba la bienvenida a la persona a la que habían ido a escuchar. Cuando el personaje por fin subió al estrado, Marco observó que se trataba de un hombre cuyo rostro recordaba vagamente de su deambular por las calles de la Subura. ¿Era un comerciante? ¿El magistrado de algún *collegium*? No podía recordarlo. El hombre, vestido con una túnica bastante rica para lo que solía ser habitual en aquel barrio, ascendió sobre los barriles y cajas y alzó una mano para pedir silencio. Casi de inmediato, la muchedumbre dejó de gritar. El personaje lucía un ceño fruncido, y miraba a su alrededor con rostro preocupado, como si lo que tenía que anunciar fuera una noticia de extrema gravedad.

—Vecinos de la Subura —comenzó—, ciudadanos de Roma, amigos. Todos aquí me conocéis, pero por si hay alguien que venga de fuera del barrio, me presentaré. Me llamo Cneo, y soy el primer magistrado del *collegium* de tintoreros de la Subura.

Marco asintió. De aquello lo conocía. El *collegium* de tintoreros de la Subura controlaba toda la actividad relacionada con la confección de telas y ropas en aquel barrio. Dictaban los precios, expedían permisos para abrir nuevos comercios, supervisaban el comercio de materias primas y productos manufacturados. Y, como todo *collegium*, organizaban la vida social de sus miembros, cobrando unas cuotas y cuidando de aquellos que sufrían accidentes o de los huérfanos y viudas de aquellos que fallecían. Marco creía recordar que tenían su sede, un enorme local preparado para acoger las asambleas de sus centenares de miembros, en una plaza cercana al *clivus Suburanus*, la principal vía de la Subura. El *collegium* de tintoreros era una de las fuerzas más poderosas en aquel barrio humilde. Y aquello convertía al tal Cneo en una de las personas más influyentes entre la plebe de aquella zona de la ciudad.

—No soy un orador, ya lo sabéis. Ni hablo griego ni he estudiado con un pedagogo como los hijos de los patricios. Soy un comerciante, un trabajador, igual que vosotros. Sé que perdonaréis la torpeza de mis palabras. Es el pueblo de Roma quien habla por mi boca, y el pueblo de Roma no usa discursos elegantes.

—¡Tu túnica sí que es elegante, cabronazo! —gritó alguien desde un extremo de la plaza, y la muchedumbre estalló en carcajadas. El orador se unió a las risas antes de continuar su discurso.

—Muchos os preguntáis por qué no hay pan para llevar a vuestras casas y dar de comer a vuestros hijos. Algunos, movidos por el hambre, habéis culpado a los panaderos del barrio. ¡Tan víctimas ellos como el resto de esta situación! No, no son ellos los culpables de esta carestía. Os aseguro, por Ceres, que ninguno de los panaderos de la Subura está almacenando trigo o harina para subir los precios. ¡Qué me lleve Plutón a su morada si miento!

La muchedumbre respondió con un griterío. Aulo se giró hacia la masa con mirada altiva, reivindicando una inocencia que el orador acababa de dejar muy clara. Otros panaderos presentes entre la multitud rompieron a aplaudir.

—¿Entonces qué es lo que está pasando, Cneo? ¡Mis hijos tienen hambre! —exclamó una voz anónima de mujer.

—Hoy mismo, a primera hora de la mañana, he sido citado junto a otros magistrados nada menos que a casa de un tribuno de la plebe. Todos lo conocéis. Es posiblemente el hombre que más se ha preocupado por nuestro bienestar desde tiempos de Cayo Graco. ¡Aulo Gabinio! —Al escuchar el nombre de Gabinio, la multitud enloqueció. Vítores, gritos y puños en alto se mezclaron en aquella calurosa mañana en la que la inclemencia del sol no parecía hacer mella en los ánimos de los asistentes—. Gabinio tiene muy claro cuál es el problema con el precio del pan. No hay pan sencillamente porque no hay trigo. Hace mucho tiempo que el aprovisionamiento de Roma depende del cereal que llega desde Sicilia, desde África, desde Egipto. Que nuestras despensas estén llenas depende de que los barcos lleguen sanos y salvos a nuestros puertos. Pero, y en esto Gabinio puso mucho énfasis, los barcos hace tiempo que no navegan seguros por los mares. Piratas de todo tipo hacen presa en ellos, los hunden, los capturan, matan y esclavizan a sus tripulaciones, y se llevan nuestro preciado trigo a otros mercados. Son los piratas que asolan los mares los que vacían nuestras despensas. ¡Son los piratas los que nos matan de hambre!

Nuevos gritos, insultos, maldiciones y proclamas de todo tipo. Marco observó que algunas personas a su alrededor tenían incluso lágrimas en los

ojos. Para haberse presentado como un orador mediocre, el tal Cneo estaba logrando encender a las masas como Marco hacía tiempo que no veía en la Subura.

—¿Y qué hace el Senado mientras esto ocurre? ¿Qué hacen nuestros cónsules, nuestros pretores, aquellos a los que nuestros ancestros confiaron el gobierno de la ciudad? ¡Nada! Ellos viven en sus mansiones, con sus despensas llenas, ya no de pan, sino de todo tipo de manjares llegados desde los confines del mundo. Mientras nuestras legiones se empeñan en una guerra interminable en Asia, mientras Lúculo encadena una derrota tras otra, los senadores dejan que los mares sean un nido de piratas, impidiendo que un hombre fuerte, un hombre del pueblo investido de amplios poderes, construya una flota, reclute soldados y marineros para acabar con esta lacra. ¿Y es que acaso no contamos con un hombre así? ¿Es que acaso Roma no tiene un general capaz de limpiar los mares de piratas como lo haría el mismo Neptuno? ¿No conocéis a un hombre que puede solucionar ese problema?

Todos, hombres y mujeres, corearon al unísono un nombre. Pompeyo. Pompeyo. Marco miraba a su alrededor y descubría que, de todos los que se habían reunido en aquella plaza, solo él parecía sereno y en silencio. Los demás hombres y mujeres habían alzado sus brazos y gritaban el nombre de Pompeyo como creyentes que entonaran el nombre de su dios en un culto mistérico. Para su sorpresa, Marco descubrió que hasta Céfiro, subido en el pedestal de la estatua, gritaba el nombre del general como uno más de aquella masa. Aunque pudo comprobar con alivio que lo hacía entre risas y dándose codazos con sus amigos, como si se hubiera sumado al clamor general más por la diversión que por auténtico convencimiento.

Aquello era más de lo que Marco podía soportar. Un pueblo muerto de hambre gritando el nombre de un senador que jamás había puesto un pie en la Subura sin hacer una mueca de asco o disgusto. Por un instante sintió ganas de aferrarse a la lágrima de Perséfone y dejar que la extraña criatura que moraba en ella se adueñara de su cuerpo y se diera un banquete de carne y sangre con aquella multitud de borregos apesebrados. ¿De verdad creían que Pompeyo solucionaría el hambre en Roma? ¿De verdad estaban tan ciegos a la realidad de la política romana?

Marco aprovechó que la atención de todos los presentes estaba puesta en el orador para tratar de moverse de nuevo hasta donde se encontraba Céfiro. Tenía que sacarlo de aquella plaza antes de que algún incidente hiciera estallar los disturbios. Dado que no trataba de acercarse a la tribuna, sino que avanzaba hacia el otro extremo de la plaza, apenas encontró resistencia. Poco a poco, se abrió paso hasta las inmediaciones del pedestal de la estatua en la que Céfiro se había encaramado.

—¡Pompeyo! ¡Pompeyo! Gritadlo muy fuerte, tanto que vuestra voz llegue a los dioses. ¡Es Pompeyo el único que puede acabar con el hambre en la ciudad! ¡Es Pompeyo el único general que puede salvar a Roma una vez más! Ya lo hizo triunfando sobre Sertorio y sus rebeldes. Ya lo hizo derrotando a Espartaco. ¿Podrá hacerlo con los piratas? ¿Qué creéis, vecinos, amigos?

Rugidos como respuesta.

Marco trató de hacerse ver por Céfiro, saltando y alzando las manos, pero el pedestal de la estatua era muy alto, y el niño no prestaba atención a lo que ocurría más abajo, entre la masa vociferante. Solo miraba al orador y, de vez en cuando, a sus propios amigos, para hacer con ellos alguna broma a costa de alguno de los presentes.

—Por desgracia, no todo es como a nosotros nos gustaría —dijo Cneo, haciendo un gesto con las manos para que sus oyentes bajaran la voz—. No todo en Roma sucede como conviene al pueblo. Algunos senadores, celosos de la fama de Pompeyo, celosos del amor que sentís, que sentimos todos, por él, han decidido retenerlo aquí, en la ciudad, lejos de las legiones, lejos del lugar en el que sería más útil. Esos senadores, con sus tripas bien llenas de vino y comida, se niegan a que se conceda a Pompeyo un poder extraordinario en los mares. Dicen que Lúculo solucionará el problema cuando acabe con Mitrídates. ¡Lúculo! No puede concluir la guerra contra esa puta oriental de Mitrídates y el Senado le quiere encargar una guerra contra los piratas. ¡Antes volarán los peces por el cielo!

—¡Céfiro! —gritó Marco con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Enano bastardo, mira aquí abajo!

—Gracias a la diosa Fortuna, nuestros abuelos ya previeron esta situación. Para evitar que los senadores, en su orgullo y su avaricia

infinitos, mataran de hambre a Roma, crearon el tribunado de la plebe. Diez gloriosos representantes del pueblo que se encargan de enderezar el rumbo de esta nave que es nuestra República y de frenar los abusos de los nobles. Y los dioses han querido que el honor del tribunado haya recaído este año en manos de Aulo Gabinio. Los dioses velan por Roma, y a sabiendas de que íbamos a atravesar una excepcional dificultad, nos enviaron a dos hombres excepcionales. ¡Gabinio y Pompeyo! ¡Pompeyo y Gabinio! Un tribuno y un general que acabarán con el problema de los piratas y harán que el trigo barato vuelva a llenar nuestros silos y almacenes.

Marco dejó unos instantes de tratar de atraer la atención de Céfiro y se volvió hacia el orador. Aunque había empezado su discurso de forma humilde, apocado, Cneo había ido subiendo la intensidad, aumentando el vigor de sus gestos, dejándose arrastrar por los gritos y las aclamaciones de su auditorio.

—Para ello, Gabinio propondrá en las próximas semanas una nueva ley. En ella se contempla entregar a Pompeyo un mando absoluto sobre los mares, dotarle de poderes para efectuar reclutamientos en Italia y en las provincias… ¡y dinero suficiente para construir la flota más grande y temible que los océanos hayan conocido nunca!

—Genial. Poderes absolutos para el cachorro de Sila —murmuró Marco —. ¿Qué podría salir mal?

—Si la asamblea de las tribus aprueba esta ley, Pompeyo se pondrá en marcha sin demora, y en unos meses los mares estarán libres de piratas. ¡Los barcos de los comerciantes volverán a surcar las aguas y el trigo de Egipto y África llenará de nuevo nuestros almacenes! Yo sé lo que votaré ese día. Sí, a la ley de Gabinio. ¡Sí, a Pompeyo!

Mientras la muchedumbre enloquecía, Marco logró impulsarse lo suficiente como para agarrar a Céfiro de un tobillo. El niño miró hacia abajo y se encontró con el rostro, iracundo y preocupado, de su amo.

—¡Marco! ¿Qué haces aquí? Creí que habrías vuelto a la cama.

—Bájate de ahí ahora mismo. Este sitio no es seguro.

—¿Por qué? Nos estamos divirtiendo mucho. ¿Has escuchado el discurso de ese tipo? Parece que le va a dar un ataque en cualquier momento.

—Céfiro, no te lo diré dos veces. Baja ahora mismo y acompáñame a casa.

El esclavo resopló fastidiado. Miró a sus amigos y se encogió de hombros. Tras despedirse de algunos de ellos, se agachó para, de un salto, bajar al suelo, junto a Marco.

En ese preciso momento, comenzaron los problemas.

El primero en darse cuenta de que algo ocurría fue Cneo, el magistrado del *collegium* de los tintoreros que con tanta habilidad se había dirigido a la plebe. En cuanto hubo terminado de pronunciar el nombre de Pompeyo, provocando el delirio de su auditorio, observó algo más allá de la multitud que repetía sus palabras. A lo lejos, por una de las calles que desembocaban en la plaza de los curtidores, se aproximaba un grupo de hombres. Aunque se encontraban aún a bastante distancia, Cneo pudo ver que en sus manos llevaban estacas y lo que parecían ser dagas y puñales.

—Hay que marcharse —dijo en voz baja a uno de sus acompañantes, un hombre alto y musculoso que había permanecido al pie de la tribuna durante todo el discurso—. Avisad a los nuestros. Que se movilicen todos. Ha llegado el momento.

Antes de bajar de la tribuna, Cneo dedicó una sonrisa a su auditorio. Una legión de hombres armados se dirigía hacia aquella plaza, llena a rebosar de ancianos, mujeres y niños, pero el magistrado no les hizo seña alguna de que se marcharan de allí. Tampoco habría servido de mucho.

El grupo de hombres armados cayó sobre los asistentes al discurso como lobos sobre un rebaño de ovejas. Al llegar a la plaza embistieron contra los que se habían quedado en las últimas filas, y, sin mediar palabra ni explicación alguna, comenzaron a propinarles golpes con las estacas y puñaladas con el filo de sus dagas. Los agredidos se vieron atrapados entre los atacantes y un muro de personas que, ajenas a lo que ocurría, permanecían inmóviles, a la espera de que el orador regresara a la tribuna y continuara su discurso. Los primeros en caer no tuvieron ocasión de defenderse. Recibieron golpes en la cabeza, en el torso; puñaladas en el

cuello, el vientre, los rostros. Los gritos de dolor se confundieron con los de aquellos que aún coreaban el nombre de Pompeyo.

Pasó un buen rato antes de que los que estaban en el centro de la plaza cobraran conciencia de lo que estaba ocurriendo, y fue entonces cuando se desató el pánico. Alguno de los que habían asistido al discurso habían llevado con ellos sus propias armas, y trataron de plantar cara a los recién llegados. La mayoría intentó huir hacia las otras calles que salían de la plaza, organizando una avalancha en la que muchos, los más débiles o lentos, murieron aplastados o pisoteados.

Marco no se dio cuenta de lo que ocurría. Céfiro, en cambio, situado en lo alto del pedestal, fue de los primeros en observar cómo los atacantes se lanzaban sobre los ciudadanos indefensos. Al ver lo que ocurría, detuvo su salto al suelo.

—Marco, hay problemas —dijo.

—Problemas vas a tener tú como no bajes aquí ya.

—Ha estallado una pelea en ese lado de la plaza. Hay hombres armados. Están apaleando a la gente.

Marco estiró el cuello para tratar de ver algo, pero solo consiguió distinguir algún palo que ascendía y volvía a bajar, en un claro movimiento de golpe para hacer todo el daño posible. A su alrededor, todos permanecían ajenos a lo que ocurría.

—¿Estás seguro? —preguntó en voz alta para hacerse oír.

Céfiro no apartaba la vista de la bocacalle en la que habían estallado los disturbios. Dio un codazo a uno de sus amigos, un niño de su misma edad al que Marco no había visto nunca antes. El niño, al ver lo que Céfiro le indicaba, comenzó a gritar y a señalar el lugar del altercado.

—¡Nos atacan! ¡Corred! ¡Corred!

El mismo niño, después de dar la voz de alarma, saltó del pedestal de la estatua, cayendo sobre la espalda de un hombre y echando a correr entre las piernas de la muchedumbre en cuanto tocó el suelo.

Los gritos del niño hicieron que un grupo aún mayor se percatara de que algo ocurría. Comenzó entonces la avalancha y los aplastamientos en los que cayeron más de los que lo habían hecho a merced de los palos y los puñales.

Marco sintió cómo alguien lo empujaba contra el bloque de piedra sobre el que se levantaba la estatua. En el pedestal, solo Céfiro permanecía impasible, mirando la escena. Marco, dolorido por el golpe, entendió que tratar de escapar del lugar en aquel momento era una condena a muerte casi segura. O sacaba su daga y se abría paso entre la multitud a cuchilladas, cosa que no estaba dispuesto a hacer, o buscaba otra manera de protegerse de la violencia que había estallado. Fue Céfiro quien le dio la respuesta.

—Marco, sube aquí.

Lemurio valoró sus opciones. Unirse a la multitud que intentaba escapar era una locura que se podría saldar en el mejor de los casos con alguna costilla rota. La mano que le tendía Céfiro parecía la mejor salida, aunque fuera de forma temporal. Se aferró a la mano del pequeño esclavo, que a su vez se agarró con el otro brazo a la estatua de piedra. Marco sabía que Céfiro no podría hacer apenas fuerza para tirar de él, así que buscó otros puntos de apoyo para impulsarse hasta lo alto del pedestal. La Fortuna le sonrió al hacer que un hombre obeso y de anchas espaldas tropezara junto a él y cayera de rodillas a su lado. Marco no lo pensó dos veces. Sintiéndose algo culpable, no demasiado, se subió sobre la espalda del hombre caído y desde ella, y haciendo también uso de la mano de Céfiro, tomó impulso para llegar al pedestal de la estatua. El hombre gimió, pero no se detuvo a indagar quién le había pisoteado. Estaba demasiado preocupado por los golpes de estaca y espada como para fijarse en un simple pisotón. Con dificultades, se puso en pie y retomó sus intentos de escapar, empujando a la gente que atestaba la plaza para abrirse paso hacia una de las calles circundantes.

Marco, ya en el pedestal de la estatua, se puso en pie y observó desde aquella posición privilegiada lo que ocurría a su alrededor. En la bocacalle por la que habían entrado los agresores ya se amontonaban varios cadáveres, y comprobó que algunos de los cuerpos caídos eran de ancianos y niños. Los hombres que habían prorrumpido en aquella asamblea armados con espadas y palos no habían diferenciado edades ni sexos en su matanza. La pelea, si es que podía llamarse así a un enfrentamiento tan desigual, continuaba, cada vez más cerca del centro de la plaza.

—Hijos de puta —murmuró Marco, reprimiendo el deseo de lanzarse al suelo para apuñalar con su daga a alguno de aquellos malnacidos. Hacer algo así habría sido una condena a muerte, y él lo sabía a la perfección.

—¿Quiénes son? —preguntó Céfiro.

—No lo sé. Pero dado que el tipo que daba el discurso estaba hablando bien de Pompeyo, supongo que serán hombres contratados por sus enemigos.

Marco, que por norma general se desentendía de la vida política de la ciudad, se había visto obligado a entender algunas de las claves de su funcionamiento durante sus investigaciones recientes. Pompeyo, Lúculo, Varrón, Hortensio, Cátulo… Hombres ricos y poderosos que enviaban al pueblo a matar a sus propios hermanos. Mientras, la Roma plebeya, la Roma que pasaba hambre y estrecheces, la que veía morir a sus hijos en medio de la más absoluta miseria, se entregaba a unas intrigas políticas de las que se sentían parte, dejándose la sangre y la vida en las calles para mayor gloria de aquellos senadores.

Uno de los hombres armados, un tipo con la cabeza completamente calva y el rostro salpicado de sangre, dio un codazo a uno de sus acompañantes y señaló la estatua en la que estaban Marco y Céfiro refugiados. El compañero asintió y ambos, uno armado con una espada, el otro con un contundente bastón de madera, se dirigieron hacia ellos. Marco los vio venir y sacó con disimulo su pequeña daga.

—Céfiro, quédate detrás de mí. Si ves que yo caigo, salta al suelo y escapa como puedas.

—No voy a dejarte solo —dijo el niño. En su voz, de natural seguro y confiado, comenzaba a apreciarse un ligero temblor de miedo.

—No estoy solo.

La lágrima de Perséfone comenzó a calentarse. No, Marco no estaba solo. En aquel objeto anidaba una fuerza que siempre le acompañaba. Si se veía en peligro de muerte, recurriría a ella. Y que los demonios del inframundo se saciaran con la sangre de aquellos hijos de puta.

Marco observó que Céfiro sostenía en la mano el cuchillo con el que aquella misma mañana había intentado defender la casa del supuesto invasor. Un arma de aspecto inofensivo, más pensada para cortar rebanadas

de pan que para herir a alguien. No sería de mucha ayuda en un combate cuerpo a cuerpo. Marco ocultó su propia daga tras su espalda.

Los dos hombres llegaron al pie de la estatua y comenzaron a hacer gestos a Marco para que bajara al suelo. Se daban codazos entre ellos y se reían a carcajadas. Era evidente que estaban disfrutando con aquella matanza, y no esperaban encontrar resistencia alguna.

Marco tomó aire, se llenó la boca de saliva y escupió sobre el rostro del calvo. La sonrisa del hombre desapareció de inmediato, sustituida por un gesto de rabia. Mientras su compañero se doblaba de risa por las carcajadas, el calvo se lanzó sobre el pedestal de la estatua, tratando de trepar con la fuerza de sus brazos y el simple impulso de sus piernas. Ebrio como estaba de sangre y vino, creyó que Marco era una víctima indefensa que se había encaramado a la estatua para escapar de una muerte segura. Marco esperó hasta que este estuvo casi subido a la base de roca, y solo entonces sacó su daga para clavársela varias veces con fuerza en la espalda. El hombre se desplomó con un alarido de dolor y quedó tendido en el suelo, malherido, mirando al cielo mientras trataba de alcanzar sus heridas con las manos en un inútil intento de detener la hemorragia. Marco se incorporó e hizo un gesto al compañero del hombre caído, invitándole a tratar de subir a la estatua también él. El hombre escupió al suelo y, ignorando tanto la provocación de Marco como las súplicas de ayuda de su compañero herido, se lanzó contra la muchedumbre en busca de víctimas menos peligrosas.

—Cobardes —murmuró Marco. Al ver que en la parte de la plaza en la que estaba la estatua el tumulto se había disipado, decidió bajar de un salto del pedestal. La matanza continuaba en un extremo de la plaza, y se había extendido a las calles de los alrededores.

—¡Ayúdame! ¡Por los dioses! Ten piedad de mí.

Miró al suelo y se encontró con que el hombre al que acababa de apuñalar en la espalda se había arrastrado hasta él, dejando un reguero sangriento en su camino. La sangre cubría también su boca y su barbilla. Marco lo miró con detenimiento. Aquel tipo moriría hiciera él lo que hiciera. Probablemente su daga hubiera llegado a perforar uno de sus pulmones. Era cuestión de tiempo que aquel hombre se reuniera con Plutón en el inframundo.

—Esta es toda la piedad que mereces —dijo Marco. Saltó del pedestal, se agachó junto al moribundo y le rebanó la garganta de un tajo certero. El hombre, con los ojos muy abiertos, quedó desplomado a sus pies, muerto.

—¡Los nuestros! ¡Llegan los nuestros!

Marco, con las manos manchadas de sangre, se irguió al escuchar aquel griterío. Por la misma calle por la que habían irrumpido las bandas de hombres armados se aproximaba en aquel momento otra multitud. Lemurio lo entendió de inmediato. Los nuestros, había dicho el grito anónimo. Los que se aproximaban eran los pompeyanos, bandas armadas al servicio de Pompeyo y los suyos. La matanza en las calles de Roma no había hecho más que empezar.

—Céfiro, baja. Nos marchamos.

—Pero yo quiero ver…

—No te lo voy a repetir dos veces. No se nos ha perdido nada en este tumulto.

Céfiro gruñó una protesta, pero obedeció. La severidad en el tono de Marco no daba lugar a discrepancia. Bajó del pedestal de un salto y se puso al lado de su amo.

—¿No quieres quedarte a luchar? —preguntó el niño.

—¿Luchar? ¿Por quién? ¿Por Pompeyo? ¿Por otros senadores? —Marco escupió en el suelo—. Ninguno de ellos merece que se derrame la sangre de un romano. Ni siquiera la de un miserable como este. —Y dio un ligero puntapié al cuerpo del hombre al que acababa de quitar la vida—. Y ahora, a casa. Esperaremos a que todo esto termine. Confiemos en que los ánimos se calmen antes de la noche.

OceanofPDF.com

XII
El discurso de Gabinio

Marco erró en sus previsiones. La situación no solo no se calmó a lo largo del día, sino que aumentó hasta niveles de violencia que Roma no había conocido desde los tiempos de Sila. La espiral creció y creció a medida que los enfrentamientos se extendían más allá de la Subura y llegaban al foro, al Aventino, a las inmediaciones del Campo de Marte. La plebe romana, organizada en los centenares de *collegia* que había en la ciudad, se lanzó a las calles para matarse unos a otros, azuzados por el hambre, la desesperación y la vaga promesa de mejorar su situación. Y, Marco estaba seguro de ello, motivados por las monedas que senadores de uno y otro bando habían repartido con supuesta generosidad. Los altercados se extendieron durante tres días, sin una pausa al caer la noche, y solo en el amanecer del cuarto día, el cansancio y el hartazgo llevaron a los pocos que aún quedaban en las calles a regresar a sus casas y a las sedes de los *collegia* a lamerse las heridas y organizar los funerales de los muertos.

Durante el tiempo que duraron los enfrentamientos, los nobles y los caballeros, los amos de Roma, se escondieron en sus mansiones, cerradas a cal y canto y con legiones de esclavos vigilando las puertas. Ni un solo aristócrata derramó una gota de sangre en aquellas jornadas. Fue la plebe quien puso todos los muertos.

Marco se obligó a sí mismo a permanecer en casa. En las contadas escapadas que hizo para buscar noticias y novedades, se encontró con que las luchas continuaban en las principales calles de la Subura. En cualquier esquina te podías encontrar con una patrulla de hombres de Pompeyo o de sus rivales, armados hasta los dientes y dispuestos a acabar con la vida de

todo aquel que fuera sospechoso de apoyar al bando contrario o, simplemente, de no decantarse por ninguno de ellos. Resultaba imposible moverse por Roma con seguridad, y Marco, con todo el dolor de su corazón, tuvo que renunciar a sus investigaciones y, lo que le costó más, a sus visitas a la taberna de Quelidón. Un vaso de vino no valía jugarse la piel.

Se recluyó en casa, dando vueltas como un lobo enjaulado. Trató de concentrarse en la lectura de algunos de sus papiros. Intentó incluso ordenar su dormitorio, despejar las estanterías y hacer un inventario de las pertenencias que guardaba en sus baúles. Sin embargo, la pereza le derrotó antes de que lograra avanzar en la titánica tarea.

Si Marco sufrió por el encierro, Céfiro sintió que le habían condenado a una pena eterna en lo más profundo del Tártaro. El niño estaba acostumbrado a deambular por la ciudad desde el alba hasta la noche, sin más limitación que el hambre que en ocasiones oprimía su estómago y la obligación de tener que regresar para preparar la cena de Marco. Verse confinado entre aquellas cuatro paredes durante varios días resultó para él una tortura. Marco, malhumorado también él, le sugirió que bajara a casa de Periandro y aprovechara aquella ocasión para mejorar y avanzar con la lectura y la escritura del latín y del griego, pero aquello solo sirvió para aumentar el nerviosismo y la irritación en el niño. Si había algo peor que estar encerrado, era estar encerrado con la obligación de estudiar.

Finalmente, Marco no tuvo más remedio que elegir entre permitir que el esclavo saliera a la calle a dar un paseo o tener que matarlo con sus propias manos. Aunque confiaba en su conocimiento de las calles y su habilidad para esquivar los peligros, lo vio bajar por las escaleras sin poder evitar un gesto de preocupación. Las bandas que patrullaban por las calles no respetaban la vida de hombres, niños y mujeres. Escéptico como era del poder de las plegarias, elevó una súplica a los dioses para que velaran por Céfiro.

Él mismo, harto de estar encerrado en el pequeño apartamento, decidió hacer una visita a Periando y, de paso, comprobar cómo evolucionaban las heridas de Aristóbulo. Antes de llamar a la puerta, respiró hondo, suponiendo que, habiéndose convertido las calles de Roma en un matadero,

Antígona estaría en casa, tan encerrada como él mismo. Pero no fue ella la que le abrió, sino el propio Aristóbulo.

—¿No está Antígona? —preguntó Marco.

—No, se ha marchado esta mañana —respondió el liberto, con voz muy seria. Todavía guardaba rencor a Marco por lo que le había ocurrido. Seguía culpándole por cada una de las cicatrices que habían deformado su rostro.

—Esa chica no sabe lo que hace… —murmuró Marco.

—Esa chica sabe lo que hace mejor que tú y que yo, Lemurio. Antígona me dijo que vendrías. Parece que te conoce muy bien.

Marco resopló. No tenía ganas de hablar de Antígona. Además, el liberto tenía razón. Ella sabía cuidarse muy bien, sin necesidad de un hombre que velara por su seguridad. Lo había demostrado al sacar aquella casa adelante ella sola, con un padre postrado en cama. Las calles de Roma no eran un territorio desconocido para Antígona.

—Es a ti a quien vengo a ver. Temía por tu seguridad. Ya has visto cómo están las calles de Roma.

—Verlo, verlo, no. No he salido de aquí desde que me trajisteis medio muerto. Pero Antígona me ha contado cosas.

—La gente se mata en las calles.

—La misma gente que me hizo esto, supongo —dijo él, llevándose la mano al rostro marcado.

—La misma gente no… O eso creo. Intentaron atacarme hace unas cuantas noches. No volverán a molestarte, te lo aseguro.

Marco omitió el hecho de que había sido la oportuna intervención de Quinto lo que le había salvado la vida aquella noche.

—Me quedo más tranquilo. Aunque eso no va a devolverme mi cara…

—¿Cómo tienes las heridas? ¿Sientes dolor?

Marco se sentó en una de las dos desvencijadas sillas que había en la sala de Periandro. El liberto se sentó frente a él.

—Cada instante es un infierno en el que lucho por no arrancarme la piel con mis propias uñas. Las heridas me pican como si mil hormigas se pasearan por mi cara. Pero nada que ver con el dolor de los primeros días, gracias a los dioses.

—¿Has pensado qué vas a hacer a partir de ahora? —preguntó Marco, sinceramente preocupado.

—Como ya te dije, no creo que nadie quiera pagar por besar una cara como la mía. Mi culo se ha recuperado bien, pero dudo que mis antiguos clientes sigan interesados en mí solo por eso… No sé lo que voy a hacer, Marco Lemurio. No sé hacer nada. Pasé de ser el amante de Tito Pomponio a ejercer la prostitución en un lujoso burdel del Aventino. Cada plato de comida que he puesto delante de mí lo he conseguido gracias a mi físico y a mis habilidades sexuales. Confiaba en poder dedicarme a ello unos cuantos años más. Ahorrar dinero y abrir un negocio, algo que me permitiera vivir una vez mi físico ya no interesara a los clientes. No quiero ser uno de esos maricas viejos que se la chupan a los vagabundos en los callejones a cambio de un mendrugo de pan.

Desde que dejé de ser esclavo me aterra esa posibilidad. Y mírame ahora, reducido a lo que más temía. El burdel en el que he trabajado estos meses solo admite hombres y mujeres con un físico impecable. Si aparezco por allí con esta cara rajada me echarán a patadas.

—¿Y no hay otro prostíbulo en el que puedas trabajar? He visto putas con bastante peor aspecto que tú tener que quitarse los clientes de encima.

—Supongo que tienes razón. Pero tendré que reducir mucho mis tarifas. Y adiós a mis sueños de amasar un pequeño patrimonio. Tendré que dar gracias a los dioses si puedo pagar un alquiler y tener la despensa llena.

Marco torció el gesto.

—He informado a Varrón de lo sucedido. No está en Roma, así que tuve que escribirle una carta. Estoy seguro de que hará algo para mejorar tu situación.

Aristóbulo sonrió con sarcasmo.

—¿Ahora confías en la buena voluntad de los nobles?

—No. Lo cierto es que no. Pero creo que Varrón es distinto.

—Que Júpiter te oiga. Mientras tanto, Antígona me ha propuesto que me quede a vivir en esta casa con ellos. No le gusta que su padre pase tanto tiempo solo cuando ella está fuera. Yo necesito un techo y ella alguien que acompañe a Periandro. Los dos salimos ganando. Es toda una mujer esa Antígona. El hombre que la deje escapar ha de ser realmente estúpido.

Marco volvió a resoplar. No sabía si las palabras de Aristóbulo se referían a él o era una reflexión general, pero desde luego no tenía intención de iniciar una conversación con el liberto acerca de sus motivaciones para dejar escapar a Antígona. Si es que había sido él quien la había dejado escapar…

—¿Vas a quedarte aquí una temporada, entonces? —preguntó, para cambiar de tema.

—Qué remedio. No puedo trabajar hasta que no se me curen las heridas, y si lo que contáis de lo que está ocurriendo en las calles de Roma es cierto no voy a arriesgarme a salir para que me vuelvan a rajar. Aquí al menos estoy seguro. Y Periandro es un hombre muy agradable.

Periandro. Marco recordó que la noche en la que había llevado a aquella casa a Aristóbulo moribundo ni se había dignado a entrar a ver al anciano para darle explicaciones. Al fin y al cabo, era él el *pater familias*, por mucho que Antígona fuera la que se encargaba de todas las labores y del sustento de la casa.

—¿Está Periandro despierto?

—Lo estaba cuando has llamado a la puerta. No duerme mucho.

Marco se disculpó ante Aristóbulo y se dirigió al dormitorio del anciano. En aquel lugar había pasado horas y horas durante su adolescencia, en el tiempo en el que, tras la muerte de su madre, se había refugiado en la conversación de Periandro como medio para ahogar su pena y su rabia. Después había llegado su tormentosa relación con Antígona, relación que había contado con el silencioso beneplácito de Periandro. Aunque el anciano nunca había hablado con Marco de aquel tema, ni siquiera cuando se había producido la apocalíptica ruptura, Lemurio no había podido evitar distanciarse de él a medida que su trato con Antígona se hacía más difícil. Las visitas se habían espaciado, las conversaciones se habían acortado, y Marco había pasado de sentirse en aquel espacio como en su propia casa a notar que se le trataba más como a un invitado que como a alguien que perteneciera a aquel núcleo familiar. En el fondo, Marco sabía que aquel proceso no había sido fruto del deseo de Periandro, pues nunca había salido reproche alguno de la boca del anciano griego. Había sido el propio Marco quien, roído por el remordimiento y la sensación de haber traicionado la

confianza de aquel hombre, había optado por alejarse de quien se había comportado con él como un padre en el momento en el que Marco más lo necesitaba.

Entró en la estancia y comprobó que nada había cambiado en ella desde la última vez que la había visitado, muchas semanas atrás. Las paredes seguían presentando las mismas manchas de humedad. La única fuente de iluminación era una pequeña lucerna que Periandro apenas encendía unas horas para poder leer con sus ojos cansados. El escaso mobiliario consistía en una silla en un rincón y una cama desvencijada, sobre la cual yacía el cuerpo enjuto y seco del anciano. Al calor de aquella estancia se le sumaba el olor producido por la falta de ventilación. Marco nunca había llegado a acostumbrarse a aquel olor. Era el olor de la enfermedad, de la pobreza, de la decadencia física.

Periandro abrió los ojos y sonrió.

—Marco. Qué alegría verte, muchacho.

El anciano trató de incorporarse para sentarse en el lecho, pero las escasas fuerzas de sus brazos apenas le permitieron erguirse un poco. Marco, devolviéndole la sonrisa, le ayudó a apoyar la espalda en los viejos cojines.

—Escuché tu voz la otra noche, cuando trajiste al chico herido. Celebro ver que Antígona y tú podéis estar de nuevo bajo el mismo techo…

Marco enrojeció.

—Me encontré a Aristóbulo medio muerto en el portal. Lo que le ocurrió fue en parte culpa mía. No sabía a quién recurrir.

—Hiciste bien. Sabes que esta es tu casa y las puertas siempre estarán abiertas para ti. ¿Cómo está Céfiro? Hace tiempo que no viene por aquí. Temo que los versos de Homero le hayan hecho huir como a un conejo asustado.

—Mucho tendrá que cambiar para que hagamos de él un maestro de retórica, Periandro. —Acercó la silla a la cama del anciano—. Céfiro está bien. O eso espero… Todo el mundo anda matándose por las calles, y él hace horas que se marchó. Cada vez me resulta más difícil retenerlo en casa contra su voluntad.

—Cuando le pusimos ese nombre, marcamos su destino. ¿Quién puede encerrar al viento del oeste entre cuatro paredes?

—Es un chico listo. Pero Roma es peligrosa en estos días. Me recuerda a otros tiempos…

—Esos tiempos de los que hablas fueron tan oscuros que no merecen la comparación con lo que pasa ahora. Pero no hablemos de ello. Bastante oscura y sórdida es esta habitación. Iluminémosla con temas más alegres. O más interesantes, al menos.

—No tengo muchas alegrías que compartir contigo, Periandro —dijo Marco con rostro sombrío—. Últimamente parece que todo en Roma se empeña en ir mal.

Sin habérselo propuesto, Marco se vio a sí mismo contando a Periandro los sucesos en los que se había visto envuelto en los días anteriores. Le habló de la desaparición de los niños en las calles de la Subura, de sus encuentros con los hombres de Pomponio. Incluso, tras dudar unos instantes, le contó todo acerca de sus pesquisas para encontrar al asesino de su madre y cómo Varrón le había puesto tras la pista de Crisógono, el todopoderoso liberto de Lucio Cornelio Sila.

—¿Aún sigues dando vueltas a ese asunto? —preguntó el anciano, que durante el tiempo que había tardado Marco en contar todas aquellas historias no había interrumpido ni una sola vez—. Puede que me meta donde no me llaman, pero creo que Neóbula no habría querido que su hijo se jugara la vida tratando de vengar su muerte. Fue mucho lo que ella y tu padre hicieron para darte un hogar y una formación, y aunque la muerte los sorprendió a los dos antes de lo que cualquiera de nosotros habría deseado, dudo que ellos estuvieran satisfechos si tu vida acabara con un puñal clavado en el corazón en cualquier callejón de Roma. ¿Por qué no olvidas este asunto? El tema de los niños que me cuentas parece lo bastante serio como para que centres en él toda tu atención.

—No puedo, Periandro. No puedo simplemente olvidarlo. Es como si hubiera algo dentro de mí que me impide continuar. Algo que me abrasa y que no se calmará hasta que no averigüe el porqué de la muerte de mi madre. Si ese Crisógono fue el que dio la orden, necesito saber qué intereses había detrás. Sé que mi madre era una buena mujer, porque todo el

que la conoció así la recuerda. Por eso tuvo que existir algún motivo que desconozco detrás de su muerte. No puedo vivir tranquilo hasta que sepa qué buscaban aquellos hombres cuando se la llevaron. No robaron nada, no volvieron a buscarme a mí. No teníamos riquezas que les pudieran interesar. No había ningún motivo para lo que ocurrió aquella noche. Y ese desconocimiento, ese vacío, es lo que me está matando. Necesito saber, Periandro. Necesito averiguar la verdad.

El anciano cerró los ojos.

—En ocasiones la verdad no nos hace más felices. Todo lo contrario. Nos hace más desgraciados. ¿Recuerdas la historia de Edipo? Es una de las historias más fascinantes que han cantado nuestros poetas. ¿Fue Edipo más feliz cuando supo la verdad acerca de la auténtica identidad de Yocasta, su esposa? No. La verdad le destrozó por dentro, hasta el punto de que se arrancó los ojos de sus órbitas para no volver a ver nada de este mundo.

—Tal vez la verdad no hizo a Edipo más feliz. Pero sí le hizo más libre. Libre en el sufrimiento. Pero libre al fin.

Periandro no respondió. Miró a Marco a los ojos y sonrió.

—Vas camino de convertirte en un hombre sabio, Marco Lemurio.

—Voy camino de que me corten los huevos y se los echen a los peces del Tíber. Paso más tiempo esquivando puñaladas que leyendo filosofía o poesía.

—A veces hay más sabiduría en un sucio callejón que en todos los versos de Hesíodo.

Lo que peor llevó Marco de aquellos días de violencia desatada fue que la mayor parte de las tabernas de la Subura cerró sus puertas por seguridad. Una noche en la que, movido por el aburrimiento, se había atrevido a lanzarse a las calles, Marco se había encontrado con que la taberna de Quelidón estaba cerrada. Tito, el portero, estaba sentado frente a la puerta, con su inseparable porra de madera junto a él, dormitando, pero atento a cualquiera que se acercara. Era algo insólito. Nunca antes en su vida se había encontrado Marco aquella puerta cerrada. Fuera la hora que fuera, nevara, lloviera o hiciera calor, la taberna de Quelidón siempre había estado

abierta. Hasta aquella noche. Marco preguntó a Tito por el motivo de aquel cierre.

—Órdenes del amo —contestó con un gruñido, y, pese a la insistencia de Marco, se había negado a darle más información—. Vete a casa, Lemurio. No hay vino ni putas esta noche.

Marco, descorazonado, había recorrido todo el barrio en busca de un establecimiento abierto. Sin éxito. Todas las tabernas y prostíbulos habían cerrado por un motivo u otro. Marco acabó por desistir cuando vio a un grupo de hombres apaleando a dos desdichados de un *collegium* rival que habían tenido la mala fortuna de cruzarse con ellos. Las ganas de beber y charlar no se le apagaron, pero decidió que no valía la pena el riesgo. Los muchos cuerpos que comenzaban a pudrirse en las esquinas, las manchas de sangre en paredes y columnas le gritaron a coro que regresara a casa hasta que los disturbios cesaran.

Volvió a su *insula* y se sirvió un vaso de vino. Pero beber solo era un pobre remedo de lo que necesitaba su alma en aquellos momentos. Vació el contenido del vaso de un trago y se metió en la cama refunfuñando.

Dos días después de la visita frustrada a la taberna, una tarde en la que Marco estaba a punto de volverse loco tras tanto tiempo encerrado en casa, Céfiro entró en el pequeño apartamento como un vendaval. El niño había acabado por entrar y salir de la casa como si nada estuviera ocurriendo en el exterior, sin que Marco pudiera hacer nada para evitarlo. De todos modos, durante todas aquellas noches el resto de los niños no había regresado a casa de Marco, según Céfiro porque, al estar las calles llenas de hombres armados, las probabilidades de que alguno de los misteriosos encapuchados tratara de llevarse a alguno de ellos eran prácticamente nulas. Por paradójico que resultara, la violencia que había alejado de las calles a los hombres y mujeres había devuelto la seguridad a los niños callejeros de la Subura.

—Gabinio va a dar un discurso en el foro. Todo el mundo habla de ello.

—Los discursos de Gabinio me importan tan poco como el pedo de una mula. Lo único que quiero es que abran las putas tabernas otra vez. Me muero de sed.

—Hay vino en el ánfora —dijo Céfiro, corriendo a comprobarlo.

—No es lo mismo —respondió Marco malhumorado.

El niño negó con la cabeza. No entendía la absurda afición de su amo por las tabernas, lugares en los que uno vaciaba su bolsillo sin sacar a cambio nada más que un fuerte dolor de cabeza al día siguiente y la posibilidad de verse envuelto en una pelea.

—En la calle dicen que el discurso de Gabinio va a cambiarlo todo. Que en cuanto el tribuno de la plebe llame a la calma todo volverá a la normalidad. ¿No quieres escuchar lo que dice?

—Si tenía la capacidad de calmar las cosas ya podía haberlo hecho hace cinco días, antes de que la mitad de Roma apuñalara a la otra mitad. No, no me interesa lo que ese tribuno tenga que decir.

Marco recordaba perfectamente a Aulo Gabinio, el tribuno de la plebe que estaba agitando las calles de Roma con sus propuestas de ley y sus proclamas incendiarias a favor de Pompeyo y en contra de las otras *facciones* de senadores. Había sido uno de los tres hombres presentes en la corta entrevista que Marco había tenido con el propio Pompeyo, la accidentada noche en la que había conocido a Varrón. Gabinio, con su pelo negro y rizado, sus ojos y su nariz enrojecidos, propios de quien entrega sus veladas al vino y los banquetes. Le recordaba como a un hombre nervioso, aterrorizado por los acontecimientos que estaban sucediendo. De los tres senadores que Marco había conocido aquella noche, Pompeyo, Varrón y el propio Gabinio, el tribuno de la plebe era el que peor impresión le había causado.

—Si prefieres quedarte en casa… Pero no creo que abran las tabernas hasta que Gabinio haya terminado su discurso. Yo voy a ir a escucharle.

Marco miró a su alrededor. Aquellas cuatro paredes en las que llevaba recluido durante lo que se le antojaba una eternidad le parecían más cerca que nunca las unas de las otras. Como si su ya de por sí pequeño apartamento se estuviera convirtiendo en una celda en la que apenas cabían los muebles.

—Está bien —claudicó—. Vayamos a escuchar a Gabinio.

Céfiro dio un salto de alegría. No eran muchas las ocasiones que tenía de compartir con Marco un paseo por Roma. Lo habitual era que cada uno hiciera su vida por separado, con excepción de las contadas ocasiones en las

que el amo requería la compañía del esclavo para hacerle algún servicio o le obligaba a ir a las termas a bañarse. Aunque no lo habría confesado ni bajo la amenaza de la cruz, el muchacho, a sus casi once años, disfrutaba de aquellos escasos paseos como lo había hecho cuando era apenas un niño que acababa de echar a andar.

En cuanto puso un pie en la calle, Marco notó que algo en el ambiente había cambiado. Salieron del callejón y descubrieron que la vida había vuelto a las calles de la Subura. Las tiendas y tabernas mantenían sus puertas cerradas, por el temor de los propietarios a que los disturbios regresaran. La gente, sin embargo, había reclamado el espacio que las bandas de hombres armados les habían arrebatado. Mujeres y ancianos, niños y hombres vestidos con sus ropajes de trabajo, volvían a cruzarse y saludarse, como si el temor a la violencia se hubiera esfumado con la simple noticia de que Gabinio iba a hablar al pueblo. Marco sonrió con sarcasmo. Aquella Roma se entregaba con fervor a los mismos hombres que el día anterior no habían hecho nada para evitar su sufrimiento. A los mismos que construían toda su riqueza y su prosperidad con la carne de romanos pobres muertos.

—¿Toda esta gente va a escuchar a Gabinio? —preguntó a Céfiro.

—¿No te acuerdas de la que se montó con el discurso de Cneo, el del *collegium* de curtidores? Pues imagínate ahora, que es Gabinio quien va a hablar. Se dice que el propio Pompeyo estará presente. Nadie quiere perderse este espectáculo. ¡Puede que incluso repartan pan o dinero!

—Pan y dinero… Y Roma comiendo de su mano.

Ambos se sumaron a las masas que se dirigían hacia el foro desde todos los puntos de la Subura. En el *clivus Suburanus* la muchedumbre hacía difícil moverse. El ambiente era casi festivo, lleno de risas, juegos y miradas cargadas de optimismo. Tras varios días encerradas en sus casas, aterrorizadas y dolientes por la muerte violenta de algunos de sus miembros, las familias de la plebe se lanzaban de nuevo a las calles con ansia de vivirlas, de disfrutar del sol y el aire libre. Ansias de charlar, de escuchar novedades, de ver a los amigos, a los parientes de cuya suerte nada se sabía desde días atrás. Las mismas calles que habían sido una mezcla de campo de batalla y cementerio eran en aquella tarde de verano una fiesta en

la que no cabía una mirada torva ni un mal gesto. Los mismos romanos que la noche anterior se habrían matado sin mediar palabra, en aquel momento se cruzaban con una sonrisa en los labios.

¿Cuánto durará esta tregua?, se preguntó Marco. Tanto como los nobles consideren necesario. Tanto como tarden en necesitar otra vez que las calles de Roma se tiñan de sangre.

Pese al ambiente alegre, en las calles había un recordatorio de lo ocurrido en los días anteriores. Decenas de cadáveres, arrojados en las esquinas, en las entradas de los callejones. Cuerpos que nadie había reclamado y que se pudrían al sol bajo las miradas indiferentes de los hombres y mujeres que celebraban el regreso a la calma.

Tras un rato de caminata, Céfiro y Marco llegaron al foro. El corazón de la República. Una explanada que desde tiempos de Rómulo se había convertido en el principal espacio de comercio y negocios para romanos de la nobleza y de la plebe, lleno de basílicas, templos y monumentos nuevos y arcaicos. Aquella tarde, el foro hervía de actividad. Las calles que desembocaban en él vomitaban masas deseosas de novedades. Los que llegaban se iban instalando en los huecos que encontraban, en las escalinatas de los templos, los pedestales de las estatuas, las columnatas de las basílicas. Templos, como el de la Concordia, parecían hormigueros cubiertos de cuerpos que se encaramaban incluso a los tejados. Sobre todos ellos la mole del *Tabularium*, el edificio construido por Sila para albergar los archivos públicos. Frente a él, la curia Hostilia, la casa del Senado, con su diseño antiguo, solemne y desnudo. Era en aquel lugar, en su pórtico de entrada y sus escalinatas, donde los principales senadores se habían concentrado para asistir, desde una situación privilegiada, a los discursos que tendrían lugar aquel día. Para evitar que la plebe accediera al espacio reservado a los senadores y magistrados, una legión de lictores y esclavos públicos se habían apostado al pie de las escaleras.

Marco y Céfiro consiguieron situarse en el pedestal de una de las grandes columnas de la basílica Sempronia, el edificio construido durante su censura por Tiberio Sempronio Graco, el padre de los célebres tribunos de la plebe. Desde aquel lugar podía verse todo el foro, y, lo que era más

importante, la tribuna de los *rostra*, el lugar desde el que era previsible que Gabinio dirigiría su discurso al pueblo.

—¿Sabías que en el lugar donde está esta basílica estuvo hace tiempo la casa de Escipión el Africano? Ya sabes, el que derrotó a Aníbal.

—¿Y cómo sabes tú todas estas cosas? —preguntó Marco, distraído. Intentaba distinguir algún rostro conocido entre las caras de los senadores instalados en las escaleras de la curia. ¿Estaría Varrón allí? ¿Había regresado a Roma de su retiro estival al enterarse de los disturbios o, por el contrario, había preferido mantenerse al margen, oculto entre sus rollos de papiro?

—Me lo ha contado un amigo. También dice que el fantasma de Escipión ronda por la basílica y por la noche puede escuchársele aullar de rabia y gritar el nombre de sus enemigos. Podrías hacer aquí uno de esos hechizos tuyos. Tal vez consigas hablar con el fantasma de Escipión… Si yo lo hiciera le preguntaría cómo hizo para…

—Céfiro, no hemos venido a escuchar tu discurso. Para eso nos habríamos quedado en casa.

—De acuerdo, me callo, me callo. Pero sigo creyendo que deberías intentar hablar con el fantasma de Escipión…

—Como no cierres la boca, serás tú quien hable con él. En el inframundo. Mira, alguien sube a la tribuna.

Céfiro, ya con algo más interesante en lo que centrar su atención que la leyenda del fantasma de Escipión, guardó silencio. Lo mismo hicieron el resto de los asistentes al foro. Miles de hombres y mujeres que hacía unos instantes gritaban, reían y proferían todo tipo de juramentos, se callaron al ver que un hombre, vestido con una toga blanca adornada con una banda púrpura, subía a la tribuna de los oradores. Los *rostra* eran un gran estrado con unas escaleras en su parte trasera y el frente decorado por los espolones de las naves capturadas en las primeras guerras de Roma, siglos atrás. Con el paso del tiempo, aquella tribuna se había convertido en el lugar desde el que los magistrados dirigían sus arengas y discursos al pueblo. Los mejores oradores de la historia de la Urbe habían hablado desde aquel púlpito. Aquella tarde, el hombre que subió por las escaleras y miró con rostro desafiante al público ansioso de palabras, lucía sereno y confiado. Era un

tribuno de la plebe, un representante del pueblo, revestido de un poder sagrado ancestral que condenaba a muerte a cualquiera que osara agredirlo físicamente. Aulo Gabinio, con uno de sus brazos sosteniendo los pliegues de su toga y el otro alzado hacia el cielo, comenzó a hablar al pueblo.

—¡Quirites, pueblo de Roma! Os habéis reunido hoy aquí, bajo este sol abrasador, en busca de una respuesta a los males que afligen a nuestra República. Hace ya muchos siglos, los abuelos de vuestros abuelos, cansados de los abusos de unos cuantos patricios, decidieron marcharse de Roma y amenazaron con fundar una nueva ciudad si sus derechos no eran respetados. Fue entonces y solo entonces, con el peligro de la destrucción de Roma pendiendo sobre sus cabezas, cuando los patricios entendieron que sin la plebe no son nada. ¡Que sin el pueblo no son nada!

El público prorrumpió en vítores. Marco observó a los senadores que, en las escalinatas de la curia, se movían inquietos y cuchicheaban. No podía ver sus rostros debido a la distancia, pero sospechaba que aquel discurso no estaría cayendo muy bien en algunos de ellos.

—Hipócrita —murmuró Marco—. ¿Qué te ha importado a ti la plebe de Roma hasta hoy?

En aquella ocasión fue Céfiro el que mandó callar a su amo.

—No creo que sea buena idea criticar a Gabinio en público…

Marco miró a su alrededor y comprendió que el esclavo tenía razón. Aunque había hablado en voz muy baja, sus palabras habían llegado a los oídos de algunos de los que le rodeaban. Un par de hombres le miraban de reojo con cara de enfado, molestos por lo que acababan de escuchar. Marco prefirió ignorar aquellas miradas, pero entendió que Céfiro tenía razón. Era mejor guardar silencio.

—El fruto de aquel tiempo fueron los tribunos de la plebe. Hombres elegidos por el pueblo para defender sus derechos. Hombres dotados de grandes poderes, protegidos por un carácter sagrado, que durante siglos han velado por el pueblo de Roma. Grandes nombres resuenan en nuestras mentes. Los hermanos Graco, Tiberio y Cayo. Saturnino. Y tantos otros que antes que yo mismo ocuparon este cargo protegido por los dioses. Hoy soy yo, Aulo Gabinio, junto con otros nueve colegas, quien detenta esta autoridad, este privilegio, y por eso soy yo quien os explicaré a vosotros,

ciudadanos, qué es lo que ocurre en nuestra ciudad, qué problemas nos aquejan, qué causas son las que provocan el hambre de nuestros hijos.

Marco dejó de escuchar en el momento en el que Gabinio se incluyó a sí mismo en la categoría del pueblo que pasaba hambre. No podía soportar tanta hipocresía. Gabinio, un tipo en cuya casa habrían podido vivir con comodidad treinta familias de la Subura, con cuya despensa se podría haber alimentado a todo un barrio durante días, se atrevía a incluirse entre el número de romanos que pasaban penurias. Marco sintió náuseas ante la sola idea de seguir escuchando las palabras de ese supuesto representante del pueblo, pero más aún ante el hecho de verse rodeado de una masa ignorante que aplaudía ante los gestos de un trilero que jugaba a los dados con su sufrimiento.

—Me marcho —dijo a Céfiro—. Prefiero hacer guardia en la puerta de la taberna hasta que abran.

El esclavo, que escuchaba con atención el discurso de Gabinio, no se inmutó. Marco se disponía a darse la vuelta y marcharse del foro cuando un movimiento entre las filas de los senadores le llamó la atención. Alguien acababa de salir del interior de la curia, provocando el murmullo y el movimiento de los nobles allí reunidos y, inmediatamente después, los gestos y comentarios del pueblo en el foro.

Cneo Pompeyo. El gran hombre, el general que había puesto de rodillas a los ejércitos de Sertorio y Espartaco, salió del edificio del Senado y se situó en lo más alto de la escalinata, dispuesto a escuchar las palabras de Gabinio, del que todos sabían que era un político a su servicio. En el momento en el que Pompeyo hizo acto de presencia, los senadores se reubicaron en los peldaños de las escaleras. Unos cuantos se situaron a los lados y por debajo de Pompeyo, mientras otros se apartaban de él y se colocaban en el otro extremo de aquel espacio. Los senadores quedaron de este modo divididos en dos grupos. Los seguidores de Pompeyo a un lado; sus enemigos, al otro.

Más abajo, separados de los nobles por una fila de lictores y esclavos, estaba la masa del pueblo, que, tras haber comentado la llegada de Pompeyo, volvía a escuchar a Gabinio con embelesamiento.

Marco pensó que aquella escena resumía a la perfección la política romana. Un grupo de senadores orgullosos y altivos, divididos en dos bandos según sus propios intereses, y un pueblo sometido bajo sus botas, dispuesto a morir y matar por ellos. Escupió al suelo y se marchó del foro, encaminándose de nuevo hacia la Subura, su hogar.

OceanofPDF.com

XIII

Una emboscada y un sueño

Marco estaba de tan mal humor que lo último que deseaba era regresar a su casa. Verse de nuevo encerrado entre aquellas cuatro paredes, con la ira que sentía en su interior… Solo de pensarlo le daban ganas de estampar el puño contra la pared más próxima. Todavía había cuerpos, fríos, cubiertos de sangre y barro, en las calles de Roma, y aquellos miserables senadores ya habían comenzado a sacar partido de ellos. Gabinio daría su discurso y el pueblo lo coronaría como su nuevo campeón. Marco podía suponer de qué se hablaba en el foro en aquel momento. El precio del trigo. Los piratas. Mitrídates del Ponto. Y Pompeyo. Pompeyo, siempre Pompeyo y sus ansias infinitas de poder.

Tantos romanos muertos en las calles, piezas de un juego entre unos cuantos ricos que querían serlo más aún… Con aquel pensamiento atormentando su cabeza, Marco deambuló por las calles en busca de una taberna en la que ahogar su furia y su pena en vino y conversación. Las puertas seguían cerradas. Con toda Roma escuchando el discurso del tribuno de la plebe, los taberneros habían preferido mantener sus establecimientos a salvo para unirse ellos mismos a las masas que se dirigían al foro.

—Alguna tiene que estar abierta, por Mercurio —dijo Marco, dando una palmada en la quinta puerta que se encontraba cerrada—. Esto es peor que la condena de Tántalo…

Mientras Marco deambulaba por Roma, la noche fue cayendo sobre la ciudad. Otra noche de verano, sin rastro alguno de brisa que refrescara el ambiente. Marco fue alejándose hacia las afueras, allí donde las filas prietas

de *insulae* daban paso a casas más bajas y espacios salvajes con arbustos y pequeños huertos. Su desesperación era tal que estaba dispuesto a recorrer Roma de extremo a extremo hasta encontrar un tabernero dispuesto a servirle una jarra de vino.

Estaba a punto de dar media vuelta ante la constatación de que ninguna taberna podía haber en un lugar tan alejado del centro, cuando algo llamó su atención. El crepúsculo teñía las paredes y los suelos de un tono dorado y pardo, creando brillos y extraños efectos ópticos. Marco creyó ver, entre las derruidas columnas de un edificio caído y abandonado tiempo atrás, la figura de un encapuchado que corría a ocultarse en el interior de las ruinas.

No lo pensó dos veces. Con el jaleo de los últimos días, los enfrentamientos en las calles y el encierro obligado, Marco casi se había olvidado del asunto de los misteriosos encapuchados que secuestraban niños en la Subura. Todo aquello había impedido que investigara la pista que Aulo, el panadero, le había dado días atrás. Los hombres llevando extraños bultos en sacos por la corriente del Tíber. Todo había pasado a un segundo plano. Aquellos pliegues de una larga túnica, aquel rostro encapuchado le devolvió a la realidad.

Echó a correr detrás de la extraña sombra y, de un salto, se plantó en medio de un patio rodeado de columnas derruidas y restos de lo que antaño fuera una casa noble. Frente a él, parada, silenciosa, se encontraba la figura que había visto entrar en aquel lugar. Al ver a Marco, no hizo ademán alguno de escapar. Se trataba de un hombre, fornido y de anchos hombros, con el cuerpo cubierto por una túnica de color oscuro que le llegaba hasta los pies. Era imposible ver su rostro. Las sombras del crepúsculo eran largas y caían sobre él, haciendo que bajo la capucha solo se apreciara una inmensa y profunda oscuridad.

Al ver a aquel hombre quieto y sin intención de huir, Marco entendió que había caído en una trampa. Demasiado tarde. Sintió que le cogían por detrás, aferrándolo por los brazos y separándoselos del cuerpo. Dos hombres, vestidos también con largas túnicas, iguales a las de la figura que había frente a Marco, habían caído sobre él sin darle tiempo a reaccionar.

Intentó zafarse, pero fue inútil. Sus atacantes eran más grandes y más fuertes, y le tenían bien sujeto. Lanzó varias patadas, y alguna de ellas

alcanzó su objetivo, pero sin efecto alguno. Sus captores no se inmutaron ni soltaron su presa.

Entendió que toda resistencia era inútil y dejó de luchar. También pensó que, de haber querido matarlo, ya lo habrían hecho. Para clavarle un puñal en la espalda o romperle la cabeza con un hacha, no necesitaban sujetarlo de aquel modo. Aquellos hombres lo querían quieto y controlado, pero por el momento no parecían interesados en causarle daño alguno.

—Marco Lemurio —dijo una voz cavernosa desde el fondo de la capucha.

—¿Quién lo pregunta?

—No importa quién soy yo. No soy nadie. No importa quiénes somos nosotros. Aunque somos muchos.

—¿Te crees el oráculo de Delfos? Si quieres jugar a las adivinanzas, diles a tus amigos que me suelten. Conozco muchas.

El encapuchado guardó silencio hasta que Marco terminó de hablar. Sus compinches no aflojaron su presa.

—Has estado haciendo preguntas —continuó con su voz cavernosa—. Has querido saber demasiado. Y queremos advertirte. Detente aquí. No sigas indagando. Nada tienes que ver con nosotros. Tú, aunque eres en parte hijo de Rómulo, no mereces ser objeto de nuestra ira. Mantente al margen. Por tu bien. Por el bien de los tuyos.

—¿Sois vosotros quienes estáis llevándoos a los niños de la Subura?

—Lavaremos la sangre de nuestros niños con la sangre de los suyos. No necesitas saber más, Lemurio. O será tu sangre la que manche nuestro altar. Apártate de nuestro camino y nosotros no nos cruzaremos en el tuyo.

—Los niños son niños, montón de mierda con capucha. Sacad vuestras manos de la Subura. ¿No tenéis valor para secuestrar niños del Palatino? Es eso, ¿verdad? Tenéis que llevaros a los niños de los pobres porque no sois bastantes o no tenéis la suficiente fuerza para llevaros a los niños de los senadores de sus camas de plumas.

El encapuchado no respondió de inmediato. Por un instante, Marco creyó que su interlocutor, al que no podía ver el rostro, dudaba. Como si aquellas palabras que acababa de pronunciar le hubieran golpeado en lo más profundo.

—Todo llegará. Ni patricio ni plebeyo estará a salvo de la ira de nuestro dios —dijo al fin—. Todos somos culpables. Todos somos hijos de los titanes. Y todos pagaremos por nuestros crímenes.

—Pero mientras llega ese momento seguís golpeando al débil, como la basura cobarde que sois.

Marco escupió al suelo, a los pies de su interlocutor. La presa de sus captores sobre sus brazos comenzaba a hacerse más fuerte, como si aquellos dos hombres comenzaran a enfadarse de verdad.

—Te hemos advertido. Es más de lo que te merecías. Tuya es la decisión a partir de aquí.

Lemurio iba a continuar provocando a aquellos hombres con sus palabras cuando uno de ellos le cerró la boca con un pañuelo. Le cubrió el rostro por completo, imposibilitándole respirar si no era a través de aquella tela de textura rasposa. Marco entendió qué era lo que pretendían. El pañuelo estaba impregnado en alguna sustancia que le haría perder el conocimiento. Él mismo tenía varios preparados en sus estanterías que cumplían aquel mismo objetivo. Intentó no respirar, debatirse de nuevo y zafarse de sus captores, pero fue inútil. Las nieblas de la inconsciencia comenzaron a cerrarse sobre su mente, arrojándole a una oscuridad a la que no pudo resistirse. Marco se quedó profundamente dormido, y sus atacantes le dejaron en el suelo, con cuidado.

En su profunda inconsciencia, Marco soñó con su madre.

Era aquel un sueño que le visitaba con frecuencia en las horas de descanso, especialmente en aquellas épocas en las que las preocupaciones atormentaban su espíritu. En algunas ocasiones, Marco, un Marco adulto, charlaba con ella en sueños sobre diversos temas, bien en su casa, bien en el estudio de Neóbula. En el rostro de su madre no había señal alguna de que hubiera pasado el tiempo, pero Marco, el mismo que había sido apenas un adolescente cuando su madre había sido asesinada, era ya un hombre de treinta años. Como si el asesinato no hubiera tenido lugar, pero Neóbula tampoco hubiera envejecido. Hablaba con ella, le contaba sus miedos, sus preocupaciones más íntimas, y ella en algunas ocasiones respondía, siempre

de forma breve, y, en otras, se limitaba a sonreír. Durante el sueño, siempre tenía la sensación de que había un tema del que no podía hablar. Algo que si sacaba a la luz tendría una consecuencia terrible. Ese algo no era otra cosa que la muerte de la propia Neóbula. Incluso en sueños, Marco sabía que aquello no podía ser real, que su madre estaba muerta. Y siempre, más tarde o más temprano, aquella idea cobraba forma, destruyéndolo todo. O era ella la que lo mencionaba. O era él. Pero en el momento en el que la cuestión de su asesinato entraba en escena, el mundo onírico en el que tenía lugar la conversación se desmoronaba sin remedio. Entonces él despertaba, con lágrimas en los ojos y el corazón acelerado.

Aquella vez, acaso por efecto del narcótico con el que le habían drogado, Marco sintió que el sueño que le rodeaba era especialmente lúcido. Casi podía sentir en sus manos el tacto de los muebles y los objetos que le rodeaban. Notaba incluso los olores, picantes y exóticos, entrando por sus fosas nasales. Escuchaba el ruido de sus propias ropas al rozar las paredes, de sus pies al hacer crujir la madera del suelo. No recordaba haber tenido un sueño tan vívido, tan real. Y, pese a todo, era muy consciente de estar soñando, de estar en un lugar creado por su propia mente, por su imaginación, una vez la razón yacía dormida junto a él en el patio de una casa en ruinas de las afueras de la Subura.

Estaba en el estudio de su madre, un lugar que llevaba años cerrado con llave y que él mismo únicamente había visitado en contadas ocasiones en las que no había tenido más remedio que hacerlo. Entrar, coger o buscar algo y salir. Sin querer mirar más allá de lo estrictamente necesario. Sin querer saber. Sin querer reavivar recuerdos dolorosos.

La estancia no era muy grande, apenas dos habitaciones comunicadas por un umbral sin puerta del que colgaba una sencilla cortina de tela gruesa y áspera. La primera habitación, a la que se accedía desde el portal de la *insula*, era el lugar donde Neóbula atendía a sus clientes. Era un espacio reducido, con una mesa cubierta por un tapete que llegaba hasta el suelo ocupando la zona central y algunas estanterías en las paredes, repletas de rollos de papiro, cajas de madera y redomas, unas vacías, otras llenas de líquidos de diferentes colores y texturas.

La otra estancia, la que estaba más allá de la cortina, permanecía siempre oculta en los sueños de Marco. La cortina siempre estaba echada. Él nunca soñaba con lo que había al otro lado, sencillamente porque en su mente no había recuerdo alguno de aquel lugar. Neóbula nunca le había permitido entrar en él, y en consecuencia no conservaba memoria alguna de qué había en su interior. Marco había fantaseado muchas veces con los secretos que su madre podía guardar tras aquella misteriosa cortina oscura, pero nunca, ni antes ni después de la muerte de su madre, se había atrevido a franquear aquel umbral. El miedo que sentía de niño, un miedo mayor incluso que la curiosidad propia de la infancia, se había completado tras el asesinato de su madre, con una honda pena, oscura y lacerante, que le bloqueaba cada vez que la idea de entrar en aquel lugar aparecía en su cabeza.

Ni en los sueños ni en la realidad, Marco se atrevía a ir más allá de aquella cortina.

Aquel día, mientras la noche de verano caía sobre Roma, soñó con el estudio de su madre. Y, por primera vez, la cortina que separaba ambas estancias, estaba abierta.

—¿No vas a entrar?

Su madre estaba sentada junto a la mesa, con los faldones del tapete cubriendo sus piernas. Estaba mezclando hierbas de diversas cajas y haciendo montones de diferentes tamaños con ellas. Cuando completaba uno de los montones, lo introducía con cuidado en un pequeño saquito, que cerraba con una cinta de color marrón.

Neóbula estaba tan bella como Marco la recordaba. Él mismo se había preguntado muchas veces si no habría idealizado la imagen de su madre en su memoria. El rostro dulce y bondadoso, la piel blanca, sin mancha ni señal alguna, y un pelo negro y espeso que delataba su ascendencia griega.

—No hay nada en los sueños que no haya estado antes en los ojos, en las manos. ¿Qué veré si entro? Meras fantasías creadas por mi cabeza delirante.

Marco no sabía de dónde había sacado aquellas palabras. Parecían salidas de un tratado de filosofía griega. Pero eran proferidas como si fueran creación original suya.

—¿Estás seguro de no tener recuerdos de ese lugar?

Neóbula sonrió mientras seguía con su tarea, sin levantar la vista de los pequeños montones de hierbas picadas.

Marco intentó mirar hacia el interior de la estancia, más allá de la cortina. Como sospechaba, no pudo ver nada. Solo oscuridad. Cualquier cosa que hubiera más allá, cualquier cosa que viera durante aquel sueño, tenía que ser por necesidad un invento suyo. Lo mismo daba que se encontrara cara a cara con un cíclope o que descubriera que era una simple habitación vacía. No podía tener recuerdo alguno de una estancia en la que nunca había entrado.

—Voy a entrar —dijo al fin.

—Tal vez nunca llegaste a salir de ella.

Ignoró las misteriosas palabras de su madre, palabras que, al fin y al cabo, eran del propio Marco, pues se encontraba en un sueño en el interior de su cabeza. Pasó junto a la figura de Neóbula, asegurándose de no tocarla. Sabía muy bien que, si lo intentaba, por muy plástico y realista que fuera el sueño, todo se desvanecería ante sus ojos. Ya le había pasado en otras ocasiones al intentar abrazarla. Unos abrazos que eran lo que más echaba de menos en el mundo, pero que le estaban vedados incluso en los sueños. Pasó junto a ella y, sin mirar atrás, caminó hacia la habitación en penumbras.

Tocó con la punta de los dedos la cortina, hecha con una tela gruesa, pesada y basta. Al hacerlo, pequeñas motas de polvo se desprendieron de ella y flotaron en el aire, frente a él. ¿Era posible que aquel sueño estuviera recreando incluso detalles como aquel?

Al dar un paso al frente y cruzar finalmente el umbral, la estancia se iluminó de forma súbita. Era una habitación vacía, sin ventanas, sin muebles. Lo único que había en su interior era un niño muy pequeño, que no podía tener más de un año, llorando desconsolado. El bebé estaba sentado en el centro de la estancia, con los brazos extendidos en alto, como si pidiera que alguien lo cogiera en sus brazos. Miraba a su alrededor en busca de consuelo, con un llanto cada vez más desesperado.

Marco miró al niño desde la puerta, sin atreverse a entrar. El llanto de los niños era algo que le conmovía profundamente, un sonido que no podía

dejar pasar sin actuar. No sabía por qué, pero no toleraba que un niño llorara desesperado en su presencia. Si aquello ocurría, tenía dos opciones: o trataba de consolar al niño con sus escasas dotes paternales o se marchaba del lugar a toda prisa. Había sido aquella sensación, aquella imposibilidad de tolerar el sonido del llanto infantil, lo que le había llevado, diez años atrás, a recoger a un Céfiro con apenas unos meses de vida de las escalinatas de un templo en el Foro Boario.

El niño continuaba llorando, como si no hubiera advertido la presencia de Marco.

—¿Es esto un recuerdo o es parte del sueño? —dijo una voz femenina tras él.

Marco se dio la vuelta. Neóbula se había puesto en pie y le miraba con el rostro muy serio.

—¿Es esto un recuerdo o es parte del sueño? —repitió, pero ya no era la voz de su madre. Era una voz cavernosa y masculina. La voz del encapuchado al que había seguido hasta al patio de la casa en ruinas.

—No lo sé. ¿Cómo puedo saberlo?

Marco se volvió de nuevo hacia la habitación vacía. El niño había desaparecido. La estancia estaba en sombras otra vez.

—Madre…

Pero Neóbula se había desvanecido. Todo a su alrededor comenzó a perder nitidez, como si sus contornos se difuminaran y perdieran consistencia.

—No, necesito saberlo —intentó decir Marco, pero nada salió de su garganta—. Madre…

La escena se desdibujó. El estudio de Neóbula dejó paso a una negrura insondable. Y, en ella, Marco escuchó una respiración jadeante, un aliento caliente que se cernía sobre su rostro. Sintió entonces que algo tocaba la piel de su cara. Sus mejillas, su frente. Algo húmedo y áspero. Sumido en la negrura, trató de defenderse. Quiso alzar las manos, pero sus miembros no le obedecieron. Abrió la boca para gritar y una vez más ningún sonido salió de su garganta.

Estaba a merced de aquella bestia que, en medio de la oscuridad más absoluta, se disponía a acabar con él.

OceanofPDF.com

XIV

Un nuevo compañero

El perro se acercó al cuerpo del hombre con precaución. En aquellos últimos días, había perdido el miedo a las figuras humanas caídas en el suelo. Habían sido tantos los cadáveres arrojados en las calles de Roma y era tanta el hambre atrasada que el animal sentía en la barriga que no había podido resistir el impulso de alimentarse con la carne de algunos de ellos. Con timidez, al principio. A fin de cuentas, si algo había aprendido en su corta vida canina era que morder a un ser humano era el camino más seguro para recibir un golpe. El perro nunca antes se había atrevido a hincar sus dientes en la carne humana, pero en medio de los disturbios había cobrado conciencia de que algunos hombres caídos en el suelo sencillamente no volvían a levantarse. Aunque les clavaras los dientes en una pantorrilla o incluso aunque les arrancaras un trozo de mejilla del rostro. El animal había probado aquel manjar prohibido y, por primera vez en mucho tiempo, se había sentido saciado.

Pese a ello, también había tenido malas experiencias. Se había confiado en exceso y, al tratar de morder a un tipo grande y grueso tirado sobre unas escaleras, el hombre se había revuelto contra él y había estado a punto de clavarle un puñal en el lomo. El percance se había saldado solo con un susto y un rasguño cerca del vientre, pero el perro había aprendido la lección. Antes de morder, había que asegurarse. En las siguientes ocasiones en las que el hambre había apretado en su vientre y un cuerpo humano se había cruzado en su camino, el animal había dedicado un buen rato a lamer su rostro y sus miembros antes de, una vez seguro de que no habría reacción, darse un buen festín con su carne.

Cuando vio al grupo de hombres encapuchados salir corriendo del lugar, el perro tuvo la primera reacción de esconderse entre los escombros de la casa derruida que había convertido en su precaria guarida. Pese a ello, la curiosidad no tardó en hacerle asomar el hocico de nuevo, descubriendo entonces un cuerpo arrojado en medio del patio. Sintió una súbita alegría canina recorriendo su cuerpo. Comida en la puerta de casa. ¿Qué más podía pedir un perro callejero como él?

Tuvo que reprimir el instinto de lanzarse sobre el cuerpo y comenzar a arrancar pedazos de carne a placer. El recuerdo de las malas experiencias le hizo detenerse, avanzar despacio, con la cola casi entre las piernas como símbolo de sumisión y, una vez estuvo junto al hombre caído, comenzar a lamer su rostro con su lengua larga y áspera. La piel de aquel individuo tenía un sabor extraño, amargo, que le hizo sospechar si su carne no estaría envenenada…

Tras lamer un tiempo prudencial la cara del hombre, se animó a clavar los dientes en uno de sus muslos, dispuesto a darse un buen banquete…

Justo en el momento en el que cerraba sus mandíbulas sobre su apetitosa presa, el hombre abrió los ojos y lanzó un grito. El perro, sorprendido en delito flagrante, echó a correr aullando bajo el cielo estrellado.

Marco se incorporó, dejando salir por su garganta todos los gritos que en el sueño habían quedado ahogados. Tardó unos instantes en ubicarse y recordar dónde estaba. La oscuridad ya había caído sobre Roma, y aquella parte de la ciudad estaba sumida en unas tinieblas atenuadas por la luz de la luna y las estrellas de aquella plácida y despejada noche de verano. Miró a su alrededor. Una casa en ruinas, con sus restos cubiertos por zarzas, hiedras y otras enredaderas. Estaba en el mismo lugar en el que se había encontrado con el trío de encapuchados. Se llevó las manos al rostro, que sentía húmedo y pegajoso, y a la pierna, donde un dolor punzante latía con intensidad. Salvo aquellos dos detalles, el dolor en la pierna y la cara mojada, Marco comprobó que no tenía herida alguna. Sus atacantes no

habían querido hacerle nada, a pesar de tenerle por completo a su merced. Un detalle a tener en cuenta.

Puso gesto de asco mientras se pasaba la palma de la mano por el rostro. ¿Qué sustancia era aquella que habían usado para dejarlo inconsciente? Pese a que podía notar el olor penetrante de algunos de los productos que él mismo sabía que se utilizaban para ese fin, la textura era parecida a las babas de algún animal. Se sentía como si un perro le hubiera estado lamiendo mientras dormía…

Entonces, sentado en medio del patio en ruinas, escuchó un ladrido a su espalda. Se dio la vuelta y se encontró con un perro de tamaño mediano, medio oculto en el hueco que dejaba una columna derruida sobre los restos de la base de una pared de ladrillos. Un perro como otros muchos que atestaban las calles de Roma, sin raza definida, con un pelaje entre marrón y amarillento, con el pelo ni corto ni largo y un cuerpo flaco en el que se marcaban las costillas. El animal tenía el rostro agachado y gruñía, más asustado que enfurecido.

—Así que has sido tú el que ha estado lamiéndome la cara… —dijo Marco, con voz pastosa. La sustancia que habían usado para dormirle le había dejado como recuerdo un molesto dolor de cabeza y un hormigueo en brazos y piernas. El perro ladró como respuesta—. Y me habrías comido de no haberme despertado —añadió, al descubrir que el dolor que sentía en la pierna le recordaba sospechosamente a una mordedura—. Chucho del infierno. Menos mal que la droga que han usado conmigo no era muy potente. No me habría gustado acabar en el estómago de un animal tan feo como tú.

El perro volvió a ladrar, más animado. Salió del escondite moviendo la cola con brío. El humano no parecía enfadado por su intento de devorarle. Nada que ver con aquel otro que había estado a punto de apuñalarlo.

—Y además de feo eres bastante tonto. ¿Cómo has sobrevivido todo este tiempo en las calles de Roma fiándote de tipos como yo?

Aquel animal, tal vez porque no había acumulado en su corta vida un número significativo de malas experiencias, era menos receloso que la mayoría de sus congéneres caninos. Al ver que Marco no hacía ademán alguno de hacerle daño, se aproximó a él con cautela. En algunas ocasiones,

los humanos se habían mostrado bondadosos con él. Le habían dado agua, algo de comida, e incluso alguno le había acariciado el lomo de forma afectuosa. Tal vez aquel hombre fuera uno de aquellos humanos.

Marco se puso en pie de forma lenta, para evitar que el perro se asustara. No tenía un especial interés en ganarse su afecto, pero tampoco quería provocar una reacción agresiva en el animal. Sentía aún los músculos entumecidos por la droga, y no sabía si sería capaz de moverse con la rapidez necesaria para escapar, en caso de que el perro decidiera que aún merecía la pena el riesgo de lanzarse sobre él para probar su carne. Alzó la mano, y el animal respondió moviendo la cola con alegría.

—Definitivamente eres un perro estúpido —dijo Marco, pero no pudo evitar que una sonrisa aflorara a su rostro. El chucho se acercó hasta él y alzó el hocico, invitando a Marco a que le acariciara la cabeza—. Como siga subiendo el precio del trigo vas a acabar en la olla de alguna familia de la Subura. Aunque no tengas casi carne, podrían hacer un buen caldo con tus huesos. Cosas peores hemos comido.

Marco acarició el lomo del animal y le dio unas palmadas en los cuartos traseros. El perro respondió con un ladrido, sin poder evitar que la mirada se le fuera, de cuando en cuando, al apetitoso muslo de Marco, la jugosa pieza que tan cerca había estado de convertirse en su cena.

El encuentro con los encapuchados había hecho que Marco olvidara su irritación contra los senadores que manipulaban al pueblo para conseguir sus intereses. Su obsesión por encontrar una taberna abierta se había esfumado. Solo había una idea en su cabeza: tenía que advertir a Céfiro de que estaba en peligro. Aquellos hombres habían sido muy claros. Si Marco seguía investigando, habría consecuencias para él y para los suyos.

Y si algo tenía muy claro era que su determinación por llegar hasta el final de aquel asunto se había reforzado tras su encuentro con los tres encapuchados. No podía permitir que un grupo de malnacidos siguieran cebándose con los niños de la Subura. ¿Cómo dormir cada noche sabiendo que él estaba seguro pero cualquier niño podía estar en aquellos mismos momentos cayendo en manos de aquellos personajes? Marco estaba

dispuesto a acabar con ellos, aunque para hacerlo tuviera que recurrir a todas las artes de Neóbula.

Con los músculos aún entumecidos y la mente no tan lúcida como le habría gustado, echó a andar por las calles, de regreso a su casa. Intentaba focalizar sus pensamientos en la cuestión de la desaparición de los niños, pero no podía sacar de su cabeza el sueño que acababa de tener mientras estaba inconsciente. Había algo en él que le inquietaba, que le hacía sentir un nudo en el estómago.

Los sueños en los que charlaba con su madre en el interior del estudio habían sido muy frecuentes desde que ella muriera asesinada. De todos modos, el que había tenido aquel día, tan realista, y el hecho de que en él el acceso a la estancia interior del estudio estuviera abierto, la presencia de aquel niño llorando desesperado… Resultaba todo muy inquietante.

Marco negó con la cabeza y se obligó a dejar de pensar en ello. Había sido solo un sueño.

—Y no hay nada en los sueños que no haya entrado antes por los ojos. ¿De dónde habré sacado esta frase?

A su alrededor, las calles de Roma habían recuperado su normalidad. Los cuerpos de los muertos empezaban a ser retirados, bien por los familiares que querían darles un sepelio digno, bien por patrullas de esclavos públicos que, por orden de los ediles y el Senado, habían recibido la orden de despejar las calles de cadáveres para evitar la proliferación de enfermedades. El destino de estos últimos sería una enorme pira que ardería al día siguiente en las afueras de la ciudad. Muchos ciudadanos, ajenos a aquella situación, retomaban su actividad habitual, una actividad que, con excepción de los transportes de mercancías, por la noche era escasa y siempre sospechosa. Marco se cruzó con los habituales rostros embozados y las literas de los ricos escoltadas por grupos de sirvientes. Con disturbios o sin ellos, las calles de Roma nunca resultaban un lugar seguro durante las noches.

Iba tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta de que una figura le seguía a cierta distancia. Cuando este se detuvo ante una calle para permitir el paso de un carro la figura le dio alcance, echándose sobre

él. Marco se llevó la mano a la daga para defenderse. Pero la bajó al instante al ver que su perseguidor no resultaba ninguna amenaza.

—Por Mercurio que eres el perro más tonto que he conocido nunca.

El animal había regresado a su escondite en el momento en el que Marco había echado a andar para alejarse del lugar. Sin embargo, algo le había animado a marchar en pos de aquel personaje que, a pesar de haber estado a punto de convertirse en su cena, no había reaccionado contra él de forma violenta. Una parte de sus instintos le decía que alguien así era un humano cerca del cual merecía la pena estar. El perro trotó detrás de él, sin atreverse a acercarse hasta que Marco se detuvo frente al paso del enorme y cargado carro.

—Todavía me duele la pierna donde me has mordido, maldito hijo de Cerbero. Lárgate de aquí antes de que me enfade de verdad. ¿No sabes que soy un brujo peligroso que usa ojos de perro en sus hechizos? ¿No te has enterado? —No pudo evitar acariciar de nuevo el lomo del animal, y este se lo recompensó con un lametón en la cara—. Márchate, no seas estúpido. No soy una buena compañía para ti.

Cruzó la calle y caminó en dirección a su callejón, tratando de ignorar al perro. Estaba seguro de que, al ver que Marco no le ofrecía comida ni atención, el animal acabaría por darse la vuelta para regresar a su guarida en las afueras del barrio. Pero siguió trotando junto a Marco, sin parar de mover el rabo y con la boca abierta en un remedo de sonrisa, como si fuera la criatura más feliz del mundo.

Marco torció el gesto.

—De acuerdo, acompáñame un rato. Pero no voy a dejar que subas a casa.

Marco entró en el apartamento, con el perro pegado a sus piernas.

—Maldito chucho de Plutón… —murmuró después de cerrar la puerta. Por muchos esfuerzos que había hecho, el perro se Había negado a dejar de seguirle. Había llegado incluso a alzar la mano y hacer el amago de golpear el animal, pero este se lo había tomado como un juego y había respondido con un par de ladridos y un salto—. Conseguirás que el casero me eche de

esta casa. Lo que no han logrado los vecinos en treinta años lo vas a hacer tú en unos días…

—¡Un perro!

Un grito infantil inundó la estancia y de inmediato varios niños se echaron encima del animal que había acompañado a Marco. Lemurio temió una posible respuesta agresiva por parte de un perro poco acostumbrado al contacto humano, pero lejos de eso el animal movió el rabo feliz y se dejó acariciar por los niños.

Marco hizo un recuento de todos ellos. No faltaba ninguno. Todos los niños que habían dormido en su casa antes de los disturbios por el precio del pan habían vuelto sanos y salvos. Respiró aliviado. No tenía ningún lazo de parentesco con aquellos pequeños rateros de la Subura, pero de alguna manera se sentía responsable de su seguridad, al menos hasta que el asunto de los encapuchados se solucionara.

Dejó a los pequeños jugando con el perro y se dirigió a Céfiro, que había ignorado al animal y se afanaba en dar buena cuenta de lo que parecía ser un pan relleno de algún tipo de carne o embutido. Marco se preguntó de dónde habría sacado aquel manjar en medio de una carestía como la que atravesaba Roma. Céfiro nunca dejaba de sorprenderle.

—Céfiro, tengo que hablar contigo —dijo, indicándole que le siguiera al dormitorio.

—Yo también tengo cosas que contarte, Marco. El discurso de Gabinio… no sabes lo que te perdiste. La gente lloraba. Todo el mundo aplaudía a rabiar. ¡El propio Gabinio se rompió la toga de un tirón en un momento en el que la pasión le superó!

Céfiro se tiró al suelo intentando imitar los ademanes exagerados del tribuno de la plebe en su discurso.

—Eso puede esperar. Lo que yo tengo que decirte…

Pero Céfiro ignoró a su amo.

—Gabinio va a proponer a las tribus una ley para que se le conceda a Pompeyo un mando extraordinario para acabar con la piratería. ¡Y no sabes qué mando! Poder para reclutar legiones, poder para exigir barcos a las provincias y los reinos orientales. Tal y como lo describía Gabinio, casi podías imaginarte ese ejército patrullando los mares y limpiando el mar de

piratas. —Marco entró en su dormitorio, resignado a tener que escuchar a Céfiro hasta el final antes de poder decir él ni una sola palabra—. Cuando terminó de hablar, Gabinio invitó a hacerlo a un tal Cicerón. Qué orador, Marco. Qué forma de hablar. Si las palabras del tribuno fascinaron a la gente, las de Cicerón provocaron una auténtica locura. Todo el mundo gritaba Pompeyo, Pompeyo. Pero Pompeyo no hizo nada. Solo saludó desde las escaleras de la curia y, cuando Cicerón se bajó de la tribuna, desapareció en el interior del edificio junto con el resto de los senadores. Un espectáculo. Ojalá yo fuera capaz de hablar en público así…

Marco se dejó caer sobre la cama. Justo lo que le faltaba en su vida: un esclavo con ínfulas retóricas.

—¿Sabes lo que puedes hacer para aprender a hablar como esos dos? —dijo Marco.

—No, pero por los dioses, dímelo. Hablando así me convertiría en el líder de la Subura antes de los quince años…

—Sigue tus estudios con Periandro. Aprende a leer y escribir latín de forma correcta. Estudia griego y lee a los poetas, a los trágicos. Es lo primero que hacen esos senadores, desde niños. Estudiar mucho.

Céfiro torció el gesto, como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Marco sonrió con disimulo. Acababa de hundir los sueños oratorios del niño.

—Estoy seguro de que existe otra manera…

—No, no existe. Y ahora, si has terminado de poner por las nubes a esos tipos a los que tanto admiras, quiero que me escuches. ¿Estás listo? ¿Sin interrupciones ni preguntas hasta que yo termine?

—Estoy listo. Pero de las preguntas no te prometo nada.

Céfiro se sentó a los pies de la cama. Desde la estancia contigua se escuchaban los ladridos felices del perro que jugaba con los niños más pequeños y las respuestas de estos en forma de gritos y aplausos. Aquel animal parecía entrenado para estar rodeado de cachorros humanos.

—Siempre me dices que nunca comparto contigo los detalles de mis trabajos. Que quieres saber más… incluso ayudarme. Y siempre te respondo que aún eres muy pequeño, que llegará el momento en el que empiece a instruirte del modo en el que mi madre me instruyó a mí.

—¿Y ha llegado ese momento? —preguntó Céfiro ilusionado.

—No —respondió Marco—, sigues siendo muy pequeño para determinadas cosas. Pero sí ha llegado el momento de que empiece a compartir contigo algo de información. De que me ayudes en alguno de mis trabajos.

—Me conformaré con eso… —respondió el niño, no muy convencido.

—Necesito tu ayuda para atrapar a esos hijos de puta que están secuestrando niños en la Subura.

Marco contó a Céfiro todo lo que había averiguado hasta aquella noche. Por primera vez en su vida, no omitió detalle alguno. Habló de su entrevista con Aulo el panadero, de su conversación en las Esquilias con la vieja Canidia. De sus averiguaciones acerca de los seguidores del culto de Baco en Roma. De la pista que apuntaba a unos extraños personajes navegando río abajo con unos sospechosos fardos. Finalmente, le contó todo acerca de su reciente encuentro con los tres encapuchados, de cómo le habían amenazado con hacerle daño a él y a los suyos si seguía con sus investigaciones.

Céfiro escuchó en silencio mientras Marco hablaba.

—¿Ya puedo preguntar?

—Pregunta —dijo Marco, esperanzado ante la idea de que aquel niño que conocía las calles de la Subura como la palma de su mano pudiera aportar algo de luz en sus investigaciones.

—¿Qué tiene que ver el perro en todo esto?

Marco dio un capirotazo al esclavo en la frente.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre después de lo que te he contado? ¿Preguntar por un maldito chucho que me ha seguido hasta casa?

—Piénsalo. Tal vez el perro trabaje para esos encapuchados. Pueden haberlo entrenado para seguirte y avisarles si haces movimientos sospechosos. He escuchado que hay comadrejas que son capaces de…

—Esto ha sido un error —dijo Marco, levantándose de la cama.

Céfiro se levantó también de un salto.

—No, no, espera. De acuerdo, puede ser que ese perro sea solo un perro y no una criatura poseída por el espíritu de… ¡No diré nada más de él! De verdad quiero ayudarte en este asunto, Marco, Dame otra oportunidad.

—La última oportunidad —dijo él, muy serio. En su interior, la idea del perro poseído por un espíritu le había hecho bastante gracia, pero no quiso mostrarlo con una sonrisa. Céfiro necesitaba mucho menos que eso para aferrarse a una de sus locuras y no soltarla en varios días—. Escúchame, y por una vez en tu vida obedéceme. Necesito que seas mis ojos en las calles. Tú te mueves por sitios que yo no conozco y hablas con gente que a mí solo me escupiría. Quiero que te entregues por completo a este tema. Pregunta. Indaga. Cualquier pista puede ser de utilidad. Y, sobre todo, y esto es lo más importante, sé prudente. Esos tres tipos me lo dejaron muy claro. No me amenazaron a mí, extendieron la amenaza también a los míos. Y tú eres la primera persona a la que incluyo en esa categoría. Si quieren hacerme daño, me lo harán a través de ti.

Céfiro se quedó pensativo.

—Tal vez podamos aprovecharnos de eso…

—¿Cómo?

—¿Y si yo me pusiera al alcance de los encapuchados? Tú te escondes y yo dejo que me atrapen. Así solo tendrías que seguirlos hasta su escondite y darles su merecido.

Marco negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Es un plan absurdo que solo puede acabar contigo destripado sobre un altar. No voy a usarte como cebo. Hay muchos hilos aún de los que puedo tirar, así que ni lo pienses.

—Yo creo que no hay riesgo si lo hacemos…

—No, Céfiro. No vamos a hacerlo así. Vamos a acabar con esos desgraciados sin necesidad de ponerte a ti en peligro. No estoy bromeando. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro —respondió el niño, aunque su rostro y su ceño fruncido dejaban claro que no estaba en absoluto de acuerdo con aquella decisión.

—De momento tengo una misión para ti y para tus amigos. Quiero que vayáis por la zona del Foro Boario y el Campo de Marte, y que preguntéis a todo el mundo si ha visto alguna embarcación sospechosa en el Tíber.

Encapuchados llevando sacos de aspecto extraño. Cualquier pista nos puede servir, por absurda que os parezca. Pon a esos niños a ganarse el techo bajo el que duermen. ¿Crees que te ayudarán?

—¿Bromeas? Soy como un dios para ellos. Si les pidiera que entraran al inframundo a traerme una mierda de Cerbero me preguntarían que si quiero que saluden a Proserpina de paso. Mañana mismo los pongo a todos a peinar las orillas del río.

Marco asintió.

—Recordad: nada de deambular por ahí cuando el sol se haya puesto. Y nada de hacer indagaciones solos. Debéis ir como mínimo de dos en dos. Y si podéis hacerlo en grupos más grandes, mejor.

—¿Cómo crees que sobreviven ahí fuera esos niños? No te preocupes, Marco. Saben cuidarse. Y ahora me tienen a mí para dirigirlos.

Buscó en la cara de Céfiro alguna señal de que el niño estuviera bromeando, sin encontrarla. Era cierto que su esclavo, el mismo niño al que había salvado de morir de hambre y frío en las escaleras de un templo, se consideraba a sí mismo el líder de una banda infantil de rateros.

—Sí. Saben cuidarse tanto que han tenido que refugiarse entre mis piernas para que no los maten.

—Danos un par de años. No habrá encapuchado hijo de puta que nos saque de las calles.

Marco volvió a dar un capirotazo a Céfiro.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó él, dolido.

—Por bravucón y por malhablado.

—Algún día te traeré una bolsa de dinero y compraré mi libertad. Y cada vez que me pegues iré a denunciarte al pretor.

Marco soltó una carcajada.

—¿Así que vas a denunciarme, pequeña rata?

Se lanzó sobre Céfiro y logró, a base de cosquillas y mordiscos fingidos, que el pequeño se echara a reír. Al fin y al cabo, líder de una banda infantil o no, Céfiro seguía siendo un niño.

OceanofPDF.com

XV
La bestia del Aventino

A pesar de que Marco hizo grandes esfuerzos por levantarse al alba, cuando consiguió despegarse del colchón el sol estaba ya alto en el cielo. Aunque no era muy dado a madrugar, pocas veces le había ocurrido que le costara tanto levantarse de la cama cuando tenía tantos asuntos entre manos que atender y sin que mediara una borrachera para complicar las cosas. Mientras se lavaba la cara en la palangana pensó que aquella pereza podía deberse a los efectos de la droga con la que los tres encapuchados le habían dejado fuera de combate la noche anterior.

Gracias a la diosa Fortuna, pensó, lo que tenía que hacer aquel día no tenía que hacerse en las primeras horas de la jornada. De hecho, era muy probable que hasta que la noche volviera a caer sobre Roma no lograra llevar a cabo la tarea que tenía pensada para aquel día. Localizar al veterano que había contado a Aulo la historia de los misteriosos hombres y su sospechosa carga en el Tíber. De tratarse del hombre al que Marco había conocido días atrás en la puerta Capena, habría bastado con pasarse por allí y preguntar a los otros mendigos que rondaban la fuente de Mercurio. Pero Marco no estaba seguro de que fuera él, de modo que prefería ir directamente a la taberna de Las Tres Nereidas de la que el panadero le había hablado en busca del veterano manco que tenía tan valiosa información. Y Marco, como buen conocedor del mundo de las tabernas que era, sabía que pocos bebedores se dejaban caer por aquellos establecimientos antes del final de la jornada. Hasta los veteranos de guerra mancos tenían que atender durante el día a sus obligaciones, aunque estas

consistieran en mendigar o robar para conseguir algunas monedas con las que pagar el vino de la noche.

Aquello le dejaba todo el día para atender a otras obligaciones. En ausencia de respuesta a la carta que había enviado a Varrón, no había nada que pudiera hacer para continuar con sus propias investigaciones sobre la muerte de su madre, de modo que podía entregarse por completo al asunto de los niños desaparecidos, tratando él mismo de recabar algo de información de distintas fuentes.

Y Marco sabía bien por dónde comenzar a buscar. Había alguien que le debía un favor, y había llegado el momento de empezar a cobrárselo.

A mediodía, durante el verano, el monte Aventino estaba tan desierto como el resto de la ciudad. Cuando el sol estaba en lo alto del cielo, castigando a la Urbe con sus implacables rayos estivales, eran muy pocos los que se aventuraban a salir a las calles. Algunas vías, protegidas por soportales, resultaban más transitables. Otras, por el contrario, estaban expuestas de pleno al sol del mediodía, por lo que cualquiera que intentara pasear por ellas se arriesgaba a quedar achicharrado y tan seco como el polvo que se levantaba del suelo.

Marco hizo el camino a buen paso, buscando las sombras, y parando a refrescarse en las muchas fuentes que, gracias a los dioses, uno podía encontrarse en su deambular por Roma. Pero cuando comenzó la subida del monte Aventino, dejando atrás la explanada del Circo Máximo, iba cubierto de sudor y jadeando.

—Por esto prefiero la noche al día… —murmuró en una pausa para recuperar el aliento.

Cuando llegó a la pequeña fuente del tritón, estaba exhausto. Sumergió la cabeza en la pileta y aguantó la respiración para dejar que el agua, no tan fresca como le hubiera gustado, limpiara su piel y su cabello. Odiaba aquella sensación veraniega y pegajosa del sudor secándose sobre su piel. Al día siguiente iría a las termas, con encapuchados secuestrando niños o sin ellos. Llevaba demasiado tiempo posponiendo aquel baño.

Marco se echó hacia atrás el espeso cabello y se encaminó hacia el arco de entrada del *collegium* del Tritón. Hacía ya varios meses que había cruzado aquella arcada por primera vez, investigando la muerte de un hombre en extrañas circunstancias y su posible vinculación con una criatura que le había atacado a él mismo. Aquella visita había concluido con un pacto entre el magistrado del *collegium* y él mismo. Si conseguía aclarar la muerte de su hombre, los miembros del *collegium* del Tritón estarían a su disposición cada vez que los necesitara. Hasta aquel momento, Marco no había necesitado de su ayuda. Pero aquel día de verano cualquier fuente de información le resultaría útil.

Lo que Marco no esperaba era encontrarse en aquel lugar a todos los miembros del *collegium* en pleno, reunidos en asamblea.

El exterior de la sede del *collegium* era un lugar magnífico para pasar una tarde de verano. Bajo las ramas de un trío de viejas higueras, de una altura excepcional, había dispuestas dos largas mesas que disfrutaban de la sombra ofrecida por los árboles. Eran tan generosas aquellas ramas que no solo daban refugio del sol a los miembros del *collegium*, sino que de ellas colgaban numerosos higos de aspecto maduro que parecían listos para ser recolectados y llevados a la despensa. En las dos mesas, un grupo de hombres, alrededor de treinta, charlaban de forma animada mientras daban buena cuenta del contenido de varias jarras dispuestas frente a ellos. Cuando la presencia de Marco fue advertida, todos guardaron silencio. Varios hombres se llevaron las manos a las armas que pendían de sus cinturones. La tensión podía palparse en el ambiente.

—Marco Lemurio —dijo una voz grave y agrietada—. Guardad las armas, es Marco Lemurio. El tipo del que os hablé.

Un hombre fornido y con el rostro cubierto por una barba negra y espesa se puso en pie desde la cabecera de las mesas y caminó hacia Marco con los brazos abiertos. Era Publio, el magistrado del *collegium*. Pese a las reticencias de Lemurio, poco dado al contacto físico y a las expresiones de afecto en público, Publio le dio un abrazo largo y apretado.

—¿Desde cuándo nos queremos tanto? —preguntó él en voz baja. No recordaba que Publio le hubiera mostrado aquel cariño ni siquiera cuando

había resuelto el asesinato de Sexto, su cuñado, el hombre asesinado por una sombra del Hades.

—Desde que mis hombres están borrachos y deseando cargarse a todo aquel que no sea del *collegium* —susurró Publio al oído de Marco—. Devuélveme el abrazo y finge que somos los mejores amigos. Y que los dioses te libren de criticar a Pompeyo o a Gabinio, o ni yo mismo podré evitar que salgas de aquí camino de tu propia pira funeraria. No has venido en el mejor momento.

—Tal vez sea mejor que me marche —respondió Marco, pero a pesar de sus palabras devolvió el abrazo y palmeó con fuerza la espalda de Publio.

—En absoluto. Esta es tu casa, ya te lo dije. Este abrazo deja muy claro que eres mi amigo. Pobre del que se le olvide esto.

Cuando se separaron, Marco observó el rostro del resto de los presentes. Muchos se habían relajado y le miraban con sonrisas de franca simpatía. Habían escuchado el relato de cómo Lemurio había investigado la muerte de su compañero asesinado y había sido una pieza crucial para descubrir a sus asesinos y vengar la afrenta. El nombre de Marco Lemurio había estado en boca de muchos de ellos durante días tan solo unas semanas antes. Otros, en cambio, mantuvieron un rictus serio y desconfiado. Hubo alguno incluso que no separó la mano de la empuñadura de su arma.

—Muchachos, este es el hombre que descubrió a los asesinos de nuestro hermano Sexto. El que a riesgo de su vida desveló lo que estaba oculto y nos permitió golpear con fuerza para demostrar nuestra autoridad. Sin él, la muerte de Sexto seguiría clavada en nuestros corazones, como una afrenta imposible de lavar. Le prometí la amistad eterna del *collegium* del Tritón. Y por los dioses que mientras yo esté al mando haré honor a esa promesa. ¡Alzad vuestros vasos por Marco! —Todos levantaron sus vasos, con mayor o menor entusiasmo y repitieron el brindis de su líder—. Un vaso para nuestro invitado. ¡Y vino!

Dos esclavas salieron del interior del edificio y obedecieron las órdenes de Publio.

Marco, tras repartir saludos, devolver sonrisas e ignorar miradas desconfiadas, se sentó en la cabecera de la mesa, junto al magistrado. Probó

el vino y agradeció la sensación de aquel magnífico caldo recorriendo su garganta. No bebían precisamente vinagre aguado en aquel lugar.

—Ahora estaré contigo, Marco. Hablaremos de lo que hayas venido a buscar. Porque no creo que la tuya sea una visita de cortesía.

—No lo es —respondió él.

El magistrado asintió.

—Como íbamos diciendo… —retomó Publio, alzando la voz y dirigiéndose de nuevo al grupo de hombres allí reunidos.

—¡Un momento, Publio, por nuestra diosa Venus que nos protege! ¡Aguarda un momento!

Un hombre, sentado casi en el extremo opuesto de la mesa se levantó y alzó la mano. Publio guardó silencio para escuchar lo que tenía que decir. Era un individuo delgado, calvo con excepción de unos pocos cabellos blancos rodeando su cabeza por la nuca y sobre las orejas. Marco observó que había sido uno de los que había mantenido el rostro serio tras ver el abrazo.

—Entiendo que este Marco Lemurio sea tu amigo. Entiendo que el *collegium* entero tenga una deuda eterna con él, pues todos recordamos a Sexto y celebramos el haber podido vengar su muerte. Pero amigo o no, este Lemurio no deja de ser un extraño del que apenas sabemos nada. ¿Vamos a tratar los asuntos más secretos del *collegium* delante de él? ¿Vamos a revelarle todo lo que hemos estado ocultando durante días a alguien a quien no has visto desde hace semanas? Sentémosle a nuestra mesa. Ofrezcámosle nuestro vino. ¡Qué se folle a nuestras esclavas si quiere! Por los dioses, que me folie a mí si es eso lo que le gusta. Mi culo será un pequeño pago en comparación con los servicios que este hombre nos ha prestado. Pero que tengamos una deuda con él no nos puede hacer caer en la imprudencia. Hace dos días estábamos en las calles, muriendo y matando. Derramando nuestra sangre por este *collegium* y por nuestros patrones. Y sabemos que nuestros enemigos devolverán el golpe en cualquier momento. Gabinio ha triunfado en el foro, pero sus rivales volverán a movilizar a sus hombres en cuanto recuperen las fuerzas. Sé sensato, Publio. Terminemos esta reunión primero y festejemos después con nuestro invitado. No creo que haya ofensa en pedirle que se marche un rato

y nos permita tratar de estos temas en privado. Es la propia supervivencia del *collegium* lo que está en juego.

Publio se levantó y dio un puñetazo en la mesa.

—¡Sí hay ofensa en pedir a un amigo que se marche! —gritó—. Tanta como en pedírmelo a mí. ¿Me pedirías a mí que me marchara, Critias? ¿Lo harías?

—Lo haría si considerara que tu presencia pone en peligro a este *collegium*. Eres nuestro líder, y quiera Venus que lo sigas siendo durante mucho tiempo. Pero tu amor por nuestro añorado Sexto te ciega en estos momentos. Honremos a Lemurio. Sí. Pero honrarle no significa que le consideremos uno de los nuestros.

Publio golpeó de nuevo la mesa, pero no respondió. Miró los rostros del resto de los presentes. Aunque todos callaban, muchos mostraban con su expresión su acuerdo con Critias. Era mucho lo que estaba en juego. Durante los días que habían durado los tumultos en las calles, el *collegium* del Tritón, como fieles clientes de Gabinio que eran, se había significado en las calles de Roma por su extrema violencia contra los enemigos del tribuno de la plebe. Algunos de sus miembros habían muerto en luchas contra otros *collegia* rivales. Con la sangre aún manchando los adoquines de las calles de Roma, ¿podían fiarse de Marco Lemurio? ¿Podían en aquel rincón del Aventino hablar sin tapujos ante un desconocido de la Subura? Porque aquello era Marco para la mayoría de ellos. Un desconocido que les había prestado un enorme servicio, pero un desconocido en definitiva. Publio cerró el puño. Critias tenía razón.

Marco se puso en pie antes de que Publio pudiera hablar.

—Entiendo lo que decís. No hay ofensa en pedirme que me marche, os lo aseguro. No corren buenos tiempos para confiar en extraños. ¿Cuándo corren buenos tiempos para eso? Volveré en otro momento y disfrutaré de vuestra hospitalidad.

—No te sientas insultado, Marco Lemurio —dijo Critias desde el otro lado de la mesa—. No era esa mi intención.

—Lo sé. Como he dicho, no hay insulto en tus palabras. Necesito hablar con Publio, con todos vosotros de hecho, si es posible. Pero puedo regresar en una ocasión más propicia.

Todos los presentes asintieron, satisfechos de ver que su invitado resultaba ser un hombre razonable y que la situación se resolvía de forma sencilla y favorable.

—No —dijo Publio sin levantar la vista de la mesa—. No volverás en otro momento. —Los hombres, al escuchar las palabras de su líder, fruncieron el ceño. Critias cerró la mano en un puño. El propio Lemurio, al verse prisionero de aquella disputa, sintió un deseo inmenso de salir volando de aquel lugar en cuanto la situación se lo permitiera. Lo último que necesitaba era crear un conflicto de liderazgo en un *collegium* del Aventino—. Entrarás en nuestra sede. Te acomodarás en una de nuestras estancias y nuestras esclavas te servirán tanto vino como tu estómago sea capaz de tragar. Eres nuestro invitado y se te tratará como tal. Nosotros terminaremos nuestra asamblea y después estaremos a tu disposición para hablar de aquello que tú consideres conveniente. ¿He sido claro?

Todos, Marco incluido, asintieron a aquellas palabras que, por su tono, no admitían réplica. Critias volvió a abrir el puño y se sentó otra vez en su banco.

—Tomaos vuestro tiempo —dijo Marco, cogiendo una de las jarras de vino de la mesa con una sonrisa en los labios—. No hace falta que me acompañéis. Conozco el camino.

Marco había estado solo tres veces en la sede de aquel *collegium*. La primera, cuando había ido a entrevistarse con Publio, para buscar información sobre la muerte de uno de sus miembros. La segunda, la noche en la que se había enfrentado a Marcia, la hechicera que había invocado a las sombras, y había tenido que buscar un refugio tras la lucha. La tercera ocasión, Marco había ido hasta aquel lugar buscando a Cardixa, la anciana ciega que había conocido a su madre. Sin embargo, no la había encontrado allí. Publio le había ofrecido una serie de excusas vagas, que a Marco le parecieron improvisadas y posiblemente falsas. No insistió. Si la mujer había decidido que no quería hablar con él, pese a que le había prometido que le contaría cosas acerca de su madre, él no forzaría el encuentro.

Tal y como había hecho en su primera visita, Marco depositó una moneda de bronce sobre el altar de la diosa Venus, la protectora del *collegium*. No creía en los dioses, no al menos en la forma en la que lo hacían la mayor parte de sus conciudadanos, pero sabía muy bien que había fuerzas que operaban más allá del conocimiento de los hombres. Si existía una de esas fuerzas que protegía a los hombres y mujeres de aquella cofradía del Aventino, ganarse un poco de aquella protección bien valía una pieza barata de bronce. Miró con atención a la pequeña escultura de madera, tan diferente de las Venus que podían verse en algunas fuentes y en los jardines de las casas nobles. Era una talla tosca, ajada por el paso de los años, con una pintura que comenzaba a descascarillarse en algunos lugares. Su rostro era apenas un esbozo de rasgos humanos, con dos ojos pintados de negro y blanco y una boca de intenso color rojo. Por algún motivo, Marco sentía ante aquella estatuilla algo mucho más intenso de lo que había podido sentir al entrar en los grandes templos de piedra que tanto abundaban en la ciudad. Aquella figura representaba una religiosidad más primitiva, más auténtica, que los cultos ciudadanos controlados por los magistrados y sacerdotes públicos. Marco rozó con respeto la cabeza de la figura y se valió de una vela encendida para volver a prender la mecha de aquellas que se habían apagado. La estancia, en penumbra con excepción de la escasa luz de aquellas velas y la que penetraba por las ventanas cubiertas por una celosía de madera, invitaba al recogimiento y la meditación.

Marco se sentó en uno de los bancos que había junto a las paredes. Aquella habitación era empleada por los miembros del *collegium* cuando la temperatura en el exterior o las inclemencias del tiempo hacían imposible reunirse en el patio, bajo las frondosas higueras. Llenó de vino un vaso y lo bebió con calma, saboreando los matices. No era un vino precisamente barato el que bebían aquel día en el *collegium*. ¿Cómo podían pagar aquel caldo tan extraordinario un grupo de hombres que en su mayoría eran artesanos con pequeños talleres en el mismo Aventino? Marco supuso que la mano generosa de Gabinio había tenido algo que ver en aquel asunto. El tribuno de la plebe, respaldado por la fortuna casi infinita de Pompeyo, había sabido ser generoso con sus tropas urbanas que con tanta garra habían luchado durante días contra sus enemigos.

Además, pensó Marco, una cabeza embotada por el vino es una cabeza más fácil de manipular.

Estaba sumido en sus cavilaciones cuando escuchó un sonido a su derecha, al fondo de la habitación. Por aquel lugar, totalmente sumido en la penumbra, era por donde se iba a las habitaciones que él mismo había usado para dormir en una ocasión. Había alguien allí. Marco supuso que se trataría de una esclava y volvió a concentrarse en el sabor del vino. La única entrada a aquel edificio era, hasta donde él sabía, la puerta frente a la cual estaban reunidos la treintena de miembros del *collegium*. Si había en Roma un lugar en el que pudiera sentirse seguro, era aquella habitación.

El ruido se repitió, y Marco volvió a alzar la cabeza para mirar al lugar del que procedía. Era un ligero gruñido, como si una persona estuviera gimiendo, oculta entre las sombras. Solo que el sonido era demasiado grave como para que lo emitiera la garganta de un ser humano.

Marco se puso en pie. Desde el exterior le llegaban las voces, calmadas en ocasiones, gritos en su mayoría, de la asamblea que continuaba su curso. Nadie había entrado tras él.

—Si eres una esclava me gustaría comer algo para acompañar este vino —dijo, en tono desenfadado, pero llevándose al mismo tiempo la mano a la daga oculta bajo su túnica.

El gruñido se intensificó. Ya no había lugar a dudas. No se trataba de un humano. Era algún tipo de animal, agazapado entre las sombras.

Marco decidió investigar. Lo más probable era que se tratara de un perro asustado. Si era así, volvería a su asiento y lo dejaría tranquilo. Con la suerte que tenía con los animales en aquellos días, lo más probable era que el perro se encaprichara con él y le siguiera de vuelta a la Subura… Marco no pudo evitar pensar en el animal que le había acompañado hasta su apartamento la noche anterior. A aquellas horas estaría con Céfiro, tumbados los dos a la sombra y comiendo algo que el niño acabara de comprar. O de robar…

Caminó con sigilo, sin soltar la empuñadura de la daga. Solo quería echar un vistazo, asegurarse de que no había ningún peligro y volver a sus asuntos. Cuando hubo recorrido la mitad de la sala se arrepintió de no haber

cogido una de las velas del altar de Venus. A la diosa no le habría importado prestarle algo de luz…

Algo se movió frente a él. Marco se quedó clavado en el sitio en el que estaba. El gruñido se iba acercando, acompañado de unos pasos muy significativos. Patas muy pesadas, acabadas en largas uñas que repiqueteaban contra el suelo de piedra. Aquello no era un perro.

Un extraño animal entró en la zona iluminada de la estancia. Era muy grande, mucho más que cualquier perro que Marco hubiera visto nunca. De inmediato pensó en una leona a la que había podido ver en unos juegos que un noble había organizado años atrás en una plaza de la Subura para ganarse los votos del pueblo y a los que Céfiro le había obligado a ir. Sin embargo, la leona que Marco había visto aquel día era un ejemplar raquítico, con una mirada triste y desprovista de fiereza y una piel llena de heridas y cicatrices. El pobre animal había sido abatido por una pareja de gladiadores con más grasa que músculo en una pelea tan desigual como amañada. El animal que tenía delante en aquellos momentos se parecía a aquella leona como una paloma se parece a un águila. Tenía un cuerpo robusto, poderoso, y un pelaje negro sobre el que la escasa luz brillaba con destellos blancos. El animal avanzaba con la cabeza gacha, sin dejar de gruñir, pero Marco pudo observar sus ojos. Unos ojos de un color verde, brillante y profundo, como él no había visto nunca antes. Aquellos ojos se centraron en el propio Marco, y por un momento él creyó atisbar un punto de inteligencia en ellos. Como si aquel animal le hubiera reconocido.

Marco se quedó sin habla. La belleza de la criatura era tan fascinante como sin duda letales eran sus garras y sus mandíbulas. Si echaba a correr y el animal decidía perseguirlo, estaba perdido. Si se quedaba quieto, armado solo con una pequeña daga… era hombre muerto. Solo le quedaba un recurso.

Se llevó la mano a la lágrima de Perséfone, que pendía inerte y fría sobre su pecho.

Y no necesitó hacer nada más. En cuanto el animal vio el gesto de Marco dio un ágil y repentino salto hacia atrás y se ocultó de nuevo en el pasillo por el que acababa de aparecer. El gruñido se fue apagando hasta cesar por completo.

Soltó el colgante, que había empezado a calentarse en su mano de forma peligrosa.

—Esto sí que no me lo esperaba…

Miró hacia el pasillo a oscuras, tratando de atisbar algo en él. Por un instante pensó en seguir a aquella majestuosa criatura. ¿Qué hacía un animal así suelto en un *collegium* del Aventino? ¿Quién podía tener como mascota a una fiera semejante?

—Ya tienes bastantes problemas, Lemurio —se dijo, negando con la cabeza. Y regresó al banco en el que había estado sentado, a dar buena cuenta del vino que quedaba en la jarra.

Cuando terminó la asamblea, el propio Publio entró en la sala en busca de Marco. En su rostro podía verse que aún no había digerido el hecho de que sus hombres le llevaran la contraria, por mucho que las razones esgrimidas por el tal Critias fueran de peso y resultaran totalmente lógicas.

—¿Todo bien? —preguntó el magistrado—. Tienes cara de haber visto un fantasma.

Un fantasma no me habría preocupado tanto como el animal que tenéis por aquí suelto, pensó Marco. Al fin y al cabo, los fantasmas podían resultar molestos pero rara vez hacían daño físico a los vivos. Y, desde luego, él no conocía ningún caso de un fantasma con unas garras y colmillos como los de la bestia que se ocultaba en el pasillo.

—Vuestra mascota ha salido a saludarme —dijo él—. Pero no le he parecido interesante.

—Nosotros no tenemos mascota —replicó Publio, muy serio, aunque Marco pudo ver una señal de alarma en sus ojos. Como si temiera que su invitado hubiera descubierto algo que el *collegium* ocultaba con especial celo—. Ven conmigo. Ahora podrás hablar a la asamblea. Pero recuerda lo que te he dicho: los ánimos están muy encendidos. No toques temas políticos. Y sobre todo no se te ocurra criticar a Gabinio ni a Pompeyo.

—¿Tampoco delante de ti?

Publio resopló.

—Ya hablaremos cuando todo esto termine. Si es que termina alguna vez…

Marco se quedó con las ganas de preguntar más detalles acerca del animal cuya existencia Publio había negado de forma categórica. El magistrado salió de la estancia y él tuvo que seguirle a buen paso.

Los hombres del *collegium* del Tritón seguían sentados a la mesa, charlando entre ellos de forma animada. Unos reían, otros discutían y hacían grandes aspavientos. Marco dudó de si era oportuno sacar en aquellos momentos un tema que no tenía nada que ver con las muchas preocupaciones que atestaban las cabezas de aquellos hombres. ¿Qué suponía la desaparición de unos cuantos niños en la Subura para los habitantes del Aventino que acababan de salir de una de las batallas urbanas más violentas de las últimas décadas? Probablemente nada.

—Escucharemos ahora lo que tiene que decirnos nuestro amigo Marco Lemurio —dijo Publio tras mandar callar a sus compañeros—. Disculpa por hacerte esperar, Lemurio.

Critias asintió con grandes movimientos de cabeza, sumándose así a la disculpa de su líder.

Marco tomó aire y comenzó a hablar. Decidió no ocultar a aquellos hombres apenas ningún detalle de la historia. Habló de los niños desaparecidos en la Subura, de la labor infructuosa de los *collegia* del barrio para encontrarlos o averiguar la identidad de los secuestradores. Del encargo que le había hecho Aulo, el panadero, de recuperar a su hijo. Por último, les contó su encuentro con los tres encapuchados, y las amenazas que aquellos tres hombres habían proferido contra él. No dijo nada, en cambio, de su conversación con la bruja Canidia, ni de la supuesta relación de los encapuchados con algún culto al dios Baco. Tampoco mencionó la pista que Aulo le había dado días atrás acerca de un extraño grupo de personas llevando bultos sospechosos río abajo.

Los hombres del *collegium* escucharon en silencio. En contra de lo que Marco había temido, demostraron un evidente interés en sus palabras. Algunos se cruzaron miradas y gestos, como si aquello que estaban oyendo no les resultara del todo ajeno. Cuando terminó de hablar, todos se

volvieron hacia Publio, su líder, como si aguardaran a que él tomara la palabra en aquel momento.

—Marco, creo que hablo en nombre de todos cuando digo que lo que nos cuentas nos preocupa profundamente. No son solo los niños de la Subura los que están desapareciendo. También en el Aventino hemos sufrido esas desapariciones. Pero lo achacábamos a algún tipo de venganza por parte de otros *collegia* rivales… Ese es el motivo, uno de los motivos, por el que en estos días hemos querido golpear con todas nuestras fuerzas. Creíamos que estaban atacándonos en nuestro punto más débil: nuestros hijos e hijas.

Los asistentes comenzaron a hablar todos de golpe, unos encima de otros, quitándose la palabra. Todos querían hablar de algún caso que conocían. El de un vecino, un familiar o un amigo que había perdido a algún pequeño.

Marco esperó a que los ánimos se calmaran. Aquella revelación le había impactado profundamente. Si el asunto afectaba también al Aventino, el problema era mucho más grave de lo que él había sospechado. Los misteriosos encapuchados no estaban golpeando a las humildes familias de la Subura. Estaban golpeando a toda Roma.

—¿Y si esto de los encapuchados no es más que un truco para distraer nuestra atención del verdadero problema? —gritó un hombre desde el otro lado de la mesa—. Yo tengo claro quiénes son nuestros enemigos. ¡Y esos hijos de puta no se ocultan detrás de una capucha!

Más gritos y exclamaciones, a favor y en contra.

—¡Nadie ha visto encapuchados en el Aventino!

—Esto es mucho más grave que la subida del precio del pan. ¡Deberíamos actuar!

—La hija de Quinto desapareció durante una semana. ¡Y volvió a casa embarazada y pidiendo perdón a su padre!

Los miembros del *collegium* se enzarzaron en una discusión alimentada por los muchos vasos de vino que allí se habían servido aquella mañana. Hasta que Publio se puso de nuevo en pie y con varios golpes en la mesa consiguió poner orden en la asamblea.

—Todos tenemos nuestra opinión al respecto. Pero la realidad es que han desaparecido cuatro niños del Aventino en estas semanas. Niños de familias trabajadoras, respetables, no niños de la calle. Si esto está ocurriendo también en la Subura, es más que probable que afecte a otros barrios de Roma. Es un problema que afecta a toda la ciudad, no solo a nosotros. Y, en consecuencia, tenemos la responsabilidad de actuar.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó un hombre anciano con una barba blanca con restos de haber sido rubia en un pasado ya lejano—. ¿Encerramos a los niños en casa?

—Haremos lo que tenemos que hacer. Informaremos al tribuno Aulo Gabinio de la situación. Él nos ofrecerá una solución o pondrá los medios para que la encontremos. Como siempre ha hecho.

Los hombres rompieron a aplaudir al escuchar el nombre del que era su patrón y protector.

Marco frunció el ceño. No había contado con aquella posibilidad. Inmiscuir a los nobles en aquel asunto no había formado parte de sus planes. De hecho, con excepción de Varrón, que seguía sin dar señales de haber regresado a Roma, incluso de haberlo deseado no habría podido acceder a ningún senador para informarle del asunto. Le consolaba pensar que sería Publio el que se encargaría de ponerse en contacto con Gabinio.

—Marco Lemurio me acompañará como representante de los hombres de la Subura —dijo el magistrado.

—¿Yo? —preguntó Marco, sorprendido—. Yo no puedo representar a nadie. Para eso están los *collegia*…

—Vendrás conmigo —ordenó Publio en voz baja pero tajante.

Los asistentes a la asamblea volvieron a prorrumpir en aplausos.

OceanofPDF.com

XVI
Defensor del pueblo

Mientras caminaba junto a Publio por las calles del Aventino, Marco pudo por primera vez cobrar conciencia del auténtico poder que aquel hombre tenía en la colina. Todos los hombres y mujeres con los que se cruzaban inclinaban la cabeza ante él en señal de respeto, lo saludaban de forma efusiva o trataban de retenerlo para contarle algún problema o pedirle algún favor. Publio respondía a todos con una sonrisa, un abrazo o un asentimiento, y aunque era su costumbre detenerse a escuchar a todos los vecinos que tenían algo que exponerle, aquel día se excusó alegando que tenía un compromiso ineludible que atender.

Marco sabía que los *collegia*, las asociaciones de artesanos o vecinos que se agrupaban para defender sus intereses y proteger a sus miembros, eran una pieza esencial en la sociedad de Roma, pero nunca había vivido en primera persona la auténtica veneración que se llegaba a sentir por los líderes de estas instituciones tan antiguas como la propia Urbe. Él mismo jamás había pertenecido a un *collegium*, pese a los muchos que había en la Subura, ni se había sumado a sus celebraciones colectivas. Su oficio era tan poco habitual que no había colegas con los que asociarse. Además, el carácter de Marco, individualista por esencia, impedía que la idea de deber obediencia a un líder y tener que pagar unas cuotas cada cierto tiempo le resultara atractiva, por muchas ventajas que esto pudiera tener para un romano de origen humilde.

Marco y Publio iban escoltados por seis hombres del *collegium* del Tritón. Tres de ellos caminaban delante, asegurándose de que no había ningún peligro. Los otros tres les seguían los pasos a una cierta distancia,

para comprobar que ningún sospechoso los seguía con intenciones oscuras. Publio era una figura muy conocida, y el número de sus enemigos se contaba por centenares. Muchos *collegia* rivales, aquellos que tenían como patrones a los senadores rivales de Pompeyo, habían puesto precio a su cabeza desde hacía años, y sus miembros no escatimaban esfuerzos para acabar con el que se había convertido en todo un símbolo del apoyo del pueblo a los pompeyanos. Por ese motivo, Publio nunca salía de la sede del *collegium* a solas, mucho menos cuando además tenía que abandonar la seguridad relativa que le proporcionaba su propio barrio, el Aventino.

—No estoy seguro de que mi presencia en esta entrevista sea necesaria —dijo Marco, sin resignarse aún a tener que acompañar a Publio hasta casa de Gabinio.

—Pero lo es. El tribuno te conoce, sabe qué papel jugaste para desenmascarar a los asesinos de Sexto. Apreciará tu visita, te lo aseguro.

—Hay magistrados de *collegia* en la Subura que lo harían mucho mejor que yo. Por no mencionar que si se enteran de que he pretendido representar al barrio ante un tribuno de la plebe no creo que reaccionen con una palmadita en la espalda… ¿Qué harías tú si alguien se presentara ante Gabinio y hablara en nombre del Aventino?

Publio rio entre dientes, sin responder.

Tardaron un buen rato en recorrer la distancia que les separaba desde la sede del *collegium* del Tritón, en la ladera del humilde Aventino, hasta la gran casa que Gabinio tenía en la parte baja del monte Palatino. Aunque el tribuno no pertenecía a una familia de nobleza antigua y no podía presumir de contar entre sus antepasados con cónsules o pretores que se hubieran enfrentado a Pirro o a Aníbal, había heredado un patrimonio más que considerable que él mismo se había encargado de aumentar gracias a su cercanía a Pompeyo. Gabinio era además conocido por su afición a las fiestas y el lujo, aparte de por su enorme generosidad con sus clientes más humildes. No era extraño verlo pasear por los barrios más pobres, siempre acompañado de una escolta, y había incluso quien decía haberle visto en alguna taberna, disfrutando de una noche de vino y compañía femenina, pagando la cuenta de todos los presentes antes de marcharse a su casa. Aquellos gestos, sumados a su posición política de absoluta fidelidad a

Pompeyo y a las grandes donaciones económicas y materiales que había hecho a algunos *collegia*, eran los que le habían granjeado el amor apasionado del pueblo romano.

—¿Nos recibirá? —preguntó Marco mientras iniciaban la subida hacia el Palatino.

—Si está en casa, nos recibirá.

Marco asintió, no muy convencido. Había oído historias de clientes que se presentaban antes del amanecer en casa de sus patrones y aguardaban horas y horas solo para escuchar al final del día que no serían recibidos, que el señor tenía demasiadas ocupaciones. Y, aun así, el desdichado cliente regresaba al día siguiente. Y al otro. Marco, cuya familia, que él supiera, jamás había tenido lazos de clientela con un noble romano, se sentía más feliz sin tener ataduras sociales de ningún tipo. Aquel pensamiento le hizo sonreír, satisfecho de sí mismo. De inmediato, el rostro de Varrón se materializó en su mente, y Lemurio se preguntó si la relación que él mismo había establecido con Marco Terencio no se asemejaba demasiado a las estructuras clientelares que tanto despreciaba…

—Es algo totalmente diferente —murmuró, malhumorado consigo mismo.

—¿Has dicho algo? —preguntó Publio.

—Que cuánto falta para llegar. Con este sol se me derrite la piel. Preferiría estar dentro del toro de Falaris que en estas calles…

—No sé quién es ese Falaris ni qué es eso del toro, pero tranquilo. Ya estamos llegando.

Giraron una calle amplia y bien empedrada, como correspondía a una zona rica de la ciudad, y llegaron ante las puertas de la *domus* de Gabinio. El aspecto exterior, como era habitual, resultaba austero y sobrio. Un muro desnudo en el que se abrían apenas algunos ventanucos cubiertos con celosías de madera. Las casas nobles romanas eran fortificaciones cerradas al exterior, de modo que desde la calle resultaba imposible hacerse una idea del lujo y las comodidades de los que se podía disfrutar en su interior.

—¿Entráis por la puerta principal? —preguntó Marco.

—Por supuesto. El tribuno está orgulloso de que la gente sepa que el pueblo le visita. No es como el resto de nobles.

Marco disimuló un resoplido. Su experiencia con Gabinio se había limitado hasta aquel momento a recibir una paliza por orden suya y ser arrastrado a la fuerza hasta la casa de Pompeyo. Allí había conocido al gran héroe de la plebe. Un tipo nervioso y asustado, con el pelo rizado y los ojos enrojecidos por haber pasado demasiadas horas en vela entregado al vino y la celebración. La impresión que le había causado Gabinio había sido nefasta: un joven senador que se aproximaba a la madurez sin resignarse a dejar atrás los excesos de la juventud. Un noble más que le había mirado desde la postura de quien se sabe superior por nacimiento y riqueza. Marco no podía entender la fascinación que Publio, y miles de hombres y mujeres como Publio, sentían hacia aquel personaje.

—No hables hasta que no se dirijan a ti —le recomendó antes de entrar en el *atrium* de la casa. Los seis hombres de la escolta permanecieron en el exterior. Aquella casa se consideraba territorio seguro.

—Tranquilo. No pensaba hacerlo. Me limitaré a escuchar.

El *atrium* de la casa de Gabinio estaba atestado de hombres de todas las edades que aguardaban una oportunidad de hablar con el tribuno y exponerle sus peticiones. Algunos estaban sentados en los bancos de madera dispuestos contra las paredes, pero la mayoría permanecía en pie, atentos a cualquier señal del interior que les diera una pista sobre si serían recibidos pronto o si su espera se alargaría más aún.

—Tranquilo —dijo Publio al ver la expresión de Marco—. A nosotros nos recibirá los primeros.

Publio se acercó a uno de los esclavos que vigilaban las puertas interiores y se aseguraban de que no se organizaran trifulcas ni alborotos en aquel lugar, algo que no resultaba infrecuente desde que la popularidad de Gabinio le había llevado a alcanzar el tribunado de la plebe. Marco se quedó unos pasos atrás, tratando de pasar desapercibido. Él mismo, siempre que entraba en casa de Varrón, lo hacía por la parte trasera por expreso deseo del anfitrión. Le resultaba extraño estar esperando en la puerta de un noble como un solicitante cualquiera. Observó los rostros de los hombres que allí aguardaban. No solo eran humildes miembros de la plebe de Roma. También había en aquella estancia personajes cuyas ropas dejaban ver que pertenecían a clases más altas.

Tras hablar con Publio unos instantes, el esclavo entró al interior de la casa, y regresó casi al momento.

—Mi amo os atenderá ahora —anunció.

Al oír aquello, algunos de los presentes comenzaron a protestar por aquel trato de preferencia. Publio se limitó a girarse hacia ellos y lanzarles una mirada furiosa. Aquello bastó para acallar las protestas. La mayoría de los que estaban esperando conocían al magistrado del *collegium* del Tritón y sabían que era uno de los hombres de Gabinio en el Aventino. Además, conocían bien las consecuencias de ofenderle.

Publio y Marco siguieron al esclavo hasta el interior. En el momento en que atravesaron las puertas dejaron a un lado la habitación que albergaba el *lararium*, el espacio dedicado al culto de los antepasados con el que contaba toda casa noble. Recorrieron pasillos y estancias decoradas con todo tipo de mobiliario, cortinas, vasijas y esculturas. Todo en aquella casa parecía brillar con luz propia: las maderas de los muebles estaban pulidas o repujadas en oro, los mosaicos mostraban motivos recargados con monstruos y extrañas criaturas, las esculturas estaban pintadas con colores chillones y vivos. Además de su accidentada visita a la casa de Pompeyo, en la que apenas había podido ver nada, Marco solo conocía la casa de un senador, la de Varrón, y pudo comprobar las enormes diferencias que había entre esta y la *domus* de Gabinio. Mientras la casa de Marco Terencio resultaba sencilla y funcional, sin exceso de decoración, la de Gabinio era, estancia por estancia, un muestrario infinito del lujo y la riqueza que podía acumular un noble romano. No había ni un solo rincón descuidado, ni un espacio sin sus detalles. Cuando salieron a un enorme jardín, Marco se encontró con plantas que nunca antes había visto. Palmeras de enormes hojas, arbustos, plantas con flores de múltiples colores… Todo ello regado con diversas fuentes que repartían agua con un sistema de acequias y pequeños canales y que refrescaban el ambiente con las minúsculas gotas que dejaban suspendidas en el aire. Entre la vegetación se movían de forma majestuosa y tranquila todo tipo de aves de colores exóticos, entre las cuales Marco solo pudo reconocer tres pavos reales, uno de ellos con las plumas de la cola desplegadas como si pretendiera rivalizar con la ostentación del ambiente. El resto de los animales que deambulaban por los

jardines le eran completamente desconocidos, aunque creyó reconocer a algunos por haberlos vistos en una colección de papiros egipcios de su madre. Una colección de aves así debía de haberle costado a Gabinio una pequeña fortuna.

—Vuestro tribuno de la plebe no parece pasar muchas necesidades… —comentó Marco en voz baja. Como respuesta recibió una mirada furiosa de Publio. Lemurio decidió no hacer más comentarios.

Dejaron atrás el frondoso jardín y fueron conducidos a un amplio salón en el que lo primero que llamaba la atención era el magnífico mosaico que adornaba el suelo. Estaba compuesto por miles de teselas diminutas, de tantos colores diferentes que Marco no habría sido capaz de dar nombre ni a la mitad de ellos. Algunas de las piedras que formaban aquella obra de arte eran de un color dorado tan puro que Lemurio se preguntó si no serían oro de verdad. El dibujo formado por el mosaico representaba un banquete en el que aparecían los dioses reclinados sobre lechos, cada uno identificado con sus símbolos habituales. Marco pasó por encima de la diosa Juno, con su magnífico pavo real tras ella, y pisó con cuidado el rostro del dios Marte, ataviado con su casco y su coraza.

El suelo de esta habitación vale más que todo el edificio en el que vivo, pensó Marco, sin poder evitar que una ligera rabia se apoderara de él. Le ocurría siempre que observaba el modo de vida de los nobles romanos. Nadando en una opulencia insultante mientras decenas de miles de ciudadanos romanos se morían de hambre en las calles.

En el centro de la estancia, también reclinado en un lecho, como si fuera un dios más salido del mosaico, se encontraba Aulo Gabinio, el tribuno de la plebe. Marco observó que su rostro, que había visto de cerca por primera y única vez meses atrás, parecía más cansado y envejecido. Lemurio agachó la cabeza en señal de humildad. Por mucho desprecio que sintiera hacia el hombre que tenía frente a él, Marco sabía hacer a la perfección el papel que le correspondía en aquellas situaciones. Era algo que cualquier romano aprendía desde niño.

—Publio, amigo mío. Bienvenido a mi casa, que es la tuya. ¿Alguna novedad en el Aventino? Recibí tu informe hace días. Lamento

profundamente la muerte de todos esos hombres. Sus familias recibirán una compensación. Yo me ocuparé personalmente de todo.

—Sois muy generoso, *domine*. Desde que cesaron los disturbios no hemos vuelto a observar movimientos sospechosos en nuestra zona de la ciudad. Hemos continuado con nuestra campaña… informativa. Podéis estar seguro de que el día en que presentéis la ley sobre los piratas, el Aventino entero votará a favor de ella.

—Bien, bien —asintió Gabinio, y se sentó en el lecho tras hacer un gesto a una esclava que había permanecido muy quieta junto a una columna. Marco observó que era una joven de gran belleza, morena, con unas amplias caderas y unos pechos turgentes que se marcaban bajo una túnica muy ceñida. Pensó en todas y cada una de las veces que había sido recibido por Marco Terencio Varrón en su casa, siempre en el estudio, sentado tras una mesa, y con la única presencia de Trasíbulo, su fiel secretario. Hasta donde él sabía, Varrón recibía en su *tablinum* a todas sus visitas, fueran clientes o amigos. Y desde luego nunca había visto entre los siervos de aquella casa una esclava como la que en aquellos momentos había comenzado a masajear los hombros de Gabinio—. ¿Qué te trae aquí entonces? ¿Necesitas más dinero?

—No, *domine*, las cajas del *collegium* están, por el momento, bien servidas. A pesar de la carestía de trigo, hemos podido afrontar la situación sin grandes problemas. Vuestra generosidad ha evitado que nuestras familias pasen hambre. Es otro asunto lo que hoy nos trae aquí.

—Tú dirás entonces. —Gabinio cerró los ojos, poniendo cara de placer debido al masaje que la esclava le estaba dando en la espalda.

—Este es Marco Lemurio. El hombre del que os hablé hace meses. Fue el que demostró que Tito Pomponio y su esposa estaban detrás de la muerte de mi cuñado Sexto. Según nos ha contado…

Gabinio alzó la mano, exigiendo silencio. Al escuchar el nombre de Lemurio había abierto los ojos de golpe. Hizo un brusco gesto a la esclava para que se retirara, y de la misma forma mandó que todos los esclavos presentes abandonaran la estancia y le dejaran a solas con los dos invitados. Solo cuando hubo comprobado que sus órdenes se habían cumplido, Gabinio volvió a hablar.

—Marco Lemurio. Por eso tu cara me resultaba conocida… ¿Sabes quién es este hombre, Publio? ¿Sabes a lo que se dedica? Es un estafador. Un vulgar charlatán del que he escuchado todo tipo de historias. Dime que todo esto te era desconocido, Publio. Dime que no has traído a mi casa a un tipo así a sabiendas de lo que hacías.

El rostro de Publio enrojeció.

—*Domine*, yo también he escuchado muchas historias acerca de este hombre que hoy me acompaña. Pero, si me disculpáis, la única historia que me interesa es la que implica al *collegium* del Tritón, al que yo represento. Marco Lemurio actuó con lealtad. Nos ofreció su ayuda y fue clave para vengar la muerte de uno de nuestros hombres. Nunca ha dado muestras, ni ante mí, ni ante el *collegium*, de ser un estafador ni de tener malas intenciones. Por ese motivo me tomé la libertad de pensar que era digno de traerlo a vuestra *domus*. Si mi decisión os ha causado desagrado, presento mis disculpas. Nos retiraremos de inmediato si tal es vuestro deseo.

Gabinio escuchó la respuesta de Publio con el ceño fruncido. Era evidente que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria, aunque fuera de una manera tan respetuosa como aquella. Marco tuvo que aguantarse las ganas de intervenir. Recordaba la mirada de desprecio que Gabinio le había dedicado en el primer encuentro que habían tenido, en casa de Pompeyo. A pesar de haber ayudado a aclarar la muerte de uno de sus hombres, a pesar de que el propio Marco había arriesgado su vida para eliminar a un enemigo del tribuno de la plebe, Gabinio seguía mirándole del mismo modo, como quien mira con asco a una rata que acaba de deslizarse fuera de la alcantarilla.

—Eres un buen hombre, Publio, y aprecio tu labor al frente de los *collegia* del Aventino. Sé que no has actuado con mala intención, y no dejaré que mi enfado enturbie nuestra buena relación. Este Lemurio al que tanto defiendes tiene otros amigos que velan por él. Por algún motivo que solo los dioses conocen, Marco Varrón lo ha tomado bajo su protección. Si de mí dependiera… —Gabinio guardó silencio en este punto, pero aquella pausa dejó muy claro qué era lo que le ocurriría a Marco si perdiera la protección de Varrón—. Escucharé lo que tengáis que decirme.

Publio asintió. Marco, a su lado, notó una oleada de afecto y respeto hacia el magistrado del *collegium* del Tritón. Otro en su lugar habría actuado de forma servil, excusándose y marchándose de aquel lugar a toda prisa. Pero él se había mantenido firme y había defendido a Marco ante el poderoso Gabinio del mismo modo en que lo había hecho ante sus colegas durante la asamblea. Si había en él alguna duda de la honradez con la que Publio se tomaba la deuda que había entre ambos, aquella escena la había disipado por completo.

—*Domine*, están desapareciendo niños de la ciudad. Son varios los que han desaparecido en el Aventino en las últimas semanas. Creíamos que era algo limitado a nuestra colina, pero hoy Marco nos ha informado de que lo mismo está ocurriendo en las calles de la Subura. Tememos que pueda deberse a algún movimiento por parte de vuestros enemigos.

Gabinio enarcó las cejas.

—¿Vienes a decirme que un puñado de niños del Aventino y la Subura han desaparecido? ¿Era esa la historia que tenías que contarme?

—Sí, *domine*. En los dos barrios hay una honda preocupación por este tema.

—Me perdonarás si soy demasiado directo, Publio. ¿No desaparecen constantemente niños en vuestros barrios? ¿No tienen vuestras mujeres hijos cada año? ¿Hijos que apenas podéis mantener con vida? ¿Qué importancia tienen unos niños más o menos cuando tantos mueren cada día? ¿Acaso es uno de tus hijos el que ha desaparecido?

—No, no es uno de mis hijos. La diosa Fortuna ha querido que mi familia no haya tenido que lamentar ninguna desaparición.

—Comprenderás entonces que no me preocupe en exceso lo que me cuentas. ¿Sabes cuántos muertos ha habido en las calles de Roma en estos últimos días? Centenares. Puede que miles, quién sabe. Y el precio del trigo no para de subir. Y no lo hará hasta que pongamos solución al problema de los piratas. ¿Te preocupan más los niños desaparecidos que los miles que morirán de hambre si no aprobamos esta ley?

—*Domine*…

—He escuchado tu historia, Publio. Y veré qué puedo hacer. Pero no esperes que cuente este asunto entre mis prioridades porque no lo haré. El

pueblo de Roma tiene otras preocupaciones más importantes que esos niños. Quién sabe. Tal vez se hayan escapado y regresen en unos días. Los niños son así. Impredecibles. —Publio no dijo nada. Miró de reojo a Marco, por si se decidía a intervenir. Pero Lemurio guardó silencio también, sin dejar de mirar a Gabinio a los ojos con rostro inexpresivo—. Podéis retiraros. Tengo otros asuntos que atender. —Gabinio hizo un gesto.

Publio agachó la cabeza. Los esclavos regresaron a la estancia de nuevo y ocuparon sus discretas posiciones, atentos a cubrir cualquier necesidad de su amo. Marco también comenzó a marcharse, pero no pudo evitar sostener la mirada de Gabinio unos instantes antes de darse la vuelta.

—Algún día esa insolencia te costará muy cara, Lemurio. Varrón no podrá protegerte siempre.

Marco no se giró ni dijo nada. Pensó que Gabinio reaccionaría ante aquella ofensa, pero el tribuno de la plebe permaneció echado en su lecho, observando cómo los dos hombres salían de la sala.

Cuando ambos se disponían a traspasar la puerta de entrada que daba al fastuoso jardín, se cruzaron con el atriense, que acompañaba a un recién llegado.

—Marco Tubo Cicerón desea veros, *domine* —dijo el esclavo.

Al escuchar aquel nombre, Marco se dio la vuelta. Observó al hombre que acompañaba al atriense. Era un aristócrata, vestido con una túnica sencilla, pero de buena calidad. Su rostro, altivo, presentaba unos ojos pequeños y vivos sobre una nariz puntiaguda y prominente. Tenía una cabeza muy redonda, cubierta por unos cabellos cortos que comenzaban a ralear en la coronilla.

Cicerón. Aquel era el nombre que había pronunciado Varrón cuando Marco le había exigido que cumpliera su promesa de ayudarle a encontrar a Crisógono, el hombre que había ordenado el asesinato de su madre. Aquel aristócrata de cabeza redonda y ojos pequeños era, según Varrón, la clave para dar con el liberto de Sila que había organizado las matanzas posteriores a la entrada de las tropas del dictador en la ciudad.

Cicerón, al sentirse observado, se detuvo a contemplar a Marco.

—¿Te conozco de algo? —preguntó.

—No, *domine*. No nos conocemos. Pero he oído hablar de Marco Tulio Cicerón.

Aquella simple frase hizo que Cicerón sonriera y se hinchara como uno de los pavos reales del jardín.

—¿Has escuchado alguno de mis discursos?

—Varios, *domine* —mintió Marco. La reacción de Cicerón le había dado la clave de cómo debía tratar a aquel personaje. Adulación. Reconocimiento.

—¿Puedo preguntarte tu nombre? —preguntó el orador.

—Marco Lemurio.

—Marco Lemurio… Qué curioso. Bien, encantado de haberte conocido, Lemurio. Que tengas un buen día.

Cicerón sonrió y se giró para, conducido por el atriense, dirigirse hacia el lugar en el que Gabinio le esperaba, todavía tumbado en su lecho.

Cuando por fin salieron de nuevo a la calle, Publio permaneció en silencio. No había pronunciado una palabra desde que Gabinio los había despedido. En el exterior, les aguardaban los seis hombres que formaban la escolta del magistrado. De inmediato volvieron a ocupar sus lugares: tres unos pasos por delante de Publio y tres un tramo más atrás.

—Volvamos al Aventino —dijo Publio al fin.

Marco contempló a su compañero. Se le veía abatido, avergonzado.

—No es culpa tuya —le dijo.

—El tribuno es un hombre ocupado. Ha sido un error molestarle con este asunto. Tiene demasiadas cosas entre manos.

—Oh, por supuesto. —Marco no pudo evitar el sarcasmo—. Podía olerse el vino en su aliento desde ese jardín tan cuidado que tiene. Sin duda es un hombre ocupado vuestro tribuno de la plebe.

—Tú no lo entiendes.

—Por supuesto que lo entiendo, Publio. Y a veces creo que soy el único que lo hace.

—Te acompañaremos hasta el foro —continuó el magistrado, cambiando de tema—. Desde allí continuaremos al Aventino.

Aunque el tribuno no pueda ayudarnos, el *collegium* del Tritón mantendrá los ojos abiertos. Si algún encapuchado sospechoso se deja caer por allí, lo capturaremos y te lo haremos saber.

—Os lo agradezco —respondió Marco, de forma hosca. Sentía una profunda ira naciendo de lo más profundo de su ser ante la actitud de Publio. ¿Cómo un hombre de su fortaleza y su carisma era capaz de caer bajo el embrujo de un noble borracho y blando como Gabinio? ¿Hasta dónde llegaba la ceguera de la plebe de Roma?—. ¿Conoces a ese hombre que ha entrado detrás de nosotros? Ese tal Cicerón —preguntó, prefiriendo también él cambiar de tema en la esperanza de que su enfado se disipara.

—Sí, lo conozco. Es otro hombre de Pompeyo, aunque él pretenda hacer ver a todos que es un político independiente. Presenta su candidatura a la pretura este año, y por eso se deja ver con Gabinio y Pompeyo siempre que puede. Ejerció de acusador hace unos años contra varios senadores, gente poderosa. Un tal Verres que según dicen había saqueado la isla de Sicilia mientras fue gobernador… Cicerón lo destrozó ante los tribunales, y el Verres en cuestión tuvo que exiliarse. Dicen que es el mejor orador que ha conocido Roma… Tal vez lo sea. Yo no entiendo de estas cosas.

Marco asintió y no dijo nada más. Publio caminaba abatido y con la cabeza gacha. La negativa de Gabinio a ayudarles con el asunto de los niños le había golpeado más de lo que él mismo quería admitir. El magistrado se había comportado siempre como un lugarteniente fiel del hombre que en aquel momento ejercía el cargo de tribuno de la plebe. Había luchado, sangrado y matado por él. Pero en el momento en el que eran él y la gente del Aventino quienes necesitaban la ayuda de Gabinio, se había encontrado con una cruel y tajante negativa.

Los dos hombres caminaron bajo el sol, en silencio, sumidos en sus propias cavilaciones. Marco pensaba en Cicerón y en cómo abordarlo para lograr que le ayudara a encontrar al hombre que había mandado matar a su madre. Una vez más, tenía entre manos tantos asuntos que le resultaba difícil priorizar y dedicar su tiempo a uno solo. Debía encontrar a los secuestradores de niños, pero, por otro lado, en el momento en el que Varrón le consiguiera la entrevista con Cicerón, tendría que aprovechar aquella ocasión.

Una vez llegaron al foro, lleno de gente a pesar de la intensidad con la que golpeaba el sol, Publio y Marco se separaron con un afectuoso saludo.

—Lamento no haberte podido ofrecer más ayuda, Lemurio. El tribuno…

—Es un hombre muy ocupado, lo sé. Has hecho lo que has podido, Publio. Yo no esperaba nada de Gabinio, así que no hay decepción por mi parte. Mantened los ojos abiertos y hacedme saber cualquier información que os llegue. Si veis a uno de esos encapuchados… intentad cogerlo con vida. Y, sobre todo, vigilad a vuestros niños. Esa gente es peligrosa.

—Así lo haremos, amigo. Sabes que en el *collegium* del Tritón tienes tu casa.

—Primero tendréis que enjaular al monstruo que escondéis allí…

Publio resopló.

—Ves alucinaciones, Marco Lemurio —dijo, pero su mirada dejaba muy claro que sabía a la perfección a qué monstruo se refería su acompañante.

OceanofPDF.com

XVII
El triunfo del amor

El día estaba ya muy avanzado cuando Marco se separó de Publio y sus hombres. Sin embargo, aún faltaban unas horas para el atardecer, y Marco sabía que el hombre al que tenía que encontrar no iría a la taberna hasta que la noche hubiera caído. Podía pasar por su casa para comprobar si Céfiro había regresado con alguna información interesante, pero lo más probable era que el niño tampoco regresara hasta que el sol se pusiera. Su garganta reseca y su estómago vacío le indicaron el lugar al que debía dirigirse para pasar aquellas horas muertas.

Marco llegó a la taberna de Quelidón tras una breve caminata desde el foro hasta el corazón de la Subura. Hacía mucho tiempo que no se dejaba caer por allí, debido al cierre que se había impuesto durante los disturbios que habían convertido la ciudad en un campo de batalla. Pese a ello, todo continuaba como si nada hubiera ocurrido. Tito en la puerta, recostado contra la pared, con su sempiterna porra al lado. Los clientes atestando la barra y las mesas, pidiendo vino y comida, riendo, gritando y discutiendo. Las esclavas y esclavos atendiendo las necesidades de los clientes de forma solícita y resignada. Y las monedas afluyendo sin pausa a las arcas del propietario del establecimiento.

Como de costumbre, Tito saludó a Marco con un gruñido. Lemurio no tuvo que sobornar al portero para que despejara su mesa habitual, pues esta se encontraba al fondo del local, junto a la chimenea apagada. Era un lugar muy codiciado en invierno por la proximidad al fuego, pero, al estar alejado de la puerta y de las ventanas, en verano era la zona más calurosa de la taberna, y los clientes solían evitarla siempre que podían. A Marco no le

importaba el calor con tal de disfrutar de la intimidad y la proximidad a la salida trasera que brindaba aquella mesa. Se sentó y aguardó a que una de las esclavas se acercara a atenderle.

Pensó en Alda y en la noche que habían pasado juntos. La misma noche en la que había descendido a lo más recóndito de las Esquilias para entrevistarse con la repugnante Canidia. La fealdad de la bruja y los olores a muerte y corrupción de la necrópolis se habían disipado al entregarse al amor entre los brazos de la esclava hispana. Y, como siempre que estaba con ella, Marco había llegado a olvidar que aquella piel que se le entregaba, aquellos besos que se derramaban en sus labios y su cuerpo, lo hacían solo como parte de una fría transacción comercial.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó una esclava de piel oscura, muy joven. Marco pensó que no podía tener más de trece años. Apenas tres más que Céfiro. Y ya estaba condenada a una vida de servir a los hombres con su cuerpo.

Iba a responder cuando un grito llamó su atención.

Un hombre se había puesto en pie sobre una de las mesas, en el centro de la taberna, golpeando con una cuchara de madera una escudilla de latón, tratando de imponerse sobre el bullicio que reinaba en el lugar. Algunos clientes se volvieron hacia él, mientras otros continuaban con sus asuntos. Tito cogió su porra por si tenía que intervenir. El hombre sonreía y se tambaleaba, visiblemente borracho.

El hombre continuó golpeando la escudilla hasta que logró la atención de la mayor parte de los presentes. Entonces se volvió hacia Marco y lo señaló con el dedo.

—Por los dioses… —murmuró Marco—. Lo que me faltaba.

El hombre que se había levantado sobre la mesa no era otro que Lucio Saturnino. El *nomenclátor* señalaba a Marco y sonreía con su apuesto rostro radiante de felicidad.

—Escuchadme, escuchadme todos, amigos y vecinos de la Subura. A algunos os conozco de vista, otros es la primera que os cruzáis conmigo. Me llamo Lucio Apuleyo Saturnino, hijo nunca reconocido del Saturnino que todos recordáis. Pero hoy mi ascendencia es lo de menos. Hoy soy solo un hombre feliz al que la diosa Fortuna, y sobre todo la diosa Venus,

sonríen. ¡No solo me sonríen! ¡Venus me ha enseñado las tetas y se ha subido la túnica solo para mí! ¡Y por Júpiter que tiene el culo más firme y terso que un mortal puede soñar! —Algunos rieron ante el blasfemo comentario. Tito, con la porra en la mano, dio un paso al frente, listo para acabar con la escena si se convertía en una trifulca—. Os preguntaréis a qué viene esa familiaridad al hablar de dos respetables diosas. Seguro que ellas serán indulgentes con un hombre enamorado. Hoy soy feliz, amigos. Porque hoy he confirmado que la mujer a la que amo se casará conmigo.

Todos prorrumpieron en aplausos y vítores. Aquellas noticias de matrimonios o nacimientos de hijos deseados solían ir acompañadas de generosas invitaciones a varias rondas a cuenta del afortunado padre o enamorado. Saturnino era además famoso en la taberna por su pronta disposición a abrir la bolsa en el momento en el que los vapores del vino se enseñoreaban de su mente. Siempre que en la bolsa había monedas que gastar, claro, lo que no era muy frecuente.

—Y ha sido él —señaló a Marco con énfasis—, él, ese hombre que ahí veis, el responsable de que mi lucha de amor se haya decidido con una victoria para mis armas. —Al referirse a sus armas, Lucio se agarró los testículos sobre la túnica, y todos los espectadores rompieron a reír de nuevo—. Este hombre, este Marco Lemurio al que muchos conocéis, ha sido el artífice de tan prodigioso acontecimiento. Por eso alzo mi copa a su salud, a la salud de sus manes, de sus penates y de todos los espíritus y demonios que pueblan su casa. Porque este hombre, aquí donde lo veis, es en realidad el mayor y más poderoso…

Marco le hizo una señal a Tito, ignorando si el portero atendería su súplica de que hiciera callar a su indiscreto amigo. El portero no necesitaba mucha motivación para sacar a bailar su porra. Golpeó con suavidad a Lucio en la parte trasera de las rodillas, haciendo que estas se doblaran. El golpe, sumado al estado de embriaguez, hizo que Saturnino acabara en el suelo, entre las banquetas, con el hombro dolorido. De alguna manera consiguió que la copa de vino no se derramara y aún desde el suelo siguiera alzada a la salud de Marco.

—Se acabaron las tonterías —dijo Tito, dispuesto a arrastrar al caído hasta la calle.

Marco corrió junto a su amigo, llegando antes que el furioso portero.

—Debería dejar que Tito te abriera la cabeza… —murmuró.

Lucio seguía riendo y bebiendo de la copa.

—¡Marco, amigo mío! Te debo todo, la vida, la vida de mis hijos no nacidos…

—Pues entonces cállate o conseguirás que alguien me arrastre ante el tribunal del pretor.

—A la calle —ordenó Tito con severidad.

De forma discreta, Marco depositó en la mano del portero una moneda de bronce.

—¿Tenéis alguna habitación libre para que pueda hablar con este odre de vino? —preguntó.

—Si queréis follar, id al callejón —gruñó.

—No me lo voy a follar —protestó Marco—, solo quiero sacarlo de aquí. Pagaré la habitación, claro.

Tito frunció el ceño.

—La del fondo. La pequeña. Una hora máximo —dijo, y regresó a su lugar junto a la puerta.

Marco levantó a Lucio pasándole el brazo sobre sus hombros. Saturnino continuaba hablando, sin ser capaz apenas de articular las sílabas de forma adecuada. Reía y saludaba a los clientes, que le devolvían el saludo y alzaban su copa ante su paso.

—¡Lemurio, yo también quiero que me ayudes a follarme a mi vecina! —gritó un hombre obeso desde una de las mesas. La frase fue coreada por unas sonoras carcajadas. Marco respondió con una sonrisa y continuó caminando, deseoso de salir de aquel lugar cuanto antes.

Arrastrando a Lucio con él, Marco llegó a las escaleras que comunicaban la taberna con el piso superior. Inició la trabajosa subida lastrado por el peso de su amigo, que poco colaboraba en el esfuerzo de ir salvando los escalones. Se cruzó por el camino con un par de esclavas con sus clientes, que los miraron con extrañeza. Aquellas escaleras solo eran utilizadas por esclavas y esclavos que ofrecían sus servicios, pero nunca habían visto a dos clientes subir juntos. Para ese tipo de encuentros existían otros establecimientos, más discretos y en general más refinados que aquel.

La habitación que Tito les había indicado estaba al fondo del pasillo. Era una estancia pequeña, de techo abuhardillado, con un pequeño ventanuco como única iluminación. En un rincón había una cama que consistía en un colchón delgado y raído tirado en el suelo. Junto a ella, una palangana con agua limpia y un lienzo blanco para atender al aseo de cliente y esclavo.

Marco dejó caer a Saturnino sobre el colchón.

—Por los dioses, ¿en qué estabas pensando? ¿No has oído hablar de la jodida *lex de veneficis*? Cualquier tribunal me condenaría a muerte si se supiera que me dedico a preparar filtros amorosos para el primer imbécil que me lo pide. ¿Crees que me estabas haciendo un favor ahí abajo?

Saturnino se echó a reír, pero se contuvo al ver el rostro enfurecido de Marco.

—Oh, vamos, no te enfades conmigo. Ya no estamos en los tiempos de Sila. ¿Cuánto hace que no hay un juicio por ese tema? ¡Ni lo recuerdo! Nadie te va a denunciar por ayudar a un amigo a enamorar a una mujer.

—Eso no lo sabemos. Bastantes problemas tengo para hacer frente a un borracho agradecido que habla de mi trabajo en la taberna. No vuelvas a mencionarme en tus delirios etílicos o te juro que el próximo filtro que te prepare será para que se te caiga la *mentula* a trozos.

Saturnino volvió a echarse a reír.

—Oh, Marco, hasta mi *mentula* te pertenece. Haz lo que quieras con ella… —Lucio recapacitó sobre la frase que acababa de pronunciar, en el contexto de dos hombres encerrados en la habitación de un prostíbulo y se apresuró a desdecirse, como si alguien les estuviera escuchando y su virilidad estuviera en entredicho—. Bueno, ya me entiendes. Era una expresión.

—No me interesa esa *mentula* flácida tuya más que para cortártela si vuelves a hablar de mí ahí abajo. Por Mercurio, lo inteligente que eres para algunos temas y lo imprudente que puedes llegar a ser para otros…

Marco se sentó junto a Saturnino en el colchón. Lo que iban a ser un par de horas de tranquilidad y reflexión en su rincón favorito de la taberna se había convertido en una charla con un amigo borracho e indiscreto sobre un colchón mugriento.

—Te juro por Júpiter, por Venus y por mi adorado Príapo que no volveré a hablar de tus habilidades. ¡Y qué habilidades! Tu pócima funcionó a la perfección. Tardó en hacer su efecto… pero cuando lo hizo… Todavía me duelen las pelotas, Marco. Tres días encerrados en su alcoba, sin salir ni para comer.

—Supongo que me lo vas a contar todo… —dijo Marco, arrebatando a su compañero la copa de vino y bebiendo de ella.

Y así fue. Saturnino le contó con pelos y señales cómo había logrado seducir a Atia la Mayor gracias al filtro amoroso de Marco Lemurio.

Cuando la fiesta había comenzado, Saturnino, vestido con sus mejores galas, apenas había logrado llamar la atención de la viuda. Atia, más concentrada en sus amigos de clase alta, no dedicaba a sus invitados de menor rango más que una sonrisa ocasional de compromiso. De hecho, si Saturnino estaba en aquella fiesta lo debía a la insistencia de una de sus amigas íntimas, a la que Saturnino había convencido por medio del chantaje de que hiciera todo lo posible para que le abriera las puertas de la casa de la viuda. El *nomenclator* trataba de acercarse a Atia con naturalidad, pero siempre había otro invitado que se acababa por interponer entre ellos. Lucio comprobó con gran desazón que no era el único de los presentes que albergaba la intención de seducir a la anfitriona. Toda una nube de moscones revoloteaba a su alrededor, asediándola sin dejar espacio a nuevos pretendientes. Lucio, con la pócima de Marco guardada en uno de sus bolsillos en espera de una ocasión propicia para usarla, decidió tener paciencia y disfrutar del magnífico vino que se servía en aquella fiesta.

Sin embargo, las circunstancias se aliaron con Saturnino para ayudarle en sus propósitos. Un esclavo entró corriendo en la sala y susurró algo al oído de su anfitriona. El rostro de Atia se mudó de la relajación propia de una fiesta al miedo más absoluto. Recomponiéndose, la viuda, tras hacer callar a los citaristas y ordenar a las bailarinas que detuvieran sus contoneos, informó a sus invitados de que, en el exterior, en las calles de Roma, se estaba desatando una matanza. No quedaba más remedio que poner fin a la fiesta. Por supuesto, todos estaban invitados a permanecer en casa de Atia hasta que la situación mejorara, si así lo consideraban oportuno.

El pánico cundió entre los asistentes. Todos temieron por la seguridad de sus familias, de sus posesiones, de sus casas y sus esclavos, en el caso de que aquella trifulca se convirtiera en una auténtica batalla y acabara por afectar también a los barrios ricos. Excusándose con Atia, uno a uno se fueron marchando en sus literas y acompañados por sus escoltas de esclavos. Solo un invitado permaneció en la *domus* de Atia aquella noche: Lucio Apuleyo Saturnino.

Viendo su oportunidad en el horizonte, Lucio decidió aprovecharla. Esgrimió una sarta de mentiras aderezadas con medias verdades para lograr que Atia comprendiera que no podía marcharse en aquel momento debido a que no contaba con litera ni con escolta. La viuda aceptó, a regañadientes y con cierta incomodidad al principio. Fue entonces cuando Lucio hizo gala de todos sus encantos. Ofreció a Atia quedarse un tiempo charlando para olvidar el miedo que a ambos les atenazaba, y ella, que realmente sentía una fuerte angustia en el pecho ante la situación de la que sus esclavos le habían hablado, aceptó con gusto. Lo último que quería Atia en aquellos momentos era quedarse en su casa a solas con los sirvientes. Aunque confiaba en ellos, los recuerdos de la revuelta de Espartaco estaban muy vivos en su mente, y temía que los en apariencia fieles siervos que atendían su *domus* aprovecharan la revuelta en las calles para levantarse contra su *domina*. La presencia de Saturnino, aunque incómoda en un primer momento, le transmitía una cierta seguridad.

Lucio midió muy bien los tiempos. Comenzó con una conversación ligera sobre temas banales y poco a poco fue introduciendo el coqueteo en sus palabras. Atia, reticente al principio, fue entrando en su juego, y lentamente olvidó el miedo y se dejó llevar por el placer de la conversación que le brindaba aquel curioso personaje. Los lechos en los que estaban tumbados se fueron aproximando, hasta que llegó el momento en el que anfitriona e invitado charlaban con sus bocas a muy poca distancia. Aquel fue el momento que Saturnino escogió para usar la poción de Marco. Se levantó para llenar las copas de ambos en una gran crátera y, de espaldas a su víctima, dejó caer en cada uno de los vasos tres gotas, ni una más, de la pequeña redoma que Marco le había proporcionado. Le entregó la copa a Atia, con una sonrisa en los labios. A aquellas alturas y sin necesidad de

pócima alguna, la viuda, alentada por los efectos del vino y el hermoso rostro de su acompañante ya se había planteado la posibilidad de tomarle de la mano y conducirle a su dormitorio.

Y finalmente aquello fue lo que ocurrió.

El sol los sorprendió a ambos abrazados bajo las finas sábanas de la cama de Atia, y allí permanecieron, ajenos a lo que ocurría en el exterior, durante tres largos y apasionados días. Los esclavos solo los molestaban para llevar comida y retirar la vajilla sucia.

Cuando Lucio abandonó la *domus* de Atia lo hizo con una propuesta de matrimonio aceptada y un considerable dolor en sus muy esforzados testículos. Tan feliz iba que no se dio cuenta de que las calles estaban llenas de cadáveres abandonados y comenzando a pudrirse bajo el sol del verano.

—En resumen, que mientras los romanos se mataban en las calles, tú te pasaste tres días entre las piernas de una mujer —dijo Marco.

—Y todo gracias a ti y a tu filtro amoroso. ¡Por Venus que nunca pensé que fuera a dar tal resultado! Si te soy sincero, nunca llegué a confiar del todo en su efectividad. Estaba bastante desesperado… Pero, ay, amigo Marco, eres el mejor brujo que ha conocido la historia de Roma.

Marco sonrió con ironía. No quería sacar a Saturnino de su entusiasmo. Al fin y al cabo, un amigo agradecido siempre podía ser de utilidad. Y más cuando ese amigo agradecido tenía detrás a una mujer rica y dispuesta a complacer todas sus peticiones. El filtro amoroso no era más que una mezcla de ingredientes totalmente inofensivos cuyos efectos eran más laxantes que eróticos.

—Me alegro de que funcionara y de verte tan feliz. Pero la próxima vez sé discreto. No necesito que hagas publicidad de mis habilidades.

—Comprendido. Por cierto, ¿alguna vez has subido con una esclava a esta habitación? No puedo ni imaginarme cómo alguien puede concentrarse en esta cama para echar un buen…

En ese momento se abrió la puerta y entró un esclavo, uno de los muchachos que atendían las mesas y se ofrecían a los clientes que preferían la compañía masculina. Aquel chico en concreto era alto y fornido, y servía de apoyo a Tito cuando había que dispersar trifulcas o echar a la calle a clientes remolones o con deudas atrasadas.

—Ha pasado la hora —dijo—. Tito dice que tenéis que abandonar la habitación. Hay clientes esperando para usarla.

—El tiempo vuela cuando uno está entre amigos —sentenció Saturnino, y apuró los últimos posos de su copa de vino.

OceanofPDF.com

XVIII
El veterano

Marco salió de la taberna de Quelidón con la misma sed con la que había entrado. La charla con Saturnino había consumido casi todo el tiempo del que disponía, e incluso había tenido que gastar sus monedas para evitar que Tito les echara a la calle y les permitiera alquilar el pequeño cuartucho en el que se habían refugiado.

Al menos hay alguien feliz en Roma, pensó Marco al ver a su amigo alejarse camino de la casa de su enamorada. ¿Cuánto tardaría Atia en cortarle las alas al borrachín impenitente de su esposo? Marco sospechaba que aquel matrimonio no duraría mucho, habida cuenta de la afición que Saturnino había demostrado toda su vida por las tabernas y las prostitutas. Una mujer romana noble tal vez habría consentido algo así de un marido rico y poderoso. Pero en el caso de Atia y Lucio y siendo ella la titular de la única fortuna aportada al matrimonio, Marco sospechaba que la viuda no tardaría mucho en reclamar su dote y echar de casa a su flamante y poco formal marido.

Lemurio sacudió la cabeza. El destino que los dioses marcaban a los mortales era caprichoso, y tal vez lo que aguardaba a Lucio fuera muy diferente de lo que él se veía capaz de vaticinar en aquellos momentos. Fuera como fuera, él mismo tenía muchos asuntos a los que atender.

Bajo la luz del atardecer, anaranjada y moribunda, Marco echó a andar hacia la taberna de Las Tres Nereidas. Cuando se trataba de buscar un lugar para beber, él rara vez era infiel a la taberna de Quelidón. De todas formas, la taberna de Las Tres Nereidas no le resultaba del todo desconocida. En alguna ocasión había tenido que dejarse caer por ella por asuntos

profesionales, aprovechando para investigar también la calidad del vino que servían en aquella zona de Roma. El local estaba situado en un callejón oscuro, a poca distancia de la puerta Capena, la misma por la que Marco había entrado a Roma al regresar desde el Samnio días atrás. Las Tres Nereidas acogía sobre todo a dos tipos de clientes: viajeros que llegaban desde el sur sedientos y cansados, y legionarios veteranos de los ejércitos de Mario y Cinna. El porqué de que los viejos soldados hubieran hecho de aquel lugar uno de sus puntos de encuentro era un misterio para Marco. Probablemente al terminar el tiempo de las proscripciones de Sila, tiempo durante el cual los veteranos de las tropas enemigas del dictador habían tenido que permanecer ocultos, estos hombres habían buscado un lugar acogedor donde reunirse con sus antiguos compañeros de armas en un ambiente seguro y sin presencia de molestos y soberbios silanos. Al pensar en aquel asunto, mientras caminaba hacia la taberna, Marco se preguntó si su propio padre, de haber sobrevivido a la guerra civil, habría elegido aquella taberna para ahogar sus penas y su sed. Una pregunta que nunca tendría respuesta.

Con la caída del sol y la bajada de las temperaturas, la ciudad de Roma parecía resurgir de un largo letargo. En su caminar por las calles que unían la Subura con la puerta Capena, Marco se encontró con mujeres, hombres y esclavos que aprovechaban la tregua en el calor para hacer unas compras en los puestos callejeros y las tiendas antes de que los primeros recogieran sus mercancías y las segundas cerraran sus puertas. Algunos terminaban su jornada laboral y se dirigían a las tabernas, dispuestos a gastarse en vino las monedas del jornal que con tanto esfuerzo habían ganado. En algunos pórticos, las prostitutas ofrecían sus cuerpos, mientras adivinos y trileros trataban de ganarse unas piezas de bronce engañando a los transeúntes. Algunos de ellos, al ver llegar a Marco, recogían sus mesas y echaban a correr, a sabiendas de que aquel extraño personaje conocía todos sus trucos y era capaz de dejarlos en evidencia ante el público. No era la primera vez que Marco se libraba de su competencia, humillando a quiromantes y otros falsos brujos ante una multitud furiosa al descubrir que habían sido estafados. Marco sonreía al verlos correr. Eran unos pobres desgraciados

inofensivos, sin más conocimientos de la magia verdadera del que podía tener cualquier vendedor de ganado del Foro Boario.

No eran esos los magos por los que Marco tenía que preocuparse. Le vino a la mente entonces un pensamiento que había dejado de lado durante las semanas anteriores. Las palabras de Marcia, momentos antes de que Marco liberara el poder de la lágrima de Perséfone y perdiera toda conexión consciente con el mundo. Mi maestro, había dicho. Marcia había aprendido su ciencia de alguien más poderoso, alguien a quien continuaba reconociendo como un superior. ¿Estaba ese maestro en Roma? ¿Resultaba aquel hechicero una amenaza? Era consciente de que, de no haber tenido la lágrima de Perséfone con él, Marcia y sus sombras habrían acabado con su vida. La esposa de Tito Pomponio era una bruja muy poderosa, alguien capaz de invocar a tres sombras del Hades al mismo tiempo y de controlarlas para que acabaran con sus enemigos. Marco no podía ni imaginarse hasta dónde alcanzarían los poderes de alguien como el maestro al que Marcia se había referido. Él era muy consciente, pues así se lo había inculcado Neóbula desde que él iniciara su aprendizaje, de que existían en el mundo magos y hechiceros mucho más poderosos que su propia madre. Hombres y mujeres capaces de hacer salir el sol durante la noche, de hacer que los ríos ardieran y que los mares se convirtieran en desiertos. No obstante, y en esto Neóbula había sido también muy clara, ninguno de aquellos hechiceros residía en Roma o sus alrededores. Solo cabían dos respuestas al enigma del maestro de Marcia. O bien la mujer de Pomponio había aprendido sus artes mágicas en algún lugar lejano, o bien en los últimos tiempos había llegado a Roma un hechicero de gran poder sin que Marco lo advirtiera.

Lemurio intentó alejar aquellos pensamientos de su cabeza. Hechicero poderoso o no, estuviera en Roma o en Egipto, el supuesto maestro de Marcia no había dado señales de vida ni había demostrado ser una amenaza tras la violenta muerte de su discípula, por lo que podía olvidarse del asunto por el momento y centrarse en los muchos problemas que tenía entre manos. Comenzando por hallar el escondite de los misteriosos encapuchados secuestradores de niños.

El ambiente de la taberna de Las Tres Nereidas no era muy diferente del de la taberna de Quelidón. Era más oscura y el aire estaba más viciado por la escasez de ventilación, pero al margen de aquellos detalles el lugar era casi igual. Un largo mostrador y varias mesas de madera entre las cuales se repartían los clientes, todos ellos hombres, todos maduros. Veteranos de guerra, con cicatrices en el rostro y los brazos que demostraban su participación en numerosas batallas. Marco observó que no eran pocos los que lucían algún miembro mutilado, fuera una mano, todo un brazo o una pierna. Sabía que la mayoría de los parroquianos de aquel establecimiento eran viejos legionarios de los ejércitos de Mario. Hombres que habían acompañado a su general en sus campañas en África, en el norte de Italia, en las guerras civiles. Hombres que habían sido derrotados y humillados por Sila y los suyos, que habían sangrado y sufrido por una Roma que después les había dado la espalda, les había arrebatado sus posesiones y les había considerado criminales y proscritos. Marco supuso que si alguien en aquella taberna se atreviera a alabar en voz alta a Sila acabaría con un puñal entre las costillas antes de que le diera tiempo a parpadear.

Una de las diferencias que podía apreciarse de aquel lugar respecto a la taberna de Quelidón era la ausencia de esclavas jóvenes y atractivas atendiendo las mesas. En su lugar había solo un tabernero, un hombre delgado, con rostro triste y piel amarillenta, ayudado por dos de sus hijos, de aspecto tan taciturno y seco como el del padre. En Las Tres Nereidas, pese al sugerente nombre del establecimiento, no se ofrecía compañía ni servicios sexuales a los clientes. Solo un vino aceptable, comida a buen precio y un ambiente en el que los veteranos de Mario podían sentirse cómodos.

Marco se acercó a la barra tratando de no llamar la atención. En las pocas veces que había estado en aquel establecimiento antes nadie le había molestado, pero sí había recibido miradas y oído comentarios en voz baja que dejaban claro que aquel no era su lugar. Podía saciar su sed e incluso disfrutar de un almuerzo rápido. Pero que no esperara integrarse como un parroquiano más, porque aquello no ocurriría nunca.

—Busco a alguien —dijo al tabernero, que limpiaba unas jarras en un enorme barreño de madera lleno de agua. El hombre alzó la mirada sin mudar la expresión.

—Todos buscamos a alguien —respondió.

Bien, he dado con el tabernero oráculo, pensó Marco.

—Alguien concreto. Sé que acostumbra a beber aquí —continuó Marco, y dejó sobre la mesa tres monedas de bronce. Un par de sestercios de plata habrían resultado mucho más efectivos, pero no estaba dispuesto a gastar una fortuna semejante solo para refrescar la memoria de un mesonero poco comunicativo.

—Aquí bebe mucha gente. Y la mayoría no quiere ser encontrada —replicó el hombre, ignorando las tres monedas. Marco chasqueó la lengua, fastidiado. Estaba acostumbrado a que, en el mundo de las tabernas, el metal acuñado abriera cualquier puerta que se interpusiera en su camino—. No vendo información, así que deja de preguntarte si debes sacar una moneda de plata o no. Aquí despacho comida y vino, y puede que otros licores más fuertes si es lo que te gusta. Pero no acepto dinero por información. Pregunta lo que tengas que preguntar, y si puedo darte la respuesta te la daré. Si es información que mis clientes no quieren que se conozca, no hay oro en el mundo capaz de abrir mi boca.

—Un hombre, veterano de guerra —dijo Marco, guardando las monedas en su bolsa.

—Esa descripción no te será de mucha ayuda en esta taberna. La mayoría de mis clientes son veteranos.

—Barba poblada. Mutilado de un brazo. Me hablaron también de su fuerte olor…

—Eso reduce las posibilidades. Hay varios mancos pestilentes que beben aquí. Pero supongo que te refieres a Lucio Escapcio… Si es él, no tengo problema en indicarte cómo encontrarle. Es un bocazas que habla demasiado. Si no te lo digo yo, te lo diría cualquier otro.

Lucio Escapcio. Aquel era el nombre del mendigo que le había abordado en la puerta Capena. El veterano que afirmaba haber conocido en persona a todos los oficiales que habían servido bajo las órdenes de Mario. ¿Era aquel Lucio Escapcio el mismo que había contado la historia de los

misteriosos encapuchados descendiendo por el río con un sospechoso cargamento? Solo había una forma de averiguarlo.

—Tal vez sea ese Lucio Escapcio. ¿Cómo puedo dar con él?

—Durante el día ronda la puerta Capena, molestando a los viajeros y tratando de sacarles unas monedas. Cuando cae el sol viene aquí, a gastarse lo que gana durante el día. Él solo pide vino, pero le servimos algo de cena. De no ser por lo que come aquí, hace tiempo que habría muerto de hambre. Por la hora que es, estará a punto de llegar. Puedes esperarle aquí, si lo deseas. ¿Quieres comer algo? Tengo un estofado recién hecho. No es gran cosa, pero tampoco tú tienes pinta de compartir el *triclinium* de Pompeyo…

—Estaré en aquella mesa —respondió Marco—. Mándame vino y algo de ese estofado tan malo del que hablas. Y cuando venga Escapcio, hazle saber que quiero hablar con él. Yo pagaré sus consumiciones esta noche.

—Si te gusta tirar tu dinero… —respondió el tabernero, y volvió a su labor fregando las jarras.

Uno de los hijos del dueño de la taberna llevó a Marco una jarra de vino, un vaso descascarillado y un cuenco de estofado humeante con un trozo de pan. Lemurio metió la cuchara en el guiso y se llevó el contenido a la boca, esperando encontrarse con un mejunje aguado e incomible. Para su sorpresa, el caldo tenía un sabor agradable, y las verduras y trozos de cordero que flotaban en él estaban tiernos y bien cocinados.

—No está tan mal como me han dicho —comentó mientras arrancaba un trozo de pan.

—Mi padre solo ve las cosas negativas. Si le dieran una bolsa llena de monedas de oro diría que es un fastidio tener que cargar con tanto peso —comentó el joven.

—¿Sabes algo de Lucio Escapcio? Tengo que reunirme con él aquí.

—Bebe mucho y huele mal. No paga la mitad de sus consumiciones y la mayor parte de las historias que cuenta son mentira.

Mi padre le tolera porque sirvió con él en la guerra. Le tiene cariño al viejo manco cabrón.

—Entonces es verdad que fue oficial de las legiones.

—Sí, es posible que de todo lo que dice esa sea la única verdad.

El hijo del tabernero se retiró a seguir atendiendo las mesas. Marco se quedó a solas con su vino y su cena, y se entregó a ellos con la devoción de quien tiene hambre y sed atrasadas. Cuando terminó la escudilla de estofado hizo un gesto al chico para que le trajera un segundo plato. Tenía que reconocer que tanto la comida como el vino de aquel establecimiento habían mejorado mucho respecto a su última visita.

Cenó con calma, atento de forma disimulada a las conversaciones de los hombres que había a su alrededor. Los temas que trataban eran los mismos que había escuchado en las calles y en la taberna de Quelidón. Los mismos que también habían monopolizado la asamblea de miembros del *collegium* del Aventino. El hambre en la ciudad. Los enfrentamientos en las calles. La ley que Gabinio se disponía a proponer para otorgar a Pompeyo poderes extraordinarios. Los veteranos de Mario hablaban del tribuno de la plebe como sus abuelos lo habrían hecho de Tiberio Graco. Lo veían como a un héroe, un campeón del pueblo que estaba dispuesto a enfrentarse al Senado para aliviar el hambre de sus conciudadanos. Qué engañados, pensó Marco, recordando al Gabinio de rostro hinchado y ojos enrojecidos al que él había conocido. Qué estúpidos borregos que agachaban la cabeza, dóciles ante el golpe del matarife.

Marco no dijo nada. Se limitó a escuchar las conversaciones con la mirada perdida en el fondo de su plato o de su vaso. Cualquier comentario, cualquier gesto que aquellos hombres pudieran interpretar como una crítica a los que eran sus sagrados héroes, podría tener como respuesta una agresión, y aquello era lo último que Marco necesitaba en ese momento. Los que bebían y charlaban en la taberna de Las Tres Nereidas podían ser hombres maduros, ancianos muchos ellos, pero en sus cuerpos y sus ojos se conservaba el vigor de quien había empuñado las armas como medio de ganarse el pan tiempo atrás. Habían sido duros legionarios, y se habían convertido en duros veteranos con los que era mejor no tener problemas. Sí, Marco pensaba que Pompeyo y Gabinio no eran más que cachorros criados a los pies de Sila, el dictador al que aquellos veteranos tanto odiaban. Pero aquellos pensamientos estaban mejor dentro de su cabeza.

—Marco Lemurio. Te recuerdo —dijo una voz frente a él. Una voz agrietada y grave. La voz de un anciano al que la vida había maltratado y

que había intentado ahogar demasiados recuerdos en vino.

Marco alzó la cabeza mientras masticaba un trozo de pan mojado en caldo.

—Me han dicho que buscabas a Lucio Escapcio. ¿Has venido a terminar aquella conversación que tuvimos junto a las murallas? ¿O a cumplir tu amenaza de meterme el muñón por el culo?

—Buenas noches, Lucio Escapcio. Siéntate. Comparte mi vino. Te prometí invitarte a una jarra. Y aquí estoy.

El anciano tomó asiento frente a Marco sonriendo con su boca casi desdentada.

—Nunca digo que no a un vaso de vino —respondió, haciendo un gesto al posadero para que trajera otra jarra—. ¿Quieres hablar de las viejas batallas que combatimos junto a Mario? Muchos de los aquí presentes podrían hablarte de ellas. Aunque ninguno tiene mi memoria, por Hércules. Eso te lo aseguro.

—Tal vez en otra ocasión —dijo Marco, reprimiendo las ganas de preguntar a Escapcio por su propio padre. Si las palabras del veterano eran ciertas y no eran simples bravuconadas de borracho, aquel hombre debía guardar algún recuerdo de Marco Lemurio padre, oficial en los ejércitos de Mario y desaparecido en combate durante las guerras civiles. Esas preguntas tendrían que esperar a otra ocasión más propicia—. Hoy quiero hablar de otro tema. Y lo cierto es que no estoy seguro de que seas el hombre al que busco.

Escapcio escanció vino en su propio vaso haciendo uso de su única mano y demostrando una habilidad extraordinaria con ella. Dio un largo trago y reprimió un eructo.

—Tú pregunta. Si no puedo darte la respuesta que buscas, por lo menos me harás compañía. Siempre se agradece tener un nuevo compañero con el que emborracharse. Estos tipos empiezan a resultarme aburridos. —Señaló al resto de los veteranos. Lo dijo en voz muy alta, y su afirmación fue respondida por un coro de abucheos y risas. Escapcio tal vez fuera un mendigo maloliente que sobrevivía a duras penas en las calles de Roma, pero en aquel lugar conservaba el respeto, o al menos el cariño, de los que en su día fueran sus iguales o sus subordinados en el ejercicio de las armas.

—Un conocido mío escuchó una historia hace días, en esta taberna. La descripción del hombre que contó aquella historia se parece mucho a la tuya.

—Un hombre parecido a Apolo, de bellos rasgos, con una cabellera rubia y brillante como el sol. Supongo que la descripción fue algo parecida a esta, ¿verdad, muchacho? —Prorrumpió en carcajadas, más semejantes al cloqueo de una gallina que a una risa humana.

Marco sonrió, pensando en la forma en la que Aulo el panadero había descrito al autor de la historia. Un viejo mutilado y maloliente, había dicho.

—El hombre al que busco habló de unos encapuchados descendiendo por el Tíber en una barca. Con un cargamento sospechoso, según me contaron.

Escapcio dejó de reír y volvió a llenar el vaso de vino.

—Tal vez yo sea ese hombre. Los que no tenemos un techo al que llamar nuestro hogar vemos muchas cosas. Cosas que causarían pavor a quien las escuchara, y que a nosotros nos dejan indiferentes. Cosas de las que otros solo oís hablar en los cuentos de vuestras abuelas. Esas cosas están en las calles de Roma, acechando. Han estado ahí desde que Rómulo excavó la primera letrina en esta ciudad y cagó en ella. ¿Me crees, Marco Lemurio?

—Te creo —respondió, pensando en que por mucho que hubiera visto Escapcio en su vida de vagabundo él tampoco podía imaginarse las cosas extrañas y sobrenaturales que acechaban en las sombras del mundo.

—¿Por qué quieres saber acerca de esos encapuchados? ¿Qué buscas, Lemurio? Eres un buen hombre. Y esto no lo digo como el borracho al que acaban de invitar a un trago. Pocos se paran a hablar conmigo cuando los abordo en la puerta Capena. Pero tú lo hiciste. Me insultaste, por los dioses que sí. Y bien que me lo merecía. Pero me insultaste como quien insulta a un igual, no como quien aparta asqueado una larva en su sopa. Además, por algún motivo, tu rostro me resulta familiar… —Marco sintió que el corazón le daba un vuelco al escuchar aquello—. Temo que hablarte de esos encapuchados te cause más problemas que beneficios. No me gustaría que las palabras de este viejo borracho te condujeran a tu propia perdición.

—¿Entiendo que fuiste tú entonces quien contó esa historia aquí mismo hace unos días?

El veterano suspiró.

—Sí. Fui yo. El vino me hizo hablar demasiado. Es la maldición que me han enviado los dioses. Júpiter me concedió una *mentula* enorme, pero a cambio me hizo un bocazas.

—¡Y un borracho! —gritó un hombre de una de las mesas de alrededor. La conversación no estaba siendo tan privada como a Marco le habría gustado—. ¡Además de que esa *mentula* hace tiempo que no se levanta, Escapcio!

Todos los presentes rieron con ganas y volvieron a sus propios asuntos. Lucio Escapcio rio con ellos.

—Necesito toda la información que puedas darme —pidió Marco—. Hay mucha gente implicada. Y mucha gente en peligro.

Niños en peligro. Alguien se está llevando a los niños de Roma, a los más pobres de momento. En la Subura, en el Aventino, desaparecen sin dejar ni rastro. Creo que esos encapuchados que viste pueden estar relacionados con su desaparición.

Escapcio volvió a suspirar. Sorbió un moco y escupió en el suelo.

—Solo los dioses deberían decidir sobre la suerte de los niños. Cuando un mortal daña a un pequeño…, Júpiter debería descargar sus rayos sobre el hijo de puta que hace algo así. Te lo digo yo, que he conocido los horrores de la guerra y he visto atrocidades de las que jamás podría hablar sin sentir náuseas. —Hizo una pausa—. Te contaré lo que he visto. Y que los dioses te guíen si esta información te ayuda a solucionar este problema. Porque ahora que me has hablado de la desaparición de esos niños, sí creo que lo que voy a contarte puede estar relacionado con tu búsqueda… Ojalá no lo esté, pero algo me dice que sí. Por el culo de Venus que sí.

Lucio Escapcio comenzó a hablar, y casi al instante Marco comprendió que tendría que hacer un gran esfuerzo para que el anciano se ciñera al núcleo de la historia, sin perderse en los miles de rodeos que daba, y que él mismo tendría que filtrar la información que recibía para cribar todo lo que era anécdota o pura invención.

Entre recuerdos de otras épocas y algunas historias sin relación con el tema, el veterano contó a Marco lo que había visto en el río Tíber. Durante el verano, Escapcio elegía para dormir las frescas praderas a orillas del Tíber. Se echaba en la hierba, entre dos rocas o en algún lugar más o menos protegido de encuentros indeseables, y se quedaba dormido con las estrellas como único techo. En comparación con los rigores del invierno, cuando cada noche suponía un riesgo de morir congelado y no despertar, aquella época del año era para los hombres como Escapcio un regalo de los dioses. Aquel verano había elegido un rincón de un prado, al otro lado del Tíber, fuera de los límites de la ciudad. El prado se encontraba en una zona agreste, al sur del puente Emilio, frecuentada solo por pastores, y desde él se podía ver, mirando hacia la ciudad, las siluetas de los templos del Foro Boario y, un poco más al sur, las casas y edificios del monte Aventino. Un lugar tranquilo y seguro en el que un hombre como Escapcio podía descansar sus huesos y dormir la borrachera durante la noche.

Por norma habitual, las noches eran tranquilas, y solo en un par de ocasiones había tenido problemas. Escapcio se despertaba poco antes del alba, de modo que ni los pastores ni los caminantes ocasionales tenían ocasión de sorprenderle durante el sueño. Hasta que una noche, justo antes del amanecer, algo había perturbado su descanso. Unos susurros, un golpe de remos contra el agua. Y lo que parecían ser los llantos de un niño.

—Un llanto débil, casi apagado. Como si el niño que lloraba llevara mucho tiempo haciéndolo y estuviera a punto de rendirse por puro agotamiento. Normalmente, cuando escucho conversaciones y ruido de remos ni me molesto en levantarme. No son pocos los botes que aprovechan la oscuridad para subir o bajar por el Tíber. Pero al oír al niño llorando… Uno puede ser un viejo cabrón endurecido que se mea en los pies de los dioses, pero el dolor de un niño no me deja indiferente. Y espero que nunca lo haga.

—Te entiendo —dijo Marco, recordando aquella noche, muchos años atrás, en la que no había podido evitar complicarse la vida rescatando a un bebé de una muerte segura en las escaleras de un templo del Foro Boario. Céfiro había sobrevivido gracias a que Marco no había permanecido impasible ante el llanto de un pequeño.

—Me incorporé muy despacio y me asomé con cuidado entre los juncos y la maleza. Era imposible que ellos me vieran a mí, porque, aunque las primeras luces del amanecer ya estaban apareciendo, el follaje en esa zona es muy espeso. Pero yo sí los vi a ellos. Era una barca bastante grande, y creo recordar que hasta tenía un mástil con el que podían haber desplegado una vela. Pero viajaban agolpe de remo, seguramente para evitar ser vistos. A bordo había cinco hombres, todos ellos vestidos con túnicas oscuras y con las cabezas cubiertas por una capucha. Cuatro remaban, con vigor, como si los persiguiera el mismo Neptuno. El quinto iba en pie en la proa, dando instrucciones en susurros. Fue él quien… Al escuchar el llanto del niño de nuevo, golpeó uno de los sacos con una estaca. Y ya no volví a escuchar nada. Solo el ruido de los remos, el canto de los grillos y el croar de las ranas.

—¿Y qué hiciste entonces? ¿Los perdiste de vista?

—Intenté seguirlos. Por un momento creí que volvía a tener veinte años, dos brazos y fuerza en los músculos. Esos cinco hijos de puta llevaban un niño, como mínimo uno, en un saco. Y el niño no era un esclavo. ¿Quién se molesta en ocultar un esclavo en un saco y en trasladarlo durante la noche? No, su prisionero era un niño libre al que seguramente habían secuestrado. Intenté moverme con sigilo y rapidez por la orilla… pero me fue imposible. —Por un instante una sombra de derrota cayó sobre el rostro del anciano—. Soy un puto viejo borracho con un único brazo. ¿A quién quería engañar? ¿Y qué habría hecho de haberlos alcanzado? Nada. Dejarme matar. Mi tiempo ya pasó… Pero si lo que te he contado sirve para que esos cabrones acaben crucificados o arrojados desde la roca Tarpeya… me daré por satisfecho.

—¿Volviste a verlos? —preguntó Marco.

—No. Solo aquella noche. Pero es verdad que no duermo siempre en el mismo sitio…

—No hagas caso a este borrachín —dijo uno de los mozos de la taberna tras llevar otra jarra de vino—. Hace tiempo que no sabe diferenciar la realidad de lo que sueña.

—Eres tú quien no diferenciaría el culo de tu madre de la puerta de una letrina. Huelen los dos igual de mal y por los dos entran cada día decenas de

hombres.

Escapcio se echó a reír ante su propio comentario jocoso. Toda gravedad que había podido haber en su rostro mientras narraba lo que había visto aquella noche desapareció de pronto.

El chico respondió con la sonrisa de quien está acostumbrado a encajar insultos y bromas de los clientes de la taberna.

—¿Conoces en esa zona de Roma algún lugar donde esos hombres pudieran estar ocultándose? —preguntó Marco.

—Lo siento, ahí no puedo ayudarte. No me alejo de Roma desde hace mucho. Y antes de que me convirtiera en este despojo humano, pasé más tiempo combatiendo fuera que en la ciudad y sus alrededores. No sé qué puede haber en esa orilla río abajo. Campos de cultivo, bosques y pantanos, y así hasta llegar a Ostia. Esos hijos de Plutón deben de ocultarse en algún lugar, no muy lejos de donde yo los vi.

Marco apuró un largo trago de vino. Tendría que explorar aquella zona por su cuenta. Él mismo apenas conocía los alrededores de Roma. Había nacido en la ciudad, y las pocas veces que había salido de ella había contado cada uno de los días que faltaban para regresar a su adorada Subura, al paisaje que le era familiar y al mundo que controlaba y en el que se sentía seguro. Lo que había más allá de las murallas… sencillamente no le interesaba. Aunque se tratara de algo a apenas unas millas de distancia río abajo.

—¿Sabes de alguien que conozca esa zona? —preguntó Marco.

El anciano negó con la cabeza.

—Nadie va por ese lugar, salvo que lo hagan navegando para dirigirse a Ostia. No hay nada por allí, ya te lo he dicho. Pantanos, mosquitos y viejas granjas.

—Te lo agradezco, Lucio Escapcio. Lo que me has contado me ha sido de gran ayuda. —Marco depositó sobre la mesa una moneda de plata—. Con esto podrás comer y cenar caliente unos cuantos días. O incluso darte un baño en unas termas… Pero asegúrate de que limpian las piscinas después.

El veterano soltó una carcajada y se guardó la moneda en uno de sus bolsillos.

—Eres un buen hombre, Marco Lemurio. Ya te lo he dicho antes. Y, como todos los buenos hombres, acabarás muerto antes de tiempo. En estos días solo los hijos de puta llegan a viejos.

—Tú has llegado a viejo, Escapcio.

El hombre volvió a reír.

—Por los dioses que en su momento fui uno de los mayores hijos de puta que ha conocido esta ciudad. Si yo te contara…

—Tal vez algún día vuelva por aquí para escuchar toda tu historia. Puede haber en tu cabeza recuerdos que me interesen.

Escapcio volvió a llenar su vaso de vino y miró el rostro de Marco con detenimiento.

—Ya te lo he dicho. Tu rostro no me es desconocido, Marco Lemurio. Y eso es extraño. Es como si te conociera desde hace tiempo. Como si fueras un fantasma de otra época que ha venido a visitarme.

Marco sintió un nudo en el estómago. Las preguntas volvieron a agolparse en su boca, pugnando por brotar. Pero aquel no era el momento de abrir un nuevo frente en su vida. Las preguntas tendrían que esperar.

—No soy un fantasma, te lo aseguro. Pero tal vez me parezca a alguien que conociste.

Escapcio le miró de arriba a abajo…

—Lemurio, Lemurio… ¿Cómo se llamaba tu padre?

—Hablaremos de esto otro día, si te parece bien. Ahora tengo que marcharme.

Por unos instantes, Marco sintió la tentación de quedarse. De escuchar todo lo que aquel hombre podía contarle. Llevaba toda su vida preguntándose qué había sido de su padre. De ese Marco Lemurio del que había heredado el nombre y la ciudadanía romana, y nada más. Le había perdido siendo él muy pequeño, y aunque su madre le había sobrevivido algunos años más, en sus recuerdos era sobre todo Neóbula la que estaba presente. Neóbula y sus caricias, sus besos, su larga cabellera, el olor de sus guisos, sus enseñanzas, su seriedad cuando hablaba de su magia, sus largos silencios ante determinadas preguntas, su inflexibilidad cuando Marco cometía errores. Y sus gritos en la noche en la que se la llevaron, ante la impotencia de un joven Marco de quince años. Era Neóbula la que vivía en

sus recuerdos. Su padre, sin embargo… Era un enorme espacio en blanco que nunca había sido capaz de llenar. ¿Tenía aquel veterano las respuestas? ¿Podría aquel borracho manco llenar aquel vacío?

Al fin y al cabo, ¿qué suponía una noche más o menos para los niños que ya habían desaparecido? ¿Qué importancia tenía que él reaccionara con mayor o menor premura con la información que en aquel momento tenía?

—Aunque tal vez… —dijo, pero Escapcio le detuvo. Puso una mano sobre la de Marco. Una mano llena de durezas, con dedos que eran apenas huesos cubiertos de piel, como sarmientos de una vid.

—Tienes algo que hacer, Lemurio. Y yo no voy a ir a ninguna parte. Termina lo que tienes entre manos. Y después vuelve aquí, pide una jarra de vino… y ya hablaremos entonces. Recuerda que los muertos pueden esperar. Pero los vivos no. Y menos si los vivos son niños inocentes…

Marco apretó la mano del anciano. Pensó en lo diferente que era la imagen que tenía ante él, la de un hombre sensato y sabio por los años y los golpes de la vida, de la que había visto días atrás en la puerta Capena, cuando Escapcio le había abordado para pedirle una moneda.

—De acuerdo, Lucio Escapcio. Volveré. No te mueras mientras tanto.

OceanofPDF.com

XIX

Un encuentro en la noche

Marco abandonó la taberna de Las Tres Nereidas con muchas dudas, nuevas y viejas, y una certeza: los que estaban secuestrando a los niños de Roma se escondían en algún lugar, río abajo. No podía dejar de pensar en la escena que Escapcio le había narrado. Un niño llorando dentro de un saco y un encapuchado golpeándolo hasta que el llanto había cesado. Aquella imagen hacía nacer en su interior una ira incontrolable que, de algún modo, se canalizaba hasta llegar a la lágrima de Perséfone que, colgada sobre su pecho, se calentaba como reacción a sus sentimientos. Marco rozó la pequeña piedra con la punta de los dedos.

—Tal vez te necesite pronto… —susurró.

Marco notó la piedra vibrar bajo las yemas de sus dedos. Como si hubiera respondido de algún modo a sus palabras. Su parte racional le decía que aquello era imposible. La lágrima de Perséfone no era más que un objeto inerte. Pero Marco había visto de lo que era capaz aquel mineral supuestamente muerto. Que de algún modo la piedra, o lo que quiera que viviera en la piedra o a través de ella, reaccionara a sus emociones era algo que no le resultaba en absoluto sorprendente. Pensó en las palabras de Cardixa, la anciana númida protegida por el *collegium* del Aventino, advirtiéndole de la irresponsabilidad de usar la lágrima de Perséfone en beneficio propio. Del enorme poder que yacía latente en aquel objeto, aguardando, deseando apoderarse del incauto que se entregara a él sin tener el conocimiento necesario para controlarla. Marco había intentado hablar varias veces con Cardixa para preguntarle más detalles acerca del fascinante

objeto que había heredado de Neóbula. Aun así, Cardixa no había vuelto a recibirlo. Siempre estaba descansando o ausente.

Marco soltó la lágrima y respiró hondo, tratando de calmarse. No haría uso de ella si no le quedaba más remedio. Pero tampoco renegaría de un poder que le había sido concedido y que le había resultado tan útil en el pasado.

Desanduvo el camino que había hecho unas horas atrás desde la Subura hasta la puerta Capena. Dejó atrás las laderas del Aventino y la explanada del Circo Máximo y se adentró en el más refinado barrio del Palatino, uno de los lugares preferidos de la aristocracia romana para erigir sus suntuosas casas urbanas. Marco caminaba sumido en sus propios pensamientos, pero al mismo tiempo atento a cualquier movimiento sospechoso que pudiera ser indicio de una amenaza. A su alrededor bullía una hermosa noche de verano que invitaba a pasear por las calles y disfrutar de la ligera brisa que acariciaba las calles de Roma tras un día de asfixiante calor. Las estrellas y la luna brillaban en un cielo sin nubes, y resultaba fácil dejarse embriagar por la magia de aquella luz tenue que bañaba templos, casas y monumentos. A pesar de todo, Marco, como cualquier romano acostumbrado a moverse por las entrañas de la noche, sabía que aquel espejismo de belleza ocultaba una realidad cruel y despiadada, ya que en Roma la muerte podía aguardar en cualquier esquina.

Por este motivo, a Marco no le pasó desapercibido un movimiento furtivo en uno de los portales del Palatino junto a los que pasaba caminando. Alguien, una mujer, a juzgar por su tamaño, su complexión y su forma de moverse, salía de una casa tratando de pasar desapercibida. La puerta por la que salió la figura no era la principal de la mansión, que ocupaba con sus muros imponentes toda la manzana, sino una pequeña entrada lateral empleada por los esclavos y los proveedores. En otras circunstancias, Marco habría ignorado a aquella extraña mujer que escapaba de incógnito de una casa del Palatino. A fin de cuentas, eran muchas las jóvenes que visitaban a sus amados en sus propias casas saltando las tapias de las huertas y deslizándose en sus lechos. La historia del amado sufriendo a las puertas de la mujer lucía mucho en los poemas, pero la realidad era que tanto hombres como mujeres hacían el papel de furtivo visitante

nocturno. Pero hubo algo que llevó a Marco a detenerse y seguir con la mirada aquella figura. En primer lugar, iba encapuchada. Su atuendo era muy parecido al de los hombres que le habían asaltado en las ruinas de una casa días atrás. Además, llevaba en sus brazos un bulto sospechoso cubierto con una tela. Marco no sabía si había sido producto de su imaginación, pero habría jurado que el bulto se movía. Como si hubiera un ser vivo bajo el chal.

Un encapuchado saliendo de una casa con un extraño bulto, que bien podía ser un niño muy pequeño, oculto entre sus brazos. Marco no podía dejar pasar aquella oportunidad. Si se equivocaba… Era preferible dar explicaciones o echar a correr que permitir que aquellos miserables se llevaran a otro niño delante de sus narices.

Dejó que la figura se alejara unos pasos y entonces él echó a andar tras ella. Dejando una distancia prudente entre ambos, se aseguró de no perderla de vista, algo complicado debido a la oscuridad reinante y a que la misteriosa mujer, si es que era una mujer, caminaba a bastante velocidad, como si tuviera mucha prisa o escapara de algo. Marco no era ni mucho menos un novato en las persecuciones callejeras nocturnas. En muchas ocasiones había tenido que perseguir a hombres, mujeres e incluso a criaturas no humanas por las calles de la ciudad, tratando de no ser visto hasta el momento de caer sobre su presa. Había aprendido que la clave era mantener la distancia y esperar al momento preciso en el que un soportal, una columnata, una calle especialmente estrecha, le diera ventaja para dar el golpe definitivo.

Tratando de que sus pisadas no sonaran demasiado en el silencio de la noche, siguió al encapuchado por las calles. Cuando llevaba un rato de persecución, cobró conciencia de que no se había desviado ni un ápice de su propio camino. El extraño se dirigía también a la Subura, rodeando el foro y encaminándose por el *clivus Suburanus*. Marco sonrió. Entraba en su propio terreno. Era imposible que la presa se le escapara en aquel entramado de calles en las que él mismo había crecido y que conocía como la palma de su mano. El encapuchado había caído él mismo en la trampa.

Observó que la figura giraba a la izquierda por una calle estrecha, saliendo de la avenida principal que articulaba el barrio. Era su ocasión.

Echó a correr por una calleja paralela, para adelantarse al encapuchado y sorprenderlo más adelante, en el punto en que ambas calles convergían. Era un sitio perfecto, con una columnata que sostenía un pórtico y sumía la calle en una oscuridad completa durante la noche. Llegó al lugar elegido y se agachó junto a la basa de una de las columnas de piedra, tratando de mimetizarse con las sombras. Redujo el ritmo de su respiración, aguzó el oído y esperó. Su víctima no tardaría en pasar frente a él, y aquel sería el momento de arrojarse contra ella, daga en mano. Marco sabía que debía ser cuidadoso. Si el encapuchado llevaba un niño pequeño en los brazos tenía que impedir que este cayera al suelo y se lastimara. Tenía que inmovilizarle sin que soltara al pequeño, y para eso lo mejor era arrebatarle el bulto para sostenerlo él mismo antes de amenazarle con el filo de la daga junto al cuello.

Marco esperó. Esperó. Y continuó esperando. Y el extraño encapuchado no apareció. Aquello no tenía sentido. Salvo que se hubiera dado la vuelta y hubiera elegido otro camino, tenía que haber pasado por aquel lugar. Dudaba que hubiera ocurrido algo así. El encapuchado caminaba con mucha firmeza, como si tuviera muy claro el lugar al que se dirigía. No tenía sentido un cambio de dirección. A menos que…

Sintió el frío del metal en la garganta. Notó que un filo cortaba ligeramente su piel, causando una pequeña herida que comenzó a sangrar de inmediato.

—Ponte en pie —dijo una voz femenina—. Sin movimientos bruscos. Como intentes algo extraño, estarás muerto antes de tocar el suelo.

Marco sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Se había dejado sorprender precisamente en el momento en el que más confianza tenía en que su plan daría resultado. Aquella mujer había rectificado su camino, sí, pero no para dirigirse a un nuevo destino, sino para convertirse ella misma en la perseguidora. ¿Desde cuándo había cobrado conciencia de que Marco la seguía? Tan confiado estaba Lemurio de haber conducido a su presa a una trampa que no se había dado cuenta de que era él mismo quien estaba cayendo en ella como un conejo introduciendo la cabeza en el lazo.

—No voy a repetirlo. Nadie se sorprenderá de encontrar mañana otro cadáver en la calle. No en este barrio. Levántate. Con las manos en alto, donde yo pueda verlas.

Marco alzó las manos, con las palmas muy abiertas y comenzó a levantarse lentamente. El filo del cuchillo de su atacante todavía se clavaba en la piel de su cuello, amenazando con causarle una herida mortal en el momento en el que hiciera cualquier movimiento brusco.

—Escucha, si lo que quieres es dinero, has elegido mal a tu víctima… —comenzó a decir Marco. Había decidido que el papel más seguro que podía adoptar en aquellos momentos era el de un indefenso caminante que había sido sorprendido en medio de la noche. Tal vez de aquella manera lograra que su agresor se descuidara el tiempo suficiente como para poder contraatacar él mismo. No tenía muchas esperanzas de que sus palabras surtieran efecto, pero, de algún modo, lo hicieron. La mujer retiró el cuchillo y, tras emitir un grito casi ahogado, se alejó de él.

—Marco —dijo—. No podías ser otro. Tenías que ser precisamente tú. —Él se dio la vuelta, atónito. En medio de la oscuridad, con la conmoción causada por haberse visto sorprendido de aquella manera, era incapaz de reconocer a la figura oculta tras la capucha—. Tendría que cortarte el cuello de una vez y ahorrarnos problemas a todos —dijo ella, y dejó su rostro al descubierto.

El rostro de Antígona. Una Antígona tan furiosa como una gorgona herida.

Marco se lavó la herida del cuello en una fuente cercana y Antígona le tendió un paño para que se secara. El mismo paño con el que momentos antes había mantenido oculto el sospechoso bulto que llevaba en su regazo.

—Comida. Una cesta con comida —murmuró Marco—. Por Plutón, que si fuera más tonto me convertiría en estatua de madera.

Mientras se lavaba observó el contenido de la pequeña cesta que Antígona llevaba con ella. Frutas, algunas verduras, trozos de embutidos y lo que parecía ser un pequeño tarro de miel. Aquel era el bulto que Marco había confundido con un bebé secuestrado.

—Una cesta con comida, grandísimo imbécil —dijo Antígona, recuperando el paño húmedo de manos de Marco—. ¿A esto te dedicas ahora? ¿A acechar a mujeres en las sombras? ¿No te basta ya con las esclavas de tus prostíbulos que tienes que atacar a mujeres libres indefensas?

—Puedo explicarlo… —comenzó a decir él, a sabiendas de que ella no le dejaría terminar. Que él recordara, nunca le había dejado terminar una explicación para tratar de paliar sus muchas meteduras de pata.

—Contigo siempre hay una explicación. Una mujer entre tus piernas, tiene una explicación. Llegar a casa borracho horas más tarde de lo pactado, tiene una explicación. Desaparecer durante días y regresar oliendo a mierda de caballo, tiene una explicación.

—Espera, aquella vez sí que fue un problema de…

—Estar acechando en las sombras, en plena noche, dispuesto a lanzarte sobre mí con vayan los dioses a saber qué intenciones… ¡Oh, por supuesto que hay una explicación!

Marco se sentó en el borde de la pequeña pileta de la fuente. La herida había dejado de sangrar, pero aún le dolía. Hizo un gesto de dolor. Antígona seguía gritando, y algunas ventanas que daban al callejón en el que estaban se habían abierto. Por el momento, eran solo los vecinos curiosos los que escuchaban su conversación. Pronto llegarían los que amenazaban con molerlos a palos si no guardaban silencio y les dejaban dormir. Y después empezarían a llover barreños de agua sucia y orines sobre sus cabezas. La escena que estaban viviendo había sido una constante en el pasado, cuando Antígona todavía estaba unida a él por lazos más fuertes que la amistad.

—¿Quieres que te lo explique o no? Tengo mejores cosas que hacer que estar escuchando tus gritos en medio de la noche.

—No, no quiero que me lo expliques. Hace tiempo que tus explicaciones dejaron de tener valor para mí.

—Entonces tal vez puedas explicarme tú algunas cosas. ¿Dónde has aprendido a manejar así un cuchillo? No recuerdo que tuvieras esa habilidad cuando estábamos… ya sabes.

—Cuando estábamos juntos, Marco. Dilo sin miedo. Yo no reniego de aquella época. Por mucho que me arrepienta de ella…

Él suspiró. Cuando Antígona cabalgaba el caballo de la furia, resultaba imposible tener una conversación con ella. En adelante todo serían reproches, insultos, ofensas, hasta que él mismo también perdiera la cabeza y se sumara a la retahíla de palabras hirientes. Al final los dos acabarían a gritos, llorando ella y deseando llorar él, y marchándose cada uno por su lado. Lemurio no se sentía con fuerzas para algo así. No aquella noche.

—Tienes razón. No tiene sentido seguir con esto. Buenas noches, Antígona. Te ofrecería caminar contigo hasta casa, pero seguro que prefieres la soledad antes que mi molesta compañía. —Se mojó el pelo en la pileta de la fuente y se lo peinó hacia atrás—. Buenas noches.

Había hecho el ridículo más espantoso aquella noche tratando de caer sobre Antígona al confundirla con un encapuchado secuestrador de niños. Aunque había una parte de él que se moría por quedarse a su lado y continuar indagando, aunque fuera en medio de una discusión, de quién era la casa de la que había salido a escondidas y quién era la persona que le había facilitado aquellos alimentos de la cesta, Marco se contuvo y echó a andar para alejarse de ella. Una salida digna era lo máximo a lo que podía aspirar después de haber cometido un error como aquel.

Se encontraba a mitad del callejón cuando escuchó la voz de Antígona.

—Marco, espera. —Lemurio se detuvo. La furia había desaparecido de la voz de la joven. Marco no supo qué hacer. Aquello era lo último que esperaba que podría suceder. Se dio la vuelta lentamente. Ella caminaba hacia él, con la cesta de nuevo cubierta por el paño, ocultando su contenido —. Lo siento. No debí haberte hablado así.

—Antígona… No es necesario…

—Estoy cansada, Marco. Cansada de que cada vez que nos vemos, cada vez que hablamos, tengamos que enzarzarnos en una pelea eterna. ¿No podemos continuar con nuestras vidas? ¿No podemos olvidar todo lo malo que ocurrió en el pasado? —Marco miró a la mujer bajo la pálida luz de la luna. No había mentira ni dobles intenciones en su rostro. Antígona estaba siendo sincera. ¿Cuánto hacía que no veía aquella mirada en los ojos de ella? ¿Cuánto hacía que el rostro de la joven no se mostraba ante él desprovisto de ira y de rencor?—. Te echo de menos. No como pareja, eso no. Pasamos buenos momentos, pero ni por todo el oro de Creso querría

volver a esos tiempos… Pero sí te echo de menos como amigo. ¿Pueden ser un hombre y una mujer amigos, Marco? ¿Crees que es posible?

Marco la estrechó entre sus brazos. Ella, en un primer momento, se mostró tensa, distante, como si aquel abrazo fuera más allá de lo que ella misma había buscado. A pesar de todo, en unos instantes, se abandonó al abrazo y dejó que su rostro se refugiara en el pecho de él. Entre ellos solo se interponía la cesta llena de víveres.

—No sé si un hombre y una mujer pueden ser amigos. Pero creo que tú y yo podemos ser lo que queramos, Antígona.

Así, abrazados, rodeados por un silencio solo roto por el rumor de la fuente cercana, dejaron que todas las viejas rencillas se diluyeran bajo la luz de la luna.

Marco llegó a su casa con una sonrisa en los labios. Una sonrisa sincera, de alegría real. Antígona y él habían recorrido juntos la distancia que les separaba desde el lugar en el que se habían encontrado hasta la *insula* en la que vivían. Habían charlado de banalidades, sin que ninguno de los dos volviera a sacar los temas que, sin embargo, estaban ahí, latentes entre los dos. Por qué Marco había intentado asaltarla en plena noche. Por qué ella se había deslizado furtivamente por la puerta trasera de una casa. Marco se había tenido que contener para no preguntarle por la identidad de la persona que le había proporcionado aquellos víveres. Supuso que aquella pregunta habría roto la concordia recién establecida, y prefirió no arriesgarse. Ya habría tiempo de indagar de forma sutil.

Se separaron frente a la puerta de la casa de Periandro. Marco dudó unos instantes si volver a abrazarla, pero Antígona no dio pie a ello. Musitó un buenas noches rápido y quedo y se deslizó en el interior de la casa, sin dar oportunidad a Marco a responder. Él permaneció unos instantes, atontado, mirando fijamente la puerta, como si aguardara a que ella volviera a salir. Se preguntó a sí mismo qué sentía por Antígona en aquellos momentos. Una vez desaparecida la rabia y el rencor, ¿qué era lo que quedaba debajo? ¿Era amor aquello que latía en su pecho, como un tibio rescoldo de lo que fue en su momento una enorme hoguera? Marco sacudió

la cabeza. No, aquel sentimiento hacía tiempo que había dejado de ser amor. Lo que quedaba era solo un afecto profundo, más fraternal que pasional, y una honda preocupación por el bienestar de quien había sido su primer gran amor.

Cuando Marco, sonrisa en el rostro, entró en su propio apartamento, se encontró con la animada escena que ya comenzaba a serle familiar. Los niños jugaban, comían o descansaban en la sala, ajenos a los peligros de la noche en el mundo exterior.

Aquella noche Marco descubrió a mayores un inquilino al que había olvidado por completo. El perro, el mismo animal que había estado a punto de devorar su pierna un día antes, se lanzó sobre él, plantando sus patas en el regazo de Marco y moviendo el rabo con vigor.

—¿Todavía no te has ido, maldito bicho? —preguntó, acariciando la cabeza del animal.

—Ulises, ven conmigo.

Céfiro salió de debajo de la mesa y se golpeó las rodillas con las palmas de las manos. El perro obedeció al llamado de su nuevo orno y corrió a tumbarse a sus pies.

—¿Ulises? —preguntó Marco. Que Céfiro le hubiera puesto nombre al chucho era una prueba indudable de que pretendía que el animal se quedara con ellos.

—Es muy listo. Y muy valiente. Igual que el Ulises de las historias que me cuenta Periandro.

—Fecundo en ardides, sí. Se le ve en la mirada. Este canalla sería capaz de sobrevivir a la guerra de Troya y llegaría a Ítaca nadando si hiciera falta. —Céfiro, cuyo conocimiento de la guerra de Troya y la tradición homérica, era, pese a los esfuerzos de Periandro, muy escaso, fingió que entendía de lo que hablaba Marco y asintió—. ¿Habéis averiguado algo? —preguntó Marco.

—Muchas cosas. He enviado a todo el grupo a diferentes lugares de la ciudad, y todos han regresado para informarme de lo que iban averiguando. Yo mismo he pasado el día en el Campo de Marte, con Ulises, y he hablado con algunos comerciantes. Lo más importante es que…

—Vamos a mi habitación —dijo Marco. Céfiro le siguió, con Ulises trotando junto a él—. El perro no entra en el dormitorio —ordenó al verlo —. ¿Queda claro?

—Tan claro como el limpio sobaco de Venus —respondió el niño.

—¿Quién te ha enseñado a blasfemar de ese modo?

—Te escuché esa expresión una vez y me hizo gracia.

Marco suspiró.

A una orden de Céfiro, Ulises se tumbó junto al umbral de la puerta. Lemurio se preguntó cómo había podido el pequeño esclavo hacer que un perro callejero se acostumbrara a él y obedeciera sus órdenes en tan poco tiempo. Tal vez fuera verdad que el animal era una versión perruna del héroe homérico.

Marco se dejó caer en la cama, y Céfiro se sentó a sus pies.

—Han recorrido las orillas del Tíber de arriba a abajo, hasta los límites de la ciudad. Más allá no se han atrevido a ir. Les da miedo que les sorprenda la noche en campo abierto…

—No les culpo —dijo Marco.

—Han preguntado a todo aquel con el que se han cruzado. Esclavos de las granjas cerca del Tíber, viajeros… Por desgracia, nadie ha visto nada. Ni rastro de esos encapuchados en la zona del río. Tal vez tu informante estaba borracho.

—Mi informante sabe bien lo que vio. Pero esos cabrones son más escurridizos de lo que pensábamos.

—De todas maneras, sí he averiguado cosas interesantes. No en el río, ahí no ha habido manera de encontrar nada. Pero por la tarde decidimos visitar otros barrios. Subimos al Aventino, fuimos a los suburbios más allá del Campo de Marte… ¿Sabes qué, Marco? Allí también están desapareciendo niños. No es algo que esté ocurriendo solo en la Subura.

—Sí, eso mismo he podido averiguar yo.

—Entonces tenemos que hacer algo… ¿Y si probamos lo que te dije ayer? Si me hago pasar por un niño indefenso…

—Céfiro, eres un niño indefenso. Y no, no te voy a poner en peligro. No es una buena idea.

—Marco, puede que sea la única forma.

Marco dio un puñetazo en el colchón.

—He dicho que no. Esos encapuchados solo salen de noche. El riesgo de hacer algo así es demasiado grande. Encontraremos otra manera. Mañana recorreré hasta donde pueda la orilla derecha del Tíber. Su escondite está por ahí, en algún sitio. Los buscaré yo mismo. Sin ponerte a ti en peligro.

Céfiro refunfuñó.

—Algún día entenderás que ya no soy un niño.

—Por supuesto. Cuando no seas un niño. Pero eso todavía no ha ocurrido. Mañana vuelve a las calles en busca de más información. Y que ese perro no se aleje mucho de ti. Ya que lo alimentamos, al menos que sirva de algo.

—Ulises va y viene cuando quiere. No es nuestro. Es un perro de la calle.

Marco se dejó caer sobre las almohadas.

—Y ahí es donde tendríamos que haberlo dejado…

OceanofPDF.com

XX
El mensaje

Aquella noche a Marco le costó conciliar el sueño. No fueron encapuchados con sacos, ni los disturbios en las calles de Roma lo que lo mantuvo en vela, dando vueltas en la cama y rumiando palabras y maldiciones. No fue tampoco la muerte de su madre y la identidad de sus asesinos lo que aquella noche lo atormentó. Fueron rostros de mujer los que lo visitaron, metiéndose en su cabeza, negándose a evaporarse. Alda y Antígona. Antígona y Alda. Una de ellas, un amor del pasado al que creía haber dejado atrás. La otra, una esclava que vendía su cuerpo a decenas de clientes cada día. Las dos imposibles, cada una a su manera. Las dos inalcanzables. A una la había tenido y la había perdido. A la otra la tenía siempre que su bolsa estuviera llena de monedas, y la perdía en el momento en el que era requerida por otra tarea o por otro cliente.

Marco maldijo a los dioses muchas veces en aquellas horas de oscuridad y calor sofocante. Los maldijo por haber hecho de Alda una cautiva de guerra y una esclava. Los maldijo por no darle el dinero suficiente para liberarla y convertirla en una mujer libre. Pero sobre todo los maldijo por la repentina amabilidad de Antígona. Todo era más sencillo, más claro, cuando ella le odiaba y lo único que cabía esperar entre ellos era un silencio tenso y algún reproche cruzado. ¿Qué ocurriría entre Marco y Antígona a partir de aquel momento? ¿Eran ciertas las palabras que él había pronunciado al estar los dos abrazados bajo las estrellas? ¿Podían ser amigos Antígona y Marco Lemurio?

Por fin, agotado de dar vueltas, maldecir y suspirar, Marco se entregó a un sueño ligero, inquieto y poco reparador que fue dando paso a uno más

profundo y tranquilo, en el que los rostros de dos mujeres desfilaban ante él, regalándole sonrisas y alejándose o evaporándose cada vez que él extendía la mano para acariciarlos.

Se despertó bañado en sudor y con la luz del sol entrando a raudales por la trampilla del techo, que él mismo había retirado en algún momento de la noche en la ingenua esperanza de que por aquella cavidad entrara algo de aire fresco. El tono de la luz, cálido y potente, indicaba que la mañana estaba ya muy avanzada, si es que no había llegado ya el mediodía. Marco se frotó los ojos con fuerza y se desperezó. Había dormido demasiado. Más de lo que debería, habida cuenta de que aquel día pretendía explorar la ribera del Tíber en busca de pistas sobre los encapuchados. Poca exploración haría si llegaba al Campo de Marte cuando el sol ya comenzaba a descender, camino del ocaso.

Como cada mañana desde que los niños se habían trasladado a su pequeño apartamento, los pequeños se habían despertado con las primeras luces del alba y se habían echado a las calles. No sin antes saquear convenientemente la ya de por sí poco abastecida despensa de Marco. El principal inquilino de la casa buscó entre los restos del desayuno de la decena de niños y logró rescatar un pedazo de pan no demasiado duro y dos trozos de queso curado. Comprobó que sus reservas de vino seguían descendiendo de forma alarmante, señal inequívoca de que alguno de aquellos niños era aficionado a desayunar con un vaso de aquel tinto de mediana calidad.

Sentado en una de las sillas de madera de su pequeña sala de estar, Marco masticó con parsimonia el queso y el pan, sin poder evitar que aquellas viandas le recordaran a los alimentos que Antígona llevaba en una cesta la noche anterior. Se preguntó una vez más quién sería el misterioso individuo que le había proporcionado a la joven aquellas provisiones antes de hacerla abandonar la casa por la puerta trasera, encapuchada, para evitar ser vista y reconocida. Era posible que hubiera entrado en aquella casa con el afán de robar aquellos alimentos… Negó con la cabeza. No se imaginaba a Antígona robando nada. Aunque, bien pensado, tampoco se la había

imaginado empuñando un cuchillo y la noche anterior la joven había estado a punto de degollarlo con la habilidad propia de un experimentado matarife…

Marco estaba sumido en estas cavilaciones cuando un ruido en la puerta le hizo reaccionar. Las marcas y signos mágicos que Neóbula había grabado en el marco de la puerta protegían aquella casa de la mayoría de encantamientos conocidos por los hombres y de muchas criaturas sobrenaturales que pudieran ser dañinas para sus habitantes. Había sido aquella protección mágica la que, meses antes, había impedido que la sombra del Hades enviada por Marcia acabara con las vidas de Marco y Céfiro mientras dormían. Aun así, aquellas marcas no protegían la casa de amenazas físicas. Cualquiera podía presentarse en aquella *insula*, tirar la puerta abajo y atacar a sus habitantes. Así era como habían sorprendido a Neóbula, y de nada habían servido las marcas mágicas.

Había alguien, o algo, en la puerta, rascando la madera. No era un ser humano, de eso Marco estaba seguro. Un ser humano golpea la puerta, con los nudillos, o con el puño, o con una patada si lo que pretende es tirarla abajo. Pero ninguna persona rascaba una puerta de aquella manera. Marco se acercó y escuchó atentamente. Al otro lado de la puerta algo jadeaba y gemía. Un sonido que emanaba dolor, miedo.

Aún no se había vestido, de modo que no llevaba con él la daga que acostumbraba a ocultar bajo la túnica. Estaba casi desnudo, con la lágrima de Perséfone colgando en contacto con la piel de su pecho. La piedra estaba fría, indiferente, señal de que lo que había al otro lado no resultaba una amenaza, ni para el objeto ni para su portador. Confiando en que el frío de la lágrima fuera un indicio real de que no había peligro, abrió la puerta.

—Ulises… —dijo.

El perro entró, casi arrastrándose, hasta el interior de la casa, solo para dejarse caer en el centro de la pequeña sala, exhausto. Marco cerró la puerta y se agachó junto a él. El animal jadeaba con la lengua fuera, intercalando lloriqueos con algún débil ladrido. Al observar a Marco junto a él hizo un esfuerzo para alargar el cuello y lamerle el rostro.

—¿Qué te han hecho?

Ulises presentaba todo tipo de heridas en el cuerpo. Le habían clavado varias veces un cuchillo pequeño en el lomo, en el cuello, en las patas, cuidándose mucho de no causarle una herida mortal, pero buscando ocasionarle dolor y dejarlo lastimado. Una de sus orejas había desaparecido por completo, arrancada. El rabo, que con tanta energía se movía la noche anterior, había quedado reducido a un muñón sangrante. Alguien había torturado al pequeño animal, mutilándolo y marcándolo hasta llevarlo hasta las puertas de la muerte.

—¿Quién ha sido? ¿Quién te ha hecho esto?

Marco corrió a su dormitorio y buscó entre las estanterías y baúles. Finalmente, encontró los restos del emplasto que había preparado días atrás para sanar las heridas de Aristóbulo. Confiaba en que Ulises se dejara aplicar aquella pegajosa sustancia sin tratar de escapar y sin morderle. Si no frenaba las hemorragias, si no cerraba aquellas heridas después de lavarlas, el perro moriría sin remedio. Había perdido bastante sangre, pero lo peor era la amenaza de infección de aquellos cortes tan brutales. Con los restos del ungüento en un cuenco en una mano y una escudilla llena de agua en la otra, regresó a la sala.

Aunque la escudilla estaba destinada a humedecer un paño para lavar las heridas, Ulises se lanzó sobre ella y comenzó a beber el agua con grandes lametones. La tortura a la que había sido sometido y el largo y lastimoso regreso hasta la casa de Marco le habían dejado sediento.

—Bebe tranquilo. Iré a por más agua.

El perro bebía casi tumbado, sin fuerzas apenas para incorporarse. Marco esperó a que se saciara y volviera a reposar la cabeza sobre el suelo. Ulises continuaba jadeando y gimiendo, y Marco dedicó unos instantes a acariciarlo y tratar de calmar su miedo. De haber tenido tiempo habría podido recurrir a algún hechizo destinado a transmitir precisamente calma a los animales. Un sencillo encantamiento que había sido de los primeros que su madre le había enseñado y que no requería ni ingredientes muy exóticos ni grandes esfuerzos de concentración. Sin embargo, el tiempo corría en contra del maltrecho Ulises, y Marco decidió correr el riesgo de aplicarle el ungüento de forma inmediata.

El primer contacto de la piel del animal con la sustancia pringosa y de fuerte olor hizo que Ulises diera un respingo y tratara de alejarse. Lo sujetó del cuello, con firmeza, mientras le susurraba palabras con dulzura. Poco a poco, fruto de la cercanía de Marco y del efecto casi inmediato del ungüento, el perro fue calmándose y dejándose hacer. Lavó las heridas y aplicó la pasta a los cortes, con especial atención a los restos de la oreja arrancada y al muñón de la cola.

—Vas a ponerte bien, Ulises. Tranquilo, pequeño bicho feo.

Ulises miraba a Marco con los ojos negros, muy fijos, llenos de agradecimiento. Cuando terminó de curar las heridas, Lemurio levantó al animal en sus brazos con sumo cuidado y lo llevó hasta el jergón donde Céfiro dormía. Supuso que al niño no le importaría que su nuevo amigo descansara sobre su colchón de paja y sus inantas raídas. Una vez sobre el jergón, Ulises se enroscó sobre sí mismo y cerró los ojos. El dolor en sus heridas se había mitigado y había dejado paso a un profundo sopor.

Marco acarició de nuevo al animal con suavidad. Fue entonces cuando, al pasar la mano sobre el pelaje del cuello, descubrió que tenía un fino cordón atado en esa parte de su cuerpo. Marco intentó retirarlo, y encontró que el cordón sostenía un pequeño trozo de papiro. Se preguntó qué tipo de tortura habían infligido al animal que incluyera el uso de una cuerda con trozos de papiro. Él mismo había presenciado escenas terribles en las que los niños de la Subura atormentaban hasta la muerte a animales de diverso tipo, desde perros o comadrejas hasta ratas y palomas. La crueldad de los niños podía hacer palidecer la de algunos adultos, y aunque el propio Marco siempre había sentido una enorme repugnancia por aquellas prácticas, tenía que reconocer que en todas las ocasiones en las que las había presenciado había permanecido impasible, sin intervenir. Supuso que aquella cuerda que Ulises lucía en el cuello estaba destinada a ahorcar al animal una vez sus torturadores se hubieran cansado de atormentarlo. Por fortuna para él, había conseguido escapar antes de que lo colgaran de una viga o una rama. ¿Y el trozo de papiro? Lo arrancó de la cuerda y lo desenrolló.

Y sintió que el corazón se le detenía en el pecho.

Marco volvió a leer aquellas letras pequeñas y escritas muy juntas sobre el pequeño pedazo de papiro. Su vista recorría las cinco líneas escritas con tinta oscura. Volvía al principio y leía de nuevo hasta el final. No obstante, su mente no era capaz de reaccionar.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¿Cómo había podido subestimar a aquellos sádicos? Le habían advertido, pero Marco, tan seguro de sí mismo, tan convencido de sus propias habilidades y de su capacidad para salir ileso de cualquier situación, había decidido seguir adelante. Había confiado en que si aquellos misteriosos encapuchados querían dañarlo lo golpearían directamente a él, de forma más o menos abierta. Pero a él, solo a él. Sin embargo, las palabras del misterioso individuo que le había abordado en las ruinas de la casa al norte de la Subura habían sido muy claras. Los tuyos pagarán las consecuencias de tus actos.

Y así había sido.

> *Salve, Marco Lemurio:*
>
> *Te pedimos que te mantuvieras al margen de nuestros asuntos. No nos hiciste caso. Ahora los tuyos pagarán las consecuencias. Tu pequeño esclavo es ahora carne para nuestro altar.*
>
> *La joven griega será la próxima.*

Céfiro había caído en manos de los encapuchados. Marco no podía saber cómo había sucedido, pero conociendo al pequeño esclavo se hacía una idea aproximada. Pese a sus advertencias, Céfiro había tratado de investigar por su cuenta, yendo más allá de las instrucciones que el propio Marco le había dado. ¿Se había lanzado a las calles durante la noche, en el momento en el que Marco se había quedado dormido? ¿Le habían atrapado ya por la mañana, bajo la luz del sol? ¿Dónde estaba el resto de los niños del grupo de Céfiro? ¿Los habían capturado a todos? Demasiadas preguntas en su cabeza. Demasiados interrogantes que quedaban eclipsados por uno, que le golpeaba con fuerza. ¿Estaba Céfiro vivo todavía? ¿Habían matado al pequeño?

Y la mención a la joven griega… ¿Se referían a Antígona? Su vecina y antigua amante era tan ciudadana romana como el propio Marco, ya que Periandro, su padre, había obtenido la ciudadanía mucho antes de que

naciera ella. Antígona había nacido en aquella misma *insula*, en el corazón de la Subura, de una madre también romana que había muerto al darla a luz. Pero su físico, su nombre, habían llevado a los encapuchados a pensar que el origen de Antígona era griego. Marco no pudo evitar un escalofrío al pensar en la forma en la que le habían relacionado con Céfiro y con Antígona. Aquellos misteriosos personajes seguro que habían estado espiándolo desde el momento en el que él había mostrado algún interés en los secuestros de los niños. Y habían recabado toda la información que habían podido: dónde vivía, dónde bebía, con quién se relacionaba…

Marco estaba bloqueado. No sabía cómo actuar, a quién acudir. La única certeza con la que contaba era que habían torturado a Ulises y le habían dejado marchar para que enviara aquel mensaje. Se habían asegurado de que Marco recibiera aquella nota. Los encapuchados no podían haberse arriesgado a que el perro deambulara por Roma y se perdiera por las calles, muriendo desangrado en cualquier callejón. Seguramente habían llevado al animal hasta el portal, dejando que el perro subiera las escaleras en busca de un lugar conocido en el que refugiarse. Eso quería decir que tal vez alguno de sus vecinos hubiera visto algo o a alguien.

Marco negó con la cabeza. ¿A quién quería engañar? Ninguno de ellos habría sido tan estúpido de dejarse ver con sus largas túnicas y las capuchas a plena luz del día. Habrían llevado al perro hasta la casa ataviados como un habitante de la Subura más. ¿Quién se había podido fijar en un personaje anónimo de aspecto anodino con un perro en sus brazos o, peor aún, con un saco cargado al hombro? En la Subura cada hombre y cada mujer intentaban vivir su vida, sin meterse en los asuntos de los demás. Por mucho que Marco preguntara no conseguiría que nadie le dijera nada.

Estaba solo y perdido.

Pensó en acudir a Aulo el panadero, pero más allá del consuelo que pudiera proporcionarle un hombre que también había perdido a un ser querido, poco podría hacer el fornido comerciante por Marco en aquellos momentos. Tampoco tenía tiempo de recurrir a Varrón, del que ni siquiera sabía si había regresado a Roma. No quería poner a Antígona en más riesgo del que ya estaba, de modo que quedaba por completo descartada la posibilidad de contarle nada de su situación.

Pero el tiempo corría en su contra. Si el mensaje significaba lo que él creía, los encapuchados se disponían a sacrificar a Céfiro en el altar de su dios. Si es que no lo habían hecho ya. Marco se imaginó al pequeño esclavo luchando, tratando de zafarse de sus captores, insultándolos y sacando valor de lo más profundo de sus entrañas. Solo para derrumbarse ante la superioridad física y numérica de sus adversarios y volver a ser lo que era: un niño asustado en manos de un grupo de locos que querían torturarlo y matarlo.

—No. Eso no va a ocurrir… —murmuró—. Haré lo que tenga que hacer para evitarlo.

¿Harás lo que tengas que hacer? ¿Cualquier cosa?

Una voz comenzó a hablar en su cabeza. Era su propia voz, pero más serena, más profunda. Marco sabía muy bien qué parte de él era la que le hablaba en aquellos momentos, desde lo más profundo de su ser. Una parte de él mismo que había tratado de ahogar durante años.

Sabes que tienes el poder para solucionar esto. ¿Quieres salvar a Céfiro? Puedes hacerlo. Pero también sabes lo que tendrás que pagar a cambio. Las puertas que tendrás que abrir.

Marco miraba al vacío. Frente a él, Ulises dormía, ajeno al sufrimiento de sus nuevos amigos.

Tu madre te dio algunas claves, te dio las herramientas. Pero durante años te has negado a usarlas. Has preferido ser un mercachifle, un estafador de medio pelo, en lugar de reclamar la fuerza que te corresponde por nacimiento y formación. ¿Vas a atravesar esa puerta, Marco? ¿Vas a cruzar al otro lado y abrazar tu verdadero ser? ¿Vas a dejar de huir de ti mismo y de tu destino?

—No estoy preparado.

Te morirás sin estar preparado. Neóbula te legó su ciencia, sus poderes. Reclama lo que es tuyo. Reclama tu lugar en el mundo. No más ser un patético borracho. No más ser el hombre del saco de la Subura. Eres el hijo de Neóbula, y sabes lo que eso significa. Abre las puertas que están cerradas. Desata tu poder y defiende a los tuyos. Ella lo habría hecho. Lo sabes.

Dio un golpe en el suelo con el puño cerrado. Ulises abrió los ojos y gruñó, asustado, solo para volver a dormirse de inmediato al descubrir que no acechaba peligro alguno.

Marco Lemurio respiró hondo. Había llegado el momento. No podía demorarlo más. No cuando la vida de Céfiro estaba en juego.

Tenía que asumir quién era. Marco Lemurio, el hijo de Neóbula, se puso en pie, dispuesto a dar el paso más importante que había dado en su vida.

En su pecho, la lágrima de Perséfone ardía como una llama petrificada.

OceanofPDF.com

XXI
Céfiro

Céfiro no podía saber si seguía dormido o estaba despierto. La oscuridad que lo rodeaba era total. En un primer momento se sintió tan desorientado que no supo tampoco si estaba sentado o tumbado. Poco a poco, a falta de luz, su cuerpo fue cobrando conciencia de las sensaciones que recibía del lugar en el que se encontraba.

Estaba tumbado, de costado, con la cara apoyada contra lo que parecía piedra fría y húmeda. A su alrededor el silencio era casi completo, con excepción de su propia respiración acelerada y un constante repicar de una gota golpeando la roca cerca de él. Céfiro se llevó la mano a la cabeza. Sentía un dolor sordo y palpitante en el lado derecho de la cabeza, como si algo muy duro le hubiera impactado en aquel lugar. Se tocó con precaución, apartó mechones de pelo, presionó con suavidad, tal y como había visto hacer a Marco en muchas ocasiones cuando trataba una herida en la cabeza. No había restos de sangre, por lo que el pequeño dedujo que la herida no podía ser muy grave. Le habían golpeado con la fuerza justa para dejarle sin sentido, pero sin intención de dañarlo de verdad.

Poco a poco, Céfiro fue recordando. Y a medida que los recuerdos acudían a su mente, fue dándose cuenta de lo terriblemente estúpido que había sido. Tenía que haber hecho caso a Marco. Tenía que haberse quedado en casa hasta que saliera el sol. Pero no, había decidido actuar por su cuenta. Al fin y al cabo, el plan parecía perfecto. Tenía su inteligencia, una cualidad de la que Céfiro se sentía especialmente orgulloso, tenía un plan, tenía un perro para protegerle y tenía un pequeño ejército de niños a sus órdenes. ¿Qué podía salir mal?

Todo. Todo podía salir mal.

En cuanto había observado que Marco roncaba plácidamente, Céfiro había despertado al resto de los niños. Les había conminado a guardar silencio y a que le escucharan hasta el final. En sus manos, dijo, estaba la posibilidad de acabar con aquel extraño grupo de encapuchados que secuestraban a sus amigos. Si conseguían llevarlo a cabo con éxito, serían héroes. Todo el mundo en la Subura sabría quiénes habían puesto fin a aquel problema. Las masas los adorarían. No más pobreza, no más miedo. A medida que Céfiro hablaba, los ojos de algunos de los niños se iluminaban. Otros, los menos, le miraban con recelo, temerosos de que aquel plan acabara con ellos muertos en lugar de convertidos en héroes.

—Marco ha descubierto dónde se esconden esos cabrones. Lo único que tenemos que hacer es hacerles creer que uno de nosotros es una presa fácil. Les tenderemos una emboscada, y cuando estén a punto de atrapar al que haga de cebo, los demás caeremos sobre ellos y los reventaremos a palos. ¿Os acordáis de lo que hicimos para robar a aquel mercader gordo que dio el bofetón a Primo? Será algo parecido. Cuando lo tengamos, lo ataremos y le obligaremos a confesar dónde se esconden sus compinches y dónde tienen al resto de los niños.

—¿Y quién hará de cebo? —había preguntado una de las niñas.

Céfiro recapacitó. En un principio, había pensado ser él mismo quien se ofreciera para aquel papel, pero después de reflexionar se había dicho a sí mismo que el general de un ejército no podía exponerse en primera línea de batalla. No, él debía permanecer en la retaguardia, dando órdenes. Por supuesto, el que hiciera de cebo no sufriría daño alguno… pero era preferible prevenir.

—¿Algún voluntario? —había preguntado—. Pensad que el que haga de cebo será el que se lleve la mayor gloria. No me extrañaría que todos los panaderos y carniceros del barrio le ofrecieran un suministro ilimitado de comida de por vida.

El niño expuso muchos argumentos como aquel, pero ninguno de sus compañeros se decidió a ofrecerse voluntario. Como buenos supervivientes, aquellos niños de las calles de la Subura habían aprendido que hacerse el héroe antes de tiempo era un camino seguro para acabar con la cabeza rota.

O en la tumba. Ninguno estaba dispuesto a asumir el riesgo por una supuesta gloria que se les antojaba a todos lejana e irreal.

Finalmente, el propio Céfiro claudicó.

—Está bien —había dicho—. Yo haré de cebo. Pero tenéis que seguir mi plan al pie de la letra.

Todos asintieron. Tras recoger sus escasas pertenencias, salieron de la casa de Marco en absoluto silencio. Céfiro fue el último. Echó una mirada hacia la habitación de Marco, pensando en lo orgulloso que su amo se sentiría al ver que el pequeño esclavo había solucionado el problema sin ayuda de ningún adulto. Con aquel pensamiento en la cabeza, Céfiro cerró la puerta y siguió a sus compañeros escaleras abajo.

El grupo de niños, comandados por Céfiro, atravesaron las calles de la Subura como pequeñas sombras que se escurrían entre las columnas de los soportales. Todos decidieron de forma unánime que los más pequeños se quedaran con una de las chicas en un lugar seguro: una antigua herrería abandonada que muchos de ellos habían usado como refugio en el pasado. Aunque alguno de ellos protestó, el liderazgo de Céfiro bastó para imponer orden. Una vez realizada la selección, el esclavo contó con ocho niños bajo su mando. Todos ellos entre los ocho y los doce años. Suficiente para apalear a un par de encapuchados pillados por sorpresa. Los ocho niños se armaron con estacas y palos. Dos de ellos llevaban pequeños cuchillos afilados, los mismos que utilizaban para defenderse en las calles de la ciudad y que habían aprendido a manejar casi al mismo tiempo que a andar. Tenían armas, tenían un líder y tenían un plan. ¿Qué podía salir mal?

En medio de la oscuridad, Céfiro reprimió un suspiro. No quería ponerse a llorar. Estaba en una habitación extraña, a oscuras, y le dolía la cabeza. Pero no quería llorar, no quería rendirse. Si se dejaba dominar por la desesperación, su situación solo empeoraría. Tenía que ser fuerte y encontrar la manera de salir de aquel lugar. Recordar el proceso que le había llevado hasta aquella situación resultaba doloroso. Pero no podía evitar que las imágenes regresaran a su cabeza para atormentarle.

El grupo de niños no había necesitado alejarse mucho de la Subura para encontrar su objetivo. Los encapuchados habían aparecido frente a ellos en un callejón cercano al Foro Boario. La idea original de Céfiro había sido

moverse él solo por las calles, seguido de cerca por el resto de los niños, que tenían la orden de no perderle de vista pero sin dejarse ver. A ojos de aquel grupo de pequeños, el plan era sólido, casi infalible, pero desde un primer momento todo había comenzado a torcerse.

En lugar de un único encapuchado, habían sido tres figuras las que habían salido al paso de Céfiro. El niño, al ver a los tres hombres caer sobre él desde las sombras de un callejón, no había sabido reaccionar con la rapidez que había previsto. Cuando se recompuso, ya le habían agarrado por los brazos y las piernas. Uno de los encapuchados trataba de cerrarle la boca con una enorme manaza. Céfiro logró zafarse unos instantes para dar la orden de ataque.

—¡Ahora! ¡A ellos!

Céfiro esperó a que sus ocho guerreros cayeran sobre sus enemigos como leones sobre un rebaño de ovejas. Sí, eran tres los rivales a batir, y no uno como habían creído en un principio. Pero sin duda aquellos tres personajes se acobardarían al ver caer sobre ellos una lluvia de palos y puñaladas.

No obstante, nada ocurrió. Los tres hombres pudieron hacerse con Céfiro y dominarle sin problemas, a pesar de que el niño pataleó y golpeó con tanta fuerza como le permitían sus músculos todavía infantiles. A poca distancia, Ulises ladraba, sin atreverse a aproximarse demasiado a los atacantes de su nuevo amo.

—¡Ahora, pedazos de mierda, no me dejéis solo! —había logrado gritar de nuevo antes de que le cerraran la boca por completo.

Pudo girar la cabeza un poco, lo justo para atisbar lo que ocurría calle arriba. Lo que vio le dejó sin aliento. Alcanzó a ver a dos de sus compañeros, probablemente los dos más rezagados, escapando por el callejón en dirección opuesta a donde él mismo se encontraba. Ninguno de ellos miró atrás. Céfiro pudo observar cómo uno de ellos dejó caer al suelo el palo que con tanta gallardía había esgrimido un rato antes. Solo Ulises permaneció fiel a su lado, pero incluso el animal se limitaba a ladrar de forma lastimera, sin llegar a lanzar ni una mísera dentellada a los encapuchados.

El ejército de leones había resultado ser una camada de ratas asustadas. Céfiro estaba solo. Intentó gritar, pero fue inútil. Los tres encapuchados eran hombres adultos, fuertes, y no tenían reparos en golpear al pequeño cuando sus intentos de resistirse se hacían demasiado violentos. El niño no se rindió, por lo que uno de ellos sacó lo que parecía una larga estaca de metal y le dio un fuerte golpe en la cabeza.

El mundo entero se desvaneció en un estallido de luz blanca y dolor.

Un tiempo indeterminado después, Céfiro se había despertado en aquel lugar, con las ropas húmedas, el cuerpo entumecido y aquel dolor en la cabeza que le impedía pensar con claridad.

—Cabrones —murmuró mientras se llevaba la mano a los ojos y se los frotaba con fuerza—, hijos de mil putas desdentadas. En cuanto acabe con estos hijos de perra de las capuchas vais a ver quién soy yo. No vais a tener Subura para correr… Os abro las puertas de mi casa a un precio casi regalado y así es como me lo pagáis…

De alguna manera, hablar en voz alta y proferir aquellos insultos contra sus muy cobardes y traicioneros compañeros le hacía sentirse mejor. Como si el sonido de su voz tuviera el poder de quebrar aquella oscuridad impenetrable.

Se sentó, sintiendo de repente un mareo que le obligó a recostarse de nuevo. Palpó a su alrededor en busca de algo en lo que apoyarse, pero no encontró más que las losas frías del suelo. Estiró las piernas y tampoco pudo encontrar pared alguna.

—¿Estás bien? —dijo una voz cerca de él.

Céfiro volvió a sentarse, alzando los puños ante la oscuridad.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —preguntó, muy asustado. Pese a todas sus bravuconadas, seguía más cerca de romper a llorar que de la serenidad necesaria para tratar de escapar de aquel lugar.

—Cerca de ti, supongo —contestó la voz—. En medio de la oscuridad es difícil saberlo.

Céfiro bajó los puños. Era la voz de un niño, no de un hombre. Y a juzgar por el tono, estaba tan asustado como él mismo.

—¿Puedes moverte? Yo estoy atado —dijo el niño.

Céfiro volvió a intentar incorporarse. En aquella ocasión lo logró. Se sentó y respiró lentamente, tratando de aguantar los mareos. Cuando lo hubo logrado, se palpó las muñecas y los tobillos, sin encontrar ninguna cadena ni cuerda que le mantuviera atado. Estaba en una habitación a oscuras, pero podía moverse con libertad.

—Creo que puedo moverme. Sigue hablando para que pueda llegar hasta ti. ¿Sabes dónde estamos?

—No lo sé. Llevo aquí mucho tiempo. Pero como solo hay luz cuando ellos bajan y traen a otro niño, no sé exactamente cuántos días han pasado desde que me atraparon. Al principio me pasaba el tiempo llorando, gritando y llamando a mi padre. Ahora sé que no sirve de nada. Nadie vendrá a rescatarnos. Acabaremos como los demás.

Céfiro siguió la voz del niño y se arrastró a gatas por el suelo de piedra. No se atrevía a ponerse de pie por temor a que los mareos regresaran. Anduvo con las manos por delante hasta que tocó lo que parecían ser los pies de alguien.

—Eso son mis pies. Puedes sentarte aquí a mi lado. Estoy apoyado contra la pared. ¿Cómo te llamas?

—Céfiro —dijo él, tomando asiento junto al otro prisionero.

—Bonito nombre. ¿Eres esclavo o liberto?

—Esclavo.

—Qué curioso que sea yo quien lleva las cadenas… Yo me llamo Aulo. Mi padre tiene una panadería en la Subura. Tal vez la conozcas.

—¡Por el coño de Venus, ya sabía yo que tu voz me sonaba familiar! Eres el hijo del panadero. Toda la Subura anda buscándote —exclamó Céfiro, cobrando súbita conciencia de quién era su compañero de celda. Con la desaparición de aquel niño había comenzado todo el asunto de la búsqueda de los encapuchados.

—¿Conoces a mi padre? Bueno, supongo que mucha gente de la Subura lo conoce. Tal vez hasta hayamos jugado juntos alguna vez…

Céfiro recordó una ocasión en la que sus amigos y él habían asaltado al pequeño Aulo para robarle todo lo que llevara con él. El niño se había echado a llorar al instante, sin presentar resistencia. En su entrepierna había aparecido una mancha sospechosa que indicaba que el miedo le había hecho

aflojar los esfínteres. Por suerte, no parecía que el hijo del panadero recordara aquel encuentro. O al menos no relacionaba el nombre de Céfiro con el grupo de rateros que le habían asaltado.

—No, no lo creo —mintió Céfiro—. Quiero decir que conozco la panadería de tu padre, pero no creo haberte visto nunca. La verdad es que apenas salgo a la calle. Casi nunca.

—Haces bien. En la Subura hay muchos peligros. En una ocasión un grupo de chicos mayores intentó robarme. Por suerte, me enfrenté a ellos y salieron corriendo. Cuando vives en un barrio como el nuestro, uno tiene que saber defenderse de los matones.

Céfiro tuvo que ahogar una carcajada. Recordaba perfectamente los balbuceos del pequeño Aulo pidiendo clemencia mientras se meaba encima.

—Sí, hay mucho hijo de perra suelto. Como los tipos que nos han traído hasta aquí… ¿Sabes algo de ellos?

—Nada. Me atraparon una noche en la que salí un momento a llenar un cántaro de agua a la fuente que hay cerca de mi casa. Lo último que recuerdo es que alguien me sumergió en el agua y perdí la conciencia. Desperté aquí, encadenado en el mismo sitio en el que estoy. Me traen comida y agua, de vez en cuando. Pero no hablan conmigo. Entran en silencio, siempre con las capuchas puestas, hacen lo que hayan venido a hacer, y se marchan.

—¿Has estado solo todo este tiempo? —preguntó Céfiro.

—No. Había otro niño. Lo trajeron poco después que a mí. Era más pequeño que yo, y estaba muy asustado. Como yo al principio, claro. Solo gritaba y lloraba, hasta que se quedaba dormido. Hablaba en sueños, deliraba. En algún momento intenté responderle, pero creo que estaba loco. Me confundía con su madre y se echaba a llorar otra vez. Un día dejó de llorar, sin más.

—¿Crees que…?

—Sí, supongo que está muerto. Si es así, seguirá por ahí, en alguna parte de esta habitación.

A Céfiro le sorprendió la entereza con la que el pequeño Aulo hablaba de algo tan terrible como la muerte de otro niño a escasos pies de él. Por lo que había descrito el hijo del panadero, era posible que el otro prisionero

hubiera llegado malherido y que, presa de la fiebre, hubiera pasado varios días delirando hasta que su pequeño cuerpo no hubiera resistido más y se hubiera rendido. Si Céfiro no recordaba mal, el hijo del panadero había desaparecido hacía ya muchos días. ¿Cómo había resistido tanto tiempo en medio de la oscuridad? ¿Cómo no había enloquecido? Tal vez el pequeño petimetre que había conocido una tarde en una calle de la Subura se había convertido en alguien más duro para lograr superar aquella experiencia tan difícil.

—¿Qué crees que pasará con nosotros? —preguntó el pequeño Aulo—. ¿Nos dejarán aquí encerrados para siempre?

—No lo sé —respondió Céfiro. Y una vez más tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar echarse a llorar.

OceanofPDF.com

XXII

El estudio de Neóbula

Antígona, no estoy bromeando. No salgáis de casa hoy. Quédate aquí, con Aristóbulo y con tu padre. Creo que podéis estar en peligro.

La joven miró a Marco con el ceño fruncido.

—Tengo cosas que hacer, Marco. No puedo encerrarme en casa sin más.

—Un día, Antígona. Solo te pido eso. Déjame que solucione el problema que tengo entre manos.

—No veo por qué nosotros…

—Antígona, se han llevado a Céfiro. Y me han amenazado con hacerte daño también a ti.

La joven se llevó las manos al rostro, alarmada.

—¿Céfiro? No me digas que le ha pasado algo. Marco, dime que el niño está bien…

—No lo sé. Temo lo peor. Por eso el tiempo es tan importante. Tengo que hacer algo y tengo que hacerlo ya. Pero necesito saber que vosotros estaréis a salvo. Si no, no podré concentrarme. Por favor, Antígona. Prometo contarte todo en cuanto haya rescatado a Céfiro. Solo te pido un día y una noche.

La joven recapacitó. Desde el interior del apartamento se escuchaban las voces de Aristóbulo y Periandro, que charlaban animados. Era evidente que el joven liberto y el viejo maestro griego habían trabado una cordial amistad.

—Un día y una noche. Si mañana no has regresado con Céfiro, yo misma saldré a buscarlo. Tengo mis propios recursos.

—No lo dudo —dijo Marco, recordando la figura de Antígona saliendo de una casa noble en medio de la noche—. Pero me temo que este tema te supera incluso a ti.

Y veremos si no me supera también a mí, pensó.

—Márchate. Y trae a Céfiro contigo. —La joven comenzó a cerrar la puerta—. Marco, espera.

Lemurio, que ya se había girado hacia las escaleras, volvió a mirar a la hija de Periandro.

—He podido perdonarte muchas cosas. Como te dije la otra noche, no te guardo rencor por nada de lo que ha sucedido entre nosotros.

—Antígona…

—Pero si le ocurre algo a Céfiro y son tus negocios extraños los que están detrás de ello, no creo que pueda llegar a perdonarte nunca. Solo quería que lo supieras.

Y cerró la puerta. Dejó a Marco solo, en el umbral, con mil palabras que decir en la punta de la lengua. Quiso decirle a Antígona que no era culpa suya que una secta de asesinos de niños hubiera puesto sus ojos en la Subura. Que su único deseo, su única intención, había sido la de proteger a aquellos niños y tratar de calmar la angustia de un padre desesperado. Quiso decir muchas cosas, pero se vio con la boca abierta ante la puerta cerrada, y al final no pudo decir nada.

Tragó saliva. Antígona tenía razón. Si Céfiro moría, ella nunca podría perdonarle, por mucho tiempo que pasara. ¿Sería él capaz de perdonarse a sí mismo? Marco estaba seguro de que no.

Si Céfiro moría a manos de aquellos encapuchados, él tendría que cargar toda la vida con la culpa.

La puerta estaba frente a él. Cerrada, como lo había estado durante los últimos años. La madera parecía llamar a Marco, como un desafío. Ven y ábreme. Sabes que soy mucho más que una puerta de madera. Soy el umbral que da acceso a tu auténtica vida. Entra y libera al auténtico Marco Lemurio. Ábreme y reclama lo que es tuyo.

Marco estaba parado en el estrecho pasillo, con la cabeza gacha y los hombros echados hacia adelante. A su espalda se encontraba el portal de la *insula*. Frente a él, el pequeño estudio de Neóbula. En los años transcurridos desde la muerte de su madre, solo había entrado en aquel lugar en contadas ocasiones, y siempre por una necesidad imperiosa. El procedimiento había sido siempre el mismo: abrir la puerta, entrar, buscar algo con rapidez, cogerlo y escapar. Sin permitirse tiempo para sentir, para pensar ni para recrearse en los infinitos recuerdos que acechaban en cada esquina de la habitación, en cada mueble, en cada estante, en cada rollo de papiro. Marco sabía que en el momento en el que abriera uno de aquellos rollos de papiro, en el instante preciso en el que tocara uno de los muchos objetos que Neóbula había atesorado en aquel lugar… ya no habría marcha atrás. La magia le reclamaría como hijo suyo que era, y él tendría que honrar a Hécate de forma seria y adecuada, no con las triquiñuelas y medias verdades que había utilizado hasta aquel momento en su profesión.

Plantado ante la puerta del estudio, sintió que no estaba preparado. Que nunca lo estaría. De haber tenido a su madre junto a él todos aquellos años, ella habría podido guiar su proceso de aprendizaje. Le habría mantenido lejos de los errores fatales que podía cometer. Ella misma se lo había dicho en alguna ocasión. La magia no era algo que se pudiera aprender por uno mismo. El aprendiz necesitaba a un maestro. ¿Había tenido su madre un maestro que la había instruido en las artes arcanas de Hécate? Si era así, Neóbula nunca había hablado de él o de ella.

Marco no tenía a nadie. Y sin embargo la vida de Céfiro, la vida de aquel esclavo al que quería como a un hermano, dependía de que él fuera capaz de hacer uso de unas habilidades que se había negado a sí mismo durante más de una década. Las palabras de Antígona resonaban en su mente como un trueno. Si algo le ocurre a Céfiro, no seré capaz de perdonarte. Él y solo él era el responsable de la suerte del niño.

Si se daba la vuelta, si salía a la calle, si regresaba a su casa, Céfiro moriría con total seguridad. Si se animaba a entrar en el estudio y afrontaba su destino, tal vez el niño tuviera alguna posibilidad de salir con vida de aquel trance.

Tomó aire. Cerró los ojos. Dio un paso al frente. Y uno más. Y otro. Con la mano temblando, abrió la puerta del estudio de Neóbula.

Marco nunca supo explicar el motivo. Tal vez se debía a algún hechizo realizado por Neóbula antes de su muerte. Tal vez la interpretación era más racional, y simplemente se debía a la especial temperatura y humedad de aquella estancia en concreto, protegida de las corrientes de aire y de la luz solar directa. Fuera por el motivo que fuera, al entrar en el estudio de Neóbula y hacerlo con lentitud, recreándose en los olores, en los detalles, en las sensaciones, sintió como si su madre hubiera estado en aquel mismo lugar tan solo unos instantes antes de abrir él la puerta. Había un olor especial, un olor que él mismo creía haber olvidado pero que pervivía en lo más profundo de su ser. Un olor a especias exóticas, a cocina, a limpieza, en una unión imposible de explicar con palabras. El olor de Neóbula, el olor que Marco relacionaba con la infancia, con el hogar y con la felicidad. Pero además del olor había una presencia, un ambiente cargado, muy distinto del que se podría esperar de una habitación cerrada durante años. De alguna manera, Neóbula seguía presente en aquel lugar. No pudo evitar que las lágrimas inundaran sus ojos y que un nudo cerrara su garganta. Sabía que, de haber querido, no habría podido hablar. El torrente de emociones le arrastró hasta dejarlo sin palabras, casi sin respiración.

Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para obligarse a recordar a qué había ido al estudio de su madre. No había abierto aquella puerta para recrearse en el pasado, sino para asegurarse de que Céfiro tuviera un futuro. En aquella habitación, entre aquellas estanterías, estaba la respuesta a sus preguntas. En el estudio de Neóbula había tanto poder como él mismo no habría podido llegar a dominar, aunque viviera varias vidas de estudio riguroso. No podía abandonarse al sentimentalismo. Tenía que ponerse a trabajar sin demora si quería salvar a Céfiro. Cada hora que transcurriera podía resultar crucial.

Marco se permitió unos instantes para familiarizarse con la habitación. A pesar de las veces que había entrado allí en los últimos años, era sobre todo el recuerdo que conservaba desde antes de la muerte de su madre lo

que podría guiarle en la búsqueda de lo que necesitaba encontrar. El Marco niño y preadolescente había pasado en aquel estudio largas tardes, aprendiendo junto a su madre el arte de mezclar las hierbas, de desentrañar los papiros, de pronunciar las palabras adecuadas. En su momento, él había sido capaz de localizar cualquier ingrediente, cualquier rollo, cualquier objeto de cuantos su madre le permitía tocar. De hecho, el uso de casi todo lo que había en aquella habitación había estado permitido para el Marco de trece años. Todo lo peligroso, lo que escapaba a sus conocimientos, lo que la propia Neóbula temía, estaba en la habitación contigua, más allá de la pesada cortina, siempre corrida.

Miró en primer lugar el pesado cortinaje. Continuaba en su sitio, tal y como lo recordaba, protegiendo de la vista de los curiosos lo que fuera que Neóbula escondiera detrás. Recordó el sueño que había tenido días atrás, en el que él mismo había cruzado aquel umbral y había encontrado un bebé llorando al otro lado. ¿Qué era lo que había dicho la voz de su madre en el sueño? ¿O había sido su propia voz? ¿Nunca has estado en esa habitación o nunca llegaste a salir? Marco alejó aquel pensamiento de su mente. Llegaría el momento de descorrer la cortina. Si había entrado al estudio, lo haría con todas las consecuencias. Pero aquel no era el momento adecuado.

Estaba seguro de tener todo lo que necesitaba en la sala principal del estudio. Con decisión, comenzó a buscar entre los rollos de papiro apilados en las estanterías. Buscaba uno muy concreto. Uno que su madre le había enseñado, no sin antes advertirle de su peligrosidad y del respeto con el que debía tratar su contenido. De no haberse visto en una situación como aquella, jamás habría recurrido a aquel papiro. No quería jugar con determinadas fuerzas oscuras, que ni conocía ni por supuesto controlaba. De todos modos, no le quedaba más remedio que hacerlo.

Tenía que averiguar dónde se escondían los encapuchados que habían secuestrado a Céfiro. Ya no había tiempo de recorrer la orilla del Tíber en busca de un viejo templo en el que aquella extraña secta pudiera estar ocultándose. Aquello le habría llevado días, puede que semanas. Existían formas de averiguar algo así mucho más rápido, formas oscuras y peligrosas, que suponían abrir puertas que resultaban difíciles de cerrar después. Marco se preguntó a sí mismo por qué no había tomado aquella

determinación antes. ¿Valía más la vida de Céfiro que la del resto de los niños desaparecidos? La respuesta, tan dura y cruel como podía resultar, era un rotundo sí. Por un grupo de niños desconocidos Marco no se habría atrevido jamás a manipular las fuerzas que se disponía a desatar. Pero por Céfiro… habría entrado en el inframundo y se habría colgado de los cojones de Cerbero solo por asegurarse de que el niño estaba a salvo.

Finalmente, encontró lo que buscaba. Un rollo de papiro amarillento, de aspecto frágil y quebradizo. Lo abrió con sumo cuidado, lentamente, tal y como su madre le había enseñado que debían tratarse aquellos materiales. El papiro que tenía entre sus manos era muy viejo. Neóbula no había sabido decirle cuánto, pero desde luego más que ella misma, más que la propia Roma tal vez. Estaba escrito en varias columnas, interrumpidas de forma ocasional por algún dibujo, de un símbolo, de una figura, de un conjunto de letras y signos dispuestos formando caprichosos dibujos. Un profano que hubiera tratado de leer algo en aquel papiro no habría encontrado más que caracteres griegos unidos sin sentido, formando palabras sin conexión alguna. Marco conocía la clave para descifrar aquel galimatías. Su madre le había hecho practicar una y otra vez, no sobre aquel papiro en concreto, pero sí sobre otros muy semejantes encriptados de la misma forma.

Con el papiro entre sus manos, Marco tomó asiento en la mesa de su madre. La misma mesa en la que Neóbula había trabajado largas horas y había atendido a sus clientes. La luz que entraba desde el portal no le bastaba para leer, de modo que encendió una lucerna, con cuidado de mantener la llama lejos del papiro. Una pequeña chispa podía hacer que aquel valioso manuscrito ardiera en cuestión de segundos.

Comenzó a leer, despacio primero, con dificultad, pero notando casi de inmediato cómo la agilidad regresaba a su mente entumecida. Llevaba demasiado tiempo, más de una década, sin enfrentarse a un texto de aquella dificultad. El griego en el que estaba escrito tenía vagas reminiscencias de la lengua de Homero, con su peculiar mezcla de dialectos, y pese a ello era totalmente diferente. Aquel era el lenguaje de la magia, plasmado en un griego peculiar por hechiceros desde la noche de los tiempos, del mismo modo que había sido plasmado en egipcio y en otras muchas lenguas ya olvidadas por los hombres. Se encontró con palabras que él mismo no

habría sido capaz de traducir al latín. Simplemente, la lengua de los latinos no contaba con términos adecuados para expresar aquellas ideas. Marco no las necesitaba. Comprendía su sentido y, sobre todo, era capaz de pronunciar los fonemas necesarios de forma precisa en caso de ser necesario.

En medio de la lectura, sus ojos se toparon con un dibujo cuya visión produjo en él un escalofrío. Era apenas un garabato esquemático, difícil de interpretar si no se sabía lo que se estaba mirando. Una figura tumbada, consistente en un torso triangular y cuatro líneas que remedaban unos brazos y unas piernas. La cabeza del muñeco estaba representada con algo más de detalle, aunque no dejaba de ser un simple esbozo. Dos cruces representaban los ojos y un círculo grande y grotesco para el tamaño de la cabeza representaba la boca. Y de aquel círculo, de aquella boca abierta de forma antinatural, salía otra figura. Una criatura de largos brazos acabados en dos garras, con una cabeza que recordaba a la de un lobo, con dientes afilados. La criatura que salía de la boca del individuo tumbado parecía mirar y sonreír al lector. Marco pasó el dedo con cuidado sobre el dibujo.

—Hacer que los muertos hablen… —murmuró—. Porque los muertos lo saben todo, el pasado y el futuro, el presente, los recuerdos y el porvenir. Y si uno sabe hacer las preguntas adecuadas… los muertos te ofrecerán sus respuestas.

Marco perdió la noción del tiempo. Leyó y releyó pasajes durante horas. Memorizó algunas partes, las repitió en voz baja, casi en susurros, varias veces, para asegurarse de que no erraba ninguna sílaba, ningún acento, ninguna vocal breve o larga. Cada sonido era esencial para lograr el objetivo deseado. Un solo fallo de pronunciación, solo uno, podía arruinar el resultado del hechizo. Lo mejor que podía ocurrir en ese caso era sencillamente que no pasara nada. Pero las posibilidades de que ocurrieran cosas diferentes a las deseadas por el conjurador eran demasiado altas como para permitirse un fallo.

Las horas pasaron en el exterior del estudio, pero en su interior era como si el tiempo no trascurriera. Para Marco solo existía el rollo de

pergamino que tenía ante él, el volumen que enrollaba y desenrollaba, buscando pasajes, recorriendo las columnas de texto con el dedo y con los ojos. En aquella lectura, se había reencontrado con una parte de él mismo a la que se le había negado la existencia en demasiadas ocasiones.

En su pecho, la lágrima de Perséfone se había convertido en una pequeña brasa incandescente. Sin embargo, Marco, ensimismado como estaba, no lo percibió.

Solo cuando estuvo completamente seguro de tener en su memoria toda la información que necesitaba, devolvió el rollo al estante. No podía llevarlo con él. Todo lo que de útil había en aquel volumen tenía que ir grabado en su mente. Una vez dejó el papiro en su lugar, tomó un pequeño saco vacío de otra de las estanterías y comenzó a guardar cosas en él. Gracias a la diosa Fortuna, Neóbula había tenido bien surtida su propia despensa en el momento en el que le había sorprendido la muerte, más de quince años atrás. Algunos de los productos que guardaba en cajitas, redomas y saquitos eran ya inservibles. Otros, en cambio, habían soportado el paso del tiempo de forma asombrosa. Como si en aquella habitación el tiempo trascurriera de otra forma, más lento, más pausado. Marco no descartaba que su madre hubiera logrado de alguna manera que algo así fuera posible.

Respiró aliviado al ver que contaba con todo lo que necesitaba. En realidad, el hechizo que se disponía a realizar aquella noche no tenía grandes dificultades materiales. Los ingredientes necesarios no eran complejos de conseguir. No para un hechicero que supiera dónde buscarlos. Era en las palabras y su entonación adecuada donde radicaba la dificultad de aquel conjuro. Y, por supuesto, en el riesgo que entrañaba todo el proceso.

Con el saquito lleno, Marco salió del estudio de su madre tras apagar la lucerna de aceite. Fue entonces, al cerrar la puerta detrás de él, cuando cobró conciencia del tiempo que había pasado. En el portal ya solo entraba una luz anaranjada, propia del atardecer. Había pasado el día sumergido en aquel papiro, sin comer, ni beber. Pero no sentía hambre ni sed. Solo un nudo en la garganta, fruto del nerviosismo y el miedo ante la incierta situación de Céfiro. Pero había algo más en su interior. Un sentimiento que

pugnaba contra el temor y la ansiedad. Era un punto de disfrute, de goce ante lo que tenía entre manos. Había una parte de Marco que estaba disfrutando enormemente con todo aquel proceso, y que estaba deseando continuar adelante para averiguar los efectos de aquel hechizo y comprobar si su habilidad como mago estaba a la altura.

Ya quedaba poco. El hechizo debía realizarse cuando el sol se hubiera puesto del todo. Y en un lugar muy concreto: una encrucijada de caminos. Marco salió a la calle y respiró hondo. El atardecer había caído sobre Roma. Su callejón estaba desierto, como de costumbre a aquellas horas. Volvió a respirar. Las palabras mágicas, poderosas, bullían en su cabeza, deseando ser pronunciadas. En el saco tenía los ingredientes necesarios. Solo le faltaban dos cosas. Dos hombres que le ayudarían a lograr su objetivo. Un hombre vivo y un hombre muerto.

Marco sabía bien dónde encontrarlos a ambos.

Por primera vez en aquel día se dio cuenta de la temperatura que había alcanzado la lágrima de Perséfone en su pecho. Se llevó la mano al colgante, aprisionándolo en su palma.

—Paciencia. Esta noche saldremos de caza.

OceanofPDF.com

XXIII

Un hombre vivo y un hombre muerto

Marco aporreó con fuerza la puerta de servicio de la *domus* de Varrón. Como era habitual en aquella casa señorial, y más aún desde que en Roma habían estallado los enfrentamientos entre bandas rivales, todas las entradas estaban cerradas desde que el sol había comenzado a caer. Solo alguien de mucha confianza podría franquear aquellas puertas. Marco sabía que él era una de aquellas personas.

Normalmente era al amo de la casa al que acudía a ver cuando se presentaba ante aquellas puertas. Sin embargo, en aquella ocasión Marco no buscaba a Varrón. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que el noble senador hubiera regresado a la ciudad. No importaba. Ni los conocimientos de Varrón, ni sus muchas conexiones sociales, ni su dinero le habrían servido de nada a Marco en aquel momento. Era otra persona a la que buscaba. Un hombre que pusiera el músculo que él mismo no tenía y que sin duda sería necesario para llevar su plan a buen término.

Golpeó de nuevo la madera y entonces respondió una voz. Por suerte, la voz del hombre al que estaba buscando.

—¿Quién llama a estas horas? Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie hasta el amanecer.

—Quinto, soy Marco Lemurio. ¿Me recuerdas?

Por un momento, Marco temió que el gigante que le había salvado la vida días atrás, cuando los hombres de Tito Pomponio le habían asaltado en una calleja, hubiera olvidado quién era. Quinto había resultado ser un hombre afable, gran compañero con el que compartir un vaso de vino y guardaespaldas infalible. Aunque, según recordaba Marco, no destacaba

precisamente por una inteligencia aguda. Si su memoria era también escasa, Marco tendría un problema.

—Lemurio, claro que te recuerdo. ¿Quieres entrar? Te abro ahora mismo. No quiero que vuelvas a acordarte de mi madre como la noche en la que nos conocimos.

Quinto se echó a reír al otro lado de la puerta y Marco esbozó una sonrisa. Al menos el antiguo legionario y gladiador le recordaba.

El enorme portón se abrió, y al otro lado, con una gran sonrisa, le recibió el portentoso vigilante nocturno. Marco observó a Quinto de arriba a abajo. Era más grande de lo que recordaba. Su cuerpo era una mole de músculos, con brazos casi tan anchos como el torso del propio Marco. Y aquella montaña era, además, capaz de manejar la espada como si el hierro fuera una extensión de su propia mano. Justo el hombre que buscaba.

—Pasa, haré llamar al atriense. Creo que aún no se ha acostado. ¿Qué tal estás? ¿Has vuelto a tener un mal encuentro en las calles? Trasíbulo insistió mucho en que me fuera a vigilar el portal de tu casa, pero el atriense no me dio permiso. Creo que a ese viejo no le caes muy bien, Lemurio…

—No hace falta que lo jures… No, Quinto, hoy no vengo a ver a tu amo, ni a Trasíbulo. En realidad, es a ti a quien busco esta noche. Necesito tu ayuda. Estoy en una situación complicada, y me vendría bien un hombre de tus… habilidades.

—Quieres decir un tipo capaz de componer versos a la forma de los poetas griegos —preguntó Quinto, con una carcajada, y dio una palmada en la espalda de Marco que a punto estuvo de tirarlo al suelo.

—Para ser exactos —dijo Marco recomponiéndose del amistoso golpe —, lo que necesito es tu habilidad con la espada. Nunca he visto a nadie luchar como tú.

—Sí, suponía que te referías a eso. Nadie me busca por mis versos. Será porque no sé escribir ni leer.

El gigante volvió a echarse a reír, desesperando a Marco. No tenía tiempo de bromas simplonas.

—¿Puedes venir conmigo sin más o tienes que pedir permiso a tu amo?

Quinto dejó de reír y se llevó un dedo a la cabeza para rascársela.

—Veamos. Trasíbulo me dijo que me encargara de tu seguridad ante todo. Pero el jodido atriense quiere que pase toda la noche junto a esta puerta. Sospecho que el atriense tiene más poder que Trasíbulo, aunque en esta casa el escriba parece ser quien toma las decisiones importantes en ausencia del amo…

—Ve y pregunta a Trasíbulo si pueden prescindir de ti esta noche. Es un asunto de enorme importancia, y estoy seguro de que tu amo no querría que me enfrentara a él yo solo. Si te conceden el permiso, vuelve con tus armas. Temo que habrá que derramar sangre.

—¿Cuántas armas? —preguntó Quinto, sin poder evitar un destello de ilusión en sus ojos. El gladiador retirado que había en él sentía nacer la emoción del combate inminente.

—Tantas como puedas llevar contigo sin dejar de sentirte cómodo. Antes de que llegue el momento de usarlas tendrás que ayudarme con otro asunto… y es probable que tengas que cargar con algo pesado.

Quinto asintió y echó a correr por el patio. Aunque no tardó mucho en regresar, a Marco se le antojó una eternidad. La noche cada vez era más cerrada, y las últimas luces del atardecer ya habían desaparecido en el horizonte. Cada instante de más que tardaran podía resultar crucial para el destino de Céfiro.

Cuando regresó lo hizo acompañado de Trasíbulo, el escriba. El gigante iba pertrechado con lo que parecía ser una coraza de cuero endurecido, unas muñequeras y unas grebas del mismo material. Además, de su cintura colgaba la vaina de una enorme espada. Marco reconoció que Quinto tenía un aspecto portentoso con aquella armadura ligera. Por un momento pensó en la sensación que causaría al enemigo ver a aquel hombre avanzar cubierto con la panoplia completa de legionario. Las legiones de Roma habían perdido un gran efectivo el día en que aquel hombre había decidido desertar.

—¿Hay algún problema, Marco Lemurio? —preguntó el escriba, visiblemente alarmado—. Mi amo aún no ha regresado a Roma, pero lo hará en los próximos días.

—Necesito que Quinto me ayude con un asunto. Nada grave —mintió.

—Nada grave… —repitió el escriba—. Si te ocurre algo, mi amo se mostrará muy disgustado. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. No quiere que su fuente de información se le muera antes de tiempo. Como ya le dije a él en alguna ocasión, yo tampoco tengo prisa ninguna por hacerme matar, así que podéis estar tranquilos todos. Pero lo cierto es que hoy tengo un poco de prisa, así que si pudiéramos abreviar…

—Creo que no has entendido el alcance de mis palabras. Si lo necesitas, puedo poner en tus manos un pequeño ejército para que solucione cualquier problema que te haya podido surgir. El nombre de Marco Varrón abre muchas puertas. Y las que no se abren ante el suyo, lo hacen ante el de Pompeyo Magno. Si es ese Tito Pomponio quien te está molestando otra vez…

—No, no es Tito Pomponio. Ese asunto está solucionado por el momento. Solo necesito que Quinto venga conmigo. No tengo tiempo de convocar a ese ejército del que hablas.

—Como quieras —respondió el esclavo—. Quinto, cuida de que a Marco no le ocurra nada. Te hago responsable de su seguridad. Obedece todo lo que te diga, pero sobre todo evita que corra peligro.

Quinto asintió con seriedad. Cualquier rastro de burla que podía haber habido en su rostro cuando había abierto la puerta a Marco, se había esfumado por completo.

—Solo yo soy responsable de mi seguridad —intervino Marco.

Trasíbulo no dijo nada más, pero con una mirada dejó claro al enorme esclavo que sería él quien pagaría las consecuencias del enfado de Varrón si Lemurio resultaba herido o muerto.

—Puedes venir tú también si quieres, Trasíbulo, si tanto temes por mi suerte —retó Marco, a sabiendas de que el escriba no aceptaría.

—Dudo que sean mis habilidades con el cálamo lo que necesitas esta noche, Lemurio. Ten cuidado. Y como siempre, regresa para contárnoslo.

El escriba esbozó una enigmática sonrisa. Aquel hombre, que siempre se había mostrado cerrado y frío durante sus entrevistas con Varrón, dejaba entrever un atisbo de humanidad e interés.

—Vámonos —dijo Marco. Y Quinto obedeció sin rechistar.

Caminaron un buen rato en silencio por las calles de Roma. Quinto había asumido la actitud prudente y reservada de un soldado veterano que aguardaba órdenes para cumplirlas sin lugar a réplica. Marco iba sumido en sus propios pensamientos. En su cabeza bullían las palabras que había memorizado, chocando con su preocupación por la suerte de Céfiro y el temor de estar equivocándose en las decisiones tomadas. Trasíbulo le había ofrecido un ejército, y Marco estaba seguro de que, con el tiempo suficiente, el escriba habría sido capaz de movilizar uno. Varrón era aliado de Gabinio, pues ambos estaban bajo la aureola protectora de Pompeyo. Aquello quería decir que todos los *collegia* al servicio del tribuno de la plebe podían actuar bajo las órdenes de Varrón en el momento en que este lo deseara y Pompeyo diera el visto bueno. ¿Había hecho bien Marco en rechazar aquella formidable fuerza de choque? De haber contado con tiempo, tal vez habría sido una buena solución. Pero era tiempo precisamente lo que no tenía.

Marco miró a su lado y observó a Quinto de reojo. Aquel hombre había resultado un espadachín extraordinario, capaz de derrotar con su arma a cuatro hombres sin apenas romper a sudar. Marco no dudaba de su habilidad con las armas. Lo que temía era que echara a correr al presenciar las fuerzas que él mismo se disponía a desatar. El tiempo de la espada llegaría. Pero antes, era el turno de la magia.

—Quinto, detengámonos un momento.

El hombretón obedeció. Como si Marco fuera un oficial y él un legionario, se cuadró ante él.

—En primer lugar, no hace falta que hagas eso. Me pone nervioso verte tan estirado y serio.

Quinto relajó los hombros ligeramente… y no hizo nada más. El tiempo en las legiones y los largos años de entrenamiento como gladiador habían dejado marcado en él una impronta de disciplina de la que no era capaz de librarse. Había recibido la orden de obedecer a Marco Lemurio, y eso sería lo que haría.

—Bien… Supongo que algo es algo. Antes de que continuemos con esto quiero que sepas a lo que nos enfrentamos. Un grupo de locos ha estado secuestrando niños en la Subura. Sospecho que son sacerdotes o fieles de un culto al dios Baco, pero no estoy seguro de esto. Visten túnicas con capuchas que les ocultan el rostro. Traté de enfrentarme a ellos y calculé mal… El caso es que ahora han secuestrado a mi esclavo, un niño de diez años. Céfiro… es como un hermano para mí. Necesito salvarlo, Quinto. Cueste lo que cueste. Por eso necesito tu ayuda.

Quinto siguió mirándole a los ojos, sin decir nada. Inexpresivo, como si no hubiera escuchado nada de lo que Marco acababa de decirle.

—¿No tienes nada que decir? ¿Ninguna pregunta?

El esclavo frunció el ceño.

—Sí, tengo una pregunta.

—Adelante.

—Esos encapuchados… ¿Son hombres de carne y hueso? Quiero decir que no son fantasmas ni nada parecido, ¿no?

Marco asintió.

—Tan humanos como tú y como yo.

—Entonces no hay más que hablar. Si puedo tocarlo, puedo matarlo. Dime dónde están y rescatemos a ese esclavo tuyo.

—Puede que sean muchos…

Quinto sonrió.

—En una ocasión, en unos juegos en Pompeya, el lanista que por entonces era mi amo intentó librarse de mí. Decía que había sido insolente con su esposa. Que la había mirado con lascivia. Como si alguien pudiera mirar a ese jabalí peludo con lascivia… En fin, me ofreció a un magistrado de Pompeya para unos juegos que estaba organizando. Este gigante contra otros quince gladiadores, le dijo. Le aseguró que mataría como mínimo a cinco antes de caer. El magistrado aceptó y pagó mucho dinero para que yo combatiera contra aquellos quince desgraciados.

Quinto guardó silencio. Marco aguardó el final de la historia, pero su compañero se limitó a seguir mirándole a los ojos.

—¿Y qué pasó? —preguntó desesperado.

—Estoy aquí contigo, ¿no? Ya puedes imaginarte lo que pasó.

Marco asintió. Con seguridad, Quinto había logrado acabar con sus quince oponentes en la arena, frustrando los planes de su amo y logrando que el público enloqueciera con él. Podía imaginarse a aquel gigante atravesando con sus armas a un rival tras otro mientras esquivaba sus ataques con agilidad. Marco no era aficionado a las luchas de gladiadores, como no lo era del teatro, ni de las carreras de carros, pero imaginó que el espectáculo de Quinto en el esplendor de su poderío físico luchando en la arena debía de ser algo digno de verse.

—Si puedo tocarlo, puedo matarlo —repitió el antiguo gladiador—. No hay más. Otra cosa es que nos mezcláramos con asuntos de brujería y cosas así. En ese caso, seguramente verías mi culo alejarse hacia el horizonte, porque me cagaría de miedo.

—Respecto a eso… Bien, sigamos caminando. Más adelante te daré más detalles.

Por el momento, Quinto sabía en qué consistía la misión que tenía por delante. El modo en el que lograrían llevarla a cabo lo conocería antes de lo que él mismo esperaba.

Continuaron caminando durante un rato, ya con la luna alta y llena en el cielo. La noche acababa de comenzar, y se cruzaron en su camino con muchas personas que regresaban a sus casas o marchaban a las tabernas y prostíbulos a festejar que habían llegado con vida para ver un nuevo ocaso.

—Vamos al Campo de Marte —se permitió decir Quinto.

—Esa será nuestra primera parada, sí.

Marco y Quinto atravesaron el foro a buen paso. Pasaron por las calles que unían la parte baja del Capitolio con el río y finalmente desembocaron en la enorme explanada sin urbanizar que constituía el Campo de Marte. Estas tierras, consagradas al dios de la guerra a comienzos de la época republicana, ocupaban una gran llanura en el lugar en el que el Tíber formaba una amplia curva hacia el este primero y hacia el oeste después. Aquella consagración impedía que se pudieran erigir edificios en el Campo de Marte, un espacio dedicado a los ejercicios militares, las levas y, ante todo, las votaciones de las tribus y las centurias. Durante el día, la llanura estaba llena de jóvenes entrenándose en el ejercicio de las armas, a la espera

de comenzar su auténtica carrera militar. Por la noche, en cambio, el Campo de Marte estaba completamente desierto.

Los dos hombres dejaron a un lado el espacio dedicado a las votaciones y se dirigieron hacia el río.

—Reconozco que no sé dónde me llevas. ¿Se esconden por aquí esos encapuchados?

—No. Vamos a averiguar primero dónde se ocultan.

Quinto asintió, guardándose las ganas de preguntar cómo iban a averiguar nada en medio de aquel campo desierto.

Marco sabía muy bien adonde se dirigía. En sus investigaciones, Céfiro le había contado que los esclavos públicos habían estado apilando en un extremo del Campo de Marte los cuerpos de los muertos en las luchas callejeras que se habían desatado días atrás. Aunque algunas familias se habían molestado en buscar y hacerse cargo de sus muertos, otros muchos no habían tenido tanta suerte, por lo que los ediles habían dado orden de que los cuerpos fueran recogidos, amontonados e incinerados en una gran pira en algún punto fuera del *pomerium*. No habría lápidas, ni libaciones ni palabras de despedida para aquellos desgraciados asesinados en nombre de una facción senatorial o la contraria. Roma era grande y los caídos se contaban por centenares en todos los barrios de la Urbe, motivo por el cual el pequeño grupo de esclavos públicos destinados a esta tarea avanzaba con grandes dificultades.

No tuvieron que andar mucho para encontrar lo que buscaban. El olor del montón de cuerpos les golpeó antes de que la truculenta escena se presentara ante sus ojos. Una enorme montaña de cadáveres en diferente estado de putrefacción. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. La muerte no había hecho distinción alguna al caer sobre ellos. Una nube de moscas volaba y se posaba sobre los ojos, los labios, los torsos y los miembros de aquellos desgraciados sin nombre. La montaña de cadáveres se encontraba medio oculta por un pequeño bosquecillo que había crecido cerca del Tíber. La proximidad del río hacía que los insectos fueran incluso más habituales de lo que habría sido de esperar ante un montón de carne pudriéndose como aquel en plena época estival.

Marco arrugó la nariz y tuvo que reprimir una arcada ante el olor a muerte y podredumbre que reinaba en aquel lugar. Estaba acostumbrado a usar ingredientes desagradables en algunos de sus hechizos, pero la visión de aquel espanto era peor de lo que había podido imaginar. Observó, muy a su pesar, que entre los cuerpos había niños muy pequeños. Algunos que apenas habrían acabado de echar a andar. ¿Quién podía haber acabado con la vida de una criatura así? ¿En nombre de qué ley, de qué carestía de trigo se podía cometer un crimen semejante? Las arcadas volvieron a acometerle, y tuvo que doblarse sobre sí mismo y llevarse la mano a la boca para evitar que su estómago dejara salir al exterior el poco alimento que había ingerido aquel día.

Quinto, más acostumbrado a mirar a la muerte cara a cara, apenas frunció el ceño con desagrado. En su época como legionario, en plenas guerras civiles entre Mario y Sila, había visto escenas muy parecidas. Aquel montón de cadáveres solo se diferenciaba de lo que podía verse al día siguiente de una batalla en la presencia de mujeres y niños. Por lo demás, el olor era el mismo.

—¿Para qué hemos venido aquí? —preguntó, cada vez más confundido.

—Necesito uno de esos cuerpos. No me preguntes por qué. Te lo explicaré más adelante. ¿Puedes…?

Quinto asintió. Cada vez le costaba más reprimir las preguntas que le surgían en su cabeza, pero consiguió aguantarlas. Había recibido órdenes y las cumpliría.

—¿Alguna preferencia?

—El de un hombre. Joven, a poder ser. Y que no esté muy… ya sabes. Que no se caiga a pedazos cuando lo movamos.

Quinto asintió. Se acercó a aquel montón de despojos y buscó un cuerpo con las características que Marco había detallado. Tenía dónde elegir, ya que los hombres jóvenes eran con diferencia el grupo mejor representado entre los seres humanos que en aquella montaña aguardaban a que un esclavo les prendiera fuego y diera descanso a sus almas.

—Quinto —dijo Marco, unos pasos más atrás. El enorme esclavo se dio la vuelta—. Asegúrate de que tenga la mandíbula sin dañar. No me sirve si tiene la boca rota.

—Por todos los hijos de la puta Juno… —murmuró entre dientes—. Qué querrá hacer con la boca de un muerto…

Por la cabeza de Quinto pasaron todo tipo de ideas, a cada cual más truculenta. Marco le había parecido un buen tipo la noche en la que le había conocido. Un hombre con principios, en el que se podía confiar y con el que se podía beber un vaso de vino sin temor. Sin embargo, aquella idea cada vez se tambaleaba más en su cabeza. A medida que Marco le pedía cosas cada vez más siniestras, Quinto comenzaba a convencerse de que aquel tipo que en tan alta estima tenía su amo Varrón estaba loco de remate.

Finalmente, encontró lo que Marco quería. Un hombre joven, con el rostro sereno y sin aspecto de haber sido golpeado. Tenía una mata de pelo espesa y negra, y unos brazos fornidos de músculos marcados. Quinto lo tocó con recelo al principio. Estaba frío, como correspondía a un cadáver, pero aún no había empezado a descomponerse de forma irremediable. Hombre, joven, con la boca intacta. Era más que suficiente. Con cuidado, Quinto le dio la vuelta y lo alzó en brazos, descubriendo al instante cómo había muerto aquel desgraciado. Una enorme herida de lo que parecía ser un objeto contundente le había machacado la parte trasera de la cabeza, convirtiendo su cráneo en un amasijo de huesos y sesos.

El antiguo gladiador se acercó a Marco con el cuerpo sobre sus fornidos brazos.

—¿Te lo llevo a casa o es un regalo para esos encapuchados? —preguntó con sorna.

—Sígueme. No iremos lejos. Si te cansas, avísame.

El hombretón no respondió. Si uno se olvidaba de que lo que llevaba en sus brazos había sido un ser humano, no resultaba demasiado pesado para lo que sus bíceps eran capaces de soportar, aunque la rigidez de la muerte hacía que resultara incómodo de transportar, ya que sus articulaciones no se doblaban. Quinto pensó que era como llevar un enorme fardo de leña mojada.

Marco y su acompañante dejaron a sus espaldas la montaña de cadáveres. Como había dicho Lemurio, no se alejaron mucho. En paralelo al río, esquivando y atravesando los bosquecillos de ribera y los pequeños

prados, transcurría un sendero de tierra. Caminaron por él un rato hasta que Marco levantó la mano, indicando a Quinto que se detuviera.

—Este lugar servirá.

Quinto miró a su alrededor. No había nada de particular en aquel lugar. A su izquierda, la vegetación se espesaba hasta llegar al río. A su derecha, una llanura de hierba alta que daba al Campo de Marte. Frente a él, el sendero por el que habían llegado. Un camino que precisamente en aquel lugar se bifurcaba en dos, de forma que uno de sus brazos continuaba en paralelo al río y el otro se adentraba en la planicie, hacia el centro de la ciudad. Justo en el sitio en el que los dos caminos se separaban había una modesta piedra en la que, según Quinto pudo ver bajo la engañosa luz de la luna, había una serie de relieves viejos y desgastados.

—Deja el cuerpo ahí, justo frente a la piedra.

Quinto obedeció. Depositó el cadáver boca arriba, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo.

—Confieso que me sentiría más cómodo si me explicaras qué está ocurriendo aquí. No entiendo la relación de este pobre muchacho muerto y tus misteriosos encapuchados. Por Venus que empiezo a pensar cosas raras, Lemurio.

—Quinto, necesito que confíes en mí. Sé que no nos conocemos desde hace mucho. De hecho, solo nos hemos visto una vez… Pero esta noche es necesario que dejes de lado tus miedos y creas en lo que voy a contarte. Antes me dijiste que si te veías envuelto en cosas de brujería echarías a correr. Te pido que me escuches y después tomes una decisión. Yo solo no habría sido capaz de traer este cuerpo hasta aquí, y lo necesito para averiguar dónde se esconden los secuestradores de niños de los que te he hablado. Lo creas o no, este muerto va a decirme dónde están.

Quinto resopló.

—¿Me tomas por un idiota? ¿Es esto una broma para vengarte porque no te dejé pasar la otra noche? Lemurio, si crees que mi madre crio a un tonto, te aseguro que…

—Ni te tomo por un idiota ni creo que tu madre haya criado a un tonto. Lo que va a suceder aquí a continuación es algo que muy pocos hombres han visto. Te prometo que, si salimos vivos de esta, te explicaré todo lo que

quieras saber y responderé todas tus preguntas. Esta noche, solo te pido confianza. Aléjate hasta ese grupo de árboles y no te muevas de allí. Veas lo que veas. Oigas lo que oigas. No te acerques, no intervengas, hasta que yo te lo diga. Aunque creas que estoy en peligro, algo que tal vez ocurra, no saques la espada ni intentes defenderme, porque tus armas no servirán de nada en este lugar. ¿Me has entendido, Quinto?

El enorme esclavo seguía convencido de que Marco le estaba tomando el pelo. Temía que en cualquier momento el resto de los siervos de Varrón salieran de entre los árboles riéndose y burlándose de él. El tonto de Quinto que había llevado un cadáver hasta aquella encrucijada. El tonto de Quinto que se había creído que Marco Lemurio era capaz de hacer hablar a los muertos.

—Si es una broma…

—No lo es. Ojalá lo fuera.

Quinto se encogió de hombros y caminó unos pasos hasta los árboles que Marco le había indicado.

—Recuerda. Pase lo que pase, no intervengas.

Marco no esperó a que el esclavo le respondiera. Se dio la vuelta, cerró los ojos, se dejó caer de rodillas junto al cadáver, y se abandonó al poder de la magia.

OceanofPDF.com

XXIV
La voz de los muertos

En el momento exacto en el que Marco comenzó a pronunciar las palabras que con tanto esmero había memorizado en el estudio de Neóbula, una pequeña nube se interpuso frente a la luna. La oscuridad aumentó de forma súbita. Como si la diosa Selene hubiera preferido apartar la mirada ante lo que estaba a punto de ocurrir, el Campo de Marte quedó sumido en tinieblas. Casi al mismo tiempo, una suave brisa comenzó a correr desde el lecho del río, sacudiendo las copas de los árboles.

Marco no fue consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor. El primer paso para realizar un hechizo de la complejidad del que tenía entre manos era dejar su propia mente en blanco. Aislarse del mundo que le rodeaba. Apartar sentimientos, miedos, ideas, odios y sensaciones físicas. Tenía que hacerse uno con las palabras que iba a pronunciar. Dejar que fluyeran hacia el exterior y, de alguna manera, fluir él con ellas.

En su pecho, una vez más, la lágrima de Perséfone comenzó a calentarse, alcanzando una temperatura que produjo una leve quemadura en la piel de su portador. Marco tampoco se dio cuenta de ello.

Abrió el pequeño saco que había llevado con él y dispuso a su alrededor todo lo que necesitaba. Dos redomas, un grupo de sacos más pequeños. Cuando terminó, inspiró con profundidad. Y se dispuso a comenzar.

Tenía los ojos cerrados, los brazos extendidos y las palmas abiertas.

—Euménides, Estigia impía, Oreo, Caos y Érebo. Hécate, de tres rostros, señora. Perséfone, reina, Proserpina, reina. Tengo en mi mano tu sandalia de bronce. Tengo en mi mano tu granada maldita. Guardianes de la oscuridad, señores de la muerte. Marco Lemurio, hijo de Neóbula, os

conjura y os suplica, os ata y os conmina. Abrid las puertas de las mansiones negras, dejad que vuelva lo que se marchó. Haced lo que os pido. Haced lo que os ordeno. —Marco abrió los ojos—. *Leth amoumamourtermio. Bathetopoth, bain, chooch. Anibo mysagaoth. Ablanathanalba. Ablanathanalba*.

A medida que repetía aquellas palabras sin sentido, su voz se iba haciendo más grave, hasta llegar a convertirse en casi un rugido bestial.

Abrió la boca del cadáver. La rigidez de la muerte le obligó a emplear todas sus fuerzas para separar los dientes del difunto, que en los estertores de la muerte debía de haber apretado las mandíbulas con fuerza. Cuando lo consiguió, Marco tomó con la mano izquierda una pizca del contenido de uno de los sacos, lo que parecían astillas muy finas de madera. En la palma de la mano derecha escupió un salivazo, y mezcló con cuidado el contenido de las dos manos. Con cuidado de que nada cayera fuera, dejó caer la sustancia en la boca del muerto. Repitió la misma operación con las sustancias que había en los otros saquitos y en una de las redomas, escupiendo cada vez en su propia mano y mezclándolo todo después. Mientras lo hacía, murmuraba una y otra vez las mismas palabras.

—*Anibo mysagaoth. Ablanathanalba. Ablanathanalba*.

Echó en su propia boca el contenido de la segunda botella. Al caer el líquido sobre su lengua, Marco se retorció sobre su propio cuerpo, aguantando un espasmo. Luego logró controlarse y, muy lentamente, se inclinó sobre el cadáver, como si fuera a besarlo. Con cuidado de que sus labios no tocaran los del muerto, Marco dejó caer saliva de su propia boca a la boca abierta del cuerpo. El hechicero volvió a su posición, de rodillas, con las manos extendidas.

—Detened, diosas del inframundo, el camino del alma que requiero. Que Caronte dé la vuelta a su barca con hábil remo. Que Cerbero no le franquee el paso. Que se le cierren las puertas de las mansiones de Plutón. Este servicio os pido. Marco Lemurio, hijo de Neóbula, que tanto os debe y al que tanto debéis. Guardián celoso de vuestros secretos he sido. Aprendiz sumiso de tus artes, Hécate de tres rostros. Devolved esta alma al cuerpo que abandonó. Con sangre de un gallo negro os lo pido. Con restos de una cruz os lo pido. Con hierbas arrancadas de Trofonio os lo pido. Con ojos de

ibis os lo pido. Con lágrimas de una virgen os lo pido. Devolved esta alma a su cuerpo mientras yo lo necesite. —Marco sacó su propia daga y se hizo un corte en el brazo izquierdo, que comenzó a sangrar de inmediato. Puso la extremidad herida sobre el rostro del muerto y dejó que las gotas de sangre comenzaran a caer sobre él—. *Abrasax ablathanalba. Abrasax ablathanalba. ¡Abrasax ablathanalba!*

Marco fue subiendo el tono de su salmodia hasta acabar gritando a pleno pulmón. Puso su mano derecha sobre la herida y dejó que la palma se llenara también de sangre. Con la misma mano agarró con fuerza la cabeza del muerto y la levantó de forma suave pero firme.

La nube que ocultaba la luna se movió, dejando que la luz bañara de nuevo la encrucijada. En ese preciso instante, el cadáver abrió los ojos.

Quinto asistió al ritual en completo silencio. No le gustaba nada lo que estaba viendo. Una cosa era cumplir órdenes, algo que había aprendido a hacer desde niño, y otra muy distinta inmiscuirse en asuntos que incluían perturbar el descanso de los muertos. También desde niño había aprendido que existían fuerzas con las que era mejor no jugar. Ten a los dioses contentos y vive tu vida, solía decir su madre. Quinto blasfemaba en casi cada frase que pronunciaba, y rara vez se acordaba de hacer un rito o una plegaria a las divinidades. Suponía que unos dioses tan poderosos no se molestarían por una palabra de más o un chorro de vino de menos. Aun así, se mostraba muy prudente en lo que se refería a las supersticiones. Jamás se le habría ocurrido mear contra las columnas de un templo, como había visto hacer a muchos hombres. O escupir a un falo de Príapo. No, él se guardaba mucho de enfadar a las fuerzas ocultas.

Lo que estaba ocurriendo frente a él le helaba la sangre hasta un punto que él mismo no habría sido capaz de confesar. Por un lado, quería salir corriendo. Dejar que el jodido Lemurio siguiera con sus asuntos y se follara al cadáver si era lo que le apetecía. Pero, por otro, había muchos elementos que le obligaban a quedarse en aquel lugar hasta que todo terminara. Era lo que su amo había ordenado, para comenzar. Sabía que, si regresaba a casa de Varrón y algo le sucedía a Marco Lemurio, Quinto estaría camino del

mercado de esclavos, o de la cruz, antes de lo que tardaba en cagar una cabra. Pero además había otra cosa. Cuando Marco le había hablado del secuestro de los niños, de la desaparición de su propio esclavo, no había mentira en sus palabras. Lemurio parecía sinceramente preocupado por la suerte de aquellas criaturas. Quinto quería ayudarle en aquel asunto. Y si tenía que aguardar a que terminara de entonar sus cánticos junto a un cuerpo putrefacto, lo haría.

El antiguo gladiador se apoyó en un árbol cercano, un enorme olmo cuyas hojas se mecían con la brisa que llegaba desde el río. Poco a poco, fue acercándose más al tronco. Cuando vio que los ojos del cadáver se abrían y su cabeza se levantaba lentamente, se abrazó por completo al árbol y gritó como un niño.

Marco no podía creer que aquel hechizo estuviera funcionando. Aunque tenía confianza en sus propias dotes en lo que se refería a encantamientos sencillos, aquel ritual de necromancia eran palabras mayores. Algo de lo que su propia madre le había hablado con enorme respeto, incluso temor. Devolver un alma a un cuerpo muerto suponía atraer fuerzas que uno nunca podía confiar en controlar del todo. Desde que había salido del estudio de Neóbula, algo en su interior le decía que aquello no podía salir bien. Al fin y al cabo, no era más que un estafador, un vividor borracho y pendenciero que nunca había completado su formación en las artes de Hécate. Lo más probable era que el muerto siguiera muerto y frío, o, en el peor de los casos, que convocara a algún espíritu vengativo que le hiciera pasar un mal rato, sin ayudarle en nada de lo que necesitaba.

Sin embargo, las cosas habían ido tal y como el papiro de su madre describía que irían, si se seguían los pasos adecuados. Bajo la palma de su mano, la cabeza del cadáver, ya con los ojos abiertos, comenzó a levantarse, lentamente. Marco retiró la mano ensangrentada, pero dejó la palma abierta frente al rostro.

—Hécate, Perséfone, Diana, Selene, señora de los fríos salones de los muertos. Gracias por permitir que esta alma regrese al mundo de los mortales. —El muerto había abierto los ojos, pero su rostro continuaba

inexpresivo. Más allá del movimiento de la cabeza, no daba señales de estar más vivo que cuando lo habían encontrado sobre la pira de cadáveres putrefactos—. Dime tu nombre, alma desgraciada. Por el poder de mi señora, háblame, pues estás atado a mí hasta que yo ordene lo contrario. Yo te he traído y yo te liberaré si cumples mis deseos. Tú que has visto las puertas del Tártaro. Tú que has pisado con tus pies etéreos las orillas de la Estigia terrible. Dime tu nombre.

Los ojos del cadáver comenzaron a moverse. De forma errática al principio, cada uno hacia un lado, en un movimiento totalmente antinatural, imposible para alguien que estuviera vivo. Al fin, se fijaron en el rostro de Marco Lemurio. El muerto movió la mandíbula, como si tratara de eliminar la rigidez de los músculos.

—¿Por qué me traes de vuelta, maldito nigromante? A punto de beber las aguas del Leteo estaba cuando tus palabras me arrancaron del dulce olvido que tanto ansío. ¿Por qué me devuelves a esta envoltura de carne y huesos? Libérame y déjame descansar…

El muerto hablaba sin apenas mover las mandíbulas, ni los labios, ni la lengua. Su voz era un siseo apenas audible que salía de lo más profundo de la garganta del cadáver. Marco tuvo que acercar su propia cabeza a la del cuerpo revivido para asegurarse de que ninguna de las palabras que este pronunciara se perdieran en la noche.

—Te liberaré cuando me digas lo que quiero saber. Podrás regresar a las orillas del Leteo y entregarte a ese dulce olvido del que hablas. Pero antes debes responder a mis preguntas. Tú has visto el pasado y el presente. Tú has visto lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá. Dime lo que quiero saber, comparte tu conocimiento y serás libre para descansar.

—No es lícito a los mortales saber lo que solo la mente inmortal puede albergar. Es mucho lo que los muertos sabemos. Pero poco lo que podemos compartir. Libérame, pues no hablaré ante ti.

Marco volvió a agarrar con la palma de la mano la cabeza del muerto.

—Puedo hacer que tu espíritu quede ligado a este mundo para siempre. Tengo el conocimiento para que tu alma no abandone jamás esta encrucijada. Este cruce de caminos puede ser tu morada eterna si es eso lo que deseas. Una eternidad viendo el mundo envejecer y morir a tu

alrededor, mientras tú permaneces, soñando con el olvido eterno que te fue negado. ¿Es eso lo que deseas, espíritu? ¿Quedar encadenado a este viejo altar para siempre?

Marco señaló la roca que marcaba el punto en el que los caminos convergían.

El muerto no respondió hasta que el hechicero soltó de nuevo su cabeza.

—Hablaré si eso es lo que deseas. Pero te haré una advertencia, a ti, que tanto poder dices tener. Por cada pregunta que me hagas, por cada respuesta que quieras saber, escucharás una que desearás no haber oído jamás. Pues nadie perturba el sueño de los muertos de forma impune. Así ha sido desde que la estirpe del hombre camina sobre el mundo. Y así será hasta que todo vuelva al Caos. Yo, el que fuera conocido como Cneo Aquila, hablaré contigo, Marco Lemurio.

Marco observó el rostro inexpresivo del cadáver. En el papiro de su madre no se decía nada del espíritu amenazando o poniendo condiciones. El autor de aquel escrito había anotado hasta el más nimio detalle de cómo debía realizarse el conjuro y la forma de ponerle fin de manera segura. Pero nada había encontrado Marco acerca del modo en el que se desarrollaría la conversación con el cadáver. Ante aquella falta de datos, había supuesto que todo se limitaría a un intercambio de preguntas y respuestas más o menos enigmáticas. En ningún momento había llegado a sospechar que aquella parte del ritual conllevara más dificultades que la de hallar las preguntas adecuadas.

—Habla, Cneo Aquila. Responde a mis preguntas.

—Responderé, Marco Lemurio —siseó el cadáver—. Pero recuerda mi advertencia.

—Quiero saber dónde está Céfiro, mi esclavo. ¿Puedes decírmelo?

Por un momento, pareció que la boca del muerto se torcía en un remedo de una tétrica sonrisa.

—No me es lícito revelarlo. Pero te lo diré, ya que me obligas a ello con tus artes de nigromante. El pequeño Céfiro está en una celda, bajo tierra. El agua corre cerca de él. Un viejo templo, un santuario de Diana, antiguo, olvidado por los hijos de Rómulo. Antaño se hacían en él sacrificios de animales. Los sacerdotes entonaban sus cánticos a la luz del sol. Hoy es

otro dios a quien se invoca entre sus columnas. Y son otras las tiernas criaturas que se inmolan en sus altares…

—Un santuario en honor de Diana, junto al río —repitió Marco—. Necesito que seas más específico. ¿Dónde puedo encontrar ese viejo templo?

—Sigue la corriente, río abajo. No pierdas de vista la orilla derecha. Un viejo sauce, viejo como la propia Roma, acaricia con sus ramas las aguas del antiguo Álbula. Junto a él, las ruinas de un molino cuya muela hace tiempo que no toca el fruto de Ceres. Al pie del molino nace un sendero. Síguelo y encontrarás el templo de Diana, hoy ocupado por los degenerados bacantes a los que su propio dios ha dado la espalda.

Marco escuchó con atención. Todo el hechizo tenía como objetivo conseguir aquella información. Orilla derecha. Un viejo sauce junto a las ruinas de un molino. ¿Eran aquellas indicaciones lo bastante precisas como para encontrar el lugar exacto que buscaba? ¿Cuántas ruinas de molinos había junto al río? ¿Cuántas de ellas se encontraban junto a enormes sauces? Marco confiaba en que no muchas. No tenía tiempo de explorar una y otra vez la orilla del Tíber desde Roma hasta Ostia.

—¿Cuántos hombres custodian ese lugar? —preguntó.

—Demasiadas preguntas…

—Es la última. Después te liberaré.

El cadáver guardó silencio, como si estuviera pensando o buscando información en algún lugar.

—Decenas de hombres vigilan el templo. Decenas de fieles de Baco. Su dios no está con ellos, pero ellos no lo saben. Están sedientos de sangre y lucharán por defender sus impíos altares. Decenas de rostros encapuchados, Marco Lemurio.

Marco cerró los ojos. Decenas de enemigos. Eran demasiados incluso para un luchador experimentado como Quinto. Ellos dos solos no podrían enfrentarse a tantos hombres. Por muchos de ellos que el fornido esclavo derrotara, acabarían por prenderlos. Y aquello supondría su propia muerte además de la de Céfiro.

El hechicero dudó si seguir haciendo preguntas, pero se dijo a sí mismo que ya había forzado demasiado a las fuerzas a las que intentaba someter. El

papiro advertía de los peligros de mantener el alma del difunto demasiado tiempo en un cuerpo al que ya no pertenecía. Si no lo liberaba pronto, aquel espíritu podía no encontrar el camino de regreso y quedar ligado al mundo de los mortales para siempre, en forma de fantasma errante y deseoso de venganza.

—Te liberaré ahora para que disfrutes de tu merecido descanso.

El cadáver, de pronto, alargó el brazo, cogiendo a Marco por sorpresa. La mano del muerto se cerró en torno a la muñeca del hechicero y lo aferró como si fuera un grillete de hierro. Marco trató de soltarse, sin conseguirlo. Aquella mano tenía una fuerza colosal. Pensó en gritar y pedir ayuda a Quinto, para que cercenara el brazo del cadáver con su espada. Poco a poco se calmó. Tenía que manejar aquella situación él solo, con sus propias habilidades y conocimientos.

De todos modos, antes de que pudiera hacer nada, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, fue el cadáver el que empezó a hablar. La voz del muerto había cambiado. En lugar del siseo apenas audible que salía de lo más profundo de la garganta, la voz se convirtió en un agudo gorjeo, semejante al rugido de un animal pero articulado en forma de palabras. Marco supo de inmediato que la criatura que habitaba aquel cuerpo ya no era su anterior morador, el finado Cneo Aquila, sino otra entidad muy diferente.

—Te llamas hijo de la loba, y no lo eres. Te dices fruto de la tierra ausonia, pero viene de más lejos la semilla que fuiste un día. Hijo de las fuentes de Tesalia eres, y nieto de las fuentes del Nilo. Tú que con tanta osadía llamas a nuestras puertas y las abres, creyéndote impune, escucha ahora tu destino y carga con esta losa colgando de tu cuello. Dos traiciones vivirás. Una te herirá la carne; la otra, el alma. Unos ojos de mar te perderán y te salvarán. Unos ojos negros te redimirán y te matarán. Quien es hoy tu hermano mañana será tu verdugo. Quien comparte hoy tu pan, mañana te lo quitará de la boca.

—¿Quién eres? —preguntó Marco, más por intentar que aquel torrente de palabras se detuviera que porque confiara en que la criatura se identificara—. ¿Qué eres?

—Soy el que está al otro lado de la puerta. Aquel que viaja contigo a todas partes, a quien alimentas y de quien reniegas. Soy la fuente de tu poder y el sumidero de tu destino.

—No hay verdad en tus palabras, demonio.

—En el mundo de las sombras la mentira no existe. ¿Por qué mentiría quien no tiene nada que perder? Dos traiciones, hijo de Neóbula. Vive ahora con ese miedo. Es el pago por la información que hoy nos has arrancado.

—Dime más… ¿Quién me traicionará? Dime nombres.

El cadáver aflojó la garra en la que se había convertido la mano y dejó caer el brazo de nuevo al suelo.

—Libérame… —pidió el cuerpo, otra vez susurrando. El espíritu de Cneo Aquila había regresado—. Libérame como me prometiste.

Marco asintió. La criatura que le había profetizado su destino ya no estaba allí. Había logrado colarse de algún modo en aquel cuerpo, desplazando al alma que Marco había invocado, y se había marchado de nuevo. El desgraciado espíritu de Cneo Aquila merecía alcanzar su descanso eterno. El hechicero puso la palma de la mano sobre la frente del cadáver y comenzó a recitar.

—*Anibo mysagaoth*. Que este espíritu regrese a la tierra de las sombras, a las mansiones de Hades. Señora Perséfone, tengo tu sandalia de bronce en una mano. Hécate, de tres rostros. Tomad esta alma y llevadla a la orilla de la Estigia, que Caronte la reciba de nuevo en su terrible embarcación. Que se la permita beber de la corriente del Leteo y alcance el descanso que no tuvo en vida. *Anibo mysagaoth*, ¡yo os lo ordeno!

Los ojos del cadáver volvieron a moverse, cada uno en una dirección. El cuerpo sufrió varios espasmos violentos, y, finalmente, se quedó muy quieto.

Cuando Marco retiró la mano de la frente, volvía a ser solo un cuerpo inerte, una cáscara vacía.

OceanofPDF.com

XXV
El río

Marco se dejó caer hacia atrás, exhausto. Sentía palpitar cada uno de los músculos de su cuerpo y su respiración era entrecortada y jadeante. El corte que se había hecho en el brazo izquierdo seguía sangrando, aunque había tenido cuidado de no causarse una herida demasiado grave o profunda.

Tumbado en el suelo, justo en el lugar en el que los dos caminos se bifurcaban, contemplando la luna llena y las estrellas brillando sobre él, Marco pensó en las palabras que el cadáver animado por la magia había pronunciado. Hijo de las fuentes de Tesalia, nieto de las fuentes del Nilo. Marco sabía que su madre había nacido en Tesalia, al norte de Grecia, aunque era muy poco lo que Neóbula le había contado acerca de su familia y sus orígenes. Tenía sentido que aquella criatura le hubiera llamado hijo de las fuentes de Tesalia. ¿Pero nieto de las fuentes del Nilo? ¿Qué tenía que ver él con la tierra de Egipto? Marco pensó en su propio rostro, en el color de su piel, en sus rasgos. No tenía el más mínimo rasgo de egipcio. ¿Qué había querido decir con aquellas palabras? No eres hijo de la loba…

Sin embargo, fue la referencia a una traición futura lo que más impactó a Marco. Una te herirá la carne; la otra el alma. Ojos de mar y ojos negros. Quien hoy es tu hermano, mañana será tu verdugo. ¿A quién se refería? Marco no tenía hermanos. Lo más parecido que había en su vida era el pequeño Céfiro, pero el esclavo no tenía ojos ni azules ni negros, sino de un marrón claro muy común. Pensó en la gente que le rodeaba. Antígona, Saturnino, Alda, Céfiro, Varrón… No eran muchas las personas de su círculo más íntimo, y con excepción del pequeño Céfiro ninguna de ellas

compartía su pan ni podía decirse que fuera algo remotamente parecido a un hermano.

¿Le traicionaría Céfiro en el futuro? ¿Era eso lo que había querido decir aquel demonio?

Céfiro, pensó Marco. Traidor en ciernes o no, el esclavo era en aquel momento un niño asustado y secuestrado por una banda de locos. Aquel era el motivo que le había llevado a usar su magia y convertirse en un sucio nigromante, algo que a su propia madre le habría repugnado. Había contravenido todas las leyes naturales para traer de vuelta el alma de un difunto, y todo lo había hecho para salvar la vida al pequeño esclavo. Si no se apresuraba, todo aquello habría sido inútil. Se obligó a apartar de su cabeza las palabras del demonio. Tiempo habría de entregarse a ellas y dejarse atormentar. Un enorme sauce y las ruinas de un molino en la orilla derecha del Tíber. Aquello era lo único que debía preocuparle.

En aquel momento, una forma se interpuso entre él y la luz de la luna.

—¿Sigues vivo? —preguntó Quinto, que había hecho acopio de todo su valor para separarse del árbol al que estaba abrazado y acercarse hasta Marco. Al verlo caer sobre la hierba, había temido que aquel extraño ritual le hubiera afectado.

—Eso creo… —respondió Marco. Al hablar se dio cuenta de que le dolía la garganta, como si todas las palabras que había pronunciado le hubieran abrasado al salir.

—¿Y esa… cosa? —El esclavo señaló el cadáver que yacía junto a Marco.

—Esa cosa vuelve a estar tan muerta como estaba cuando la recogimos de la montaña de cadáveres. A pesar de lo que has visto, nunca ha vuelto a estar viva. En realidad…

—Cállate, Marco Lemurio, por todos los dioses. No quiero saber qué has hecho ni cómo lo has hecho. Lo que he visto hoy me va a perseguir todas las noches de mi vida. Si no fuera por las órdenes de Trasíbulo, creo que te cortaría la cabeza y la tiraría al Tíber, que es lo que se debe hacer con los que juegan con estas cosas…

Quinto se apartó, enfadado. Una vez el miedo se había diluido, había dejado paso a la ira. El antiguo gladiador se sentía engañado. Nadie le había

dicho que tendría que participar de un ritual como aquel.

—Quinto —dijo Marco tras ponerse en pie—, sigo necesitando tu ayuda. Ahora más que nunca.

—¿Necesitas mi ayuda? ¿Para qué? ¿Vamos a secuestrar a un niño y a enterrarlo vivo para que puedas hacer tu propio ritual? ¿Eres uno de esos brujos que hacen ese tipo de cosas?

—De hecho, no solo no vamos a secuestrar niños, sino que vamos a liberar a unos niños secuestrados. Para eso necesito tu ayuda. Ese tipo —señaló el cadáver— ya estaba muerto cuando lo encontramos, ¿recuerdas? No he sido yo quien le ha matado.

—¡Jodido Lemurio, has hecho que un muerto hablara! ¡Y que te cogiera de la muñeca! Lo he visto con mis propios ojos. ¿Qué más puedes hacer? ¿Cómo sé que no me hechizarás y me obligarás a… no sé… dejarme dar por el culo? ¡O cosas peores!

—Si quisiera darte por el culo se lo pediría a tu amo. Y sabes que me lo concedería. Pero no es tu culo lo que me interesa, sino tu espada. No te retendré contra tu voluntad. Eres libre de regresar a casa de Varrón si no confías en mí. Sí, soy un puto hechicero. Esto es lo que sé hacer. Así es como me gano la vida. Ahora puedes confiar en el mago y ayudarle a salvar la vida de un niño o correr a tu casa como un cobarde de mierda y seguir haciendo guardia detrás de la puerta el resto de la noche. Yo no tengo tiempo que perder tratando de convencerte.

Marco echó a andar por el camino por el que habían llegado, dejando atrás el cuerpo de Cneo Aquila. Si todo iba bien, tenía intención de regresar y darle un digno final a aquel hombre, levantando una pira y quemando sus restos como mandaba la tradición.

Quinto, al ver que se quedaba solo en la encrucijada, echó a correr detrás de Marco.

—¡Hijo de puta, no me dejes solo con el muerto! ¿Y si se levanta otra vez?

Marco fingió estar ofendido mientras caminaba, alejándose del cruce de caminos en el que había realizado su hechizo. Quinto le dio alcance y se puso a andar a su lado, en silencio, con el ceño fruncido.

—¿Entiendo que vas a acompañarme? —preguntó Marco finalmente.

—Sí, por Venus, voy a acompañarte. Estoy muerto de miedo, pero no quiero que Varrón me clave a una cruz por haberte abandonado.

Marco sonrió.

—No tengas miedo. No habrá más magia esta noche.

O al menos, tú no la verás, pensó Marco.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Quinto.

—Al río. Vamos a buscar una barca.

Mientras caminaban, Marco tomó una decisión. Tendría que prescindir de Quinto en su asalto al templo. De nada le serviría la fuerza de un solo hombre, por muy buen luchador que fuera este, contra un grupo que podía alcanzar el centenar de individuos. Incluso aunque esos cien enemigos fueran simples sacerdotes o fieles de un culto que no supieran usar las armas, resultaría imposible que Quinto y él, a solas, lograran hacerles frente. Tenía que cambiar de plan, y tenía que hacerlo rápido.

Recorrieron la orilla del Tíber, en silencio, bajo la luz de la luna. Cuando llevaban un rato andando, Marco encontró lo que estaba buscando. Un grupo de pequeñas barcas de remos, amarradas a un embarcadero. El único vigilante dormitaba en la cubierta de uno de los botes. Marco supuso que no les daría problemas, y, si lo hacía, Quinto podría encargarse de él sin grandes dificultades.

—Vamos a coger prestada una de esas barcas de remos.

—¿Ya sabes dónde se esconden esos tipos? ¿Te lo dijo… esa cosa?

Marco asintió, sin dar más explicaciones. Bajaron con cuidado por el sendero que conducía al embarcadero y se dirigieron al bote más alejado del lugar donde dormía el vigilante. Se trataba de una barca muy sencilla, sin vela, con un pequeño timón en la popa y dos remos para impulsarla y dirigirla. Marco supuso que no sería muy difícil manejarla río abajo. Quinto entendió lo que tenía que hacer sin que Lemurio le diera instrucciones. Desató la maroma que mantenía la barca quieta al tiempo que Marco saltaba a su interior. Cuando el esclavo se disponía a subir a la pequeña embarcación, el hechicero alzó una mano para detenerle.

—Quinto, no vienes conmigo —dijo.

—Pero… Trasíbulo dijo… ¿Cómo vas a enfrentarte tú solo a esos secuestradores? Necesitas mi ayuda. Tú mismo lo dijiste, Lemurio.

—Dije que necesitaba tu ayuda, y la necesito, pero he cambiado el plan. No podemos atacar el templo tú y yo solos. Hay demasiados hombres allí. Es probable que nos estén esperando.

—Que me esperen —respondió el gladiador, echando mano de la empuñadura de su espada—. Puedo encargarme de cien encapuchados sin problemas. Ya me has visto luchar.

—Ni el mismísimo Marte podría luchar contra cien hombres, Quinto. Necesitamos refuerzos. —Escucharon cómo el vigilante de las barcas gruñía en sueños, todavía tumbado en la cubierta de una de ellas. Los dos guardaron silencio, y el hombre siguió durmiendo—. Quiero que vayas a la taberna de Las Tres Nereidas. Está cerca de la puerta Capena, al sur de la ciudad. Cuando llegues allí, pregunta por Lucio Escapcio. Es un veterano de las legiones, con un brazo amputado. Pregunta por él al dueño de la taberna o a uno de sus hijos. Cuando lo encuentres, dile que Marco Lemurio necesita su ayuda, la suya y la de todos los veteranos que pueda reunir. Dile que he encontrado a los hombres que vio en el río aquella noche, que son muchos. Dile que se esconden en un templo, junto a la orilla derecha del río. En la orilla verán un gran sauce junto a las ruinas de un molino, de donde sale un sendero que lleva a su guarida. Necesito que lleguen antes del amanecer. Si les dices que luchaste con las legiones del joven Mario, te harán caso. Aunque no menciones lo de que mataste a un centurión… Por si acaso. ¿Harás esto por mí, Quinto?

—No, no lo haré. Mis brazos valen por veinte viejos veteranos.

—Y, aun así, tendrías que tener diez brazos para que contáramos con alguna posibilidad de salir con vida. Quinto, necesitamos a Lucio Escapcio. No te preocupes, estaré bien. Voy a adelantarme para asegurarme de que la información que tengo es correcta. No voy a arriesgar mi vida.

Quinto sabía que Marco estaba mintiendo. Lo veía en sus ojos.

—Si te pasa algo me van a crucificar. Lo sabes, ¿verdad?

—No me pasará nada.

—Más te vale. Porque como te mueras te estaré esperando junto a la barca de Caronte, y te daré tantas patadas en el culo que Plutón tendrá que

sacarme el pie de tu ano con unas tenazas.

—Suena a un castigo peor que el de Tántalo o Sísifo… Una eternidad con tu pie en el culo.

—No sé quiénes son esos tipos, pero o me juras por la memoria de tu madre que vas a tener cuidado o no suelto esta barca —dijo Quinto, aferrando con fuerza la embarcación.

—Te juro por la memoria de mi madre que tendré cuidado.

El esclavo asintió.

—Espero que sepas manejar este trasto. ¿Has montado en barca alguna vez?

—Por supuesto. Muchas veces —mintió Marco. Su experiencia con embarcaciones, de aquel o de cualquier tipo, se limitaba a alguna ocasión en la que se había visto obligado a usar una, con resultados más cómicos que efectivos. Conocía los movimientos que había que hacer para impulsar la barca con los remos y la forma de usar el timón. Confiaba en que aquello bastara para dirigir una barca río abajo en una corriente tranquila como era la del Tíber en verano. Si se presentaba algún obstáculo serio… siempre podía nadar y confiar su suerte a las ninfas del río.

—Taberna de Las Tres Nereidas. Lucio Escapcio. Antes del amanecer.

—Un sauce junto a las ruinas de un molino. Orilla derecha. No lo olvides.

—No lo olvidaré. Que los dioses te acompañen, Marco Lemurio. Reuniré un ejército de veteranos para ti, hechicero.

—Gracias, amigo. Confío en ti.

Marco descubrió con alivio que apenas tenía que utilizar los remos para lograr que la barca se deslizara río abajo. La fuerza de la corriente era suficiente, y solo tuvo que sacar los remos y echar mano del timón para alejar la embarcación de alguna roca y mantenerse cerca de la orilla derecha. La luz de la luna le permitía ver con cierta claridad el paisaje que se abría a ambos lados del río. Vegetación espesa, prados, granjas, pero ni rastro de las ruinas de un molino.

A su alrededor, el Tíber bullía de vida. Las ranas cantaban y nubes de insectos llenaban las orillas, para deleite de anfibios y reptiles que se alimentaban de ellos. La luna se reflejaba sobre la corriente, dejando un rastro plateado que se mecía en suaves ondas.

Se echó la capucha sobre el rostro. Sabía que era muy improbable que se cruzara con otra embarcación a aquellas horas de la noche. Y que, si lo hacía, los que viajaran a bordo del otro barco estarían tan interesados como él mismo en no ser reconocidos. Nadie con un objetivo lícito se movía por el río en medio de la noche. Aun así, pensó, más valía prevenir. Lo último que necesitaba era que alguien viera a un tipo ya marcado por la sospecha haciendo un extraño viaje nocturno por el Tíber.

Cuando ya comenzaba a preguntarse si la información que le había dado el espíritu no sería más que una historia inventada por un alma atormentada que deseaba regresar al descanso de los muertos, Marco vio algo en la orilla. Un árbol más grande que los demás, con grandes ramas que colgaban cayendo sobre las aguas del río. Un sauce, posiblemente el más grande que Marco había visto en su vida. Un sauce más viejo que la misma Roma, había dicho el espíritu. Junto al árbol, orilla arriba, descubrió los restos de lo que parecía ser una vieja construcción de piedra. A la luz de la luna distinguió muros de sillares y lo que hacía tiempo había sido un tejado. ¿Era aquello un molino? No estaba seguro. No había rastro de la rueda que tendría que haber estado junto al agua para aprovechar su fuerza. Tal vez había desaparecido con el paso del tiempo, o simplemente se la habían llevado para aprovecharla en otro molino. Solo había una forma de averiguarlo: tenía que desembarcar.

Con más torpeza que habilidad, bregó con los remos y el timón para conseguir que la barca se enderezara hacia la orilla y se dirigiera hacia el viejo árbol y las ruinas del molino. Para su desesperación, Marco descubrió que resultaba mucho más sencillo dejarse llevar por la corriente que luchar contra ella para llevar la barca a un punto concreto. Remó con todas sus fuerzas y logró algún avance, pero sin conseguir que la embarcación tocara tierra. La corriente seguía arrastrándole, y estaba a punto de dejar atrás el lugar en el que las ramas del sauce tocaban el agua. Desesperado, comprendiendo que no tenía los conocimientos para llevar la barca de

forma segura hasta un punto en el que desembarcar, tomó la decisión de saltar y agarrarse a las ramas del sauce. Por suerte para él, el árbol era viejo, pero era un ejemplar sano y fuerte, por lo que incluso sus finas ramas pudieron aguantar el peso de su cuerpo y el balanceo que provocó con su salto. Marco se aferró a las ramas con todas sus fuerzas, basta que las manos le resbalaron y cayó al Tíber con un sonoro chapoteo.

El impacto contra el agua fue seguido de otro, más doloroso contra el lecho de piedra y arena. Marco se quedó sentado, con el agua cubriéndolo hasta la cintura. Mientras él trataba de incorporarse y espantaba la nube de insectos que se había levantado al caer él junto a la orilla, la barca se alejaba río abajo, majestuosa y firme sin mano alguna que sostuviera su timón.

—Y ahí va mi única posibilidad de escapar por el río —murmuró mientras aplastaba un mosquito sobre su cuello—. Empapado y sin barca. Solo me falta descubrir que estas ruinas no son las de un molino.

Sin embargo, la diosa Fortuna le sonrió. El edificio medio derribado tenía en su interior la enorme muela con la que, ayudados por la corriente de agua, un molinero tiempo atrás había convertido el grano de trigo en harina. Eran las ruinas de un molino, junto a un enorme y viejo sauce. El espíritu no le había mentido.

Marco se sentó sobre una roca y se quitó las ropas mojadas para tratar de escurrirlas y secarlas un poco. Cualquier intento de desembarcar con sigilo y deslizarse por el sendero hasta llegar al templo había quedado descartado. Si los encapuchados tenían vigilantes apostados en aquella parte del río, ya habrían informado a sus compañeros de su llegada. Escurrió con fuerza la parte baja de su túnica. No había por qué ser tan pesimista. Los secuestradores de niños no tenían forma alguna de saber que Marco había averiguado dónde estaba su templo. Era impensable que estuvieran esperándolo aquella misma noche.

Pensó en el plan original que había trazado, descartado por las novedades que había ido descubriendo con el paso de las horas. En un primer momento había pensado caer sobre ellos con la ayuda de Quinto. Si no eran más de una decena y contaban con el factor sorpresa, aquel plan de ataque podría haber dado resultado. Siendo varias decenas, la situación

cambiaba. Marco no podía esperar a que Quinto y los veteranos de Mario llegaran en su ayuda. Había muchas posibilidades de que dicha ayuda nunca se materializara. Que Quinto no encontrara la taberna o la encontrara tarde, que Lucio Escapcio no estuviera aquella noche en ella, que los veteranos sencillamente no quisieran arriesgarse a inmiscuirse en una lucha que les era por completo ajena… Incluso en el mejor de los casos, un grupo grande de hombres tardaría muchas horas en llegar hasta allí. Y para cuando quisieran hacerlo, Céfiro podía estar ya muerto.

Marco golpeó contra la pared del molino la túnica antes de ponérsela de nuevo, todavía húmeda en los faldones. Necesitaba actuar por su cuenta. Le había jurado a Quinto por la memoria de Neóbula que tendría cuidado. Y lo tendría. Pero con cuidado o no, no podía arriesgarse a esperar. Se llevó la mano a la lágrima de Perséfone y la encontró fría. Una piedra inerte.

—¿Qué ocurrirá si recurro a ti? —murmuró.

La respuesta le llegó en forma de imágenes. Se vio a sí mismo, convertido en una criatura sedienta de sangre, cayendo sobre los encapuchados y matándolos a todos con sus propias manos convertidas en garras letales. Desgarrando carne y piel con sus dientes. Y disfrutando con cada una de las muertes que causara. Ante aquella visión infernal, muchos de los encapuchados escapaban del lugar, buscando el amparo de la noche para librarse de una muerte segura. Si se dejaba poseer por el poder de la piedra, podría acabar con decenas de aquellos hombres. ¿Y qué ocurriría después? Marco sabía que una vez se abandonaba al poder de la lágrima, perdía el control de su cuerpo por completo. ¿Y si los niños secuestrados estaban en aquel templo, en algún lugar? ¿Y si se tropezaba con ellos cuando aún estaba transformado en demonio? Los niños caerían también a manos de aquella criatura irracional. Céfiro podía morir bajo sus dentelladas. No podía arriesgarse…

Tenía que lograr deslizarse en el interior del templo y sacar a Céfiro de él de alguna manera. Una vez pusiera al pequeño esclavo a salvo, regresaría a aquel lugar, con los veteranos de Lucio Escapcio, con los hombres del *collegium* del Tritón, con los ejércitos que Varrón pudiera reunir y hasta con la jodida Escila y sus esclavos de las termas si era necesario. En cuanto se supiera en Roma que los hombres que habían estado secuestrando niños se

ocultaban en aquel lugar, esos hijos de puta no tendrían agujero en el que esconderse. Del templo de Baco no quedaría piedra sobre piedra. Todo eso ocurriría… pero antes tenía que dejar a Céfiro en un lugar seguro.

Marco observó el sendero que se abría frente a él. Era un estrecho camino casi invadido por la vegetación del espeso bosque de ribera que crecía en todo su esplendor en aquel lugar húmedo. Álamos enormes agitaban sus ramas mecidos por la brisa veraniega. Ocultos entre el follaje, ululaban los mochuelos y otras aves nocturnas. Entre las hierbas, los grillos cantaban. Todo parecía en calma, sin presencia humana en los alrededores. Si lo que el espíritu le había dicho era cierto, aquel sendero desembocaba en el antiguo templo de Diana. Sin duda, los encapuchados lo mantenían vigilado. Salvo que su sensación de seguridad fuera absoluta, habrían puesto centinelas para que nadie se acercara al templo sin ser visto. Marco no podía limitarse a echar a andar por el camino. Tenía que dar un rodeo.

Intentando hacer el menor ruido posible, se dirigió hacia la espesura. Tardaría más en llegar y cuando lo hiciera estaría magullado y dolorido, pero, al menos, oculto entre los árboles y arbustos, lograría acercarse al templo sin ser visto.

—¿Vas a alguna parte, Marco Lemurio?

Marco se quedó clavado, con un pie en alto. Le habían descubierto.

Marco se dio la vuelta lentamente hacia el lugar de donde procedía la voz, a su espalda. Sentado sobre las nudosas raíces del enorme sauce, una figura, cubierta por una túnica y una capucha, miraba en su dirección.

—¿Crees que no sabíamos que vendrías? ¿Tanto es tu orgullo que creías que podrías caer sobre nosotros por sorpresa, tú solo? Me equivoqué contigo, Lemurio. No eres más que un romano presuntuoso. Convencidos de que el mundo existe solo para convertirlo en vuestro granero. Incapaces de ver la maldad que habita en vuestras almas. Hijos de los titanes, pagaréis por vuestro orgullo, como pagaron vuestros ancestros. Y tú serás el primero, Lemurio.

Marco se llevó la mano a la lágrima de Perséfone, solo para soltarla de inmediato. Estaba lejos del templo. De nada serviría matar a aquel tipo si

perdía el control de sí mismo. Con disimulo, deslizó la mano hasta la daga que llevaba oculta en su pierna derecha. Podía deshacerse de aquel hombre sin ayuda de la magia.

—¿Todavía crees que puedes luchar contra nosotros? ¿A tanto llega tu estúpido orgullo?

—Ven aquí y te demostraré lo orgulloso que puedo llegar a ser.

El encapuchado se echó a reír desde las sombras que ocultaban su rostro.

—Ya le habéis oído. Dejemos que nos muestre su orgullo.

En un instante, decenas de figuras salieron de sus escondites. De detrás de los árboles, de entre los arbustos, del interior de las ruinas del molino. Marco empezó a contarlos, pero desistió casi al momento. Tanto daba tener que enfrentarse a veinte que a treinta. Y los que había allí reunidos eran muchos más. Todos ellos vestidos con las mismas túnicas oscuras y con los rostros ocultos por las capuchas. Sigilosos, silenciosos como sombras.

Marco sintió ganas de usar la daga contra él mismo. Había sido un estúpido. Aquel tipo tenía razón. Había estado tan confiado en sus propios poderes que había subestimado a un enemigo que había sido capaz de moverse por las calles de Roma, secuestrando niños bajo la mirada de sus padres y sin que ningún adulto llegara nunca a verlos. Le había cegado el orgullo, la ira y el miedo ante la perspectiva de que Céfiro saliera herido. Y en aquel momento estaba pagando las consecuencias de aquella ceguera.

—Cogedlo. Será testigo de nuestro sacrificio de esta noche. Verá morir a su pequeño esclavo y después será él quien pierda la vida.

Diez encapuchados salieron de sus escondites y cayeron sobre Marco. Él pensó con rapidez. Céfiro estaba vivo. Si pretendían matarlo delante de él como medio para castigarlo significaba que el esclavo aún estaba con vida. Tenía que ganar tiempo para que Quinto llegara con los veteranos. Aquella era la única posibilidad que le quedaba de salir con vida de aquel lugar.

Desenfundó su daga y retrocedió hasta tocar con la espalda en el tronco de un árbol.

—¿Tanto amáis a vuestro dios que estáis dispuestos a morir por él?

Ninguno de los encapuchados respondió. Siguieron avanzando hacia Marco con decisión mientras el que parecía ser su líder prorrumpía en carcajadas.

—Por supuesto que moriríamos por nuestro dios. Como murieron los abuelos de nuestros abuelos. A manos de los tuyos, maldito romano.

Aquella voz… Por primera vez, Marco se dio cuenta de que la voz de aquel hombre le resultaba familiar. La había escuchado alguna vez en el pasado. ¿Pero dónde? No tenía tiempo de pensar en ello. Tres de los encapuchados se lanzaron sobre él, dispuestos a agarrarle para reducirlo. Marco trazó un arco ante él con el filo de la daga, obligando a los atacantes a retroceder. Por primera vez desde que había saltado de la barca, la lágrima de Perséfone comenzó a calentarse.

Como si pretendiera hacer honor a las palabras de su líder, uno de los encapuchados se lanzó contra Marco, ignorando por completo la daga que se interponía entre ellos. El hombre se ensartó contra el arma, que quedó clavada en su vientre. Tras proferir un grito de dolor, se aferró a la mano de Marco y, en lugar de intentar que retirara el arma, la apretó contra su propio cuerpo, clavando su hoja con más profundidad. Marco golpeó a su oponente en la cabeza con la mano izquierda, cerrada en un puño, logrando que la capucha cayera hacia atrás. Lo que vio le dejó helado. El hombre, un tipo de mediana edad con una cara bien rasurada, no solo no parecía sentir dolor ante la puñalada que acababa de sufrir, sino que sonreía como un demente. Con el rostro descubierto, miró a Marco con ojos enloquecidos e inyectados en sangre. Aquel hombre se había arrojado sobre él con el único objetivo de arrebatarle el puñal, aunque aquello supusiera llevárselo clavado en las entrañas.

No se enfrentaba a hombres cualquiera. Se enfrentaba a un grupo de fanáticos.

Mientras Marco forcejeaba, otras tres figuras se acercaron a él y le agarraron por los brazos, obligándole a soltar su arma. El apuñalado retrocedió unos pasos antes de arrancarse la hoja de un tirón. Como si fuera una ofrenda, llevó la daga hasta su líder y se la tendió con reverencia. En el momento en el que su superior cogió el puñal de sus manos, el hombre herido se desplomó sobre el suelo.

—¿Ves lo que te decía, Lemurio? No nos importan nuestras vidas. Solo nos importa derramar vuestra sangre en nuestro altar.

—Ven aquí y demuéstramelo tú mismo. Y deja que vea tu rostro, cobarde.

Marco forcejeó hasta que uno de sus adversarios le golpeó con fuerza en las rodillas con un enorme bastón. El estallido de dolor le obligó a doblar las piernas y a punto estuvo de caer al suelo, pero los encapuchados lo sostuvieron. Le obligaron a llevar las manos a la espalda y uno de ellos se las ató con una cuerda.

—¿Quieres ver mi rostro? Que así sea. Poco importa ya. No vivirás para disfrutar de un nuevo amanecer.

El líder de la extraña secta se echó hacia atrás la capucha, dejando que la luz de la luna iluminara sus rasgos.

Marco comprendió por qué le sonaba aquella voz. Había visto a aquel hombre en dos ocasiones en las semanas anteriores. Las dos de forma casual. O eso había pensado él.

Cneo Popilio. El hombre que se había acercado a él en las termas y al que había vuelto a ver en una taberna la noche en la que Quinto le había salvado la vida. El comerciante campano cuya amabilidad y ganas de charlar habían llegado a irritar a Marco. Pero su rostro aquella noche era muy diferente. No había rastro de aquella expresión inocente y bobalicona que luciera en sus dos encuentros anteriores. El hombre que le observaba en aquellos momentos desde la orilla del Tíber tenía una mirada dura, orgullosa, propia de quien paladea una victoria largamente esperada.

—Veo que me reconoces —dijo.

—Eres el tipo molesto de las termas. No recuerdo tu nombre… —mintió Marco.

—Por supuesto que lo recuerdas. No eres de los que olvidan fácilmente una cara o un nombre. Llevo tiempo vigilándote, Lemurio. Desde el momento en que decidimos reconstruir nuestro culto aquí, en Roma, comprendimos que había entre la población de la ciudad gente que podría ser digna de formar parte de nuestra comunidad de iniciados. Fueron muchos los que me hablaron de ti. Llegué a tener esperanzas de que quisieras unirte a nosotros… Tienes conocimientos y habilidades que

podríamos haber utilizado. Pero te mostraste soberbio, altivo. Un hombre tan ocupado, tan absorto por tus propios asuntos. Los que me hablaron de ti se equivocaron: eres la quintaesencia de Roma. Prepotente, orgulloso. Desprecias a todo aquel que se cruza contigo. Y, aun así, te dimos una oportunidad cuando el azar hizo que te cruzaras en nuestro camino. Te advertimos, y no quisiste escuchar. Yo sabía que tarde o temprano darías con nuestro templo, así que nos adelantamos a tus pasos. Tu orgullo no es nada al lado de nuestra devoción. Ahora morirás en nuestro altar, pidiendo clemencia, llorando. Como todos los niños romanos a los que ya hemos sacrificado.

Marco gritó de rabia y trató de lanzarse contra Cneo Popilio, pero sus captores le tenían bien agarrado. Le volvieron a golpear con el bastón, en esta ocasión en la espalda y los muslos.

—Llevémoslo al templo. Quedan muchos preparativos que hacer antes del amanecer.

Marco se disponía a responder cuando alguien puso un paño sobre su boca y su nariz. El olor que inundó sus fosas nasales le resultó terriblemente familiar.

Otra vez no, pensó.

Y la oscuridad cayó sobre él.

OceanofPDF.com

XXVI
Prisionero

Marco despertó con un fuerte dolor de cabeza y la sensación de tener la boca y las fosas nasales llenas de una sustancia pastosa. En un primer momento no supo dónde estaba. Por algún motivo, pensó que estaba en el estudio de Neóbula y que se había quedado dormido hasta que la vela se había apagado, dejándolo completamente a oscuras. Poco a poco fue cobrando conciencia de la realidad y recordando dónde se encontraba. Estaba sentado, con las piernas dobladas. Sentía un fuerte dolor en el cuello, pero pensó que se debía a la postura en la que había dormido, con la cabeza caída sobre el pecho.

Alzó la cabeza y parpadeó varias veces para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Frente a él ardía una antorcha que estaba a punto de apagarse. Con aquella escasa luz, pudo comprobar que estaba en el interior de lo que parecía ser una celda, con muros construidos con grandes bloques de piedra. La antorcha solo iluminaba una parte de la estancia, dejando en penumbra absoluta el resto.

Intentó mover las manos, pero las tenía atadas a la espalda con una cuerda, y esta a su vez amarrada firmemente a una argolla en la pared. Trató de zafarse, pero solo consiguió que las cuerdas se clavaran más aún en la piel de sus muñecas. El que le había atado sabía lo que hacía.

—Veo que has despertado —dijo una voz desde las sombras. Marco dirigió la mirada hacia el lugar de dónde procedía el sonido. De la oscuridad surgió una figura, vestida con una túnica, pero con el rostro descubierto. Cneo Popilio, con su rostro de mejillas carnosas y su aspecto inofensivo, contempló a Marco con el ceño fruncido, casi como si sintiera

compasión de su situación. Su barriga, redonda y prominente, tensaba la túnica en su parte central como lo habría hecho el ropaje de una matrona embarazada—. Lamento haber tenido que drogarte. No podía permitir que siguieras hiriendo a mis hombres. Ni que echaras mano de alguna de tus brujerías. Nos habríamos visto obligados a matarte antes de tiempo. No eres de los que se rinden con facilidad.

—Todavía no me he rendido, pedazo de mierda —dijo, intentando parecer amenazante, pero logrando solo resultar ridículo debido a su boca pastosa y su dificultad para vocalizar por efecto de la droga que le habían suministrado.

—Sí, eso es lo que me llamó la atención de ti —respondió Popilio. De la zona oscura de la celda sacó un pequeño taburete, lo situó a una distancia prudente de Marco y se sentó en él—. Reconozco que no entiendo tu actitud, Marco Lemurio. Eres hijo de una griega. Seguramente ni siquiera seas ciudadano romano… ¿Me equivoco? —Marco escupió a los pies de su interlocutor, sin lograr que su saliva se acercara ni de lejos al objetivo. Su madre había sido ciudadana romana, al igual que su padre. Neóbula había nacido en Tesalia, hija de una esclava. Pero su amo romano las había manumitido a ambas, madre e hija. Aquel estatus legal había permitido que Neóbula contrajera un matrimonio con Marco Lemurio padre que les permitió legar a su hijo la ciudadanía romana completa. Por supuesto, Marco no respondió a la provocación de Popilio dándole aquellos datos—. Seas ciudadano o no, lo cierto es que todo lo que he podido averiguar de ti demuestra que eres un romano muy especial. No tienes lazos de clientela con ningún caballero ni ningún senador, aunque se te ve últimamente rondando por la *domus* de Marco Terencio Varrón. No votas en los comicios jamás. No perteneces a un *collegium*. No visitas los templos ni participas de culto alguno en público. Vives en Roma, pero es como si vivieras en cualquier aldea gálata perdida en Oriente.

Marco dudaba de que en las aldeas de los gálatas hubiera tabernas como las romanas. Pero tampoco aquello lo dijo. Popilio prosiguió con su perorata:

—Lo que quiero decir es que no pareces sentir una gran devoción por Roma y sus instituciones. Al fin y al cabo, ¿qué te ha dado Roma además de

una madre asesinada, hambre y miseria? ¿Qué le debes tú a Roma, Marco Lemurio? ¿Por qué te empeñas en defender a los hijos de esa gente que tanto dolor te ha causado? —Cneo Popilio aguardó una respuesta. Ante el silencio de Marco, continuó hablando—: Eras el candidato perfecto para unirte a nosotros. No todos los que hoy rinden culto a Baco aquí son descendientes de los bacantes asesinados hace ya varias generaciones. En todos estos años hemos acogido a gente que compartía nuestro deseo de ver arder esta ciudad hasta los cimientos. Hombres endeudados, antiguos terratenientes que perdieron todo en tiempos de Sila, habitantes de comunidades asfixiadas por los impuestos y las levas… No preguntamos por su pasado, ni por sus creencias. Si odian a Roma tanto como nosotros y están dispuestos a demostrar una entrega absoluta por nuestros ideales, son bienvenidos. Tú podrías haber sido uno de ellos. Por ese motivo intenté abordarte varias veces. En las termas, en la taberna… Incluso una vez estuve a punto de salir a tu encuentro en el Aventino, pero ibas acompañado de un tipo con cara de pocos amigos… No quise arriesgarme. Reconozco que me desilusioné cuando supe que te habían encargado investigar la desaparición de los niños. Todo mi plan de reclutarte comenzaba a desmoronarse. No solo no te unirías a nosotros, sino que te alineabas con nuestros enemigos… Qué desperdicio, Marco Lemurio.

—No me habría unido a tu banda de locos ni por todas las riquezas de Craso —dijo. Su voz comenzaba a sonar más humana.

—Sí, eso lo entendí más adelante. Tienes unos extraños principios a los que te aferras con tesón. Es algo digno de admirar. En realidad, no somos tan diferentes. Tenemos una idea y nos mantenemos firmes en su defensa. Es una lástima que tus principios vayan a conducirte a la muerte esta noche. Y a la de tu pequeño esclavo. Otro curioso ejemplar, por cierto…

—¿Te han enviado aquí abajo a que me tortures con tu charla?

Popilio se echó a reír, como si aquella conversación estuviera teniendo lugar entre dos amigos y no entre un carcelero y su prisionero.

—Ya te lo dije en una ocasión. Soy un hablador impenitente. Si tengo alguien que escuche mis historias, puedo estar hablando durante horas. Y reconoce que en tu situación actual no te quedan muchas más opciones que escucharme.

Marco sabía que su situación era desesperada. Una posibilidad que tenía de salir de aquel lugar por sí mismo era que, en el momento que le liberaran de sus ataduras, le permitieran alcanzar con la mano la lágrima de Perséfone para que pudiera activar su poder. De aquel modo, era muy probable que él consiguiera escapar, pero también había muchas posibilidades de que no consiguiera rescatar a Céfiro y a cualquier niño que aún continuara con vida en manos de los secuestradores. En consecuencia, solo le quedaba la opción de esperar y suplicar a los dioses del inframundo para que Quinto regresara con refuerzos. Tenía que ganar tiempo. ¿Pero cuánto tiempo sería necesario? Marco desconocía si había estado inconsciente solo el trayecto desde el río hasta la celda o si llevaba horas dormido. El dolor del cuello indicaba que había estado en aquella incómoda postura bastante tiempo. Tal vez no faltara mucho para que Quinto y los veteranos irrumpieran en aquel lugar.

Si es que Quinto había conseguido convencer a Escapcio y los suyos…, pensó Marco desolado.

Fuera como fuera, tenía que ganar tiempo, y no había mejor forma de hacerlo que aprovecharse de la principal debilidad de su enemigo: su colosal pasión por escuchar su propia voz.

—¿Por qué, Popilio? ¿Por qué ese odio contra Roma? ¿Qué ha hecho Roma contra tu dios para que tengáis esa ansia de venganza?

Popilio levantó las cejas, asombrado.

—¿Tanta es tu ignorancia de vuestra propia historia? ¿No te enseñó nada tu padre?

—A los niños de la Subura se nos enseña a comer con una mano y a limpiarnos el culo con la otra. Y ahí termina nuestra educación.

Popilio se echó a reír de nuevo.

—Tal vez a otros niños sí, pero es evidente que tú has recibido una educación esmerada. Por mucho que te disfraces de ignorante estafador, resulta obvio que tu madre te enseñó como mínimo a leer y a escribir.

Me enseñó mucho más que eso, sureño presuntuoso, pensó Marco. Y ojalá tuviera las manos libres para mostrarte algunos de los trucos que aprendí de ella.

—La historia de Roma no estaba entre sus enseñanzas, te lo aseguro.

El líder de la secta se puso en pie.

—Nos masacraron, Lemurio. Como a bestias salvajes. Tras la derrota de Aníbal, el Senado necesitaba demostrar su fuerza a todos los pueblos de Italia que estaban sometidos bajo el yugo de Roma. Durante la guerra se habían producido demasiadas defecciones, demasiadas traiciones que habían estado a punto de costar muy caras a los romanos. El Senado sabía que, aunque Aníbal y sus ejércitos ya no fueran una amenaza, muchos itálicos habían aprendido que el poder de Roma podía ser desafiado. Si Capua lo había hecho durante tanto tiempo, ¿por qué no el resto? Los senadores tenían que poner de manifiesto su poder… y eligieron golpear a un simple grupo de creyentes. Los seguidores de Baco celebraban sus rituales de forma secreta. Nuestros misterios son tan antiguos que se pierden en la memoria de los hombres. Siempre hemos rendido culto a nuestro dios en paz, hasta que Roma decidió que resultábamos molestos. Éramos las víctimas perfectas. Numerosos, repartidos por todas las ciudades de Italia, pero indefensos e incapaces de ofrecer una resistencia organizada. Al ser nuestros misterios secretos, se inventaron todo tipo de historias acerca de nosotros. El Senado prestó oídos a todos los bulos que llegaron a ellos, y bastó la denuncia de una simple esclava, una prostituta, para que el terror se desencadenara. Por un senadoconsulto, se prohibieron los cultos de Baco en toda Italia. Aquellos grupos que los siguieran practicando fueron castigados con la muerte. Aunque la mayoría de los bacantes obedecieron, otros creyeron que se trataba de una amenaza vacía, y continuaron con sus rituales. No tardaron en ser denunciados por vecinos, por sirvientes vengativos, y toda la furia de Roma cayó sobre ellos. Miles de personas fueron asesinadas en aquellos años. Mujeres, niños, ancianos. Los templos quedaron arrasados o se consagraron a otros dioses. El Senado de Roma se salió con la suya, había enviado su mensaje a una Italia atemorizada. Pero algunos sobrevivieron. Ya no practicaban los cultos, era demasiado arriesgado. Pero se aseguraron de que sus hijos y sus nietos escucharan la historia de cómo Roma había masacrado a los bacantes. Y exigieron a todos aquellos niños un juramento de venganza. Mi propio abuelo, que había oído aquella historia del suyo, me contó todo esto una y otra vez, y me hizo repetir el mismo juramento que él mismo había pronunciado de niño. Por

fin, la venganza se hace realidad en mí. Roma pagará por lo que nos hizo. La sangre de sus niños teñirá de rojo los altares de nuestro dios.

Marco escuchó con atención. La historia que Popilio acaba de contarle era en esencia la misma que semanas antes le había referido Trasíbulo, el escriba de Varrón. Un grupo de locos que se habían erigido en herederos de una ofensa ancestral.

—¿Me estás diciendo que los niños de la Subura están pagando por lo que hicieron unos jodidos senadores cuando tu bisabuelo todavía usaba *bulla*? Cneo Popilio, estás incluso más loco de lo que pensaba.

—Puedes burlarte de nosotros cuanto quieras. La venganza de Baco ya ha comenzado.

Marco sonrió. Sabía que irritar a su interlocutor no le haría ganar tiempo, pero su lengua fue más rápida que su mente.

—¿La venganza de Baco? ¿Contra quién? ¿Contra un panadero de la Subura? ¿Contra los niños callejeros del Aventino? Popilio, pedazo de imbécil, ¿crees que a algún senador le importa una mierda lo que les ocurra a esos niños? Yo mismo acompañé al magistrado de un *collegium* a casa de un tribuno de la plebe, a contarle que los niños estaban desapareciendo. ¿Sabes qué nos dijo ese tribuno? Que no era problema suyo. Que Roma tenía cosas más importantes a las que atender antes que a unos pocos niños desaparecidos. ¡Al Senado de Roma le importa una mierda tu venganza, Popilio! ¿A cuántos niños nobles habéis secuestrado, jodido inútil? ¿Cuántos de los hijos de Pompeyo, de Cátulo, de los Julios o de los Mételos habéis sacrificado en vuestros altares? Os reunís con vuestras túnicas y vuestras capuchas, bailáis como prostitutas gaditanas alrededor de un altar, bebéis vino y os dais por culo… ¡Y creéis que los cimientos de Roma tiemblan por vuestras acciones!

—¡Basta! —gritó Popilio—. Todo eso llegará. Somos las sombras que acechan en la noche de Roma y algún día…

—Déjate de discursos, gordo inútil. Convence a tu rebaño con tus palabras vacías si te lo permiten. A mí no intentes engañarme. Sabes que no vais a conseguir nada más que…

Popilio sacó una larga daga de su túnica y se dirigió hacia él, con el rostro demudado por la furia. Ni rastro quedaba ya de aquella cara

bondadosa y simplona que Marco había visto por primera vez una mañana en las termas.

—Parece que al final vas a morir antes que tu esclavo… —murmuró.

Marco aprovechó la cercanía de su carcelero y lanzó una patada contra sus piernas, pero Popilio, pese al enfado, tuvo la prudencia de acercarse al prisionero con cuidado. Esquivó con facilidad el ataque y cayó sobre él, agarrándolo del cuello y amenazándolo con el puñal.

—Reúnete con tus ancestros, carne de los titanes…

En ese momento, algo golpeó la cabeza de Cneo Popilio. Un ataque que vino de atrás, y que pilló por sorpresa tanto al líder de la secta como a Marco. Popilio puso los ojos en blanco y se desplomó a un lado del prisionero. Marco apartó el cuerpo con las rodillas para tratar de ver quién era el misterioso atacante.

—Tranquilo, Marco. He venido a rescatarte.

Céfiro le miraba con una sonrisa triunfal. En su mano derecha sostenía una enorme y afilada roca.

OceanofPDF.com

XXVII
Rescate

Céfiro y el pequeño Aulo pasaron un buen rato charlando, más para alejar el miedo y la desesperación que porque les interesaran los temas de la conversación. Hablaron de la Subura, de sus comerciantes, de los vecinos más peculiares, de rumores que corrían por las calles, de juegos y de bromas. Aunque los dos vivían en calles muy cercanas, pertenecían a grupos sociales muy diferentes. Céfiro era el esclavo de un hombre que a duras penas conseguía pagar el alquiler y llenar la despensa. Aulo era el hijo de uno de los comerciantes más prósperos de la zona del barrio en la que vivían. Era muy poco lo que les unía, muy pocos los juegos comunes en los que podían haber participado, y desde luego muy pocos o ninguno los amigos que podían haber compartido. Sin embargo, en medio de aquella densa oscuridad, los dos niños se sintieron muy cercanos, como si fueran amigos íntimos que hubieran tenido hasta la misma nodriza.

Fue Céfiro el que rompió la ilusión de que eran dos amigos charlando en una tarde de verano.

—¿Nunca has intentado escaparte de aquí? —preguntó.

—No. Estoy atado desde que me trajeron. He intentado romper las cuerdas… pero me hago daño en las uñas. —El pequeño Aulo no pudo evitar echarse a llorar al pensar en el tiempo que llevaba encerrado en aquella celda—. Muchas veces he deseado morirme. Me ha dado envidia el chico que dejó de llorar… Me convencí a mí mismo de dejar de comer y de beber, y lo conseguí durante un tiempo. Pero al final, el hambre y la sed me derrotaron. No quiero morirme aquí. Quiero volver a ver a mi padre y a mi abuela. Y a mis hermanas…

El hijo del panadero no pudo seguir hablando. Las palabras se morían en sus labios, ahogadas en el llanto. Céfiro, que también luchaba contra las lágrimas, le pasó el brazo sobre los hombros.

—Nada de dejarse morir. Mi amo vendrá a rescatarnos.

—Eso es imposible. Nadie sabe dónde estamos.

—Mi amo lo averiguará. Él es… especial.

Céfiro se quedó en silencio, escuchando llorar a su compañero. ¿Estaba seguro de que Marco iría a rescatarlo? La última vez que había hablado con su amo, estaba tan perdido con el tema de los encapuchados como el mismo Céfiro. No tenía ni la más remota idea de dónde se ocultaban los secuestradores de niños, más allá de una vaga historia acerca de unas misteriosas figuras bajando por el río con unos sacos. El pequeño esclavo había visto a Marco obrar auténticos prodigios gracias a las artes que había aprendido de su madre. Cuando no estaba borracho o hundido por la resaca o la depresión, su amo era capaz de cosas cuya visión habría hecho enloquecer a cualquier mortal. Pese a ello, en todas aquellas semanas no había logrado encontrar a los secuestradores. ¿Por qué iba a cambiar aquella situación en el lapso de unas horas?

—Aulo, no podemos esperar. Tenemos que salir de aquí nosotros solos.

—¿No decías que tu amo vendría a rescatarnos?

—Tal vez lo haga. O tal vez no. No podemos correr el riesgo. Voy a intentar desatarte.

Céfiro había aprendido a sobrevivir en la Subura de la mano de un gran maestro. Marco sabía lo que era pasar hambre, frío, lo que suponía vivir con la constante amenaza de ser desahuciado por un casero que no permitía ni un pequeño retraso en los pagos del alquiler. Había sobrevivido a un sinfín de adversidades gracias a su talento para el engaño y a los conocimientos que Neóbula le había legado. Todas aquellas habilidades de supervivencia habían sido transmitidas a Céfiro desde que el esclavo había aprendido a andar. De forma consciente o por simple imitación, el niño había absorbido ideas y formas de moverse y actuar.

Una de las primeras cosas que había aprendido había sido que uno no podía moverse por las calles de Roma desarmado. Del mismo modo que Marco no salía sin su daga oculta bajo la túnica, Céfiro hacía lo mismo,

adaptando la idea a su pequeño tamaño. En el dobladillo de la manga izquierda de su túnica escondía una fina pieza de hierro acabada en una punta y con uno de sus lados afilados. En más de una ocasión, aquella aguja le había salvado de acabar muerto en un callejón. Sus captores no le habían registrado más que de forma superficial, dando por hecho que un niño como él no portaría armas, por lo que no habían dado con aquel instrumento. Céfiro lo sacó con cuidado de su escondite y comenzó a cortar las cuerdas que retenían inmóvil a su compañero. Las cuerdas, bastante raídas ya por los muchos intentos de Aulo de romperlas, cayeron con facilidad.

—Gracias —dijo el niño, todavía entre sollozos. Estiró los brazos, entumecidos por los muchos días de tenerlos en la misma postura—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Salir de aquí sin que nos vean. Y rezar a los dioses para que no nos vuelvan a coger.

—Si nos atrapan nos matarán.

—¿No decías que querías morir? Pues mejor ahí fuera que en esta celda llena de mierda.

Céfiro y Aulo se pusieron en pie. El hijo del panadero guio al esclavo hacia el lugar donde creía que estaba la puerta, el punto por el que entraban sus captores cada vez que le llevaban comida.

—Estará cerrada.

—No te habrían atado entonces —dijo Céfiro, sorprendido ante su propia clarividencia. Cada vez se sentía más fuerte. El hecho de haber tomado las riendas de la situación y haber conseguido desatar a su compañero le habían infundido mucha seguridad. Palpando encontró la puerta frente a él, la empujó… y descubrió que tenía razón. Estaba abierta —. Vámonos. No te separes de mí.

Al otro lado de la puerta se abría un pasillo estrecho en cuyas paredes ardían unas antorchas sostenidas por grandes argollas de hierro. Aulo se llevó la mano a los ojos. Llevaba tantos días rodeado de una oscuridad casi constante que la luz le hizo daño y lo cegó. Puso la mano en el hombro de Céfiro para dejarse guiar por él.

—No veo bien —dijo.

Ahora también ciego, pensó Céfiro. No escapamos de aquí ni aunque el mismo Marte baje a ayudarnos.

El niño observó que en el suelo había varios cascotes sueltos, de diversos tamaños. Todo a su alrededor evidenciaba la falta de cuidados que había sufrido aquel edificio durante mucho tiempo. Las telarañas cubrían casi por completo los techos y las esquinas. La madera de las vigas estaba carcomida y en algunos puntos faltaban pedazos enormes. Céfiro se agachó y cogió una roca con aspecto de haberse desprendido del techo o de las paredes. Encajaba bien en su mano y tenía un pequeño filo en uno de sus lados. Junto con el pequeño estilete que llevaba en la mano izquierda, el esclavo creía que podría enfrentarse a un hombre adulto en un combate no muy desigual. Cogió otra piedra para Aulo y se la tendió. Su compañero tanteó, aún cegado, y cogió la roca.

—Si hay pelea, no la arrojes ni la enseñes —susurró Céfiro—. Hazte la víctima, ponte a llorar, tiembla. Que se acerquen y entonces… directo a la cabeza. Sin dudar. Son ellos o nosotros.

Aulo asintió, convencido.

Los dos niños echaron a andar por el pasillo. Aulo iba muy despacio. Había pasado mucho tiempo atado en una postura incómoda, y sus piernas se negaban a obedecerle. Apenas habían avanzado cuando oyeron unas voces a su izquierda.

—Ya vienen… —dijo Aulo con voz chillona.

—No te cagues encima todavía —respondió Céfiro—. Las voces proceden de esa habitación. No saben que estamos fuera de nuestra celda. Pasaremos por delante sin que nos vean.

Céfiro y Aulo se agacharon. Se disponían a cruzar frente a la puerta abierta cuando el esclavo escuchó una nueva voz. Una voz que le era muy familiar.

—¿La venganza de Baco? ¿Contra quién? ¿Contra un panadero de la Subura?

Marco. Céfiro no pudo evitar que una sonrisa aflorara a su rostro. Marco les había encontrado. Su amo había acudido a rescatarlos.

Movido por la curiosidad, Céfiro se asomó con cuidado al interior de la habitación de donde procedían las voces. Toda la esperanza que había

nacido en su corazón, se esfumó de golpe. En efecto, era Marco Lemurio el que hablaba. Pero estaba sentado contra una pared, en la misma posición en la que se había encontrado Aulo hasta que él lo había desatado. Frente a él había un hombre, sentado en un taburete y dando la espalda a la puerta.

Marco estaba prisionero. Los encapuchados le habían atrapado.

—¿Qué pasa? —preguntó Aulo, cada vez más nervioso.

—Es mi amo. Está ahí dentro.

—¿Y qué hace ahí dentro?

—Lo tienen atado —respondió Céfiro en un susurro. Aulo resopló—. No resoples. Vamos a rescatarlo —dijo el esclavo.

—¿Cómo?

—De la misma forma que te he rescatado a ti. Ahora no digas nada y agáchate.

Marco y el hombre que había frente a él seguían hablando. Su tono había ido aumentando y los dos estaban gritando en aquel momento. Marco dijo algo que acabó con la paciencia de su interlocutor. El hombre se levantó de la banqueta, hecho una furia, y se lanzó sobre él con lo que parecía una daga en su mano.

Era el momento que Céfiro estaba esperando. Al mismo tiempo que el hombre se abalanzaba sobre Marco y lo agarraba por el cuello, el esclavo se deslizó hasta su espalda aprovechando la oscuridad que había en un lado de la celda. El hombre estaba tan enfurecido que no se dio cuenta de que el niño se situaba tras él y alzaba la roca que tenía en la mano. Céfiro descargó la piedra con todas sus fuerzas contra la cabeza del individuo que amenazaba con matar a su amo. El impacto fue brutal y derribó a la víctima, dejándola sin sentido.

—Tranquilo, Marco. He venido a rescatarte.

—¡Céfiro! —exclamó Marco. No podía creer lo que veían sus ojos. El niño no solo estaba libre, sino que se las había ingeniado para rescatarle a él —. ¿Cómo es posible…?

—No tenemos tiempo. Ya hablaremos luego. —El muchacho se concentró en cortar con su estilete las cuerdas que mantenían a su amo atado a la pared.

El esclavo tenía razón. Tenían que aprovechar aquella ocasión para escapar. Tiempo habría de preguntas y explicaciones. No podían dar a sus captores la oportunidad de volver a caer sobre ellos. Aun así, en cuanto se vio libre de las cuerdas, no pudo evitar echar los brazos al cuello del niño y atraerlo hacia él para abrazarlo.

—Creí que te había perdido —dijo en un susurro.

Céfiro le devolvió el abrazo en un primer momento, pero no tardó en sentirse violento y apartar a su amo con suavidad. No estaba acostumbrado a que Marco le demostrara su cariño con tanta efusividad. Además, había alguien más mirándolos.

—Déjate de abrazos. Pareces una vieja abuela. Y mira, no estamos solos…

Marco se puso en pie y miró hacia la puerta. El pequeño Aulo asomaba la cabeza con miedo.

—¿Quién es?

—El hijo del panadero. ¿No te encargaron que lo buscaras? Pues ahí lo tienes. Espero que cuando salgamos de aquí le cuentes a todo el mundo quién te rescató y a ti y a ese niño. No me extrañaría que te ofreciera comprar mi libertad. O tal vez…

—Céfiro. Tenemos que irnos —cortó Marco.

—Sí, sí, vámonos.

Ambos miraron el cuerpo de Popilio, tirado en el suelo. Bajo su cabeza había un charco de sangre que crecía por momentos.

—¿Está muerto?

—Ojalá —respondió Marco. Le dio una patada suave en las costillas para ver si Popilio reaccionaba. El sacerdote no se movió. Céfiro y Marco se miraron y asintieron.

Esclavo y amo salieron al pasillo y se encontraron con Aulo. El niño sonrió al ver a Lemurio. Era evidente que la presencia de un adulto era para él garantía de que sus problemas estaban ya a punto de desaparecer. Pese a ello, cuando Marco dio un paso al frente y la luz de las antorchas iluminó su rostro, la expresión de Aulo cambió por completo.

—Un momento… Yo te conozco. Eres ese Lemurio del que todo el mundo habla. Mi padre me ha contado historias de ti, de lo que haces…

No… No puedo ir contigo.

Marco alzó las cejas, con gesto de resignación. Estaba acostumbrado a oír aquellos comentarios de sus vecinos, especialmente de los niños. Le resultaban algo chocantes aquellos remilgos en medio de una situación como aquella en la que se encontraban, pero no tenía intención de hacer de las palabras de Aulo un problema. Tenían cosas más importantes de las que ocuparse antes que de los miedos absurdos de un niño traumatizado.

Céfiro no pensaba igual. Se mordió el labio inferior, tratando de contener la rabia que le había inundado de golpe, pero no pudo contenerse. Con todas sus fuerzas estampó el puño en la cara de Aulo, haciendo que el otro niño cayera al suelo. El hijo del panadero rompió a llorar de inmediato. Céfiro se arrojó sobre él y le alzó por la pechera de la túnica.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir después de haberte salvado la vida? ¿Qué has oído historias de mi amo? Me limpio el culo con esas historias, ¿me oyes? ¡Me limpio el culo con esas historias! Vuélvete a la celda si lo prefieres, niñato malcriado. Mi amo y yo nos marchamos. Tú quédate con tus amigos de las capuchas. Cuando te corten el cuello gritarás pidiendo que volvamos.

Soltó al niño con desprecio y se puso junto a Marco. Este miró a su esclavo con los ojos muy abiertos. Nunca le había visto actuar con una violencia como aquella. Había visto por primera vez a un Céfiro completamente desconocido para él. Y no estaba seguro de que aquel niño que se acercaba peligrosamente a la adolescencia le gustara demasiado.

—Eso no era necesario, Céfiro.

—Si hubieras hecho esto mismo hace tiempo con su padre y con otros cuantos tal vez no tendrías la fama que tienes.

—O tal vez estaría muerto —respondió Marco, y tendió la mano a Aulo, que sollozaba mientras se tocaba el pómulo derecho, el lugar en el que se había estrellado el puño de Céfiro. El niño miró la mano tendida y, tras unos instantes de dudas, la tomó para ayudarse a levantarse.

—Lo siento —dijo el niño en voz muy baja y sin atreverse a mirar a Céfiro.

—No pasa nada —respondió Marco, haciendo una mueca de comprensión y encogiendo los ojos—. No es culpa tuya. Ahora vámonos.

Poneos detrás de mí.

—¿Tienes algún arma? —preguntó Céfiro. Marco se llevó la mano al escondite de su daga, y lo encontró vacío. La había perdido en la corta pelea contra los fieles de Baco en la orilla del río. Iba desarmado. Pensó en la lágrima de Perséfone, que colgaba inofensiva contra su pecho. Con los dos niños pegados a él quedaba descartada cualquier posibilidad de hacer uso de aquel artefacto. Tenían que salir de aquel lugar por sus propios medios. Marco negó con la cabeza—. Toma esto. —Céfiro le tendió algo a su amo. Él lo cogió. Era la misma piedra con la que había golpeado a Popilio en la cabeza. El niño se quedó con el estilete para sí mismo.

—Detrás de mí —repitió Marco, y echó a andar por el pasillo, seguido por los dos muchachos.

El pasillo en el que se encontraban estaba lleno de puertas, todas ellas cerradas. Marco no pudo evitar sentir un escalofrío al escuchar detrás de algunas de ellas llantos y gritos que solo podían proceder de un niño desesperado por el miedo o el dolor. Todos los niños desaparecidos de las calles de Roma estaban ahí abajo, esperando su turno de ser sacrificados. Posiblemente muchos de ellos estaban malheridos o famélicos por la mala alimentación y la falta de agua. Se sintió tentado de abrir las puertas y liberar a los pequeños, pero sabía que hacer algo así era un suicidio para él y para sus acompañantes. Si liberaba al resto de los niños en aquel momento, los encapuchados caerían sobre ellos y toda aquella fuga acabaría con ellos muertos o atados de nuevo en sus celdas. Tenía que escapar de allí y regresar con refuerzos cuanto antes. Era la única posibilidad que había de sacar con vida del templo a aquellos niños.

Céfiro, que también había escuchado los llantos, miró a su amo bajo la luz de las antorchas. En su rostro se podía leer la súplica de rescatar a los niños prisioneros. Marco negó. Céfiro, entendiera o no los motivos de su amo, no insistió. Se limitó a agachar la cabeza y continuar caminando con su pequeña hoja de hierro afilada en su mano derecha.

El pasillo terminaba en una escalera estrecha, de escalones de piedra altos y encajonados en un angosto pasillo en cuyas paredes no colgaba ninguna antorcha. Marco hizo un gesto a los dos niños para que subieran detrás de él, pegados a las paredes. Ascendieron lentamente, peldaño a

peldaño, tratando de no hacer ruido con sus pisadas y atentos a cualquier sonido a su alrededor. La oscuridad no tardó en engullirlos a los tres. Marco caminaba con la mano izquierda sobre el muro, para no desorientarse, y la derecha cerrada en torno a la piedra que Céfiro le había dado. Tras él, los dos niños subían los altos peldaños. Céfiro, en absoluto silencio, como un zorro deslizándose entre la espesura. El pequeño Aulo jadeando por el miedo y el esfuerzo.

Tras una subida que se les antojó interminable, vieron una luz al final de la escalera. Hasta ellos llegó un sonido rítmico, regular. Parecía la música de varios tambores o panderos, acompañada del tintineo de algún otro instrumento metálico. Era una música con una cadencia repetitiva y monótona, que se asemejaba a los latidos de un corazón.

—Esperad aquí —les pidió Marco en voz muy baja—. Subiré para comprobar si hay alguien. Atentos a mi señal.

Subió unos peldaños y se giró para comprobar si los niños habían obedecido su orden. La oscuridad era casi total escaleras abajo, pero la escasa claridad que procedía del piso superior le permitió ver a Céfiro, con su estilete alzado frente a él, y al pequeño Aulo, agazapado tras el esclavo. Marco retomó el ascenso y, cuando llegó al último peldaño, se asomó al exterior.

Lo que vio le dejó sin aliento. La escalera daba a una enorme sala de tres naves separadas por columnas de las que colgaban grandes antorchas encendidas. La nave central era más amplia que las dos laterales. En ella, una multitud de figuras cubiertas con túnicas y capuchas danzaban y se movían de forma rítmica, lenta, al compás de la extraña música que parecía proceder de algún lugar al fondo de la sala. El baile era muy pausado, algunas de las figuras apenas se mecían. Ninguna se tocaba ni se relacionaba con los otros fieles que había a su alrededor.

Sin embargo, lo que aterró a Marco no fue lo que estaban haciendo aquellas personas. Fue su número. La nave central estaba completamente abarrotada, y muchos de los fieles ocupaban el espacio de las naves laterales. Calculó que podía haber en aquel lugar cerca de un centenar de individuos bailando, presas de un extraño éxtasis.

Miró hacia el otro lado y descubrió que, a escasa distancia de donde se encontraba él mismo, había una enorme puerta de madera, cerrada. Sin duda, pensó, era la entrada principal del templo. La puerta era lo único que destacaba en un muro sin ventanas a la vista.

Entre el final de la escalera y aquella puerta no había ninguna figura danzante. Todas ellas estaban al otro lado del templo, concentradas en aquel extraño rito.

Marco se dio la vuelta para hacer un gesto a sus dos acompañantes. Céfiro y Aulo obedecieron. El hechicero les pidió silencio con un gesto y les invitó a que se asomaran con precaución. Quería que los dos niños vieran la situación en la que se encontraban y entendieran que su única posibilidad era llegar hasta la puerta y salir al exterior. Una vez fuera, si tenían la suerte de no haber sido vistos, tendrían que alejarse de aquel lugar lo antes posible.

—Si avanzamos pegados a la pared tendremos alguna posibilidad de que no nos vean. No os separéis y sobre todo no hagáis ningún ruido.

Céfiro asintió. Aulo comenzó a sollozar. El niño estaba a punto de perder el control. Todo el valor que había demostrado en la celda se había evaporado. De algún modo, aquel calabozo se había convertido en un lugar seguro para él. Un espacio en el que sabía que al menos nadie lo golpearía ni lo maltrataría. Allí fuera volvía a sentirse indefenso. Marco sabía que si aquel niño no se calmaba los encapuchados los descubrirían con toda seguridad.

—Escucha —susurró—. Aulo, estuve hace unos días con tu padre. Un tipo duro el panadero, ¿verdad? Nadie en la Subura se atreve a llevarle la contraria. Estoy seguro de que se sentiría orgulloso de verte aquí, escapando de estos desgraciados. Te está esperando en vuestra casa. Fue él quien me encargó que te buscara. En cuanto lleguemos a la Subura, tu padre y yo vamos a volver con unos cuantos hombres y les vamos a cortar los cojones a los que te han tenido en esa celda tanto tiempo. ¿Qué te parece esa idea? Y después de cortárselos se los tiraremos a los perros. Pero necesito que hagas una última cosa. Tienes que controlarte. Si te echas a llorar cuando estemos ahí fuera, estamos perdidos. ¿Podrás hacerlo, Aulo?

El niño sorbió los mocos y asintió tras enjugarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—Eso es. Antes de que salga el sol estarás en tu casa. Y ahora vamos.

Céfiro levantó las cejas y puso los ojos en blanco, queriendo dejar muy claro que no compartía en absoluto el miedo de Aulo. Marco conocía al pequeño esclavo, y sabía que también él estaba asustado. Pero antes se dejaría cortar las manos que confesarlo.

Marco salió el primero, pegado al muro, deslizando los pies sobre el suelo para hacer el menor ruido posible. En su pecho, la lágrima de Perséfone comenzó a calentarse.

Nada me gustaría más que liberarte, pensó Marco. Se imaginó a sí mismo abandonándose al poder de la piedra y desatando una matanza entre los encapuchados ensimismados en sus bailes y su música. Era probable que, incluso contando con las habilidades que la lágrima de Perséfone le otorgaba, muriera a manos de aquellos fanáticos. Cien hombres y mujeres podían ser demasiados, incluso para un demonio sanguinario. Marco no estaba seguro de la forma que adoptaba o de las habilidades que desarrollaba cuando liberaba el poder de la piedra negra, pero estaba bastante seguro de que entre ellas no se encontraba la invulnerabilidad.

Os ha salvado la presencia de estos niños. Pero volveré a por vosotros, jodidos bastardos.

Los tres llegaron hasta la puerta del templo sin ser vistos. A lo lejos, en el otro extremo de la enorme nave central, los bacantes continuaban sus bailes, a un ritmo cada vez más rápido. Los tambores y timbales habían ido aumentando su cadencia de forma muy lenta, casi imperceptible al oído. Marco observó que algunos de los participantes en aquel culto se habían retirado la capucha hacia atrás, dejando su rostro y su cabello a la vista.

La puerta, formada por dos grandes hojas de madera, tenía dos grandes argollas metálicas como tiradores. Marco empujó la puerta, con suavidad primero, con fuerza después, sin conseguir que se moviera de su lugar. O estaba cerrada firmemente o se abría hacia dentro. Agarró uno de las argollas y se dispuso a tirar de ella.

En aquel momento, la música cesó de forma repentina y el silencio se adueñó del templo.

OceanofPDF.com

XXVIII
La sangre de Baco

A pesar del cese de la música, Marco tiró de la argolla de metal con todas sus fuerzas. La puerta no se movió. Probó tirando con las dos manos, haciendo uso de todas sus fuerzas. Sabía que el fin de la música significaba que algo iba a ocurrir. Una mala noticia para ellos. Tiró hasta que los músculos de sus brazos comenzaron a arderle. No logró mover la enorme hoja de madera.

—Está cerrada. Puto Baco, ábreme la puerta de tu templo —murmuró, y siguió tirando.

Mientras Marco luchaba contra la puerta, Céfiro se volvió hacia el grupo de danzantes que ocupaban el otro extremo de la nave. Al detenerse la música, muchos habían dejado de bailar. Alguno continuaba moviéndose al son de un ritmo que ya no podía escuchar pero que en su éxtasis continuaba imaginando en su mente. Tras unos instantes, incluso estos dejaron de bailar. Los bacantes comenzaron a cuchichear entre ellos, interrogándose unos a otros con gestos de confusión. En medio de aquella situación, el grupo fue desplazándose hacia las naves laterales, como si se abrieran ante la llegada de algún miembro importante del grupo.

—Marco —susurró Céfiro—. Va a pasar algo.

Su amo no le escuchó. Estaba totalmente centrado en abrir la puerta y escapar de aquel lugar.

Cuando el grupo se dividió en dos por completo, una figura comenzó a avanzar por la nave central. Iba vestida con la misma túnica larga que el resto, pero no llevaba la capucha puesta. Avanzaba a grandes zancadas, sin correr, y se sujetaba algo contra la parte posterior de la cabeza.

—Marco —repitió Céfiro. En aquel momento, todos los presentes en el templo habían cobrado conciencia de la presencia de los tres fugitivos. Algunos les señalaban con el dedo. Céfiro pudo escuchar algunas risas.

—Ayúdame a tirar, Céfiro. Creo que está atascada.

—Esa puerta no se ha movido de su sitio desde hace cientos de años, Lemurio. Podrías estar tirando de ella toda la noche, y no conseguirías que sus viejos goznes oxidados se movieran.

Marco dejó de tirar. Masculló una maldición contra varios dioses y diosas y se dio la vuelta.

Cneo Popilio avanzaba hacia ellos, con el rostro demudado por la furia. A medida que iba avanzando, el grupo de fieles se cerraba tras él y muchos de los encapuchados comenzaban a caminar tras su líder.

—Tendríamos que haberlo rematado… —dijo Marco en voz baja.

Popilio se detuvo a una distancia prudencial de los tres fugitivos.

—Nadie escapa de nuestra venganza. No escaparéis vosotros y no escapará Roma. Esta noche nuestro altar se regará con…

—¿Otro discurso de mierda? —gritó Marco—. Mátame de una vez, y ahórrame oír tu voz, jodido campano insoportable. Lleváis las capuchas para no escucharle, ¿verdad? ¿No podíais haber encontrado un líder mejor? Vamos, cualquiera de vosotros podría hacerlo mejor que este gordo inútil. ¿Qué? ¿No os animáis? Que alguno le calle la boca antes de que lo haga yo. Os cedo el placer. Este tipo va a llevaros a todos a colgar de una cruz. En la vía Apia todavía quedan maderos de los que usaron con los hombres de Espartaco que servirán para colgaros a vosotros. Quitaos de en medio a esta bolsa de mierda y escapad ahora que aún podéis hacerlo.

Popilio se echó a reír.

—¿De verdad crees que alguno de los fieles de Baco me traicionaría solo por escuchar tus palabras de estafador de ancianas, Lemurio?

—Yo lo haría —respondió Marco, con una sonrisa desafiante en el rostro. A medida que hablaba, había ido situándose entre el grupo de bacantes liderado por Popilio y los dos niños, que se refugiaron tras él. Céfiro esgrimía de nuevo su estilete y apuntaba hacia el líder de la secta con él. Aulo, en cambio, había empezado a sollozar de nuevo y se agarraba a la túnica de Marco con desesperación.

—¡Daxos! —gritó Popilio.

Una figura dio un paso al frente. Un hombrecillo menudo, con un rostro rubicundo y cubierto de sudor por el largo baile que se había visto obligado a interrumpir.

—Acércate —ordenó Popilio. El aludido dio dos pasos y se situó al lado de su líder—. Y ahora, no te muevas.

Popilio sacó una daga de hoja larga y delgada, la misma con la que había estado a punto de degollar a Marco en la celda. Agarró al bacante por el cuello y, sin mediar palabra, comenzó a cortarle la oreja derecha con el arma. El tal Daxos comenzó a gritar, con un sonido que Marco solo había escuchado alguna vez al presenciar una matanza de cerdos en uno de sus viajes fuera de Roma. Pese a los alaridos de dolor, el hombre no trató de defenderse ni de escapar. No alzó los brazos ni se movió de su sitio. Cuando la oreja colgaba solo de un cartílago, Popilio la desprendió de un tirón.

—Regresa a tu lugar —dijo el sacerdote, y arrojó la oreja de su seguidor al suelo.

Daxos, sollozante y con las dos manos tratando de frenar la hemorragia, regresó junto a la multitud y se perdió entre las filas traseras.

—¿Necesitas más pruebas? Todos y cada uno de nosotros estamos convencidos de llevar nuestra causa hasta el final. Todos daríamos la vida por nuestro dios y por nuestra tan ansiada y esperada venganza.

—No veo que tú hayas tenido que entregar mucho. Tienes las dos orejas en su sitio. ¿Por qué no te cortas una a ti mismo como parte de tu demostración? A lo mejor así empiezo a creerme que eres algo más que un cobarde que se esconde detrás de un grupo de fanáticos.

Popilio sonrió.

—He entregado más de lo que serías capaz de imaginar, triste estafador. Y ahora, se acabó la charla. Cogedlos.

Un grupo de encapuchados se lanzó sobre los tres prisioneros. Céfiro trazó un arco con su arma, pero Marco le agarró el brazo para detenerle.

—No tiene sentido. Son demasiados.

En un momento, los tres se vieron en manos de sus enemigos. Un solo hombre bastó para reducir al aterrorizado Aulo. Céfiro, por el contrario, fue retenido por dos hombres y una mujer gruesa con el pelo grasiento. El

esclavo los miró con odio cuando, con un golpe certero, le obligaron a soltar su estilete. Entre otros tres redujeron a Marco y lo arrojaron al suelo.

—El ritual debe continuar. Llevadlos hasta el altar.

A golpes, levantaron a Marco y le obligaron a caminar. Céfiro y Aulo fueron alzados del suelo.

—Un momento —dijo Popilio, como si hubiera cambiado de opinión. Los encapuchados se detuvieron—. Para este ritual solo necesitamos un niño. Este no nos servirá de nada.

El sacerdote señaló a Aulo, que colgaba de los brazos de su captor sin oponer ningún tipo de resistencia.

—¿Lo devolvemos a la celda? —preguntó el bacante.

—No —respondió Popilio, y sacó de nuevo su daga.

—¡Detente! —gritó Marco al comprender las intenciones del líder de la secta. Movió los brazos, dio patadas, y por un instante logró zafarse de sus tres sorprendidos captores, aunque enseguida lograron reducirlo—. No le toques, hijo de puta. ¡Ven a por mí! ¡Atrévete conmigo, gordo cabrón!

Popilio ignoró las palabras de Marco. Caminó hasta el lugar donde estaba el hombre que sostenía a Aulo y levantó la cabeza del niño agarrándole por el pelo. El hijo del panadero alzó la mirada hacia el sacerdote y comenzó a llorar.

—Por favor… Mi padre…

Popilio le cortó la garganta con un tajo limpio y certero.

—¡No! Maldito hijo de puta —gritó Marco, y trató de volver a zafarse. Uno de los hombres que lo sostenían le golpeó en la cabeza con una estaca de madera y lo arrojó al suelo. Confuso por el golpe, Marco vio cómo Céfiro gritaba y lanzaba patadas y puñetazos, hasta que le silenciaron con tres golpes en el estómago. El niño entonces comenzó a llorar. Marco, desde el suelo, alzó la mirada hacia Popilio—. Antes de que salga el sol, tendré tu cabeza en un saco. Y se la llevaré al padre de este niño. Te lo juro por Perséfone y por todos los dioses del Hades. Te lo juro por la memoria de mi madre, Popilio. No volverás a ver la luz del sol.

El sacerdote rio con sorna.

—Llevad a estos dos hasta el altar. Ya sabéis lo que hay que hacer con el cuerpo del otro.

En esta ocasión, los bacantes tuvieron que emplearse a fondo para reducir a Marco, que se lanzó hacia Popilio en cuanto el sacerdote se hubo dado la vuelta. Lo golpearon varias veces, con patadas, puñetazos y estacas, hasta que Lemurio pareció rendirse y asumir su destino. Céfiro corrió una suerte muy parecida. Tras los golpes, los seguidores de la secta arrastraron a los dos resignados prisioneros hasta el otro lado de la nave.

Aquella zona del templo estaba mucho mejor iluminada que el resto. A ambos lados, en el lugar donde desembocaban las naves laterales, dos enormes pebeteros sostenían sendas hogueras que arrojaban luz y un calor insoportable sobre quien se acercaba demasiado. En el centro, en medio de las dos hogueras, había un gran altar labrado en lo que parecía ser una madera noble y dura de color oscuro. El altar presentaba una decoración muy cuidada en sus cuatro laterales. Bajorrelieves con escenas de la vida del dios Baco que culminaban en una imagen central en la que el dios avanzaba triunfante en su carro tirado por tigres, seguido por su cortejo de ménades y sátiros.

Los encapuchados arrojaron a Marco frente al altar, a escasa distancia de los relieves. Cuando este alzó la vista, pudo ver que la madera tenía numerosas manchas que deslucían las bellas imágenes. Manchas que, a pesar de que la luz de las hogueras era engañosa y cambiante, solo podían ser de una sustancia. Sangre.

Sangre de las víctimas sacrificadas en aquel altar. Sangre de los niños romanos secuestrados por aquella secta.

Dos hombres tumbaron a Céfiro sobre el altar, boca abajo, y le obligaron a echar hacia atrás los brazos. Le ataron las manos a la espalda y le hicieron doblar las rodillas antes de atarle también los pies. El niño daba alaridos, amenazas, insultos que habrían hecho enrojecer a un legionario veterano. Pero los bacantes parecían ajenos, tanto a los gritos como al sufrimiento del pequeño.

A su alrededor, la música comenzó a sonar de nuevo. Tambores y timbales con una cadencia rítmica que invitaba a abandonarse a ella y dejar que el cuerpo se meciera siguiendo su monótono compás. Dos encapuchados permanecieron quietos junto al altar en el que Céfiro

permanecía inmovilizado, mientras otros cinco se situaron alrededor de Marco, que contemplaba todo desde el suelo.

El resto de los fieles retomaron sus bailes alrededor de ellos, entregándose de nuevo a la música. Un grupo comenzó a repartir grandes copas, llenas a rebosar de vino tinto. Los bacantes, al tiempo que retomaban sus bailes, comenzaron a beber el vino a grandes tragos. Cuando las copas se vaciaban, las rellenaban con el contenido de unas enormes cráteras dispuestas junto a las columnas del templo.

Cneo Popilio caminó hasta el altar, con la capucha puesta de nuevo sobre la cabeza y el rostro. Se situó frente al grupo y alzó los brazos. Permaneció en aquella postura un rato y los bajó de golpe. La música cesó en el mismo momento en el que las manos del sacerdote descendieron por completo. Los fieles de Baco dejaron de bailar y se volvieron hacia su líder.

Popilio se retiró de nuevo la capucha y la sustituyó por una corona hecha de hojas de hiedra que le tendió uno de sus seguidores. Otro le puso sobre los hombros lo que parecía una ajada piel de tigre.

—La luna brilla en el cielo. Es tiempo de recordar a nuestro dios. Baco niño fue engañado por los titanes, asesinado, descuartizado y devorado. Todos nosotros, hijos de los titanes, cargamos con nuestra culpa y debemos purificarnos por nuestro crimen. Hoy lavaremos con sangre inocente la mancha que ensucia nuestros cuerpos. ¡Que los hijos de Roma comiencen su expiación! Evohé, Bromios. Evohé, señor Baco. ¡Evohé, evohé!

Todos los asistentes repitieron las últimas palabras del sacerdote, alzando sus copas, al tiempo que la música comenzaba a sonar de nuevo, más fuerte, con un ritmo más rápido. Todos los bacantes comenzaron a despojarse de sus túnicas mientras bailaban al ritmo de los tambores. En unos instantes estaban todos desnudos, danzando por las tres naves del templo, sin tocarse entre ellos. Algunos derramaban el vino sobre sus pechos, sobre la espalda de los que bailaban junto a ellos.

Popilio dio la espalda al grupo y rodeó el altar, situándose detrás del cuerpo de Céfiro.

En aquel preciso instante, Marco supo que la muerte del pequeño esclavo era inminente. Trató de pensar un plan, pero su mente se negaba a obedecerle. Solo sentía rabia, ira y una enorme impotencia ante la certeza

de no poder hacer nada para salvar la vida del niño al que quería como a un hermano pequeño. Todavía en el suelo, se llevó la mano al pecho y agarró la lágrima de Perséfone. Ardía como una pequeña brasa recién sacada de una hoguera.

Libérame, dijo una voz en su cabeza. Libérate.

No. Matarías también a Céfiro.

Piensa en el sabor de la sangre de tus enemigos. Piensa en desgarrar su carne, en quebrar sus huesos. Quieres hacerlo. Déjame entrar.

No puedo.

No quiero morir. Moriré si tú mueres.

Esta noche no.

Marco soltó la piedra y se puso en pie. No tenía ningún plan. No sabía qué podía hacer. Si se lanzaba contra el sacerdote, los cinco hombres que le rodeaban estarían sobre él antes de que pudiera dar dos pasos. No tenía armas. No tenía ideas. Estaba solo.

No estás solo. Nunca estás solo.

La piedra continuaba hablando en su cabeza a pesar de que Marco no la estaba tocando. Trató de sofocar aquella voz y buscó en su cabeza algún recurso, algo en las enseñanzas de su madre que le sirviera para aquella situación. Sin materiales de ningún tipo, sin su daga, sin haber memorizado palabra alguna, era muy poco lo que podía hacer.

—Mira bien, Lemurio. Observa la destrucción de lo que más quieres. Eres tú quien empuña la daga y quien la descarga sobre tu pequeño esclavo. Eres tú el culpable de su muerte.

Marco dio un paso al frente.

—Crees que conoces mucho de mí, Popilio. Pero no sabes nada. Me has llamado estafador. Ahora vas a comprobar hasta dónde llegan los poderes de este estafador…

Marco prorrumpió en carcajadas, que quedaron sofocadas ante el atronador rugido de los tambores. Extendió los brazos y abrió las manos. Con una sonrisa en los labios, comenzó a recitar.

—Euménides, Estigia impía, Oreo, Caos y Erebo. Hécate, de tres rostros, señora. Perséfone, reina, Proserpina, reina. Tengo en mi mano tu sandalia de bronce. Tengo en mi mano tu granada maldita. Guardianes de la

oscuridad, señores de la muerte. Marco Lemurio, hijo de Neóbula, os conjura y os suplica, os ata y os conmina. Abrid las puertas de las mansiones negras, dejad que vuelva lo que se marchó. Haced lo que os pido. Haced lo que os ordeno. —Comenzó a mover su cuerpo adelante y atrás, al ritmo de la música. Los cinco hombres encargados de vigilarlo le miraban atónitos, sin saber cómo reaccionar. Popilio sacó el puñal del interior de su túnica, pero no llegó a alzarlo. Con cara de curiosidad, contemplaba la actuación desesperada de su prisionero. El resto de los bacantes continuaba bailando y bebiendo, indiferentes a las palabras de Marco—. *Leth amoumamourtermio. Bathetopoth, bain, chooch. Anibo mysagaoth. Ablanathanalba. Ablanathanalba. ¡Leth amoumamourtermio! ¡Bathetopoth, bain, chooch! ¡Anibo mysagaoth. Ablanathanalba! ¡Ablanathanalba!* —Lemurio subió el tono de la voz hasta acabar gritando con tanta fuerza como su garganta le permitía—: ¡Envíame a tus huestes, señora de las oscuras estancias! ¡Envíame tus huestes, Hécate, señora de los tres rostros! *¡Leth amoumamourtermio! ¡Bathetopoth, bain, chooch! ¡Anibo mysagaoth. Ablanathanalba! ¡Ablanathanalba!*

Poco a poco, todos los bacantes fueron deteniendo sus bailes y se quedaron mirando a Marco y su extraña salmodia acompañada de movimientos rítmicos. Hombres y mujeres, de todas las edades, con todo tipo de complexiones, contemplaban a Lemurio, hipnotizados.

Popilio hizo una señal hacia una de las naves del templo y la música cesó de pronto. Los gritos de Marco sonaron entonces con más fuerza, retumbando en las gruesas paredes del templo. Los bacantes le miraban, y miraban a su líder, sin saber cómo reaccionar. Muchos de ellos habían oído hablar de Marco Lemurio. Algunos habían sido los responsables de vigilar sus movimientos desde que este había regresado de su viaje al Samnio. Habían preguntado a los vecinos de la Subura, y habían escuchado todo tipo de historias acerca de Marco y sus extraños poderes. Para la mayoría, Lemurio no era más que un borracho que estafaba a los incautos que contrataban sus servicios. Otros, en cambio, les habían hablado de hechizos, de pociones milagrosas y filtros prodigiosos que el tal Lemurio era capaz de preparar gracias a sus arcanos conocimientos. Popilio les había dicho que aquellos rumores eran simples cuentos de viejas. Marco Lemurio no tenía

más poderes que él mismo. Los bacantes, fieles a su líder y acostumbrados a obedecer sus órdenes con una lealtad sin fisuras, le habían creído. Pero al ver a Lemurio recitando aquellas palabras, con tanta seguridad, moviéndose al compás de una música que ya había cesado, una sombra de duda surgió en sus corazones. ¿Y si el prisionero era realmente un hechicero? ¿Y si era realmente capaz de convocar a los oscuros poderes del inframundo?

—¡Hacedle callar! —gritó Popilio, apuntando hacia Marco con su daga.

Lemurio volvió a prorrumpir en carcajadas y continuó con su salmodia.

Los bacantes dudaron. Se miraron entre ellos. Ninguno quería ser el valiente que se lanzara contra aquel extraño personaje. Preferían perder una oreja o un dedo a manos de Popilio que arriesgarse a que el hechicero les arrancara el alma con una mirada.

—Malditos cobardes. —Popilio rodeó el altar y caminó hacia Marco con la daga en alto. Aquel maldito estafador había logrado su propósito: le había hecho perder el control de su comunidad, de aquel grupo de fieles que con tanto esmero había reunido y convencido desde hacía más de quince años. En los ojos de sus acólitos había una sombra de duda, miedo en sus rostros. Alguno incluso daba pasos atrás, tratando de refugiarse en las sombras de las naves laterales. Otros habían comenzado a vestirse con disimulo. Popilio lanzó a todos ellos una mirada cargada de ira. Hizo un esfuerzo consciente de memorizar los rostros de todos los que en aquel momento dudaban o trataban de esconderse. Pagarían por su falta de fe. Perder una oreja sería el menor de sus problemas en cuanto acabara con Lemurio y su pequeño esclavo.

—¡Agarradlo! —gritó.

La cercanía de su líder hizo que las dudas que había en algunos se disiparan. Tres de los bacantes dieron un paso al frente y, desnudos como estaban, sujetaron a Lemurio y le obligaron a bajar los brazos. Marco no se resistió, pero tampoco cesó en su salmodia.

—Quería que vieras morir a tu esclavo, pero me conformaré con hundir este puñal en tu corazón.

Popilio alzó la daga y Marco aprovechó el momento para descargar una patada en la entrepierna del sacerdote, que se dobló sobre sí mismo con un alarido de dolor. Al ver a su líder en el suelo, otros tres bacantes se lanzaron

sobre Marco, uniéndose a sus compañeros para aferrarlo también por las piernas.

—*¡Leth amoumamourtermio! ¡Bathetopoth, bain, chooch! ¡Anibo mysagaoth. Ablanathanalba! ¡Ablanathanalba!* —Marco retomó sus cánticos mientras los cinco hombres lo levantaban y trataban de reducirlo. Ninguno se atrevía a golpearlo, a sabiendas de que Popilio querría reservarse el derecho de ser él quien acabara con la vida del brujo. Lo tumbaron en el suelo, boca arriba, y lo inmovilizaron.

Popilio se puso en pie con dificultad y dio dos pasos hacia Lemurio. Le propinó al prisionero una patada en las costillas que obligó a Marco a guardar silencio. El sacerdote abrió la boca para decir algo, pero, en aquel momento, un estruendo procedente de la puerta del templo retumbó en la nave. Todos los presentes se giraron hacia el lugar de donde procedía el ruido.

El golpe se repitió. Una vez. Una vez más.

Las puertas del templo temblaron.

—Las huestes de Hécate han llegado —dijo Marco, en voz tan alta como su pecho dolorido le permitió—. Corred ahora que podéis.

Las puertas del templo retumbaron de nuevo.

OceanofPDF.com

XXIX

Las huestes de Hécate

Las enormes puertas del templo volvieron a tambalearse. Los estruendos que se escuchaban no eran otra cosa que golpes que impactaban contra las grandes hojas de madera.

Los bacantes se habían girado hacia la entrada del templo, con el rostro demudado por el terror y la sorpresa. Alguno lanzaba miradas hacia Marco, que sonreía aún tumbado en el suelo. Los seguidores de Popilio comenzaron a cuchichear entre ellos.

—Las huestes de Hécate.

—Es un auténtico hechicero…

—Popilio nos mintió.

El sacerdote miraba hacia las puertas, sin saber cómo reaccionar. ¿Realmente había logrado Lemurio convocar una fuerza oscura para que acudiera en su ayuda? ¿Era algo así posible?

—¡A las puertas! —ordenó—. Se trata de un truco de este estafador. No hay ninguna criatura al otro lado.

En aquella ocasión, ni uno solo de los bacantes le obedeció. Los que lograron vencer la parálisis del miedo comenzaron a ocultarse en las naves laterales tras haber recogido sus ropas de forma apresurada.

—¡Cerbero ha venido a rescatarme! ¡Ven perrito, ven! —gritó Marco, y comenzó a ladrar como un loco.

—¡Tapadle la boca! —ordenó Popilio, pero ninguno de sus hombres hizo caso a su mandato. El sacerdote estaba enloquecido por la ira y el miedo. Miraba hacia las puertas, hacia los bacantes que comenzaban a dispersarse, hacia Marco y de nuevo hacia las puertas. Todo lo que había

construido, el gran objetivo de su vida, se derrumbaba ante sus ojos por culpa de un estafador de la Subura.

Marco continuó con sus ladridos, sus gritos y sus cánticos. Aunque se comportaba como si estuviera en trance, la realidad era muy diferente. Bajo su aspecto enloquecido, Marco observaba todo con detenimiento. Los cinco hombres que le habían arrojado al suelo ya no le prestaban atención. El resto de los miembros de la secta estaban a punto de echar a correr, y el propio Popilio parecía estar muy cerca de perder el control de sí mismo. Tenía que aprovechar la ocasión de liberar a Céfiro y escapar de aquel lugar en el momento que esta se presentara.

Marco no tenía muy claro qué era lo que estaba ocurriendo. Había comenzado a repetir las palabras del sortilegio destinado a revivir un cadáver, a sabiendas de que por sí solas no servirían de nada. Sin embargo, aquello era lo único que había encontrado en su cabeza, las únicas palabras que había en su mente además del macabro y tentador susurro que parecía provenir de la lágrima de Perséfone. Había echado mano de aquellas fórmulas como un intento desesperado de ganar tiempo y de buscar alguna reacción inesperada en Popilio o sus seguidores. Lo que había ocurrido, los repentinos golpes en la puerta del templo, le había cogido tan por sorpresa como al resto de los presentes. No tenía ni idea de lo que había convocado o de si lo había hecho él con sus palabras. Pero no tenía intención de quedarse allí para comprobarlo.

—¡A las puertas! —volvió a gritar Popilio, y en aquel momento, las dos grandes hojas de madera se abrieron de golpe. No solo se abrieron: cayeron rotas en varios grandes pedazos sobre el suelo, levantando una gran polvareda. De repente, un grupo de hombres, armados con espadas, lanzas y todo tipo de armas, y cubiertos con viejos cascos y armaduras, entraron en la nave principal del templo como un torrente que invadiera el lecho seco de un río. Al frente de todos ellos marchaba un anciano, con una barba larga y descuidada, que agitaba un muñón en el aire y arengaba al resto de los hombres.

Aquello era más de lo que los bacantes estaban dispuestos a soportar. Todos salieron corriendo en diversas direcciones, buscando refugio en habitaciones laterales o tratando de alcanzar los pisos superiores o

inferiores del viejo edificio. La oscuridad que reinaba en la parte delantera de la nave principal impedía ver con claridad qué o quién había derribado las puertas. Pero pocos esperaron para echar un segundo vistazo.

Marco supo que aquel era el momento que había estado esperando. Se puso en pie y, mientras los bacantes corrían en una dirección, él lo hizo hacia el altar en el que Céfiro continuaba atado. Escuchó un griterío procedente de las puertas, como si un ejército estuviera tomando el templo y se hubiera desatado una batalla campal. Marco no se giró. Tenía que desatar a Céfiro y encontrar una salida.

Cuando llegó junto al niño y comprobó que no estaba herido trató de desatar las cuerdas que lo mantenían amarrado.

—Marco —dijo Céfiro, apenas con un hilo de voz. Los gritos y amenazas le habían dañado la garganta.

—Tengo que soltarte, Céfiro. Hay que salir de aquí.

—¡Marco, detrás de ti!

Se dio la vuelta y se encontró con el rostro enloquecido de Popilio, que se lanzaba sobre él con el cuchillo en alto. Lemurio se echó hacia un lado y consiguió esquivar la estocada, pero tropezó con el altar de madera y cayó al suelo. Popilio había perdido por completo la razón. Sus ojos, inyectados en sangre, le miraban con un odio casi animal. Su plan de venganza había quedado destruido, pero al menos se daría a sí mismo el placer de quitarle la vida al responsable de todo aquello.

—Os mataré a los dos —gruñó. La saliva le corría por las comisuras de los labios.

Iba a descargar el arma contra el cuerpo indefenso de Céfiro cuando una mano se cerró en torno a su muñeca y se la retorció obligándole a soltar el cuchillo. Popilio dio un alarido, que quedó ahogado por un repentino puñetazo que le rompió la nariz y varios dientes.

El recién llegado, un hombre grande como una torre, con el pelo rapado muy corto, soltó la muñeca del sacerdote y lo agarró por el cuello, levantándolo dos palmos del suelo.

—Quinto —dijo Marco. Suspiró aliviado. Habían llegado a tiempo. Quinto y los veteranos de Mario habían acudido a su llamada.

—Perdona la tardanza —dijo el esclavo—. ¿Has tenido muchos problemas con estos tipos?

—No muchos —respondió Marco, poniéndose en pie.

A su alrededor, se había desatado una matanza. Marco ignoraba cuáles eran las órdenes que habían recibido aquellos hombres, pero desde luego las estaban cumpliendo con absoluto rigor. Los veteranos de Mario, comandados por Escapcio, estaban dando caza a todos los encapuchados y masacrándolos de forma sistemática. Allí donde un veterano atrapaba a un bacante, acababa con su vida de inmediato. No escuchaban súplicas, no atendían a diferencias de edades ni entre hombres o mujeres. Aquellos viejos legionarios estaban exterminando al enemigo como si se tratara de un ejército que acabara de tomar una ciudad sitiada.

Marco sabía que aquellos fanáticos seguidores de Baco no merecían compasión alguna. Era consciente de que todos ellos habían participado en secuestros y asesinatos rituales de niños en el mismo altar en el que él tenía la espalda apoyada en aquellos momentos. Ninguno de ellos habría movido un dedo mientras Popilio degollaba a Aulo y lo torturaba a él. Se habrían limitado a continuar con sus bailes, sus cánticos y quién sabe si se habrían bañado en su propia sangre de haber culminado el ritual con éxito. Aun así, al verlos desnudos, indefensos, tratando de escapar de los recios veteranos que los perseguían sin cuartel, Marco no pudo evitar sentir un poco de lástima por todos ellos. ¿Cómo había conseguido Popilio convertir a aquellas personas en fanáticos sedientos de sangre y llenos de odio hacia Roma y todo lo que Roma representaba? Marco no lo sabía. Y no quería saberlo.

—¿Qué hacemos con este? —preguntó Quinto. Popilio se debatía, atrapado por el puño de hierro del esclavo. Daba patadas y lanzaba golpes mientras intentaba respirar a grandes bocanadas para llevar algo de aire a sus pulmones. El brazo derecho de Quinto ni se inmutaba ante aquellos débiles intentos de soltarse. En el izquierdo, el esclavo llevaba su enorme espada.

—Ponlo en el suelo —dijo Marco.

Quinto obedeció. Bajó al sacerdote al suelo, sin soltarle el cuello y lo aplastó contra las losas de piedra.

Marco se agachó junto a Popilio y puso su boca junto a su oreja, para asegurarse de que este escuchaba lo que tenía que decirle.

—Te juré que no volverías a ver la luz del sol. ¿Te acuerdas? —Popilio intentó responder, pero la mano de Quinto apretaba su garganta y no le permitía articular palabras—. Acuérdate de todos los niños de Roma a los que has matado. Acuérdate de ellos cuando la espada caiga sobre tu cuello. —Marco se puso en pie y se dirigió a Quinto—: Córtale la cabeza —dijo.

El antiguo gladiador no necesitó que se lo repitieran dos veces. Soltó el cuello de Popilio y, sin dar opción a su presa a que se pusiera en pie, descargó un certero tajo que desprendió la cabeza del tronco de forma limpia. La cabeza de Popilio rodó hasta los pies del altar y se quedó boca arriba, con los ojos abiertos y rostro de terror.

—¿Estás bien? —preguntó Quinto a Marco.

—Sí. Gracias por traer a los veteranos, amigo. ¿Te costó mucho encontrar la taberna?

—Encontrar la taberna fue fácil. Los problemas llegaron después. Estos cabrones estuvieron a punto de lincharme… —Señaló con un gesto a los veteranos que continuaban con su matanza de bacantes—. Les dije que era esclavo de Marco Varrón, y por algún motivo ese nombre no les hizo mucha gracia. Por mucho que les repetí que yo también había combatido un tiempo bajo las águilas del hijo de Mario, estos abuelos tienen la cabeza más dura que yo. Si no hubiera aparecido Escapcio en el momento en el que estábamos a punto de pasar a los puños… Por eso hemos tardado tanto. Bueno, por eso y porque nos hemos perdido varias veces. Si vuelvo a oír a alguien discutir por el aspecto que tiene un puto sauce te juro por el culo de Juno que no respondo.

—Lo importante es que habéis llegado a tiempo. —Marco sintió un nudo en la garganta. A tiempo para él y para Céfiro. Pero no para el pequeño Aulo. Si Quinto y los veteranos hubieran llegado un rato antes, el hijo del panadero seguiría vivo. Aulo había sobrevivido durante todo aquel tiempo de encierro, miedo y soledad, solo para ser asesinado en el último momento a manos del sádico cuya cabeza estaba en aquellos momentos a sus pies.

En aquel momento se unió a ellos Lucio Escapcio. El anciano portaba una espada corta manchada de sangre hasta la empuñadura. Su propio rostro, cubierto por completo por la espesa barba, tenía también salpicaduras de color carmesí. Marco miró al recién llegado de arriba a abajo. Resulta increíble que aquel hombre altivo y de mirada fiera fuera el mismo viejo borracho con el que había hablado junto a la puerta Capena semanas antes. Empuñar de nuevo la espada, verse al mando de una cohorte de legionarios, por muy ancianos que fueran algunos de ellos, le había insuflado una nueva vida y le había otorgado un brillo especial a sus ojos.

—Lemurio. Volvemos a vernos.

—Lucio Escapcio. Tu pista me condujo a los secuestradores. Gracias por acudir en mi ayuda.

—Ha sido un placer volver a empuñar las armas. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó el anciano—. ¿Los matamos a todos?

—Sí. No creo que pongan resistencia. Pero envía a un grupo a las mazmorras del piso inferior. Creo que puede haber niños encerrados ahí abajo. Capturad a alguno de estos fanáticos y que os guíe. Aseguraos de que no quede ningún niño en las celdas, por favor.

—Dalo por hecho, Lemurio.

Escapcio se marchó hacia un grupo de veteranos que se había tomado un descanso y les dijo unas palabras. Al instante, los viejos soldados se dirigieron a la carrera hacia la puerta por la que habían subido un rato antes Marco y los dos niños.

—Voy a echarles una mano —dijo Quinto—. Tú deberías descansar. No tienes buena cara.

Marco asintió. Quinto tenía razón. Los golpes, la falta de sueño, el miedo, la tensión y los esfuerzos que había realizado desde aquella mañana comenzaban a pasarle factura. En aquel momento en el que la situación parecía estar encauzada, sus músculos comenzaban a protestar y a pedir descanso.

A su espalda escuchó un carraspeo. Marco se dio la vuelta.

—Cuando termines de hablar con tus amigos, podrías desatarme. Si no es mucha molestia, claro.

Céfiro le miraba desde lo alto del altar, todavía atado en la incómoda posición en la que los hombres de Popilio lo habían dejado. Marco sonrió. Cogió del suelo el cuchillo caído de la mano del sacerdote y cortó las cuerdas que ataban las manos y las piernas de Céfiro. El niño se sentó en el altar, se masajeó las muñecas y estiró las piernas. Cuando sintió que sus músculos entumecidos respondían, bajó de un salto y, sin mediar palabra, propinó una patada a la cabeza de Popilio, que salió rodando por la nave principal del templo.

—Esto es por Aulo y por el resto de los niños.

Marco estuvo a punto de reprenderle por demostrar aquella falta de respeto hacia los muertos. Después pensó que el hecho de que un niño romano pateara la cabeza de aquel asesino suponía una suerte de justicia poética que no merecía reproche alguno. Observó la cabeza rodar hasta que esta se detuvo, junto a una columna. Antes de marcharse de allí, tendría que recogerla. Había alguien a quien le había prometido llevársela.

—Tienes que enseñarme algún día ese hechizo que has hecho hoy. Ha sido espectacular —dijo el niño.

Marco puso cara de sorpresa.

—¿Qué hechizo?

—Eso que has hecho de Hécate y sus huestes. ¿Cómo has hecho que este ejército apareciera de la nada? Si yo fuera capaz de hacer algo así…

Céfiro se quedó mirando hacia el vacío. El niño imaginaba todo lo que podría hacer si tuviera la capacidad de hacer que una cohorte de soldados se materializara de la nada.

Marco rio con ganas, y sus risas se confundieron con los gritos de dolor y las súplicas de los bacantes que aún continuaban con vida y trataban de escapar a su destino a manos de los veteranos.

OceanofPDF.com

XXX

Tres visitas y un ajuste de cuentas

Marco y Céfiro regresaron a Roma caminando por un sendero que transcurría en paralelo a la orilla del Tíber. Quinto insistió en que les acompañara un grupo de cuatro veteranos. Algunos de los bacantes habían conseguido escapar del templo, y el esclavo no quería arriesgarse a que el hombre al que había jurado proteger tuviera un mal encuentro en el camino de regreso a casa. Marco había aceptado, pero no sin antes haberse asegurado él mismo de que todas las celdas del sótano estaban vacías. Había bajado junto a Quinto al lugar en el que Popilio le había mantenido retenido unas horas, y junto a un grupo de veteranos habían abierto todas las celdas. En su interior, iluminados por la mortecina luz de las antorchas, habían encontrado un espectáculo que todos ellos, hombres curtidos en decenas de batallas, tardarían mucho tiempo en olvidar. Niños encadenados, varios de ellos de apenas unos años de edad, cubiertos de suciedad y excrementos. Por desgracia, el rescate llegó tarde para algunos de ellos, que yacían muertos sobre las losas de las celdas. Los veteranos abrieron sus grilletes con las llaves que uno de los bacantes les proporcionó antes de caer bajo los golpes de una espada afilada. Los niños vivos fueron llevados al exterior para que esperaran a que la exploración del templo terminara. Los cuerpos de los muertos fueron llevados también de forma respetuosa a un lugar apartado. Los veteranos comenzaron a debatir acerca de si era preferible identificarlos y llevarlos a sus familias o incinerarlos en aquel mismo lugar.

Entre los cuerpos se encontraba el del pequeño Aulo, el hijo del panadero. Marco acarició su rostro con ternura. El niño había demostrado

valor al final de su vida. ¿Tendría que contarle a su padre todo lo ocurrido? Marco no sabía qué hacer. La idea de que su hijo había estado muy cerca de salir con vida de aquel infierno después de mucho tiempo de cautiverio solo podía atormentar aún más el alma de un padre ya destrozado. Tal vez fuera mejor que no conociera una historia de la que solo Marco y Céfiro habían sido testigos.

Marco alzó el saco que llevaba en la mano derecha y lo miró con odio. La visión de lo que contenía aquella bolsa de arpillera tal vez consolara un poco el dolor del panadero. No mucho, pero al menos le proporcionaría cierta paz. El fondo del saco se había manchado de sangre, pero a medida que pasaba el tiempo esta se había secado y se había convertido en una costra pegajosa.

Te dije que tendría tu cabeza en un saco, montón de mierda, pensó Marco. Y aquí estás ahora.

Marco no quiso participar en el debate acerca del destino que debían correr los cuerpos de los niños muertos a manos de la secta. De hecho, estaba deseando marcharse de aquel lugar y tomar distancia respecto al asunto de los niños secuestrados. No quería reconocimiento. No quería el agradecimiento de aquellos pequeños ni de sus familias. Solo quería volver a su vida anterior y ocuparse de sus propios asuntos. Pensó en su propia investigación acerca de la muerte de su madre, en la charla que tenía pendiente con Escapcio acerca de la suerte corrida por su padre. Por fin tendría tiempo y energías para dedicarse a aquello que le afectaba personalmente.

Mientras Marco caminaba sumido en sus propias cavilaciones, Céfiro marchaba a su lado, también en silencio. El amo echó una mirada de reojo al esclavo. Algo había cambiado en el pequeño Céfiro. Algo en su forma de mirar, en los gestos de su rostro. Algo se había endurecido en su interior, y se dejaba ver por momentos en su cara, que ya no era la del niño que había organizado un loco plan para capturar a uno de los encapuchados solo un día antes.

Marco contempló a Céfiro una y otra vez, tratando de que el niño no sorprendiera sus miradas. No podía creer que el pequeño esclavo estuviera a su lado, a salvo. En aquella ocasión, habían estado muy cerca de perecer los

dos por su incapacidad para prever las consecuencias de sus decisiones. Tendría que tener cuidado de ahí en adelante. Fortuna no le volvería a sonreír como había hecho aquella noche.

Cruzaron el Tíber por uno de los puentes que unían ambas orillas y, cuando ponían un pie en el Campo de Marte, el sol comenzó a alzarse sobre la ciudad de Roma. Unos rayos tímidos que ya presagiaban el calor infernal que se desataría sobre la Urbe solo unas horas más tarde. El verano continuaba con toda su furia implacable.

Pese a que Marco insistió a los veteranos que les acompañaban para que regresaran a sus hogares, los cuatro hombres se mostraron firmes en su determinación de seguir con ellos hasta la misma puerta de la *insula* de Marco. Aquellas habían sido las órdenes de Escapcio, que repetía de forma fiel las instrucciones de Quinto. No dejarían a Lemurio y su pequeño esclavo hasta que estuvieran a salvo en su casa. Marco se resignó y apretó el paso para llegar cuanto antes. Céfiro comenzó a protestar por el cansancio y la velocidad a la que su amo le obligaba a marchar.

—Cuanto antes lleguemos, antes descansarás.

El esclavo hizo un mohín con los labios.

—No creo que duerma mucho. Tengo asuntos que solucionar.

—Acabas de salvar la vida de forma milagrosa. ¿Qué asuntos tienes que solucionar que sean tan urgentes? Da gracias a los dioses por seguir vivo.

—Cosas mías —replicó el niño, dejando muy claro que no conseguiría sonsacarle ni una sola palabra más.

Marco renunció a seguir indagando. Desde aquel día tendría que empezar a plantearse que su relación con Céfiro debía cambiar. Ya no era un niño al que pudiera dar órdenes y por el que tomar todo tipo de decisiones. Esclavo o no, se acercaba a una época de su vida de enormes cambios, físicos y de personalidad, y Marco tendría que asumir lo que viniera y aprender a vivir con ello.

El mismo, además, tenía también muchas cosas que hacer y no se podía permitir un día de descanso.

De hecho, pensaba atender su primera obligación antes incluso de meterse en la cama.

El grupo llegó a la *insula* de Marco y allí los cuatro veteranos se despidieron de la pareja. Marco les agradeció efusivamente su ayuda, y ellos lo abrazaron, a él y al pequeño Céfiro, conminándole a que fuera a verlos con frecuencia a la taberna de Las Tres Nereidas. Allí estarían si en alguna ocasión los necesitaba. Marco pensó que aquella tropa de veteranos se unía de aquel modo al *collegium* del Tritón en sus promesas de ayudarle en caso de necesidad. De haber querido, habría podido reunir un ejército. Saberlo le hacía sentir una cierta seguridad.

Cuando los veteranos se marcharon, Marco indicó a Céfiro que subiera al apartamento a dormir unas horas. El niño se resistió, hasta que su amo le habló de las condiciones en las que había regresado Ulises a casa unas horas antes. Desde que le habían atrapado, el niño apenas había dedicado algún pensamiento al perro callejero, el único de su banda que había permanecido fiel a su lado. Había dado por hecho que el animal habría escapado y se habría refugiado en algún lugar. Cuando Marco le terminó de contar que Ulises había sido quien había llevado el mensaje con la información de que el niño había sido secuestrado y que había llegado muy malherido, casi muerto, Céfiro echó a correr escaleras arriba para comprobar el estado de su nuevo y fiel amigo.

Marco le miró correr por los escalones, con una sonrisa en los labios. Justo en aquel momento, una vecina salió del portal y se cruzó con Marco, sin ahorrarle una mirada de abierto desprecio.

—Acabo de salvar a los niños de la Subura, vieja bruja.

—Borracho —respondió ella sin darse la vuelta.

Marco resopló. Había cosas que nunca cambiarían.

Cuando llegó a la panadería de Aulo, Marco se detuvo a unos pasos de la entrada del local. Por más vueltas que le había dado al asunto, no había podido tomar una decisión acerca de qué contarle al panadero sobre la suerte de su hijo. ¿Debía contarle toda la historia? ¿Debía decirle que no había sabido nada del niño? ¿Inventarse algún relato en el que el pequeño Aulo tuviera una muerte honrosa de la que cualquier padre romano se pudiera sentir orgulloso? Marco no lo sabía.

A su alrededor, la gente de la Subura comenzaba su actividad diaria. Algunos le lanzaban miradas más o menos disimuladas, hacia él, que iba cubierto de suciedad, sangre y barro, y hacia el extraño saco que llevaba en la mano derecha. Tenía que tomar una decisión y regresar a casa. O al final lo acabarían linchando a él si se descubría el contenido de la bolsa que llevaba con escaso disimulo.

Finalmente, cuando no había tomado aún ninguna decisión, una mano se cerró en torno a su brazo. Marco dio un respingo. Por un momento pensó que uno de los encapuchados había logrado escapar del templo y le había seguido hasta aquel lugar en busca de venganza. No era un bacante enfurecido quien le aferraba el brazo, sino una anciana menuda con una sonrisa iluminando su rostro arrugado. Marco tardó en reconocerla. Era la madre de Aulo, el panadero. La mujer a la que su propia madre, Neóbula, había ayudado en uno de sus partos.

—Marco Lemurio, buenos días. Aunque por tu aspecto me atrevo a decir que no te has acostado en toda la noche.

—Buenos días. Lo cierto es que no he pasado todavía por casa… Ha sido una noche complicada.

La mujer miró a los ojos de Marco y de inmediato la sonrisa se borró de su rostro.

—¿Has averiguado algo de mi nieto? —preguntó.

Marco asintió. Un nudo en la garganta le impedía hablar. Sencillamente, no sabía qué decir a aquella mujer.

—Ven, acompáñame a la panadería. Mi hijo querrá escucharte. Y no temas por la noticia que tengas que darnos. Cualquier cosa será mejor que la incertidumbre que nos corroe desde hace tiempo.

Lemurio siguió a la mujer hasta la puerta del comercio. Aulo estaba atendiendo a un hombre que acababa de comprar varias hogazas de pan y lo que parecía ser una enorme empanada. Esperaron a que el cliente se marchó y solo entonces la anciana hizo una señal a Marco para que entrara con ella.

—Lemurio —dijo el panadero—. Pensé que te habrían matado en los disturbios. ¿Seguiste la pista de los encapuchados en el río?

—Seguí la pista, Aulo.

No pudo continuar. ¿Cómo se daba a un padre la noticia de que su hijo estaba muerto?

—¿Y bien? No te quedes ahí parado en silencio. ¿Cómo fue? ¿Encontraste algo?

—Encontré a los secuestradores. Se escondían en un templo, río abajo. Están todos muertos, Aulo. Yo mismo los vi morir a todos.

—¿Y los niños? —preguntó el fornido panadero, saliendo de detrás del mostrador—. ¿Y mi hijo? ¿Lo encontraste?

—Sí, lo encontré. Pero no pude salvarlo. Lo siento. Él… Muchos niños… Estaban todos muertos. Conseguimos salvar a algunos.

Aulo se dejó caer al suelo y ocultó el rostro entre las manos. Aquel hombre le había dicho días atrás que ya no albergaba esperanzas de encontrar a su hijo con vida. Era evidente que no había dicho toda la verdad. El padre, desesperado, pese a todo, había mantenido en su corazón una pequeña llama de esperanza de volver a ver a su hijo, de volver a estrecharlo entre sus brazos. Una pequeña llama que Marco acababa de apagar de un soplido.

—¿Cómo fue? Cuéntamelo, por favor.

Marco le contó al panadero de forma resumida cómo había seguido la pista de los encapuchados en el Tíber hasta dar con el templo de Baco río abajo. Cómo le habían capturado, y la milagrosa aparición de los veteranos de Mario en el momento en el que estaban a punto de matarlo. No dijo nada del secuestro de Céfiro, ni, por supuesto, del uso de la magia para encontrar el punto exacto donde estaba el templo. Habló de la locura de los bacantes, de su deseo de venganza alimentado durante generaciones. Sin embargo, no dijo nada del encuentro con el pequeño Aulo, ni de cómo Popilio le había cortado el cuello delante de él. No se vio capaz de hacerlo.

El panadero escuchó toda la historia de rodillas en el suelo. Su madre se había situado junto a él y lo consolaba acariciando su pelo.

—Los veteranos acabaron con todos. Pero sería conveniente que organizaras a un grupo de gente de la Subura para que exploraran el templo a fondo. Tal vez así puedas… ya sabes… recuperar el cuerpo de tu hijo.

—Así lo haré, Lemurio. Movilizaré a los *collegia* de la Subura. No quedará ni una piedra en pie de ese maldito templo.

—Tengo algo para ti —respondió Marco, tendiendo la bolsa hacia Aulo. Marco miró a la anciana y dudó unos instantes—. Tal vez quieras abrirlo en otro momento…

El panadero le arrebató la bolsa y miró su interior.

—¿Es el que…?

—Es el que mató a tu hijo. Sí. El líder de la secta. Te dije que te traería su cabeza y aquí la tienes. Haz con ella lo que más paz proporcione a tu corazón. Si es que algo así es posible.

—Tengo muchas preguntas que hacerte. Pero puedo ver en tu rostro que estás agotado. Te agradezco que hayas venido a verme tan rápido. No te entretendré. Ve a tu casa, descansa. Tienes en mí un amigo hasta que mi alma descienda al reino de Plutón. Me ocuparé de que todo el mundo en la Subura sepa que Marco Lemurio ha sido quien ha solucionado el problema de los niños desaparecidos.

—Con que abandonen la idea de colgarme de una soga me conformo. Encontrarás el templo en la orilla derecha del río, siguiendo un sendero que nace junto a un viejo sauce y las ruinas de un molino. No tiene pérdida.

Aulo asintió. La anciana lloraba en silencio junto a él.

Marco no quiso añadir nada más. El agotamiento había hecho presa de él de golpe. Como si una vez entregada la cabeza de Popilio algo en su interior hubiera decidido relajarse por completo.

Había cumplido su misión. Podía descansar.

Durmió durante todo el día. Un descanso sin sueños, sin sobresaltos. Cuando abrió los ojos y descubrió que toda la luz había desaparecido, se sintió como si solo hubieran pasado unos instantes desde que se había quedado dormido. Permaneció en la cama un buen rato, disfrutando de la sensación de no tener ningún asunto urgente al que atender. Aquella noche, con los encapuchados ya muertos o huidos, los niños no dormirían en su casa. Había recuperado su casa y su tiempo.

Se dio la vuelta sobre el colchón, dispuestos a dormir otro rato, tal vez hasta el día siguiente, cuando escuchó unos pasos en la habitación principal

del apartamento. Unas pisadas firmes, que de ninguna manera podían pertenecer al pequeño Céfiro. Había alguien en su casa.

—Ni una noche de paz puedo tener… —murmuró. Alargó la mano y tomó el puñal de Popilio que había llevado consigo desde que lo usara para cortar las cuerdas con las que Céfiro había estado atado sobre el altar de Baco. Se levantó de la cama y, completamente desnudo, abrió la puerta del dormitorio.

—Vaya, qué recibimiento. Si llego a saber que te ibas a alegrar tanto de verme me habría lavado a fondo. —Marco se quedó parado en el umbral de la puerta, con la daga en alto. Frente a él, Quinto le miraba sonriente—. Mi amo quiere verte. Vístete —dijo, y se dejó caer sobre una de las dos únicas sillas que había en la casa.

Marco bajó la daga.

—¿Varrón quiere verme? ¿Ya ha vuelto a Roma?

—Regresó anoche, al poco tiempo de marcharme yo contigo. Nadie en la casa le esperaba. Según me contaron lo primero que ha hecho ha sido preguntar por ti. Me retuvo varias horas en su estudio, contándole todo lo ocurrido mientras Trasíbulo tomaba notas.

—¿Le contaste lo que ocurrió con… lo que hice con aquel cadáver?

—Por supuesto. Es mi amo. No quiero enfadarlo y acabar con la piel hecha jirones por los latigazos. O en la cruz… Uno nunca sabe cuánto puede enfadarse uno de estos nobles. ¿He hecho mal?

—No —dijo Marco, y reprimió un bostezo—. Supongo que no. Me visto y te acompaño. ¿Has podido dormir algo?

—¿Bromeas? Me he pasado toda la mañana registrando aquel templo de arriba abajo. Encontramos a algunos de esos tipos escondidos, por cierto. Intentaban escapar en barcas por el río, pero los alcanzamos y los matamos a todos. Supongo que a estas horas ya se habrán convertido en mierda de pez. Cuando íbamos a marcharnos apareció un grupo de hombres de la Subura dirigidos por un tal Aulo. Insistieron en volver a registrarlo todo. Pasaron un buen rato con los cuerpos de los niños… Reconocieron a algunos de sus hijos entre los muertos. No fue una escena bonita. Nos dieron las gracias y salimos de allí. Cuando regresé a casa, mi amo me retuvo durante horas y en cuanto terminó conmigo me mandó aquí a

buscarte. Me mantengo en pie a duras penas. Así que date prisa. Necesito dormir y cagar. El vientre se me descompone cuando tengo sueño.

Marco se vistió mientras Quinto hablaba. En muchas ocasiones se había planteado la necesidad de comprarse un atuendo más elegante para las visitas periódicas que tenía que hacer a casa de Varrón. No obstante, por un motivo o por otro, siempre había pospuesto la compra y en cada visita acababa usando la misma túnica gastada y raída en las costuras.

—Listo. Tú delante. Por cierto, ¿has visto a mi esclavo?

—No. La casa estaba vacía cuando he llegado.

Marco se encogió de hombros.

—Estará por ahí, jugando con sus amigos.

Céfiro descargó otro golpe con la delgada vara sobre la espalda del niño.

—No te escucho, Crátilo. Repítelo otra vez.

Y volvió a golpear.

Frente a él, un niño de su misma edad estaba atado a una columna, con el pecho y el rostro pegados al fuste y las manos enlazadas al otro lado para impedir que pudiera moverse. Tenía la parte superior del cuerpo desnuda. En la espalda lucía varias heridas abiertas, que sangraban con profusión. El niño lloraba desconsolado, y cada vez que la vara se estrellaba contra su piel daba un largo alarido de dolor.

—Lo siento… —musitó entre llantos—. Lo siento. Siento haberte abandonado.

Céfiro volvió a golpear.

A su alrededor, un grupo de niños de diferentes edades contemplaba la escena. Todos ellos miraban hacia los pies del torturado, sin atreverse a alzar la vista hacia su espalda o su rostro. Sabían que podían haber sido ellos los castigados con aquella vara fina y lacerante. Céfiro, al menos, les había dado la oportunidad de ser solo uno quien recibiera los golpes en nombre de todos.

Se encontraban en las ruinas de una vieja herrería, en uno de los callejones menos transitados de la Subura. El lugar que el grupo de niños usaba como cuartel general y espacio en el que refugiarse. Céfiro había

aparecido allí poco antes del anochecer. Era el sitio habitual de reunión de su grupo de amigos, y sabía que, eliminada la amenaza de los encapuchados, estarían todos allí. Al verle llegar, algunos, los que mejor conocían a Céfiro, habían echado a correr. Otros, con menos años de calle a sus espaldas, se habían echado sobre él para abrazarlo y darle la enhorabuena por haber escapado de aquellos sádicos. La última vez que lo habían visto, Céfiro estaba en manos de tres de los misteriosos encapuchados, peleando mientras su extraño perro ladraba junto a él. Todos le habían dado por muerto y habían comenzado a debatir acerca de si Marco les acogería en su casa a pesar de que su esclavo, que era quien les había franqueado sus puertas por primera vez, hubiera desaparecido.

Palmearon su espalda, le hicieron bromas y le pidieron que contara todo tipo de detalles acerca de la forma en la que había escapado. Céfiro devolvió las sonrisas, respondió a las chanzas y contó la historia de su fuga. De hecho, la adornó hasta el punto de que en sus palabras parecía que había sido él, y no Quinto, al que no llegó a mencionar, quien le había cortado la cabeza al líder de la secta. Algunos de los niños que habían huido al llegar Céfiro, creyendo que estaría enfadado con ellos, regresaron al escuchar las risas y los gritos de asombro. Finalmente, todo el grupo estuvo reunido.

Todos y cada uno de los niños y niñas que habían encontrado refugio en casa de Marco. El ejército con el que Céfiro contaba para enfrentarse a los encapuchados. Los compañeros que le habían ayudado a trazar el plan de ataque, le habían animado a seguir adelante y le habían infundido ánimos para liderarlos. Solo para abandonarlo en el momento clave, como las ratas cobardes y traicioneras que eran.

Cuando observó que todos estaban relajados, Céfiro había descargado el primer golpe. Había desenfundado un estilete muy parecido al que había perdido en el templo de Baco y había cogido a uno de los niños por el cuello. Su rostro dejaba muy claro que las bromas se habían terminado.

—Podéis elegir. O echáis a suertes quién de vosotros va a pagar por vuestra traición, cerdos miserables, o voy a daros caza uno por uno y a rajaros el cuello. Chicas incluidas. Sabéis que lo haré. No me pongáis a prueba otra vez.

Ninguno se atrevió a escapar. Se miraron los unos a los otros, confusos, sin saber qué hacer. Sabían que Céfiro no bromeaba cuando hablaba en aquel tono. Le habían visto desenfundar el estilete en más de una ocasión. Y usarlo con habilidad otras tantas. No hacía uso de él salvo que su enfado fuera muy serio. Más de un niño o adolescente de la Subura había probado su filo por haberse atrevido a poner a prueba sus enfados.

De todas formas, nunca antes le habían visto en el estado en el que se encontraba en aquel momento. Su mirada se había vuelto dura, fría, sin atisbo de duda. Estaba hablando muy en serio cuando decía que los mataría a todos.

De haber visto Marco a su esclavo en aquel momento, no lo habría reconocido.

No hubo debate. Echaron a suertes quién recibiría el castigo. Cuando Crátilo sacó el palito más corto, todos lo miraron con compasión.

—Sujetadlo —había ordenado Céfiro, y todos habían obedecido. Lo ataron a la columna, le arrancaron la ropa, y comenzó la tortura—. Esto por no agradecer que os abriera las puertas de mi casa —dijo Céfiro, y golpeó —. Esto por traicionarme y dejarme solo. —Por cada reproche, descargaba con furia un golpe con una fina vara de madera verde que había llevado con él. Hasta que Crátilo no hubo pedido disculpas varias veces, Céfiro no dejó de golpear. Luego miró al rostro del resto de los niños y comprobó que habían entendido el mensaje. Hizo una señal a dos de ellos para que desataran a Crátilo—. Las cosas van a cambiar aquí a partir de ahora.

Céfiro empezó a hablar, y todos escucharon a su nuevo e indiscutible líder.

Varrón hizo pasar a Marco en el momento en el que los esclavos informaron de que Quinto y él acababan de llegar. El mismo atriense, que rara vez se rebajaba a tratar con quien él consideraba poco más que un exótico capricho de su amo, condujo a Marco hasta el estudio de Varrón tras dar permiso a Quinto para que se retirara a descansar.

—Gracias por todo, amigo —dijo Marco, aferrando al antiguo gladiador por el brazo.

—Ha sido un placer —respondió el esclavo—. A pesar de… Ya sabes. La cosa esa del muerto.

—Mejor no hables de eso con nadie más… Te tomarían por loco.

—¿Hablar de ello? Estoy deseando olvidarlo.

Quinto se marchó y Marco, precedido por el atriense, se dirigió al *tablinum* de Varrón. El amo de la *domus* estaba sentado en su escritorio, leyendo el contenido de un papiro que tenía en su mano derecha mientras sostenía otro con la mano izquierda. Su mirada iba de un papiro al otro, como si estuviera comprobando el contenido de ambos. Tenía el ceño fruncido y un gesto de concentración absoluta. Tal y como se le había indicado que hiciera en aquellas situaciones, Marco aguardó en silencio junto a la puerta. Nada molestaba más a Varrón que ser interrumpido mientras trabajaba.

Junto a él, sentado en su propia mesa, más pequeña, Trasíbulo escribía, también muy concentrado. El esclavo sí alzó la vista un momento y sonrió a Marco con complicidad. Fue un gesto fugaz antes de volver a su labor.

Lo habitual era que Marco tuviera que esperar un buen rato antes de que Varrón cobrara conciencia de su presencia y un poco más hasta que terminaba la tarea o la lectura que tuviera entre manos y se mostraba dispuesto a atenderle. Pero, en aquella ocasión Varrón alzó la cabeza y dejó sobre la mesa los dos papiros.

—Marco Lemurio. ¿Te han ofrecido algo de beber? —Marco negó con la cabeza—. Les diré a mis esclavos que te traigan vino… en cuanto hayamos terminado de hablar.

Lemurio suspiró. Nunca, en todas las entrevistas que había tenido con Varrón, había visto en aquel estudio una copa o una jarra de vino o de agua. Ningún líquido que pudiera dañar los valiosos papiros podía traspasar aquellas sagradas puertas. El vino tendría que esperar.

—Siéntate, por favor. Trasíbulo —dijo volviéndose hacia el esclavo—, ya sabes lo que tienes que hacer. —Trasíbulo tomó material de escritura y se giró hacia ellos, dispuesto a registrar hasta el último detalle de la conversación que su amo se disponía a entablar con su cazador de licántropos particular—. Como sabes, recibí tu carta acerca de los problemas que estabas teniendo con los hombres de Tito Pomponio. Creo

que Quinto se ocupó de ellos con su habitual eficacia. ¿Ha surgido algún asunto más relacionado con este tema?

—No, que yo sepa —respondió Marco. Después de haberse enfrentado a una secta de bacantes desquiciados, las amenazas de Pomponio le parecían un asunto de importancia menor. Más cuando había visto a sus hombres caer bajo la espada de Quinto sin que este llegara a romper a sudar.

—Estaremos atentos, de cualquier modo. Y no te preocupes por ese liberto al que rajaron la cara. Es cliente mío y me ocuparé personalmente de que encuentre una forma digna de ganarse la vida. Envíamelo mañana mismo y uno de mis administradores estudiará su caso. Y ahora pasemos al asunto que nos interesa. —Varrón juntó las manos y apoyó la barbilla sobre ellas—. Quinto me ha contado todo lo ocurrido con esa secta de bacantes. No te negaré que me resulta fascinante que un grupo así haya sido capaz de medrar ante nuestras narices y no hayamos sido conscientes de su existencia. Casi dan ganas de hablar del tema en el Senado… —Pero no lo harás, pensó Marco. Porque los únicos que han sufrido en este asunto han sido las familias pobres de la Subura y el Aventino. Un asunto que no ocupará ni un instante de los pensamientos de senadores y caballeros que en ningún momento han visto amenazada la vida de sus hijos—. Cuéntamelo todo, Lemurio. Ya sabes, no te dejes detalle alguno. Me interesa especialmente lo que pudieras haber observado de cómo se desarrollaba ese culto de Baco y la relación de este grupo con los bacantes que fueron perseguidos tras la guerra contra Aníbal. Estoy escribiendo una obra sobre el tema. A decir verdad, llevo años escribiéndola y no consigo avanzar mucho… Esos cultos mistéricos esconden bien sus rituales.

Marco resopló. Aquel era el único interés de Varrón. No le preocupaban los niños muertos, ni los padres de familia enfurecidos y desolados. Solo quería información para completar una de sus obras eruditas que solo sus amigos aristócratas leerían por compromiso.

Con resignación, Marco comenzó a hablar, empezando su relato con la noche en la que se había encontrado con los niños refugiados en su casa y terminando con la entrada de Quinto y los veteranos de Mario en el templo, justo en el momento en el que Céfiro y él iban a ser sacrificados ante el altar de Baco. Tuvo que adornar lo narrado por Quinto acerca del cadáver

resucitado junto al Tíber, quitándole importancia para hacer creer a Varrón que solo había sido un ritual que el impresionable esclavo había interpretado mal. Marco temió que Varrón le obligara a explayarse en este asunto, pero el noble continuó tomando sus notas, impasible. La misma actitud demostró Trasíbulo. Solo cuando Marco terminó de hablar, amo y esclavo levantaron la cabeza de sus tablillas.

—¿Eso es todo? —preguntó Varrón.

—¿Os parece poco, *domine*? —se extrañó Marco, un tanto molesto.

—Poco o mucho, me parece interesante, desde luego. Parte de lo que me has contado… los bailes al son de los tambores y otros instrumentos, la desnudez, el vino, las coronas de hojas de parra… sí coincide con lo que sé de los cultos de Baco, tanto de los actuales como de los que he podido documentar en obras antiguas. Sin embargo, el asunto del sacrificio de los niños me resulta extraño. Cuando se persiguió a los bacantes por orden del Senado se los acusó de ese tipo de crímenes, entre otros muchos. Pero cualquiera con dos dedos de frente sabría que fueron acusaciones inventadas por el Senado de aquel entonces, una forma de justificar la persecución. Dudo que aquellos pobres desgraciados que rendían culto a Baco, o a Dioniso, como lo llaman los griegos, tocaran un solo pelo a un niño. Es como si el tal Popilio del que me has hablado hubiera cogido las acusaciones del Senado y, en su locura, las hubiera hecho realidad, creando un culto bastardo completamente nuevo.

—Lo desconozco. En ese ritual yo era la oveja a la que se sacrifica en el altar. No tuve tiempo de tomar notas.

—¿Sabes si quedó alguno con vida? Me refiero a alguno de los bacantes.

—Confío en que no. Y si hay alguno, a estas alturas estará muy lejos de Roma. Los *collegia* de la Subura y el Aventino han jurado vengar la sangre de sus niños muertos. No suelen bromear con esos temas.

Varrón se llevó la mano a la cabeza y se secó el sudor de la frente.

—Los *collegia*, los *collegia*… Algún día tendremos que limitar sus actividades. Esas asociaciones son la semilla de la destrucción de la República, Lemurio. Créeme: sé de lo que hablo. —Marco asintió, sin querer entrar en aquel debate. Hasta donde él sabía, los *collegia* eran tan

antiguos como la propia Roma. Políticos como Gabinio habían encontrado la forma de utilizarlos para agitar las calles y canalizar su influencia hacia las capas más bajas de la población. Eran una herramienta muy poderosa en manos de un político inteligente, con carisma y con monedas que gastar. ¿Se atrevería alguno a perseguir la existencia de estas asociaciones? Marco lo dudaba. Varrón cambió de conversación—: ¿Y tú, Lemurio? ¿Cómo has vivido estas semanas tan agitadas? ¿Tomaste partido en las luchas callejeras?

—Valoro demasiado mi vida, *domine*. No será mi sangre la que se derrame para defender una propuesta de ley. Me quedé en mi casa todo el tiempo que duraron los disturbios. Fue muy duro. Se me acabó el vino.

Varrón sonrió.

—Yo hice lo mismo. Me marché de Roma antes de que todo empezara. Aunque en mi caso el vino nunca llegó a faltar. —Marco no devolvió la sonrisa. Varrón se había marchado antes de estallar los enfrentamientos porque con seguridad él y los suyos sabían lo que iba a ocurrir. Aquellos días de sangre y muerte no habían sido más que una fase de un plan más amplio que el grupo de aristócratas en torno a Pompeyo tenía más que calculado desde un principio. La ley que concedería a Pompeyo poderes en el mar sería aprobada. Y nadie volvería a hablar de los hombres, mujeres y niños que habían muerto en las calles de Roma para oponerse o defender su aprobación—. Por desgracia para mí, este asunto de la ley de Pompeyo va a arrastrarme más lejos de lo que me gustaría. Mi querido Magno insiste en que parta con él como legado para organizar y comandar parte de su flota… Imagínate, yo de almirante, meses metido en un barco. Me mareo solo de pensarlo.

—Podéis negaros, supongo —aventuró Marco.

—No es tan sencillo —respondió Varrón—. Nada es tan sencillo en política.

En aquel momento, el atriense entró en el *tablinum* de forma respetuosa.

—*Domine*, la visita que esperabais está aquí. Le hemos acomodado en el comedor pequeño, como ordenasteis.

—Ah, finalmente ha consentido en venir. —Varrón se puso en pie—. Espero que valores esto, Lemurio. Esta visita nocturna va a costarme más

de un favor.

Marco alzó las cejas. ¿A qué se refería Varrón? ¿Una visita nocturna en aquella casa que podía estar relacionada con él? Varrón vio la confusión en su rostro y se apresuró a pedirle a Lemurio que le acompañara con un gesto. En el *tablinum* quedó Trasíbulo, ordenando los materiales de escritura para que su amo, más tarde, comenzara a pasar a limpio y a redactar todo lo anotado en aquella conversación.

Marco siguió a Varrón y al atriense por el pasillo. Casi de inmediato llegaron a una puerta, y el esclavo la abrió para que pudiera entrar su amo. Lanzó una mirada a Marco que dejaba claro que le franqueaba el paso solo porque Varrón estaba delante, pero que seguía considerando que era poco más que una garrapata recién caída de la cola de un perro sarnoso. Marco le dedicó una sonrisa cargada de burla.

En el interior de la estancia, una pequeña habitación con suelos de mosaico en cuyo centro había dispuestos tres *triclinia*, un hombre paseaba inquieto con una mano sobre el mentón. Cuando Varrón entró en el comedor, separó los brazos y le miró con cara de enfado contenido.

—Marco Terencio, espero que tengas un buen motivo para haberme sacado de mi casa a estas horas. Tú mejor que nadie sabes lo duras que son las campañas electorales. Mañana tengo tantas citas concertadas que, de no ser porque Tirón me organiza la agenda, me sería imposible atenderlas todas…

En aquel momento vio entrar a Marco Lemurio, y el invitado guardó silencio.

—Marco Tulio, bienvenido a mi casa. Disculpa que te haya hecho llamar con tanto apremio. Yo mismo llegué anoche del sur. Tuve que resolver algunos asuntos en mis fincas.

—Libros y más libros. Conozco bien tus asuntos. Ojalá tuviera yo también tiempo para dedicarme a ellos. Pero vayamos al grano, por favor. Tengo algunas cartas que dictar en casa antes de poder retirarme a dormir esta noche.

Varrón sonrió. El invitado, Marco Tulio Cicerón, no le devolvió la sonrisa. Lemurio contempló el rostro de aquel hombre por unos instantes antes de reconocerlo. Era el mismo personaje con el que se había cruzado

en casa de Gabinio, cuando Publio y él habían acudido a pedir ayuda con el asunto de los niños desaparecidos. Cicerón. El hombre que, según Varrón, podía tener alguna pista del paradero de Crisógono, el liberto de Sila que había estado detrás del asesinato de su madre. El hombre que podía ser la clave para avanzar en su tan ansiada venganza.

—Sentémonos —indicó Varrón.

—Prefiero que solucionemos esto de pie —dijo Cicerón—. No te lo tomes como una falta de cortesía. No exagero cuando te digo que ando escaso de tiempo.

—Vamos, Marco Tulio, esta no es la casa de Gabinio. No voy a dar una palmada para que empiecen a entrar bailarinas y esclavos con todo tipo de platos y variedades de vino. Solo quiero que charlemos un momento. Te dejaré marchar enseguida. Pero, por favor, sentémonos.

Cicerón, sin dejar de mirar a Lemurio, aceptó a regañadientes. Se sentó en uno de los *triclinia*, pero se quedó con la espalda muy recta, negándose a reclinarse.

—Tu rostro no me es desconocido. Nuestros caminos se han cruzado antes, ¿verdad?

—En efecto, *domine*. Nos vimos fugazmente en casa del tribuno Gabinio.

Cicerón asintió.

—Por supuesto. Recuerdo que tenías un nombre peculiar. ¿Lemurio?

—Marco Lemurio, *domine*.

—De modo que yo he tenido que mover cielo y tierra para concertar un encuentro entre vosotros y ya habíais estado de fiesta en casa de Gabinio —dijo Varrón, sentándose también. Hizo un gesto a Marco para que hiciera lo mismo.

—No fue en una fiesta precisamente —le corrigió Cicerón—. Aunque la casa de Gabinio huele siempre como si acabaran de limpiar los vómitos de la orgía del día anterior. Lemurio y yo nos cruzamos un instante. Hasta ahí llega nuestra relación. Aunque intuyo que esta noche vamos a conocernos mejor…

Varrón se adelantó a la respuesta de Marco.

—Marco Lemurio trabaja para mí. Es uno de mis hombres en la Subura. Los tengo a él y a sus servicios en un gran aprecio.

—¿Vas a ofrecerme su ayuda para conseguir votos en su barrio? Lo cierto es que ya tengo ese sector bien cubierto gracias a Gabinio.

—No, no voy a ofrecerte nada. De hecho, esta noche vamos a pedirte algo. Algo que, según creo, solo tú puedes darnos.

Cicerón resopló y se llevó la mano a la cabeza, a unos cabellos finos que comenzaban a ralear en la coronilla.

—Algo así me esperaba… Os escucho.

—La madre de Marco murió hace tiempo. Fue asesinada poco después de la entrada de Sila en la ciudad.

—Lo lamento —dijo el orador, mirando a Marco con sincera compasión —. Somos muchos los que no nos sentimos orgullosos de lo que ocurrió en aquel tiempo. Incluso los que entonces intentamos mantenernos tan al margen como las circunstancias nos permitieron.

—Fue Crisógono quien dio la orden de asesinarla —continuó Varrón.

Al escuchar el nombre del viejo liberto de Sila, el rostro de Cicerón empalideció. Trató de disimular carraspeando y llevándose de nuevo la mano al mentón, pero su azoramiento fue más que evidente.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto? —preguntó el orador.

Marco se adelantó a la respuesta de Varrón. Se inclinó hacia adelante, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Tengo que encontrar a Crisógono. Necesito respuestas, *domine*. Necesito saber por qué ordenó que mataran a una mujer pobre que no había hecho mal a nadie. No había botín que repartir, no había propiedades que subastar. Solo una mujer de la Subura con un hijo de quince años que se quedó solo en el mundo. No os negaré que busco venganza, pues ese es uno de los motivos de mi búsqueda. Pero es sobre todo respuestas lo que necesito. Y esas respuestas solo las encontraré si doy con Crisógono.

Cicerón bajó la mirada y suspiró.

—Y creéis que yo puedo deciros dónde está el hombre más odiado de toda Italia —dijo. No era una pregunta.

—Tú fuiste el único que se enfrentó a él y le paró los pies ante un tribunal —intervino de nuevo Varrón—. Si alguien ha tenido un motivo

para saber dónde estaba Crisógono y qué andaba tramando ese viejo malnacido eres tú. Te conozco, Marco Tubo. Sé que no das un paso sin medir veinte veces sus consecuencias y sin haber mirado a tus espaldas otras veinte. No habrías podido pegar ojo si no hubieras sabido dónde se oculta el liberto de Sila.

Cicerón rio con amargura y alzó la mirada de nuevo.

—¿Qué harás si te digo dónde está Crisógono? —preguntó, dirigiéndose a Marco—. A estas alturas debe de ser algo parecido a un esqueleto con piel. Tu venganza solo adelantará un poco una muerte que debe de ser más que inminente.

—Me aseguraré de que antes de morir responda a mis preguntas. Y después me adelantaré a las Parcas y lo mataré con mis propias manos.

Y si cuando lo encuentre ya está muerto, pensó Marco, arrastraré su alma de vuelta hasta este mundo para que responda. O moriré en el intento.

—No es tan sencillo acercarse a Crisógono. ¿Sabes cuánta gente en Roma y en toda Italia tiene cuentas pendientes con él? Centenares. Miles. Puede que más. ¿Cómo vas a triunfar tú donde otros fracasaron?

La lágrima de Perséfone comenzó a calentarse.

—Tengo mis métodos, *domine*. Solo necesito saber dónde está.

Cicerón se puso en pie y paseó alrededor de los *triclinia*. Miraba al suelo y se rascaba la barbilla.

—Está bien —dijo al fin—. Te diré dónde está Crisógono.

Marco regresó a su casa envuelto en una nube de euforia. Por fin, tras largos años de silencio no solo tenía un nombre, sino también un lugar concreto en el que empezar a buscar. Cicerón le había dicho dónde se escondía Crisógono desde su retirada de la luz pública. Una villa en la rica colonia de Pompeya, en la Campania, al pie del monte Vesubio. No era mucho lo que Marco había conseguido arrancar del candidato a pretor, seguramente porque tampoco era mucho lo que él sabía. Solo la localización exacta de la villa y el nombre de un cliente del propio Cicerón, un comerciante de Pompeya, que era quien le mantenía informado a él de cualquier movimiento extraño en la finca de Crisógono. De ahí en adelante, todo

dependería de Marco. Tendría que comenzar a trazar un plan cuanto antes. No quería que, como había predicho Cicerón, las Parcas se le adelantaran y le privaran del placer de matar él mismo al odiado liberto.

En las calles de la Subura se respiraba un ambiente festivo como hacía tiempo que Marco no veía. Las tabernas tenían las puertas abiertas, y la gente bebía y charlaba en las calles. En algunos lugares grupos de músicos improvisaban pequeños conciertos con canciones populares que el público coreaba. Marco iba tan ensimismado en sus propios asuntos que tardó en comprender el motivo de tanta alegría. Los habitantes de la Subura celebraban la desaparición de la secta de bacantes que había mantenido en vilo a los padres de familia durante semanas. En una pequeña plaza, Marco pudo ver la túnica de uno de los encapuchados colgada de un palo. Un grupo de mujeres le prendió fuego y bailó alrededor mientras escupían a la hoguera y lanzaban maldiciones y risas.

Los niños de Roma estaban a salvo y el pueblo lo celebraba aprovechando la calurosa noche de verano.

Aulo el panadero le había dicho que tenía intención de contar a todos los vecinos que Marco Lemurio había sido el responsable de que aquella pesadilla terminara. Sin embargo, mientras caminaba por las calles, se cruzó con muchas personas, algunas de las cuales le conocían de vista, y ninguno de ellos se detuvo a felicitarle ni a dirigirle una mirada de agradecimiento. En los ojos de sus vecinos, Marco encontró la misma indiferencia o el mismo desprecio de siempre.

No le importó en absoluto. Popilio estaba muerto, Céfiro estaba a salvo y él estaba más cerca de cobrarse su venganza contra los asesinos de su madre. Nunca como aquella noche le había importado menos la opinión de sus vecinos.

Su propio callejón, alejado de las principales vías de tránsito del barrio, estaba desierto, como solía ser habitual durante las noches. Se dirigió a la puerta de su *insula* con paso decidido. A lo lejos se escuchaban aún la música y los cánticos, pero Marco se sorprendió a sí mismo no sintiendo ninguna tentación de dejarse caer por la taberna de Quelidón para unirse al consumo desenfrenado de vino. Estaba demasiado cansado, física y mentalmente, y tenía demasiadas cosas en las que pensar.

Se disponía a abordar la subida de las escaleras cuando un ruido en el portal le hizo detenerse. Marco miró hacia el pasillo y observó que la puerta del estudio de su madre estaba abierta. Y había una luz encendida en su interior.

—Imposible —murmuró.

Estaba seguro de haber cerrado el estudio cuando había salido la tarde anterior. A lo largo de su vida había dejado la puerta de su apartamento abierta en innumerables ocasiones, por despiste o por prisas. No obstante, con la puerta del estudio era siempre especialmente cuidadoso. Lo que había en su interior no solamente tenía un valor incalculable. Aquel estudio era además el único espacio en el que la memoria de su madre latía en cada rincón. Olvidarse de cerrar habría sido de alguna manera una traición al recuerdo de Neóbula.

Marco sacó la daga de Popilio y la empuñó. La empuñadura de cuerno se adaptaba a la perfección a su mano, como si la hubieran diseñado a su medida. Lo más probable era que Céfiro se hubiera colado en el estudio, desobedeciendo una de sus órdenes más tajantes. El asunto se resolvería con una azotaina y un castigo que el niño no cumpliría. Marco estaba seguro de que no tendría que usar la daga. De todos modos, avanzó por el pasillo con su filo alzado frente a él.

Cuando llegó a la puerta, entreabierta, la empujó para abrirla por completo.

No era Céfiro quien estaba en su interior.

Un hombre alto, con el pelo gris y una perilla cuidada del mismo color, miraba con curiosidad el contenido de las estanterías. Acercaba la mano a los papiros y objetos, pero se cuidaba mucho de no tocar nada, como si temiera que algo pudiera pasarle si lo hacía. Iba vestido con una túnica larga con extraños pliegues en las mangas. Marco nunca había visto una indumentaria semejante. El hombre era de elevada estatura y sus hombros anchos, a pesar de que su rostro denotaba que había superado ya el medio siglo de vida hacía tiempo. Podía ser un tipo inofensivo que al ver la puerta abierta se había acercado a curiosear, pero Marco no estaba tan seguro.

—Espero que tengas una buena excusa para estar aquí —dijo. El hombre se volvió lentamente. Lejos de asustarse o sorprenderse por la

llegada de un extraño, mantuvo el rostro impasible y esbozó una sonrisa. Miró a Marco de arriba abajo con unos ojos azules muy oscuros. Se tomó su tiempo para observar su rostro, sus ropajes y hasta su calzado. Ni se molestó en detenerse en la daga que apuntaba hacia su pecho de forma amenazadora. Marco le conminó—: Dime quién eres y qué haces aquí. Y tal vez te deje marchar sin abrirte un ombligo nuevo.

—¿Quién soy yo? —replicó el hombre—. Tal vez debas preguntarte quién eres tú y qué haces aquí.

Marco dio un paso al frente.

—No tengo tiempo de adivinanzas. Última oportunidad. La próxima vez será el hierro quien hable.

—¿Este hierro? —El hombre pronunció una palabra ininteligible y la empuñadura del arma de Marco comenzó a arder en su mano. Lemurio soltó la daga, sin poder evitar un grito de dolor y sorpresa. El extraño negó con la cabeza, como si estuviera muy decepcionado—. Neóbula no te enseñó nada. Era de esperar.

Marco se miró la mano y descubrió sorprendido que no había rastro alguno de quemaduras en su piel. Había visto con sus propios ojos la daga prender en llamas rojas, pero aquel misterioso fuego no había dejado ninguna marca. Miró de nuevo el arma, en el suelo. La empuñadura de cuerno seguía presentando el mismo color blanquecino. Como si aquellas llamas nunca hubieran existido.

—¿Conocías a mi madre? —preguntó.

—Conocí a Neóbula. Hace tiempo. ¿Cuál es tu nombre?

Marco dio un paso atrás. Aquel tipo era un hechicero, como lo había sido su madre. El primero con el que se encontraba en toda su vida desde que ella había muerto.

—Marco Lemurio —dijo.

—¿Ese fue el nombre que te puso el romano? Curioso.

—¿Quién eres? —repitió Marco, ignorando la pregunta.

—Te lo explicaré. Tenemos mucho de lo que hablar. Y, por desgracia, no tenemos demasiado tiempo.

El hombre rodeó a Marco y cerró la puerta del estudio de Neóbula.

OceanofPDF.com

Epílogo
El maestro

El maestro miró al hombre arrojado a sus pies sin disimular su desprecio. Estaba en el suelo, con la frente tocando las baldosas, en un gesto de sumisión absoluta. Su túnica era apenas un trapo raído y manchado. El rostro del hombre no estaba en mejores condiciones: a las contusiones, la ceja hinchada y el labio partido se sumaba una terrible herida en el lugar donde antes estaba su oreja y en aquellos momentos solo había un coágulo de sangre seca.

—Han muerto todos, maestro. Solo yo conseguí escapar. Vi cómo cortaban la cabeza de Popilio y la metían en un saco.

Dijo todo esto sin separar la frente del suelo. Sabía que el maestro no toleraba ninguna actitud que no fuera la sumisión y el respeto sin fisuras. Aquel hombre ya había perdido una oreja la noche anterior, y no estaba dispuesto a perder nada más. El dios Baco le había regalado una segunda oportunidad y pensaba aprovecharla.

—Y dices, Daxos, que Marco Lemurio ha estado detrás de todo esto.

—Sí, maestro. Los cogimos prisionero, a él y a su esclavo. Popilio iba a sacrificarlos con su cuchillo cuando Lemurio comenzó a entonar un cántico. Convocó a las huestes de Hécate, *domine*. Con solo el poder de su voz hizo que acudieran centenares de soldados fantasmales. No pudimos hacer nada contra ellos. Derribaron las puertas de un soplido y nos masacraron.

—Las huestes de Hécate —repitió el maestro.

El hombre que estaba arrojado a sus pies era un estúpido. Una criatura servil y siempre necesitada de un superior que le indicara qué hacer en cada momento. Había sido muy sencillo convencerlo de que se infiltrara en el

grupo de los bacantes que aquel campano insoportable y charlatán estaba organizando. Lo que el maestro no había previsto era que su sirviente se convirtiera en un auténtico adepto de aquel culto. Poco le había importado. Que Daxos sirviera al dios que considerara oportuno, siempre que continuara cumpliendo con su cometido.

El maestro chascó la lengua. Estaba sentado en una silla de amplio respaldo y brazos de madera con formas repujadas en tonos dorados. La larga túnica cubría casi todo su cuerpo, desde la cabeza a los pies. Solo una pequeña parte de su rostro quedaba expuesta a la luz.

Marco Lemurio volvía a entrometerse en su camino. Había matado a Marcia, su discípula más prometedora, demostrando una habilidad que él mismo no había podido ni imaginar en alguien a quien consideraba un trilero y un vividor. Por muy hijo de Neóbula que fuera, Lemurio no había dado muestra alguna hasta aquel momento de ser digno de que el maestro se preocupara por él. A pesar de todo, poco tiempo después de acabar con Marcia, Lemurio había conseguido acabar con una secta que había medrado bajo la misma nariz del Senado sin que ninguno de sus miembros sospechara de su existencia. Si Lemurio continuaba molestándolo, tendría que cambiar los planes que tenía para él.

—¿Y qué hay del material que tenías que traerme, Daxos? —preguntó.

El hombrecillo sin oreja empezó a temblar.

—Maestro, no pude sacarlo del templo… Aquellos guerreros eran implacables. Tuve suerte de salir de allí con vida.

—Entiendo —dijo el maestro, fingiendo comprensión—. Es una pena. No resulta sencillo conseguir el material que los tuyos me proporcionaban.

—Puedo volver a secuestrar niños, *domine*. Si son sus cuerpos lo que necesitáis, yo os los proporcionaré. No necesitamos al resto del grupo.

El maestro miró al hombrecillo sin disimular su asco y rompió a reír. Eran unas carcajadas secas, un sonido parecido al de unas ramas secas chascando bajo la pisada de una bota.

—Maldito inútil. No podrías secuestrar a un niño ni aunque te lo encontraras dormido dentro de un saco. Buscaré otra manera de encontrar lo que necesito.

—Dejadme que os lo demuestre, maestro. Siempre os he sido fiel.

—No es fidelidad lo que necesito ahora mismo. Es capacidad para cumplir mis órdenes. Para ver donde mis ojos no alcanzan y coger lo que mis manos no pueden tocar. Tú, Daxos, has demostrado que no posees esa capacidad.

El hombre se arrastró hasta los pies del maestro y se abrazó a sus piernas. Lloraba desesperado. Él mismo había visto qué ocurría con aquellos que ya no eran útiles a los designios de aquel amo implacable. Y no quería correr la misma suerte.

—Dadme otra oportunidad, *domine*.

—Levántate —ordenó el maestro.

El siervo sabía que en el momento en el que estuviera en pie y al alcance de las manos esqueléticas de aquel hombre al que todos llamaban maestro, su vida podía llegar a su fin. Sin embargo, no tuvo valor para desobedecer. Se puso en pie lentamente, pero mantuvo la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo.

—Alza la vista. Mírame a los ojos.

El siervo comenzó a levantar la cabeza, sin poder reprimir los temblores que se adueñaron de su cuerpo. Sus ojos se clavaron en los del maestro, dos puntos de color negro en medio de un rostro blanco, cadavérico, con arrugas marcadas en una piel seca y de aspecto mortecino.

Los ojos del maestro brillaron y, de algún modo, el miedo del siervo desapareció. Nada había que temer en presencia de aquel hombre poderoso. Tan poderoso que los mismos dioses temían su cólera. Daxos pensó que podía contemplar aquella oscuridad eternamente. Las pupilas del maestro tenían una profundidad infinita en la que uno podía perderse y sumergirse sin sentir ganas de emerger de nuevo jamás.

—Maestro —susurró el siervo en un tono que irradiaba mucho más que respeto. Era un tono cargado de amor incondicional.

El maestro alzó la mano y extendió el dedo índice. Tocó con suavidad la frente del siervo y musitó una palabra.

El hombre puso los ojos en blanco y cayó desplomado al suelo. Muerto.

Otros dos sirvientes surgieron de entre las sombras de la habitación y se llevaron el cuerpo sin pronunciar una sola palabra y sin atreverse a mirar a su amo.

El maestro no dijo nada. No lo necesitaba. En aquella casa todo se hacía según su voluntad sin necesidad de que él la expresara con palabras. Cerró los ojos y se sumió en sus cavilaciones.

Marco Lemurio, pensó. Hijo de Neóbula. Tendré que ocuparme de ti. Tú mismo vendrás a mi encuentro. Muy pronto.

OceanofPDF.com

Nota del autor

Hace ya varios meses que *Oscura Roma* llegó a las librerías.

Marco Lemurio salió del anonimato y dio un enorme salto para enfrentarse al gran público. Un personaje que había nacido como un experimento personal con el que explorar la Roma más desconocida se veía sometido al mayor reto de su corta vida literaria: contarle su historia a tantos lectores como se asomaran a sus páginas. Marco pasó de existir solo en la imaginación de su creador a poblar el universo mental de cientos, miles de personas. Imposible no sentir vértigo ante un cambio así.

No sé cómo habrá gestionado Marco este salto a la fama, aunque algo me dice que un hombre discreto como él habría preferido permanecer en las sombras… Yo, sin embargo, he vivido esta experiencia como un sueño hecho realidad. El niño que hay en mí, un niño que de día devoraba con ansia las novelas de Stephen King y de noche fantaseaba con ser escritor, ha visto cumplida con *Oscura Roma* una parte de sus metas. El sentimiento con el que puedo resumir todo el proceso vivido en estos meses ha sido agradecimiento. Un agradecimiento cálido e infinito hacia toda la gente que me ha acompañado.

Gracias a mis editores, que creyeron en Marco Lemurio y en mí y apostaron por la novela desde el principio.

Gracias a Julia y a mis hijos, Oliver y Kiran, que padecen mis manías cotidianas, mis obsesiones y mis enfados, y lo hacen con el mismo amor que cuando disfrutan de mis sonrisas, mis cuentos y mis besos. Sois el motor de mi vida y la luz que aleja mis tinieblas.

Gracias a mis padres, que pusieron siempre en mis manos tantos libros como fui capaz de leer y allanaron todos los obstáculos que había en mi

camino para llegar hasta donde hoy estoy. Papá, mamá, sin vosotros nada de esto habría sido posible.

Gracias a mis alumnos, a los actuales y a los pasados. No sé si vosotros os habéis llevado un trocito de mí después de tantos años juntos; lo que es seguro es que yo llevo conmigo un pedacito de cada uno de vosotros.

Y gracias, gracias infinitas a mis lectores, a todos aquellos que habéis dejado entrar en vuestras casas a Marco y a Céfiro. La historia de Marco Lemurio es ahora tan vuestra como mía, y si decidís seguir acompañándome en este periplo, iremos descubriendo juntos qué ocultan todas las puertas que aún quedan por abrir. Y os aseguro que son muchas… El camino de Marco, al fin y al cabo, no ha hecho más que empezar.

OceanofPDF.com



LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN nació en Madrid en 1982 y desde muy pronto descubrió la que sería su gran pasión: los libros. Como consecuencia de su amor por la lectura, decidió estudiar Historia y Filología Clásica en la Universidad Complutense de Madrid, institución en la que permaneció durante varios años como investigador. En la actualidad combina su faceta de profesor de secundaria con la divulgación histórica en diversas plataformas digitales y páginas web. Su pasión por la escritura nació también de forma muy temprana, y ha desarrollado un gusto especial por dos temáticas: el terror y la novela histórica.

En el año 2020 publicó su primera novela, *Oscura Roma*, con la que sorprendió a todos por su rigurosa ambientación histórica combinada con elementos de misterio, terror y fantasía.

Es padre de dos niños y activo comentarista de la actualidad en redes sociales.

OceanofPDF.com